

# VATICANO

# 2035

*Me invade la ira  
cuando veo  
mi iglesia*

MONSEÑOR  
PIETRO DE PAOLI

Lectulandia

Una intriga religiosa y política de altos vuelos.

La vida y los tiempos de Tomás I, papa en 2035: conspiraciones vaticanas, duelo entre sectores reformistas y conservadores, fundamentalismo religioso, celibato del clero, papel de la mujer en la Iglesia y unión de las Iglesias cristianas por un lado, y por el otro, pandemias, nuevo orden mundial, paz en Oriente Próximo, son razones que pueden hacer peligrar la vida de un pontífice revolucionario decidido a romper con tradiciones seculares.

Una provocadora ficción que imagina la evolución de la Iglesia católica y del mundo a corto plazo, y que sueña con una Iglesia a la altura de los retos de su tiempo. Una mirada inquietante y al tiempo esperanzadora sobre nuestro futuro que revela a su autor como un gran conocedor de los entresijos de la Iglesia y un sagaz analista de las posibilidades de un mundo en ebullición.

¿Imposible? Quién sabe. ¿Polémica? Sin duda.

**Lectulandia**

Pietro de Paoli

# **Vaticano 2035**

ePub r1.0

Titivillus 10.09.15

Título original: *Vatican 2035*

Pietro de Paoli, 2006

Traducción: José Antonio Soriano & Lluís Miralles de Imperial

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Como el reverendo King, que recibió este mismo premio en su día, Nos hemos tenido un sueño. Y estimamos que es propio de la dignidad del hombre tener sueños más grandes que él.

Discurso de recepción  
del premio Nobel de la Paz de  
Giuseppe Lombardi, papa Tomás I.  
Oslo, 2034

# INTRODUCCIÓN



0.1.0

# PREFACIÓ



## SANTA IRA

**S**e dice que la ira es uno de los siete pecados capitales. No obstante, aunque el protagonista de esta novela es un hombre irascible, sanguíneo, volcánico en ocasiones, sus arrebatos no son el tema de la historia que me propuse escribir. Muy al contrario, el origen indiscutible de este libro fije mi propia ira.

Hace algún tiempo me arrodillé en la oscuridad de un confesionario e hice la siguiente confesión a un sacerdote cuyo rostro no vi, como él no vio el mío: la furia me invade y la ira entristece mi alma al ver a mi Iglesia incapaz de proclamar la fe que la hace vivir, impotente para ofrecer a nuestros contemporáneos una palabra con un sentido válido y creíble.

En esa confesión, no acusaba a «la Iglesia». Como algunos personajes de esta novela, cuando hablo de la Iglesia, no lo hago en singular: digo «nosotros». De modo que ese día me acusaba yo mismo de participar en ese silencio; confesaba, sobre todo, la ira que me volvía tan amargo, que alimentaba mi irritación, mi descontento, mi pesimismo.

El confesor, sin duda un buen hombre, no sabía a quién se dirigía. Me recomendó humildad: «Haz lo que puedas, lo que esté en tu mano». Y, aunque no lo dijo, sin duda pensaba: «No eres más que un servidor, así que límitate a lo que te incumbe». Su consejo y su resignación no hicieron más que aumentar mi ira, y temo que ese día recibí la absolución sin auténtico arrepentimiento...

¿Me habría hablado con tanta libertad si me hubiera visto la cara, si hubiera visto quién era? Seguramente no. Lo mismo deseo para este libro: que lo lean por lo que cuenta, por lo que ofrece; que lo juzguen por sus virtudes y sus defectos, sin dejarse influir por la identidad del autor, por lo que ha hecho o dejado de hacer, por lo que es y lo que ha sido.

Si hubiera escrito un tratado o un ensayo, puede que mi amargura hubiera dejado sus huellas en las páginas que siguen. Pero, para imaginar el futuro de la Iglesia, acabé optando por crear personajes de carne y hueso: Giuseppe, Paddy, Paul, Leah, Jeanne-Marie, Kate, Pietro, Monica, Simon, Marc... Estos cristianos de los cinco continentes son hombres y mujeres sin duda excepcionales, pero a veces también se muestran vacilantes, limitados, impotentes. Se parecen a mucha gente que conozco y, en determinados casos, son hijos de mi pluma tanto como del recuerdo o el contacto con amigos, con íntimos.

Leyendo los posos de café de nuestro tiempo, he intentado poner a esos seres de papel ante las circunstancias y los desafíos, los dramas, las incertidumbres y las preguntas que quizá encuentren respuesta en los próximos decenios.



La Palabra que traslado es más grande que yo; la fe que me sostiene no me pertenece; permitidme ser el servidor que se hace a un lado ante aquel a quien sirve; permitidme mantener oculta mi identidad, en beneficio de la esperanza de la que he querido dar testimonio en las páginas que siguen.

Monseñor PIETRO DE PAOLI

0.2.0

# PRÓLOGO



## EL HOMBRE QUE SUEÑA

— **P**apá vuelve al redil...

El coronel susurra en el walkie-talkie. Sus ojos siguen la figura blanca, casi luminosa bajo los rayos de la luna, que se dirige a la capilla.

La inquietud le surca la frente de arrugas. Sabe dos cosas: que no impedirá a «papá» ir a donde le apetezca, pese a las consignas de seguridad que le ha repetido una y mil veces, y que esa noche al menos veinte sicarios tienen un contrato para asesinar a esa sombra blanca, ese Papa que quiere ser un padre solo para sus hijas, y únicamente un hermano para los demás...

El pecho del coronel se alza... Suspira y luego profiere por el aparato:

—Vale, ha entrado.

El hombre se sienta. Esta vez está totalmente despierto. Tiene los ojos muy abiertos, como quien atraviesa un sueño o sale de él. En su pelambreira, los hilos de plata se mezclan con el castaño claro de los rizos. Durante la noche, una barba incipiente, de un rubio rojizo salpicado de sal, ha asomado a su blanca tez.

Deja que la áspera manta le resbale por las piernas y se queda así unos instantes, con los brazos alrededor de las rodillas flexionadas. Echa un vistazo al día que nace tras el amplio ventanal de detrás del altar. Una reja de hierro forjado decora su arco de medio punto con los motivos de la cruz y el cáliz, entrelazados como en sobreimpresión ante la ciudad, que se divisa en segundo plano.

Se frota los párpados y la nuca, como si la falta de sueño le pesara en los hombros. Nunca ha vivido una noche semejante. Sabe que no ha «dormido», en el sentido habitual de la palabra, a no ser al comienzo de la noche.

Se yergue y apoya una mano en el gélido enlosado.

Siente el frío de la capilla a través del colchón que instalaron en ella la tarde anterior. No tomó la decisión de dormir en la iglesia de Dominus Flevit hasta última hora, durante la visita al lugar. La hermana Marie Simon, ecónoma del convento de Abu Gosh, tenía razón. A sus cincuenta y dos años, ya no está para noches así. Tiene la espalda dolorida y el cuerpo entumecido.

La luz penetra por el ventanal. Parece nueva, todavía limpia de calor y polvo. Azulada, se filtra entre las hojas grises de los olivos del huerto, acaricia la hierba, cuajada aún de rocío, y difunde por la capilla los aromas de la tierra, que ya empieza a calentarse y parece crujir.

El hombre se levanta y estira el todavía imponente corpachón. Lleva un pantalón

blanco de lino y una de esas largas camisas de cuello recto que utilizan desde hace casi un siglo las élites del subcontinente indio. Desliza los pies desnudos en unos zapatos de fino cuero pardo claramente hechos a medida. Todo el mundo conoce las fantasías, los orígenes, las reglas de esa elegancia cosmopolita, porque en las semanas posteriores a su entronización los medios de comunicación descifraron exhaustivamente los detalles de su sobria pero estudiada indumentaria.

Coge la manta, se la echa por los hombros y sale al huerto. Conoce estas noches heladas antes del peso abrasador del sol; en los últimos treinta años, ha dormido a menudo en el desierto, en el Sinaí, en el Neguev, en las grandes estepas de Rajastán... Pero nunca había dormido bajo las estrellas con Jerusalén al fondo.

En la puerta de la iglesia —una simple capilla de piedra en el centro del recinto—, se vuelve con los brazos en jarras hacia las murallas, pardas y ocres. Las almenas y la cúpula dorada todavía están envueltas en sombras, pequeñas aves rapaces chillan sobre los minaretes, los campanarios... «Una vez más, Jerusalén va a despertarse y convertirse en la Ciudad Santa...», piensa el hombre.

## DOMINUS FLEVIT

Esa noche, con la manta de lana sobre los hombros, ha abandonado varias veces el refugio de la iglesia para pasear por la perfumada oscuridad del huerto. El viento le ha helado el cuerpo y despejado la mente. Ha caminado entre los olivos, envuelto en el aroma de las acacias y los almendros. Parecía ajeno a la tierra parda y las plantas, insensible al viento. Parecía ajeno incluso al hombre acucillado ante la puerta de la pequeña iglesia, el guardián vestido con una *galabiya* azul bajo un chal de piel de camello, que fumaba y lo observaba. El guardián ha mantenido un deferente mutismo y respetado los silencios y el discurso, aparentemente incoherente, del «sabio», enfrascado en una conversación consigo mismo.

Callado, con la negra arma al alcance de la mano, ha seguido con los ojos al hombre alto de la camisa blanca presa de los terrores de la noche... En medio de sus dudas, el paseante nocturno ha sentido la presencia amiga en la oscuridad. Su silueta se ha erguido. Seguramente ha pensado en la última noche de su Mesías, que, en aquel mismo huerto, no tuvo compañeros que mantuvieran los ojos abiertos, antes del proceso y la ejecución. *Dominus Flevit*, el Señor llora. Las lágrimas de Dios hecho hombre. *Dominus Flevit*, ese es el nombre de la capilla y el pequeño huerto tapiado del monte de los Olivos, que se alza frente a Jerusalén.

A quien hubiera aguzado el oído por encima de los bisbiseos del paseante nocturno, los crujidos de los cipreses y los susurros de las hojas de los olivos, le habrían llegado otros ruidos...

Bajo la tapia, en la franja de terreno descubierto que se extiende a los pies del huerto, conversaciones cuchicheadas en walkie-talkies comentan las idas y venidas del hombre de la camisa blanca.

Individuos con un arma bajo la axila izquierda y pinta de asesinos murmuran consignas en micrófonos pegados a la mejilla con un esparadrapo negro mate. Llevan el pelo cortado al cepillo y los pinganillos y las gafas de cristales ahumados de los profesionales de la seguridad.

Algunos forman parte de la guardia personal del inquilino del Vaticano. Son los hombres del coronel Altobelli. Tras el asesinato del anterior pontífice, abatido por los disparos del croata Franjo Dränic cinco años atrás, saben que no se les perdonará ningún error. El resto son miembros del Mosad y de los Panteras Negras, los servicios secretos locales, que los dos estados han puesto a las órdenes del coronel de la policía italiana, en coordinación con las fuerzas militares de las Nuevas Naciones Unidas.

Esos hombres, que tienen al menos el grado de sargento, saben que algunas de las facciones más eficaces del terrorismo mundial han ofrecido sumas astronómicas por

la cabeza del hombre de blanco: el jefe de los católicos sería un trofeo regio para quienes con sus proclamas tratan de reavivar las guerras de religión del pasado, llámense cruzadas o yihad, aletargadas en el inconsciente de todas las naciones, de todas las almas. Por no hablar de los que, creyendo que la erradicación de todos los cultos y la destrucción de todos los ídolos traerán la paz, también han derivado hacia el terrorismo.

Trece años atrás, los fundamentalistas de los tres monoteísmos y los extremistas del ateísmo encendieron una mecha en esta colina. El mundo estuvo a punto de inmolarse en una guerra de destrucción total, a causa del atentado contra el muro y de la contienda del *hach*. ¿Y cabe imaginar que ahora esos profesionales del odio, esos integristas que utilizan sus libros sagrados como nitroglicerina, asistirán al fracaso de sus objetivos sin dar la última batalla? Un helicóptero con el emblema azul celeste de las Nuevas Naciones Unidas vuelve a sobrevolar los alrededores del huerto.

Estruendo del rotor, rumor de guerra... Esta ciudad conoce bien el zumbido de las hélices, los aullidos de las sirenas, las crudas luces de los faros giratorios...

Pero ese día, en esa mañana de Pentecostés de 2035 que el mundo no esperaba llegar a vivir, tres banderas ondean juntas sobre la Torre de David. La estrella de Israel, azul sobre fondo blanco, y el negro, verde y rojo palestinos restallan al viento al lado de la enseña azul celeste de la ONU, como un desafío a quienes prometían que la paz y la justicia no florecerían jamás.

El hombre que ha hecho posible ese «milagro» mira las banderas en la luz azulada, que se expande antes de que el sol bañe las murallas.

## BENDICIONES

Ahora el guardián de la *galabiya* azul espera que su huésped se acerque y se siente.

Muhammad ibn Mansur está de pie ante el círculo de piedras bajo las que hace dos horas ha introducido unas ramitas encendidas y las brasas de la noche. Al calentarse, las piedras hacen borbotear el espeso café aromatizado con cardamomo en el interior de la cafetera de acero, colocada sobre la más grande.

Tomás, el primer Papa de ese nombre, antaño Giuseppe Lombardi, ciudadano italiano, francés, indio, ciudadano de honor israelí y palestino, premio Nobel de la Paz 2024 y 2034, se sienta en el asiento de beduino, una silla de camellero de cuero y madera dura.

El pontífice murmura unas palabras de bendición en árabe para quien ha preparado el café y unas palabras de agradecimiento a Dios, que ha creado el grano, el fuego y el nuevo día. Las aprendió muy lejos de allí, en los bajos fondos de Bombay e Islamabad, cuando negociaba con los portavoces del yihad indopakistaní. En esa época, esas bendiciones, esos «*Baraka lahu fyik*», «*Hamdu li lah*», eran fórmulas que permitían vencer la desconfianza del interlocutor y mostrar a las partes presentes que se respetaba a cada uno de los creyentes sentados alrededor de la mesa, incluso a los más feroces, los más dementes, los más asesinos.

Esa mañana Tomás las pronuncia con sinceridad, con fervor, para que Dios derrame su bondad sobre el guardián de las llaves, un hombre que ha puesto su vida en peligro varias veces para protegerlo, al precio de una cadera atravesada por dos balas de revólver, hace trece años. Sin duda, tiene en mente otras bendiciones, otras reconciliaciones; sabe que de ese día depende el destino de toda la cristiandad, de los católicos, de los ortodoxos, de los protestantes y de los miembros de las proliferantes sectas cristianas.

Está seguro. Porque lo ha visto en sueños.

## ESA NOCHE...

**D**urante su homilía, esa misma tarde, simplemente dirá: «Esta noche, en Dominus Flevit, la palabra del Señor me ha visitado en sueños». Contará el sueño, pero se negará a decir nada más sobre la naturaleza de lo que ha vivido; ni siquiera a mí, su *fratello*, su secretario. Esa noche es su secreto. Los detalles que recojo los he obtenido de Ibn Mansur y de Altobelli; porque esa noche preferí dormir con mis hermanos dominicos, en la Escuela Bíblica y Arqueológica francesa de Jerusalén.

No he podido descifrar los enigmas de esa noche, que cerró el sábado 12, día de sabbat, y abrió el domingo 13 de mayo de 2035, día de Pentecostés. ¿Qué vio exactamente? ¿Se produjo su sueño mientras dormía? ¿Lo soñó despierto? Él solo decía: «Tuve un sueño». Se llevó ese secreto a la tumba. Lo guardó incluso con sus dos queridas hijas, cuando le preguntaron al respecto.

Sin embargo, Tomás vivió algo que no esperaba, que no conocía y que lo sacudió. No importa que los católicos afirmen que Dios vino a dialogar con él y los ateos lo expliquen por una predisposición mental, psíquica, incluso por un «tumor delicuescente en el cerebro», en palabras del neurogurú Abel Dharma. Lo que importa es lo que ocurrió después.

Pese a su poder de persuasión y su carisma, hasta entonces aquel hombre solo había demostrado inteligencia, coraje y modernidad; pero el domingo 13 de mayo de 2035 aquel estratega, que conocía el peso de cada palabra y los frágiles equilibrios de los compromisos diplomáticos, barrió con unas pocas frases siglos de discusiones y disputas. Liquidó mil años de rencillas. Ese día fue profeta.

Envuelto en el perfume de los olivos y el aroma del café, permanece en silencio ante el portero, que espía sus gestos para adelantarse a sus deseos. Me imagino que querría estar ya en el lugar en el que esa tarde celebrará la misa de acción de gracias, ante las cámaras de la televisión mundial, llegadas hace una semana, ante Jerusalén, que festeja su tercera o cuarta juventud. ¿Sabe ya las palabras que dirá, increíbles un minuto antes de que las pronuncie, desconcertantes cuando las articule y evidentes una vez las haya proclamado? ¿Imagina su efecto sobre quienes las oigan, en Roma, en todas las parroquias de su diócesis mundial y en todos los edificios de la cristiandad no católica? ¿O bien se pregunta si es razonable pronunciarlas confiando en un simple sueño?

De pronto, la Ciudad Santa reclama su atención. El primer grito resuena en las afueras, cuando el primer muecín ve el resplandor de oriente. «*Allahu akbar*», «Dios es grande», «Dios es el más grande»; «*Adonai elohenou*», «*Gloria in excelsis Deo*»...



¿Cuántos siglos hace que se combate, allí más que en ningún otro sitio, para hacer triunfar uno de los nombres de Dios sobre los demás? ¿Desde el hundimiento del primer Templo? ¿Desde que el padre de los creyentes, Abraham, reposa en él? Gracias a Tomás I, ya nadie se disputa esa Tierra, porque ya no pertenece a nadie.

«*Allahu akbar...*» Tomás recuerda, viendo a Muhammad desgranar las cuentas del rosario y los noventa y nueve nombres de Dios, el Santísimo, el Altísimo, el Todopoderoso, el Misericordioso... Recuerda Jerusalén hace trece años, cuando llegó a ella: la ciudad estaba en plena guerra. Era la boca del abismo que podía tragarse a la humanidad. Subió casi de inmediato a esta colina. Desde ella, se veía el gigantesco cráter que la explosión había abierto en la explanada, las fisuras que rajaban el oro de la cúpula; daba la sensación de que el impacto seguía haciendo temblar los cimientos de Sión. Las columnas de humo que se elevaban hacia el cielo desde todos los barrios probaban que entre los hijos de Sem se habían reanudado los enfrentamientos. En las calles se oían los ladridos de las uzis, interrumpidos por el rabioso tableteo de los kalashnikov, que anunciaba una resistencia intermitente.

«*Allahu akbar*». Los muecines callan...

Ahora sabe que, gracias a él, los hombres han desterrado ese fantasma, al menos por un tiempo. La guerra santa, la cruzada por Jerusalén, ya no es más que un recuerdo, y tal vez los próximos siglos sepan extender el estatuto de la ciudad a todos los lugares santos, a todas las fronteras del mundo. Al menos por un tiempo...

## UN TIEMPO DE TREGUA

**L**a paz. La armonía. La unidad. ¿Aún cree en ellas esa mañana? Ha arriesgado su vida por todo eso, y volvería a hacerlo sin vacilar.

Se ha pasado casi veinte años sentando a negociar a representantes de facciones violentas, terroristas, fundamentalistas o simplemente pietistas. Ha visto alianzas hechas y deshechas, palabras dadas y retiradas, compromisos incumplidos. Ha visitado personalmente escenarios de matanzas, templos, mezquitas, iglesias incendiadas.

Durante los últimos quince años, también ha conocido la ferocidad de las luchas por el poder en el palacio del Vaticano. Ha comprobado que algunos estaban dispuestos a todo para que triunfara su camarilla, su visión del mundo. Ha asistido, a dos metros del drama, al asesinato de su predecesor. El Papa, su amigo desde hacía más de cuarenta años, murió en sus brazos murmurándole sus últimas voluntades. Luego, escuchó la confesión triunfal, sin remordimientos ni arrepentimiento, del asesino. Convertido a su vez en Papa, tuvo que llevar a cabo purgas en el seno de la Curia contra hombres que habían consagrado su vida al mismo Dios que él. Contra sus hermanos...

Más íntimamente, la muerte y el luto han deshojado sus ilusiones. Ha aprendido que toda alegría lleva su cortejo de sombras. Sabe, desde la muerte de Chiara, hace tanto tiempo..., que todo amor humano tiene su parte de lágrimas. Sabe que el hombre puede tener la vida y la felicidad en las manos un día y despertarse al siguiente sin otra cosa que un sabor a ceniza en la boca.

Y sin embargo no puede renunciar a su sueño: que la humanidad conozca un tiempo de paz, solo un tiempo. No cree que un hombre pueda cambiar el mundo. ¿Cómo podría creerlo en este huerto, donde su maestro Jesucristo sintió en su propia carne el espanto de las limitaciones humanas? Sabe que el grano sembrado hace dos mil años no dará sus frutos hasta el final de los tiempos. Pero ¿no pueden los hombres concederse un pequeño respiro, un tiempo, unos años, de vez en cuando, mientras esperan Su venida? Y, al menos los cristianos, ¿no pueden evitar despedazarse entre sí?

No se hace ilusiones, pero sabe que algunos hombres desean esa tregua tanto como él y que serán capaces de obtenerla.

Sabe que los hombres alzarán nuevas fronteras, que las naciones inventarán nuevas guerras. Pero ¿los cristianos?

Esa tarde, diez años después de haber «inventado» la paz en Jerusalén, Tomás propondrá la paz al pueblo de Dios en todos los rincones de la tierra, «para que ya no

sea más que uno».

Luego, tendrá que contar con la amistad. Esa tarde, cuando lo oiga, Simon Cervin, Simon la Ciencia, comprenderá inmediatamente las consecuencias de sus palabras. Tomás sabe que el cardenal Paul Assoumou, su secretario de Estado, hará lo necesario. Y que «sus» cardenales, Jeanne-Marie Carrière y Leah Nanah, sabrán debatir y luego difundir las promesas esbozadas en su discurso. En cuanto a Bartolomé, el teólogo cojo, está preparado para iluminar el camino que han de seguir.

Tiene otras certezas sobre su «camarilla»: la paternal indulgencia de don Enrico, que un día bromeó con él ante un vaso de vino sobre el efecto de su «bomba»; la mordaz ironía del pastor Froeliger, al constatar que el discurso «ni siquiera cuenta con la unanimidad de la pequeña delegación católica, conque la de toda la cristiandad...». Otros se entusiasmarán... Después de todo, muchos de los hombres y mujeres de buena voluntad que conoce son también valientes y fiables. Y muchos a los que solo conoce de nombre, pero a los que se siente cercano cuando lee los informes que le envían los nuncios, son servidores del hombre y de Dios. Hay millones de brazos y de almas con los que puede contar.

Seguramente, esa mañana, pensando en la osadía que se dispone a cometer, también oye la risa de Chiara, que redescubre en la de sus dos hijas, mientras espera que estén todos reunidos en el más allá.

## EL HOMBRE QUE DUDA

**P**ero la fe que necesita, ¿no es ante todo fe en sí mismo? Necesita creer que la esperanza y la convicción de un solo hombre, que por añadidura es el Papa, bastan para dejar atrás siglos de luchas y exclusión. Si desencadena ese movimiento, ¿quién podrá encauzarlo? Se arriesga a resquebrajar lo que tantos, antes que él, han preservado pacientemente.

Conozco bien a Tomás y estoy seguro de que esa mañana todo lo que es, todo lo que ha sido, se asombra. ¿Es posible que Dios lo necesite para cumplir el deseo de Su Hijo: «Que sean uno»? Esa mañana, Tomás duda.

Sus dudas persistirán durante las semanas posteriores a su discurso, y durante los dos años siguientes; puedo atestiguarlo. Y seguirá teniéndolas cuando decida convocar el concilio.

Sabía que el camino sería difícil: «Aquellos a quienes tiendo la mano la temerán, porque lamentarán no haber sido los primeros en derribar los muros».

Sé que Tomás tenía dos convicciones respecto a la Historia: son los hombres quienes la escriben, no Dios ni su Libro; y nunca es irreversible, los progresos solo se consolidan durante cierto tiempo.

También sé que tuvo miedo.

—Antes de empezar mi sermón —le dijo a Simon Cervin dos años después—, recordé cómo me pusiste en guardia contra todos los gurús, los maestros, los líderes de opinión... y los padres espirituales. Y me dije que o lo traicionaba todo definitivamente o no era más que el servidor de Dios. Todo o nada.

¿Cómo llega alguien a pensar que puede transformar las convicciones y las esperanzas de más de mil quinientos millones de creyentes contando el sueño que ha tenido esa noche? ¿Cómo se atreve a creer que la Historia depende de sus sueños y que se escribe al dictado de su voz?

Seguramente, el carisma de su *dream team* explica que se atreviera a presentarse ante la gente con la seguridad de poder escribir su futuro con ellos.

Pero, si la unión era su fuerza, ¿por qué no consultó a Leah Nanah y Simon Cervin, a Jeanne-Marie Carrière y Paul Assoumou, a Dietrich Froeliger, Enrico Morro y Bartolomé López? ¿Por qué en esta ocasión creyó que había sido «elegido» para decirle al mundo aquello?

He escrito este libro para responder a esa pregunta. Para comprender.

## ¿RULETA RUSA?

**P**ara empezar, dos «anécdotas» sobre aquella mañana y aquella tarde que conmocionaron a la cristiandad.

La primera cabe en unas líneas. Antes de la misa, en la habitación del hotel en la que esperaban la escolta para las ceremonias, Clara y su hermana Cecilia recibieron una llamada de su padre. Tomás les habló de su madre como nunca lo había hecho, como alguien que comunica su herencia espiritual, su mayor secreto.

—Cuando nos hablaba del domingo de Pentecostés de 2035 —precisa Clara—, siempre relacionaba la conversación que tuvimos con su discurso al mundo entero. Como si fueran dos facetas de un mismo hecho.

La segunda anécdota, que me fue relatada ese mismo día por el responsable operativo de los servicios de seguridad, el coronel de la policía Emiliano Altobelli, napolitano como yo, y el portero del lugar santo, Muhammad ibn Mansur, es igualmente cierta, e igualmente ha permanecido en secreto hasta ahora.

Al amanecer, cuando el Papa acababa de afeitarse, Muhammad oyó un alboroto en el pequeño cementerio que se extiende a los pies del huerto de Dominus Flevit. Sacó su arma y dio una voz en árabe. Le respondió un miembro de los servicios secretos palestinos. Poco después, Altobelli le gritó al Papa en italiano que todo iba bien. Dos policías israelíes y uno palestino aparecieron arma en mano, mientras un helicóptero de la policía mixta sobrevolaba la capilla, tal como estaba convenido en caso de alerta máxima.

Tomás envió a Muhammad a informarse. El portero volvió con Altobelli y dos hombres de la escolta personal del Papa. Encañonaban a un individuo al que el coronel arrastraba tirando de unas esposas provistas de una larga cadena.

El detenido, apenas un muchacho, se llamaba Fausto Gimondi y era de Roma. Altobelli explicó al Papa que acababan de sorprenderlo reptando entre las tumbas con una Beretta P38 en la mano izquierda. Retorciéndole las muñecas, obligó al joven a arrodillarse en la hierba, donde permaneció con la cabeza agachada y el rostro medio oculto bajo un largo mechón de pelo negro.

—¿Querías matarme? —le preguntó Tomás.

El chico, temblando todavía por los golpes que había recibido, lo miró.

—Sí, quería matarte. Como tu Dios ha matado a tanta gente antes que yo.

Altobelli cuenta que el Papa meneó la cabeza y les dijo:

—Dejadnos solos.

Salvo Muhammad, que en Jerusalén era la sombra de Tomás, los hombres armados retrocedieron unos pasos. El Papa se inclinó hacia el detenido y le habló al

oído. Largo rato. Luego llamó a Altobelli:

—Coronel, acabo de comunicar a este joven lo que haré y diré esta tarde, para que sepa si merece la pena matarme. —Tomás sonrió—. Ahora que lo sabe, que decida si soy más peligroso vivo o muerto... Y le ruego que dé esta consigna: si me mata, que nadie le dispare. Desde luego, si lo hace pasará unos cuantos años en la cárcel. Pero que nadie atente contra su vida.

Pese a las protestas del coronel, Tomás dio una orden en árabe a Muhammad, que tendió su arma a Fausto Gimondi.

El policía del Vaticano vio que el joven anarquista deicida cogía el revólver, lo sopesaba prolongadamente y, por fin, lo dejaba caer en la hierba.

Según Altobelli, aún hubo otro breve intercambio de frases entre el quincuagenario, acuclillado en la hierba, y el adolescente en camiseta, que la policía se disponía a llevarse. Gimondi se volvió y preguntó:

—¿De verdad va a decir eso?

—Sí, eso es lo que diré —respondió Tomás en italiano frunciendo el ceño.

¿Es posible que Fausto Gimondi recibiera la confianza del «Sueño de Pentecostés»? Todo hace pensar que Tomás decidió comprobar si las palabras que iba a dirigir a los cristianos, y ante todo a los fieles de su Iglesia, podían desarmar el odio de un muchacho, torpe pero decidido, de un «asesino» empapado de la ideología de los grupúsculos deicidas europeos que consideraban un visionario y un mártir a Oliver Elmwood, el hombre que hizo saltar por los aires la explanada del Templo y la mezquita de al-Aqsa. Habría sido muy propio de Tomás, que siempre sostuvo que la vida de la Iglesia incumbía a todos los hombres.

Pero Tomás I no se jugó el «Sueño de Pentecostés» a la ruleta rusa. Esa mañana no tenía vocación de mártir, ni se abandonó a un impulso de muerte.

Muhammad ibn Mansur y el propio Tomás me explicaron la verdad esa misma noche, entre risas. Cuando Tomás le pidió el arma al portero del lugar santo en árabe, precisó: «Quítale el cargador».

## EL ROSTRO DE CHIARA

**V**eamos qué dijo, qué hizo Tomás I en las horas que precedieron a la misa de Pentecostés.

Esto es todo lo que he podido averiguar. El sol asciende por las paredes de adobe, ilumina la deslumbrante cúpula, dorada con oro fino, las campanas y el muro. Las tres banderas ondean en el aire cada vez más cálido, mientras el rumor urbano reemplaza a las llamadas de los almuédanos. Los autobuses llenos de fieles, de turistas, de curiosos, que se dirigen a la explanada circulan sin que las bombas los hagan saltar por los aires. Un viento suave se desliza entre las oscuras hojas de los olivos.

Tomás contempla todo eso desde el oasis verde de Dominus Flevit, a la sombra de dos enormes cipreses que ocultan el edificio. Entra a rezar en la capilla en la que ha pasado la noche, o bien permanece sentado con las piernas cruzadas sobre la hierba del terraplén, sin duda entregado a la meditación.

Comparte café y dátiles con Muhammad, en silencio. Imagino que recuerda los momentos de su vida que lo han llevado allí, los rostros que lo han acompañado. Dicen que es lo que les pasa a los que están a punto de morir. Y, sin duda, entre todos esos rostros el que prevalece es el de Chiara, el rostro que lo habita, lo acompaña, le sonríe. A media mañana cambia de planes y se queda en la iglesia y el huerto hasta la hora de la ceremonia. Pasará diecinueve horas en un sitio en el que solo iba a estar unos minutos. Diecinueve horas cuyo misterio nadie, ni siquiera él, puede desentrañar por completo.

# JACOB





1.1.0

# EL ENCUENTRO



### 1.1.1

## PAS DE DEUX

**P**ara entender a Tomás I, para comprender cómo se metió Giuseppe Lombardi en la piel de ese Papa, cómo se convirtieron sus intuiciones en un camino de paz para la cristiandad, debo remontarme yo también cincuenta años atrás y repasar con él la lista de las fidelidades y las rupturas, de los hombres y las mujeres que contaron...

Pero, seguramente porque no la conocí, no será Chiara la primera a quien llame al estrado. Soy clérigo, «por tanto, clerical», diría Simon Cervin. Pasé casi quince años con Giuseppe. Conocí de cerca a Silvestre III, que fue más que un amigo para él y su antecesor en la cátedra de Pedro. Y naturalmente he elegido situar mi primer capítulo en un colegio parisino, el día del encuentro entre un hombre y un niño, entre dos futuros pontífices.

Muchos han visto en Tomás I a un heredero, a un «hijo» de Silvestre III. Psicoanalistas y psicólogos, vaticanólogos y teólogos han intentado descubrir los secretos de esa relación, distinguir la parte de filiación y de paternidad, de admiración y de emulación.

Yo, que los conocí a ambos, que he hablado con numerosos testigos y que he escuchado a algunos de los que mejor conocieron al uno y al otro, me he formado una opinión sobre todos esos puntos. Analizando en exceso su relación, se corre el peligro de pasar de largo ante el misterio de su amistad. En mi opinión, su camaradería, la prolongada relación de dos de las figuras más notables de la Iglesia católica de este siglo, es simplemente una amistad profunda entre dos almas y dos intelectos independientes y libres.

No creo que Villepreux moldeara a Lombardi. Sin duda lo intentó, porque presentía que a aquel muchacho le aguardaba un destino excepcional. Pero fracasó, y ese fracaso convirtió a monseñor Lombardi en la pieza más importante del «clan de los franceses» de Silvestre III.

## EL CAPELLÁN

**E**n la época en que Giuseppe Lombardi y su familia llegan a París, Jean-Baptiste Villepreux acaba de regresar de Roma, donde ha pasado un año, y de ordenarse diácono.<sup>[1]</sup> En septiembre de 1990, el párroco de Saint-Germain-des-Prés le pide que asuma el papel de capellán del cercano colegio Jacques Prévert. «JB» tiene veintinueve años. Alto, delgado, elegante, tiene el aspecto un tanto mundano que el *clergyman* da a los hombres bien plantados. Su mirada es una sorprendente mezcla de viva inteligencia y gélida flema.

Días después de su regreso, el diácono aborda a un nuevo alumno de diez años que acaba de ingresar en sexto:

—Así que eres de Bolonia... El domingo te oí cantar en Saint-Germain-des-Prés

...

Giuseppe Lombardi alza los ojos hacia aquel hombre que le habla en italiano.

—Yo a usted nunca lo he visto... —responde.

Son las primeras palabras que cruzan los dos futuros Papas.

¿Por qué se conocen? ¿Puede hablarse de intuición del adulto, de carisma del niño? Yo creo que se trata más bien de estrategia. Villepreux decide meterse a Giuseppe en el bolsillo, porque en cada clase elige a un niño para que le haga de intermediario con los demás. Para el capellán, el joven Lombardi es el más adecuado para desempeñar ese papel y permitirle ganarse a los alumnos de sexto: efectivamente, son pocas las cabezas que el capellán distingue en la misa dominical, aparte de la del joven cantor. El diácono confía en hacerse amigo suyo, puesto que él habla italiano y el chico aún está aprendiendo el francés... Así pues, su primer encuentro no es fruto del azar, sino de la «táctica pastoral» del adulto. Y de la afición por la música.

### 1.1.3

## MÚSICA

**L**o que atrajo a la misa dominical a aquel niño que nunca había manifestado el menor interés por la religión fue la música, y sobre todo el canto. Por supuesto, Giuseppe ha oído hablar de cierto dogma o de determinada creencia al albur de las conversaciones familiares. Pero, a sus diez años, el chico no tiene ni fe ni inclinación patente hacia ninguna práctica litúrgica o ritual. Durante su último año en la escuela primaria, del otoño de 1989 al verano de 1990, lo único que lo atrae a misa es el coro; no comulga ni reza.

En cambio, siente ya auténtica pasión por el canto sacro. Durante toda su vida, Giuseppe mantendrá una singular relación con la música y el canto. Para él, la música es un modo de expresar el color y el sabor de la vida. Cada instante y cada acontecimiento tienen su «melodía», hasta tal punto que la música acabará siendo para él una especie de metalenguaje, cuando, silbando sin darse cuenta, informe a quienes lo conocen bien no solo de su humor, sino también de sus pensamientos, sus recuerdos... Más aún, la música es una expresión de su teología, de su filosofía. Preguntado por el poderoso vínculo entre música y espiritualidad, el papa Tomás I declarará: «La música es una comunión. Estoy convencido de que es un don de Dios más particularmente que las demás artes, “el primer movimiento de lo inefable”<sup>[2]</sup>. Por eso está tan profundamente ligada a la oración y la liturgia. Yo creo que la música pertenece también al mundo de Dios, que los ángeles cantan y que se nos ha prometido que un día uniremos nuestras voces a sus coros».

## 1.1.4

# BAUTISMO(S)

**E**n su respuesta, Giuseppe Lombardi podría haber añadido que debía al canto el descubrimiento de la fe, o al menos, de apetitos espirituales hasta entonces insospechados.

Durante el verano de 1990, «Giu» pregunta a sus padres sobre el significado de su bautismo<sup>[3]</sup>, les pregunta incluso si están seguros de que la ceremonia se celebró. Sí, lo están, y los registros de la iglesia de San Domenico de Bolonia dan fe de que fue bautizado el domingo 19 de septiembre de 1982, durante la misa dominical,<sup>[4]</sup> cuando tenía ya dos años cumplidos (había nacido el 4 de julio de 1980).

En ese verano de sus diez años, Pietro y Monica, sus padres, tienen «la impresión de que lamentaba que lo hubiéramos bautizado y no poder elegir que lo bautizaran ahora que había descubierto la violenta llamada del bautismo». De pronto, el mundo del cristianismo fascina a su Giu. Durante agosto de 1990, Monica ve a su hijo enfrascado en la lectura de una enorme Biblia. El niño, que no duda en encender una vela en la mesilla de su dormitorio para leer unas páginas, no tarda en colgar una sencilla cruz de madera encima de la puerta. A Pietro, su padre, que le pregunta: «Entonces, ¿Cristo se ha bajado de tu cruz?», Giu le responde: «Sí». Durante las semanas siguientes, los padres intentan averiguar algo más, pero su hijo no les da más que una explicación: «Ahora sé que es verdad».

Fuera cual fuese el desencadenante, una cosa es cierta: aunque muchos de sus biógrafos<sup>[5]</sup> insisten en que Lombardi debía su fe a Villepreux, y en que ese tipo de deuda crea un débito eterno, los hechos invalidan esa cronología. Giuseppe «lo sabe» cuando todavía no ha conocido a Villepreux.

Los padres aceptan su explicación sin ahondar más. En el fondo, les satisface comprobar que su educación liberal ha dejado a su hijo el margen para responder «por su propia cuenta» a la pregunta sobre Dios. Y Monica ve en esa frecuentación de la Biblia la manifestación de una «religiosidad inteligente». Los Lombardi piensan también que la confesión de fe de Giu pasará por el tamiz de la adolescencia, durante la que cada cual elige lo que será. Pero no saben nada más sobre lo que durante ese final de verano se ha producido en la vida y el alma de su hijo.

## LA IGLESIA Y LAS CHICAS GUAPAS

A decir verdad, el matrimonio Lombardi, aunque creyente, no es piadoso. Ciertamente, el calendario de las grandes festividades cristianas sigue pautando la vida familiar. Pero Pietro y Monica, practicantes irregulares, no cultivan ninguna deferencia hacia el clero, ningún interés por los textos llegados de Roma, y, si bien se consideran cristianos, no les preocupa en exceso ser buenos católicos.

Pietro, nacido en 1950, conoció en su niñez la misa en latín y el catecismo aprendido de memoria, antes del Concilio Vaticano II; en su adolescencia, siguiendo la moda de la época, tocó la guitarra en misa. Será en los años setenta, mientras estudia medicina, cuando abandone la práctica religiosa regular. En toda Europa, la juventud se distancia de las instituciones y la autoridad, al tiempo que la sociedad descubre la «liberación sexual», la emancipación de las mujeres y la píldora anticonceptiva, de venta libre, pero condenada por la Iglesia. Pietro es un muchacho bien parecido, las chicas no se muestran esquivas... Entre la institución y las chicas guapas, el joven elige a estas.

Cuando Monica se cruza en su camino, Pietro va a cumplir los treinta. Ella, diez años más joven, no ha conocido los acentos siniestros y grandiosos de las misas preconciarias. Culta y moderna, es una católica comprometida que frecuenta los grupos de estudio bíblico de los dominicos de Bolonia. Aunque el flechazo es mutuo, es ella quien insiste en que se casen. El joven médico se muestra respetuoso con la fe de su *bella donna*; en su compañía, frecuenta los círculos dominicos y conoce a teólogos y moralistas, con los que debate las consecuencias de la procreación asistida médicamente, que está dando sus primeros pasos. Pero, a la larga, lejos de volver al seno de la Iglesia de la mano de Momea, será esta quien se aleje de ella.

La joven italiana dice sentirse por entonces «cada vez menos conforme con el discurso de una institución que pretende encontrar el vocabulario del placer cuando habla de la sexualidad y reclama paternidades y maternidades responsables, pero se niega a introducir el menor matiz en su prohibición de la píldora anticonceptiva». Mira con desconfianza a «una jerarquía que continúa profesando sus condenas con la intransigencia de siempre, cuando la historia demuestra que se ha equivocado a menudo; en cuanto al Papa polaco, que nos había exhortado a “abandonar el miedo”, lo oíamos denunciar la modernidad cada día con más fuerza, equiparándola a lo que él llamaba “la cultura de muerte”».

Estas quejas no son para Monica motivos de ruptura definitiva. A finales de los años ochenta, todavía confía en que se producirán cambios. Cree que el

«clericalismo» se debilitará por sí solo y que la Iglesia «empezará a respetar a las mujeres y acabará amándolas». Pietro comparte ampliamente ese análisis. Pero, aunque dicen a sus hijos que son cristianos y hablan del asunto en casa de vez en cuando, a su llegada a París los Lombardi no se molestan en hacerse conocer en «su» parroquia, ni envían a sus dos hijos mayores a la catequesis.

Giuseppe no les deberá la fe que va a regir su vida.

## 1.1.6

### «LO SUPE»

Mucho después, preguntado por el nacimiento de su fe, Giuseppe dirá: «De niño participaba en misa en nuestra parroquia de París, cantando en el coro. Me parecía algo bonito e interesante, y me gustaba cantar. Luego, no sé cómo ni por qué, supe que era verdad. Lo supe, eso es todo».

¿Cuál fue el desencadenante, cuáles fueron los motivos? La lectura de las *Anotaciones y cuadernos*<sup>[6]</sup>, de los que tuve las primicias, permite un esclarecimiento un poco más completo de esa fulminante revelación.

En 2013, es decir, mientras estudia en el seminario de Bolonia, Giuseppe escribe<sup>[7]</sup>: «Acabo de oír un recital del gran coro francés Abbazia<sup>[8]</sup>, que ha interpretado la obra *Augustinus*, de Sharon Achnak<sup>[9]</sup>. Me he acordado de que interpreté esa obra poco después de su composición; cantando “Tú nos has hecho para Ti, Señor, y nuestro corazón no descansará hasta morar en Ti”, tuve la certeza de que “era verdad”, como suelo decir. Así pues, Dios tocó mi corazón y mi alma mediante la música. Hasta hoy no lo sabía. Y, sin embargo, me doy cuenta de que lo que me guía y me hace vivir es eso, esa certeza de que Dios está ahí, de que nos desea y nos espera, y de que nosotros, los humanos, estamos todos poseídos por ese deseo de nuestro futuro en Dios».

Insisto, Villepreux no es el catalizador del fenómeno, como no lo fueron sus padres. No obstante, sin duda es el primero, después de Pietro y Monica, en recibir la confianza de ese nacimiento a la fe; y lo que oye lo deja estupefacto, como mucho más tarde le confesaría a Jeanne-Marie Carrière:

—Aquel niño me demostró que el Espíritu Santo inspiraba, incluso cuando nada le había preparado el camino. Nada había preparado a Lombardi para convertirse en lo que se convirtió el año en que yo lo conocí, y nadie puede adjudicarse el mérito de su fulminante encuentro con Dios. La única explicación de su conversión es la de un encuentro, como en un misterioso camino de Damasco. Yo había abordado a Jacob<sup>[10]</sup> a los pocos días del inicio del curso —añade Villepreux—, pero fue él quien volvió a mí con docenas de preguntas, simplemente porque yo era el «hombre de Dios» que tenía más a mano.

Así pues, según el principal interesado, el descubrimiento de Dios por parte de Giuseppe fue el origen de su amistad con Villepreux, y no viceversa, como han escrito numerosos biógrafos.



## EN LOS TEXTOS

**P**ero será el capellán quien eduque la inteligencia religiosa del muchacho, quien intente aplacar su sed de «saber»; el pequeño italiano quiere leer, trabajar, comprender lo que cree. Y es insaciable.

Giuseppe se interesa de inmediato, y ante todo, por la Biblia. Devora todas las obras de exégesis que le presta Villepreux<sup>[11]</sup>, pero, digno hijo de su madre, disfruta también con los textos mismos, con el lenguaje, las palabras, las parábolas... Hasta el punto de comprar varias traducciones, primero al italiano y luego al francés, y hacerse un Nuevo Testamento a su medida, eligiendo la versión que más le gusta de cada libro y encuadernando todas las hojas con tapas de cuero. Durante toda su vida, lo vi con ese libro al alcance de la mano. A los trece años suplica que encuentren el modo de que pueda aprender el griego antiguo y leer los textos en su versión original. Monica conseguirá convencer a un joven profesor, William Budé:

—Era tal la determinación de mi joven alumno que, contagiado, reinventé para él un antiguo método: el del aprendizaje en los mismos textos. Sin reglas, sin gramática previa, con el texto como única guía. El Nuevo Testamento fue su abecedario.

Villepreux, impresionado por el ardor de Jacob, entusiasmado por su gusto por el trabajo, desconcertado por la comprensión poética del texto que manifiesta, comprende que se encuentra ante una personalidad excepcional.

Convencido de que aquel chico merece una atención especial, el capellán no tarda en decirse que aquella podría ser «la tarea que diera sentido a mi ordenación». Dedicará a Giu toda su atención y todo su tiempo. Al cabo de seis meses, en febrero de 1991, envía un mensaje a Pietro y Monica: los invita a un restaurante libanés para «hablar con ellos de su hijo». «Consciente de que no comparten ciertas preocupaciones e inquietudes que son las mías, pero convencido de que podremos hablar del futuro y de las excepcionales cualidades de Giuseppe...».

1.2.0

# FILIACIONES



## «DESADOPCIÓN»

Los padres me relataron esa comida, a la que Pietro acudió a regañadientes y Monica con una curiosidad no exenta de inquietud. Se encuentran ante un hombre joven, inteligente y entusiasta; un muchacho sumamente educado que evoca para ellos sus recuerdos de Roma. A los postres, Villepreux entra en materia: su hijo Giuseppe es un niño asombroso, un chico que ha encontrado la fe y tiene un enfoque «casi genial de los textos y de la Biblia». Monica, la literata de la familia, analiza con el diácono el modo en que su hijo aborda sus lecturas. Pietro se muestra más distante, casi frío. Finalmente, los padres de Giuseppe preguntan a Villepreux qué espera de ellos.

—Quería pedirles que lo dejaran continuar el camino que ha iniciado. Estoy convencido de que su mente, su alma y su felicidad están en ese camino...

Extraña solemnidad, extraña petición la de Villepreux. Hasta el momento, nada hace pensar que los Lombardi quieran impedir que su hijo siga avanzando por el camino que ha empezado a trazar...

—Nos lo pidió —recuerda Monica— como si nos pidiera que le entregáramos a Giuseppe, como se suplica a unos padres que renuncien a todos sus sueños de descendencia, de gloria, de carrera, para un hijo. En su mente, Giuseppe iba a ser sacerdote y, por tanto, célibe.

La respuesta de Pietro es glacial:

—Nunca hemos tenido la intención de impedir a nuestro hijo que piense, descubra, ame y crezca por sí mismo; pero usted, señor, ¿es también eso lo que quiere?

Silencio. Villepreux se ruboriza, tartamudea...

Monica quiere echar agua al vino amargo que acaba de verter su marido. Añade que ellos son creyentes, pese a haberse alejado del culto y la institución... Pietro le quita la palabra: «Ya ha oído usted mi respuesta y mi pregunta. ¿Qué me garantiza que no intentará manipular a nuestro hijo, que Dios nos confió con la responsabilidad de traerlo al mundo en libertad?».

—A esas alturas, Jean-Baptiste estaba rojo como un tomate, como si lo hubieran abofeteado. Parecía a punto de ahogarse —recuerda Monica sonriendo—. Se quedó pensando un buen rato. Luego, muy serio, le dijo a Pietro: «No puedo darle otra garantía que mi palabra». Pietro asintió gravemente: «Con su palabra me basta». Pidió tres digestivos, como para sellar su promesa... Esperamos los vasos en un silencio embarazoso y nos los bebimos sin decir palabra; luego, suscrito el compromiso de ese modo, reanudamos nuestra amable conversación.

El cruce de palabras entre los dos hombres, el padre y quien sin duda quería serlo, fijará el tono de los años venideros. ¿Tuvo alguna vez Giuseppe la tentación de buscarse un «padre espiritual»? ¿Tuvo que resistirse a serlo Villepreux? Creo que aquel adolescente era demasiado independiente para buscarse un maestro.

De la tentación de adoptar al hijo de Pietro que tuvo Villepreux, solo quedó un vestigio. Por esas fechas, el capellán ya había «desbautizado» al muchacho para llamarlo «Jacob», el nombre de la calle en la que vivía, como un padre elige nombre para su hijo. Y, hasta el último suspiro de Jean-Baptiste, Giuseppe reconoció ese derecho a su protector.

## INDEPENDENCIAS

**D**e haberlo pretendido, Villepreux se las habría visto y deseado para «destronar» a los padres de Giuseppe, para hacerle renunciar a la independencia que ellos le habían dado. Porque Monica y Pietro inculcaron a su primogénito, desde la más tierna edad, el sentido de la responsabilidad personal.

Ambos son dignos representantes de una Italia acomodada, moderna, culta, laica. Pietro Lombardi es médico, aunque nunca ha ejercido el arte del diagnóstico; convencido por los directores de su tesis, el brillante alumno optó por la investigación, aun antes de finalizar sus estudios. Científico inclinado por la abstracción y la experimentación *in vitro*, no trata personalmente a los niños probeta a los que consagra sus trabajos y su energía a comienzos de la década de 1980, como tampoco tratará a los enfermos de sida ni, más tarde, a los moribundos del síndrome del Nilo occidental virulento. Toda su carrera estará encaminada a aliviar a la humanidad de la enfermedad, y no dudará en poner en peligro su vida cuando sea necesario trabajar con cepas de las que solo se sabe que han matado. Pero Pietro no será uno de esos médicos que se enfrentan a diario al dolor y la muerte de sus pacientes.

Monica Pitti, la señora Lombardi, que posee una inteligencia menos conceptual, es el puro producto de cinco siglos de cultura literaria. Especialista en Dante, está también entre las primeras universitarias en estudiar al Primo Levi fantástico, autor de novelas cortas que lo emparentan con Dino Buzzati. Para ella, la vida es literatura y la literatura es la vida.

No obstante, no tiene el aspecto de esas estudiantes que llenan las universidades del norte de Italia y parecen haber renegado de su gracia para obtener la ciencia. Monica posee la inteligencia pero también la belleza y, si se somete a Pietro en lo relacionado con el análisis puro, reina sobre todo lo demás.

¿Hace falta decir que Giuseppe ha heredado de Pietro su afición por la especulación intelectual? ¿Cabe suponer que debe a Monica su pasión por la poesía y la música, y esa forma de cultivar el arte de vivir tan poco habitual después de un to asceta en el Vaticano? Personalmente, tiendo a desconfiar de esos juegos de parecidos y reproducciones...

En cambio, lo que resulta innegable es que el matrimonio Lombardi ha introducido a sus hijos en un mundo de normas socioculturales bien definidas, el mundo del que proceden ellos mismos, el de una burguesía acomodada y culta que concede gran importancia a los estudios y la situación profesional, pero no descuida la parte que le corresponde a la cultura y la belleza, al mundo de las ciencias y a la

gratuidad de una inteligencia completa. No pierden el sueño por el dinero, pero aprecian lo que puede comprar; como sus padres, como la mayoría de sus amigos, les gustan las casas elegantes, la buena mesa, los viajes, el arte y la literatura.

Tomás I sentirá la misma afición que ellos por los tejidos delicados, la música, las viviendas confortables... Heredará esa forma de tranquila certeza a la que, en cuanto a las cosas materiales, no convienen ni la aspereza ni la inquietud; la certeza de aquellos cuyos antepasados no han conocido la miseria ni el hambre durante generaciones.

Fuera de eso, pretender que Tomás fue lo que hicieron de él Monica y Pietro Lombardi sería un error, y una ofensa para ellos, porque significaría que su educación había fracasado. Durante toda su vida trataron de conseguir que sus hijos —un varón y dos hembras— fueran «adultos emancipados, independientes, resueltos». Y tanto su hijo como sus dos hijas fueron lo que querían ser, sin que su infancia se lo impidiera ni los predestinara.

Entre hijos y padres persistirá un lazo fuerte pero extraordinariamente flexible, una de cuyas manifestaciones más singulares (a mis ojos) será oír a Giuseppe llamar a sus progenitores por sus nombres de pila.

### 1.2.3

## Giu

— **D** Desde las primeras semanas —recuerda Monica— parecía mirar a la gente con una extraña familiaridad, con una especie de amistad.

Y es verdad que en las fotos el pequeño Giu llama la atención por su enorme frente y por la intensidad de dos ojos grandes, redondos y sombríos, cuya mirada, brillante, casi febril, parece atravesar al fotógrafo. Monica piensa que, debido a esa mirada seria, «tanto los adultos como los niños se dirigían a él sin tener en cuenta su edad; le hablaban como a uno de los suyos».

Pero el primogénito de los Lombardi no es ni un niño prodigio, como Mozart, ni un superdotado, sino más bien una criatura tranquila y dócil que parece disfrutar sus alegrías infantiles, zalamero con sus padres, enredador y bullicioso. De hecho, ninguno de los «profesionales de la infancia» que llegó a tratarlo notó en él nada extraordinario. Giuseppe se adapta a la escuela sin dificultad. Está a la altura intelectualmente, comprende las reglas y no tarda en descubrir «lo que le gusta a la seño».

Las personas felices no tienen historia, y la infancia del pequeño Lombardi transcurre sin contratiempos ni incidentes reseñables. Nada de particular, nada que anuncie al hombre en el que Giu llegará a convertirse, salvo dos rasgos de su carácter...

Pese a su habitual placidez, el niño de ojos claros y mirada sombría es capaz de violentos ataques de cólera. Son iras poderosas, que parecen dominarlo por entero.

—Temblaba de pies a cabeza, se mordía los labios y se ponía blanco, como si se hubiera quedado sin sangre —recuerda su hermana Anna—. Se apretaba la muñeca con la mano como si fuera una garra, y a veces daba patadas en el suelo. Estaba fuera de sí.

Todos recuerdan haberlo visto levantarse súbitamente e irse derecho a su cuarto, para desahogar su furia con el almohadón. Más adelante, los arrebatos de ira del Giuseppe adulto y luego del pontífice Tomás I serán terribles, públicos, vociferantes, sin disimulos ni contención.

La otra peculiaridad es la afición que desarrolla desde muy temprana edad por lo que su familia llama con humor la «meditación», una curiosa costumbre que conservará toda su vida y que me intrigó enormemente desde el momento en que lo conocí. Entonces, la tomé por una técnica de relajación y respiración importada de la India. En realidad, desde los dos o tres años, al menos una vez al día, y a menudo por la mañana al despertarse, Giuseppe se sienta con las piernas cruzadas en uno de los sofás de casa con Bibi, su conejo de peluche, y se queda así a veces media hora, con

la espalda recta, respirando profundamente y mirando al frente, como si contemplara algo. Y lo más llamativo es que en esas ocasiones prácticamente no oye nada.

Cuarenta años después, Giuseppe me dirá lo siguiente a propósito de sus «meditaciones»:

—Dejo que el tiempo transcurra lentamente. Dejo que mi cuerpo viva el presente. Dejo que mi mente preste atención al hecho de estar aquí, de estar vivo. No rezo. Es un tiempo sin objetivo, sin aspiraciones. Después, puedo estar de nuevo por los otros, por la gente. Cuando no lo hago, al cabo de unos días me siento fuera de mí.

Por lo demás, en el verano de 1990, Giu es un niño dotado, inteligente, alegre; singular sin duda, pero no «genial».



## 1.2.4

# LA MARQUESA

No obstante, un hada de otros tiempos se ha interesado ya por el destino del muchacho. Extraña hada... Anne-Louise Millet d'Argentré<sup>[12]</sup>, «Alma», como la llaman todos, procede de un mundo casi totalmente periclitado. De un siglo extinto. De una aristocracia, de un París olvidados.

En la primavera de 1989, el Instituto Pasteur decide reunir a algunos de los mejores investigadores europeos para que trabajen juntos sobre los tratamientos contra el SIDA<sup>[13]</sup>. Los equipos estadounidenses ya han fichado a numerosos cerebros del Viejo Continente. En su laboratorio de Bolonia, Pietro recibe la propuesta de incorporarse al *dream team* parisino.

De inmediato, Monica se pone en contacto con la universidad francesa para solicitar un puesto docente. Pietro tiene que encontrar un hogar para su mujer y sus tres hijos, de entre diez años y unos meses (Marina ha nacido a comienzos de año y Anna, la segunda, tiene seis años). Aquí es donde interviene la excéntrica marquesa de Argentré...

A finales de la década de 1980, Alma todavía posee una fortuna respetable, suficiente para permitirle disfrutar de «sus placeres, sus vicios, sus pecados capitales». Espera acabar sus días rodeada de comodidades materiales, sin renunciar a nada, sin dejar nada el día de su muerte, porque arreglar su herencia le produce «fastidio». La anciana señora recibe a su abogado y a su médico una vez al trimestre, con el fin de coordinar el declive de sus días y el de sus bienes. Pero la fortuna familiar es considerable... Así que, para conseguir arruinarse pese a todo, Alma hace regalos o donativos, con ese arte que tienen algunas personas de rodear sus presentes de reglas tan complicadas que difícilmente pueden resultar gratos a alguien que no sean ellos. Es su ocasión de conocer a los Lombardi. Efectivamente, la marquesa ha cedido a la Fundación Pasteur el usufructo de un piso situado en la primera planta del palacete en que ella misma reside, sito en la calle Jacob. La fundación, que pasará a ser su propietaria tras el fallecimiento de la aristócrata, no podrá venderlo hasta entonces.

Por el momento, el Instituto Pasteur facilitará su disfrute a un investigador extranjero (siempre «que proceda de nuestro continente, no de las colonias»), que venga a trabajar a la capital con su familia. A condición, por supuesto, de que dicho investigador sea del agrado de la marquesa, «puesto que vamos a ser vecinos». El inquilino será Pietro Lombardi.

Cuando Giuseppe la conoce, Alma tiene setenta años y está viuda desde hace cuarenta y cinco. Ha sido hermosa y se le atribuyen apasionados amoríos («solo se les

suponen a los ricos», dice ella con coquetería), pero la buena mesa la ha convertido en una señora oronda de una elegancia exuberante hasta el mal gusto.

Pese a los estragos del tiempo y del abuso de los macarrones, exasperada por una época que «sacrifica lo noble a lo útil y la élite al vulgo», continúa siendo una marquesa: sus agudezas son aceradas e inmisericordes, su mundo sigue rigiéndose por arcaísmos (lo «Espléndido», lo «Noble», lo «Tremendamente Divertido») y «su gente» se reparte entre «su corte», el «salón», que mantiene contra viento y marea, y «el pueblo»... Moralista anacrónica, esteta del elitismo, incomparable narradora de anécdotas, se convertirá para los hijos de los Lombardi en la más estafalaria de las abuelas.

## SALONES

**L**egado el otoño, Alma anima a Monica a utilizar su decrepita servidumbre para cuidar a los niños cuando la docencia mantiene a la joven madre alejada de casa mucho después de la finalización de las clases. ¿Delicada generosidad? A decir verdad, la marquesa le ha cogido un extraño cariño a Giuseppe, su «caballerito italiano», con quien conversa en latín (él le contesta en italiano) y al que hace escuchar durante horas fragmentos escogidos de su increíble colección de microsuros. Giuseppe, piensa la anciana, solo puede salir beneficiado de la frecuentación de su «salón», en el que descubrirá un uso de la lengua francesa y del genio parisino que «ennoblecerán» su «ya deliciosa educación». Y así se lo dice a Monica, como quien anuncia una codiciada distinción.

Monica sonrío: si el niño también lo quiere... Dos tardes por semana, a la hora del té, Giuseppe asistirá al «salón» de la señora de Argentré, institución típicamente francesa en el siglo XVIII, pero un tanto anticuada en esos albores de la década de 1990. Allí encuentra a los pensadores, conversadores, jóvenes talentos, creadores en ciernes o artistas consagrados, profesores de universidad en ascenso o declive y médicos humanistas, acompañados a veces por un diputado o un eclesiástico, que componen las tertulias de la marquesa. Giuseppe, sentado en un rincón con el encargo de acariciar al gato para que no moleste a los invitados, abre los ojos y tiende los oídos al diálogo del «Pensamiento», del «Buen Gusto» y de la «Inteligencia». Y cuando se marcha el último invitado, aprende de Alma en persona el arte de la «salida ocurrente y venenosa», típico del salón.

No obstante, el «joven caballero italiano» debe a la marquesa sus primeros pasos por Saint-Germain-des-Prés, que provocarán todo lo demás.

Porque Alma, católica ultramontana «desde hace sesenta generaciones», va a misa, a cuyos «funcionarios» detesta cordialmente, y se aburre con admirable constancia en los oficios. «Cuando no entendíamos nada, no sabíamos el tostón que era», suele decir. Todos los domingos va a Saint-Germain-des-Prés para oír el coro infantil, porque ama la música y la belleza, que «nos acercan a lo sagrado tanto como nos alejan las modernidades de los curas con jersey acrílico».

Formidable comecuras, insistirá a Pietro y Monica para que no inscriban a su hijo en una de esas «máquinas de atontolar en que se han convertido los centros católicos de enseñanza». Así que Giuseppe se librará del colegio Stanislas para sentarse en los pupitres del Jacques Prévert, el colegio público del barrio. En cambio, la marquesa llevará a Giu a la iglesia, por razones que no tienen nada que ver con los mencionados «curas acrílicos».

En efecto, Alma, melómana desaforada, descubre un día que su «caballerito» tiene una voz magnífica, de un timbre cristalino... Dejo el resto del relato a Monica: «Al día siguiente, la anciana señora, vestida como una reina y perfumada como un ramo de rosas, desciende un piso: Giuseppe “tiene” que entrar en el coro de Saint-Germain, me dice. Ella lo acompañará todos los domingos, puesto que siempre va a oírlos. Y los Lombardi pueden estar tranquilos: ella vigilará a los curas, “para que no mosconeen alrededor del chico”».

La marquesa cumplirá su promesa solo a medias: a través del canto y de la frecuentación del coro de Saint-Germain, Giuseppe Lombardi tomará el camino del cristianismo. Y, gracias a que lo hace ingresar en el Jacques Prévert, el chico conocerá a Villepreux.

1.3.0

# SAINT-GERMAIN-DES-PRÉS



### 1.3.1

## EL BUEN MOZO

**T**ras la conversación en el libanés, Villepreux tiene un sitio a la mesa de los Lombardi; un sitio incómodo, en el que no solo ha de enfrentarse a las preguntas de Giuseppe, sino también a las objeciones de Monica y a la mordaz ironía de Pietro.

—Hablábamos de ética, del repliegue identitario de muchos católicos —recuerda Monica—. Y no tardamos en hablar también de la oposición de los científicos a que cualquiera aparte de ellos estableciera reglas... Porque al principio Jean-Baptiste se defendía constantemente; luego pasó al ataque a su vez, poniéndonos frente a nuestras contradicciones, nuestra pereza...

Villepreux se convierte en un amigo y en invitado habitual de la calle Jacob. Durante los tres años que pasará lejos de París,<sup>[14]</sup> no dejará de cartearse con el hijo y de polemizar por teléfono con los padres. Convertido en Papa, Villepreux mantendrá a los Lombardi en el círculo de sus íntimos, de quienes nunca dejarán de llamarlo JB.

Pero la amistad entre Villepreux y Jacob no da su auténtica medida hasta el regreso de Jean-Baptiste a París, en otoño de 1995. Para entonces, Giuseppe ha adquirido el porte que conservará hasta el final de su vida: una figura esbelta pero sólida. Empezó a ir a clases de kárate a los nueve años, al poco de su llegada a Francia. Sus padres pensaron que le ayudaría a dominar su carácter impulsivo. De hecho, ya no necesita pegarse con el almohadón.

Tiene el pelo castaño dorado, las espaldas anchas, las manos muy grandes, ríe fuerte, canta a menudo y, dependiendo del lugar de veraneo, practica la vela o la escalada.

## 1.3.2

# SUSPIROS

**P**ese a estar especialmente dotado para las letras y las artes, Giuseppe encaminará sus esfuerzos a dominar las ciencias. En julio de 1990, durante su primer viaje en coche desde París hasta el norte de Italia, el Fiat paterno toma la «Autopista de los Titanes», un tramo viario en el que alternan los viaductos y los túneles. Fascinado, el joven Giuseppe decide de inmediato aprender a construir carreteras y puentes, una promesa renovada en cada regreso a la región. Al finalizar el bachillerato, la fidelidad a esa promesa lo llevará a elegir las clases preparatorias para la escuela de ingenieros.

Pero por el momento todavía es un alumno de instituto, apreciado por sus condiscípulos y sus profesores, y muy popular entre las chicas... Su carisma intimida a muchos compañeros, que no se consideran sus amigos. En cuanto a las chicas, ninguna parece haberse atrevido a confesarle su juvenil amor, lo que, según su hermana, era muy conveniente para Giuseppe.

—Mis amigas estaban locas por él —cuenta Anna—. Algunas solo querían venir a casa por Giuseppe. Y las chicas de su clase lo miraban y suspiraban. Pero, como él no se daba por enterado, todas pensaban que le gustaba otra, de algún otro sitio...

Para alivio del capellán, que lo cree destinado al celibato sacerdotal, el joven Lombardi, rodeado de admiradoras, las trata como a amigas, cuando ellas desearían algo más.

¿Con qué amor sueña el adolescente? Jacob solía decir que estaba muy agradecido a su padre por haberle enseñado a amar a las mujeres, y a su madre, por haberle enseñado a amar a los hombres. Sin duda, también había aprendido de ellos a creer en el amor. Casi treinta años después, cuando conocí a sus padres, me sorprendió la poderosa irradiación de aquella pareja. De Monica, su marido dice que «es, en primer lugar, mi amiga del alma; luego, una amante a la que adoro; después, la compañera de mis días; y, por último, la madre de mis hijos. Pero eso —puntualiza— vino después, mucho después de haberme conquistado por todo lo demás». Y, fulminado de inmediato por la mirada de su elegante esposa, se apresura a añadir que también es «la coqueta más incorregible que conozco». Esa pareja y ese amor serán la brújula de Giuseppe Lombardi en los años venideros. Y yo descubriré en Jerusalén cuánto sabe Jacob de los misterios de la seducción y del amor.

Pero la hora de los idilios todavía no ha sonado.

### 1.3.3

## PAUL ASSOUMOU

A su regreso, Villepreux decide confiar a varios alumnos y alumnas del instituto la tutela de los más jóvenes. Está convencido de que entre los chicos que ha elegido, al menos la mitad tienen vocación sacerdotal. Y, si por alguno lo apostaría todo, es por Jacob.

En la primavera de 1995, en segundo curso, Giuseppe recibe el sacramento de la confirmación. Para los recordarios que confecciona con el ordenador familiar, elige una cita de san Pablo: «Sé a quién me he confiado». En efecto, Giuseppe ha entregado su confianza, su fe; es un hecho irreversible. Pertenece a Cristo. También pertenece a la Iglesia, está dentro de la Iglesia, desde que conoció a otro capellán, el hombre que sustituirá a Jean-Baptiste durante tres años: el muy carismático Paul Assoumou.

A mediados de la década de 1990, Paul es uno de los dos «gigantes» que apuntalan la fe de Giuseppe. Mucho después, en los tiempos de desgracias, de combates, de asesinatos, la confianza entre los dos hombres no hará más que reafirmarse.

Nacido en 1963, Paul Assoumou fue primero un joven y prometedor defensa central en varios clubes de fútbol de Yaundé. En 1982, a los diecinueve años, es suplente en el equipo de los «leones indomables» de Camerún, que participa por primera vez en el Mundial de Fútbol celebrado en España. Tras rechazar una oferta de la AS Roma, regresa a Camerún; un año después ingresa en el seminario. Además de un físico «colosal», de su pasado de campeón conservará un sentido de la disciplina, del coraje y del esfuerzo que sigue siendo proverbial. En adelante, será en el terreno intelectual donde Paul ejercite su habilidad para el regate y la recuperación del balón, y su capacidad para el contraataque.

Su obispo lo enviará a finalizar los estudios de teología a Roma<sup>[15]</sup> y, más tarde, en 1993, a realizar la tesis doctoral en el Instituto Católico de París<sup>[16]</sup>. Es en esa época cuando conoce a Giuseppe. Sacerdote y estudiante en Saint-Germain-des-Prés, sucede a Jean-Baptiste como capellán del colegio y del instituto. Procedente de una comunidad cristiana joven y de una familia cristianizada recientemente, Paul experimenta frente a la Iglesia sentimientos profundamente filiales<sup>[17]</sup>. Ama a la institución que ha sabido hacerle llegar el Evangelio y conocer a Cristo. Mucho más tarde, en un momento en que la Iglesia parece secuestrada por los «mexicanos», escribirá a Giuseppe estas frases encendidas: «Nunca abandonaré mi sumisión a mi Madre, tú lo sabes; porque todo lo que tengo lo he recibido de la Iglesia: la palabra, la cultura, la ciencia, la sabiduría que me hacen avanzar. ¿Cómo podría volverme contra



quien me crio a sus pechos, contra quien sostuvo mi mano con un dedo cuando aprendía a andar con mis cortas y vacilantes piernas, contra quien me mostró el horizonte cuando me convertí en un hombre?».

Un día, Giuseppe le pregunta a Paul qué es la extraña pulsera que lleva en la muñeca.

—Es una correa como las que ponían a mis antepasados negros en Gorea antes de embarcarlos para América. Pero yo la hice montar así, como la ves. Es una correa rota. Para recordar cada vez que la veo que yo era un esclavo de la muerte y que la resurrección de Cristo me convirtió en un hombre libre. Eso es lo que quiero anunciar con nuestra Madre la Iglesia.

Con el camerunés entra en escena el tercer miembro del «trío de Saint-Germain», que no lo abandonará jamás. Giuseppe, producto de más de dos mil años de cultura cristiana, descubre la fe de Paul con infinito respeto. Lo corrobora Momea:

—Desde que conoció a Paul, Giu no volvió a referirse a la Iglesia diciendo «ella» o «ellos», sino «nosotros».

Cuando a su regreso Jean-Baptiste descubre esa disposición en el adolescente, ya no le queda ninguna duda: Jacob será sacerdote. Pero ¿piensa en eso el chico?

## «LOS FUTUROS SEMINARISTAS DE MONSEÑOR»

**A**nna, su hermana pequeña y su confidente, está convencida de que esa idea todavía no se le ha pasado por la cabeza. Su hermano la arrastra a las actividades de la capellanía. Anua lo acompaña a misa los domingos y a veces lee la Biblia con él. Nunca percibió una sombra de inquietud a ese respecto.

—No creo que se lo planteara seriamente. Pero sabía que eso era lo que Jean-Baptiste soñaba para él.

Durante cinco años, de 1995 a 2000, el dúo vivirá en una ambigüedad de la que ambos son conscientes solo a medias. Por supuesto, cuando Villepreux habla con Jacob de su «vocación», no puede referirse más que a una vocación sacerdotal. Para Jacob, se trata de la de todo bautizado. Entretanto, desempeña a la perfección los papeles de alma y líder del grupo y de hermano mayor que le ha confiado Villepreux. En 1997, durante las Jornadas Mundiales de la Juventud celebradas en París, se hace notar por su precoz capacidad para la organización. JB opina que pronto estará «listo»...

En la primavera de 1998, Monica Lombardi reanuda sus excelentes contactos con el Departamento de Literatura Contemporánea de la Facultad de Bolonia. Pietro acaba de obtener el nombramiento que ambicionaba: el Ministerio de Sanidad italiano le propone dirigir un programa de investigación inmunológica en Bolonia. Es hora de regresar al país natal. Anna y Marina, estudiantes de secundaria y primaria respectivamente, seguirán sin duda a sus padres. Sin embargo, en Italia no existe ningún equivalente a las clases preparatorias francesas, y Giuseppe, que cursa «mates supe», no está dispuesto a perder un año; a decir verdad, padres e hijo ven en estas circunstancias la ocasión de separarse sin tardanza, pues tanto los unos como el otro abominan de esos jóvenes que se hacen viejos en casa de sus padres.

Es aquí donde interviene Villepreux. El capellán se entiende bien con su párroco, que no ve ningún inconveniente en poner a la disposición del joven y brillante vicario supernumerario unos locales parroquiales que no se utilizan.

¿Su idea? Alojar a varios estudiantes y permitirles trabajar y llevar una vida de fe y una vida comunitaria. Por supuesto, JB tiene en mente preparar a un grupo de jóvenes para responder a una posible vocación sacerdotal. Como los demás, Jacob es consciente de esa intención apenas velada. Con humor, los chicos que se instalan en las dependencias de Saint-Germain se bautizarán a sí mismos «los futuros seminaristas de monseñor Jean-Baptiste».

## CONFUSIÓN

Carezco de información sobre los dos años que Jacob pasa en las dependencias de Saint-Germain. No he podido localizar a los coinquilinos de la «casa Saint-Villepreux». Solo puedo echar mano de los recuerdos y testimonios que el propio Jacob compartió con Anna por teléfono y correo electrónico durante ese período.

Durante los diez primeros meses, de septiembre de 1998 a junio de 1999, Jacob se entierra en vida; al salir de clase, se encierra con sus libros, manuales y cuadernos de ejercicios. Le cuenta a su hermana lo duro que es ver escapar las semanas y luego los meses. Le habla del alivio que siente ante la inminencia de la prueba de fuego, los exámenes en cuya preparación ha empleado dos años. Su éxito es ante todo un alivio, una liberación: no tiene que pasar otro año preparando la prueba de las «mates espe», puede «reintegrarse a la vida»...

De todas las escuelas de ingenieros, la Central de París, en la que al fin ingresa, tiene fama de ser la que ofrece más caminos alternativos. El ritmo de trabajo decae, el ambiente favorece el diletantismo... La escuela ha firmado convenios con diversos centros de estudios superiores especializados tanto en las ciencias humanas como en las artes. De modo que los «centraleros» tienen la posibilidad de tomarse uno o más años sabáticos, de dedicar unos meses a un proyecto humanitario, a aprender idiomas en el extranjero, a llevar a cabo una experiencia profesional... Jacob no dudará en aprovechar esa ventaja.

Entretanto, encantado de recuperar a un fuera de serie como Jacob, Villepreux le confía una misión que el joven acepta con entusiasmo: debe organizar el viaje a Roma para las Jornadas Mundiales de la Juventud de 2000 de los estudiantes de las grandes escuelas que se encuentran en Saint-Germain-des-Prés. Será el responsable de toda la intendencia, la preparación material y las relaciones con los italianos. En una palabra, Villepreux quiere dar el espaldarazo definitivo a Jacob, convertirlo en su brazo derecho en Roma durante dos semanas. No cabe duda de que piensa aprovechar para hacerle la pregunta del millón: «¿Qué piensas hacer con tu vida?».

Villepreux no puede imaginar que Jacob encontrará en Roma la respuesta a esa pregunta, una respuesta que abrirá un paréntesis de diez años en su profunda amistad...

# CHIARA



2.1.0

# LA PRINCESA ROJA



## 2.1.1

# SOCORRISMO...

**E**se estío romano es de un calor asfixiante para los cientos de miles de peregrinos llegados de París, de Cracovia, de Dublín, a los que la organización de las Jornadas Mundiales de la Juventud del año 2000 instala en varias grandes praderas romanas y en el campus de Tor Vergata, lleno a rebosar. En el laberinto de las tiendas de campaña y alrededor de los primeros fuegos de campamento, se crea una atmósfera de fraternidad. Los chicos van a buscar el agua con bidones, cocinan en hornillos de gas, se lavan rociándose bajo un cobertizo...

Viven en un polvo ocre, pues la aglomeración, las decenas de miles de viajes diarios, las idas y venidas, las sentadas para rezar y cantar, han arrasado la hierba. Los cuerpos, las caras, la ropa, se cubren de una fina película arcillosa, y lo que se cuece día tras día bajo un sol abrasador es un pueblo de salvajes rojizos, en cuyo recuerdo el rojo y el blanco serán siempre los colores del campamento.

Desbordadas por las insolaciones, las autoridades sanitarias y policiales empiezan a ver aumentar el número de hospitalizaciones con preocupación. No tardarán en enviar camiones cisterna para rociar pacíficamente a los peregrinos y permitirles sobrevivir al calor. Y el polvo rojo se transformará en churretones de barro en todo el mundo.

Roma moviliza a los socorristas disponibles, recurre a la Cruz Roja... Cada campamento busca voluntarios competentes entre sus «habitantes». Jóvenes italianos organizan enfermerías de campaña. Giuseppe, que tiene nociones de socorrismo, se presenta en una de ellas.

Ante él, vuelta hacia un grupo, una joven explica a cada cual su cometido en la distribución del agua y los sombreros y la evacuación de los afectados. De baja estatura y vestida con camiseta y vaqueros, lleva anudado el brazalete de los socorristas.

Giuseppe no ve más que una espalda y una nuca de una delicada palidez. La chica se ha recogido el pelo, rojizo oscuro, en un moño, del que escapan algunos mechones, retenidos por un simple lápiz. Tiene los brazos delgados pero musculosos y las manos, largas. Los tobillos, en sandalias finas, tienen la misma delicadeza. Giuseppe oye una voz cálida y un poco ronca, que pregunta quién puede traducir sus frases a inglés y francés.

—Yo —se limita a decir.

Ella se vuelve y mira sobresaltada al fornido mocetón que permanece en la entrada de la tienda. Él se estremece igualmente ante el rostro súbitamente revelado: dos ojos verde mar, una piel salpicada de pecas, pómulos altos, una boca infantil de

labios delicadamente torneados. Así aparece Chiara en las numerosas fotos que he reunido en los últimos meses. En todas, sonrío con una expresión irónica.

—¿Francés o inglés? —pregunta ella.

—Los dos. Y un poco de alemán —responde él.

Ella se ríe.

—Ven.

Giuseppe se sienta a su lado y durante la media hora que sigue traduce a las dos lenguas las consignas de Chiara.

Así era como contaba su encuentro.

—Lo primero que tuve que hacer —añadía siempre— fue anunciar su buena nueva. Pero me costaba concentrarme en sus palabras. Solo oía su voz y su risa.

## 2.1.2

# DOS ASTROS

**D**espués de la traducción, se queda un buen rato. Hablan. Esa noche va a ver a Villepreux para decirle que la organización necesita un socorrista trilingüe. El sacerdote le busca un sustituto. Durante el resto de las jornadas, Jacob siempre aparecerá acompañado por una joven de pelo cobrizo y risa un poco ronca...

¿Quién es Chiara Sassetta, la joven a la que Jacob acaba de conocer?

Una chica de diecisiete años enrolada en los grupos de voluntarios desde que acabó el bachillerato. Lleva allí varias semanas y no para desde antes del amanecer hasta altas horas de la noche, para justificar la fama de la hospitalidad italiana y la confianza de su párroco milanés, que la «fichó» pese a su juventud.

Chiara no debió de tardar en abrirse a Giuseppe. Quienes la conocían entonces la describen como una chica voluble, que confía en sus interlocutores y se burla de sí misma, cosa que le da un encanto añadido y hace que se le perdone su coquetería. ¿Qué contó a lo largo de esos breves días? La historia de su vida, como suele hacerse a esa edad, a quien con toda evidencia compartirá el resto de esa existencia.

Nace en junio de 1983, de Ivo y Simona Sassetta. Cartero el padre y maestra la madre, son dos funcionarios maduros cuando Chiara entra en sus vidas tras muchos intentos de paternidad. La había precedido Camilla, nacida quince años atrás, al principio del matrimonio, y educada en un ambiente austero, agravado por cada uno de los embarazos frustrados de Simona.

Para la hermana mayor, la llegada de esa niña vivaracha y traviesa representa la cruel revelación de todo lo que su propia infancia no recibió. Abandonará Milán del brazo de Roberto, doce años mayor que ella, con quien se independizará apenas cumpla los dieciocho. Los padres pondrán en Chiara todas las esperanzas que su primogénita defraudaba.

Con Chiara, Ivo y Simona no tardaron en olvidar las rígidas exigencias que habían impuesto a Camilla. Solo les importa lo esencial: transmitir a su hija pequeña lo que les parece vital, la fe en Dios, una curiosidad a veces muy escolar, la hospitalidad, la familia, el respeto a las tradiciones, la falta de interés por el dinero y la «posición», pero también una preocupación bastante pequeñoburguesa por la seguridad y el confort.

De esa educación, Chiara se queda con lo que considera mejor. Curiosa, abierta, hospitalaria, pero también risueña, ligera, fascinante y fascinadora, evoluciona en una dirección totalmente diferente de la de sus padres, un tanto mezquina. Le gusta la gente, y a la gente suele gustarle ella, que conquista con su capacidad de adhesión y su audacia comunicativa. Cuando topa con la hostilidad, sus rencores pueden ser



tenaces. Así es Chiara: una joven que atrae a su órbita a todos aquellos a quienes fascinan su luz y su calor.

Giuseppe no puede ser un nuevo satélite que se une a esa galaxia de amigos y admiradores. Él también es un sol, sin duda más serio, pero con un carisma igual de irresistible, unas amistades no menos incondicionales y unas convicciones tan contagiosas o más. Entre los dos adolescentes podría haberse iniciado una competición, pues son dos polos igualmente poderosos. Por el contrario, se reconocen y comprenden de inmediato que son la parte que le falta al otro, la que completa y estimula, apacigua y aguijonea... Chiara se quejará a menudo de la silenciosa seriedad de su Giu y, en contrapartida, Giuseppe criticará la charlatana y extravertida impaciencia de su pareja. Su relación oscilará siempre entre la irritación y la admiración.

### 2.1.3

## DESHEREDADO

La última noche en el campamento, Giuseppe va a ver a Villepreux y le dice:  
—Tengo que quedarme unos días en Roma para tramitar el traslado de matrícula a la Universidad de La Sapienza. ¿Me necesitas para organizar el regreso?

El capellán, dando por supuesto que es la llamada de la vocación la que lo retiene en Roma, le pregunta cómo ha llegado a esa decisión.

—He conocido a la mujer que Dios me tenía destinada —responde Jacob.

Con esta simple frase, acaba de poner fin a dos años de vida comunitaria, de fraternidad intelectual y espiritual, a las esperanzas que el joven sacerdote tenía puestas en él, a tantas horas de conversaciones, a todos los planes para el futuro soñados por JB.

Villepreux no puede rendirse sin luchar. Inteligente, sabe que es inútil discutir esa epifanía amorosa. Pero utiliza un sistema más sutil: argumenta. Es una decisión que requiere tiempo; la distancia que los separará si Jacob se queda otro año en París, ¿no es necesaria antes de dar un paso crucial en la vida de ambos? El alejamiento les permitiría aquilatar su amor.

—La decisión está tomada —replica Jacob—. Ya nos hemos prometido... El tiempo del que hablo es un tiempo de noviazgo, de preparación para el sacramento que queremos celebrar.

No hay más que hablar. Jacob ya está «casado» con la mujer a la que ama.

La reacción de Villepreux es tan dura como el bloque de certezas que tiene ante sí. Jacob lo ha decepcionado, Jacob huye, da la espalda al camino que su «padre» le había trazado... Cuando, años más tarde, vuelvan a hablar del asunto, recordarán una escena de maldición bíblica.

—Me las arreglaré sin ti para el regreso, y para todo lo demás —le espeta JB. Jacob meneaba la cabeza; el hijo repudiado renuncia a la bendición paterna, a su casa y a su herencia—. Creo que no tenemos nada más que decirnos —añade Villepreux—. Recoge tus cosas. Y deja libre tu habitación en la parroquia antes del 31 de agosto, para que otro pueda aprovechar la oportunidad que tú has tenido. ¿Aviso a tus padres o lo harás tú?

—Lo haré yo —responde Jacob.

El joven tiende la mano al capellán, que se la estrecha con frialdad.

La bolsa de viaje ya está preparada y espera ante la tienda. Jacob la coge al pasar, sin volverse. Los dos hombres no volverán a cruzarse la palabra en nueve años.

Esa misma noche Jacob llama a sus padres. Monica le contará esa larga

conversación durante la que el hijo le explica a su madre que ya no es la mujer que reina en su corazón. Para una italiana, aunque sea de Bolonia, es todo un *shock*, tanto más cuanto que Giu le anuncia su intención de volver a instalarse en Italia, pero en Roma, lejos del domicilio familiar.

—Hablabas de Chiara como un hombre que regresa de un viaje describe las costas a las que ha arribado, tranquila, sobriamente, sabiendo que no podrá compartir con quienes lo escuchan las maravillas de ultramar...

Luego, Giu le dice a su madre que quiere ir a verlos con Chiara dentro de unos quince días, si les parece bien.

De regreso en Milán, Chiara le anuncia a su madre:

—Va a venir un chico a casa. Se llama Giuseppe. Me casaré con él en cuanto hayamos acabado nuestros estudios.

Giuseppe aprovecha la semana posterior a las jornadas para volver a París, organizar el traslado de matrícula, devolver las llaves al portero... No se olvida de pasar por casa de Alma. La marquesa, que está encantada, sueña con una boda principesca. Conoce a «un pequeño pero maravilloso diseñador que hará un traje del color del cielo, la luna y el sol, como el de Piel de Asno, pero mejor». Giuseppe no puede despedirse sin antes aceptar un anillo antiguo adornado con un magnífico zafiro y varios brillantes, «para la princesa».

## NAFTALINA Y ROPA BLANCA

**E**l joven causa una gran impresión en el viejo y rancio domicilio milanés de Ivo y Simona Sassetta. Alto, guapo, aplomado, amable, fino, es más callado y más formal que la mayoría de los amigos de Chiara. Tiene tres años más que ella y tanto su padre como su madre son profesionales bien situados. También parece totalmente decidido a casarse con su hija y, por si fuera poco, por la Iglesia, lo que le hace ganar puntos frente al Roberto de su Camilla, ese «comunista» mal arrepentido.

Pero Chiara, su tesoro, que se entrega sin reservas, ¿sabrá mantener su bonita cabeza sobre los hombros? ¿Seguirá estudiando en serio? Y sobre todo, ¿no irá demasiado lejos y demasiado pronto en su flirteo? En sus tiempos, Simona llevó un traje blanco immaculado con la cabeza muy alta. ¿Y Chiara? ¿Arrojará por la borda el traje blanco, ahora que el amor inunda su corazón? Ni Ivo ni Simona pensarán por un instante en controlar a su hija. Pero desde ese día buena parte de sus preocupaciones girarán en torno a la castidad antes del matrimonio, cuyo abandono constituiría a sus ojos una violación de su vida cristiana.

Evidentemente, Monica y Pietro no sienten la misma preocupación.

En el amplio piso que adquirieron a su regreso de París, los padres de Jacob reciben a Giuseppe como al hijo pródigo y a su invitada, como a una reina. La chica se los gana de inmediato. Desde el segundo día es un miembro más de la familia. La hija de la pequeña burguesía se extasía ante los muebles y los objetos traídos de todo el mundo por «el señor Lombardi». Ayuda en la cocina, se instruye, habla con «Monica» de literatura, y también de sus futuros estudios de ciencias políticas. Es muy atenta con Anna y Marina, las dos hermanas de Giu; Anna, la mayor, y ella tienen prácticamente la misma edad. A los diez días, todos saben que Chiara será un sol resplandeciente en los años por venir.

## 2.1.5

# PROMESAS

**A**gosto finaliza en medio de una atmósfera cálida y familiar. Chiara y Giuseppe pasean bajo los pórticos de las iglesias romañolas, sueñan en la campiña emiliana hasta que se pone el sol... Incluso suben hasta la costa adriática con las hermanas en el asiento trasero del Fiat familiar, como risueñas carabinas fascinadas por la joven pareja. Visitan Rávena, que Chiara conoce bien.

Una noche, después de que los jóvenes hayan ido solos a San Domenico, la basílica donde se encuentra la tumba de nuestro fundador, santo Domingo, y donde Giuseppe recibió el bautismo, Monica ve brillar en el anular de Chiara una joya que no conoce.

—No hice ninguna pregunta, simplemente dije: «Es muy bonito, pero habrá que hacerlo reducir para que no lo pierdas. Si te parece bien, se lo confiaré a mi joyero». Giu asintió gravemente a modo de aprobación, Pietro sonrió y yo me llevé a las niñas a la cocina para preparar el postre y prohibirles el menor comentario.

El futuro parece despejado, dulce y delicado, prometido y aceptado. Una tarde especialmente calurosa, van a nadar a Rímini. Delante de sus hermanas, Giuseppe, riendo, le dice a Chiara, que se fuma el enésimo Marlboro:

—Tendrás que dejarlo, *principessa* mía... No quiero ser viudo a los cuarenta.

2.2.0

# LOS ESTUDIANTES



## 2.2.1

# LA ALMOHADA

**G**iuseppe planta sus maletas en un barrio obrero de Roma el 1 de septiembre de 2000. Vive en la sexta y última planta (a la que hay que subir andando, porque el ascensor siempre está averiado) de un bloque que en la actualidad lleva más de veinte años derruido. El estudio, una habitación amplia y luminosa de techo alto, paredes blancas y *parquet* oscuro, es acogedor.

Por su parte, Chiara se aloja en una residencia para chicas aneja a un convento. Las residentes deben estar de vuelta a las once, hora a la que se cierran las puertas. Pero, siempre que lo adviertan, pueden pasar la noche fuera sin que les pidan cuentas.

¿Qué vida hizo en Roma la joven pareja? ¿Compartieron mesa y lecho?<sup>[18]</sup> Los amigos con los que he hablado solían verlos salir de cafeterías, cines o conciertos cogidos de la mano. Ninguno dudaba de que Giuseppe y Chiara vivían y dormían juntos.

Algunos se preguntaron después en voz alta si el futuro Papa tuvo en cuenta en esa época la doctrina sobre la castidad de su predecesor polaco. Sobre este asunto, el papa Tomás siempre opuso una respuesta regocijada: «¿Si fui obediente? Dios mío... Si hay secretos que considero todavía mayores que los del confesionario, son los de la almohada, entre un hombre y una mujer...». Nunca hará la menor revelación sobre su vida amorosa con Chiara, ni la pondrá como ejemplo o contraejemplo para los demás.

## 2.2.2

# CENÁCULOS ROMANOS

**L**a pareja estudia: Chiara, ciencias políticas; Giuseppe, filosofía. Como casi todos los estudiantes de la época, también tienen que trabajar. Becaria, Chiara hace horas en la biblioteca de la universidad para poder pagarse el cine, el tabaco, los cafés... Giuseppe, aunque sus padres le pagan el alquiler, trabaja como conductor repartidor de una lavandería tres mañanas a la semana. Así es como ganan el dinero que les permitirá viajar todos los veranos.

Pero su vida está en otra parte, en sus largas excursiones por una ciudad que parece concebida para los enamorados y, por supuesto, con sus amigos comunes de la parroquia de San Giovanni.

El cura, un salesiano llamado Ignacio Dolfuss (es natural de Trieste), ha creado un grupo de meditación bajo el patrocinio de la comunidad de Sant'Egidio. Se reúnen regularmente para rezar, y también para debatir. Giuseppe y Chiara son de los más activos, tanto a la hora de los rezos como de los debates.

Cada vez son más los estudiantes que acuden a ese cenáculo a discutir sobre política, geopolítica, temas culturales o sociales... Muchos son ateos, agnósticos o se mueven en círculos muy alejados de la Iglesia oficial, pero les gusta compartir una comida en torno a un tema político. Uno de los asistentes habituales es Gianluca Premonti<sup>[19]</sup>.



### 2.2.3

## «ELEGIR BANDO»

Es un chico dos años mayor que Giuseppe y uno de los pocos que discute realmente con él. Casi todos los demás se limitan a escucharlo pensar. Entre el *francese* y el turinés, en cambio, hay diálogo, polémica. Gianluca es comunista de Refundación. Es este muchacho, que está en el segundo ciclo de sociología, quien inicia la educación política de Giuseppe. No porque lo «convierta» a sus opciones, ni le indique los autores que hay que leer, los maestros que hay que seguir, las revoluciones que hay que hacer. De los dos, es Jacob quien impone su talla intelectual. Los años con Villepreux, las lecturas y su capacidad de reflexión impresionan a sus adversarios dialécticos, incluido Gianluca. Pero Premonti tiene un sentido de la acción, una lucidez sobre los medios, es decir, sobre la política, de los que carece Giuseppe.

Hasta entonces, Jacob el parisino ha mantenido con la política las mismas relaciones que los jóvenes franceses de su generación: entre ella y él, la adolescencia fue el tiempo de la evitación educada o de la mutua indiferencia. En cuanto a Chiara, ni su padre ni su madre le han hablado de política, salvo tras las escasas visitas de Camilla y Roberto, para «rectificar lo que has oído», como decía Ivo.

Así pues, para interesarse por el tema, ambos han de sacudirse el prolongado letargo familiar.

He encontrado ciertos indicios de ese «despertar» a la *res publica*. Por ejemplo, el mismo día en que cumple los dieciocho, Chiara va al ayuntamiento acompañada por Giuseppe y ambos se inscriben en el censo. Esa noche, la joven llama a su madre y luego a Monica para comunicarles la noticia.

Las discusiones entre Gianluca Premonti y Giuseppe giran invariablemente en torno a la reflexión sobre los medios justos y el justo fin. Los dos jóvenes son irreconciliables. El ingeniero filósofo quiere alcanzar un programa de justicia y de paz democráticamente elegido. El estudiante de sociología cree en la gran noche. El debate entre ambos es profundo, enconado, sutil. Sobre él, Giuseppe construirá la convicción de toda una vida: el compromiso es necesario y moral. Con Gianluca aprende que está en combate y que debe elegir un bando.

## 2.2.4

# EL PUENTE

**A**l final de ese primer año romano, Giuseppe convence a Chiara para ir de acampada al «desierto» francés de Larzac. Quiere visitar el lugar en el que van a iniciarse los trabajos del viaducto de Millau, que promete ser la mayor obra de ingeniería del mundo.

En la meseta de Causse, solo los primeros tractores oruga y los topógrafos que recorren la colina anuncian que allí va a construirse un viaducto. El ingeniero de la Escuela Central no ve nada, pero puede imaginarlo todo; si vislumbra la belleza de la delgada cinta de asfalto y acero, atirantada como para una carrera, tendida para unir las dos partes de la planicie, es en sueños...

Pero, inopinadamente, el hombre en que se ha convertido se siente reclamado por sus proyectos olvidados, por el recuerdo de aquellas vacaciones a cuyo comienzo recorría los viaductos de la Autopista de los Titanes y se internaba en los túneles alpinos. De pronto, el veraneante descubre un sentido justo y profundo en esas esperanzas infantiles y las convierte en una metáfora de lo que quiere ser en medio de los hombres: un «constructor de puentes».

Las ambiciones del exfuturo ingeniero resurgen. Es demasiado tarde para reanudar su formación como «constructor» ese mismo septiembre. Giuseppe tendrá que esperar hasta el año siguiente, durante el que la Escuela Central de París le ofrecerá una convalidación en el Politécnico de Milán. En tres años, será ingeniero.

Pero ese reavivamiento vocacional obligará a los enamorados a vivir lo que Jacob había negado a Villepreux: la separación. Chiara no se ve regresando a Milán, salvo como mujer casada, pues de otro modo no tendría más remedio que volver a vivir con sus padres. Pero tampoco está dispuesta a quedarse a más de quinientos kilómetros de Giuseppe.

Aparentemente, la propuesta de instalarse en Bolonia surge de los Lombardi: Chiara podría matricularse en la excelente Facultad de Ciencias Económicas y Políticas y vivir en el estudio que acaban de comprar debajo de su piso... Así pues, Giuseppe el milanés y Chiara la boloñesa harán madurar en sus dos nuevas ciudades lo que sembraron juntos en Roma.

## LA BIBLIA Y EL VIÑO BLANCO

Evidentemente, los dos jóvenes pasan todos los fines de semana juntos, a veces en Bolonia y de vez en cuando en casa de los Sassetta. En cuanto a lo demás, sus fines de semana son un secreto. No obstante, un hombre será testigo de lo que están construyendo: casi todos los sábados que pasan en Milán, acostumbran compartir «el aperitivo de don Enrico».

El padre Enrico Morro tiene cuarenta y ocho años cuando Giuseppe y él se conocen. Es el párroco de San Pío V, la iglesia de los Sassetta. Bautizó a Chiara siendo un joven vicario y la ha visto crecer. Fue él quien decidió embarcar a la adolescente, con su grupo de voluntarios y socorristas, en las Jornadas Mundiales de la Juventud de Roma. Más que ningún otro, este hombre orientará la vida de Giuseppe. Al menos en tres ocasiones, el joven Lombardi deberá al pequeño y delgado sacerdote haber seguido caminos que lo conducirán a la cátedra de Pedro. Y al menos en una, el haber vuelto a la vida.

«Don Enrico» es un cura muy particular, un mentor que parece no mandar nada a nadie, pero guía a todo el mundo con mano firme y segura. Tiene un talento especial que le permite calibrar en unos minutos las virtudes y defectos de las personas, habilidad que le valdrá vestir la púrpura cardenalicia. Es también esa cualidad la que lo convertirá en inapreciable auxiliar para quienes gobiernen la Iglesia, un aliado esencial en los años romanos de Giuseppe.

Pero el tiempo del gobierno todavía está lejos. En ese otoño de 2002, Enrico Morro es un cura «sin más», que vuelve a ver con alegría a su «pequeña Chiara», la jovencita que lo maravillaba por su relación con Dios.<sup>[20]</sup> Un día de otoño, tras dos años de «desaparición» romana, la chica llama a la puerta de la casa parroquial. La acompaña un «mocetón muy bien parecido». El cura de San Pío V comprende enseguida que está ante un muchacho excepcional.

Entre el sacerdote y el estudiante se inicia de inmediato una profunda y fructífera relación.

—Me bastaba con saber que Chiara quería casarse con él —me explicó don Enrico— para apreciarlo en toda su valía. Una valía que me pareció aún mayor en cuanto empecé a conocerlo. Pero fue tras la muerte de Chiara cuando supe que podía ser un hombre entero pese a la renuncia, un hombre para los demás.

Se adoptan, no cabe duda. No obstante, Morro jamás se referirá a Giuseppe como a un hijo.

—Para mí, el celibato y la pobreza eran aceptar no tener nada, no legar nada, no ser más que mi trabajo en nombre del Evangelio.

Enrico será más bien un hermano mayor que tiene fe en su hermano pequeño y Giuseppe, un hermano menor que sabe que puede contar con su hermano mayor. Serán los dos hombres que mejor conocieron a Chiara.

Las visitas de los enamorados a la casa parroquial se hacen habituales, los sábados por la mañana alrededor de las once, en torno a un vaso de vino blanco frío. Chiara dice que quiere aprovechar esos «aperitivos» como preparación al matrimonio.

—No hay que preparar lo que ya está listo —responde Giuseppe—. Nuestra boda no será más que la celebración de lo que vivimos. Pero —añade—, si hemos de dar testimonio juntos del amor de Dios por la humanidad, no estará de más que aprendamos juntos a descubrirlo mejor.

—Precisamente, ese es mi trabajo —dice el sacerdote sonriendo y sacándose la Biblia del bolsillo.

¿Cómo podría resistirse Giuseppe a un hombre que vive con la Biblia auestas?

El sacerdote y los dos jóvenes adoptan la costumbre de verse dos sábados al mes para leer en voz alta un capítulo del Nuevo Testamento y un salmo, antes de tomarse el vasito de vino.

2.3.0

# SUIZA ATÓMICA



### 2.3.1

## EL BOSÓN DE HIGGS

Mientras se consolida su relación con don Enrico, Giuseppe conoce a otro personaje, quizá no menos decisivo para su futuro.

En el Politécnico de Milán, los estudiantes de la capellanía organizan conferencias en torno a científicos de renombre, a las que se invita a un suizo, un individuo llamado Simon Cervin. Pasa por ser un genio, o un loco, y va a debatir con uno de los miembros de la Academia Pontificia de las Ciencias en torno al famoso bosón de Higgs<sup>[21]</sup>. «¿Puede conciliar Dios las partículas y el cosmos?». Ese es el título del debate.

Giuseppe me relatará esa velada de marzo de 2003:

—Vi entrar a un hombre gris, que se sentó detrás de la mesa. Digo gris porque tenía el pelo, la cara y los ojos de ese color. Y su traje de funcionario suizo, finas rayas antracita sobre el fondo gris rata, estaba en consonancia. Aquel hombre no parecía nadie, hasta que abrió la boca.

El contraste todavía subsiste en la actualidad. El pelo es más largo, y la barba también, pero no dan a Simon Cervin las trazas de un profeta. Todo lo más, lo asemejan a esos hombres que se lanzan tardíamente a lamentables experimentos capilares con la esperanza de paliar la insignificancia de su aspecto. En sus ojos no brilla ninguna luz, ningún aura de genio emana de su persona.

—Es la neutralidad suiza hecha hombre, si es que Cervin es humano —bromeará muchos años después el cardenal Assoumou.

Luego, Simon habla.

—Habló. Y entonces, Dios rugió, el rayo cayó y las rocas se partieron. La voz quemaba y temblaba a un tiempo. Aquel hombre estaba poseído por una ira sagrada, inmensa, irrefragable. La lava lo arrastraba, un incendio lo devoraba...

Esa noche, en Milán, Simon arrolla a su oponente pontificio como se arrolla a un ejército enemigo antes de despedazarlo. ¿Por qué buscar una armonía, por qué buscar una explicación, por qué querer descubrir en la ciencia o la historia pruebas de Dios? El físico de Vaux dirige a los estudiantes italianos frases secas, violentas, escandalosas:

—A Dios se la trae floja que lo busquéis en las partículas. Dios se cachondea de vuestros microscopios, su voluntad no está contenida en la investigación atómica. No hagáis a Dios cómplice de Hiroshima y Chernóbil; ya lo han culpado de bastantes cosas... Durante el día, Dios no tiene tiempo para pasarse por los laboratorios. Y, por la noche, la mayoría de vosotros no queréis perderlo pasándoos por la iglesia. Así que con Dios y la ciencia pasa como con las parejas: al cabo de un tiempo, a fuerza de

verse sin tener nada que decirse, la única solución es el divorcio.

Impotente, el enviado pontificio arroja la toalla y abandona el anfiteatro perseguido por la risita maliciosa de Cervin... Silencio. Simon mira al auditorio con ojos apagados y luego, sin sonreír, concluye:

—Victoria de la ciencia sobre el oscurantismo: uno a cero. ¡Champán francés! — Otro largo silencio. Luego—: ¿Y vosotros? ¿Qué pensáis vosotros?

Los ojos grises, en los que nada brilla, se posan en las primeras filas y luego en el resto del anfiteatro, como peces fríos. La cólera de su voz se ha dormido, vuelve a ser el funcionario suizo a punto de anotar los resultados del *brain storming* para redactar su informe.

El moderador del debate anuncia el turno de preguntas.

A la primera intervención, Cervin levanta la cabeza y mira a su alrededor:

—¿Alguien quiere responder? Estoy seguro de que alguien tiene una idea... ¿No? ¿Nadie? Pues yo tampoco.

Mutismo de quien ha formulado la pregunta, risas nerviosas del público...

La segunda recibe la misma respuesta. Un murmullo de desaprobación se eleva de las gradas. Simon se vuelve hacia los estudiantes. Cita la Biblia, como siempre de memoria.

—¿Qué habéis venido a buscar al desierto? ¿Un hombre prodigioso, un hacedor de milagros? ¿Un hombre bien vestido? No... Entonces, ¿qué habéis venido a buscar al desierto? —Silencio en las gradas. Cervin suelta una risa sarcástica—. Hay que ver cómo sois... Qué buenos católicos... Empezáis a murmurar contra mí, pero basta que levante la voz, que cite la sagrada Biblia, y os calláis... Porque no paráis de buscar maestros, agacháis la cabeza esperando que os digan cómo actuar, cómo pensar, qué hacer... Tengo la autoridad del que sabe —añade levantándose exaltado—. Pero ¿sabéis vosotros si sé, y si no sabéis más que yo? Y, si lo que vosotros sabéis contradice lo que yo sé, aun así todo puede ser justo, verdadero, hermoso... lo que vosotros sabéis y lo que yo sé. —Ahora la voz ya no es un magma de fuego, rezonga—: ¿Sabéis que la naturaleza contradice a los que la comprenden? Einstein comprendió el cosmos, entendió el tiempo, flexible, dúctil, maleable. Pero no admitió que la mecánica cuántica dijera esto: en las partículas, el tiempo es fijo, inmóvil, absoluto, y el azar, en consecuencia, el rey. ¿Qué dijo Einstein a ese respecto? «Dios no juega a los dados». Pues bien, Albert, sí... Dios es el jugador de dados más compulsivo que conozco, cuando tiene tiempo para las partículas. Dios unas veces juega a los dados y otras no. Y hay más posibilidades de reconciliar a los judíos españoles con la Santa Inquisición que de pacificar las fuerzas que desgarran el cosmos. Dios es el camino, la verdad y la luz, dicen los textos sagrados. De modo que, si alguien afirma conocer el camino, se pone en el lugar de Dios. Y eso, Dios mío... es una blasfemia.

Está de pie, señalando el techo con el índice. Es un funcionario suizo acalorado y ridículo, pero a nadie se le ocurre reírse. Es la cólera de Dios...

—Lo que buscáis es alguien cuyos pasos seguir. Entonces os quedaréis tranquilos. Pero no hay orden, no hay camino. Hay azar, dados, caos... Ese maestro que buscáis dejará de ser justo en cuanto lo encontréis. Os perderéis, y lo perderéis con vosotros, porque nadie tiene vocación de padre, nadie tiene vocación de maestro. Nadie tiene vocación de Dios. Llevar ovejas detrás de uno no convierte a nadie en pastor. No hay pastor, hay un solo pastor, si creéis en lo que dice aquí. —Golpea la Biblia con la mano. Su voz se desploma, lastrada por una especie de amenaza contenida—. Mientras digo todo esto, calláis. Estaríais dispuestos a elegir como maestro a quien os dice que no busquéis ninguno. Pero no os subiréis a mi espalda, no me perderéis...

Simon recoge su cartera de la mesa, empuja hacia atrás la silla y sale del anfiteatro por una puerta lateral, dejando tras sí un auditorio escandalizado.

Giuseppe me dirá:

—Salí y lo vi sentado a una mesa junto al ventanal de la cafetería de enfrente. Parecía un hombre insignificante, vacío, perdido. Miraba la lluvia que resbalaba por el cristal. Entré. Esperaba recibir una sarta de insultos. Pero estaba convencido de que, pese a sus excesos, era justo. Fue él quien, más tarde, me enseñó a desconfiar de quienes nos quieren seguir y obedecer. Y Dios sabe cuánto necesito esa desconfianza hoy en día...



## 2.3.2

### «YO CREO EN EL CAOS»

**L**o que Giuseppe presiente ya en ese momento es que la ira de aquel hombre se debe a una herida. De momento, el estudiante no lo menciona. Entra en la cafetería, coge la silla que está frente a la de Simon, se sienta y dice:

—Estaba en el anfiteatro. —Cervin lo mira con esa singular ausencia de luz en las pupilas—. Extraño y traicionero modo de enseñarnos a rechazar los maestros ese de hablar y después marcharse sin dar opción a la réplica o la controversia...

—Yo no creo en el debate, muchacho. Yo creo en el caos.

—No he hablado de debate. En cuanto al caos, nos has dejado más o menos en ese estado, efectivamente.

Giuseppe ríe. Simon lo mira como si fuera transparente. Giuseppe le devuelve la mirada. Es Simon quien cede.

—Bueno, entonces, ¿qué quieres, muchacho?

—Nada, hablar. Me interesa lo que has dicho. ¿Me invitas a un café? —Y acto seguido suelta una frase de una osadía increíble—: Supongo que, si yo hubiera sufrido tanto como tú, tendría la misma rabia, puede que más. Puede que hubiera matado a ese tío de la Academia de Ciencias cuando ha dicho: «Pero ¿qué puede saber de la misericordia un hombre como usted?». —Giuseppe, que ha notado el momento de la velada en que el debate científico se convertía en arreglo de cuentas *ad hominem*, formula una pregunta, implícita pero evidente—: ¿Qué hay entre la institución y tú? ¿Qué pasivo arrastráis el uno respecto al otro?

Cuando Cervin me habló de esta conversación, dijo lo siguiente:

—No me había encontrado con semejante inteligencia del alma desde que dejé Lausana. Pedí un licor muy fuerte y su café y, en aquella cafetería de Milán, se lo conté todo.

## LOS MONSTRUOS Y SUS DISCÍPULOS

Los cuarenta primeros años de la vida de Simon Cervin son la historia de una compartimentación mental. Físico nuclear especializado en mecánica cuántica, Cervin trabaja en el CERN de Ginebra sobre el estudio de las partículas que permite el sincrotrón. Simon es también un padre de familia piadoso, observante, sumiso a los *imprimatur*, los *nihil obstat*, los anatemas... Hijo de una familia burguesa de Vaux, lleva veintitrés años casado con Marie-Elisabeth, Marisa, y es padre de seis hijos, a los que ha dado nombres bíblicos. En el último de los cinco partos, debido a complicaciones que derivan en una hemorragia masiva del útero, se hizo necesaria la ablación del órgano. Simon y Marisa comentarán la noticia en estos términos: «Todos tenemos que llevar nuestra cruz». Simon dice que, en esa época, a la vista de los males del mundo, busca alivio en la idea de la redención por el sufrimiento, de la comunión de quienes sufren y los santos.

—Se puede ser un científico duro, exigente, y entregarse al consuelo de creerlo todo en bloque, de ser un laico piadoso y sumiso al magisterio infalible, sin tormentos ni preguntas. Porque la fe, creía yo entonces, y quizá creo todavía, requiere humildad de corazón y de mente ante la grandeza de Dios.

Es su director espiritual, Edmond Garchy, un vicario de Lausana de su edad, quien guía a Simon y Marisa por ese camino.

—Lo creí todo, leí todos los dogmas, amé la Tradición, inspirada por Dios sin cesar y sin discusión. Expliqué que había que interpretar la historia de la Iglesia como un Nuevo Testamento, una historia sagrada. Ante la desgracia, sostuve que Dios escribía recto con líneas torcidas, que nos comunicaba su voluntad, que intervenía cuando quería hacerlo. Podía hacer milagros o elegir no hacerlos, desviaba la bala de un asesino turco dirigida contra el Papa,<sup>[22]</sup> hacía retroceder la ola de barro en Colombia, pero dejaba que un maremoto lo inundara todo en otro sitio, o enviaba a su Santa Madre para que se apareciera en Yugoslavia durante la limpieza étnica. Salvaba a los justos, o los dejaba en manos de sus verdugos para que participaran de su cruz. Para mí, todo era Gracia, todo era Providencia, todo tenía sentido... Un sentido que la Iglesia interpretaba, que mi Santa Madre me explicaba. En esa época, solo había una cosa de esa Iglesia que me inquietara: que pudiera considerar la posibilidad de hacer acto de contrición por unos pecados que no había podido cometer. Si había cometido errores políticos ocasionales, ¿no había que ver en ellos la voluntad divina? — Llegados a este punto de la entrevista, la voz se apaga—. Lo que me contó mi hijo Timothée en octubre de 1999 no hizo vacilar mis convicciones. Me hablaba para que Edmond Garchy no tocara a sus hermanos pequeños, que iban a participar en un

campamento de *boy scouts* del que sería capellán... Aquel cerdo había abusado de mi hijo durante tres años, de los doce a los quince. Por muy sacerdote que fuera, Edmond Garchy era un enfermo, puede que un cabrón... Me sentí herido en la persona de mi hijo, asombrado de no haber visto nada, traicionado en la confianza que había depositado en aquel hombre. Pero el edificio no vaciló. Estaba dispuesto a amar todavía más a mi Santa Madre la Iglesia, herida como yo...

»Me presenté ante el procurador de Lausana y presenté una denuncia. Pedí audiencia a mi obispo, que me conocía bien, como ilustre sabio y creyente piadoso...

»Le dije lo que sabía, y él me manifestó su dolor. Me dijo que lo comprendía, que había que hacer algo, “por la paz de nuestra familia”.

»Lo puse al tanto de la denuncia, le dije que pediríamos justicia y que Edmond Garchy iría a la cárcel. Me pidió que retirara esa denuncia para evitar que “el escándalo siembre la duda en personas menos sabias y menos fieles que usted”. Le dije que no lo haría. Le cambió la voz; toda su compasión desapareció, y ya no percibí más que exasperación y miedo, quizá... Eso era lo único que le importaba a aquel hombre: evitar el escándalo.

»El edificio vaciló.

»Cuando llegué a casa encontré a mi mujer llorando. “Tienes que retirar la denuncia —me dijo—. La Iglesia no tiene por qué sufrir aún más por nuestra causa”. Lloraba contra mí. Me aparté de ella como si sus lágrimas me hubieran quemado. La cogí por los hombros y la sacudí, grité su nombre para hacerla reaccionar... Pero aquella mujer estaba muerta desde hacía mucho tiempo, quizá desde siempre. Los cimientos del edificio aparecieron ante mis ojos en toda su crudeza. Vi en qué descansaba todo aquello: la sumisión a las mentiras, el miedo, los pastores que no ahuyentan a los lobos, pero persiguen y desangran a las ovejas descarriadas... Y todos los demás, que lo saben, pero se limitan a quedarse en sus apriscos y balar con el rebaño. Decidí luchar hasta demoler esos cimientos.

Simon Cervin mantuvo la denuncia. Su mujer fue recibida por el obispo, al que intentó hacer cambiar de idea durante tres meses. Obligado a elegir entre la familia o su denuncia, Simon Cervin abandonó su domicilio.

La investigación demostró que el obispo lo sabía: Edmond Garchy ya había sido trasladado con urgencia en dos ocasiones. Se habían retirado otras denuncias *in extremis*. Cervin supo que Marisa había vuelto a ver a Garchy, enviado a una parroquia de las montañas, en el mismo cantón. Supo que su hijo Timothée se había retractado de su declaración y había afirmado ante el juez que «lo inventé todo para vengarme de ese sacerdote, porque quería ser su favorito, y él me rechazaba».

La Nochebuena de 2001, Simon Cervin fue al depósito de cadáveres de Ginebra. Reconoció el cuerpo de Timothée, que había sido encontrado ahorcado en los urinarios de la estación de Cornavin, conocido lugar de citas gays. Le entregaron un papel arrugado. En aquella hoja cuadriculada, su hijo había escrito con mano nerviosa su última confesión, una veintena de líneas en las que manifestaba el horror que le

inspiraba su homosexualidad y su terror a condenarse...

Mucho después, durante una entrevista a cuya grabación he podido acceder, un periodista le hizo la siguiente pregunta:

—¿Contra quién siente más cólera, contra quien abusó de su hijo o contra quien encubrió sus anteriores delitos?

La voz de Cervin es la voz serena, sosegada, de un sabio que analiza una hipótesis matemática:

—Hoy ya no siento ira contra nadie. Pero sé quién fue más culpable: no quien abusó de su poder y se sirvió de su ministerio; ni siquiera quien, llamándose pastor, trasladaba al lobo de redil en redil. Sino quienes, confiriéndoles derechos que solo pertenecen a Dios, dándoles una confianza que ningún ser humano merece, mostrando su desprecio hacia toda sabiduría, hacia todo pensamiento, hacia toda libertad, los convirtieron en ídolos. Yo fui uno de esos adoradores que crean a los monstruos. Sé que no hay gurús sin adeptos. En la Iglesia, ningún sacerdote abusaría si a su alrededor no hubiera ovejas que le han concedido el poder de abusar. Incluidas sus víctimas.

»Lo afirmo hoy: por exceso de miedo a perder a nuestros maestros, yo el primero, pero también mi hijo, y mi mujer, nos convertimos en objetos, en juguetes en manos de esos maestros, y blasfemamos contra Dios, que es el único maestro. Que Dios nos perdone.

Veintiocho años antes de esa entrevista, en aquella cafetería frente al Politécnico de Milán, Giuseppe escuchó sin duda palabras muy parecidas. Así fue como conoció el anarquismo fundamental de Simon Cervin, para quien toda paternidad espiritual es una grotesca caricatura de Dios, único Padre,<sup>[23]</sup> y todo poder es terreno abonado para el pecado.

Esa noche, entre Lombardi y Cervin<sup>[24]</sup> se inició una conversación en torno a la frase probablemente más violenta de los Evangelios, la única maldición que contienen: «Ay del que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en mí; más le valdría atarse una rueda de molino al cuello y arrojarse al mar». Esta conversación la prolongarían durante más de treinta años, sin ponerse nunca de acuerdo.

## 2.3.4

# HAPPY END

**G**iuseppe finaliza con éxito los tres años de carrera que le faltaban y Chiara, por su parte, también obtiene el diploma de segundo ciclo universitario.

El futuro profesional de la pareja para los dos años siguientes está trazado. Ambos han decidido participar en un proyecto de cooperación y desarrollo. Les proponen realizar un estudio interdisciplinar, hidráulico y técnico de una parte y sociológico de la otra, sobre las consecuencias de la construcción de la presa de Asuán y de la inundación de las tierras ribereñas.

En julio de 2005 contraen matrimonio en la iglesia de San Pío V de Milán, donde se dan el sí ante don Enrico Morro.

¿Qué decir sobre ese sábado 16 de julio que todavía no se haya dicho? Tras la coronación de Tomás I, la televisión, los periódicos, los libros,<sup>[25]</sup> analizaron la ceremonia desde todos los ángulos posibles. ¿Qué añadir a las fotos vendidas por amigos o cedidas por la familia, a los testimonios y relatos? Nada, o casi nada, salvo que Giuseppe cantó *a capella* «Ecco ridente in cielo», la cavatina con la que el conde declara su pasión a Rosina en *El barbero de Sevilla*, para recibir a Chiara cuando entró en la iglesia del brazo de su padre.

## 2.4.0

# ASUÁN



## 2.4.1

# EL OASIS

**P**ara relatar la estancia en Asuán, solo cuento con los recuerdos de Monica y Pietro, de Anna y Marina, que hicieron una visita a los recién casados durante esa luna de miel que duró dos años. También dispongo del «diario de viaje» *online* de Chiara, que lo actualizaba regularmente (la moda de entonces eran ya las «bitácoras», y puede que con la suya Chiara diera ideas al futuro *blogger* de Nueva Delhi).

Ese diario de viaje llevaba treinta años olvidado en un disco compacto de Pietro y Monica, que nadie había vuelto a consultar desde 2012.

Presento aquí algunos extractos. Lógicamente, en su selección he optado en primer lugar por los pasajes que anunciaban el drama, y que en ocasiones destilan una ironía perturbadora...

Septiembre de 2005, primer capítulo del cuaderno de bitácora:

¡Ya estamos instalados!

A quienes no conozcan Asuán les sorprendería la belleza y el encanto de la capital nubia. Parece un oasis en medio de los innumerables brazos del Nilo, que encierra en sus redes islas exuberantes. En nuestros paseos en falúa, hemos descubierto las primeras dunas, que se yerguen junto al río, casi sobre nuestras cabezas. El desierto parece un gigantesco lecho para el dios río (véanse fotos).

Los habitantes están en consonancia con el joyero de arena blanca y el río de noche azul. Su belleza estatuaria es la de los primeros faraones negros. Sus siluetas son como las figuras de un Giacometti. Todo es sencillamente magnífico.

Nuestra casa está en un barrio reservado a la clase media y los funcionarios, a dos pasos del famoso hotel Old Cataract. Es pequeña, pero el jardín, separado por una minúscula galería, parece el del Edén. Lo perfuman granados y limoneros... Y en Asuán la vida se hace en el exterior, durante todo el año, según parece.

Ya hemos dormido al raso, bajo las palmeras, más de una noche. Pronto necesitaremos un buen edredón; el fresco de esta mañana nos ha recordado lo cerca que está el desierto rocoso.

Diciembre de 2005

Chapurreamos el idioma lo suficiente para defendernos en la calle y poder mantener conversaciones cada vez más complicadas. ¡Menos mal que nos pusimos con el árabe hace un año! El de aquí está trufado de palabras nubias, expresiones dialectales, dichos campesinos...

Empezamos a encontrar nuestro ritmo de vida, y yo os lo describo para que podáis sentirnos próximos mentalmente, lectores conocidos y

desconocidos.

Por la mañana, mientras Giu «medita», yo voy a tomar un café bien cargado de aguardiente a la terraza del Old Cataract e intento descifrar los periódicos árabes. Es un hotel con un encanto de otros tiempos, entre fin de siglo y belle époque. En los inmensos salones, el fantasma de Agatha Christie sigue aporreando su achacosa Remington.

Hacia las diez volvemos a vernos para organizar el trabajo del día. Para mí serán visitas a campesinos, pescadores o patrones de falúa; a veces, también hago un recorrido por las escuelas, o me reúno con los servicios sociales del gobierno o el ayuntamiento. En cuanto a Giuseppe, pasa la mañana con los ingenieros hidráulicos. Va en moto hasta el gigantesco muro de hormigón del Sadd al Ali (la presa construida por Nasser a principios de la década de 1960).

Dos veces por semana dedica la tarde a elaborar «modelos económicos» alternativos: factibilidad de las presas lejos de lugares habitados, costes, producciones...

A mediodía comemos en el zoco, o con unos amigos que hemos hecho en la aldea de los pescadores nubios (véanse fotos). Pero las noches las pasamos en casa los dos solos, y soy yo quien hace la cena (casi) todos los días... ¡Me estoy convirtiendo en una esposa modelo!

Marzo de 2006

¡Las primeras fotos submarinas de Giuseppe!

Hace un mes que empezó a sumergirse en las aguas del lago Nasser. Hay que imaginárselo en una penumbra azul y un silencio extraño, entre las algas y las burbujas de aire que sueltan unas carpas y unas percas descomunales... Si os fijáis bien, veréis los restos de las casas y las tapias del paraíso perdido de los nubios. De eso es de lo que me hablan los agricultores, pescadores y artesanos con los que «pego la hebra» para nuestro estudio: toda esa gente se vio obligada a abandonar sus tierras, sus territorios de caza, las colinas y las llanuras de sus antepasados, las casas y los árboles, en nombre de la autonomía energética de Egipto.

Estoy segura de que, cuando regresemos, a Monica (les recuerdo a mis lectores desconocidos que es la madre de Giuseppe) le encantará leer esos recuerdos, tan bonitos como cuentos infantiles<sup>[26]</sup>. Dejo constancia de ellos para la Historia: pronto, los últimos supervivientes de la región inundada habrán desaparecido. Los hombres y las mujeres mayores aseguran recordar su infancia antes de la construcción del pantano, y los jóvenes reinventan sin cesar retazos de genealogías, jirones de una edad de oro que los niños repiten, como una herencia.

A propósito, Giuseppe me ha prometido tener cuidado con los cocodrilos...



## 2.4.2

# VIRUS

Mayo de 2006

[...] Es la tercera vez que me cuentan la misma historia. Parece ser que en cuanto vuelven los mosquitos, en primavera, hay que intentar proteger a las vacas, porque les transmiten una extraña enfermedad que diezma los rebaños. Se supone que ocurre desde hace siglos. Incluso sé de un campesino rico que le paga a un muchacho para que acompañe a sus animales agitando una gran hoja de palma con la esperanza de que eso baste para ahuyentar a los insectos. Espero que no transmitan la enfermedad a los humanos, porque hay noches que literalmente nos comen.

Aparte de eso, nada nuevo. Esta mañana Giu y yo hemos tenido unas palabras, porque le he dicho que no entiendo qué puede hacer durante sus «meditaciones». «Si intentas estar callada un rato —me ha respondido—, puede que lo entiendas». Creo que piensa que no me ocupo lo suficiente de él, que no paro de hablar de mis vacas, mis pescadores y todo lo demás. Pero él ya sabía mucho antes de que viniéramos que soy «agotadora» con las personas a las que quiero. Y a él lo quiero más que a nada en el mundo...

Junio de 2006

Yo tenía razón, y los vaqueros también. Acabo de encontrar en internet el rastro del Virus del Nilo Occidental<sup>[27]</sup>, que anualmente sería responsable de la muerte de varios miles de animales (iy también de algunas decenas de personas!; algunos historiadores piensan que fue ese virus lo que acabó con Alejandro Magno) en esta región y a lo largo de toda la ribera del alto Nilo<sup>[28]</sup>. Se lo he mandado todo a Pietro. Después de confesarme que ahora dispone de un poco de tiempo, no puede negarse a echarle un vistazo...<sup>[29]</sup>

Giuseppe me ha sugerido que le deje a su padre tiempo para reflexionar y que «me abstenga de volver a la carga». Pero aquí solo estamos contratados para dos años, y cuando nos marchemos quiero estar segura de que hemos hecho todo lo posible. Espero que podáis leer en directo el relato del descubrimiento de una vacuna veterinaria.

Bueno, dejo de hablaros de las vacas un rato para [...]

Noviembre de 2006

¡Noticia excepcional! Acaba de llamarme Pietro, mi suegro. Su ayudante rumano Tito Livio Rustu<sup>[30]</sup> y él han conseguido al fin patentar la vacuna. Me ha explicado algo que no he llegado a entender acerca del cerebro de las palomas, que serían las portadoras sanas del VNO y que servirían de base a la vacuna.

Los que queráis información más detallada sobre la ya famosa patente

n.º AP. V 196 026 O.2 y el cerebro de las palomas, encontraréis en esta misma bitácora un enlace para consultar la página del Instituto Italiano de Protección de la Propiedad Intelectual e Industrial. Aprovecho para dar las gracias a todos los lectores que durante las últimas semanas han tenido la amabilidad de proporcionarme información sobre el VNO o el modo de tratarlo. Lo siento, chicos, pero ha sido mi suegro quien lo ha descubierto el primero... ¡Es el mejor! En fin, muchas gracias de todos modos; incluyo en la bitácora todos los enlaces que me habéis indicado para quienes deseen [...].

### 2.4.3

## «¡HEMOS GANADO!»

Abril de 2007

En estas páginas encontraréis las fotos de nuestra «fábrica» de Asuán (de momento, todavía es un garaje) y algunas otras que tomé durante nuestra primera gira de vacunación con Sammy Lebronstein. Sammy llegó hace quince días y es el primer empleado de la Noah-Nubia Inc<sup>[31]</sup>, la filial del laboratorio francoisraelí que se ha «inventado» Giu.

Hemos empezado los trabajos para poner en marcha un pequeño laboratorio de fabricación con el dinero de la joint-venture francoegipcia. Sammy calcula que la epidemia podría erradicarse de aquí a unos diez años en el Alto Egipto. El riesgo es que los mosquitos sudaneses o etíopes vuelvan a cruzar la frontera. Habrá que avisar a los aduaneros...

Esa primera gira estuvo llena de emociones. Pensar que han bastado unos meses para erradicar definitivamente una de las «plagas de Egipto», que diezmaba los rebaños desde hacía siglos, es de lo más impresionante. Y emociona.

Aprovecho para pedir disculpas, solemne y públicamente, a todas las personas a las que he estado atosigando durante los últimos meses para que hiciéramos las cosas deprisa. Les pido perdón y les doy las gracias por todo lo que han hecho, en especial a Pietro y al señor Rustu, que han tenido la generosidad de ceder la patente a Noah Inc.; a David Lemans<sup>[32]</sup>, que ha querido implicar a su laboratorio en esta aventura; y, sobre todo, pido perdón a mi Giu. Ahora sé cuánta razón tenía al querer garantizar el porvenir financiero<sup>[33]</sup> de nuestra «fábrica».

Una vez más, gracias a todos. Vamos a poder pasar los tres últimos meses tranquilos, pensando cada vez que veamos una vaca: «¡Hemos ganado!».

Junio de 2007, último capítulo del cuaderno de bitácora de Chiara:

No daba noticias desde hace más de dos meses, y si ahora lo hago es para cerrar este diario de viaje. Las maletas están hechas; al final, hemos decidido pasar por Jerusalén antes de regresar a Bolonia. En los veinticuatro meses que llevamos aquí, ni siquiera nos hemos tomado un tiempo para visitar los países vecinos, pero es que apenas hemos visto el resto de Egipto.

No os contaré este viaje. Pongo fin oficialmente a este cuaderno de bitácora, con un poco de tristeza, porque confieso que lo he pasado muy bien poniendo por escrito nuestras aventuras, para los nuestros, pero también para desconocidos que en algunos casos se han convertido en amigos epistolares.

Pero ya me conocéis. Voy a aprovechar para hacer una última anotación venenosa dedicada a todas mis lectoras italianas: os conviene esmeraros con el régimen para este verano, chicas, porque si no la más sexy en bañador seré yo... En abril tuve una fuerte crisis de fiebre, probablemente paludismo —otra vez los mosquitos, ino voy a libramme de

ellos jamás!—, si es que no fue una intoxicación alimentaria...<sup>[34]</sup> En fin, el caso es que perdí tres kilos y desde entonces Giu me encuentra simplemente perfecta.

He resistido a la tentación de colgar en la bitácora las fotos de nuestro pequeño viaje de enamorados por el mar Rojo, pero solo porque no soy nada narcisista, y porque Giu me lo ha prohibido terminantemente, con un montón de terribles amenazas para rematar.

2.5.0

# LA FELICIDAD QUE VENDRÁ



## 2.5.1

# CLARA

**E**n el último capítulo de su bitácora, Chiara calla lo esencial. A principios de julio, cuando Giuseppe y ella preparan la escapada a Jerusalén, está embarazada de tres meses. Espera a Clara, que nacerá a finales de diciembre.

A su regreso a Italia, mantienen el secreto. No desvelarán el estado de Chiara hasta la llegada de Anna, que vuelve de un viaje de estudios a Nueva York y que será la gran compañera de la pareja durante esos dos años. En el aeropuerto la espera su hermano, que la abraza y le susurra:

—Ya no hay duda de que Chiara va a ser mamá, Anna.

Una formulación un tanto curiosa, que dice mucho sobre el miedo del joven matrimonio a que Chiara no fuera nunca «mamá»<sup>[35]</sup> y sobre la prudencia que ambos mantienen hasta el final.

La subsistencia no tarda en quedar asegurada. A comienzos de octubre, Giuseppe consigue empleo en Rippetti & Süger. En ese otoño de 2007, el prestigioso despacho de arquitectura ha decidido presentarse al concurso para la construcción del gigantesco puente entre Banda Aceh y la gran isla vecina, que el Estado indonesio quiere convertir en monumento conmemorativo de la catástrofe de las Navidades de 2004<sup>[36]</sup>. Hay que diseñar un puente inmenso, el más largo del mundo, conforme a la normativa antisísmica más estricta y capaz de resistir «incluso una ola gigante de la violencia de la que hemos conocido».

Pero la recién adquirida seguridad económica no calma el temor de la pareja a que el embarazo se frustre. Amia guarda el recuerdo de «semanas en las que estaban siempre a la que salta, discutiendo por nada». No se tranquilizarán hasta la mañana del 22 de diciembre, cuando Chiara da a luz con quince días de adelanto.

La primera noche, cuando regresa del hospital tras dejar a Chiara y Clara<sup>[37]</sup> dormidas, Giuseppe le confiesa a su hermana menor:

—Cuando la he cogido en brazos, he comprendido que me ha caído encima un peso muy agradable pero también terrible. Ahora soy responsable de mi hija hasta el día de mi muerte. Y voy a empezar a tener miedo...

Se ha afirmado que Giuseppe no empezó a sentirse padre hasta seis meses después de la muerte de Chiara, cuando volvió a ocuparse de sus hijas tras haberlas abandonado. Yo no creo que las haya «adoptado» en ese momento, como ha escrito una famosa psicoanalista<sup>[38]</sup>. Estoy convencido de que la paternidad se convirtió en un deber absoluto para él a partir de las nueve y media de la mañana del 22 de diciembre de 2007. Giuseppe, de carácter ciertamente serio, pero sereno, siempre se mostró como un padre preocupado.

## 2.5.2

# SAN VILLEPREUX

Mientras la joven familia Lombardi disfruta de su felicidad, el mundo y la Iglesia siguen girando. En octubre de 2007, en cinco países de Europa aparece un libro publicado por los últimos editores católicos que sobreviven... Incluso los medios no especializados reseñan la obra colectiva *Dadle de comer*<sup>[39]</sup>; tras la inesperada renuncia de Benedicto XVI<sup>[40]</sup> y la convocatoria casi inmediata de los sínodos continentales por su sucesor Juan XXIV<sup>[41]</sup>, el libro despierta un interés enorme. Aparece como un síntoma de la crisis y, al mismo tiempo, como una propuesta de solución. Lleva firmas alemanas, belgas, italianas, españolas, húngaras... Pero lo que decide a Anna a regalárselo a su hermano es la identidad de quien lo presenta: el vicerrector del Instituto Católico de París, que ha coordinado el trabajo, se llama en efecto... Jean-Baptiste Villepreux.

Anna lo envuelve en un papel sobre el que escribe esta irónica frase: «Cómo piensa salvar a la Iglesia san Villepreux». En la obra, Giuseppe se interesará sobre todo por lo que ha escrito el hombre que se convirtió en su amigo hace ya quince años y al que no ha vuelto a ver desde el inicio de su relación con Chiara. La tesis central del libro no le sorprende.<sup>[42]</sup> Las páginas de Villepreux, por el contrario, le causan un fuerte impacto. En el fondo, nunca ha dejado de ser Jacob, un joven creyente impresionado por la profundidad y la amplitud del saber de un amigo mayor.

La conclusión del teólogo parisino lleva el sello de su vigorosa elocuencia. No tiene el tono de las contribuciones de los demás coautores; es un grito, casi una súplica llena de urgencia:

Creo en la misericordia divina —escribe Villepreux—; pero Dios nos pedirá cuentas por no haber hecho lo que en conciencia sabemos que debemos hacer. Decimos rezar por las vocaciones, pero nos contentamos con clamar: «¡Señor, Señor!». [...] La Iglesia no la hacen los sacerdotes, la hace la Eucaristía. Si la Eucaristía deja de celebrarse, la vida divina deja de recorrer el cuerpo de la Iglesia, que se seca y se convierte en un sarmiento que ya no da fruto y que hay que cortar [...] Desde hace años, varias decenas de años, administramos la penuria en función de los sacerdotes disponibles. Y los sacerdotes están exhaustos, pierden toda auténtica alegría... Entre los responsables de la Iglesia, hay quienes se atreven a murmurar que habrá sacerdotes de sobra para los pocos cristianos que quedan. Es una visión mezquina. [...] Cristo elogió a los desprendidos, a los generosos, a los que no hacen cuentas miserables. Y nosotros hacemos medias y aritmética con los bienes que Dios nos ha confiado. Lo repito, el pueblo tiene hambre, hambre del pan de Dios, hambre de la Palabra de Dios, y la orden de Cristo resuena constantemente en mis oídos: «Dadle de comer».

Leyendo estas líneas, Giuseppe no puede evitar una sonrisa. Si, está claro que «monseñor san Villepreux» sigue teniendo la misma «labia».



### 2.5.3

## GARBANZOS

La joven pareja ha empezado a interesarse por la preparación del histórico sínodo de mayo y junio de 2008, porque en cierto modo ambos están en «misión» por encargo del nuevo arzobispo de Bolonia, recién nombrado cardenal, que no es otro que monseñor Enrico Morro.

En octubre de 2007, Chiara y Giuseppe se reencuentran con su viejo compañero de lecturas bíblicas. En el ínterin, «don Enrico» ha subido en el escalafón de forma meteórica. Si ahora viste la púrpura, lo debe, les explica, a la antigua amistad que lo une al cardenal Paul Cameron<sup>[43]</sup>: cuando el dominico escocés se convirtió en Juan XXIV, se acordó de la sagacidad de su viejo camarada milanés... El nuevo pontífice tenía la urgente necesidad de saber con quién podía contar en los pasillos de la Curia para llevar a buen puerto su obra. ¿Quién mejor que el párroco de San Pío V para juzgar a los hombres y las almas? El escocés aprovechó la vacante de la sede de Bolonia, en la que el capelo cardenalicio es prácticamente automático, para insular en ella a Morro. Desde el verano, *Sua Eminenza* es uno de los príncipes de la Iglesia, con la singular misión de juzgar a todos los demás en cuanto al carácter y la posición que adoptan en las luchas intestinas del Vaticano.<sup>[44]</sup>

Así pues, a su regreso de Egipto, Chiara y Giuseppe se encuentran con un Enrico Morro que ahora es el cardenal arzobispo de su diócesis. Un día de septiembre, al azar de una visita pastoral, Su Eminencia se arroja a los brazos de dos jóvenes, desconocidos para los demás parroquianos, que lo han llamado por su nombre de pila desde el fondo de la iglesia. Según el testimonio de Anua, la relación se reanuda en unos términos un familiares como antaño.

—Pero bueno, Chiara... —dice Morro—. Te veo con una plenitud de formas para la que no encuentro más que dos explicaciones: o bien durante estos años has pecado por exceso con los garbanzos o bien, alabado sea Dios, has esperado menos que tu madre y tu hermana para darnos una criatura... —El cardenal saca su agenda—. ¿Puedo ir a tomar el aperitivo a vuestra casa el sábado que viene? —pregunta a la joven pareja—. Yo llevo el vino...

Y apunta la dirección.

Así que el primer sábado de octubre de 2007 la portera del edificio de vía Mazzini ve detenerse ante la puerta una enorme berlina negra. Un hombre menudo con un pulcro *clergyman* desciende del vehículo con la pelambarrera blanca ondeando al viento de otoño y una botella de lambrusco<sup>[45]</sup> en cada mano. Se acerca a la mujer y le pregunta:

—Dígame, *signora*, ¿en qué piso viven Chiara y Giuseppe? Una pareja joven,

ella, encantadora y en estado de buena esperanza... Lo siento, he olvidado completamente su apellido de casada. Pero el de soltera era Sassetta...

## ILUSIONES DEL PODER

No nos dejemos engañar por el estilo un tanto informal de monseñor Enrico Morro. Pese a su campechanía, el motivo de su visita a Chiara y Giuseppe es serio. Porque, apenas volvió a verlos, supo que había encontrado a quienes buscaba...

—Les pregunté —cuenta Morro— si me harían el favor de «vigilarme». Entre la Curia y el palacio episcopal, no me quedaba tiempo para relacionarme, y quería seguir sabiendo cuándo nuestros tejemanejes no nos interesaban más que a nosotros, los de dentro.

Morro sabe que el poder transforma; no se hace ilusiones sobre la comedia humana del Vaticano, sobre la desproporción de las disputas teológicas o de clan. Piensa que solo salen bien librados (pero nunca indemnes) los que se las arreglan para hacer escapadas regulares al «mundo real». De modo que espera de la joven pareja que lo mantenga con los pies en la tierra, y la franqueza que les pide es un singular regalo para Lombardi. Gracias a él, el joven comprende que es importante tener cierto sentido del ridículo, un sentido de la «mirada exterior», y que quien se interna en el laberinto de un mundo cerrado debe mantener la puerta entreabierta para algunos amigos, si no quiere perder su integridad. No olvidará esa lección.

Los tres amigos retoman la costumbre del aperitivo sabatino. Ahora es Morro quien va a casa de la joven pareja. Giuseppe y Chiara hablan menos que antes. Al principio, don Enrico necesita decir crudamente lo que ha visto, lo que le preocupa, lo que le asusta, ante personas que no se sienten cohibidas... Cuando nazca Clara, Chiara y Giuseppe hablarán a su vez y su viejo amigo escuchará. Luego, tras una «pausa técnica» («las primeras semanas tras el nacimiento de la niña, tenían unas ojeras que les habría dado la comunión sin despertarlos»), vuelven a los grandes asuntos de la Iglesia, y cada vez más a las preguntas que el sínodo europeo sugiere a Morro.

—Tenía la sensación de que en esas pocas semanas nos jugábamos nuestra supervivencia. Ellos no esperaban grandes cambios. Eso ponía las cosas en perspectiva.

## «LAS PIEDRAS GRITARÁN»

**P**ara Giuseppe, la principal decisión del sínodo, la ordenación de hombres casados, es de puro sentido común. Pero no resuelve gran cosa.

—Opinaba que nosotros pretendíamos volver a llenar las iglesias sin preguntarnos si la defección de los católicos tenía algo que ver con lo que pasaba y se decía en ellas, y con lo que no pasaba y no se decía.

Para Giuseppe, la crisis del catolicismo europeo es profunda...

Las discusiones con Morro giran constantemente en torno a este punto: ¿qué creemos, qué anunciamos? Una frase del Evangelio de San Lucas que ha leído una y mil veces obsesiona al joven, que acaba de cumplir veintiocho años: «Si yo callo, hasta las piedras gritarán». Pues bien, dice Giuseppe, nosotros callamos, la Iglesia calla; pero disimulamos nuestro mutismo tras un lenguaje estereotipado y vacío, un lenguaje que acarrea tantas palabras, desde hace tanto tiempo, que ya no nos parece útil para comprenderlas.

—Y a Dios gracias, porque, si tuviéramos que explicarlas, ¿quién de nosotros podría darles un sentido? Proclamamos una «Buena Nueva», pero ¿qué es lo bueno, qué es lo nuevo? Las palabras tantas veces repetidas ocultan un inmenso vacío...

Morro «le toma la palabra» y le obliga a explicarse: «Y tú, ¿cuál dirías tú que es la Buena Nueva?».

—Su respuesta, inmediata, me sorprendió. Él, que siempre se apoyaba en los Evangelios, me citó la Carta a los Hebreos:

«Cristo es el Sumo Sacerdote de la felicidad que vendrá».<sup>[46]</sup> Me sorprendió tanto más cuanto que no conocía esa traducción, y Giuseppe solía citar las Escrituras en la versión más próxima al griego.

Giuseppe se explica en estos términos:

—Me gusta hablar de «la felicidad que vendrá» porque de ese modo se transmite la idea de un movimiento ya iniciado, que contiene la promesa de un «todavía más». Esa traducción da un contorno a la promesa que nos hace Dios: no, no somos «seres para el dolor, para la muerte»; somos «seres para la plenitud, para la vida».

—Es un cristianismo muy fácil para ti, Giuseppe. El que puede anunciar alguien que ama a su mujer, que tiene una hija sana, un trabajo interesante, dinero... Que ya es feliz.

—¿Estás diciendo que aburgueso el Evangelio, monseñor?

—La palabra «felicidad» está un poco sobada, me parece a mí. Al menos tanto como la expresión «buena nueva», ¿no?

—Voy a decirte lo que yo creo, Enrico. Creo que esa promesa está implícita en

Cristo, encarnada en Cristo. Y creo que basta seguir su itinerario humano para constatar que esa promesa de felicidad no tiene nada de blanda. Pero tienes razón, puede que debamos desconfiar de la palabra felicidad. Así que voy a precisar: en cada instante de su vida, Jesús fue un «hombre para los demás», como decía Bonhoeffer. Y llevó hasta sus últimas consecuencias lo que proclamó: «No hay amor más grande que dar la vida por quien se ama». Conozco invitaciones a la felicidad menos exigentes...

Morro conoce al hombre y, lejos de sorprenderse de sus convicciones y sus exigencias, lo empuja a cumplirlas. En las palabras de Giuseppe oye sobre todo la pasión, el ardor. Hasta entonces había visto a aquel joven reflexionar, acopiar para sí mismo. Ahora siente que está listo para dar, para transmitir, e incluso le sorprende verlo «en un estado de urgencia, impaciente, como si necesitara compartir esa felicidad de creer, esa promesa de Dios, *subito*».

El cardenal constata sobre todo que, a diferencia de tantos cristianos, cuando habla de la Iglesia Giuseppe dice «nosotros». Ese descubrimiento le da ideas...

2.6.0

# LA LLAMADA



## 2.6.1

# EN PRIMERA LÍNEA

Un sábado de agosto de 2008, Enrico Morro llama a la puerta del joven matrimonio. Por una vez y sin que sirva de precedente, viste un sencillo pantalón de tela fina y una camiseta de algodón; calza sus eternas sandalias.

—Nada más entrar les expliqué que, con los obispos que habían empujado para dar el giro hacia el sacerdocio de los hombres casados, había decidido lanzar todos juntos las primeras llamadas en Navidad. Necesitábamos encontrar, en cada diócesis, cinco o seis hombres de los que estuviéramos seguros, hombres cristianos sin ser beatos, jóvenes e inteligentes, bien situados en la vida y casados con una mujer guapa y feliz, con hijos, un trabajo interesante... En una palabra, hombres de los que no pudiera decirse que el sacerdocio era un paliativo a sus vidas.

»Chiara suelta la carcajada y dice: “Lo que estáis buscando es el príncipe encantado”. Giuseppe añade: “Además, te hago notar que hombres como los que tú has descrito son otros tantos tesoros defendidos con uñas y dientes por sendas italianas. Y conozco bien a las italianas; duermo con una todas las noches. Así que, si tú y tus obispos encontráis hombres como los que dices, tendréis que echar el resto para convencer a cada una de sus *belle donne*”. Yo lo miré a los ojos y le respondí: “Es lo que estoy haciendo”. Chiara lo entendió a la primera. Vi que abría una boca de un palmo, sacudía la cabeza sin decir nada y, por fin, soltaba un profundo suspiro. Luego se volvió hacia su marido y le dijo: “Creo que don Enrico quiere quitarme el novio, Giu”. Entonces lo entendió también él.

Morro argumenta, explica... No tiene ninguna gana de encontrar en su nueva tropa hombres frustrados que llevaran toda la vida soñando con ser curas. Muy al contrario, quiere hombres —y mujeres, porque la conformidad de las esposas es vital— que se lancen a la aventura por la comunidad, por sus hermanos, no para cumplir una secreta ambición.

Pero los Lombardi se resisten. Al final, no le queda más remedio que contar la verdad pura y dura:

—Necesitamos unos cuantos hombres que hagan de exploradores. No sabemos lo que vais a vivir; es muy posible que, entre el momento en que os llamemos y el momento en que seáis ordenados, hayan cambiado todas las reglas<sup>[47]</sup>... Vais por vuestra cuenta y riesgo. Y lo único que podemos hacer nosotros es asegurarnos que siempre estaremos detrás de vosotros...

Al oír eso, Giuseppe se echa a reír.

—No conozco la historia de la Iglesia en detalle, pero me parece que no solía quedarse al lado de aquellos a quienes había enviado al tiro al blanco... No lo digo

por ti, Enrico. En ti tengo confianza.

Es este argumento del «tiro al blanco» el que decide a Giuseppe y su mujer. Puede que reconocieran en la llamada de don Enrico la aspiración al nomadismo que su vida de familia parecía haber dejado en suspenso por el momento.



## 2.6.2

### «HEME AQUÍ»

**L**a mañana de Navidad de 2008, en una cincuentena de catedrales europeas, cerca de quinientos hombres jóvenes están de pie, con sus mujeres dos pasos detrás de ellos. Casi a la misma hora, cincuenta obispos llaman a esos pioneros a dedicar su vida al servicio de sus hermanos en la celebración de los sacramentos y la proclamación del Evangelio.

Con Nápoles y Florencia, Bolonia es una de las tres ciudades italianas que ha mostrado mayor dinamismo en la búsqueda de esos «reclutas», como los llaman Chiara y Anua entre ellas. Morro ha conseguido encontrar ocho «exploradores», sin contar a Giuseppe.

La RAI graba alrededor de minuto y medio sobre el desarrollo de esta primera llamada de Bolonia. He podido ver la cinta de este reportaje, filmado el 25 de diciembre de 2008 y repetidamente redifundido en el momento de la elección y después de la muerte de Tomás I. La cámara de la RAI se demora sobre un hombre más alto que los demás, un individuo de aspecto juvenil y enmarañado pelo castaño claro. Tiene hombros de luchador y el rostro iluminado por unos ojos claros. Canta a pleno pulmón. En la siguiente toma, el joven alto de rostro sereno da un paso al frente y dice: «Heme aquí». Entonces, la cámara se posa sobre la joven que está tras él. Tiene la dulce y resplandeciente belleza de las Vírgenes de Filippo Lippi. En sus brazos, una niña de apenas un año lo observa todo atentamente, sin duda para grabarlo en su memoria...

### 2.6.3

## UNA BUENA BASE

**E**n el camino hacia la ordenación de los casados, la llamada de las Navidades de 2008 es una primera etapa. La segunda es la ordenación diaconal, tres años más tarde, y solo después vendrá el último paso: la ceremonia que los convertirá en sacerdotes. Pero hasta entonces los llamados deben formarse: estudios bíblicos, teológicos, litúrgicos, morales... El programa es inmenso.

Giuseppe nunca ha seguido un cursus teológico, pero Morro sabe a qué atenerse respecto a su lectura regular de la Biblia, su comprensión del texto y el contexto, su excelente conocimiento de las interpretaciones patrísticas y su lectura de las notas y apostillas. Tras su pasión adolescente por el griego, ha seguido interesándose por las lenguas bíblicas y seguido como oyente cursos de hebreo y arameo. Entre los aperitivos sabatinos, las largas conversaciones de antaño con Assoumou y Villepreux y los dos años de filosofía en La Sapienza, el «llamado Lombardi» cuenta, según su obispo, con una «buena base».

Está previsto que, al inicio del siguiente curso académico, el aspirante a sacerdote se inscriba en el nuevo ciclo de estudios que acaba de diseñarse. En efecto, la aparición en toda Europa de esta nueva clase de estudiantes coincide con el inicio del renacimiento del tercer orden de los predicadores<sup>[48]</sup>, de tal modo que en muchas ciudades el obispo y los dominicos hacen causa y formación comunes. Será el caso de Bolonia.

Chiara decide seguir también ella el primer ciclo de estudios con el hombre al que ahora ya no llama más que «don Pepe»<sup>[49]</sup>. Pero dos sucesos darán al traste con ese hermoso proyecto apenas esbozado...

## 2.6.4

# EL MAL

A principios de marzo, Chiara es presa de una súbita y violenta fiebre, acompañada de diarrea y hemorragias nasales. Se queja de fuertes dolores abdominales, y la temperatura le sube varios grados en una hora. Giuseppe llama a urgencias en medio de la noche; una ambulancia traslada a la joven al hospital haciendo sonar la sirena. Pietro corre a la cabecera de su cama y constata «síntomas que me recuerdan los de ciertas enfermedades tropicales... Como si el sistema inmunológico estuviera a punto de desmoronarse a consecuencia de un envenenamiento sanguíneo. Saqué de la cama a dos colegas especialistas en enfermedades infecciosas, y los tres hicimos turnos junto a ella. Por fortuna, al cabo de diez horas de crisis, el cuerpo reacciona con enorme energía, la enferma lucha como una leona, la fiebre baja rápidamente, las hemorragias cesan... Lo peor de la tormenta ha pasado...». Por primera vez en su vida, Pietro monta guardia junto al lecho de uno de sus pacientes, esa «leona enferma» que es su nuera.

Los médicos están desconcertados ante los síntomas... Diagnostican un ataque hepático, pero son incapaces de explicarlo. Un escáner descarta la posibilidad de un tumor. Finalmente, los dos especialistas convocados por Pietro concluyen que se trata de una intoxicación alimentaria aguda, con toda probabilidad un envenenamiento, sin que sea posible saber qué sustancia ha ingerido Chiara. El profesor Lombardi hace analizar muestras biológicas y hematológicas en su laboratorio, trabaja y hace trabajar a su equipo durante largas semanas... En vano. Nadie, ni siquiera Pietro I sospecha que la crisis anuncia la aparición de una mortífera variante del virus que afectaba a las vacas egipcias. El mundo todavía no conoce el SNOV...

En cuanto a Chiara, solo le preocupa una cosa: la crisis ha interrumpido un embarazo de tres meses; necesita saber si podrá tener más hijos. Cuando por fin el ginecólogo puede confirmárselo, la joven olvida que los médicos no han descubierto la solución al enigma que plantea su enfermedad. Su inalterable optimismo vuelve a imponerse.

En el ánimo de Giuseppe, en cambio, se insinúa la idea de que su felicidad está amenazada. Regularmente, se lleva aparte a su padre: ¿ha progresado su investigación sobre el mal<sup>[50]</sup>?

—Yo lo ponía al corriente de nuestras hipótesis —recuerda Pietro—. Pero no teníamos ningún motivo para pensar que la cosa se repetiría.

La joven, extenuada, regresa al piso familiar pasadas tres semanas.

2.7.0

# EL RETORNO DE JACOB



## 2.7.1

# EL GAP

Otro acontecimiento, en este caso mundial, va a trastornar la vida de los Lombardi.

En la primavera de 2009, la decisión del «Grupo de los 25» de aplicar la ley sobre las quiebras internacionales recientemente aprobada a los estados sobreendeudados provoca un seísmo. Una decena de países emergentes se declara en suspensión de pagos y se pone bajo la protección del administrador internacional. Indonesia, que desde el tsunami de 2004 vive ahogada por el crédito de la caridad mundial y el control de las instancias internacionales, no desaprovecha la ocasión. Hace flux.

En los primeros días de abril de 2009, todos los equipos de arquitectos, que llevan año y medio trabajando, se enteran de que sus estudios y maquetas seguirán siendo eso. El superpuente de Banda Aceh no se construirá.

El responsable de la rama internacional de Rippeti & Süger, el *dottore* Gianfranco Pizzoli, no tiene otra salida que una huida hacia delante... Dado que en Navidades la alcaldía de París anunció la construcción del Gran Auditorio de París (GAP),<sup>[51]</sup> decide ganar ese concurso, potencialmente el más lucrativo en Europa. Pero los italianos tendrán que echar el resto, porque parten con seis meses de retraso respecto a sus competidores. Así pues, los empleados que estén dispuestos a instalarse en Francia antes de junio prepararán un proyecto para el concurso internacional. Los demás tienen el preaviso previsto en su contrato. Apenas hechos a su vida boloñesa, Chiara y Giuseppe tienen que elegir entre Francia y el paro...

En realidad, la disyuntiva no se plantea exactamente en esos términos. Porque Jacob, que nunca ha dejado de dormirar en el interior de Giuseppe, sueña con enseñarle la ciudad de su adolescencia a Chiara, que por su parte está encantada de dejar Bolonia, el hospital y los fantasmas que la amenazan allí desde febrero.

El sábado posterior a la propuesta de Rippeti & Süger, Giuseppe habla con don Enrico. No le pide una autorización<sup>[52]</sup>, sino una opinión: ¿puede empezar el ciclo de estudios bíblicos en París, en lugar de en Bolonia, el próximo septiembre? ¿Puede Morro encontrarle en la capital francesa un mentor que supervise su formación? Una sonrisa traza dos hoyuelos en el rostro del menudo y delgado anciano. Giuseppe asiente con la cabeza.

—Ya lo sé, no hace falta decirlo...

Esta vez es Chiara quien necesita una aclaración. El cardenal le explica el fondo

de la cuestión:

—En París, no puedo confiar a tu marido más que a un hombre: el vicerrector del Instituto Católico, Jean-Baptiste Villepreux.

Por supuesto, a ninguno de los tres se le escapa la ironía de la situación: Villepreux tendrá que acoger en «su» facultad, entre «sus» futuros sacerdotes casados, al hombre al que reprobó por la incompatibilidad del sacerdocio y la vida amorosa.

—Al ver la expresión regocijada de Giuseppe —comenta Morro—, comprendí cuánta curiosidad despertaba en él ese reencuentro, sobre todo en esas circunstancias...

Cuando Giuseppe, Chiara y Clara emprendan viaje a París, lo harán provistos de una carta de misión oficial del cardenal arzobispo de Bolonia. A cambio, el aspirante a diácono ha prometido a su obispo describirle «la cara que pondrá Villepreux cuando me vea entrar en su despacho».

## 2.7.2

# OSSOBUCCO

Esos meses de junio y julio de 2009 en París formarán parte de los recuerdos más luminosos de la pareja. Jacob pasea por la capital francesa a su mujer y su hija. Chiara le escribe a Anna que se da perfecta cuenta de que se ha casado con un parisino.

—Me decía que allí Giuseppe se sentía en casa, feliz de poder regalarle la ciudad, como se regalan los lugares y los olores de la infancia a la persona a la que se ama.

Por las noches y durante los fines de semana, Jacob regresa a su antiguo territorio: lleva a su *principessa* al Barrio Latino. Hace un tiempo espléndido pero suave, como si el inicio del verano se prolongara indefinidamente. Acompañado por Chiara, Giuseppe también se lanza al reencuentro con sus antiguos amigos y camaradas, los del colegio, los de la capellanía y Saint-Germain-des-Prés. Una noche de finales de agosto, alguien hace al fin la pregunta que quemaba en todos los labios:

—¿Ya has visto a Jean-Baptiste?

La entrevista se celebra a principios de septiembre.

Giuseppe ha enviado una misiva, neutra, al Instituto Católico de París. En ella pide una cita con el vicerrector, adjuntando la carta de recomendación de monseñor Morro. Como único recuerdo del pasado, bajo su nombre en letra de imprenta, firma «Jacob».

La respuesta llega tres días más tarde: la matrícula «no debería ofrecer problemas»; la solicitud de convalidación para teología de los dos años de filosofía cursados en La Sapienza «está siendo estudiada»; el vicerrector «consiente en recibirlo para examinar las especificidades planteadas por el movimiento de renovación de la Iglesia al que se incorporó usted en las Navidades de 2008»... Se fija una fecha, la mañana del siguiente sábado, «para permitirle conciliar la cita con sus actividades profesionales». He podido consultar esa carta, que se conserva en los archivos de Tomás I. La firma, «por el vicerrector, su secretario».

El día fijado, Giuseppe Lombardi se presenta en las oficinas de la administración. Lleva una foto de su mujer con su hija en la cartera y una bolsa con regalos de Bolonia: una botella de vino elegida por su padre y un ossobuco preparado por su madre y luego ultracongelado. Algunos libros, también...

Es la primera vez que ve al vicario de Saint-Germain-des-Prés desde que es un hombre adulto, en la vida y en la fe.

La entrevista será breve, tensa y «completamente ridícula, por mi exclusiva culpa», dirá más tarde Villepreux. El vicerrector recibe al solicitante como si fuera uno de tantos italianos llegados a estudiar a París, si bien ambos se tutean y se llaman

por sus respectivos nombres de pila. El sacerdote tiene sobre el escritorio la carpeta con la documentación de Lombardi, con algunas notas a lápiz, y todo hace pensar que ha tratado su solicitud como una más. Jacob se presta al juego, pensando que es un artificio de Villepreux para retomar las riendas de la relación. Pero, de pronto, el casi treintañero Jacob comprende que Jean-Baptiste está dispuesto... a dejar las cosas así. Villepreux cierra la carpeta y adopta una expresión expectante, como quien da por finalizada una visita.

Lombardi, incrédulo, menea la cabeza.

—No irás a hacerme esto, Jean-Baptiste...

El sacerdote posa sobre él una mirada gélida.

—¿Perdón?

Giuseppe mira su reloj.

—Solo puedes dedicarme ocho minutos, ¿no es eso? Después de diez años de silencio, ¿solo ocho minutos? Me tomas el pelo... —Villepreux traga saliva, hace tamborilear los dedos sobre el vade de cuero... No mira al joven. La voz de Giuseppe sube una octava—. Aunque no fuera Jacob, me concederías más de ocho minutos, simplemente en tanto que candidato a la ordenación... Simplemente para saber cómo nos forman en Bolonia... Y para comprobar que he leído tus libros... —Giuseppe busca en la bolsa—. ¡Mira, aquí los tienes, léidos! —Saca los regalos de su familia—. Y esto es vino de parte de Pietro, libros que te manda Anna... ¿Te acuerdas de ellos? ¡Es mi familia! —Está gritando. A continuación, coge la olla y la planta bruscamente sobre el escritorio, manchando de paso el *dossier* de la matrícula—. Mira, mi madre te ha hecho un ossobuco de ternera con zanahorias... Ya sabes, el que tanto te gustaba en otros tiempos. ¿También te has olvidado de eso? —Empuja hacia atrás la silla y se levanta—. ¿Tú puedes borrar a la gente de tu vida de un plumazo, porque te han decepcionado? ¿Simplemente porque han hecho algo distinto de lo que esperabas? —Alarmados por las voces, dos bedeles abren la puerta del despacho. Sin una palabra, con un gesto seco, Villepreux los echa—. ¡Ah, ya veo! Te basta con un gesto, ¿eh? No hace falta hablar, ¿verdad? Ya no conoces a nadie, porque ahora decides... —Giuseppe ríe de cólera, con esa risa a un tiempo irónica y estentórea que hará temblar a algunos de los diplomáticos más destacados de Oriente Próximo y, más tarde, a tantos personajes del Vaticano—. ¿Ves este ossobuco, señor vicerrector? Lo he traído desde Bolonia para ti... Bueno, pues me lo llevo. Si de aquí a mañana por la noche no has encontrado tiempo para venir a cenar a nuestra casa, habrás insultado a mi madre, que te preparó este plato, y a mi mujer, que deseaba invitarte. Y, en tal caso, no tendremos nada más que decirnos.

Giuseppe vuelve a meter la olla en la bolsa y sale dando un portazo, ante las miradas de estupefacción de una docena de administrativos, que no han oído semejantes ultimátum en aquel sitio desde... desde nunca.



## EL CONEJO ROSA

Chiara ve volver a su marido en un estado que conoce perfectamente. Comprende que la entrevista no ha ido bien. Sabe, por la expresión resuelta de Giuseppe, que se ha dado unas horas antes de romper. Giuseppe deja la olla en la cocina y, tras mascullar que «este fin de semana no cenaremos fuera», se encierra en la habitación que hace las veces de biblioteca y pone la *Pequeña misa* de Rossini a todo volumen.

Son las siete de la tarde, y Jacob no ha salido. Sigue solo con la música, con los cascos puestos. Lllaman a la puerta. En el marco, un hombre alto, delgado, elegante, mira a Chiara con la expresión de quien tiene mucho que hacerse perdonar y nunca sabrá decirlo... Se balancea sobre los pies y lleva un ramo de flores en una mano y una bolsa con una botella de borgoña en la otra. También lleva un horrible conejo de peluche rosa, que evidentemente es para Clara. Esboza un gesto hacia la niña, que gorjea en el parque.

—¿Es Clara?

Chiara sonrío y luego asiente con la cabeza.

—Y usted es Jean-Baptiste, supongo...

El hombre sonrío a su vez.

—¿Giuseppe no le ha dicho nada?

—No. Pero, por favor, entre... Dente su chaqueta y póngase cómodo.

—¿No está? —pregunta Villepreux.

Por toda respuesta, Chiara abarca el salón vacío con un gesto circular, como diciendo «Ya lo ve», y se sienta en un sillón, frente a su invitado.

—¿Qué le parece si abrimos su botella de vino mientras lo espetamos? —Chiara le sirve, se llena también una copa, lo observa mientras bebe—. A propósito de Giuseppe —dice sonriendo—, ahora va usted dos a uno con el destino... —Villepreux, perplejo, se disculpa por no entender—. Cuando Giuseppe me eligió a mí, usted sintió despecho, porque el futuro le marcaba un tanto, un uno a cero, justo antes del descanso... Pero ahora ha impuesto usted a Europa su visión del sacerdocio de los hombres casados, y verá a Jacob convertido en sacerdote, no de la manera que usted pensaba, pero tal como pensaba. Eso son dos goles, dos a uno, ¿no? —El vicerrector está demasiado sorprendido para responder. La joven prosigue—: Comprendo perfectamente que el orgullo herido por haberse equivocado respecto a un amigo impida que una amistad continúe. Es una pena, pero es humano. Sin embargo, si resulta que no es el caso, si no se equivocó usted con él, ¿por qué negarle su amistad? ¿Pretendía ser usted quien le mostrara el camino, como a un niño? ¿O prefiere

reencontrarse con él en ese camino, porque piensa que Giuseppe está hecho para eso y que así será útil a los demás y a sí mismo? —Chiara se levanta—. Pero me estoy inmiscuyendo en sentimientos que quizá son más complicados. No sé lo que habrá dicho usted en su despacho esta mañana. Lo único que sé es que Giuseppe ha vuelto con el ossobuco de Monica. ¿Qué hago, lo pongo a calentar? —Chiara sonríe y, acto seguido, abre la puerta de la biblioteca y levanta la voz—: ¡Giu! ¡Ha llegado nuestro invitado!

Boquiabierto, Villepreux ve aparecer la esbelta silueta de Jacob en el marco de la puerta. Giuseppe se quita los auriculares, que seguía llevando alrededor del cuello, y entra en el salón con una sonrisa en los labios.

—Perdona, no te he oído llamar. Estaba oyendo música. Me alegro mucho de que hayas venido.

¿Es posible que la estrecha camaradería, durante casi un cuarto de siglo, de estos dos hombres se cimentara en esa invitación-ultimátum? ¿Que dependiera de aquel horrible conejo de peluche rosa, comprado a voleo, y de las frases que pronunció Chiara ante una copa de borgoña?

## 2.7.4

# ISAAC Y JACOB

Evidentemente, no todo se resume en ese reencuentro, en esa cena. Durante los siguientes meses, los dos hombres y la joven estrechan una relación muy fluida, hecha de conversaciones compartidas, porque Villepreux es un hombre de palabras más que de gestos. Cuando Giuseppe y él están solos, se entregan con facilidad a la abstracción, a la teología; pero, cuando «Isaac» y «Jacob» están en compañía de Chiara (que ha bautizado a Villepreux de ese modo, sin duda en son de broma), las conversaciones son más sociológicas y terrenales. La familia Lombardi, que aumenta en un miembro con el nacimiento de Cecilia en julio de 2010, se convierte para Jean-Baptiste en un oasis de amistad, una casa que visita casi sin avisar, a veces simplemente para tomar una copa por la noche, tras una reunión agotadora. Seguramente, el piso del joven matrimonio, lleno de las menudas preocupaciones por los niños, de sus risas y sus juegos, se convierte un poco en «su casa», la que no tiene y la que no tendría tiempo de habitar.

Lo que en realidad vive el futuro Silvestre III durante esos dos años no es solo una gran amistad, sino también una auténtica conversión, sobre la que nos extenderemos más adelante.

En agosto de 2011, la familia vuelve a hacer las maletas. Esta vez el proyecto del GAP se ha visto coronado por el éxito; a la pareja le ha llegado el momento de elegir entre Francia e Italia. Si el corazón de los Lombardi duda, la voluntad de Chiara no vacila: no quiere seguir conformándose con unas migajas de trabajo. Giuseppe tiene la posibilidad de volver a Bolonia como consultor de Rippetti & Süger sobre diferentes proyectos; Chiara encuentra un puesto de editor júnior en el departamento de ciencias humanas de una editorial universitaria. Así pues, regresan «a casa», a la ciudad de los Lombardi, a la diócesis de don Enrico.

## DIÁCONO

La noche del sábado 31 de diciembre de 2011, los Lombardi asisten a un extraño cotillón de fin de año. En la penumbra de la catedral, iluminada por cirios, ocho hombres vestidos con el alba blanca permanecen tumbados cuan largos son sobre las frías losas mientras sobre ellos resuenan las palabras de bendición, de misión y de llamada lanzadas por la voz ronca de monseñor Morro.

Junto a él, en el altar, hay otros dos hombres tocados con el capelo violeta de los obispos: uno es un hombre alto y delgado, impecable, con el aura de los aristócratas del pensamiento; sobre su cruz pectoral solo descansa un paño, posado sobre los dos brazos de la cruz. Al lado de monseñor Villepreux, que acaba de ser nombrado obispo y llamado a la Curia romana como secretario de la Congregación para el Clero, sonrío un prelado negro de aspecto hercúleo, sobre cuya corta pero crespada pelambre el capelo violeta parece minúsculo. El gigante acaba de llegar de Yaundé. Ha sabido de la ordenación de Jacob dos días antes, al día siguiente de las ceremonias romanas de Navidad, por el propio Villepreux. Como Jean-Baptiste, Paul Assoumou es uno de los jóvenes cadetes del Papa escocés, así como uno de los partidarios más firmes de Paul Cameron, junto con don Enrico. Y ahora el pontífice dominico sabe que necesitará partidarios a su alrededor para romper lanzas contra la reacción, que endurece su discurso y recluta tropas día tras día...<sup>[53]</sup>

En los primeros bancos, entre las familias, Chiara está emocionada pero tranquila, segura de que lo que está ocurriendo afecta a Dios y a los hombres, y no solamente a las luchas intestinas de una institución moribunda, al menos en ese continente.

La joven madre tiene en brazos a Cecilia, que duerme. Clara, en cambio, mira a su padre, tumbado boca abajo en el suelo, con unos ojos como platos. Hace unos instantes, en plena celebración, lo ha llamado en voz alta: «¡Papá!». Todo el mundo ha sonreído. La niña coge de la mano a Monica. ¿Qué piensa ella, la madre de ese joven tumbado en el suelo, de ese joven que se humilla ante una institución por la que ella no siente demasiado cariño? ¿Qué piensa Pietro de ese hijo que dentro de cinco años será «padre»? En los bancos de atrás, y también en las naves laterales, hay algunos rostros conocidos... En el de Simon Cervin, que al final ha decidido asistir, una sonrisa irónica tuerce el labio inferior. ¿Cómo interpretarla?

Dos asientos más allá, una mujer de rostro adusto observa a la joven pareja. Está allí porque acompañaba a Jean-Baptiste Villepreux a Roma. Su frente parece ensombrecida por cavilaciones y cálculos; puede que tenga ya ese golpe de ventaja, puede que esté esbozando la futura constitución para el sacerdocio parroquial... ¿Quién puede saberlo, tratándose de Jeanne-Marie Carrière?

En esos momentos Giuseppe Lombardi tiene treinta y un años. Ya ha pasado el ecuador de su vida. A su alrededor se ha reunido una veintena de hombres y mujeres por azar, por el deseo de estar allí, porque lo conocieron cuando era un adolescente entusiasta, un joven militante, marido y padre feliz.

Esas personas van a ser determinantes en su vida, van a acompañarlo en la travesía de las tinieblas que están a punto de caer sobre él, sobre su Iglesia, sobre el mundo...

Juntos y durante los próximos veinte años, van a llevar a cabo una revolución en la Iglesia. Todos están allí porque piensan que, de un modo u otro, la cáscara no está caduca ni vacía; todos tienen la certeza de estar asistiendo, no a una solución, sino solamente al tímido comienzo de una renovación que está por llegar...

2.8.0

# LA JOVEN Y LA MUERTE



## LA FRENTE ARDIENDO

Chiara es feliz en su nueva vida profesional. Suele decir que ahora tiene que aprender su «oficio más ingrato», el de «mujer de diácono». Será «la que está al lado del servidor, dispuesta a servir con él, dispuesta a llevarlo a donde no iba y a seguirlo a donde ella no habría ido sola»<sup>[54]</sup>. «Siempre estaré donde te lleven tus pasos, don Pepe», escribe en la portadilla de la edición ilustrada de las *Fioretti* que le ha regalado al flamante diácono con motivo de su ordenación. Y cumplirá su promesa. Durante los dos meses plenos que aún durará su vida.

El miércoles 7 de marzo de 2012, una jaqueca la tortura durante toda la mañana; lo que al principio es un simple dolor de cabeza acaba volviéndose insoportable. Chiara decide irse a casa y avisa a su marido al despacho. Dos horas después de esa llamada, cuando Giuseppe hace una escapada a casa para asegurarse de que todo va bien, encuentra a su *principessa* echada en el salón, con las cortinas corridas. En total oscuridad. Le pregunta si llama al médico, pero ella parece incapaz de articular una palabra.

Giuseppe le pone la mano en la frente. Está ardiendo. Tiene las manos blancas como el papel y heladas. La fiebre ha subido como una flecha; Chiara no puede mover el cuello. Se ha desencadenado una encefalitis aguda.

Aparte de la subida de la fiebre, los síntomas no tienen nada en común con la crisis hepática que le hizo abortar tres años atrás. Son más bien los signos precursores de la meningitis. Sin embargo, Giuseppe, que llama de inmediato a urgencias y, acto seguido, a su padre, le dice a este último: «El mal se ha reproducido». ¿Ya ha adivinado que tendrán que librar la batalla decisiva?

La ambulancia cruza aullando las calles de Bolonia en dirección al hospital. La cruda luz del faro giratorio parece una burla. En pleno día soleado, no anuncia nada; lanza destellos que son como tañidos silenciosos.

El sonido de la sirena, la exigüidad de la ambulancia, el olor a medicamentos, son otros tantos detalles que quedarán grabados en la memoria de Giuseppe. En 2036, en Moscú, lo verá llorar a lágrima viva al oír el guirigay de las ambulancias.

—Tú no puedes hacer nada, tú no eres el responsable —diré yo ante su angustia.  
Él sacudirá la cabeza.

—Este ruido de sirenas me devuelve a las tinieblas, *fratello*. Me hará revivir las últimas horas de Chiara hasta el final de mis días.

El ruidoso viaje a través de las calles de Bolonia dura menos de doce minutos.

El servicio de urgencias ya ha recibido la llamada de Pietro Lombardi. Sobre la camilla, Chiara canturrea a media voz, presa de un delirio febril, ahora que la morfina ha calmado las pulsaciones del dolor. La temperatura interna de su cuerpo se mueve en esos niveles en los que la vida corre peligro; los médicos no consiguen hacerla bajar, pese a la administración de grandes dosis de antipiréticos.

Cuando el doctor Lombardi llega al hospital, el equipo que se ha hecho cargo de su nuera ya ha logrado atajar la subida de la fiebre, pero la temperatura desciende muy lentamente, por escalones. Los sintonías meningíticos siguen siendo agudos. Se decide practicar de inmediato una punción lumbar.

Sería absurdo mantener en este libro un falso suspense sobre los pocos días que restan y sobre la infructuosa lucha contra la enfermedad de los médicos y la paciente. Absurdo y obsceno.

Todos los que se han interesado un poco por la vida de Tomás I saben que su mujer, Chiara Lombardi, murió cuando el invierno de 2012 tocaba a su fin (exactamente el 18 de marzo, a los once días de su ingreso en el hospital) a consecuencia de una encefalitis aguda; saben que Chiara fue una de las primeras víctimas del SNOV.

Somos muchos los que, en el terrible decenio de 2010, tuvimos que acompañar a un ser querido en el hospital durante una agonía similar. Somos muchos los que hemos vivido las sucesivas angustias —los dramáticos resultados del análisis del líquido cefalorraquídeo; el antibiograma urgente para tratar de vencer la infección y reducir la presión del líquido cervical; el rápido e irreversible coma; las últimas tentativas de los equipos para tratar de enfriar el cuerpo—, auténtica carrera contrarreloj para preservar el cerebro. Luego, cuando la carrera estaba perdida, el colapso de todas las funciones fisiológicas, la septicemia general. Y la muerte.

Conocemos sobradamente esa sucesión de derrotas, esa guerra en continua retirada contra la muerte, esos equipos médicos jadeantes, siempre con un síntoma de retraso. Lo sabemos porque en el curso de esos años el SNOV mató aproximadamente a un ser humano de cada mil<sup>[55]</sup>.

Para Chiara Lombardi, el desconocimiento, el estupor incrédulo y la esperanza irracional se unieron hasta el final al horror. Porque fue una de las primeras, de las primerísimas víctimas de una plaga que todavía no tenía nombre.

Al contrario que muchos enfermos que ingresaron en los servicios de urgencia de los hospitales en los años posteriores, Giuseppe y Chiara Lombardi no tuvieron tiempo, ni tampoco la idea, de prepararse para la muerte que se acercaba. El 8 de marzo, la joven se sumió en el coma sin saber que corría el riesgo de no volver a abrir los ojos. Solo decía: «Me duele mucho». Su marido la veló durante diez días sin poder hablar con ella y sin poder creer que la fúnebre intuición que lo obsesionaba era una premonición; sin poder creer, hasta dos días antes del fallecimiento, que había adivinado el desenlace de aquel mal.



## «SE NOS HA MUERTO CHIARA»

No sé cómo vivió Giuseppe durante los diez días del coma de Chiara, los diez días de esperanza y de miedo punzantes. Nunca me habló de ello, porque no hablaba de Chiara prácticamente nunca, y jamás en pasado.

Bastó mencionar la fecha de marzo de 2012 para que Pietro Lombardi se cerrara completamente. Me enumeró las intervenciones y los protocolos, porque es médico. Monica se contentó con hechos, simples hechos: se hizo cargo de Cecilia y Clara.

No me contaron mucho más. Simplemente, Pietro murmuró que esa vez «nuestra leona ni siquiera pudo luchar, se durmió demasiado deprisa».

Marina, la hija menor, es como Monica y Pietro; no quiere recordar.

—Me encargué de las niñas durante diez días. Creía que hacía de canguro, nada más. Papá no quería que supiéramos la gravedad de lo que ocurría, y seguramente yo tampoco quería saberlo... Luego, Chiara murió. La enterramos al día siguiente. Y Giu se marchó.

Anna sí lo recuerda: once días en un túnel de sombras.

—Giuseppe no salía del hospital, ni siquiera de la habitación. Apenas comía. En diez días bajó un par de veces a la calle, a la puerta del hospital. Blanco como un animal amblíope, parpadeando al sol... Cogía un poco de aire y, al cabo de unos minutos, volvía a subir a aguantar la respiración en aquel cuarto de hospital. En el servicio en el que Chiara luchaba contra la muerte, el de las infecciones contagiosas, no admitían a nadie, porque no sabían de qué enfermedad se trataba. Giuseppe podía estar en la habitación de Chiara porque nuestro padre era una personalidad de la investigación médica.

»La segunda vez que lo vi —sigue diciendo Anna—, reconocí su alta silueta en uno de los últimos peldaños de la escalera. Di dos pasos hacia él. Recuerdo que me quedé paralizada, literalmente. Parecía uno de esos boxeadores sonados, con los brazos caídos y moviendo las manos como si quisiera agarrar algo. Tropezó y se apoyó en la pared. Fui a plantarme delante de él, que se quedó mirándome largo rato, pero era como si no me viera. Luego, se estremeció y dijo mi nombre. Me cogió de los hombros para abrazarme. Me estrechaba con tanta fuerza que casi no me dejaba respirar, mientras sin querer me estrujaba el hombro con la mano. De pronto, me susurró al oído: “Dicen que no le quedan más que tres o cuatro horas”. Después me soltó, y lo vi subir de nuevo, como un autómatas.

Chiara seguiría luchando otros tres días.

ANNA: «Chiara murió a las once de la mañana, un domingo. Marina había llevado a Clara al circo, creo. Papá nos avisó por teléfono de inmediato. Vimos llegar a

casa a Giu. No dijo nada. Estaba hundido. Él también había sido vencido. Cogió en brazos a Cecilia y se quedó plantado delante de la ventana, con su hija pequeña, cerca de una hora. La tenía en un brazo y con el índice de la otra mano le señalaba cada coche que pasaba y le comentaba su color o su extraña forma de circular».

MARINA: «Llegué sobre la una. Llevaba a Clara de la mano. Giuseppe me abrió la puerta, me sonrió, me dio las gracias, cogió a la niña con el brazo libre y la levantó sin esfuerzo. Tenía a Cecilia en el hueco del brazo derecho. Recuerdo que pensé que seguía siendo fuerte, que resistía el golpe por sus hijas. Se quedó en el salón, delante de las ventanas, parlotando sin parar con las niñas mientras nosotros hablábamos aparte, en susurros, de los preparativos del entierro. Hacia las ocho, las llevó a acostar, les dio un beso y luego vino a buscarnos a la cocina. “Voy a ver a Morro”, nos dijo, y se marchó».

MORRO: «Giuseppe llegó hacia las ocho de la tarde para preparar conmigo el funeral, que se celebraría al día siguiente, un lunes. Dos días antes, al comprender que Chiara iba a morir, me dijo que no quería esperar, que quería enterrarla de inmediato. Yo había hecho todo lo necesario durante ese día. Así que simplemente hablamos de algunos detalles, y de los textos que íbamos a leer. Ni siquiera intenté consolarlo, decirle alguna cosa...».

ANNA: «Nos pasamos toda la tarde llamando a las personas a las que pensábamos que debíamos invitar, a todos los que sabían algo de Chiara. En esos momentos, eso no tenía ningún significado para Giuseppe; pero nosotros nos decíamos que, en cierto modo, más tarde se sentiría reconfortado al saber cuánta gente lo había acompañado».

ANNA: «Llamé a unas veinte personas en Roma y a unas quince en Francia, a todas cuyos nombres y dirección pude conseguir. Les pedí que avisaran a quienes conocieran. Todos me dijeron que estarían allí por la mañana. Todos hicieron el viaje esa noche».

PAUL ASSOUMOU: «Hicimos el viaje desde Roma en automóvil, durante la noche, los dos juntos. Y recuerdo que Villepreux no paró de hablar en todo el camino, con una voz extraña. Hablaba de Jacob, de su mujer... Hablaba de la vocación de Jacob, y era como si fuéramos a enterrar esa vocación, ese fuego...».

SIMON CERVIN: «Me llamó Morro. Recuerdo que dijo aquella extraña frase, “Se nos ha muerto Chiara”, como si aquella joven hiera una parte de nosotros. Y yo, que la había visto tres veces, solo tres veces, en total unas cuantas horas, sentí, te juro que sentí que “se nos” había muerto. Como lo sientes por uno de tus propios hijos... Algo se apaga en tu interior».

MORRO: «Sin duda esa noche más de uno odiamos a Dios, sin duda dudamos de que hubiera justicia, de que hubiera amor. Sin duda todos los que la conocíamos nos encolerizamos con Dios. “Tú que no tomas la vida, Tú que la das, haz una excepción esta vez. Toma mi vida a cambio de la suya”. Esas palabras, las dije yo, y también debieron de decirlas Pietro Lombardi e Ivo Sassetta. Y por supuesto Giuseppe. Y cinco, o diez, o cien personas más, al día siguiente, en la iglesia...».

### 2.8.3

## LAMMA SABACTANI

**E**l funeral se celebra el lunes 19 de marzo a las once de la mañana, en la catedral de Bolonia. Asisten varios cientos de personas, muchas llegadas de Roma, y por supuesto de Milán, así como de París y otros lugares de Francia e Italia.

CAMILLA SASSETTA<sup>[56]</sup>: «Antes de que llegara el féretro, reinaba un silencio extraño. La catedral estaba llena de cientos de hombres y mujeres a los que yo no había visto jamás, todos callados. Yo no suelo ir a la iglesia, pero me parece que ese silencio era especial, como si todo el mundo contuviera la respiración. Recuerdo que pensé: “Qué pocas caras reconozco... No conocía a mi hermana”. Don Enrico salió de la sacristía y se acercó a hablar con los padres de Giuseppe, con los míos, con sus hermanas... Cuando nos estaba dando la mano a Roberto y a mí, oí como un rumor que venía del fondo...».

ANNA: «De pronto, todo el mundo se levantó. Eran Giuseppe y las niñas».

CAMILLA: «Lo vi avanzar desde el fondo, justo delante del ataúd. Tenía a Cecilia acurrucada en el brazo derecho y a Clara sobre los hombros, sujeta con la otra mano. Observé su rostro y el de las pequeñas. Era imposible no rebelarse, viéndolos a los tres, sin ella...».

ANNA: «En ese momento comprendí que también él había muerto. Supe que iba a perder a mi hermano».

MORRO: «Le dije que viniera a sentarse y que estábamos todos allí para acompañarlo. Él meneó la cabeza como si no comprendiera... Pensé: “Ya no tiene ninguna razón para quedarse, ya no hay nada que lo una a este sitio”».

CAMILLA: «La verdad es que parecía ausente. Como si el dolor ya no tuviera cabida en su rostro, como si ya nada importara. No comprendimos lo que sentía hasta que entonó aquel cántico, un salmo, creo».

ASSOUMOU: «Fue un oficio sumamente breve, una misa de difuntos. Morro estaba totalmente concentrado en la liturgia, para poder llegar hasta el final. Por lo demás, me parece que esa era la preocupación de todo el mundo, llegar hasta el final. Tras la primera lectura, vi que Jacob subía al púlpito para cantar el salmo y me dije: “No podrá cantarlo él”».

MORRO: «El día anterior me había dicho: “No quiero que disertemos sobre lo que ha ocurrido. Quiero que leamos la Palabra. —Me miró y añadió—: Cantaré el salmo 22, Enrico”. Cuando subió al púlpito, recuerdo que recé, recé para que consiguiera llegar hasta el final. Luego empezó: “Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado? / Lejos estás de mi socorro, de las palabras de mi gemido”».

CAMILLA: «Era inhumano, o sobrehumano, no lo sé. Algo que venía de la tierra, que regresaba a ella...».

MORRO: «“Me derramo como agua/y todos mis huesos están dislocados. / Mi corazón es como cera...”».

ANNA: «No leía el salmo, era como si el salmo hubiera sido escrito para que le cayera en la boca. En esos momentos, la Palabra era su palabra, su propio canto...».

ASSOUMOU: «Recuerdo que pensé que Cristo lo dijo así, en la Cruz, antes de morir. Villepreux me miró y comprendí que estaba pensando lo mismo que yo...».

MORRO: «“Sálvame de la boca del león, / salva de los cuernos del toro mi pobre vida”. De pronto, se calló y levantó la cabeza. No cantó las últimas estrofas. Calló sin una palabra de esperanza, sin un sollozo en la voz. Prefirió acabar ahí».

CAMILLA: «Era un cántico perfecto, un cántico trágico, perfecto en su desesperación».

MORRO: «Entre los presentes, no habría muchos que conocieran bien ese salmo, que supieran lo que Giuseppe estaba omitiendo, voluntariamente: las cuatro últimas estrofas, las de la esperanza, aquellas en las que el salmista proclama que será salvado... Esas no las cantó. Me miró a los ojos... Había abandonado toda esperanza».

ANNA: «Recuerdo que pensé, muy tranquila: “Y ahora Giuseppe también se irá. ¿Quién se ocupará de las niñas?”».

ASSOUMOU: «El resto de la ceremonia no tuvo ninguna importancia, ninguna...».

Al final de la misa, Giuseppe y Pietro Lombardi, Ivo Sasseti y Enrico Morro cogen cada uno un asa del ataúd y se lo cargan a hombros. Lo llevan hasta la furgoneta negra de las pompas fúnebres. Detrás de ellos van las mujeres y las dos niñas.

ASSOUMOU: «Le posé la mano en el hombro y le puse mi brazalete de esclavo en la muñeca. Ni siquiera pareció darse cuenta. Recé para que recordara que Cristo destruyó el poder de la muerte, para que un día pudiera volver a crearlo».

Luego, un puñado de personas, una decena, la familia estricta, se pone en camino hacia un pueblo en plena campiña emiliana<sup>[57]</sup>. El pueblo en el que reposa una parte de la familia de Enrico Morro, en el que todavía tiene dos plazas en una sepultura<sup>[58]</sup> y donde Chiara dormirá para siempre, esperando que su marido se reúna con ella.

Giuseppe hace los trayectos de ida y vuelta al volante del coche de don Enrico, solo con él.

—No hablamos prácticamente en todo el viaje, ni a la ida ni a la vuelta — recuerda el anciano.

Dos días después, Giuseppe confió sus hijas a sus padres «por algún tiempo». Hizo las maletas («una sola, y solo ropa práctica; nada elegante, nada del estilo de Giuseppe», explica Anna), vació el piso y dejó algunas cosas en el sótano de los Lombardi.

Va a despedirse de sus padres. Monica lo recuerda así:

—Le pregunté si sabía adonde iba. Me respondió que simplemente quería encontrar un sitio que no le recordara a Chiara. Dijo exactamente: «Voy a buscar un

sitio gris, donde llueva, donde la tierra no ofrezca nada bueno, ni semillas ni cosechas». Me prometió que llamaría en cuanto tuviera una dirección provisional.

El hombre que se va lo deja todo tras sí, en una tumba de Emilia, en un sótano y un piso de Bolonia: el recuerdo de su mujer, a sus hijas, su trabajo, la misión que había aceptado en su Iglesia...

Todo, y también su esperanza.

2.9.0

# ÚLTIMAS ESTROFAS



## 2.9.1

# LAS EÓLICAS

**E**s un silencio de seis meses. Un largo abandono, una desaparición, hasta de su propia vista.

Durante veinticinco semanas, Monica y Pietro Lombardi, Anna y Marina, los Sassetta y Morro no tienen más noticias de Giuseppe que los correos electrónicos que llegan una vez al mes.

En cada mensaje, Giuseppe desgrana un puñado de hechos: ha encontrado trabajo en una isla pólder del mar del Norte, un parque eólico. Explica el funcionamiento de las hélices, describe en un tono neutro la isla semiartificial en la que están instalados los aerogeneradores y, más adelante, relata un accidente de trabajo, que le ha permitido aproximarse a sus subordinados, «buena gente».

Ni una palabra sobre su estado de ánimo. Angustia silenciosa, dolor autista. Ni anuncio ni deseo de volver. Nada. Todos los mensajes terminan con la misma frase: «Dadles un beso a mis princesas de parte de su padre».

He visitado ese parque eólico, uno de los primeros que se instaló en las islas de Frisia desde que, en 2010, Holanda decidiera alcanzar la autonomía mediante el empleo de energías renovables. Las gigantescas hélices siguen girando. Su pulsación es tan poderosa que el corazón parece querer acompasarse con ella y bombea la sangre al mismo ritmo. El cuerpo entero percibe las vibraciones de su sordo fragor.

El viento... El viento del mar del Norte, húmedo y helado. El viento, que mueve las aspas de un modo enloquecedor. En la parte artificial de la isla, el viento barre el pólder de tal modo que en aquel páramo salino nunca podrá haber más que arbustos raquíticos y guijarros. No hay más color que el blanco de las hélices; el cielo y la tierra son de un gris que a veces, cuando el sol desgarrá las nubes, se tiñe de un azul pálido o un rosa indeciso. El barro de la tierra y el gris sucio del cielo tienen el mismo peso.

Allí ya no trabaja más que un puñado de inmigrantes de Surinam. Ya entonces, en la primavera de 2012, esos inmigrantes, a quienes los Países Bajos acaban de retirar la nacionalidad holandesa,<sup>[59]</sup> constituyen el grueso del equipo. En esa época, en los barracones también viven algunos musulmanes llegados de Turquía años atrás y sometidos ahora a la misma normativa de inmigración.

Un nuevo insular viene a unirse a esos hombres despojados de su futuro. El ingeniero italiano que aterriza entre ellos es el único occidental.

Está en posesión de títulos sin relación con el trabajo y habla cinco idiomas. Un buen día se presentó en la empresa y aceptó el empleo sin discutir ni el sueldo ni las condiciones. En el fondo, es igual que sus compañeros: un inmigrante que lo ha

perdido todo. En la pequeña colonia, nadie llegará a saber de qué íntimo desastre ha huido ese hombre taciturno, distante aunque no frío.

Nunca le oyeron levantar la voz; se mostraba correoso para el trabajo, siempre dispuesto a echar una mano y meter los pies en el barro como uno más, como un capitán en la trinchera.

Compartieron con él los duros trabajos de mantenimiento, cuando se necesita que todos los brazos levanten los tubos como uno solo, a riesgo de que las palas aplasten a algún hombre. Como ellos, supo crisar los dedos dentro de los guantes de trabajo para sujetar mejor el metal helado y hundir las botas de seguridad en el surco de lodo para hacer fuerza con todo el cuerpo.

Al acabar el entubado, lo veían dar palmadas en las espaldas, como un peón más. Durante la pausa, lo veían compartir una botella de cerveza con la cabeza descubierta y el casco en la mano... Era uno de ellos. Pero, al llegar la noche, se encerraba en la vivienda del ingeniero supervisor, en el lindero del parque, si no mucho más cómoda, más alejada del fragor de las hélices.

Tarde o temprano, todos le contaron sus penas; como Adán, todos habían sido expulsados de sus jardines del Edén; como Caín, todos estaban marcados por los estigmas de su piel, demasiado oscura, y sus nombres, demasiado difíciles de pronunciar. Y todos esperaban una tierra prometida. Pero él nunca contó nada.

Para estos «apátridas», la isla es el último refugio; para él es un destierro voluntario, una cartuja sin capilla, sin oficios. Es cierto que él ha elegido su destino y los demás son víctimas del suyo; pero ¿cuál es la diferencia? Al cabo de un tiempo, solo quedan el trabajo, el ritmo de los días, organizados en sucesivos turnos que pauta la sirena del tejado de la cantina, y la soledad, inmensa y desolada.



## EL REINO DE LOS MUERTOS

Los viajes de ida y vuelta a tierra firme son raros. El transbordador, si el tiempo lo permite, hace la travesía en ambos sentidos una vez al día. Lombardi no va a tierra,<sup>[60]</sup> pasa los días libres en la parte de la isla que sigue siendo salvaje, provisto de un cuaderno de notas y una potente cámara de fotos. Nadie sabe a qué actividad se dedicaba, y tampoco he podido localizar esas fotos, a excepción de una...

Sus compañeros de exilio piensan que estudia a los pájaros. Puede que tengan razón.

El desierto, el silencio y la muerte del alma. Los correos no cambian... Nada indica que el hombre que los escribe sin esperanza recibe las respuestas de sus padres y sus hermanas, ni siquiera los dibujos de su hija mayor. ¿Le cuesta ser tan distante, es un esfuerzo que se impone, o bien es «simplemente así»?

Monica decide ir a verlo.

Se lo anuncia por correo electrónico. En respuesta, recibe una breve llamada telefónica: es mejor que no vaya, no serviría de nada. «No hay nada que ver, nada que decir. No esperes convencerme, Monica. No serviría de nada».

—El tono de mi hijo me dejó helada. —Veinticinco años después, el dolor sigue tiñendo la voz de Monica—. No quería verme, y me lo decía como una verdad irrefutable. Consideraba nuestro encuentro imposible, como si no tuviera derecho a verme. Y comprendí: había abandonado el mundo de los vivos, me prohibía ir a verlo como un fantasma que prohíbe que lo toquen a quienes quiere, por temor a que se pierdan...

En Monica, la lectora de Dante nunca está lejos. Así que necesita un Virgilio que coja a su hijo del brazo y lo guíe hasta la salida del Infierno. Al día siguiente, llama al arzobispado.

Ese verano de 2012, monseñor Morro pasa demasiado poco tiempo en su diócesis; no obstante, ese viernes encuentra un momento.

—Le dije que, para bajar a donde estaba mi hijo, hacía falta un amigo —recuerda Monica—. Y que solo él podía ir a buscarlo al reino de los muertos.

—Le pregunté por qué solo yo podía —cuenta el prelado—. Ella respondió: «Porque él lo habría hecho por usted, y lo recuerda; porque usted lo habría hecho por Chiara, y él lo sabe».

## «Y TODO SARMIENTO QUE DÉ FRUTO, LO PODARÁ»

**T**odavía hay mucha gente que se extraña de que Giuseppe Lombardi fuera capaz de abandonar a sus hijas pequeñas. Creo que la «explicación» que apunta Monica es la buena; basta con despojarla del ropaje literario: Giuseppe está convencido de que solo puede hacerles daño. Las confió a sus padres con estas simples palabras: «Enseñadles a reír, enseñadles a ser felices. Yo ya no puedo».

Giuseppe no espera ver volver la alegría. Durante esos seis meses, en ningún momento emplea una sola palabra que haga pensar que cree en un «paréntesis», en un «después». Está seguro: su alma se ha apagado, la última ascua se ha extinguido, irremediablemente...

¿Cómo sobrellevó, cómo resistió esa prueba? No lo sé.

Los dos trabajadores de Surinam con los que he podido hablar profesan la fe cristiana, pero ignoraban que el *ingeniere* también la profesaba. Hasta que llegó Morro. Quienes entraron en la vivienda de Giuseppe cuando se produjo el accidente de trabajo no vieron ningún símbolo religioso, ni crucifijos, ni imágenes... Nada indicaba que aquel hombre creyera en Dios.

No obstante, algunos hechos hacen pensar que el viudo seguía interrogando al cielo. Sus botellas lanzadas al mar tomaron una forma extraña: Paul Assoumou recibe en su móvil varios mensajes de texto cuya procedencia ignora, al menos en un primer momento.

No los conservó, pero se acuerda de dos de ellos. El primero que recibió decía así: «Dios es amor, y el amor es impotente». Dos meses más tarde, cuando ya empieza a sospechar la identidad del mensajero misterioso, una cita se la acaba confirmando. Extraída del Evangelio de San Juan, dice simplemente: «Y todo sarmiento que dé fruto, lo podará».

Si mis deducciones no son erróneas, Giuseppe envió ese mensaje el viernes 7 de septiembre de 2012, el mismo día en que se opone a que su madre vaya a visitarlo.

—Esa vez estaba seguro de que era Jacob —recuerda Paul—. No sabía qué contestarle. Llamé al único hombre que podía encontrarlo dondequiera que estuviese: el cardenal Morro.

El mismo día, dos personas muy cercanas a Giuseppe suplican a Morro que vaya a buscar a su amigo.

## «NO, ESO NO PUEDES HACERLO»

**E**n el puerto de Harlingen, el domingo 9 de septiembre de 2012 amanece increíblemente despejado. Una luz de fin de verano lava la sucia espuma de la estela del pequeño arrastrero. El mar está en calma.

Morro ve acercarse la isla de los muertos, la tierra llana y gris, que parece separarse penosamente de un cielo muy puro.

La llegada de Morro, mascarón de proa de blanca cabellera y gran cruz pectoral, deja estupefactos a los dos surinameses que corren a impedir el atraque del pesquero. Olvidan mencionar que el acceso a la isla está prohibido a todo el mundo, salvo a los barcos en situación de peligro.

—Es que nosotros lo estábamos —dirá Morro sonriendo. El cardenal salta a tierra bolsa de viaje en mano y, en su mal inglés, le grita al patrón—: Mañana al amanecer cogeré el transbordador. En caso contrario, lo llamaré. —Luego se vuelve hacia los trabajadores—. Vengo a ver al ingeniero Lombardi.

Giuseppe abandona su guarida en el momento en que Su Eminencia entra en el «pueblo» chapoteando en el barro salado, que no se seca nunca.

Morro no se detiene. Antes de que Lombardi pueda optar por una actitud, lo coge por los hombros y lo estrecha en sus brazos sin decir palabra. El abrazo dura unos segundos; luego, con mano firme, vuelve a arrastrarlo al interior de la vivienda.

—Tengo que hablarte, hermano. Y tengo poco tiempo.

Yo esperaba que, respecto a ese día, Morro alegara el secreto de las conciencias. A veces los diálogos solo conciernen a dos hombres, y a Dios, si los escucha. Sin embargo, me hizo un relato detallado, sobrio:

—Esto te lo cuento porque soy como las tres Marías la mañana de Pascua... ¿Hay que tener la boca cerrada cuando se ha subido al huerto y encontrado la tumba vacía?

—Entré detrás de él, y me bastó una mirada para abarcarlo todo: un despacho-salón-dormitorio y una cocina. Había un petate de marinero al lado de la cama, ropa plegada en los estantes de madera... En las paredes, ni crucifijo, ni fotos... Solo unos libros, y la Biblia, encima del escritorio.

»Cogí una silla y me puse a mirar los libros uno tras otro: dos de Steinbeck, uno de los autores favoritos de Chiara; Dante, por supuesto; varios libros técnicos sobre energías renovables; sus cuadernos con tapas de cuero... y la gran Biblia anotada de la que nunca se separaba.

»Giuseppe salió de la cocina con dos tazas de café humeantes. No había abierto la

boca desde mi llegada. Dejó mi taza en el escritorio, se sentó en la cama con las piernas cruzadas y me preguntó: “¿Quién te ha enviado, Monica o Paul?”. Yo sonreí. “Los dos, hermano. Y también mi preocupación”. “Muy bien. Te escucho —dijo y, sonriendo débilmente, añadió—: Supongo que no me queda otro remedio...”.

»Saqué los documentos de mi bolsa y los dejé sobre la mesa. Le dije que solo disponía de ese día y esa noche, que por la mañana cogería el transbordador. “La *Blitzkrieg*, ¿eh?”, bromeó él. Supongo que sonreí a mi vez. “No quiero usar ninguna táctica contigo, Giuseppe. He traído los documentos necesarios para devolvarte al estado laico. Para que puedas empezar una nueva vida, cuando lo desees. Puedes decirme que los firmas porque quieres encontrar una mujer que acepte compartir contigo el cuidado de tus hijas. También puedes decirme que los firmas porque no quieres seguir sirviendo a la Iglesia sin Chiara, con quien adquiriste ese compromiso...”.

»No respondió. Yo continué: “También puedes decirme que no los firmas. Porque Dios ya no cuenta en tu vida y estar en regla te trae sin cuidado. —Giuseppe me fulminó con la mirada. Había conseguido captar su atención—. O que no firmas porque vas a volver a Bolonia, reanudar tu vida, llevarte a tus hijas a tu casa... Y, cuando estés preparado, retomarás solo el hilo de lo que Chiara y tú empezasteis juntos...”.

»Seguía sin responder. Parecía estar sopesando su respuesta. Por fin, murmuró: “También puedo no responderte nada. Enrico...”.

»Meneé la cabeza y, con brusquedad, casi violentamente, repliqué: “No, eso no puedes hacerlo. Porque no estoy dispuesto a seguir diciéndole lo mismo a Chiara cada vez que voy a visitar su tumba y darle noticias tuyas”.

»De pronto, vi que le brillaban los ojos y le temblaban los labios. Nunca lo había visto llorar. Ni durante la enfermedad de Chiara, ni cuando murió, ni el día que la enterramos. Ni siquiera lo había oído sollozar.

»Pero allí, sentado en su cama frente a mí, lloró. Despacio. Durante media hora, me estuvo mirando sin decir palabra, mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas y la boca, constantemente.

## ULTIMAS ESTROFAS

Más tarde, los dos hombres hablan. Hasta la caída de la tarde. Preparan juntos la comida y almuerzan frugalmente. Giuseppe pone tres vasos en la mesa de madera y los llena de un vino blanco generoso que Morro ha sacado de su bolsa de viaje. Se beben silenciosamente los suyos, pensando en la ausente, mirando el tercer vaso, en el que el vino parece temblar.

Luego salen, y Giuseppe lleva a Morro a la zona salvaje de la isla. Le muestra el mar abierto, brumoso, borroso, sucio, que lleva a los navegantes hasta los reinos de hielo donde la vida ha desaparecido por completo. Hablan lentamente, sopesando las palabras.

Regresan de noche y vuelven a sus sitios, el uno a la cama y el otro a la silla. Don Enrico abre la gruesa y manoseada Biblia anotada, y Giuseppe se saca del bolsillo el cuaderno de cuero en el que copia los textos que le permiten seguir respirando, los hilos que lo retienen al borde del abismo.

Han abierto las páginas en las mismas líneas. Reanudan la conversación donde la dejaron seis meses atrás... Empieza el cardenal: «Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado? Lejos estás de mi socorro, de las palabras de mi gemido...». Lombardi le da la réplica: «Dios mío, clamo de día, y no me respondes, de noche, y no me atiendes...».

—Cuando llegamos a las últimas estrofas, hice una pausa... Él se quedó callado largo rato, quizá unos minutos. Luego, oí su voz; tensa como un arco, temblorosa y brutal, reanudó la lectura: «Yo anunciaré tu nombre a mis hermanos y te alabaré en medio de la asamblea. Los que teméis a Yahvé, ¡alabadle!».

La noche había caído sobre Frisia y sobre la vivienda del ingeniero. En la densa penumbra, leen las palabras de los salmos, unas palabras que apenas necesitan mirar, porque ambos las conocen bien: «Mi posteridad le servirá, hablará del Señor a las generaciones venideras. Y predicarán su justicia al pueblo que ha de nacer, por haberlo hecho Yahvé».

—Cerró el cuaderno de cuero con un golpe seco. Me dije que lo que cerraba eran también seis meses de su vida. Se levantó y encendió la lámpara de gas. Se acercó a la mesa, extendió la mano hacia el tercer vaso... Se lo bebió lentamente, de un solo trago. Vi que estaba llorando.

»Luego me dijo: “No puedo volver a Bolonia antes de que acabe el mes. Como muy tarde, llegaré el 9 de octubre”. Y, de pronto, sus ojos se volvieron casi alegres, como antaño, aunque con una sombra que ya no los abandonaría, una negrura de la pupila que contaminaba el iris. “¿Y tú? ¿Cómo van tus asuntos con tu Papa y tus

cardenales, monseñor?”. Llevaba siete meses esperando esa frase. En ese momento comprendí cuánto los echaba de menos a los dos, a Chiara y a Giuseppe. Y confieso que también lloré.

## LOS QUE HAN DESCENDIDO

Quince días después, Giuseppe deja el pólder. Los descansos que no ha utilizado le permiten adelantar el final de su contrato.

Se reúne con sus padres, que lo esperan con las niñas en la costa adriática, donde tantas vacaciones felices pasó de niño, donde llevó a Chiara, con sus dos hermanas en la parte posterior del coche paterno, en su primera excursión amorosa.

Monica mira al hijo que ha vuelto, que parece disfrutar de nuevo con el sol, con las comidas al aire libre, con el mar y la arena.

Habla poco. A veces, su mirada se apaga unos instantes, e interrumpe un gesto de ternura appena esbozado. Es como si temiera que cada momento de paz, cada alegría compartida con Clara y Cecilia, tuviera un precio.

—Lo veía volver a la normalidad lenta, prudentemente, como si hubiera estado caminando por el valle de las sombras y la muerte, y ahora hubiera regresado. En su mirada había algo que no era pena, ni sabiduría, una seriedad que solo conocen quienes han descendido hasta el más profundo desamparo y vuelto a subir.

Un día, coge a sus dos hijas y se las sienta a cada una en una rodilla. Monica oye estas simples palabras:

—Cuando mamá murió, yo también creí morir. No quería que sufrierais más. Así que me marché. Ahora vamos a aprender a ser felices los tres juntos, porque queremos a mamá y ella nos querrá siempre.

A mediados de octubre, gracias a una dispensa especial del cardenal arzobispo, Giuseppe entra en el seminario de Bolonia. Antes de convertirse en sacerdote, debe completar un ciclo de dos años de estudios...

2.10.0

# CONVALECENCIA





## TRANSPARENCIA

**D**urante los siguientes meses, su vida queda en un extraño suspenso. Giuseppe Lombardi se concentra en «lo que hay que hacer», procura recuperar el paso poco a poco, sometiéndose a esa vida regular y estudiosa que se ha organizado. Se esfuerza en seguir la formación del seminario y las indicaciones de su tutor de la Gregoriana<sup>[61]</sup> de Roma. El tiempo que le dejan sus estudios, lo consagra a sus hijas con laborioso voluntarismo.

En el seminario, nadie se fija en él; era «transparente», me dirá uno de sus profesores. Giuseppe todavía no ha regresado; lo que recobra peso y aprende a vivir de nuevo día tras día solo es su sombra.

Clara y Cecilia siguen viviendo con sus abuelos. Con el acuerdo de su obispo, Giuseppe pasa las veladas con las niñas en casa de sus padres y la noche en el pequeño estudio en que antaño se alojó Chiara. No duerme en el seminario porque es padre de familia y también porque ya no tiene edad para esas comunidades, en las que cada cual debe soportar a todos los demás, con mayor motivo cuando la comunidad es exclusivamente masculina...

Morro se ha limitado a abrirle la puerta del mundo, de los vivos, a simplificar las cosas para su regreso, regularizando las matrículas, clarificando su situación<sup>[62]</sup>... Pero el cardenal no interviene en su formación, no opina sobre nada:

—No quería que se apoyara demasiado en mí. Sé lo consolador que es confiar el alma, lo conmovedor que es recibir esa confianza y los peligros de alienación y de manipulación que se corren. Pero estaba impaciente por retomar el hilo de nuestras conversaciones, porque los pasillos de la Curia eran como arenas movedizas...

## FRACASOS

**T**ras los años de creación, de pluralismo y esperanza,<sup>[63]</sup> el pontificado de Juan XXIV hace agua por todas partes.

La Europa cristiana agoniza, África entera agoniza, incluidos sus cristianos, y Asia no prospera como se esperaba. Solo resiste América Latina, que incluso gana fieles donde los carismáticos proponen una alternativa sensible a las sectas evangelistas.

En el Viejo Continente se intenta conseguir un «lleno» mediante reagrupamientos a escala nacional, cuando no continental. Se abarrotan estadios, anfiteatros... Se abultan las estadísticas de bautismos y bodas, se intenta inventar una «presencia cultural», de desempeñar la función de «vigías» en los comités de ética, en las instituciones... Pero es inútil: la gente se va. Las iglesias se vacían. Y los sacerdotes se mueren.

En el procedimiento de ordenación de los casados han participado menos de dos mil hombres; que, por otra parte, fueron reclutados en los dieciocho primeros meses. Dado que los reformadores europeos habían hecho del número de futuros sacerdotes el criterio y la médula de la renovación, su disminución se convierte en el símbolo de su fracaso.

## LA NEGRITUD APOSTÓLICA

**E**l fiasco es menos patente en África, cuya Iglesia da al menos signos de vitalidad en un continente que agoniza respecto a todo lo demás.

En el sínodo de Yamussukro, celebrado de septiembre a noviembre de 2011, dos obispos recién ordenados por Paul Cameron<sup>[64]</sup>, el camerunés Paul Assoumou y el nigeriano Augustine Gowon, son las dos personalidades que dominan los trabajos y «reinventan» la ordenación sacerdotal para sus países. Eclesiólogos eminentes y especialistas en patrística, se imponen como los paladines de la «negritud apostólica»<sup>[65]</sup>.

Sus propuestas son sencillas: sí a la ordenación de los hombres casados, pero sin alejarlos de sus comunidades. Que en cada parroquia los consejos de ancianos propongan varios hombres buenos para enviarlos a formarse a la sede de la diócesis, de la que regresarán en su día para servir a sus comunidades.

Frente a Paul Assoumou y Augustine Gowon, el obispo brasileño Nelson Falcao, presidente de la Conferencia Episcopal de Angola, defiende posiciones «integralistas»: en todas partes, en todo momento y para siempre, una misma doctrina, una misma liturgia, una misma disciplina:

—Es Jesucristo quien funda la universalidad; gracias a Él, no tenemos más que una sola cultura, Cristo; una sola patria, el cielo; una sola madre, la Iglesia. En Cristo, hablaremos la misma lengua, la de Pentecostés, que la Virgen enseñó a sus hijos.

—Hacer tabla rasa de las diferencias culturales es negar la Encarnación — protesta Assoumou—. Cuando Dios se hizo hombre, habló arameo, respetó el sabbat y celebró la Pascua. Fue un hijo de Israel. ¿Acaso somos nosotros más grandes que Él, para dialogar directamente con Dios sin la ayuda de nuestras historias?

Pero el argumento no habría bastado sin el oportuno descubrimiento de que las arcas de la diócesis de Nelson Falcao se habían beneficiado ampliamente del blanqueo de dinero procedente del tráfico de diamantes. El campeón de los «integralistas» africanos es destituido en pleno sínodo. Los dos jóvenes obispos tienen el camino libre...

Tras su segunda visita a Camerún, Morro manifiesta lo siguiente sobre su amigo Paul:

—Ese hombre es un coloso. Él solo es capaz de galvanizar a los pueblos y devolver la esperanza a millones de hombres. Sus fieles lo han nombrado anciano en más de mil aldeas, cuando todavía no ha cumplido los cincuenta. Me asusta el ruido que hará su cuerpo al caer cuando lo asesinen...

Unas semanas después, don Enrico viaja a Ottawa, donde un sínodo reúne a los obispos de América del Norte —Canadá, Estados Unidos y México— recién estrenado el año. La partida se prevé más delicada si cabe que la africana: ya no se trata de conseguir aprobar las reformas, sino de impedir que prosperen las contrarreformas.

Antes de subir al avión que lo llevará a Quebec, Morro confía a Lombardi:

—Juan XXIV está enfermo, Giuseppe. La debilidad de su corazón puede acabar con él en cualquier momento. Estamos intentando preparar su sucesión. Pero nuestros enemigos también.

## LOS PASTORES EJEMPLARES

**E**ncabezados por monseñor Salomon Jeffries-Brown<sup>[66]</sup>, los obispos canadienses y los estadounidenses de la costa Este persiguen aprobar la ordenación de los hombres casados. Sin embargo, para muchos «reformistas» la prioridad es otra. Las Iglesias de Norteamérica, que no han dejado de enriquecerse, ordenan sacerdotes-gerentes anglosajones cuyos emolumentos superan el salario medio de sus feligreses, especialmente de los hispanos.

—¿Se puede servir a Dios y al dinero? —pregunta el joven prelado de Quebec monseñor Albert Longdesbois—. ¿Podemos llamarnos pastores y vivir solos en grandes casas que nuestros fieles necesitarían para alojar a los suyos?

Los obispos de las «diócesis latinas» se unen a la «cruzada pauperista», cuando se creía que desconfiaban de esa «llamada social»<sup>[67]</sup>. Esos prelados, los de San Francisco, Los Angeles y Miami, y los mitrados de origen cubano o mexicano, representan a la mayoría de los católicos estadounidenses. Forman una «coalición integralista» que aprueba las primeras decisiones y afirma, como de pasada, que la santificación y la ejemplaridad de los pastores es la condición previa para la santificación de sus fieles. Pero a continuación bloquean las votaciones. Ausentes durante los escrutinios, los obispos hispanos impiden que se alcance el quórum.

El alma y el iniciador de esa estrategia obstruccionista es el nuevo cardenal de México. Monseñor Juan María Villaverde y Barón está allí, explica, «para defender la idea de que la juventud y la energía se encuentran en el sur. Tenéis que escuchar la llamada de esas Iglesias... Las viejas y somnolientas catedrales del norte encontrarán en ella el primitivo ardor de los Hechos de los Apóstoles».

Tras las primeras escaramuzas, Villaverde desvela su estrategia y, erigiéndose en portavoz de los católicos de Sudamérica, se dirige a sus «hermanos del Norte» con dureza:

—Reuniéndoos meses antes que el sur, ¿qué lección esperabais enseñarle, qué reproche os queríais ahorrar? Escuchad el soplo vivificante que se eleva de nuestras iglesias llenas, de nuestros santuarios, escuchad la plegaria de las multitudes arrodilladas ante la Virgen de Guadalupe.

»Y, puesto que queréis volver a la pobreza evangélica, miradnos a nosotros, los pobres de Cristo, que no tenemos ni vuestros grandes edificios ni vuestras elegantes limusinas<sup>[68]</sup>, pero practicamos la ejemplaridad de la pobreza y el desprendimiento. A nosotros, que hemos elegido la castidad en un mundo de placer; la pobreza, en un mundo de codicia.

## TEMPLARIOS...

Como Nelson Falcao, Villaverde es miembro de una «fraternidad», de una «obediencia» cuyos estatutos fueron reconocidos por la Iglesia católica hace apenas treinta años: los templarios de Cristo. Triunfante al final del pontificado polaco, que aprovechó para extenderse desde México a todos los continentes, el Temple está en retroceso desde la entronización de Juan XXIV<sup>[69]</sup>. Y sabe que su supervivencia en los años venideros depende del próximo Papa.

No obstante, la mayoría de los analistas opina que en el ánimo del cardenal mexicano no existe la menor tentación de cabildeo. No quiere el triunfo de los templarios, sino el de la Santa Iglesia. Y cree firmemente que el mejor modo de hacer triunfar el Evangelio es acicatear a los pastores, hombres que ansían la perfección, verdaderos soldados de Cristo, sometidos de todo corazón a una disciplina sin tacha. Recuerda con san Pablo que «la fe es un combate». Ese ejército de pastores irreprochables guiará al rebaño y lo santificará.

La noticia se da a conocer el 15 de marzo: el sínodo norteamericano aplaza sus conclusiones y decide esperar las nuevas orientaciones de los «hermanos obispos del sur del continente», antes que «coartar sus opciones».

El equilibrio de fuerzas acaba de romperse.

Morro, observador sin voz ni voto (pero no sin influencia), regresa de Ottawa tres días antes de emitirse dichas conclusiones. Ha intentado insuflar audacia a quienes desearían una «reforma americana»; ya sabe que ha perdido el tiempo.

Unos días después, invita a cenar a Giuseppe. La noticia del aplazamiento, que acaba de anunciarse, ocupa dos líneas en los periódicos europeos. Por su parte, Morro sopesa las consecuencias del golpe de mano «integralista»: a favor de la extraordinaria victoria política que acaba de obtener, Villaverde, el obispo templario de México, lleva camino de convertirse en un personaje insoslayable; si consigue unir los dos subcontinentes americanos, si se convierte en el hombre que los hace hablar con una sola voz, tendrá de su lado la demografía... y la economía, una fuerza sin parangón dentro del Sacro Colegio...

—Y la Iglesia está buscando hombres fuertes, Giuseppe. Todas las muestras de debilidad que hemos permitido para abrir las viejas puertas desde el comienzo de este pontificado no han hecho más que acelerar la hemorragia. Muchos hermanos con los que he hablado allí esperan un hombre providencial...

—¿Les serviría Villaverde?

—Por su virtud y su carisma, Villaverde podría convertirse en el hombre capaz de devolver a la Iglesia al buen camino.

—¿Es virtuoso?

—Es sincero. Cree sinceramente que la salvación de todos pasa por la santidad, por la perfección de los pastores. Si los pastores son buenos, llevarán al rebaño a buenos pastos, y el rebaño prosperará.

—Eso es simplista.

—Es infantilizador. En los momentos que atravesamos, puede que la Iglesia esté dispuesta a ponerse en manos de un padre autoritario, con tal de que sea protector... Villaverde tiene hechuras de héroe.

—Dices que es templario... Entonces no tiene pujos de intelectual...

—Pero, en compensación, es un orador brillante... Y, precisamente porque tiene ideas burdas, su discurso posee una falsa «simplicidad evangélica». —Don Enrico saca un rollo de papel de su maletín—. Los cristianos están hartos de matices complicados. Necesitan un camino recto, sin recodos. Y Villaverde es cualquier cosa menos complicado. Mira. —Morro desenrolla el póster. En el papel satinado, una línea blanca separa dos escenas. A la izquierda, un hombre despechugado y mal afeitado, quizá un indio, posa al lado de una mujer gruesa que sostiene a un crío sucio contra su cadera, mientras otro niño un poco mayor, al que le cuelgan los mocos, juega sentado en el suelo. A la derecha, un joven con el pelo corto y una impecable casulla blanca y oro esboza una amplia sonrisa. Giuseppe le pide a Morro que le traduzca el eslogan que figura al pie del cartel. Don Enrico hace notar a «su» seminarista que el español es «la lengua del futuro en la Iglesia» y que haría bien en aprenderlo. Luego traduce—: La pregunta dice: «¿A cuál de estos dos hombres prefiere como párroco?». Y el eslogan: «En la Iglesia católica, desde hace siglos, algunos hombres dan la vida por nosotros». Dentro de quince días, estará en las paredes de todas las grandes ciudades de América Latina.

—Ya. ¿Quién paga?

—Templum Christi, la organización laica de los templarios. Reúne a industriales, empresarios, políticos, incluso altos cargos... Las élites sudamericanas, unas élites un tanto paternalistas y autoritarias, pero inmensamente ricas...

—¿Y tú crees que funcionará?

—Muchos buscan un Dios que les caliente el corazón —responde Morro. Y, con amargura, añade—: Si además les dan religión, oropeles, fastos, incienso, misterios, palabras y gestos mágicos... Mejor aún, si les dan el bien y el mal, los buenos y los malos, entonces se puede hacer previsible a Dios, un Dios con el que se puede tener las cuentas en regla. La religión, en el fondo, les sirve para protegerse de Dios.

## EL TIEMPO DE LA AMENAZA

**V**erano de 2013... Primeras «auténticas vacaciones» de Giuseppe con sus dos hijas, ya que el verano anterior lo pasó en el barrizal frisio.

Ha reservado para tres semanas el chalet que alquilan sus padres entre Rímimi y San Marino. Clara, que todavía no había cumplido los diez años, lo recuerda así:

—Papá nos llevó en barco varias veces. Y a menudo íbamos de *picnic* a la playa por la noche, cuando se había ido todo el mundo. Nos untaba las rebanadas de pan muy despacio, sobre una servilleta que se ponía en las rodillas, mientras nos contaba historias de marinos.

La convalecencia lleva buen camino.

Un día de finales de julio, Giuseppe ve llegar el incombustible Fiat de su padre, con una semana de antelación sobre la fecha prevista.

Pietro va al volante. Solo.

Cecilia y Clara corren a abrazarlo, pero el abuelo les dice algo y las manda a jugar al jardín. Luego, le explica a su hijo la situación.

Como mucho en dos meses, lo que tarde en recabar los últimos datos, la OMS va a lanzar una alerta sanitaria. Pero los especialistas ya están seguros y son unánimes: en Occidente y en África se ha desencadenado una epidemia de enormes dimensiones.

—Los síntomas descritos, demasiado bien los conoces, Giu. He comparado algunas muestras con las que conservé tras la crisis de Chiara, y cuando murió... Para mí, no hay la menor duda de que fue una de las primeras víctimas del síndrome contra el que tendremos que luchar. Se teme que se producirán miles de muertes, Giuseppe. Prácticamente una por cada dos enfermos. Y de momento no sabemos nada sobre el modo de transmisión...

—¿Quieres decir que podríamos...?

—Sí, alguno de los tres, o quizá los tres. No sé cómo se transmite, ni siquiera sé lo que buscaría si tuviera que examinaros... Pero lo que se llevó a Chiara va a acabar con decenas de miles de personas. Hay contagio, se produzca como se produzca. Y vosotros estáis potencialmente contaminados...



2.11.0

# CONTAGIO



## DEMOSTRACIÓN DE FUERZA

El otoño de 2013 es el de la extensión del mal.

Giuseppe Lombardi comprende que su historia y la de su siglo están trágicamente unidas; la muerte de Chiara, ese dolor íntimo, pertenece ya a la Historia. Recuerda la vieja promesa que hicieron juntos: no desligarse de su compromiso jamás. Pero, por el momento, tiene unos estudios que finalizar y una casa que montar. Y a su alrededor las cosas se aceleran...

El avance de lo que todavía no se conoce como SNOV y las victorias de quienes todavía no han sido apodados «los mexicanos» siguen un curso extrañamente paralelo. Frente a la enfermedad y el oscurantismo, las defensas se desmoronan, el caos se extiende.

La maniobra decisiva de Villaverde se produce a comienzos de septiembre de 2013. Invitado por la principal cadena privada mexicana,<sup>[70]</sup> el cardenal responde a preguntas convenidas por adelantado con la redacción.

Pero, de pronto, hacia el final de la entrevista, alza su cabeza de jerarca:

—Pues bien, yo veo que ni Europa ni África han conseguido encontrar suficientes hombres casados para llenar sus seminarios. Y proclamo que la Iglesia carece de vocaciones porque no se atreve a pedir las... —Y, con voz grave, hace la siguiente llamada— Jesús dijo: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Hermanos míos, yo, Juan María Villaverde y Barón, cardenal arzobispo de México, lanzo esta llamada en nombre de Jesús. A partir del jueves, después de celebrar la Santa Eucaristía, me quedaré orando en mi catedral ante el Sagrado Sacramento. Rezaré sin descanso hasta el sábado 14 de septiembre, festividad de la Santa Cruz. Rezaré con todos aquellos y aquellas que quieran unirse a mí, rezaré al Señor para que envíe obreros a su mies. Y os prometo que serán más de mil los que el Espíritu Santo haga levantarse y unirse a nosotros para el servicio de la Iglesia. Sí, jóvenes de todo el continente, os llamo en nombre de Cristo. Os espero el domingo 6 de octubre en ese mismo lugar, en mi catedral. Así, todos juntos, nos pondremos en las manos de la Virgen María, madre llena de Gracia, en la festividad de Nuestra Señora del Rosario, que celebraremos el día siguiente, 7 de octubre».

El día anterior, Juan XXIV había sido ingresado urgentemente en el hospital universitario Gemelli.

El pánico se apodera de la Curia... Por teléfono, Morro comenta:

—Esta vez nos ha colado un gol por la escuadra, Giuseppe. No veo qué va a

impedirle salirse con la suya. Esto es la muerte del sínodo.

—¿Y los demás obispos?

—Si descontamos los que son de su bando y los que saben que dentro de poco tendrán que rendirle pleitesía, no quedan muchos...

—¿Quiénes?

—Los jesuitas. Ayer tarde, el obispo de Buenos Aires, el de Managua y los rectores de las universidades de los jesuitas publicaron un comunicado conjunto para denunciar la maniobra de intoxicación y distracción.

—¿Será suficiente?

—Claro que no.

La declaración de Villaverde es retransmitida por todas las televisiones del continente. ¿Es una maniobra preparada mediáticamente? Desde la primera noche, existe una cuenta; regularmente, se emite un anuncio pidiendo donativos para los futuros novicios. Algunas cadenas del grupo Rosario incluyen una cuenta atrás en sus cartas de ajuste, creando un falso suspense cuyo desenlace final no se producirá hasta el 6 de octubre.

A las protestas de los jesuitas, la secretaria de Villaverde responde sin pestañear que todos los obispos del continente podrán llamar a los candidatos de sus respectivas diócesis. En comunicado público, también precisa: «Los jesuitas son servidores del Papa. Que pregunten a Su Santidad si condena esta llamada del Espíritu Santo».

El silencio del Vaticano es ensordecedor. La Curia no quiere arriesgarse a errar apostando por uno u otro bando, porque el vencedor de esa batalla se quedará con Roma.

## MEDIDAS DE EMERGENCIA

**E**l cardenal templario está arrodillado, como en éxtasis, al pie del altar de la catedral. Dos veces al día, se aviene a levantarse, aunque hay que ayudarlo a andar, porque la postura le entumece las piernas, y abandona el campo de las cámaras diez minutos. Luego, regresa a su puesto.

El sábado a mediodía, festividad de la Exaltación de la Santa Cruz, cuando se levanta para celebrar la misa, sabe que su «golpe de Estado» ha triunfado más allá de toda expectativa. La página web creada al efecto ha recogido 5318<sup>[71]</sup> inscripciones de hombres jóvenes. La catedral está de bote en bote y la muchedumbre ocupa buena parte de la explanada. Solo hay un punto, un detalle, respecto al que monseñor Villaverde no cumplirá su palabra: la ceremonia de llamada del 6 de octubre no tiene lugar en la catedral, que se ha quedado pequeña. Hay que celebrarla en el monumental Estadio Azteca, escenario de los Juegos Olímpicos de 1968 y del Mundial de Fútbol de 1986.

Al día siguiente, 7 de octubre, en Campo Santo, estado de Chihuahua, la Virgen se aparece a cuatro espaldas mojadas que se disponen a pasar la frontera.

Desciende, sin tocarlo con los pies, a unos centímetros del tejado de una pequeña cantina en la que el pasador había dado cita a los inmigrantes. La Madre de Dios se dirige a ellos en dos idiomas, el español y el nahua.

El 10 de octubre de 2013, tal como Pietro le había anunciado a su hijo, la OMS emite un comunicado de alerta mundial: desde hace catorce meses, un virus ataca mayoritariamente a mujeres y niños pequeños en diversos lugares del planeta. Las víctimas, que sufren fiebres hemorrágicas, violentas diarreas y crisis meningíticas, fallecen en más del cincuenta por ciento de los casos.

La mayoría de los enfermos no han estado en contacto entre sí. Los modelos estadísticos parecen excluir un contagio humano; los focos están diseminados por Europa Occidental, la cuenca mediterránea, Canadá, Florida y el golfo de México.

La diversidad de los síntomas y la dispersión de los afectados explican que la alerta sanitaria se produzca con gran retraso. La OMS pide la puesta en marcha de un dispositivo de vigilancia sanitaria y de medidas de emergencia: el número de fallecimientos sospechosos durante el año precedente se estima en cuatro mil...

El 15 de octubre, el obispo jesuita de Buenos Aires, monseñor Ziegler, declara que

«la comunión entre las Iglesias nacionales de América ha sido gravemente dañada por las iniciativas de nuestro hermano el arzobispo de México. En ese contexto, nos parecería oportuno que el sínodo continental<sup>[72]</sup> incluyera en el orden del día de los trabajos el retorno a la colegialidad y la comunión».

El 23 de octubre, uno de los inmigrantes de Campo Santo, acompañado por el obispo de Gallup, revela a la televisión el mensaje de la Virgen, que lo reiterará durante quince días en tres ciclos repetidos de tres días de apariciones: «Mirad que el Juez está a las puertas. Uno será tomado y el otro dejado. Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora»<sup>[73]</sup>.

A principios de noviembre, Cecilia desarrolla una fiebre muy violenta, acompañada de diarreas.

Inmediatamente es trasladada a urgencias, donde Giuseppe puede constatar los primeros efectos de la alerta sanitaria sobre sus conciudadanos. Centenares de familias acuden al servicio, totalmente desbordado, acompañando a algún deudo con afecciones gástricas que semanas antes no habrían merecido más que una visita al médico de cabecera.

Las autoridades hospitalarias italianas, siguiendo el ejemplo de sus vecinos franceses y portugueses, pidieron la creación de «casas de urgencias» de barrio dirigidas por los internistas liberados, para hacer una primera criba de los enfermos de la «fiebre de Miami»<sup>[74]</sup> y no derivar al hospital más que los casos urgentes. En Milán, el personal de algunos hospitales se declara en huelga para denunciar las condiciones en que se acoge a los pacientes y los riesgos que corren los trabajadores.

La enfermedad de Cecilia resulta ser una simple gastroenteritis aguda.

El 18 de diciembre de 2013, la OMS difunde un breve comunicado: durante el año que acaba, la infección ha sido «la causa directa o indirecta de al menos veinte mil fallecimientos» en Europa, América y el norte de África.

## EL SNOV

La enfermedad se extiende como un reguero de pólvora; la enfermedad mata como una peste; la enfermedad sigue siendo un misterio, sigue careciendo de nombre, sigue sin revelar cómo se transmite.

Hay un hombre situado en una posición excepcional para identificar al enemigo. Pietro Lombardi ha estudiado a fondo las muestras que tomó a Chiara durante su primera crisis. Cuando nuevas muestras se unen a las de la joven, ciertos puntos comunes le recuerdan un trabajo ya lejano y secundario. Regresa a su laboratorio y se pone en contacto con Tito Livio Rustu. El virus que provoca las fiebres, las crisis hemorrágicas y las cefaleas es sin lugar a dudas la mutación de otro conocido, cuya propagación es mucho más lenta y cuya letalidad es mucho menor.

Se sabe desde hace tiempo que el virus del Nilo occidental no ataca únicamente al ganado. Muchos hombres y mujeres son portadores que no desarrollan la enfermedad...

Pero la mutación a la que se enfrenta el planeta es virulenta. El tiempo de incubación es variable, y no todo el mundo desarrolla la enfermedad. Pero cada nueva infección acelera el proceso y, una vez dentro el enemigo, todo es posible, desde la absoluta ausencia de síntomas hasta la muerte en cuestión de días.

Antes de hacer públicas sus primeras conclusiones, Pietro vuelve a hablar a solas con Giuseppe a comienzos de enero de 2014.

—Primero quería examinar a mi hijo y mis nietas.

Cuando Pietro le explica de qué se trata, una pregunta acude a los labios de Giuseppe:

—¿Es posible que algunas personas que regresaran del alto Nilo hayan facilitado la propagación del virus y de su mutación?

Bajo la primera, resuena en sordina otra pregunta: «¿Tenemos, sin quererlo, alguna responsabilidad en la epidemia?».

Pietro niega con la cabeza:

—No creemos que haya contaminación entre humanos. Los huéspedes de la enfermedad parecen ser los pájaros, que la transportan, y los mosquitos que les pican y luego pican a los humanos son los vectores de contaminación. Al menos, eso era lo que ocurría con el VNO...

—¿Hay alguna razón para que Chiara desarrollara la mutación antes que los demás?

—Ninguna, salvo el cúmulo de todos los factores que facilitan las mutaciones: era mujer, joven y estaba embarazada al producirse la crisis de 2007, y en 2009, también.

Estaba en el peor sitio posible; en Asuán debieron de picarle los mosquitos varias veces, antes que a nadie, cuando se produjo la mutación. Y sin duda volvió a infectarse en Italia, o en Francia. Entre las muestras de 2009 y las de 2012, observo mutaciones que no me puedo explicar, salvo si el virus evoluciona, o interviene una nueva infección.

—¿Qué vas a hacer?

—Darlo a conocer. Enseguida. En un primer momento, hay que protegerse a partir de lo que sabemos sobre el VNO: erradicando los vectores de contaminación conocidos, pájaros y mosquitos. Entretanto, trataremos de averiguar si el mutante tiene otros vectores; no tardaremos en descubrir un test de diagnóstico. Cuento con Rustu. Ese chico es un genio, Giuseppe.

En menos de cuarenta y ocho horas, Pietro Lombardi tiene una certeza: en la sangre de su hijo y sus nietas no hay rastro del virus mutante.

Semanas después, el planeta entero aprende un nuevo acrónimo: SNOV. Síndrome del Nilo Occidental Virulento.

## COMO OVEJAS ENTRE LOBOS

**L**a ordenación de Lombardi se acerca. Antes de convertirse en pastor, Jacob ve a los otros dos miembros del «trío de Saint-Germain-des-Prés» convertidos en príncipes.

Porque todo sigue precipitándose... En enero de 2014, el papa Juan XXIV sufre otra crisis cardíaca; alerta suficientemente seria como para que ciertos cardenales se pregunten por «su capacidad para seguir gobernando». Los templarios y sus amigos se sienten lo bastante fuertes para recordar que el anterior pontífice abdicó voluntariamente.

Juan XXIV no dispone más que de algunos meses para atajar la irresistible ascensión de los conservadores, a los que llama «los defensores de la religión» o simplemente «los hombres de religión». Allí donde puede hacerlo, sitúa a hombres de fe, seguros, aguerridos, que «defenderán la casa».

Ese invierno, el «azar» de las nominaciones ha dejado libres dos primados. Cameron nombra arzobispo de Lyon a Villepreux y designa al jesuita argentino Felipe Arrau para ocupar la sede bonaerense. Es un juego de las sillas doblemente efectivo: dos cardenales moderados<sup>[75]</sup> se suman a los que todavía «sostienen» a la Curia y ceden sus anteriores puestos a dos hombres más jóvenes, más tácticos, que sabrán dirigir la guerrilla en «territorio hostil».

El día de Pentecostés de 2014, cuatro cardenales reciben el capelo: Paul Assoumou y Augustine Gowon, los prelados africanos; Felipe Arrau, en Buenos Aires, y Jean-Baptiste Villepreux, en Lyon. Cuatro purpurados para defender tres continentes...

En el gran comedor pontificio, el papa Juan XXIV ha reunido a sus hombres de confianza: Morro, el secretario de Estado Giuseppe Cadorro y sus «cardenales clave» en África y Europa: Paterné Manding, de Benin; Stanislas Donking, de Colonia; Luis Faria, de Lisboa... El «clan» cierra filas en torno a los «cuatro nuevos mosqueteros».

Juan XXIV habla sin tapujos de su objetivo. Cuando acaba la cena, el pontífice dice a sus cuatro nuevos purpurados:

—Volveréis aquí para designar a mi sucesor. Mientras tanto, os quiero en vuestras diócesis, alerta en medio de vuestras naciones, visitando a vuestros hermanos obispos, reforzando a aquellos con quienes todavía podemos contar, atentos a todo lo que los templarios intentarán para debilitar vuestra autoridad, para minar el buen entendimiento, para manipular a nuestro pueblo... Os vigilarán atentamente: sed



irreprochables. Quieren que los laicos retornen a una piedad devota: cultivad su inteligencia, su saber, su libertad. Quieren salvar los muebles: sed ambiciosos. Quieren nuestra cabeza: no la perdáis. Sed prudentes, valerosos sin temeridad, ardientes sin belicosidad. A vosotros os corresponde proteger a nuestras ovejas de sus lobos.

Al día siguiente, Assoumou toma un vuelo para Yaundé.

Morro ha convencido a Villepreux para que haga un alto en Bolonia. Pietro, Monica, Anna y Giuseppe los esperan para almorzar.

—Habrá ossobuco... —Le susurra don Enrico al flamante cardenal.

## EL SILENCIO DE UNA TUMBA

**E**s una comida circunspecta entre personas que manejan el timón de dos barcos en medio de dos tempestades; que saben que los próximos meses se anuncian todavía más borrascosos que los que acaban de pasar.

Anna, joven consultora de la OMS, se queja del escepticismo con el que han sido recibidos los artículos de su padre y Rustu sobre el VNO. Unos investigadores estadounidenses acaban de publicar su contratesis...<sup>[76]</sup> Pietro bufa, Pietro echa pestes... Ha conocido la batalla contra el sida y sabe que todo eso representa un tiempo precioso estúpidamente desperdiciado, cuando las medidas de erradicación ya podrían estar dando sus primeros frutos en todo el mundo.

Algunos países han empezado a abatir aves migratorias y puesto en marcha medidas para la erradicación de los mosquitos. Pero la Unión Europea está dividida... La coalición verde de los Países Bajos ha llevado el problema ante el Tribunal Europeo, tachando de ilegales unas medidas de salud pública que pondrían en grave peligro determinadas especies y que contradicen los objetivos de preservación del medio natural que había conseguido incluir en el reciente Tratado de Utrecht.

China, totalmente indemne por el momento, acaba de decretar un embargo de todas las mercancías y viajeros procedentes de Occidente, una dulce venganza, siete años después del estallido de la gripe aviar.

Ni la Organización de las Naciones Unidas ni su agencia sanitaria parecen capaces de adoptar medidas proporcionales a la gravedad de la epidemia. Un especialista ha estimado las tasas de prevalencia para ese año en el 0,2 /1000 en Europa, el 0,25 /1000 en América del Norte y el 0,35 /1000 en África.

—Son cifras coherentes —dice Pietro—. Y, según nuestros modelos estadísticos, de aquí a un año se habrán duplicado. Una muerte por cada dos infecciones. Nos enfrentamos a una epidemia que acabará con cientos de miles de hombres, mujeres, niños...

Anna recuerda:

—Cuando mi padre acabó de hablar, Jean-Baptiste se volvió hacia Giu y le dijo: «Las víctimas, los familiares de las víctimas, las familias que estarán de luto, ¿qué esperarán de nosotros, Jacob?». Se produjo un largo y embarazoso silencio... Ninguno de nosotros le había hecho preguntas a Giu desde su regreso de Frisia.

»El rostro de mi hermano se tensó. ¿Cómo explicar a los demás lo que había vivido íntimamente? Esbozó una sonrisa triste. «Nada, Jean-Baptiste, no hay que hacer nada más que seguir anunciando el Evangelio. Seguir diciendo: el Verbo se ha hecho carne en nuestra historia, ha seguido nuestros caminos hasta la angustia y la

desesperación, hasta el descenso absoluto, infinito, la muerte. Su pobre cuerpo, el cuerpo de Dios en nuestra tierra, en nuestra piedra, en el silencio de una tumba...”. Su voz era un hilo apenas audible. “Y sí, la mañana de Pascua la tumba está vacía... Pero quienes hayan perdido a los suyos no podrán escucharos sobre ese punto, al menos en un primer momento...”. Su voz recuperó el tono normal. “Bastará con mandarle a cada uno un cardenal, para que lea los salmos con él, cuando pueda volver a creer que la esperanza es posible”.

»Jean-Baptiste lo miró como si Giu hablara totalmente en serio. “Tendré que pedirle a don Enrico que me enseñe a adivinar ese momento favorable en que podré ir a hablarles, uno tras otro...”.

## 2.11.6

# SACERDOTE

**E**l sábado 14 de junio de 2014, Giuseppe Lombardi es ordenado sacerdote en la catedral de Bolonia<sup>[77]</sup>. Con el cardenal Morro, concelebran otros dos purpurados: Jean-Baptiste Villepreux y Paul Assoumou. El gigante africano ha regresado a Roma para la ocasión, que no se habría perdido por nada del mundo, lo mismo que «Isaac». El «triunvirato» reunido en honor del marido de Chiara bastaría para atraer la atención sobre ese diácono viudo y padre de familia, ese sacerdote con un pasado un tanto zigzagueante... Los adversarios de Juan XXIV, los amigos de monseñor Villaverde, se apresuran a hacer una cruz junto al nombre del nuevo sacerdote y apuntarlo en la lista de sus enemigos.

2.12.0

# LOS ENEMIGOS



## PESTES Y APESTADOS

Nadie preveía la contundencia de la elección de Villaverde. Por supuesto, figuraba en las listas de favoritos, de «papables». Pero ¿quién podía imaginar que el cónclave designaría al mexicano el primer día de votación?

Los últimos cardenales llegaron el día de la apertura del cónclave y fueron directamente del aeropuerto a la Sixtina. Muchos de ellos no asistieron a los funerales de Juan XXIV en una plaza de San Pedro medio vacía. En la deserción del pueblo, los templarios querrán ver la prueba del repudio de ese pontificado. Más bien hay que interpretarla como una consecuencia de las políticas de cuarentena puestas en marcha para limitar la progresión del SNOV. Desde el verano, circulan los rumores más absurdos. Los hombres y las mujeres occidentales del siglo XXI se niegan a creer que su vida dependa exclusivamente de los mosquitos. Necesitan que los médicos encuentren otra cosa, un misterio genético, una causa hereditaria... Sin duda, lo más sorprendente es ver que sus representantes electos, sus gobernantes, los secundan. Pese a la certeza de que la transmisión de humano a humano está excluida, las fronteras se cierran, los viajes cesan...

Responsables sanitarios de dudosa competencia invocan la propagación de los gérmenes, facilitada, según ellos, por el transporte aéreo. Durante el otoño de 2014, en el interior de América Latina la circulación de personas prácticamente se detiene. Salvo fuerza mayor, ya nadie sale de África<sup>[78]</sup>, convertida por el resto del planeta en inmenso lazareto, desde que sus tasas de prevalencia se han disparado. Determinados estados norteamericanos practican una rigurosa cuarentena sobre sus visitantes...

Durante unas cuantas semanas singulares, en las que todo extranjero es sospechoso de portar la peste, Roma, e Italia en general, muestran algo más de sensatez. La península itálica es uno de los lugares menos seguros de Europa. Y, como Roma no tiene nada que perder, puesto que hay pocos sitios, exceptuada África, más afectados que ella, no se molesta en impedir que los extranjeros, salvo los africanos, se paseen por sus calles. Tanto más cuanto que el gobierno ha confiado la organización de las primeras medidas sanitarias al responsable de enfermedades infecciosas de Bolonia y descubridor del SNOV, el profesor Pietro Lombardi.

Pietro utiliza todos los medios a su alcance para impedir que cunda el pánico y la violencia social agrave la crisis sanitaria. Todos los días interviene en alguno de los telediarios para invalidar un nuevo rumor. Aparece en simple bata, con la mano en el hombro de un afectado. No pretende parecer más próximo a los enfermos de lo que lo está, puesto que se pasa la vida en su laboratorio, sino evitarles el ostracismo de los apestados<sup>[79]</sup>.

Algunos estados norteamericanos han decidido crear «campos sanitarios» separados del resto de los hospitales para las víctimas del SNOV. En Chad y Bolivia, se queman las casas de los fallecidos para eliminar los gérmenes. Pero el resto del mundo empieza a comprender: el enemigo es el mosquito.

## EL «CANDIDATO DE DIOS»

**B**astaron cuatro vueltas. Si hubieran podido consultarse, reflexionar, los cardenales habrían estado más divididos respecto a la idoneidad de aquel mexicano de eslóganes facilones. Y seguramente algunos habrían optado por la prudencia. ¿Habría sido elegido, pese a todo? ¿Habría accedido a la cátedra de Pedro en un momento menos singular que aquel, en el que incluso la propia Iglesia buscaba «salvadores» y guías? La camarilla reaccionaria supo explotar el miedo presentando a Villaverde como el hombre elegido por la Providencia, dejando que se insinuara la idea de que era «el candidato de Dios»...<sup>[80]</sup>

Giuseppe lee, ve, escucha... El 21 de enero de 2015 presencia la salida al balcón del recién elegido, revestido con ornamentos olvidados desde el papa Pablo VI, en marcado contraste con el sencillo hábito dominico que desde el primer día adoptó Juan XXIV.<sup>[81]</sup> También oye el primer discurso de Villaverde:

—Como Juan Pablo el Grande antes que yo, os digo y os repito: «¡No tengáis miedo!». No temáis por vuestro cuerpo, porque Nuestro Señor restaura lo que estaba corrupto y transfigura nuestras envolturas mortales en cuerpos resucitados... En estos tiempos de pruebas, en los que todo el mundo se esfuerza en salvar su cuerpo, no tembléis. Temed más bien por vuestra alma, que corre un peligro mayor si se aleja del resplandeciente rostro de Cristo; temed por ella, si olvida las palabras del Señor: «He puesto ante ti el camino de la vida y el camino de la muerte. Elige la vida». No os equivoquéis. Ante vosotros se abren caminos de muerte; son anchos y agradables. Satán el Tentador hace florecer en ellos falsas promesas de una felicidad fácil e impura. Vosotros, creyentes fieles y sinceros que teméis a Dios, aceptad la verdadera sumisión de los hijos y las hijas de Dios; volved a poneros con confianza en las manos de vuestro Padre celestial. Dios en su misericordia os envía sus santos sacerdotes. Lo que os anuncio es la dulzura y el consuelo, si os abandonáis en los brazos de vuestra Santa Madre la Iglesia, hermosa y resplandeciente como la Virgen, disipará vuestras dudas, ahuyentará vuestros temores...

—Y sobre todo, hermanos míos, abandonaos a la estupidez beata, que mis curas y mis templarios harán el resto.

Ese es el punto final que pone Giuseppe al discurso del nuevo Papa, Pío XIII<sup>[82]</sup>. Luego, se levanta hecho una furia y sale del salón dando un portazo. Su «hermana pequeña», Anna, sigue sentada en el sofá delante del televisor, estupefacta ante las copas vacías y la botella llena.



## LA VIRTUD EJEMPLAR

Esa tarde, Anna había pasado a tomar una copa en la «casa parroquial» de su hermano antes de acompañarlo a cenar a la de Pietro y Monica, en la que lo esperaban las niñas. Pero los hermanos oyeron que de la chimenea del Vaticano salía humo blanco... Una vez más, Giuseppe llegará tarde y solo podrá arropar a sus hijas y darles un beso mientras duermen.

En esa época, su tiempo se reparte entre tres misiones, dos pisos y varias vidas.

La parroquia en la que Morro lo ha nombrado vicario ha puesto a su disposición ese piso de cuatro habitaciones en el que acaba de dejar plantada a su hermana. Pero ese 22 de octubre de la elección papal, apenas dos meses después de instalarse en él, ya sabe que le será imposible llevar su triple vida de sacerdote, padre e ingeniero<sup>[83]</sup>. Sus hijas —Clara todavía no tiene siete años y Cecilia acaba de cumplir los cuatro— se niegan a dormir en el piso de la parroquia. Su habitación es la de casa de Pietro y Monica. Giuseppe se resigna a dejarlas en su hogar de adopción, donde cena casi todas las noches.

En cuanto a Pasquale Barbarigo, su párroco, siempre ha estado convencido de que no se puede ser sacerdote y padre de familia a la vez. Pero, como sus razones son espirituales, nunca tratará de hacer posible lo imposible.

Morro, que ha pasado demasiado tiempo con el papa Juan y dejado hacer a sus curas, ha olvidado la habilidad para incordiar de Barbarigo. Giuseppe la sufre desde el primer día.

Ese domingo de septiembre, Barbarigo presenta a «su» vicario ante «sus» feligreses al comienzo de «su» misa con estas palabras:

—Tenemos la suerte de acoger a un nuevo sacerdote todavía joven, puesto que acaba de cumplir treinta y cinco años. No la despreciemos. Un treintañero en un altar italiano es algo tan raro hoy en día... —Hasta aquí el tono es jocoso. Pero la continuación destila veneno—: Además, este joven sacerdote es gran amigo de nuestro obispo, que también es algo muy raro en Bolonia. Pero, ya que monseñor Morro ha confiado al padre Lombardi a nuestra paternal solicitud, bienvenido sea. Nos tomaremos muy a pecho su preparación, porque sabemos que los primeros años de ministerio constituyen la verdadera formación espiritual de los sacerdotes.

Al final de esa primera misa, en la sacristía, Barbarigo murmura:

—¿Cree usted que ese gesto era apropiado, en estos tiempos de reformas mal llevadas? Muchos de nuestros fieles se sienten turbados por situaciones como la suya y por pastores que ya no encarnan la virtud de la ejemplaridad.

Giuseppe lo mira, estupefacto. Dos minutos antes, ha hecho subir a Clara y

Cecilia al altar para presentárselas a los feligreses.

—Es verdad que no siempre he sido un padre ejemplar para mis hijas, pero en adelante espero serlo.

—No me ha entendido usted bien, padre Lombardi. Dejémoslo estar...

Las relaciones entre los dos hombres nunca se repondrán de esa primera conversación. Sin embargo, si no entenderse, quizá habrían podido dialogar. Quince años mayor que Giuseppe, Barbarigo es un hombre cultivado y un gran lector de la Biblia. Se precia de pertenecer a la familia de san Gregorio Barbarigo, obispo de Padua en el siglo XVII, espíritu brillante y sabio de su época.<sup>[84]</sup>

Monseñor Morro, que se reintegra a tiempo completo a su diócesis a partir del 23 de octubre, despliega todo un arsenal de consejos para exhortar a su amigo a la paciencia.

—En nuestra diócesis, Barbarigo es los ojos, los oídos y la boca de nuestros nuevos príncipes...

El cardenal descubre que, en su propia diócesis y entre sus «hermanos obispos» italianos, abundan los clérigos que oyen con auténtico placer voces más belicosas.

—La Iglesia volverá a ser el faro que guíe a la humanidad en estos tiempos de noche y tempestad —profetiza Barbarigo.

## «Y MI PUÑO EN TU CARA...»

**M** iércoles 18 de marzo de 2015, tercer aniversario de la muerte de Chiara... Giuseppe celebra la misa en su honor. Barbarigo se une a él. ¿Un gesto amistoso? El vicario deja leer la antífona final a su párroco... Y el esbelto clérigo, habitualmente tan escrupuloso, personaliza la plegaria litúrgica:

—Enséñanos, Señor, a vivir contigo los dolores y las alegrías, a recibirlos con un corazón ecuánime. Enséñanos a comprender y aceptar siempre Tu voluntad.

Anna:

—Vi que Giuseppe se ponía blanco. Pensé que iba a rectificar a Barbarigo, pero cerró los ojos y respiró hondo.

Mientras se despojan de los ornamentos en la sacristía, Giuseppe, con esa voz neutra y serena que en él precede a la explosión, le pregunta a su «jefe»:

—Padre Barbarigo, ¿qué ha querido decir en su exhortación final?

—Ni más ni menos que lo que he dicho, hijo mío.

—¿Ha hablado de la voluntad de Dios?

—Por supuesto. ¿No es nuestro objetivo...?

—¿Y dónde ve usted esa voluntad, en el SNOV?

Su joven vicario acaba de quitarle la palabra. Barbarigo la retoma, muy tranquilo:

—Me refería a la reciente declaración del Santo Padre... Recuerde: el SNOV es una «prueba que Dios nos envía por habernos alejado del camino recto»<sup>[85]</sup>.

—Eso es una memez...

—El Santo Padre manifestó...

—Me la trae floja lo que manifestara. Según tú, ¿qué es voluntad de Dios? ¿Que mi mujer muriera? Que muriera, ¿por qué? ¿Por los pecados del mundo?

—Por los del mundo no, por...

—Entonces, ¿por los suyos? ¿Por los míos? ¿A quién castigó Dios, según tú?

Barbarigo no levanta la voz ni se aviene al tuteo, solo sugiere:

—Yo... yo creo que algunas vicisitudes de nuestra historia personal son signos que Dios nos envía... ¿Y no podría ser que, con la muerte de su esposa, Dios nos haya enviado un signo... acompañado de gracias y de...?

—¿Un signo? ¿Un signo de qué, Dios santo? —grita Lombardi.

Pero el cura no se amilana. Al contrario. Deja caer:

—La prueba que le ha enviado Dios, ¿no es un signo de que no quiere sacerdotes casados?

Giuseppe cierra los ojos y se pasa la mano por la cara; luego, lanza un tremendo gancho contra la barbilla del espigado párroco, todavía medio enredado en sus

ornamentos, que se desploma, grogui.

—Y mi puño en tu cara, ¿qué es? —Le suelta Giuseppe—. ¿El signo de que has dicho una gran estupidez?

## DESAPARECER

**S**on las siete de la tarde. En ese instante, Lombardi se convierte en un proscrito. Seguirá siéndolo durante siete años...

Anna, Marina, sus padres y sus dos hijas le dan alcance en la calle. Han oído los gritos de la sacristía y lo han visto cruzar la iglesia como una bala.

Pietro lo agarra del brazo, lo coge por los hombros... y mira a su hijo, presa de una rabia fría, ahora que empieza a decaer.

—Le he partido la cara a Barbarigo —explica Giu—, porque el muy estúpido dice que la muerte de Chiara fue voluntad de Dios.

—Tú sí que has hecho una estupidez, Giu —murmura Pietro—. Y te la harán pagar.

Alrededor de las nueve, el timbre de casa de los Lombardi suena con furia. Es don Enrico, tanto más encendido cuanto que aún lleva la sotana roja. A la salida de un acto, le han contado lo ocurrido y ha saltado a su coche.

—¿Dónde está?

Monica da un paso atrás e indica el salón con un dedo inquieto. El obispo pasa junto a ella como una exhalación e irrumpe en la amplia y bien iluminada sala.

—¿Sabes lo que acabas de hacer, Giuseppe Lombardi?

Diez minutos después, están sentados a la mesa, Morro y Giuseppe, frente a frente; Pietro y Monica, a uno y otro lado. El cardenal se ha quitado la sotana y el capelo y se ha quedado en mangas de camisa.

—Un sacerdote, Giuseppe, y casi en el ejercicio de su ministerio... Y, encima, a tu párroco.

—Ha insultado a Dios y ha manchado la muerte de Chiara, Enrico.

—Lo sé, pero me da igual. Ya los conoces. Van a ocuparse de la salvación de tu alma y recordarte tus votos de obediencia, si no ya lo verás. Y no se andarán con chiquitas.

—Usted es su obispo, puede protegerlo —tercia Pietro—. Fue usted quien lo ordenó.

Enrico barre el aire con la mano.

—No puedo hacer nada contra la maquinaria que pondrán en marcha. Giuseppe se ha metido en el barro hasta las cachas. Y, si salgo en su defensa, me hundiré con él.

—No te pido nada.

—Para el carro, Giuseppe... Sabes que te defenderé. Pero no servirá de nada, porque eres indefendible, y lo único que ocurrirá es que podrán meterle mano a esta diócesis.

—¿Por quién temes, Enrico?

—Por ti. Y también por todos los sacerdotes que he ordenado y a los que van a atacar por tu culpa. Por quienes te han formado y serán interrogados por tu culpa. Por todos los fieles de esta diócesis, que necesitan algo muy distinto a una piedad y una devoción idiotas...

—Pero usted es el obispo, usted... —Lo interrumpe Monica.

Ahora ya no soy más que el hombre que ordenó a este chico y le dejó creer que podía zurrarle la badana a su párroco. También soy uno de los colaboradores más próximos de Juan XXIV. Pero ese no es el problema. El problema es que nosotros no tenemos derecho a presentarles el flanco tan fácilmente como acaba de hacerlo Giuseppe. Si no, se pondrían las botas. Tienes que marcharte, Giuseppe. Desaparecer. Enseguida. Y el tiempo que haga falta para que se calmen, o pierdan el poder.

—Yo no huyo ante mis enemigos.

—¡Bravo! —El cardenal aplaude—. ¡Bravo, señor héroe! Pero dime, ¿cómo piensas proteger a tus hijas? De la casa de disciplina eclesiástica no hay quien te libre... ¿Crees que Clara y Cecilia tienen necesidad de pasar por eso?

—Si me niego a obedecerlos, no pueden hacerme nada.

—Y en una semana habrás dejado de ser cura. ¿Para eso has estado aguantando a Barbarigo desde septiembre? ¿Para eso has estado estudiando seis años? ¿Para eso te has privado de estar con tus hijas? —Don Enrico hace una pausa—. ¿Para eso volviste de la isla de los muertos, Giuseppe?

—¿Cuánto tiempo me das, Enrico?

—Esta noche. Mañana por la mañana, se presentarán en mi despacho. Dime si te vas o si decides pararlo todo. Necesito saberlo cuando los reciba.

Al día siguiente, jueves 9 de marzo, a las diez de la mañana, Pasquale Barbarigo se planta ante el escritorio de su obispo en compañía de un canonista templario embutido en un temo cruzado de color negro y provisto del ineludible maletín.

A la misma hora, Giuseppe y sus dos hijas están en el avión que los lleva a Ginebra. Clara y Cecilia solo han captado cosas sueltas. Se van varias semanas a esquiar a los Alpes suizos, a casa de un amigo de papá, un señor muy amable que les deja su chalet en mitad de las nieves. El colegio está avisado y las maestras, de acuerdo.

## «VACACIONES» EN EL RETIRO

Las «vacaciones» en el chalet-retiro de Cervin —que en esa época está viviendo en Estados Unidos y recibe algunas noticias por MSN— se prolongan dos meses.

Lombardi esquía con sus hijas. El chalet es una auténtica vivienda de montaña, construida totalmente en madera, con el tejado en pronunciada pendiente y ventanas muy estrechas, casi troneras, que aíslan del frío, de la nieve... No hay ninguna estación cerca; un simple refugio albergue, sumamente rústico, ofrece a los aguerridos montañeros el material necesario para disfrutar de los amplios espacios vírgenes.

La pareja que regenta el albergue se acuerda de aquel hombre que un buen día apareció con dos niñas pequeñas, se instaló en el «chalet del sabio» y al siguiente empezó a alquilar equipos de esquí y trekking.

Una o dos veces por semana, las niñas y él cenan en el albergue.

—Estábamos acostumbrados al sabio, que o no abría la boca o hablaba por los codos, cuando coincidía con algún cliente dispuesto a escucharlo, así que, como comprenderá, aquel otro nos parecía más normal. Pero nos extrañaba verlo con aquellas dos niñas en edad escolar. Los tres parecían un poco fuera del tiempo...

En Bolonia, don Enrico finge total ignorancia sobre el paradero de su «cura huido». Los amigos de Pasquale Barbarigo dejan claro que el culpable deberá hacer penitencia en una casa disciplinaria romana, donde se le impondrá un padre espiritual. La otra posibilidad es un retiro de un año en un convento de los carmelitas.

Morro intenta negociar: conoce bien a ese sacerdote, y sabe que nunca aceptará separarse de sus hijas. De Roma le contestan que, «efectivamente», Su Eminencia conoce «muy bien» a ese sacerdote y, ya que «eligió» ordenar a padres de familia, a él le corresponde convencerlos de que su vida familiar no puede justificar excepciones a la ley eclesiástica común. «¿O acaso aprueba o disculpa su gesto, Eminencia?».

Clara y Cecilia son felices: nunca habían tenido a su padre tanto tiempo. Giuseppe las compensa de todas sus ausencias, de las noches en que volvía cuando ellas ya dormían, de las mañanas en que se iba antes de que se despertaran...

—Se pasaban todo el día en la nieve —cuenta Cervin—. Giuseppe les enseñaba a

esquiar, les mostraba la montaña... Por el MSN, prácticamente no hablábamos de otra cosa: el modo de abordar las pendientes que rodeaban el chalet, los pasos peligrosos...

Nadie va a visitarlos. Pietro, acaparado por la progresión del SNOV, no tiene tiempo.<sup>[86]</sup> Monica y sus dos hijas se atienen a la absoluta prohibición de Morro: mientras no se arregle la situación, hay que impedir que se sepa dónde está su hijo y hermano.

El arzobispo de Bolonia sigue negociando. Deja caer que a nadie le interesa que se divulgue ese pugilato de sacristía.

—Porque entonces podrían salir a la luz muchas otras historias de la Curia...

Tras muchas conversaciones, llenas de sobrentendidos similares, con el cardenal responsable de la disciplina eclesial, Morro le oye decir:

—Si tiene usted alguna idea sobre el paradero de Lombardi, hágale saber que podríamos archivar el caso si se marchara a otro país como Fidei Donum...<sup>[87]</sup> Siempre, claro está, que encuentre un obispo que acepte acogerlo.



## LA HUIDA DE JOSÉ

**A** comienzos de mayo, la nieve empieza a fundirse, y una fangosa primavera se instala en las vertientes alpinas. Morro se pone en contacto con Giuseppe. Su amigo Renato Benelli, nuncio en Nueva Delhi, acaba de comunicarle que acepta recibir al proscrito como secretario. Por el momento, don Enrico todavía no tiene el visto bueno del viejo jesuita indio que dirige la diócesis, pero todo hace pensar que el cardenal de Delhi no se opondrá a que un ordenado que le ha levantado la mano a un templario celebre en su diócesis.<sup>[88]</sup> Monseñor Godfrey Anil, que padece cáncer de pulmón, ya no le teme a nada ni a nadie.

Al instante, los mensajes MSN con el chalet se multiplican.

Todo el mundo intenta convencer a Giuseppe de que ese exilio no será una huida. Cervin, Morro y Paul abogan por esa solución: hay que estar preparados para cuando cambien las tornas. Pietro, Monica y sus hijas insisten en el hecho de que, por el momento, la India se ha librado del SNOV. Las dos niñas ya han perdido a su madre; sería mejor alejarlas del contagio.

Al final, es Isaac quien consigue convencer a Jacob. Villepreux se limita a enviarle una postal. Es una reproducción de *La huida a Egipto* de Brueghel. Al dorso, ha copiado unos versículos del Evangelio de San Mateo: «Partido que hubieron los magos, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo”. Levantándose de noche, José tomó al niño y a la madre, y se puso en camino hacia Egipto, donde permaneció hasta la muerte de Herodes, a fin de que se cumpliera lo que había anunciado el Señor por su profeta: “De Egipto llamé a mi hijo”».

Jean-Baptiste no añade ningún comentario. Desde que celebró el bautizo de Cecilia en París, sabe que Giuseppe ha puesto su paternidad bajo la protección de san José. Villepreux ha dirigido la postal a «José, que vive en casa de Simon». Giuseppe entra en razón y acepta abandonar su país para proteger los tesoros que Dios le ha confiado. Acepta esperar. Durante todos esos años que pasará lejos de casa, guardará en el corazón la promesa que cierra el texto evangélico. Volverá.

El miércoles 27 de mayo, Monica y Pietro Lombardi llegan de Bolonia con el coche lleno hasta arriba de ropa, libros y sobre todo juguetes. Poco después, aparecen Anna y Marina. Giuseppe ha alquilado una casa en la costa francesa.

Durante tres días, vivirán en medio de preparativos, consejos sobre el viaje y

mutuos testimonios de cariño.

—Hablábamos de una separación de meses —recuerda Monica—, pero sabíamos que tendríamos que esperar años... Giu quería que las niñas, sobre todo Cecilia, pasaran tiempo con nosotros, para que se acordaran de sus abuelos en la India. Pietro dijo que iríamos a verlos y visitar el país, pero sabíamos perfectamente que nuestra vida seguiría su propio curso; que Pietro no se alejaría de su laboratorio hasta acabar con el SNOV, y que yo no lo dejaría solo. Giu era consciente de que desde hacía más de tres años nuestra vida estaba totalmente supeditada a las niñas y a él. «Tú también tienes dos hijas —me dijo—. Que sean mayores no significa que no te necesiten».

»El último día nos dejó las niñas a Pietro y a mí y lo pasó con sus dos hermanas. Hacía un tiempo espléndido, una brisa suave... Me acuerdo de todo. A media tarde celebramos el quinto cumpleaños de Cecilia, con un día de adelanto.

El 1 de junio de 2015 al amanecer, Giuseppe Lombardi y sus dos hijas toman el vuelo a Nueva Delhi. Allí esperarán la muerte de Herodes.

# PADDY



3.1.0

# LAS ROSAS DE NUEVA DELHI



### 3.1.1

## EL NUNCIÒ PAPELLÌ

Monseñor Renato Benelli,<sup>[89]</sup> embajador de la Santa Sede ante la Unión India, es un nuncio de la vieja escuela, un producto puro de la diplomacia y la administración vaticanas. En una palabra, todo menos un advenedizo. Pero el nuncio en Nueva Delhi no se limita a cumplir la tarea que le han encomendado. Conoce perfectamente el país y su administración y, si bien es un embajador obediente a Roma, se considera libre para «pensar por sí mismo» y reservar su devoción «para quien la merece». Benelli, nombrado en 1980 por Juan Pablo II, en los albores del pontificado del polaco, fue uno de los administradores adjuntos del Vaticano al final del papado de Wojtyla y, cuando habla del «Santo Padre» en privado, no se refiere al mexicano, sino a Juan Pablo el Grande.

Solo un hombre merece la misma veneración que el antiguo cardenal de Cracovia de parte del nuncio Benelli: el actual de Bolonia, monseñor Morro. Juntos estudiaron hebreo, con el que uno esperaba desentrañar los misterios de la Biblia y el otro descubrir los secretos de Oriente Próximo. Resumen perfecto de dos trayectorias sumamente diferentes... Benelli tiene a Morro por un santo y, si como diplomático debe mostrarse cauto y tortuoso, sabe ser un amigo tan fiel como el más obstinado abruzzino.

Cuando Giuseppe aparece, el nuncio lo recibe llamándolo «hijo». Hará gala con él de la generosidad de que son capaces los señores con inmensos palacios. En el suyo, cabe todo el mundo. Benelli hace venir a los carpinteros y los decoradores, que acondicionan una vivienda en la última planta.

El nuncio acoge al exiliado en nombre de su amistad con Morro, le abre las puertas de su casa en nombre del derecho de asilo, pero se convierte en un «abuelo» para Clara y Cecilia en su propio nombre. En la gran limusina en la que ha ido a recoger a los boloñeses al aeropuerto, no para de hablar con las niñas. Deja que Cecilia satisfaga su curiosidad sobre su gran cruz pectoral de plata y su anillo, adornado con una serpentina, y acaba quitándoselos para que la pequeña los examine del derecho y del revés. Mientras tanto, le pregunta a Clara por el viaje. A la media hora, cuando el vehículo se acerca a su destino, ha llegado al punto que le interesaba:

—¿Cuántos abuelos tienes, Clara? ¿Dos? ¿Estás segura? Pues mira, aquí en la India hay costumbre de elegir un tercero... ¿Se te ocurre alguien? ¿No? Si quieres, puedo ser yo, mientras encuentras uno...

—Y entonces, ¿cómo te llamarías? —pregunta Cecilia con su habitual desparpajo.

Cuando el elegante automóvil se detiene ante la entrada de la nunciatura, Benelli se ha convertido en «Papelli», elegido Papa por «el cónclave más gracioso de la

historia».

Dos religiosas indias muy jóvenes salen a la puerta del palacio, mientras, gorra en mano, el chófer de librea le abre la portezuela al viejo diplomático. Las monjitas sonríen a las pequeñas.

—Id con ellas, hijas mías —les dice Papelli a las niñas—, que os enseñarán dónde están los columpios.

Giuseppe asiente con la cabeza mirando a Clara, que esperaba su aprobación.

Benelli se vuelve hacia el padre.

—Me he tomado la libertad de hacer instalar unos columpios detrás de las buganvillas... Bueno, ya lo verá. Su alojamiento se encuentra en la última planta. Estarán cómodos, aunque aún esperamos a los pintores para dar los últimos brochazos. Haré que les suban las maletas... ¿Quiere acompañarme a mi despacho? —Mientras sube con Lombardi la escalera de mármol y lo guía por la luminosa galería de la primera planta, continúa informándole—: En esta ala del edificio viven una veintena de religiosas. Bueno, ya ha visto a dos. Novicias. Serán unas excelentes institutrices para Clara y Cecilia, si desea usted que aprendan el hindi y el tamil... En cuanto a la escolarización de las niñas, me he tomado la libertad de preinscribirlas en un centro religioso indoitaliano. Aunque, si no le parece bien... Verá, nuestra pequeña comunidad funciona de un modo bastante dinámico; nada espectacular, por supuesto, aunque tenemos dos obispos bastante brillantes en Delhi y Bombay... A propósito, ¿qué se cuenta monseñor Morro?

### 3.1.2

## LAS PAYASADAS DE BOLLYWOOD

**E**l nuncio cierra la puerta de su despacho. Su actitud cambia; su mirada se vuelve inquisitiva. Permanece callado unos instantes, hojeando el *dossier* abierto sobre la mesa...

—Sé por qué has venido aquí, hijo mío, y sé que necesitas un sitio seguro. Aquí estás en tu casa, puesto que te envía Enrico Morro. Serás mi secretario... Enrico me ha dicho que sabes hacer de todo —murmura Benelli, y levanta la cabeza—. Lo que no me ha dicho es lo que quieres hacer.

—Ser útil donde usted considere conveniente.

—Estás bien educado y esperas hasta saber a quién tienes enfrente... Dos sabios principios de la diplomacia. Bien —aprueba el anciano dándole unos golpecitos al *dossier*—. Ya veremos, ya veremos... —Luego se vuelve hacia los tres sillones de respaldo alto colocados en torno a una mesita, en la que ya humea el té—. Antes de nada, voy a presentarte a un joven al que le harás un gran bien. Pese a haber vivido en nuestro país, es un ignorante y un tozudo, de una arrogancia muy brahmánica, al que lo único que le interesa son los fastos y la magnificencia de los cultos de sus remotos antepasados. Este chico no estará contento hasta que nuestras ceremonias hayan copiado todas las payasadas de Bollywood, de las fiestas de Ganesh y del Kama Sutra juntos.

Una sonrisa tan fina como el trazo de un lápiz entreabre los labios del anciano.<sup>[90]</sup> Giuseppe no sabe si despotrica o bromea.

Lo saca de dudas Thomas Poopaddy, a la sazón un simple sacerdote, que se levanta de uno de los tres sillones con una taza en la mano y dice:

—Monseñor Benelli se refiere a un humilde servidor, que sin duda no es lo bastante refinado para apreciar los elegantes dorados de sus muebles italianos o la delicada sencillez de su araña veneciana... Puesto que tuve la suerte de admirar en Roma, en la escuela de Bernini, el gusto de los italianos por la depuración y la sobriedad, puedo presentarme en tu melodiosa lengua. —El joven tiende la mano a Giuseppe—. Thomas Poopaddy, un colega, pero, desgraciadamente y para mi vergüenza, también un indígena.

Quizá debí dejar que Thomas Poopaddy escribiera estas páginas, porque su humor y su desparpajo resucitaron para mí su amistad con Giuseppe y sus años de luchas comunes con extraordinaria viveza. Pero, tras cuatro largas entrevistas, el nuevo Papa me dijo:

—Tendrás que perdonarme, pero la cristiandad también me necesita un poco...  
Así que las escribí yo.

Renato Benelli vuelve a tomar la palabra:

—Tu desesperante colega va a invitarte a almorzar en su casa... Yo no soy más que un viejo, y vosotros tenéis la misma edad. He pensado que no te importaría compartir su hogar hasta mañana y que las niñas estarían más a gusto jugando allí mientras hacemos los últimos preparativos.

Giuseppe aprueba sin decir palabra, y Poopaddy se apresura a apostillar:

—Su Eminencia teme sobre todo que el pintor no pase hoy y piensa que Clara y Cecilia dormirán mejor en casa de mi madre que en una celda del convento de las monjas.



### 3.1.3

## EL MONO

**U**n cuarto de hora después, Thomas baja brincando la escalera con Cecilia en brazos y las llaves de su coche en la mano. Con un gesto, le indica a Giuseppe un viejo cuatro por cuatro con unos parachoques tan enormes como los de un *bulldozer*.

—Es un vehículo para la caza del búfalo... A lo mejor te gustaba... —Sugiere Poopaddy. Luego, coge a las niñas y las aúpa al asiento posterior—. Lo siento, pero el viejo no me ha dejado coger su Rolls<sup>[91]</sup>, así que he pillado el buga de la jungla —explica, y salta al raído asiento de cuero del conductor.

Durante los diez minutos que dura el viaje, mientras el Mitsubishi rebota en los baches de calles que sin embargo parecen recién asfaltadas, Giuseppe tiene tiempo de sobra para observar a Poopaddy, que conduce dando bruscos virajes. Tiene la tez oscura de los indios del sur, el pelo azabache y levemente ondulado, la nariz grande y la boca ancha. Su fisonomía inspira una simpatía inmediata, espontánea. Parece flemático y nervioso a un tiempo, burlón pero sin sarcasmo.

—¡Eh, quieto «parao»! —exclama de repente, y, con un chirrido de neumáticos, frena en seco, maltrata la palanca de cambio y lanza el todoterreno a una vertiginosa marcha atrás entre vehículos que hacen sonar la bocina furiosamente. Vuelve a frenar e, indiferente al ineluctable accidente que va a pulverizarlos en cualquier momento, se gira hacia sus pasajeras y les señala una palmera—: Mirad lo que hay en ese árbol, chicas, fijaos bien. —Cuando ambas niñas han soltado una exclamación de sorpresa, Thomas vuelve a arrancar, al tiempo que enciende un Dunhill de boquilla dorada, tras ofrecer la pitillera de plata a Giuseppe—. Habría sido una pena que se perdieran su primer mono indio, ¿no te parece? Supongo que en las calles de Bolonia no quedan muchos... Qué contaminación más horrible tenéis en Italia...

Pasados dos minutos, que aprovecha para contar varias leyendas sobre las reencarnaciones del dios mono volviéndose peligrosamente hacia las niñas, Thomas pega otro frenazo. Un golpe de claxon, y una gran puerta de madera maciza empieza a abrirse y deja ver un frondoso jardín.

—¡Bueno, señoritas, ya hemos llegado! —anuncia y, antes de que Giuseppe pueda apearse, Clara y Cecilia saltan al suelo y echan a correr entre los árboles. La cabeza de Thomas reaparece entre dos ramas—. ¿Vas a esperarlas ahí mientras hacen la visita?

Giuseppe sonrío y baja a su vez, agachando la cabeza para evitar el exuberante follaje.

## LAS ROSAS DE MARY POOPADDY

**M**uchos años después, Giuseppe Lombardi me presentará a su «familia india». Yo también empujé la pesada puerta de madera tallada traída desde Cochin, donde los Poopaddy tenían su feudo en la época de la colonización. Vi la nívea silueta de Mary, que me esperaba vestida con un sari de fiesta de color azafrán con bordados lila. Crucé tras ella la puerta ogival, orlada de bajorrelieves tan delicados como las filigranas de una celosía.

Siguiéndola, recorrí habitaciones en fresca penumbra, en las que el rojo oscuro del palisandro y el oro pálido del bambú daban su sobria réplica a las risueñas voces de los rosa y los verdes, de los azules y los dorados que decoraban las paredes. Rodeé mesitas bajas, me senté en esteras, bebí té sazonado con pimienta, me arrodillé en alfombras, rodeado de cojines de seda de Mysore, admiré los batiks de Tamil Nadu, encendí con nuestra anfitriona, al caer la noche, faroles de las mezquitas de Rajastán... Mary me guio hasta el polvoriento silencio de la enorme biblioteca, donde la sombra del patriarca, Alan Poopaddy, parecía seguir trabajando envuelta en humo de cigarrillo rubio inglés y olor a canela y cera.

Me condujo, con «*brother* Giuseppe», hasta sus rosas, siempre frescas; más que andar, su silenciosa figura, con los pies desnudos en unas sandalias finas, parecía deslizarse sobre el tupido césped, entre los arbustos de rosas inglesas, bajo las inclinadas ramas de una güira...

Cuando Giuseppe visita su casa en junio de 2015, Mary tiene sesenta y un años. Sus primeras palabras, en inglés, son para dar la bienvenida a aquel «amigo» del que su hijo le ha hablado incluso antes de que llegara a la India. Giuseppe le pide disculpas por invadir su casa de ese modo y le ruega que no lo llame «padre», sino «Giuseppe».

—Bastante tengo con mis dos diablillos como para aceptar más paternidades...

Mary lo llamará «*brother* Giuseppe»<sup>[92]</sup>, incluso cuando vuelva a visitarla convertido en Papa.<sup>[93]</sup>

En esa época, la hermosa mujer del sari es ya la matriarca de una familia muy numerosa, doce de cuyos miembros viven bajo su techo; una familia cuyas innumerables ramas se extendieron en otro tiempo por todas las regiones del país y ahora envían primos, sobrinos y demás parientes de visita a la casa.

Todos profesan la fe cristiana, tesoro familiar desde hace siglos, pues los Poopaddy han dado en cada generación varios sacerdotes y religiosos a la Iglesia india. Pero el Poopaddy a quien todo el mundo viene a ver no es eclesiástico; su

nombre hace que las cabezas se inclinen respetuosamente en los cenáculos políticos y administrativos de la capital india. Alan Poopaddy<sup>[94]</sup> tiene noventa años y prácticamente ya no sale de su biblioteca despacho, amueblada al más puro estilo inglés. Bebe té en tazas de porcelana Wedgwood, come bollitos con mantequilla y sándwiches con pepinillos y luego, con la apergaminada mano, limpia las migas de las páginas de los tesoros que extrae de los estantes. El viejo sabio lleva veinticinco años retirado, inmerso en la preparación y la redacción de sus memorias políticas. Ha pasado del secreto de los gabinetes al secreto de la biblioteca, y ahora vive enclaustrado, esperando ante su gran escritorio que vayan a solicitar sus consejos.

Pero, con todo su talento, Poopaddy solo tuvo un golpe genial: en 1970, a la edad de cuarenta y cinco años, se casó con otra India, que dejó que la fría Inglaterra se deslizara sobre ella sin alterar sus vivos colores, sus embriagadores aromas, sus sedas y sus maderas policromas...

Mary Panakall es católica y de familia ilustre, pero lleva en sus cabellos los perfumes de las ofrendas paganas y en su piel morena, su grácil cuello y su delicada muñeca, la belleza salvaje de los ídolos.

El día de su boda, la joven tiene dieciséis años. Dará ocho hijos a ese viejo sabio al que ama profundamente (porque hay que aprender a amar al hombre que te ha elegido). Pronto hará palpitar en esa casa una embriaguez de incienso, de cardamomo... y de rosas, porque pese a todo hay que inclinarse ante lo mejor que tiene Inglaterra.

Mary, alegre, generosa, voluble y sensual; matriarca indulgente en medio de la colorista algarabía de una tribu innumerable... Giuseppe cae de inmediato bajo el hechizo de una mujer que es justo lo contrario de su madre. Mary, por su parte, adopta enseguida al joven educado, a veces serio, de la edad de su Thomas pero tan diferente...

### 3.1.5

## «COMO UNA NUBE MATINAL»

La cena que comparten esa primera noche es un simple *tandoori* aliñado con limón verde. Pero las dos pequeñas observan embobadas al «tío Paddy»<sup>[95]</sup>, que les enseña a girar la mano derecha para coger las bolas de arroz.

—¿Se puede comer con los dedos? —pregunta Clara.

—Se debe —la corrige Thomas quitándoles los tenedores—. Eso solo lo ignoran los maleducados.

Después de ofrecerles mangos recién cogidos en el jardín y todavía perlados de agua, Mary lleva a Giuseppe a ver sus rosas. Dos de las hermanas pequeñas de Thomas se han llevado a las niñas a las cocinas, para enseñarles, al parecer, unas aves del paraíso. Thomas se une a su «colega», ofrece el brazo a su madre y coge también el del *brother* Giuseppe.

—Creo que vosotros dos vais a ser amigos —vaticina Mary—. Me parece que vais a ser dos amigos tan fieles como el agua y la arena. —Y, con súbita espontaneidad, propone—: Vayamos a reunimos con mi marido y monseñor Benelli en la biblioteca...

—¿Está aquí el nuncio? —pregunta Giuseppe, sorprendido.

Y Thomas se echa a reír.

—Dios mío... Está siempre que papá saca el *cherry* y los cigarros.

Ese será el santuario, recoleto e inmutable, preferido por Giuseppe Lombardi. En él, las rosas siempre serán frescas; la fruta, madura y dulce, y el té, una elegante ceremonia. La sabiduría de Alan, su habilidad de negociador, serán siempre una ayuda preciosa para el secretario del nuncio. Mary y Giuseppe compartirán su pasión por la música. Ella lo iniciará personalmente en ese hermoso instrumento de ocho cuerdas llamado sitar, y Giuseppe no será un alumno torpe.

Ese jardín y esas rosas, la gran habitación con sábanas frescas que lo espera cuando vuelve demasiado tarde de viajes demasiado lejos, la dulzura de Mary y los aromas de su cocina, las risas de las jóvenes de la casa, la alegría y la fina inteligencia, la amistad y el humor de Paddy, serán siempre un regreso a la vida, un rejuvenecimiento, una resurrección...

Mucho tiempo después, durante nuestro primer encuentro, Mary dirá algo muy bonito:

—Cuando lo conocí, tenía ese seriedad, ese peso en el corazón que velaba su profunda esperanza. En la paz de nuestro jardín, la sombra de Chiara se transformó

en una compañera dulce y luminosa como una nube matinal.

3.2.0

## LOS GEMELOS DEL NUNCIO



### 3.2.1

## «PADDY» Y SU «HERMANO MAYOR»

— **Y**o soy su hermano menor —dirá Paddy desde el principio.

En realidad, nació quince días antes que Giuseppe.

—Pero él tiene la experiencia del amor de una mujer —explica—. Y de la muerte de la mujer a la que amaba. Y eso lo hace mayor que yo.

Durante siete años, el «asesor para Bollywood» de Benelli será el *alter ego* del secretario del nuncio, el inseparable compañero de los días buenos y malos. Monseñor Benelli los empareja casi de inmediato, confiándoles la misión de viajar por él.<sup>[96]</sup>

—Id vosotros, que sois jóvenes. Yo me quedo con las niñas.

Y hete aquí a los «gemelos» oficialmente encargados el uno del otro, e inseparables. Durante años, recorrerán la India y visitarán las comunidades cristianas y a los obispos para informar al nuncio, que a su vez informará a Roma.

Quinto hijo de una familia numerosa y alegre, Thomas es la cara ligera y risueña de Giuseppe. Su optimismo. En cuanto a su vocación, es muy diferente de la de Lombardi. El precoz Paddy nunca ha tenido otro sueño que el de convertirse en sacerdote. El celibato no lo contuvo, porque solo podrían haberlo hecho sus caballos. Al final, optó por el sacerdocio, «porque la sotana dura más que el salto de obstáculos».

Sus profesores cultivaron sus grandes dotes intelectuales, su agilidad mental, su brillantez... e intentaron corregir en la medida de lo posible su pereza, para que las grandes esperanzas que despertaba no quedaran en agua de borrajas.

—Soy un vago frustrado —suele explicar incluso hoy a quienes se asombran de su capacidad de trabajo.

Mary evitó que entrara en el seminario demasiado pronto y lo animó a ir a ver si «en casa del colonizador» había algo aprovechable. Entre los dieciocho y los veintiún años, Paddy se sienta en los bancos de Oxford para estudiar teología y ciencias de la religión de forma no confesional. Volverá con un vivo interés por la «teología feminista» y un inglés oxoniense cuyo acento utiliza para subrayar sus rasgos de humor flemático. Formado en Roma por los jesuitas de la Gregoriana, se ordena en Nueva Delhi en 2005. Individuo de valía y teólogo sagaz, su destino está trazado: ha nacido para la cátedra capitalina.

Giuseppe y Thomas coincidieron en Roma entre 2001 y 2002, pero no es probable que llegaran a encontrarse. Con quince días de diferencia, el uno se ordenó

y el otro se casó. El indio y el italiano, hijos de buenas familias, no parecían abocados al mismo destino... Pero Thomas se convertirá en el hermano que Giuseppe nunca tuvo. Se querrán, reirán juntos, harán el burro, se tomarán el pelo...

—Era una amistad de chirigotas y pescozones —recuerda Paddy.

Para Giuseppe, lo que se inicia es casi una segunda adolescencia.



## LA TERRIBLE FALTA DE SOR MARÍA MAGDALENA

**A** Thomas le encanta gastar bromas, sobre todo pesadas. Una noche, tres semanas después de que los Lombardi se hayan instalado en su nuevo hogar, en el segundo piso de la nunciatura, Thomas sube a ver Giuseppe muy apurado.

—Tengo que hablar contigo, Giuseppe... Te habrás dado cuenta de que en el convento hay algunas novicias bastante guapas... —Giuseppe, cortado, no dice nada—. Muy guapas, diría yo. —El italiano asiente y lo deja continuar—. Hay una sobre todo... Sor María Magdalena... Yo... En fin... Estamos muy unidos... Y te la quería presentar.

Giuseppe, muy tranquilo, le pregunta:

—Estáis muy unidos, ¿en qué sentido, Paddy?

—Pues... Nosotros, ya... ya hemos compartido varias veces la misma habitación. Y hasta hemos dormido en la misma cama... Y nos hemos visto desnudos. Ven a conocerla y lo entenderás mejor.

Los dos amigos salen de la vivienda y, en la oscuridad, bajan al primer piso. Paddy guía a Giuseppe hasta la cocina, donde todavía hay luz. Una monja muy jovencita, con la cara de un ángel y la tez oscura bajo las crenchas de pelo azabache, permanece sentada ante una taza de té. Al verlos entrar, se levanta y separa los brazos. Paddy la estrecha en los suyos... Luego, se vuelve hacia Giuseppe:

—Giuseppe, te presento a sor María Magdalena... Y este es mi amigo, el padre Lombardi.

Los otros dos se miran, ella, cohibida, y él sin saber qué actitud adoptar. Durante un minuto solo se oye el reloj de la cocina, que desgrana los segundos...

Al fin, Thomas dice:

—He pensado que era una pena que no conocieras a mi hermana pequeña, la benjamina de la familia, viviendo como vivís a menos de cien metros.

—¿Tu hermana pequeña? —pregunta Giuseppe empezando a sonreír.

—Sí, Indira Poopaddy. Has oído hablar de ella en casa, ¿recuerdas? Pero, como papá le puso un nombre tan poco católico, al entrar en la orden adoptó el de María Magdalena —explica Paddy, que empieza a troncharse de risa, mientras los otros intentan entablar conversación.

Para el indio, esas bromas constantes son una liberación, una especie de reacción contra la afectada dignidad de sus «colegas».

—Giuseppe era un verdadero sacerdote —me dirá más tarde—. Bastaba verlo celebrar misa. No necesitaba adoptar ninguna actitud para afirmar su posición. —Y, guiñándome el ojo, añadirá—: Y yo, en tanto que futuro arzobispo, me pasaba la dignidad... Ya sabes.

Giuseppe aprenderá a pagarle con la misma moneda. Un día, al llegar a una parroquia perdida, cuando estaba con el párroco, le presentó a Paddy aumentando su jerarquía:

—Monseñor Benelli, el nuncio apostólico...

Y durante toda la visita no parará de llamar «Eminencia» a su amigo, obligado a aguantarse la risa y mostrarse solemne ante una comunidad encantada de tener un nuncio tan joven y originario del país.

### 3.2.3

## EL CARDENAL JESUITA

**D**urante los cuatro primeros meses de colaboración de los «gemelos del nuncio», Giuseppe Lombardi se ve imposibilitado de celebrar misas públicas. No está adscrito a ninguna parroquia, y Benelli le ha pedido que espere hasta que monseñor Anil «se reponga o fallezca» para plantear al cardenal jesuita o a su sucesor la cuestión de la actividad sacerdotal del paria.

A principios de otoño de 2015, el 15 de septiembre para ser exactos, Godfrey Anil, milagrosamente restablecido una vez más,<sup>[97]</sup> recibe al fin al sacerdote Fidei Donum al que ha «concedido asilo» en su diócesis. La víspera, el 14 de septiembre, festividad de la Exaltación de la Cruz, dos años después de su «golpe dé mano» y menos de uno de su elección, Pío XIII ha anunciado la disolución de la Compañía de Jesús,<sup>[98]</sup> inmediata en América y al año siguiente en el resto del mundo. Esta decisión es, según Villaverde, «una luz para el mundo; en adelante, cada jesuita estará al servicio de una parroquia, de una diócesis, con su talento y su carisma, que no pueden ser de la exclusiva de su orden, y también con sus debilidades, que sus hermanos corregirán».

Cada diócesis se encargará del «reciclaje» de las correspondientes universidades, colegios y escuelas, bibliotecas y sacerdotes de la Compañía...

Monseñor Anil no usa precauciones oratorias con Lombardi:

—Entonces, le zurró a uno... ¿en plena eucaristía?

—En la sacristía. La misa había acabado.

El anciano tiende un documento a Giuseppe y dice:

—Mire lo que me mandan los que están deseando suspenderlo...

Monseñor Anil agita las órdenes en las que Roma intima a los jesuitas a integrarse en el clero diocesano, «al servicio de sus obispos, que a su vez están al servicio de la herencia apostólica, de la que es garante el sucesor de Pedro. Así serán fieles al compromiso que contrajeron de ser los servidores del Papa en todo lugar». Las páginas detallan las consignas: que los jesuitas se repartan por diferentes parroquias; que no sean párrocos de ninguna en la que haya otros miembros de la Compañía; que se dispersen incluso sus bibliotecas... Se trata de anular a la orden, de destruir todo germen de renacimiento.

—Algunos siempre han desconfiado de la libertad de tono y de pensamiento de su orden, monseñor...

—Muchos nos odian, en efecto. En América, nuestros enemigos llevaban décadas preparándose para ocupar nuestro lugar. Ha llegado su hora... Pero los que atacan a la Compañía no prevalecerán durante mucho tiempo.

—Perdone, monseñor, pero... ¿Usted va a obedecer?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Debo procurar no darles una excusa que les permita hacerme caer. Puedo ser un refugio para algunos de mis hermanos jesuitas y, quién sabe, un elector útil para un próximo cónclave...

—Si acogerme a mí le impide dar asilo a algunos de sus hermanos, puedo...

—No se preocupe. En la diócesis de Nueva Delhi acojo a quien quiero. Todavía soy libre de abrir o cerrar mis puertas... No obstante, métase esto en la cabeza, Lombardi: si se lanza al combate contra ellos, es vital que no puedan establecer ningún vínculo entre usted y yo... De lo contrario, su caída provocaría la de muchas otras personas de esta diócesis.

—No tenía intención de lanzarme a...

—Yo no puedo ni incitarlo a la lucha ni prohibírsela. Pero ¡cómo me gustaría que la Compañía tuviera aquí tantos hombres jóvenes y decididos como en Argentina!<sup>[99]</sup>

## LA INVITACIÓN AL MAQUIS

**E**l viejo obispo, con su trabajosa respiración y su ronquera, parece lo que realmente es: un general sin ejército que busca aliados circunstanciales para lanzarse a una guerra de guerrillas.

Monseñor Anil coge otra hoja de la mesa:

—¿Ha leído usted esto? Permítame que le dé la primicia... —El anciano tose—. «¡Sed fuertes, sed fieles! Con la maño tendida hacia su criatura, Aquel que es todo misericordia ve con pesadumbre que el pecado reina en su creación. ¿Desoiréis su voz? Hermanos míos, con las palabras de Pedro, y a imagen de todos los que lo han sucedido, dejadme exhortaros: “Humillaos pues bajo la poderosa mano de Dios, para que a su tiempo os ensalce. Echad sobre El todos vuestros cuidados, puesto que se preocupa de vosotros. Sed sobrios y vigilad, que vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda rondando y busca a quién devorar. Resistidle, firmes en la fe, considerando que los mismos padecimientos soportan vuestros hermanos dispersos por el mundo. Y el Dios de toda gracia que os llamó en Cristo a su gloria eterna, después de un breve padecer os perfeccionará y afirmará, os fortalecerá y consolidará. A Él la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén”».<sup>[100]</sup> —El cardenal jesuita levanta los ojos del documento y los clava en su interlocutor. Una furia incendiaria arde en su mirada—. ¿Sabe quién es el autor de estas líneas, Lombardi?

—Supongo que se trata de la encíclica que se esperaba...

—Efectivamente, eso es lo que ha escrito el mexicano en su encíclica *Nosotros, los pecadores*, aparecida el mismo día que anunciaba la muerte de nuestra Compañía. —Giuseppe no responde—. Usted es sacerdote, Lombardi. El obispo ante el que prometió obediencia lo ha puesto bajo mi protección, y a mí me encantaría que pudiera celebrar misa y quedarse con nosotros el tiempo que hiciera falta. Pero... —El cardenal vuelve a toser, pero esta vez el acceso, violento y doloroso, le llena de lágrimas las comisuras de los ojos—. Pero juzgue usted si su confianza en mí es merecida. Porque desde el día de hoy mi obediencia al sucesor de Pedro es de pura forma. Desobedeceré tanto como pueda, si eso sirve para acelerar la caída de nuestros enemigos comunes. Sepa pues que, por amor a Cristo, me sitúo en la desobediencia. Ahora que sabe mis intenciones, podrá juzgar con conocimiento de causa lo que vale mi autoridad episcopal.

Giuseppe mira al anciano, cuyas palabras, de divulgarse, lo expondrían a los mayores peligros. Como el día de su ordenación ante Morro, hincó una rodilla en el suelo y pone las manos en las del viejo jesuita.

—Ninguna hospitalidad me ha parecido nunca tan sincera como la suya, monseñor. Y ninguna obediencia se me ha antojado nunca tan exigente como la que me propone.

—Vivimos en unos tiempos en que es preferible que los servidores de Cristo sean combatientes sufridos, inteligentes y libres en lugar de soldaditos obedientes y obtusos.

—Tomo buena nota, monseñor.

Anil ha terminado. Asiente sonriendo y se levanta.

—Bien... Me parece que su libertad y la mía imponen que no volvamos a vernos. [101] Así las elecciones de uno no comprometerán al otro. Pero sepa que tiene toda mi amistad, toda mi fraternal amistad. —En la puerta, Godfrey Anil tose. Luego, esboza una mueca irónica—. Y, ya que al parecer se ha hecho usted muy amigo de mi «sucesor», trate de inculcar a ese brillante joven un poco de resistencia frente al mal. Hasta ahora, no puede decirse que la vida lo haya entrenado para el combate. Sin embargo, estoy convencido de que puede ser uno de los hombres que la India va a necesitar. [102]

El cardenal y el sacerdote se estrechan la mano.

Tres días después de este encuentro, Giuseppe Lombardi cuelga en internet el primer capítulo de una bitácora que firma «Tomás». Ha entrado en la resistencia, y el primer acto de su lucha es el texto titulado «Nosotros, los salvados».

3.3.0

## «BLACK DECADE»



### 3.3.1

## EL RETORNO DEL AZAR

**E**n Oslo, ante las personalidades que en noviembre de 2024 le hacen entrega del premio Nobel de la Paz, Giuseppe Lombardi declara lo siguiente:

—Ojalá este premio profetice un largo período de paz, tras las terribles pruebas que hemos soportado durante más de diez años. El miedo lleva demasiado tiempo gobernando este mundo. Ojalá la esperanza recupere sus derechos.

El origen de esa larga noche, de esos diez años que han pasado a la Historia con el nombre de «Black Decade», hay que buscarlo en el SNOV, que se ensañó principalmente con África —por desgracia, resignada al azote—, pero también con los países occidentales y desarrollados, que desde hacía más de cuarenta años veían aumentar la esperanza de vida de sus ciudadanos a razón de un trimestre anual.

En la primavera de 2016, la OMS hacía pública esta aterradora estadística: en Europa Occidental, el 4,5% de las mujeres embarazadas desarrollaban el virus y cerca del 3% fallecerían por su causa. Ese año, la Unión Europea registró 170 000 muertes debidas al SNOV. Fue un punto de inflexión: poco a poco, las medidas para la total erradicación de las palomas urbanas y de algunas otras especies de aves, y la pulverización aérea de productos contra los mosquitos permitieron limitar la infección, y también, desde luego, desterrar aquella extraña moda de los grandes velos de tul que llevaron millones de personas.

El impacto del SNOV fue, en primer lugar, sanitario. Pero, para los países del Norte, protegidos por sistemas sanitarios eficientes y acostumbrados a rechazar la fatalidad, la conmoción fue también psicológica. Los mercaderes de ilusiones, sobre todo religiosas, hicieron su agosto entre una población dispuesta a arrojarse de cabeza al redil del primer aprendiz de pastor que alzara un poco la voz. Algunos predicaron o hicieron proselitismo por interés; otros, por el simple placer que proporciona tener poder sobre las almas.

La Iglesia católica fue, desgraciadamente, uno de los actores de esa ola de oscurantismo. El catolicismo occidental llevaba treinta años agonizando, y de pronto el SNOV empujó a la muchedumbre a arrodillarse en las iglesias. Tras el anuncio del «Año de Arrepentimiento» hecho por Pío XIII, monseñor Villepreux, arzobispo de Lyon, escribirá lo siguiente: «La angustia de nuestras ciudades parecía esperar esas palabras, esas procesiones. En los últimos cuarenta años, la burguesía occidental se ha acostumbrado a no temer la muerte violenta que golpea al azar. Ante toda desgracia, los hombres y las mujeres esperan una explicación, un culpable.



Necesitan un motivo. Les resultará más fácil ser culpables ellos mismos, arrepentirse para evitar la inminente cólera, que aceptar que dependen únicamente del azar...».

## RECONQUISTA Y «RECRISTIANIZACIONES»

**P**ío XIII ofreció a la Iglesia lo que esta esperaba, y en Occidente empezaron a verse largas procesiones de penitentes que se golpeaban el pecho, hombres que lloraban arrodillados y con los brazos en cruz, esperando salvarle la vida a un hijo o una esposa, hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, haciendo interminables colas ante los confesionarios para acusarse y aplacar la cólera divina, para detener el brazo de un Dios al que habían descuidado demasiado tiempo... Para muchos hombres de Iglesia, que habían padecido la indiferencia, cuando no el desprecio, fue la ocasión de saborear su venganza.

El miedo a la enfermedad también reveló las peores facetas de la familia humana. El virus no solo destruía vidas; aniquilaba la humanidad en el interior del hombre, deshacía los lazos de solidaridad...<sup>[103]</sup> Había vuelto el tiempo de la peste, con su abominable cortejo de absurdos terrores. Cada ser humano era un enemigo. Se vio a madres que se apartaban horrorizadas de sus hijos, a maridos que se negaban a cobijar bajo su techo a sus mujeres enfermas...

En Occidente, los prelados católicos lanzaron o apoyaron una agresiva política de «Reconquista»: ocupación del espacio público, de los estadios, de las explanadas, de las plazas; «recuperación» de los lugares de culto convertidos en simple patrimonio<sup>[104]</sup>; procesiones en las calles; presencia permanente en los medios de comunicación, que invitaban a obispos en lugar de invitar a médicos... Esa estrategia conquistadora y desinhibida tuvo un formidable efecto acelerador y radicalizó dos movimientos diametralmente opuestos nacidos antes de ese período.

### 3.3.3

## ¡MUERTE A DIOS!

**E**l movimiento deicida había surgido en abril de 2010 con ocasión del coloquio de Tirana.<sup>[105]</sup> Reunía a «militantes laicos» y «pensadores del ateísmo» alrededor de una «biblia», un panfleto radicalmente antirreligioso firmado por un filósofo francés.<sup>[106]</sup> El manifiesto de la IDE, la Internacional Deicida Europea, se funda en el siguiente postulado: «El monoteísmo ama la muerte, adora la muerte, disfruta con la muerte, siente fascinación por ella. La da, la distribuye masivamente, amenaza con ella y pasa al acto: de la espada de los judíos teñida con la sangre de los cananeos al uso de aviones de pasajeros como bombas volantes en Nueva York, pasando por el lanzamiento de cargas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, todo se hace en nombre de Dios y con su bendición, pero sobre todo con la bendición de quienes se declaran creyentes»<sup>[107]</sup>.

Desde 2010, los «internacionalistas» del ateísmo afirman que su objetivo es «la muerte definitiva de la idea de Dios en nuestras sociedades, en nuestras instituciones, en nuestra filosofía, en nuestra moral, en nuestras camas, en todos los rincones en los que todavía se resiste a la razón y el progreso»<sup>[108]</sup>. La radicalización terrorista llegará al final de la Black Decade, después de haber intentado «defender la civilización contra la locura religiosa» durante diez años.

En cuanto a la «Reforma»<sup>[109]</sup>, nace entre los estudiantes magrebíes de la península Ibérica y paquistaníes de las islas Británicas. El desencadenante es el atentado de 2012 contra la nueva cátedra de historia comparada de las religiones europeas de la incipiente Universidad al-Andalus de Toledo. Esos jóvenes musulmanes descubren que se han convertido en objetivo del islam salafí terrorista. En unos meses, en Toledo y Londres, esos doctorandos de sociología, de psicología, de historia de las religiones, organizan debates en torno a una doble pregunta: ¿por qué los países con mayoría musulmana no consiguen instaurar una auténtica democracia? ¿Por qué las democracias no logran hacer sitio a sus ciudadanos musulmanes?

De esos pequeños círculos intelectuales, surge una personalidad excepcional. Nour Saighi-Morales se convierte en la portavoz, en el alma de la Reforma. Los primeros extravíos de la represión en Estados Unidos le ofrecen una tribuna. La «re cristianización» de las sociedades protestantes y católicas hará derivar la Reforma hacia la «acción directa».

### 3.3.4

## LAS PESADILLAS DE NORTEAMÉRICA

A partir de septiembre de 2016, las autoridades sanitarias conocen los modos de propagación del SNOV. El Nobel otorgado a Lombardi y Rustu en octubre pone fin a las últimas tergiversaciones en la comunidad científica: la enfermedad es, efectivamente, una mutación virulenta del VNO. La ciencia sabe a qué enemigo se enfrenta...

En Europa, algunas iglesias empiezan a vaciarse. Pero, con el renacer de la esperanza, el «retorno de la religión» tomará nuevos derroteros.

El interminable goteo de atentados salafíes de los últimos quince años ha acabado exasperando a la opinión pública occidental. La presidenta demócrata de Estados Unidos, que había prometido «combatir al enemigo con el derecho y las leyes internacionales», no ha obtenido los resultados apetecidos. El 11 de septiembre de 2016, el atentado (fallido) contra el monumento del Ground Zero y el (demoledor) ataque de piratería informática contra las grandes redes mundiales resucitan las pesadillas de Norteamérica. Las investigaciones revelan que ambos atentados han sido ejecutados desde territorio estadounidense por jóvenes árabes estadounidenses.

En la actualidad, los analistas coinciden en reconocer la responsabilidad de este nuevo 11 de septiembre en la victoria del pastor James en las elecciones presidenciales de noviembre. El miedo impone su ley, y la *middle class* estadounidense se arroja a los brazos del hombre que garantiza a Norteamérica que con él estará bajo la protección del mismo Dios.

La Historia ya ha juzgado al pastor James, que sin lugar a dudas fue uno de los mayores pirómanos de esa larga segunda mitad de la Black Decade. Pero justo es admitir que la responsabilidad fue compartida. Con su torpeza al tomar partido, China y los países de la Unión Europea precipitaron el endurecimiento y el extremismo de James. Las Naciones Unidas, marginadas de la «resolución» del conflicto palestino-israelí<sup>[110]</sup> e incapaces de desempeñar su cometido de «gobierno mundial» durante la crisis sanitaria de 2014<sup>[111]</sup>, acabaron de firmar su acta de defunción cuando el secretario general hizo pública su beligerancia hacia el candidato republicano. La «muerte de la ONU»<sup>[112]</sup> en la primavera de 2017 no es más que el simple registro oficial de una realidad evidente.

Radicalismo religioso, terrorismo islamista, profetismo estadounidense, medidas vejatorias contra los árabes norteamericanos, emergencia de una reacción «laica» exacerbada, desaparición del *leadership* mundial... Todos los ingredientes que nos

llevarán a la «Pascua sangrienta» de 2019, y tres años después a la gran crisis de Jerusalén, están presentes desde 2017.

3.4.0

# VIVA LA PESTE



## LOS «CAMINOS DE LA CONVERSIÓN»

La publicación de la encíclica de Pío XIII en otoño de 2015 coincide con los primeros signos de la «reconquista» católica. La carta es mucho más breve que las de su predecesor, el intelectual Juan XXIV. En esa exhortación a la penitencia, el Papa invita a los presentes a hacer de su historia inmediata una historia de la Salvación. La encíclica empieza con este sorprendente capítulo:

A NOSOTROS, LOS PECADORES, Dios no se cansa de enviarnos signos. También hoy, las terribles pruebas que soportan los hombres son, para quienes saben leer los signos de los tiempos, una advertencia y una llamada de Dios. Pero, cegados por el pecado, los hombres solo creen en su razón, y ponen su esperanza únicamente en la ciencia, rechazando a Dios y su amor, huyendo de la verdadera Vida para buscar refugio en los ídolos modernos.

Hoy, es la Creación misma la que, obediente a nuestro Dios, ruge contra nuestros pecados.

El texto finaliza con una vibrante llamada a la conversión y proclama un año de Arrepentimiento, del 8 de diciembre de 2015 al 8 de diciembre de 2016. Pío XIII elige la festividad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María «porque, antes incluso de que la luz de la Salvación inundara la tierra, supo decir sí a la llamada de Dios y cooperar en el misterio de la Salvación, a fin de que el mundo fuera redimido. Encomendémonos, pues, a la sabiduría y el amor de la Virgen, modelo de toda obediencia y la única, junto con Nuestro Señor, que fue concebida sin pecado. Que ella, a quien le fue dado “ser la única y poderosa mediadora y abogada de toda la humanidad ante el Hijo”,<sup>[113]</sup> guíe a la Iglesia y a todo el género humano hacia los caminos de la conversión y la salvación».

Los medios de comunicación hostiles a Pío XIII denuncian la interpretación fundamentalista que el pontífice hace del SNOV como «castigo divino». Los teólogos afines al mexicano responden que esa afirmación tergiversa el texto del Papa. Efectivamente, Pío XIII no dice que la enfermedad sea un castigo; según él, es un signo para evitarnos un castigo mucho mayor. Es una «gracia».

La «universidad jesuita apartada» de Argentina replica: el signo que envía Dios es la caridad viva en el corazón de los hombres que sirven y sanan a los hombres. «Dios no habla a través de virus o microbios; se comunica con nosotros mediante su Espíritu en la comunión del amor. En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si tenéis amor unos para con los otros».

### 3.4.2

## «NOSOTROS, LOS SALVADOS»

**L**os obispos africanos intentan publicar un «contratexto», como quien enciende un primer contrafuego. A falta de consenso, una sola voz osa alzarse. El 1 de octubre de 2015, el cardenal arzobispo de Yaundé declara:

Yo, Paul Assoumou, no predico un cristianismo de penitencia, sino de misericordia. «Si nuestro corazón nos acusa, Dios es más grande que nuestro corazón», escribió el apóstol san Juan. Yo también os lo pido: no hagáis de Dios una caricatura de vuestro miedo.

Yo, Paul Assoumou, obispo, bautizado y negro, predico la Esperanza. La Esperanza que mostramos nosotros los africanos, que llevamos cincuenta años padeciendo epidemias y guerras, genocidios y olvido. En nuestra tierra los muertos han sepultado a los muertos y los vivos han seguido proclamando la luz sin suplicar a Dios que detuviera su brazo, porque saben que es inocente de nuestras desgracias.

Yo, Paul Assoumou, obispo, bautizado y negro, testigo de la Esperanza enarbolada incluso en la agonía por el continente negro, os digo, hermanos míos: ¡quién pretende que Dios necesita ver nuestra sangre para despertar y escucharnos, injuria Su nombre!

El 7 de octubre de 2015, exactamente tres semanas después de la publicación de la encíclica, aparece en internet un breve texto titulado «Nosotros, los salvados». Es el primer capítulo de una bitácora firmada «Tomás».

¿Somos pecadores? Sí, desgraciadamente. Y, sin embargo, no lo somos; somos, ante todo, los «salvados», los «amados». Y precisamente porque somos los salvados, los amados, los preferidos, podemos reconocer nuestro pecado, nuestros pecados, y suplicar a Nuestro Padre: «Devuélveme la alegría de haber sido salvado». Ser pecadores no nos define, no nos designa ante Dios. A Dios no le interesan nuestros pecados; solo le interesa nuestro regreso. Como el padre de la parábola, que espera el regreso de su hijo y no le pide cuentas por los bienes que ha dilapidado y la vida de desenfreno que ha llevado, Dios nos espera y nos recibe sin llevar la cuenta de nuestros pecados, sin tenerlos en cuenta en absoluto. El regreso del hijo es la alegría del padre. Lo que nos designa ante Dios es el amor del que nos colma, es la alegría del Cielo cuando nos volvemos hacia Nuestro Padre. Mirémonos en el espejo que Dios nos tiende. Lo que vemos en él son los rostros de hijos e hijas colmados de amor; lo que nos mira desde él es nuestro futuro. No nos dejemos desfigurar por quienes nos arrojan nuestros pecados a la cara. Alegrémonos en el Señor, porque somos sus bien amados.

Nadie sabe cómo procedió Giuseppe;<sup>[114]</sup> no he encontrado a ninguna persona que ayudara a «Tomás», que lo asesorara en la organización de barreras informáticas para impedir que le siguieran el rastro.



Giuseppe eligió luchar anónimamente:

Algunos me han respondido que los hijos de la luz no se ocultan en las tinieblas, que sus obras no proceden del silencio y el secreto. Pero conozco a los hombres que hoy son los enemigos de la Esperanza en nuestra Iglesia. No temería enfrentarme a ellos cara a cara, si no hubiera personas próximas a mí que podrían ser víctimas de su intransigencia. Yo estoy sin armas, y los míos, sin escudo. Creo que mi caída sería menos útil que mi vida, que la desgracia de los míos recaería sobre quienes los hubieran atacado.

Evidentemente, el seudónimo que adopta no es gratuito. Indica el lugar del que proceden los textos electrónicos,<sup>[115]</sup> con el riesgo que eso implica (un riesgo muy real, como «Tomás» no tardará en comprobar). Sin duda, es una primera alusión al apóstol incrédulo, que niega la Resurrección, para acabar inclinándose ante su Señor y su Dios (¿al alma gemela susceptible de convertirse en el hermano de todos?).

### 3.4.3

## «TODOS LOS MERCADERES DE ILUSIONES»

Las páginas de la bitácora de «Tomás» podrían haber pasado inadvertidas. No fue así. Los textos hallarán eco en algunos medios de comunicación occidentales y comentados en los círculos católicos que contradicen el magisterio del mexicano. ¿Por qué? Más adelante, Paul Assoumou dará la siguiente explicación:

—Decía las mismas cosas que nosotros, pero sin prosopopeyas. Sobre todo, era la humilde voz de la fe que hablaba en nombre de un «nosotros»... «Nosotros», los cristianos, podíamos decirnos sencillamente lo que creíamos y sabíamos de Dios. «Nosotros», la Iglesia de los bautizados, seguíamos existiendo, al margen del puñado de divos episcopales que estaban a la greña.

Mientras el SNOV hace estragos en Occidente,<sup>[116]</sup> el *blogger* Tomás advierte contra la tentación de «aprovechar» la enfermedad para «ganar clientes» y denuncia la «religión del milagro» y la «religión de lo útil»...

Ese invierno, escribe:

Es el gran retorno de lo religioso. Los periódicos lo anunciaban en sus titulares desde hacía mucho tiempo, pero las iglesias seguían vacías. Esta vez, el miedo ha obrado el milagro... Y todos los mercaderes de ilusiones se felicitan. ¡Vamos, saquemos los oropeles, los escapularios, el incienso, las custodias, las capas doradas, las reliquias, las medallas, los cirios, los milagros...! Es el maravilloso retorno a la edad de oro. ¡Viva la peste!

A esas alturas, ya sabe que los templarios son peligrosos, pero todavía no vislumbra el alcance de su proyecto de Reconquista. El viaje que emprende con su gemelo Paddy a la diócesis de Bangalore, en el estado de Karnataka, le abrirá los ojos.

Monseñor Nao, el obispo de Bangalore, les ha enviado su chófer al aeropuerto. Tras cuarenta minutos de atasco generalizado, el enorme Lexus climatizado llega a la catedral. Por la plaza serpentea una larga procesión; hombres con el torso desnudo se golpean el pecho, mientras la interminable sucesión de las plañideras se arrastra por la explanada.

—¿Qué son esas mojigangas? ¿Danzas de la lluvia? —Le pregunta Poopaddy al chófer; y, tras escuchar la apurada respuesta del hombre, se la traduce a Giuseppe—:

Su Ilustrísima organiza procesiones diarias de penitentes, como ha pedido Su Santidad. Por los mosquitos, ¿comprende, padre?

Monseñor Nao los recibe en su despacho blanco del nuevo obispado. Tiene la tez clara de la casta de los brahmanes, las manos delicadas... Mira a sus visitantes por encima de las gafas de fina montura dorada, que lleva en la punta de la nariz. Poopaddy interroga al prelado de inmediato:

—¿Por qué hace desfilar a todos los cristianos de la ciudad en procesiones paganas, cuando el virus ni siquiera ha llegado aquí?

El obispo lo mira con asombro.

—Supongo que no desapruueba nuestra absoluta sumisión al Santo Padre, garante de nuestra unidad...

—Solo era una pregunta, monseñor —tercia Lombardi—. Y permítame replantearla: ¿por qué ha considerado necesario celebrar esas procesiones tan a menudo, todos los días, según nos han dicho?

Monseñor Nao sonríe.

—Es usted un hombre educado e inteligente, *father* Giuseppe —dice; y, bajando la voz, añade—: Explíqueme al nuncio que hemos negociado directamente con el Bharatiya Janata<sup>[117]</sup> la organización de las procesiones. Dado que no se trata de una enfermedad india, el partido hinduista ha decidido autorizarlas incluso fuera del recinto episcopal y proporcionarnos un servicio de orden contra los ataques musulmanes. —Triunfal, Nao deja de susurrar—: Es un precedente político, *father* Giuseppe; hay que ocupar el espacio público que nos conceden.

—Comprendo —murmura Lombardi apretando los labios—. Puede estar seguro, monseñor, de que informaremos al nuncio de su iniciativa.

Esa es la toma de contacto de Giuseppe y Thomas con las nuevas prácticas de la cristiandad en la era del Gran Miedo.

### 3.4.4

## MIL MUERTOS

**L**os gemelos del nuncio no ignoran que Occidente es presa de mil terrores. En abril de 2016, monseñor Benelli, sin decir palabra, les desliza sobre la mesa el decreto pontificio que resucita la antigua práctica de los flagelantes. El sucesor de Pedro acaba de levantar la prohibición de las tradicionales procesiones en Castilla y Sicilia.

¿Supone que se extenderán por toda la cristiandad, que florecerán también en las plazas del norte de Europa y de Estados Unidos? ¿Es su promotor? El mundo va a descubrir con estupefacción la pujanza de los Templarios de Cristo, su poder de convocatoria y su talento para la puesta en escena.

A su regreso de Bangalore, cuando ponen al nuncio al corriente de las iniciativas de Nao, los gemelos todavía creen en el celo aislado y estúpido de un hombre. Pero Renato Benelli no se hace ilusiones:

—Monseñor Nao solo es uno entre miles, hijos míos. Esta semana, en todas las ciudades catedralicias de Europa, han empezado las procesiones del mes de María. Y donde los obispos han dudado, algunos curas de parroquia han tomado la iniciativa de organizarías. En toda América Central están desempolvando las estatuas de la Virgen de Guadalupe. Solo se salvan algunas ciudades de Argentina, controladas bajo mano por los jesuitas. Pero no será por mucho tiempo, hijos míos, no será por mucho tiempo. Vamos a rociar el pavimento con la sangre de los flagelantes en toda la cristiandad.

A la semana siguiente, llega a la nunciatura una carta de Lyon.

Es una relación preocupada y preocupante:

Esta tarde he visto pasar bajo mi ventana a decenas de mis conciudadanos con la estameña de los penitentes y descalzos, o bien simplemente en camisa, acusándose de los pecados cometidos...

He visto adolescentes y veinteañeros que iban en cabeza del cortejo, prometiendo permanecer vírgenes hasta el día de su boda, conservar su pureza para agradar a Dios, para mostrar temor de Dios. Todavía no se atreven a decir «para detener el brazo vengador de Dios», pero todo llegará.

Cuanto más duras sean las palabras de Pío XIII y sus templarios, más pusilánimes correrán a hincarse de rodillas ante los altares, más orgullosos se convertirán en cobardes, más cínicos se volverán abúlicos.

En Europa solo quedan algunos hombres y mujeres honrados que aceptan afrontar la parte que de azar tienen sus vidas, que saben que la muerte es una enemiga, nunca un castigo, una recompensa o una justificación.

¿Cómo somos tan débiles que no podemos vivir frente al absurdo y enfrentarnos a él sin querer encontrarle una explicación?

Firma la carta «Isaac».

En las tinieblas de la estupidez y el oscurantismo que se extienden por Occidente, Roma no será, pues, el lugar del que llegará la luz.

## EL TIEMPO DE LAS CATACUMBAS

**E**l año 2016 empezó mal y termina peor. Es cierto que en septiembre la OMS confirma la exclusiva responsabilidad del mosquito en el contagio humano. Para el nigeriano Augustine Gowon, ha llegado el momento de la revancha sobre todos los que defendían la exclusión de los afectados: «Bendigo a todos los que irán a cuidar a los enfermos ahora que ya no les tienen miedo; pero esos creen porque ven, como Dídimo. Bienaventurados los que creyeron sin haber visto».

Pero otra guerra ha comenzado... En las pequeñas parroquias, los dos emisarios del nuncio encuentran interlocutores inquietos, que en ocasiones evocan a unos caricaturescos «degolladores» hinduistas o musulmanes. ¿Paranoia? La tentación del repliegue aflora; en todos los lugares donde eso es posible, pueblos o barrios de pequeñas ciudades, se forman guetos cristianos. Se levantan un poco más las tapias de las grandes propiedades; se hace acopio de provisiones; se organizan rondas por las calles comerciales, porque «la policía hace la vista gorda»... Y, «por si acaso», algunos también se arman, aunque la relación de fuerzas es tan desigual que es preferible idear métodos de huida...

Desde la gran campaña de intoxicación salafí de septiembre de 2016,<sup>[118]</sup> la nunciatura se encuentra en permanente estado de movilización. Ante la amenaza de los islamistas cachemires e indios, y las fanfarronadas de los nacionalistas hindúes, varias comunidades cristianas piden auxilio. Algunas de esas Iglesias no están bajo la tutela del Vaticano; es el caso de los protestantes de Bombay, y sobre todo de la Iglesia siria Mar Thoma de Malabar, pequeña confesión nestoriana<sup>[119]</sup> y «herética» que, no obstante, cuenta con cerca de tres millones de fieles. Los nestorianos piden a Roma algún gesto de apoyo que obligue al agresor a pensarlo dos veces.

Dos días después, el nuncio recibe la respuesta del Vaticano en comunicación cifrada: «Haga saber a esa comunidad que acogeremos a todos aquellos que deseen volver con los católicos dependientes del arzobispado mayor de Kerala.<sup>[120]</sup> Una vez se reintegren al magisterio del sucesor de Pedro, compartirán los cuidados que la Iglesia dispensa a todos sus hijos, cualesquiera sean las circunstancias».

El nuncio redacta una respuesta furiosa, pero luego rasga el papel.

—En el fondo, qué más da... —murmura—. Si nos agreden a nosotros, nos defenderán tanto como a los nestorianos... Somos una cantidad despreciable. — Luego, meneando la cabeza y se pregunta—: Pero ¿qué les habría costado decir simplemente: «Estaremos con vosotros, nosotros los cristianos capearemos juntos la tormenta...»? —Suelta un juramento y pega un puñetazo en la mesa—. ¿Cómo podemos esperar que nos vean como verdaderos discípulos de Cristo, con semejantes

majaderos en nuestros despachos?

Es una de las pocas veces que Renato Benelli se dejará sorprender en flagrante pecado de ira.

En octubre de 2016, aparece en internet un capítulo de la bitácora directamente inspirado por el asunto de los nestorianos:

¿No hay salvación fuera de la Iglesia?

Al parecer, en estos tiempos de dolor, hay que estar con los nuestros. Roma no tiene en cuenta más que a quienes están dispuestos a firmar al pie de la exposición completa del Catecismo. A eso ha quedado reducida la inteligencia dentro de la Iglesia Romana: a firmarlo todo, a no discutir nada, a no hacerse preguntas. Porque, ¡ay de aquel, o aquella<sup>[121]</sup>, que se atreva a discutir un átomo del bloque de certezas! Obedeciendo a esa mentalidad, Roma acaba de condenar a las tinieblas exteriores, y quizá a la muerte, a nuestros hermanos de la Iglesia siriomalabar, que llevan quince siglos sin llamar «Madre de Dios» a María. Es de suponer que la ternura maternal de la Virgen estará enormemente satisfecha al ver a sus irrespetuosos hijos arrojados a los leones por los funcionarios religiosos que nos dirigen...

### 3.4.6

## «¡DÍOS NOS COJA CONFESADOS!»

**P**ero, en ese otoño de 2016, son las presidenciales de Estados Unidos las que acaparan la atención del mundo.

El Vaticano ha considerado conveniente confortar al pastor James en su campaña, aprobando ruidosamente su programa y exhortando a los católicos estadounidenses a elegir al «candidato de la moral y la conciencia, por exigente que sea esa moral», y dar la espalda al candidato «de un apaciguamiento ilusorio, de las transacciones culpables y los arreglos vergonzosos entre quienes eligen la luz y los hijos de las tinieblas»<sup>[122]</sup>.

El discurso de cierre de campaña de James podría ser de la misma pluma:

¿Acaso queremos seguir escondiendo la lámpara de Estados Unidos? ¡Dios desea que Estados Unidos vuelva a ser ese fuego encendido en lo alto de la montaña que trajeron los padres fundadores! Dios quiere incendiar la tierra con su fuego abrasador, para que allende los mares, al otro lado de las Rocosas, bajo el canal de Panamá, más allá de los hielos de Alasita, en todas las tierras americanas y en todos los confines del mundo, nadie blasfeme contra su nombre sin temer su cólera. Estados Unidos volverá a ser esa nación joven y viril, pura y sin tacha, una nación bajo Dios<sup>[123]</sup>, una luz para las naciones.

Y, efectivamente, Estados Unidos eligió el fuego.



3.5.0

# EL FAR WEST



## EL SUÍZO LOCO ENTRE LOS PROTESTANTES

El día de la investidura del pastor James, Giuseppe consulta la bitácora de Simon Cervin. Desde 2012, el sabio suizo vive en el campus de la universidad estadounidense de Princeton<sup>[124]</sup> como un autista genial entregado a sus tareas de investigación, pero también a observar la energía que anima a la hiperpotencia y el oscuro impulso autodestructivo en el que se abisma. Escucha incansablemente las sinfonías de Mahler, para cultivar una «melancolía europea, incluso germánica, romántica», y emborriona páginas electrónicas en las que participa a varios miles de asombrados lectores los puntos de vista de un suizo católico pero heterodoxo, hiperracional y rabiosamente anarquista en el país de la beatería evangelista y el mesianismo nacionalista.

Ese día, escribe el último capítulo de su bitácora americana:

¿Qué propone esta América que entrega su Biblia y su fe a un predicador de opereta? Yo, que llevo tres años encerrado en un laboratorio de este imperio de la locura, creo que solo heridas.

En seis meses de campaña electoral, resulta que he pasado de excéntrico y genial a ser primero un maverick y ahora un freak<sup>[125]</sup>.

El pensamiento original se ha convertido en una amenaza. Este país, que ha creado las estructuras universitarias más libres, el melting-pot más integrador, corre deliberadamente el telón, para no quedarse más que con la idiocia inculta en la que su middle class se ha revolcado siempre, y que ahora pretende blandir como antorcha para iluminar al resto del mundo. Teníamos el «eje del mal», y ahora nos vienen con discursos sobre «el contagio del bien». Cuando se legisla el Bien, cabe temer lo peor...

En vista de que el pensamiento y la inteligencia han abandonado definitivamente el Far West, cuelgo en el perchero mi Stetson y mi Colt de seis balas y me vuelvo a las nieves de mi ermita del Jura, donde intentaré sobrevivir algún tiempo a la neutralidad.

Voy a callarme, mis «queridos hermanos», voy a callarme... No veo razón para hacerme mala sangre predicando en el desierto, puesto que el propio desierto reivindica su estupidez y la enarbola como bandera. No me merecían y no me tendrán más<sup>[126]</sup>.

Otros ecos del seísmo de Washington llegan a la India desde Lyon.

Dos días después de que James jure el cargo, Isaac le escribe a Jacob: «Nuestros amigos bien informados<sup>[127]</sup> ya están seguros de que James va a hacer realidad sus amenazas. Hemos pedido el voto para quien va a chantajearnos<sup>[128]</sup> y ponernos de rodillas; hemos favorecido la elección de un fundamentalista, que nos hará la vida imposible porque nuestra interpretación de la Biblia y la suya no son idénticas. [...] Hemos creído que sus propuestas puritanas eran electoralistas, y seguro que también

en eso nos hemos equivocado. Y ahora, ¿sabremos oponernos al odio al cuerpo y el sexo implícito en su lucha contra el pecado o iremos más lejos que él, seremos más puros que los puritanos y odiaremos tanto nuestro cuerpo que perderemos el alma?».

## UNA BUENA AMIGA

Nueva Delhi ve con preocupación la retirada de Afganistán de las tropas estadounidenses, que dejan a los muyahidines y los *peshmergas* como dueños de las montañas y, poco después, de las ciudades.

James había declarado que Estados Unidos no tenía vocación de ser el gendarme que hiciera respetar las decisiones de la ONU. «El único derecho que nos interesa es el que define nuestro Congreso, garantizado por el Tribunal Supremo. La única legislación que pensamos seguir es nuestra Constitución y la ley de Dios».

En torno a Kabul y en la región este, ya no queda ningún árbitro entre ejércitos, etnias y señores de la guerra; solo quedan ciudadelas, clanes, bandas armadas, columnas infernales...

Con idéntica brusquedad, James corta el grifo de la ayuda económica a los estados «terroristas» (principalmente musulmanes). El Estado central paquistaní, que lleva treinta años recibiendo transfusiones de fondos, se tambalea peligrosamente.

Un viento de pánico sopla sobre el *parquet* de Nueva Delhi.<sup>[129]</sup> Sus empresas viven de las victorias obtenidas en la Organización Mundial del Comercio, y los delirantes anuncios del «pastor loco» bastan para convencer a los inversores de retirarse. El presupuesto estatal para ayudas humanitarias dependientes de los ingresos financieros<sup>[130]</sup> cae en picado: para los desheredados, el pan, el techo y el trabajo empezarán a escasear en cuestión de un mes. Estas son las circunstancias en las que Lombardi conocerá a la ciudadana estadounidense menos jamesiana, menos arrogante, menos aislacionista —y también, añadiría Paddy, menos cómoda—, que quepa imaginar.

Una mañana de marzo de 2017, Thomas invita a Giuseppe a subir al viejo todoterreno.

—Voy a llevarte a conocer a alguien... —dice y, volviéndose hacia él, le guiña un ojo y añade—: Una irlandesa, hermano, una pelirroja auténtica irlandesa nacida en la costa Este de Estados Unidos.

Y, cuando Lombardi sonrío y le pregunta «¿Otra de tus buenas amigas?», a Paddy le entra una especie de tos incontenible.

Quien la conoce sabe qué tiene de irresistiblemente cómico imaginarse a Kate Finley como a una «buena amiga»...

## LOS CÍRCULOS DEL INFIERNO

A medida que se alejan del centro, van penetrando en otra ciudad, una ciudad inmensa, que se extiende a ras de suelo, apenas a la altura del hombre.

Las chozas sustituyen a los bungalows, que habían reemplazado a los edificios de pisos.

Es el reino de las chabolas, de la chapa ondulada, del cartón. Los más afortunados, o los más vivos, han sabido conseguir tela asfáltica. Allí, cuando cae el monzón, hay que hacer turnos para dormir bajo los techos improvisados, porque el suelo está tan empapado que ya no absorbe el agua.

Ahora circulan casi a paso de hombre. Paddy tiende el paquete de Dunhill a su pasajero.

—Coge uno, aunque no fumes. El olor...

El olor y la podredumbre sobrecogen.

Es un moridero.

Un cementerio hormigueante, inmenso, que se pierde en lontananza y cuyos confines, los enormes arrabales que bordean la carretera del aeropuerto, ya conoce Lombardi. Pero más adelante, a lo largo de la polvorienta pista, el territorio de la supervivencia da paso al de la muerte lenta.

*Tchalte hue Tamil Ka shahar*, «la ciudad de los caminantes tamiles»<sup>[131]</sup>.

Cuanto más se adentran en ella, más escuálidos parecen sus habitantes, grandes pájaros huesudos con el vientre hinchado como un odre que cuelga del estrecho costillar, el cráneo sin pelo y la piel tirante sobre las mandíbulas y encogida alrededor del cuello. La lepra corroe las manos, devora los labios, las encías de los mendigos... Aunque en realidad ya nadie mendiga, salvo a los escasos extranjeros; allí nadie da limosna, cada cual tiene que apañárselas para durar otro día. Tiritar. Mascar un trozo de cuero. Crispar los dedos sobre una peladura de fruta descubierta entre el barro, esperar un poco más para comérsela, aguantarse el hambre otra hora...

Las moscas y los niños revolotean alrededor de los muertos para ver lo que aún se puede aprovechar.

Y a los muertos ya ni siquiera les queda la dignidad de los yacentes. A veces se pasan días derrumbados en el suelo, antes de que alguien advierta que su sopor es el sueño definitivo.

Aquí morir es reventar.

—Veía palidecer a Giuseppe, que tenía los labios apretados, blancos —recuerda

Paddy—. No conozco a nadie que haya cruzado la ciudad de los caminantes tamiles la primera vez sin dudar del cielo y de los hombres, sin renegar de todo lo que haya podido decir sobre la caridad. Estás allí, ante aquella gente, y pese a todo lo que crees, pese a toda tu fe y tus buenas palabras, no puedes extender la mano y, simplemente, tocarlos. Son intocables, más allá de la casta, inalcanzables, más allá de toda compasión... Salvo para esas chicas en sari, por supuesto.

## LA IRLANDESA A LA QUE NO LE GUSTABAN LOS ZAPATOS DE GIUSEPPE

**E**l todoterreno frena en seco ante una enorme tienda militar. Bajo la lona, en la penumbra, se adivinan camas de campaña, se intuyen cuerpos... Dos jóvenes en sari blanco orlado de azul van de aquí para allá llevando cubos; son dos indias de gestos delicados, cuerpos sanos, rostros milagrosos en medio de tanta fealdad. Un olor a desinfectante, a incienso, a sulfamidas, a gangrena golpea a los dos sacerdotes como una bofetada.

En el interior de la tienda resuena una voz enérgica, que da órdenes en hindi, aunque el acento es bostoniano. Un instante después, suelta un juramento, pero vuelve a adoptar enseguida el tono profesional para pedir una inyección de morfina. Silencio. De nuevo, la voz, ordenando que laven el cuerpo de una mujer. Thomas entra en la tienda, con Giuseppe pisándole los talones.

—¿Qué coño haces aquí, Thomas?

En el taco hay algo de los muelles de Dublín... «Una auténtica pelirroja irlandesa de la costa oriental». Kate Finley, una silueta blanca en la penumbra, empuja al indio con mano firme y lo hace retroceder.

Bajo la luz aparecen una melena ígnea y un cuello desnudo. El sari blanco parece pequeño para su estatura de chica alta, corpulenta, criada con cereales en las mejores universidades de Nueva Inglaterra. Sus brazos, rosados, rubicundos, salpicados de pecas, parecen hechos para bregar en los muelles.

—¡Joder, Thomas! No quiero que vean entrar curas... No quiero que crean que les robamos a los muertos. —Thomas sonríe, resignado a soportar la cólera de la irlandesa—. ¿Y este quién es? ¿Un turista de la miseria? ¿Un inspector de Roma, que viene a ver si nuestros pobres son *kasher*?

Detrás de Paddy, Lombardi se ha puesto tenso.

—Es mi compañero de la nunciatura, un sacerdote italiano, un exiliado... Giuseppe Lombardi.

Kate mira al nuevo de arriba abajo.

—Pues dile que la próxima vez se ponga otros zapatos. Se los va a manchar, y valen más de lo que haría falta para alimentar a todos estos pobres diablos durante ocho días.

Y vuelve a meterse en la tienda.

—Bien, aquí tienes a «mi buena amiga» —dice Thomas—. Cuando sea arzobispo, pondré una estatua suya en mi catedral.

Es la única que se le resistirá siempre...

Kate Finley no se rendirá nunca a los fraternales encantos de Lombardi, a su carisma. Kate camina por senderos que Giuseppe sabe inaccesibles, prohibidos, senderos que él no puede tomar.

Es hombre, patricio, burgués, intelectual... Demasiados defectos para esa chica rebelde, que hace ya veinticinco años, en cuanto tuvo el título de medicina en el bolsillo, se echó a la carretera, para recalar primero en Calcuta y más tarde en Nueva Delhi.

Nunca ha perdonado a sus padres y sus hermanos que sean unos señoritos, nacidos para perpetuar su estirpe buscándose una mujer inteligente, cultivada y sumisa que les diera hijos y fuera capaz de hablar con elegancia de la carrera de su marido, o de la última exposición de arte contemporáneo.

Nunca ha perdonado a su madre que haya interpretado la comedia de la felicidad, con una correa de plata alrededor del cuello.

Se marchó de Estados Unidos sin mirar atrás.

En la India, empezó a buscar, bajando cada vez más, haciendo sola todo el camino hacia los parias. Dejó las consultas de especialista por las urgencias miserables, y las urgencias por los dispensarios de los arrabales.<sup>[132]</sup>

Cuando su camino se cruzó con el de la anciana albanesa del sari blanco y azul, meneó la cabeza, rechazó la resignación. Antes volver a casa, a tratar a ricos obesos, que acompañar a los moribundos en su agonía sin luchar.

Trabajó para tres organizaciones humanitarias indias. Aprendió a organizar hospitales de campaña, a decidir las urgencias, a hacer la terrible criba, con una mirada, con una palabra, entre los que pasarían la noche y a los que había que alimentar, y los que no la pasarían y había que dejar...

Volvió dos veces a Calcuta, a ver a Teresa, y las dos veces se marchó.

La tercera, se la pasó llorando, y se quedó. Se puso el sari e hizo unos votos que no le costó hacer: la pobreza parece fácil cuando ya se ha renunciado a todo y la castidad no es para tanto cuando se ve a los hombres como animales de presa...

Aceptó, sobre todo, el más duro para la médica, para la eficiente técnica de la nación más eficiente del planeta: aceptó cuidar de los moribundos sin intentar curarlos. Desde ese día, acompaña la gran agonía del mundo, en la que una mano acariciada vale más que toda la ciencia junta. Nunca comprenderá que todos los que se llaman «hermanos de los hombres» no hagan lo mismo.



## LA PARTE QUE FALTA

**P**ara Giuseppe, Kate es una bofetada. La vergüenza de ser rico en el país de la pobreza absoluta. El reproche de ser quien siempre tendrá, haga lo que haga.

Para Kate, Giuseppe, en un primer momento, no fue más que los zapatos de marca que se había traído de Bolonia, convencido de haberlo dejado todo. Y eso fue lo único que ella vio de él.

Kate será una recriminación permanente, una «mala» conciencia que lo acompañará el resto de su vida. Mucho después, Lombardi escribirá unas líneas sobre la pobreza,<sup>[133]</sup> sobre «los pobres, que son los únicos que pueden ayudar a los demás pobres», unas líneas en las que todavía resuena la dolorosa e irremediable impotencia que sintió en el instante de su encuentro con Kate.

Giuseppe Lombardi cultivará esa mala conciencia; se negará a olvidar, a creer que ese don de compasión solo es un carisma más. Como la chica de Boston, cree que el Evangelio tiene esa exigencia; pero él no sabe... No puede. Tal vez no quiere...

Desde ese día de 2017, nunca permanece alejado de Finley demasiado tiempo. Vuelve constantemente, una vez tras otra, al moridero y a la gran tienda; observa a las chicas del sari; les pasa el barreño de agua, las sábanas; a veces, las ayuda a secar un rostro, a calmar una fiebre...

Kate lo tolera, porque no parece un cura, con sus camisas indias de amplios faldones, su pantalón de lino y sus zapatos caros. Más bien hace pensar en un médico extranjero enviado en misión, pero que no sabe nada, que no puede hacer nada.

Suele tratarlo con rudeza. Sin miramientos, sin paciencia.

Al principio, piensa seguramente que Giuseppe cumple ese rito que ha visto cumplir a tantos jóvenes burgueses antes de entrar en la vida, en su verdadera vida; antes de enriquecerse a costa de los que trabajarán en sus oficinas, sus fábricas y sus supermercados.

Incluso cuando comprueba que continúa allí, sigue negándose a hablarle, a dialogar con él, a reflexionar con él. Sabe que las palabras también son poder, y lo rechaza radicalmente.

—La justicia, unos la nombran y otros la practican.

Ni siquiera reza con él.

—Yo, los rezos, los hago con las manos. No puedo decir el padrenuestro teniéndolas cruzadas. ¿De qué le sirve a Dios que se las enseñe, que las tienda hacia el cielo? No me las dio para eso. Prefiere que curen. Así que rezo trabajando.

No obstante, hay algo que Kate sí le reconoce a Giuseppe:

—Es sacerdote. Como deberían serlo todos, realmente. No cree tener cosas mejores que hacer que anunciar la Palabra de Dios, con exactitud. No se cree más inteligente que la liturgia. Cuando dice misa, le miro las manos: son como las mías cuando estoy con los enfermos. No paran de hacer su trabajo, de interceder, de ofrecer, de coger para dar... En esos momentos, tiene manos de trabajador, manos justas. Cuando veo a Lombardi decir misa, sé que está en su sitio.

Durante los cinco años que separan su encuentro del regreso de Giuseppe a Roma, Kate se deslizará muchas veces en la capilla de Santa Teresa, en la casa de los moribundos, donde el sacerdote italiano celebra misa para las monjas. Sin hacer ruido, se sienta en el último banco, y allí se queda. Inútil, como él junto al lecho de un moribundo, escucha mano sobre mano, seguramente agradeciendo a aquel hombre, a aquel burgués, a aquel intelectual, que sepa hacer bien su trabajo.

3.6.0

## ¿EL FINAL DEL TÚNEL?



### 3.6.1

## UN FRESCO VIENTO DE OPTIMISMO

Los últimos días del año 2017 parecen anunciar el final de los padecimientos. Una vez más, el mundo recobra la esperanza. Durante el verano, los epidemiólogos del equipo del profesor Chen Ta, de Toronto, han anunciado el descubrimiento de una vacuna contra el SNOV cuyos primeros resultados son muy prometedores. En noviembre, se inician los tests de vacunación a gran escala.

La diplomacia recupera el protagonismo. La creación de las Nuevas Naciones Unidas es acogida con tanto más entusiasmo en Nueva Delhi cuanto que la India cuenta con un asiento permanente (y derecho de veto) en su Consejo de Seguridad. En la nunciatura, y también en casa de Mary, se dejan llevar por el optimismo general.

Giuseppe ha seguido de cerca la peripecia sanitaria; ahora su hermana trabaja para la OMS como médico jurista y, en cuanto tal, participa en las negociaciones sobre la producción de genéricos con los grandes laboratorios. Por otra parte, ha sido en la OMS donde ha conocido al hombre con el que acaba de casarse, el húngaro Miklos Szabo.

Tras los cambios radicales de la política exterior estadounidense de febrero y marzo, la administración James parece haberse decantado por una «moderación» en la que cabe ver la creciente influencia del muy moderado y muy habilidoso vicepresidente Benjamín Morton. Según el FBI, las redes salafíes con bases en Estados Unidos han sido decapitadas después del ataque informático. Queda por resolver el problema de los «encarcelamientos administrativos» de miles de jóvenes árabes norteamericanos en campos «X-ray», que van a provocar una auténtica sublevación democrática en otras partes del mundo...

## 3.6.2

# MUSLIM PRIDE

**E**n Europa, en torno a Nour Saighi-Morales, los jóvenes reformadores reaccionan anunciando una jornada del «Muslim Pride» en Madrid, Toledo y Londres, para empezar. La convocatoria circula por la Red. «Vamos a demostrar a los sedicentes demócratas estadounidenses dónde está la auténtica democracia. Pese al racismo, la discriminación y las vejaciones policiales, marcharemos pacíficamente por las calles, sin armas ni gritos. Nuestra cólera será nuestra fuerza. Marcharemos con el orgullo de los que eligen las armas del respeto contra los abusos y de los derechos civiles contra la represión».

Los primeros Muslim Pride son auténticos éxitos: una concurrencia alegre e inesperadamente numerosa de la población musulmana de las ciudades y sus periferias responde a la llamada de esos jóvenes y desconocidos líderes para exigir respeto.

Saighi-Morales salta a la palestra: «Los verdaderos musulmanes quieren la democracia —proclama ante las cámaras de la televisión al cierre de la marcha de Madrid—. Yo los invito, os invito, a marchar en todas partes el viernes 16 de junio para hacer oír nuestro grito: ¡Queremos ser libres! ¡Musulmanes y libres!». La Free Muslim Pride del viernes 16 de junio de 2017 congrega a una verdadera marea humana. De pronto, las democracias occidentales comprenden que varios millones de sus ciudadanos se sienten arrinconados en los márgenes de la sociedad. Pero la llamada también se ha escuchado en Egipto, en Argelia, en Marruecos, en Siria. En las capitales árabes, es la mayoría, tanto tiempo amordazada, la que se congrega y grita, no ya «respeto», sino «libertad».

Por fin se ha producido el tan anhelado despertar de la «calle árabe».

Esa tarde, Nour Saighi-Morales vuelve a hablar, y sus palabras son recogidas por los medios del mundo entero: «A los que nos gobiernan, les decimos: el islam no es un problema insoluble; es soluble dentro de la democracia. Y, cuando no nos acoge, la democracia se niega a sí misma. En cuanto a vosotros, déspotas de Oriente que gobernáis a mayorías musulmanas, prestad atención, porque no podemos seguir esperando: lo que reclamamos no es la ley islámica, sino la ley y el Estado de derecho. Que cesen el capricho del príncipe y la arbitrariedad en las tierras del islam; que cesen las legislaciones y las ciudadanía de dos velocidades en el resto del mundo».

Los reformadores se convierten en objeto mediático, las televisiones y los analistas se arrojan sobre sus escritos, desconocidos hasta entonces... Saighi-Morales, sin embargo, se resiste a la sobremediatización. Se comenta su inteligencia. La

universidad egipcia de al-Azhar invita a un miembro del grupo al-Andalus a argumentar su firme condena de los combatientes suicidas. Los medios de comunicación del mundo entero se dejan fascinar por una visión del islam que invita a soñar con el fin de las «bombas humanas».

Frente a lo que los medios califican de «primavera del islam», en esos inicios de 2018 el cristianismo muestra su cara más tensa. Desde el anuncio del descubrimiento de la vacuna, las misas dominicales han perdido público... Pero, siguiendo al pastor James, los protestantes evangelistas se adentran por caminos cada vez más fundamentalistas e intolerantes. Y Roma sigue apostando por la Reconquista y endureciendo la disciplina interna.

## NOTICIAS DE LOS «DÓBERMAN DEL PAPA»

**A** principios de abril de 2018, una carta del Vaticano anuncia a Benelli la visita de monseñor Vlad Effliik. Este eslovaco, templario de Cristo, pertenece a la Comisión de Disciplina Eclesiástica...

Effliik pide que pongan varias habitaciones a su disposición en la nunciatura, además de un lugar de trabajo para su equipo, y que le reserven una capilla para su uso privado. El motivo de la visita no está claro. Oficialmente, se trata de «informar al Santo Padre sobre la situación moral del clero en una tierra donde la presencia cristiana está potencialmente amenazada». Un anejo a la carta enumera los diferentes cableados y conexiones necesarias para la instalación del equipo. Ese punto en particular escama al nuncio. La nota técnica precisa que «uno de nuestros colaboradores dispone de un equipo informático de cierto volumen, que imponen determinados aspectos secundarios de la misión».

El nuncio no despega los labios en cuarenta y ocho horas; ni sus adoradas «nietecitas» consiguen arrancarle una sonrisa.

Benelli tiene motivos para inquietarse, porque lo peor está por llegar. Una nueva carta, tan cortés como de costumbre, se interesa por el siguiente asunto: los colaboradores de monseñor Effliik han comprobado que un sacerdote Fidei Donum, perteneciente a la diócesis de Bolonia, ocupa desde hace años el puesto de secretario del nuncio. Sin embargo, dicho sacerdote está pendiente de una medida disciplinaria por «actos de violencia» cometidos en la persona de su párroco. «Dado que los hechos no han sido instruidos de forma contradictoria debido a la ausencia del acusado, hasta el momento no se ha podido imponer ninguna sanción», precisa la carta. No obstante, Effliik informa al nuncio que querrá consultar el expediente de Lombardi y entrevistarse con él.

Simultáneamente, el arzobispo de Nueva Delhi, Godfrey Anil, recibe una alambicada misiva en la que se le pregunta si está totalmente seguro de la lealtad del sacerdote Thomas Poopaddy, porque, «como sin duda no ignora, un tal Tomás firma un cuaderno de bitácora electrónico que trata de crear un clima de sospecha deletérea en cuanto al modo en que el Santo Padre y sus colaboradores intentan trazar el difícil camino de perfección y heroísmo cristianos». En pocas palabras, el *blogger* Tomás, ¿no será simplemente y llanamente Thomas Poopaddy?

El cardenal Anil pone al tanto a Benelli de inmediato.

Esta vez, el nuncio convoca a sus «gemelos» y les enseña las cartas.

—Mandan a sus dóberman a buscar al *blogger* Tomás —dice el anciano con fingida calma—. Buscarán y, si no encuentran, no dudarán en «romper la caña rajada

y extinguir el pabulo que humea»<sup>[134]</sup>. Destrozarán vidas, por el despecho de volverse con las manos vacías. Los conozco... Los he visto actuar antes, en Brasil y Nicaragua.

Los jóvenes se miran. Thomas no comprende qué pasa. Giuseppe, con voz tranquila, pregunta:

—¿Qué quiere que haga? ¿Que confiese?

El nuncio niega con la cabeza.

—No, Quiero que desviemos sus disparos hacia otros, hacia los celosos servidores del oscurantismo.

—No podemos provocar un error judicial.

—No podemos dejar que pisoteen la luz. Además, tienes dos hijas inocentes que no se merecen sufrir por los riesgos que corre su padre... Podemos aplacar la furia de los verdugos ofreciéndoles una víctima que no sufrirá más en sus manos de lo que sufriría si nosotros volviéramos al poder.

—¿Quién?

—Un obispo... Hará falta eso para apaciguar su despecho. Si les damos un báculo que partir, se conformarán con arruinar una carrera.

Giuseppe asiente en silencio.

—Ya ha pensado en alguien, ¿verdad? ¿Monseñor Nao?

—En dos minutos —me confiará Thomas Poopaddy— tengo que asimilar que mi «hermano mayor» no solamente es un cura boxeador, sino además el autor de esa famosa bitácora, y que para protegerlo el nuncio está dispuesto a destruir a un obispo; que el Vaticano tiene equipos de limpieza que representan un auténtico peligro físico para cristianos sinceros, pero podrían contentarse con destrozar una carrera si el cristiano está situado lo bastante arriba en la jerarquía. Sin duda son los dos minutos más importantes de mi vida sacerdotal, aquellos en los que perdí toda mi ingenuidad... Ningún momento me ha preparado mejor para mi futuro pontificado.

Manifiestamente, Giuseppe Lombardi ya ha hecho ese trabajo intelectual, ese viaje que lleva de la utopía evangélica hasta cierto cinismo, o al menos una *Realpolitik*.



## «TU VIDA POR NADA...»

**E**l nuncio sabe que puede convencer a Lombardi para que sacrifique a sus enemigos otros enemigos, pero tiene que mostrarse aún más persuasivo...

—Debes desaparecer, hijo mío, y durante varias semanas. Si te encuentran, querrán tu piel. Ya la quieren, sin saber que eres el autor de la bitácora. Te has atravesado una vez en su camino, el día en que le pegaste a Barbarigo. Hoy es obispo, y pronto será cardenal... Además, te conozco; si te acusan, no solo confesarás lo de la bitácora, la reivindicarás. Les cantarás cuatro verdades. Violentamente.

Lombardi no replica a ese comentario. Solo pregunta:

—¿Cómo piensa hacerme desaparecer?

—Ya se nos ocurrirá algo... Puedo hacer firmar un certificado de defunción falso. Un estúpido accidente...

—¿Y las niñas?

—Si has muerto, no necesito esconderlas. Podríamos confiar tus huérfanas a Mary unas semanas, mientras esperan para regresar a Italia, con su familia. No se enterarán de nada; creerán que estás en misión.

—Mary nunca aceptará...

—Ya me ha dicho que sí.

Giuseppe se deja convencer. Hará lo que le dicen. Pero, de pronto, se rebela:

—En la carta a Anil piden información sobre Paddy. No quiero que lo quemen en mi lugar.

—Sabré defenderme, Giuseppe. Soy inocente, hermano...

—No tienes ni idea de cómo es esa gente —replica Giuseppe, y se levanta—. No puedo permitir que Paddy dependa de una estrategia... Voy a confesar.

Renato Benelli meneaba la cabeza y, con expresión triste, murmura:

—Proteger a un amigo es la primera preocupación de un hombre valiente. —Y, tras un suspiro, su voz se vuelve dura, como siempre que pronuncia un axioma de la *Realpolitik*—. Hijo mío, la guerra no la hace uno solo; no puedes correr todos los riesgos y evitárselos a quienes luchan a tu lado. ¿O es que pretendes ser el único salvador?

Giuseppe lo mira.

—No me tomo por el Mesías, Papelli. Sé que mi sacrificio no salvará al mundo. Pero no sacrificaré a ninguno de los míos.

Benelli vuelve a suspirar.

—Vas a dar tu vida por nada...

En la puerta, Giuseppe se detiene y se vuelve hacia el nuncio.

—¿Puedo hacerle dos preguntas más, monseñor?

—Adelante, hijo mío.

—¿Cuánto hace que sabe lo de la bitácora?

—Dios mío... Soy un hombre de pasillos, Giuseppe, un diplomático. Y, para sobrevivir en ese mundo, a menudo tenemos que fingir. ¿Cuál es la otra pregunta?

—¿Por qué se pone usted de mi lado?

—Porque no me fío de la policía secreta checa... No, es broma. Voy a decirte una cosa, Giuseppe. Yo no soy demasiado espiritual. No tengo ni la valentía para hablar como Assoumou, ni la necesaria para combatir a esa gente como lo haces tú. Pero ¿has oído hablar de monseñor Guido?

—No. ¿Un italiano?

—Un italiano muy, muy viejo. El obispo de Asís en tiempos de Francisco. Cuando el *poverello* se lo quitó todo delante de su padre, fue monseñor Guido quien lo cubrió con su manto y le ofreció su protección. Tú no eres Francisco... Pero has recibido asilo aquí, y nadie te tocará mientras estés en mi casa. Se lo prometí a Morro y ahora te lo prometo a ti.

Cuatro días después de esa conversación, Giuseppe es secuestrado por el grupúsculo armado clandestino nestoriano Mar Thoma de Malabar. El comunicado que recibe la prensa informa de que «el enviado del nuncio permanecerá detenido mientras se mantenga el clima de tensión con las comunidades mayoritarias. Su vida dependerá de la suerte que corran nuestros prelados. Puede que de este modo Roma utilice su influencia para que Nueva Delhi nos proteja».

Tres semanas después, cuando el inquisidor Effliik llega a la capital india, no puede evitar sorprenderse ante la similitud entre el nombre de ese ejército de Mar Thoma y el alias del *blogger*<sup>[135]</sup>.

3.7.0

# EL GRAN INQUISIDOR



## EL SEÑOR DE LA GUERRA

Monseñor Vlad Effliik es un hombre educado y paciente. Si no fuera por el austero traje reglamentario de los templarios, casi se lo podría encontrar simpático; si no fuera por eso y, sobre todo, por la pinta de los «hombres de negro» que lo siguen. Todos van uniformemente ataviados con un terno cruzado de un negro de pura antracita. La camisa negra del *clergyman* deja entrever un milímetro de alzacuello blanco. En los pies, llevan mocasines, también negros e impecablemente lustrados; en las manos, el inevitable maletín negro, del que no se separan nunca. Lo único que distingue a Effliik de los demás es la gran cruz episcopal.

Bajo el atuendo de simple eclesiástico, se oculta un señor de la guerra, de las operaciones psicológicas, de la guerrilla espiritual, del ataque místico...

Sus armas son la insinuación, la deformación, la delación... Practica la manipulación de las conciencias en nombre de Dios, del bien superior de la Iglesia y de la fidelidad al Magisterio, así como en evitación del escándalo a los humildes... Su victoria es la confesión que libera y la autocrítica, que él disfraza de confesión general. Deja tras sí almas devastadas, espíritus destrozados, vestigios de vida.

Los primeros días, en lugar de abordar el asunto del *blogger*, monseñor Effliik intenta maniobras de intimidación contra el cardenal Anil. Se trata de convencerlo de que estaría en mejores condiciones para luchar contra el cáncer si dimitiera. El objetivo de Effliik es claro: «limpiar» algunas grandes sedes episcopales, habitualmente cardenalicias, para permitir al pontífice mexicano que renueve rápidamente el Sacro Colegio y asegurar la perpetuidad del poder conservador.

Pero el cardenal no está dispuesto a rendirse al cáncer ni a la peste mexicana.

Cuando los templarios abordan por fin la cuestión del *blogger*, están de un humor de dóberman, y aplicarán sus «métodos» a Thomas Poopaddy sin paliativos.

## EL MEOLLO DE LA CUESTIÓN

—**T**—enían unos expedientes enormes sobre todas mis actividades —cuenta Thomas—, y sobre todos los miembros de mi familia, que mezclaban lo cierto, lo impreciso, lo falso y lo innoble. Al principio, pensé que mi inocencia era mi mejor defensa, hasta que comprendí que, a sus ojos, solo había culpables desdeñables, culpables manipulables y culpables condenables.

»Pero sin duda lo peor es el método, porque en el fondo pisotea, caricaturizándolo, aquello a lo que hemos consagrado nuestra vida.

»Estaba convocado muy temprano, a las seis y media de la mañana. El primer día salí de casa sin haber desayunado realmente, porque en la nunciatura nunca falta una taza de té, fruta y bizcochos. Pero iba a esa zona particular de la nunciatura que estaba totalmente en manos de los templarios. Los chicos de Effliik estaban todos allí, hablando bajo y en tono mesurado. Me dijeron que, para empezar, había que “ponerse en las manos de Dios, que es el único capaz de abrir los corazones para que la luz de la verdad brote entre las astucias de nuestro orgullo. Solo entonces seremos capaces de un arrepentimiento sincero y nos atreveremos a arrojarnos como niños confiados a los brazos de quien puede salvarnos”. Así que me invitan a unirme a ellos para celebrar el oficio de los laudes y luego la santa misa. Para empezar, celebran en latín. Por supuesto, mi breviario está en inglés, y los de la nunciatura, en italiano; así que me quedo callado como un mudo, mientras los otros seis participan en unas devociones cuyas reglas desconozco. Al entonar el Cántico de Zacarías, me miran como un solo hombre, y yo me siento absurdamente avergonzado por no saber latín. La misa se celebra sin solución de continuidad; oficia el propio Effliik, que no invita a nadie a concelebrar, pese a que todos los presentes somos sacerdotes. En el momento de la consagración, los otros cinco se hincan de rodillas, estola al cuello. El gesto me parece paradójico, y acabo quedándome de pie, aunque comprendo que más tarde tendré que explicarlo. La misa termina con un himno a la Virgen, también en latín, que balbuceo lamentablemente. Son las ocho y cuarto; pienso en el té humeante que habrán preparado las hermanas. Ahí es donde empieza el método Effliik. Antes de abandonar el altar, se dirige a nosotros: “Tengo que tratar algunas cuestiones urgentes. Padre Arturo, padre Augustus, padre Christopher, los necesito. En cuanto a usted, padre Poopaddy, puede prolongar sus plegarias en compañía de los padres Steven y Stefano. Estoy seguro de que apreciará este intervalo de calma, en medio de una vida que sé muy ocupada en el servicio de nuestra Santa Madre la Iglesia”.

»Y allí me tienes a mí, encerrado en la capilla con dos templarios, que se hincan de rodillas y se sumen en una profunda meditación, mientras yo veo esfumarse mi

taza de té. Decido hacer de la necesidad virtud, diciéndome que una hora de plegaria no le hace daño a nadie. Pero, como estar de rodillas siempre me ha parecido una incomodidad espantosa, me siento en el suelo con las piernas cruzadas, como estoy acostumbrado a hacer. Pasada la hora, empiezo a impacientarme. Hacia las once, uno de los otros tres, Christopher, creo, entra en la capilla, se acerca a uno de sus colegas y le susurra algo al oído. Este último se levanta y sale de la capilla. Christopher, que se queda en su lugar, tras decirme que monseñor lamenta enormemente el contratiempo, propone que recemos un rosario para rogar a María que asista con su maternal solicitud a nuestro pobre compañero el padre Lombardi, con el fin de que encuentre en ella todo el consuelo que necesita para soportar la prueba de su cautividad. Conque nos lanzamos a un maratón de avemarías salteadas de padrenuestros, de los que no tardo en perder la cuenta, porque no he cogido el rosario. Intuyo que también de eso tendré que responder.

»Es más de mediodía cuando vienen a decirnos que monseñor requiere nuestra presencia. Alguien ha tenido el detalle de traer seis cuencos de arroz, una jarra de agua y unos vasos. Effliik me explica que sus templarios y él han decidido iniciar un tiempo de ayuno por “nuestro” desventurado amigo. Los cuencos son para los que deseen sustentarse ligeramente. Por supuesto, ninguno de ellos come, y yo sigo su ejemplo.

»Effliik me propone acompañarlo a dar un paseo por el jardín. Se muestra amistoso y atento, se interesa por la salud de mi padre, “un hombre admirable”, y me confiesa que le encantaría visitar la rosaeda de mi madre. Consigo reprimir el impulso de invitarlo, consciente de que aquel hombre está intentando manipularme. Effliik se da cuenta de que lo he calado y pone punto final a la charla. “Bueno, vamos a echarle un vistazo a ese expediente”.

»Fue entonces cuando empezó el increíble examen de todo lo que había podido decir y escribir durante casi veinte años, desde mis disertaciones de estudiante hasta el sermón que pronuncié un día entre semana ante unas religiosas, a más de tres mil kilómetros de Delhi. Effliik habla poco; deja que los demás hagan el trabajo sucio. Hace de “poli bueno”, habla de vez en cuando a mi favor y me disculpa alegando simple torpeza: “Seguro que el padre Poopaddy no quería decir eso”. Cuando dejaron que me marchara, tras una última plegaria en común, ya era de noche. Tenía más hambre que un tigre, estaba agotado y la cabeza me dolía horrores. Ahora ya sabía que eran unos cerdos.

»Al cabo de siete días de ese régimen de interrogatorios, mezclados con ejercicios piadosos, llegué a preguntarme realmente si Giuseppe se merecía que dejara a aquellos lobos hacer pedazos mi vida, desfigurar mi fe, insultar a mi familia, cuando él se había quitado de en medio tan oportunamente, dejándonos solos frente a aquellos perros... Puede que, si hubieran seguido trabajando de aquel modo un día más, me hubiera derrumbado... Pero ocurrió lo siguiente: durante un interrogatorio, uno de los templarios masculló alguna cosa de la que solo entendí que me llamaba

«sucio mono». Yo lo miré a los ojos; sentía la quemazón de las lágrimas, pero sabía que era él el primero que había perdido los nervios, y le dije: “Desaparece... Desaparece de mi vista ahora mismo, maldito europeo arrogante, vete a joder a otra parte... Y no vuelvas a acercarte a mí jamás, si no quieres que te parta la jeta y cuando te deje no te conozca ni tu madre”.

»Y eso fue lo que los convenció de mi inocencia. Que estuviera tan furioso como para amenazarlos físicamente. No sé si eso revela la retorcida psicología de unos torturadores o su experiencia... Puede que en el fondo ningún culpable se atreva a amenazar a sus verdugos.

En todo el tiempo que duraron los interrogatorios, Poopaddy no recurrió a nadie. Se enfrentó a ellos solo, sin más arma que los pantagruélicos desayunos que devoraba con determinación todas las mañanas; unos desayunos de deportista, saturados de azúcares lentos.

—El triunfo de la dietética sobre el lavado de cerebro —resumirá Paddy.

Tras esa terrible semana, las sospechas se alejan de la nunciatura. Entretanto, en Roma se ha hecho entender al círculo del Papa que no conviene atacar a la ilustre familia Poopaddy salvo en caso de «culpabilidad incuestionable». Es una forma de «protección» que los destructores de vidas se toman en serio.

Monseñor Vlad Effliik consigue al fin que el nuncio le permita examinar su agenda y su libreta de direcciones. Dos días después, la «delegación» coge un vuelo a Bangalore; ahora es monseñor Nao quien va a entrar en el ojo del huracán. La agenda de Benelli, convenientemente maquillada y «reajustada», ha hecho maravillas...<sup>[136]</sup>

Un mes más tarde, monseñor Effliik regresa a Roma llamado por sus superiores: la crisis alemana ha comenzado, y la mano de hierro del eslovaco será más necesaria allí...

## «SI LE OCURRIERA UNA DESGRACIA»

**M**enos de una semana después del secuestro de Giuseppe, las dos hermanas Lombardi aterrizan en el aeropuerto de Nueva Delhi. Anna tiene treinta y cinco años y lleva diez meses casada con Miklos Szabo, médico como ella, con quien vive en Ginebra. Marina, de veintinueve, vive (mal que bien) de su talento, ya reconocido, como violonchelista. Su base sigue siendo el domicilio de los Lombardi en Bolonia.

Cuando les llega la noticia del secuestro, los Lombardi declaran el zafarrancho de combate. Miklos adelanta una gira asiática prevista para mucho más tarde con el fin de poder reunirse con su mujer y su cuñada en Nueva Delhi unas semanas después. En caso de que el secuestro se prolongue, decidirán sobre el terreno si conviene llevarse a las niñas a Bolonia.

En el aeropuerto, las dos hermanas son recibidas por el nuncio en persona, que las lleva directamente a casa de Alan y Mary. Benelli las tranquiliza:

—No se preocupen por su hermano. Conozco ese grupúsculo y sé que no asesinarán a un sacerdote católico. Pero la detención podría durar varias semanas, o incluso uno o dos meses... —Y a continuación les da esta consigna—: Sobre todo, no llamemos la atención sobre el secuestro innecesariamente. La condición para que todo salga bien es una discreción absoluta.

Y, mientras dice esas palabras, las mira con una fijeza de serpiente que durante años hará que las dos hermanas se sientan ligadas por un pacto de silencio.<sup>[137]</sup>

A su llegada, descubren que Giu se ha creado otra familia en la India. Clara y Cecilia están contentas y protegidas, y no saben nada sobre la situación. Anna lo resume así:

—La única razón por la que estábamos allí era llevarnos a las niñas si a Giu le ocurría una desgracia. Marina y yo nos pasamos esas semanas obsesionadas con lo que les diríamos a las pequeñas si...



## ANTE EL INQUISIDOR

**P**asa un mes. Los Poopaddy han instalado a las Lombardi como a dos miembros más de la familia. En su gran casa, las italianas descubren ese arte de vivir tan singular en el que la dulce indolencia reina sobre un enjambre de personas, de primos grandes y pequeños, de bulliciosa domesticidad. Los días de descanso escolar, las hermanas visitan pese a todo los alrededores de la capital, en largas excursiones con sus sobrinas, bajo la protección, discreta pero armada, de Joseph, un primo de Paddy.

Cada dos días, el nuncio se pasa por el santuario de los Poopaddy, informa sucintamente a las familias italiana e india y se encierra con Alan.

—Parecía muy confiado respecto al desenlace del secuestro —recuerda Anna—, pero casi irritado, como si nuestra presencia representara una complicación. Después lo comprendimos.

Hacia mediados de mayo, un individuo se presenta en casa de Mary e invita a las jóvenes italianas a la nunciatura, con el fin de «estudiar con el enviado especial de la Santa Sede las disposiciones tomadas para la rápida liberación de Giuseppe Lombardi». Esa misma tarde, Renato Benelli habla con ellas largo rato. El 17 de mayo de 2018, Anna y Marina conocen a monseñor Vlad Effliik.

En esos momentos, la investigación del inquisidor se encuentra en un punto muerto. En los cibercafés de Nueva Delhi, no ha conseguido ninguna información aprovechable, y su estrategia de «presión» no está dando frutos. Ni una pista, ni una brecha interesante...

Antes de volar a Bangalore, su instinto de depredador le dice que vuelva a husmear la pista de Lombardi...

La entrevista es breve. Está claro que a monseñor Effliik lo que le preocupa no es liberar a Giuseppe, sino encontrar una razón que justifique su secuestro. ¿No tendrá una importancia particular, que podría explicar que los secuestradores se hayan interesado por él?

Anna se esfuerza en hacerle entender que no han visto a Giuseppe desde hace casi tres años; en consecuencia, difícilmente pueden saber a qué otras actividades podría dedicarse su hermano allí. Todas las personas con las que han hablado se refieren a él como a un buen sacerdote y un inestimable colaborador del nuncio.

Effliik cambia de estrategia y se vuelve hacia Marina:

—Pero, para usted, la ausencia de su hermano debe de hacerse sentir todavía con

más dureza... Me han explicado que vive sola. ¿Quizá piensa usted en consagrar ese celibato, como su hermano consagró su viudez?

Marina sonríe.

—Giuseppe consagró su matrimonio, no su viudez. Pero me temo que es usted incapaz de captar el matiz. En cuanto a mí, permítame tranquilizarlo: mi soledad es relativa. En nuestra época, una mujer de veintinueve años que viaja por el mundo sabe hacer amigos, e incluso, de vez en cuando, amigos íntimos. Simplemente, todavía no he encontrado al hombre adecuado. —Monseñor Effliik cree haber descubierto su brecha y se dispone a ensancharla; pero Marina lo ataja—: Y nada de lecciones de moral sobre mis revolcones, monseñor... Usted solo quiere saber si Giuseppe podría ser ese *blogger* que tanto le intriga; su liberación le trae sin cuidado...

—Puedo...

—Usted no puede nada, monseñor —tercia Anna—. Somos ciudadanas italianas y, como ya no estamos en la Edad Media, usted no tiene ningún poder sobre nosotras. Hemos venido a la nunciatura por voluntad propia. Y nos vamos a marchar del mismo modo. Y, si intenta usted crearnos cualquier tipo de problema, le juro una cosa; informaré de sus métodos a mi gobierno y a la organización internacional para la que trabajo... Y a los medios de comunicación.

Esa misma tarde, llega a la nunciatura un despacho cifrado. El *blogger* Tomás ha vuelto a tomar la pluma electrónica.

Al día siguiente, Vlad Effliik coge el avión para Bangalore, convencido de que el italiano no participa en modo alguno en la campaña de desestabilización. La suerte del sacerdote secuestrado ya no le interesa.

El 6 de junio, cuatro días después de la marcha definitiva de Effliik, y al siguiente de la llegada a Nueva Delhi del asesor Szabo, aparece un nuevo comunicado del ejército clandestino nestoriano Mar Thoma de Malabar:

En el día de hoy, hemos liberado al sacerdote Lombardi, ministro de la Iglesia católica. Está libre y en buen estado de salud. Pese al desmedido dispositivo policial desplegado por el Estado totalitario hinduista, hemos podido llevar a cabo el secuestro, la retención y finalmente la liberación a varios miles de kilómetros de la costa de Malabar. Somos fuertes y seguiremos siéndolo. Esta liberación no es una confesión de debilidad, sino una simple medida de clemencia hacia un prisionero de guerra.

3.8.0

# EL ASUNTO MAR THOMA



## LA SALIDA DEL ROLLS

Cuando su familia se reúne con él en la sede episcopal, ante cuya entrada lo han liberado los secuestradores, Giuseppe Lombardi está bien vivo. Bien vivo y muy serio.

Los Poopaddy han pensado que era mejor que las niñas no fueran a buscarlo, para que no comprendan a última hora la gravedad de lo ocurrido. De modo que es con Marina y con Anna con quien Paddy se dispone a coger el coche para ir a por su hermano, cuando —hecho único en los anales familiares de los últimos ocho años—, Alan sale de la biblioteca y declara:

—Yo también voy.

De pronto, la casa parece temblar sobre sus cimientos. Thomas, comprendiendo que es uno de esos momentos extraordinarios en los que todo lo que regía el mundo cambia, hace la pregunta:

—¿Podemos coger el Rolls, papá?

Muy serio, el anciano asiente.

Y, a bordo del cochazo, la delegación Lombardi-Poopaddy se pone en camino hacia la sede episcopal. Por una vez, Paddy es un conductor totalmente concentrado; detrás, las dos hermanas se mueren de impaciencia, mientras que, delicadamente posado en el asiento de cuero, casi perdido en un rincón del benemérito cochazo, el viejo patriarca permanece impassible.

Benelli los espera al pie de la gran escalinata. Es él quien ha llamado para anunciarles la liberación. El nuncio recibe a Alan sin asomo de sorpresa.

—Nos espera arriba. Está bien, está...

Las italianas no se quedan a escucharlo; ya han subido la mitad de la escalinata.

—Llevábamos ocho semanas esperando con el corazón en un puño —explica Anna—. Pero ya hacía tres años que nos habían arrancado a nuestro hermano. Nada ni nadie habría podido impedirnos estrecharlo en nuestros brazos.

Y Marina recuerda:

—Entramos en el despacho de monseñor Anil como una exhalación. Giuseppe estaba de pie en medio de la sala. Había adelgazado considerablemente y estaba muy pálido, él que siempre está tan moreno. También había encanecido un poco, en las sienes... Pero parecía lleno de vida, fuerte; solo estaba agotado. Crucé el salón casi corriendo, para ser la primera en abrazarlo...

Detrás de ellas, el nuncio, el «sucesor» y el viejo patriarca entran en el despacho, Paddy, aliviado y contento de ver a su gemelo, y los dos cómplices de la biblioteca, con cara de satisfacción. Ante su escritorio, el austero arzobispo jesuita se

impacienta.

## LOS SECUESTRADORES IMPASIBLES

**A**nna recuerda:  
—Monseñor Anil nos dijo que seguramente íbamos a oír cosas que tendríamos que mantener en secreto para siempre.

»Giu respondió a varias preguntas sobre su detención. La comida, escasa; los dos cambios de sótano y la gran casa de las dos últimas semanas; el reloj y la Biblia que le habían dejado tener... En unas cuantas frases, explicó cómo empleaba el tiempo, y que todas las mañanas hacía un par de horas de gimnasia. De pronto, se puso serio. “Luego, durante las dos últimas semanas, tuve tiempo para reflexionar sobre vuestra carta”, dijo volviéndose hacia Benelli y Alan.

»Marina y yo miramos a los demás... Paddy ignoraba, como nosotras, que hubiera habido contactos. El nuncio y Alan se limitaron a asentir.

»El cardenal, un tanto molesto, tose. “A mí tampoco me lo contaron hasta hace unos días...”. “Ya sé que usted no tiene nada que ver”, le dice Giu. El que se enfada es Paddy: “Perdonen, pero ¿podrían explicarnos de qué están hablando?”. Los tres ancianos miran a Giuseppe, esperando sin duda que sea él quien lo explique... a su manera.

Giuseppe se vuelve hacia sus hermanas y su amigo y dice:

—Alan y Papelli me hicieron llegar una carta en la que me anunciaban que iban a dejar que mi secuestro se prolongara hasta que mis enemigos se hubieran ido con la música a otra parte... Añadían que las condiciones de mi detención mejorarían sensiblemente, pero que era absolutamente necesario que no intentara huir. Si lo entendí bien, debo mi secuestro, mi retención y más tarde mi liberación a estos dos caballeros. Supongo que aprovecharon sus contactos con los nestorianos para simular un secuestro creíble. Habían decidido retirarme de la circulación hasta que pasara el peligro, ya que no era lo bastante sensato para esconderme yo solo... ¿No es así?

Giuseppe se vuelve hacia Alan y Benelli, que siguen impassibles. Ha empleado un tono mesurado, pero su forma de decir «estos caballeros», refiriéndose al nuncio y el patriarca, no presagia nada bueno... El anciano indio ni siquiera parpadea, pero Benelli, sin sonreír, responde:

—Efectivamente. Había que protegerte, proteger a tus hijas, proteger tu bitácora... —Y añade—: Por cierto, tuve que escribir un capítulo de tu bitácora, para que Effliik se fuera a buscar su presa a otra parte.

Se produce un largo silencio, durante el que todo el mundo espera la respuesta de Giuseppe.

Pero no la hay. Sus hermanas se han quedado pasmadas. Paddy no puede más y

explota:

—Papá, ¿de verdad has hecho eso? ¿Te has atrevido...? ¡Di algo, joder!

## «LA MEJOR OPCIÓN»

Es Benelli quien, haciendo caso omiso de Paddy, toma la palabra:

—No sé si crees que te debemos excusas, Giuseppe, pero estamos convencidos de que elegimos la mejor opción.

Giuseppe cierra los ojos. Luego mira a los dos secuestradores aficionados.

—¿Excusas? Me habéis privado de mi libertad dos veces, decidiendo que no debía enfrentarme a mis enemigos y, luego, manteniéndome aislado del mundo durante dos meses. Si nos hubiéramos visto las caras hace unos días, os habría respondido en otro tono y, a continuación, me habría subido a un avión para enfrentarme a Effliik... —Un silencio—. Pero he reflexionado. —Sonríe—. Puede que sea otro caso de síndrome de Estocolmo... —Vuelve a ponerse serio—. He tenido mucho tiempo para reflexionar. —Su respiración parece un suspiro—. Creo que a veces conviene aplicar a nuestra vida los principios que rigen el resto de nuestra acción en el mundo. No creerse superior, capaz de desafiar solo al peligro, mientras se intenta evitárselo a todos los demás... —Una pausa—. No ser... orgulloso. —Se vuelve hacia Thomas—. Estaba convencido de que podía enfrentarme a Effliik, Paddy, y en cambio a ti te creía incapaz... —Otra pausa—. Pero supongo que has sabido hacerlo, puesto que estás entero...

—Ya te contaré. Y tus hermanas también...

—De acuerdo. Bien... Seguramente es demasiado pronto para intentar aclarar todo esto, pero no os pido ninguna excusa. Me habéis dado una lección. Y es difícil de encajar. Todavía no me siento con ánimos de daros las gracias, pero estoy seguro de que ese momento llegará. —Luego, se levanta y dice—: Ahora, me gustaría ver a mis hijas... Monseñor, si es posible, preferiría ahorrarme una ceremonia: los medios de comunicación.

Godfrey Anil asiente:

—La reduciremos al mínimo.

Por el camino, Giuseppe hace desviarse al Rolls.

—Es la segunda vez que me pierdo el cumpleaños de Cecilia, y ni siquiera la he llamado. No quiero que piense que he estado de viaje tanto tiempo y no me he acordado de traerle un regalo.

La comida del reencuentro se desarrolla en un ambiente extraño. No se puede celebrar la liberación ruidosamente, a riesgo de descubrir el pastel delante de las niñas. A los cafés, reina una alegría contenida, puesto que unos saben la verdad y los



otros la ignoran.

—El *brother* Giuseppe me lo contó todo poco antes de marcharse, el año en que murió Alan. Entonces comprendí por qué habían vuelto todos de la diócesis tan circunspectos.

Por suerte, mientras saborean un té en el jardín, Marina, con su habitual timidez, murmura:

—La verdad es que hay otra buena noticia... Me caso este verano, con Joseph.

Todas las tazas se detienen a unos centímetros de los labios, y un par incluso derraman su contenido sobre el césped inglés.

## «PERO SI SON INDIOS...»

La boda se fija para finales de septiembre.

Pietro y Monica Lombardi llegan seis semanas antes.

Monica lo cuenta así:

—Mientras cruzábamos la terminal del aeropuerto, no puede decirse que nos sintiéramos en la India; era uno de esos espacios internacionales que se parecen en todas partes. Tuvimos que esperar el equipaje un buen rato. Entretanto, mi mente jugaba con las imágenes que tenía de ellos, con las fotos y las filmaciones que nos había enviado Giu...

»Nos esperaban los tres delante de la puerta, mi hijo, el más alto entre la gente, y recuerdo que pensé: “Pero si son indios...”. Me había preparado mentalmente para todo: Clara y sus once años, ya casi una adolescente; Cecilia, que ya no sería ninguna criatura, y mi hijo, más delgado después del secuestro y con las sienes un poco grises, como me decía en su último mensaje. Pero no esperaba que tres años allí los hubieran convertido en habitantes del país. Estaban muy morenos, llevaban el pelo más largo de lo que imaginaba y vestían ropa de unos tejidos y un corte nuevos para mí. Hasta su recibimiento, su tranquilidad, contrastaban con nuestro nerviosismo y nuestra exaltación. La lentitud de los abrazos, las palabras cariñosas dichas con contención... Estaba claro que aquello no era Italia.

»Subimos al coche que el nuncio había puesto a nuestra disposición. Giuseppe le dijo unas frases en hindi al conductor y luego se volvió hacia nosotros. “Vamos a comer en casa de Mary y Alan, la familia política de Marina —nos explicó—. Quieren que os quedéis allí... Estaréis muy a gusto, y a ti, mamá, te va a encantar. Pero esta noche cenaremos en nuestra casa”. Yo asentí. Nuestro hijo hablaba como si hubiéramos ido a pasar un fin de semana con él, en una provincia un poco alejada, como si nos hubiéramos visto en Bolonia hacía un mes.

Para Clara y Cecilia, el mes y medio de vacaciones que precede a la boda es como un sueño. Tienen a sus abuelos, totalmente volcados en el reencuentro, tienen a Papelli y las monjas de la nunciatura, que rivalizan en imaginación para conservar un poco de su tutela sobre ellas, y son las reinas de la rosaleta, las niñas bonitas de Mary, de Marina, de Joseph...

En dos ocasiones, salen de viaje con su tía, su futuro tío y sus abuelos durante una semana —lo que no habían hecho en tres años de exilio—, la primera, para visitar Rajastán y la segunda, la costa del sureste.

De vez en cuando, Giuseppe frunce el ceño y dice que no las conviertan en reinas, porque «las reinas son despóticas». Pero Papelli replica que también las hay buenas.

Varias Veces por semana, se juntan todos para cenar en casa de Mary. A los postres, Papelli desaparece con Pietro para sentarse con Alan en la sala de fumadores alrededor de unas copas de jerez e intercambiar sus respectivas experiencias sobre las relaciones entre Oriente y Occidente.

Una noche, Alan pide a Giuseppe y Paddy que se unan a ellos. El anciano ha extendido sobre la mesa los textos de todas las declaraciones pronunciadas por Nour Saighi-Morales y sus amigos reformadores desde el mes de enero.

—Este es el resultado de la esperanza desmesurada: la exasperación y, al final, las amenazas.

Los textos, leídos los unos a la luz de los otros, resultan inquietantes. Los jóvenes intelectuales musulmanes constatan el fracaso de sus intentos de integración en las democracias occidentales. Uno de los últimos comunicados de Saighi-Morales empieza por acusar y acaba amenazando:

Las democracias europeas son teocracias electivas que, afianzadas sobre sus raíces judeocristianas, no toleran a los creyentes de otras confesiones y les niegan el acceso a la auténtica ciudadanía.

Durante estos tres últimos años hemos visto que, mientras a nosotros nos controlaban día tras día, los católicos se apropiaban del espacio público. Los medios de comunicación se han hecho eco de las prédicas más oscurantistas. Y ahora esas «democracias» son las aliadas del paladín evangelista de la nueva cruzada, que mantiene en prisión a varios miles de jóvenes por el simple hecho de ser musulmanes. ¡Si la democracia está reservada a los cristianos, que lo digan! ¿Tendremos que esperar a que desaparezca el cristianismo para ocupar nuestro lugar?

Es una pregunta que suena a profecía.

## LA LIBERTAD DE MONICA LOMBARDI

La boda de Marina y Joseph es magnífica. La misa se celebra en una tienda de seda instalada en el jardín de los Poopaddy, y la offician los dos gemelos.

—Yo saqué toda la panoplia —recuerda Paddy—, los ornamentos más increíbles y atrevidos que se hayan podido inventar para celebrar una liturgia católica. Pero Giuseppe no quiso saber nada de todo aquello; se contentó con su alba y una sencilla estola. Fue un contraste muy conseguido, el multiculturalismo litúrgico en acción... Aparte de eso, ese día inventamos la homilía dialogada a dos voces. Fue un poco larga, lo reconozco, pero quedó muy bien. Y, además, Marina y Joseph serán los primeros novios casados por dos futuros papas durante mucho tiempo.

Bajo el cielo indio, perfumado por el humo del incienso que asciende del jardín, comienza una larga noche de música. De vez en cuando, los artistas que tocan el sitar y la tabla hacen una pausa para que los italianos canten, y por supuesto Giuseppe no se hace de rogar.

En el jardín de Mary, mientras las notas se desgranán, el hijo se sienta al lado de su madre.

—Bueno, Monica, ahora ya está. Ahora ya eres libre del todo.

—Del todo, sí. Marina es feliz, y aprenderá esta música increíble... Mañana, Anna os anunciará que espera un hijo, mejor dicho, son dos... Pero debería haber dejado que fuera ella quien te diera la sorpresa... —La coquetería de Monica hace sonreír a su hijo—. ¿Y tú? Tú has encontrado un país de adopción, una segunda familia, sobre todo en Paddy... y Mary...

—¿Te molesta un poco?

—Ya sabes que todas las madres nos creemos insustituibles. Pero, en el teatro de la vida, puede que ese no haya sido mi mejor papel... Pietro lo deja definitivamente —dice Monica cambiando de tema—. Por fin vamos a poder reencontrarnos, como soñábamos desde hace tiempo.

—¿Va a dejarlo?

—Ya lo ha dejado. Tu padre puede decir que está de vacaciones, pero lleva tres meses jubilado, Giu. Pero ya te lo contará él. Seguirá viajando por el mundo para dar sus conferencias, pero iremos juntos, como dos amantes, de hotel en hotel.

Giuseppe sonrío.

—Me temo que os robé unos cuantos años de vida amorosa después... después de la muerte de Chiara.

—Vosotros tres, luego el SNOV... Es verdad, pero tú no nos robaste nada, Giu. Os los dimos nosotros, porque quisimos hacerlo.

Pietro y Monica tienen previsto marcharse dos semanas después. Lombardi espera hasta el día anterior para hablar con su hijo. Como de costumbre va directo al grano, sin circunloquios. Le anuncia que lo deja: ahora la vacuna contra el SNOV solo es una cuestión industrial.

—Tu hermana se ha ocupado de eso durante algún tiempo. Pero también va a tener que distanciarse...

—Explícate.

—Ya sabes que el origen de la vacuna fue nuestro lisado, y que en cierto modo Tito Livio y yo le debemos el Nobel a vuestras vacas... Seguramente, ya no recuerdas en qué condiciones cedimos la explotación y los derechos de la patente; Rustu y yo recibimos el diez por ciento de las acciones de Noah Inc., porque era la única forma de que el laboratorio pudiera pagarnos algo. Solo que, desde el anuncio de la explotación del lisado, las acciones han subido como la espuma. En unos meses, el valor de Noah Inc. se ha multiplicado por mil, y todavía subirá en las próximas semanas. Hace tres, una multinacional, Isis, anunció una OPA amistosa.<sup>[138]</sup>

—Entonces, eres rico...

—Estoy en condiciones de asegurarnos la tranquilidad a todos... Y aún me quedará dinero de sobra para otros proyectos.

—Nosotros tenemos todo lo necesario, papá.

—Algún día volverás. Tus hijas se harán mayores, y en Italia el sueldo de cura no va a permitirte darles la vida que merecen. Escucha lo que había pensado...

Pietro le explica: su fortuna estará bajo la tutela de una fundación cuyo objetivo será financiar proyectos de investigación médica «no rentables», y un dispositivo financiero permitirá pagar una renta anual a cada uno de sus hijos y nietos... Pietro ha pensado que Anna sería la persona perfecta para administrar la fundación y proteger los intereses de la familia.

Giuseppe aprueba sin discusión. En su casa nunca volverá a haber preocupaciones materiales.

## LOS ASESINOS QUE NOS ACECHAN

A punto de terminar 2018, a Nueva Delhi llega una carta muy larga. La envía monseñor Morro, epistológrafo impenitente y poco amigo del correo electrónico. Don Enrico no pudo asistir a la boda «debido a complicaciones entre ellos y nosotros en estos momentos», según le explicó a Pietro Lombardi. «Ellos» son los mexicanos. La carta dice de qué «complicaciones» se trata. La encontré entre los documentos que Paddy ha conservado en Nueva Delhi.

Mi querido hermano Giuseppe:

Vuelvo a escribir, cuatro días después de celebrar la comida de Navidad en casa de Pietro y Monica, que me hicieron el relato de vuestro reencuentro. [...] También me confirmaron que tu determinación de volver al país en el que reposa Chiara sigue intacta, como le dijiste a Monica. [...]

Te exhorto, mi querido hermano pequeño, a posponer tu proyecto de regreso. Aquí, nuestros adversarios son presa de una rabia singular, que espero presagie el final de su Reconquista. Pero temo la fiereza del animal agonizante, más aún que la arrogancia del animal triunfante. [...] Su comportamiento, su actitud y su discurso han cambiado. Y en ese cambio reconozco la inquietud que se apoderó de nosotros tras el fracaso de nuestras reformas, aunque en ellos va acompañada de una violencia sin disimulos contra sus enemigos. El método aplicado por monseñor Effliik para zanjar la crisis alemana estaba condenado al fracaso: no podía reducir y someter a diócesis enteras por la fuerza. Colonia, Munich y Maguncia seguirán rechazando a los prelados que se les intente imponer; de eso no me cabe la menor duda. Ya hace siete meses que la contribución de la Iglesia alemana está bloqueada en una cuenta del Deutsche Bank... Algunos funcionarios del Vaticano han presentado recursos de urgencia exigiendo el pago de los sueldos atrasados. Los dicasterios empiezan a vaciarse. Pronto no quedarán más que los fondos del Templum Christi para financiar a la Curia, y entonces la cátedra de Pedro quedará definitivamente en manos de los templarios. [...] Nuestras relaciones económicas con Estados Unidos se han invertido; Roma intenta salvar de la bancarrota a las diócesis norteamericanas, pero James está decidido a sacarnos hasta el último denario por los escándalos de pedofilia. El presidente estadounidense ha obligado a dimitir al vicepresidente Morton por el asunto del supuesto adulterio. Se espera un discurso sobre el estado de la Unión centrado en la degeneración moral de la juventud. Al parecer, habla de penalizar cualquier actividad sexual de los menores... Estoy seguro de que nuestros príncipes también reimplantarían la virginidad y la pureza a la fuerza, si pudieran hacerlo.

Supongo que te habrán contado que nuestras iglesias cada día suenan más a hueco. ¿Es posible que seamos tan malos cristianos para haber creído que la religión nos protegería de la plaga, y pensar ahora que los sacramentos ya no tienen razón de ser porque la plaga está controlada?

Hace cuatro días, celebré la misa de Navidad en una catedral vacía en sus tres cuartas partes, y mi alma de sacerdote llora de dolor. ¿Es posible que de las ruinas de esta Iglesia se alce otra más santa?

Pero vuelvo al motivo que me ha impulsado a escribirte esta carta. Te exhorto a la prudencia.

Ayer, Paul Assoumou me confirmó la terrible noticia: el cuerpo que fue hallado el miércoles en un descampado de las afueras de Lagos es, efectivamente, el de Augustine Gowon. Sus restos, irreconocibles, mostraban las señales de un largo suplicio. Al parecer, el día anterior, martes 25 de diciembre, hacia mediodía, vieron entrar a tres hombres en su casa. Nadie se extrañó de su aspecto miserable, porque Augustine recibía a todos los desventurados que llamaban a su puerta.

Pero ayer Paul me confió sus sospechas. Gowon había tenido un extraño accidente de coche: un eje estaba serrado. Paul está convencido de que nuestros enemigos lo han asesinado, o al menos han dirigido hacia él a los asesinos. Y también, de que le llegará su turno. Tiemblo por él, y por el alma de quienes han perpetrado ese crimen, si lo han hecho en nombre de su idea de Dios. [...] Ignoro si su poder se extiende hasta tu refugio. Desconfía de todos; no te fíes más que de los tuyos. No sabes cuánto me alegro de que Renato Benelli se haya convertido en un amigo muy querido para ti después de tu secuestro, como me explicas en tu carta.

3.9.0

# SEMANA SANTA SANGRIENTA





## LOS COMANDOS DEL VIERNES SANTO

**19** de abril de 2019. Es Viernes Santo y, un año más, la cristiandad conmemora la crucifixión de su Mesías.

En las iglesias, solo algunos creyentes incurables, los más fieles de entre los fieles, los que no han acabado huyendo de la gesticulante superstición de los templarios,<sup>[139]</sup> han acudido a la cita para honrar al «Dios hombre clavado en la Cruz, esa blasfemia inaudita que es nuestro credo»<sup>[140]</sup>.

A las tres de la tarde, hora italiana, momento en que en la mayor parte de la Europa católica se inician los *via crucis*, son decenas los lugares de culto ante los que se producen idénticos desórdenes. Comandos de hombres y mujeres jóvenes con los rostros ocultos tras pañuelos se cuelan en las ralas procesiones... Aquí, empujan; allá, provocan; acullá se apoderan de las grandes cruces que portan los sacerdotes y las destrozan...

Armados de bastones, de barras de hierro, de martillos, obligan a los fieles a arrodillarse con las manos en la nuca, alineados frente al templo, les arrancan las medallas y las cruces, y las pisotean, mientras otros destrozan a martillazos las estaciones de la subida al calvario.<sup>[141]</sup> Actúan rápidamente, pero sin precipitación. Han repetido esos gestos miles de veces. Destruyen sin odio ni cólera, sistemáticamente.

En veinte, en cien lugares, destrozan las vidrieras y derriban las estatuas. Los hombres que intentan impedirlo son golpeados, heridos con arma blanca en algunos casos. Luego, los agresores desaparecen tan deprisa como han aparecido, dejando al pequeño grupo de fieles estupefacto y aterrado. Los informes policiales coinciden en que las acciones no duran más de seis o siete minutos.

En Lisboa se produce un drama tan breve como estremecedor. Un párroco de edad avanzada ve entrar a los iconoclastas en su iglesia mientras está preparando la celebración. Grita. El jefe del comando vocifera tres palabras. Dos jóvenes fornidos se apoderan del anciano y lo inmovilizan contra la gruesa puerta de la sacristía. Sin decir palabra, el cabecilla le clava las manos a la madera, en la posición del Dios que ha querido defender.

A las quince doce, hora romana, aparece un escueto comunicado:

Si los musulmanes hubieran celebrado hoy su culto en vuestras calles, vuestra policía y vuestras fuerzas antiterroristas los habrían echado. No seguiremos siendo ciudadanos de segunda, porque a vuestros ojos la cruz vale más que nuestros minaretes.

No nos impediréis conseguir la igualdad. Lucharemos contra el cristianismo en todos los lugares donde no se quede en su sitio y nos

impida ser vuestros iguales.

Firma el comunicado Nour Saighi-Morales.

## REACCIÓN EN CADENA

Lo que ocurre tras los ataques del Viernes Santo puede calificarse de reacción en cadena. Cuando deciden emprenderla con las cruces y las estatuas, «trozos de madera y trozos de piedra»<sup>[142]</sup>, los universitarios reformadores olvidan que quien juega con lo sagrado corre el riesgo de quemarse, y más en un contexto tan inflamable.

La noche de ese sábado, a la hora en que los fuegos de la vigilia de Pascua iluminan los pórticos de las iglesias, se encienden otras llamas. En los barrios marginales de Amsterdam, de Francfort, de Cracovia, el fuego devora una veintena de mezquitas turcas, mientras otra treintena de templos argelinos y marroquíes arden como piras en las periferias de París, Marsella, Tolón, Madrid, Salamanca, Milán, Trento... Los incendios son obra de la red Juventudes Blancas, defensora de la «identidad aria» de Europa. Pero, en algunos casos, les ha ayudado la multitud.

Al instante, la policía se despliega por las barriadas, por los guetos de inmigrantes de las afueras, para reprimir cualquier reacción violenta. Grupos de jóvenes musulmanes rodean las mezquitas y los centros de oración para protegerlos de los incendiarios y de los «cristianos», gritando eslóganes de venganza.

Los primeros enfrentamientos entre las fuerzas del orden y las «bandas étnicas» no tardan en producirse.

A la misma hora, en gran parte de las tierras del islam, es ya el alba de la Resurrección. La noticia se extiende como un charco de gasolina en llamas: los cruzados<sup>[143]</sup> cristianos atacan los lugares de culto musulmanes.

La respuesta es inmediata.

Grupos de hombres armados con bastones y de mujeres vociferantes irrumpen en las iglesias, destrozan y pisotean los crucifijos, derriban los tabernáculos, profanan las hostias y organizan gigantescos autos de fe en el exterior de los templos.

Pero esta vez, nada de arreglar cuentas con los idólatras y desaparecer. En Argel, los cristianos son agredidos y golpeados con puños y pies. En el Medio y Alto Egipto, los descontrolados asaltan las tiendas de los joyeros coptos y se llevan primero las cruces y luego todo lo demás. En Minya, decenas de coptos ortodoxos son alineados ante un tajo de madera; dos hombres les cortan la mano izquierda, en cuya muñeca llevan tatuada la cruz.

En Sudán, la reacción no se produce hasta media tarde, pero cuando llega está totalmente «oficializada»: son las tropas gubernamentales las que llevan al paredón a

pequeños grupos de cristianos y los pasan por las armas. En Nigeria, jóvenes procedentes de las provincias del norte convergen en pequeños grupos en la ciudad de Kaduna. Todos los cristianos, los ogonis, los ingenieros blancos y sus familias, son introducidos en bidones de petróleo, a los que a continuación se prende fuego.

En el archipiélago de las Molucas, en Indonesia, la multitud ruge con los sublevados en cincuenta lugares; los cristianos, escoltados por una muchedumbre vociferante, son encerrados a punta de fusil en las iglesias, que acto seguido se incendian, sin que la policía se atreva, pueda o quiera intervenir. Nunca se sabrá el número de víctimas del «triduo sangriento» en el mayor país musulmán del mundo.

En mil lugares, «es la gran venganza de los verdaderos creyentes contra los infieles que se atreven a representar a Dios muerto en el potro de tortura», afirma el rector de la Universidad de Medina.

En Nueva Delhi hay una autoametralladora apostada ante la nunciatura desde el amanecer. El ministro del Interior sugiere a Benelli y Anil celebrar con «la máxima discreción» la misa de Pascua. Efectivos de las fuerzas armadas permanecen ostensiblemente desplegados ante iglesias, colegios católicos...

La jornada transcurre en medio de una enorme tensión.

A las nueve, la noche ha caído totalmente, anunciando, se espera, que lo peor podrá evitarse: por el momento, en el territorio de la Unión solo se han producido incidentes menores.

Pero, de pronto, en la nunciatura suena un teléfono, y luego otro, y otro, hasta que son todos, los de Benelli, los de la familia Lombardi y los de la secretaria de la nunciatura, los que dan la voz de alarma: el ataque, coordinado por el YINT<sup>[144]</sup>, contra todos los centros «no protegidos» con que cuenta la cristiandad en el norte del país acaba de empezar...

El ejército indio se enfrenta a tres escaramuzas en distintos puntos de la ciudad. Los descontrolados atacan dos colegios religiosos armados con botellas de gasolina y ácido; pero lo peor se produce en el moridero de Santa Teresa, donde el gobierno se había «olvidado» de desplegar tropas.

## «CABRONES... CABRONES...»

**A** sí debe de ser el fuego del Apocalipsis. En la noche azul de Nueva Delhi, las altas siluetas negras de las chabolas vomitan las llamas del infierno: lenguas cegadoras, resplandor que quema, crujidos de armazones de cama, ahogados por el desmoronamiento de las paredes de barro y paja, gritos de pavor...

Los dos sacerdotes saltan del todoterreno y echan a correr hacia las decenas de siluetas que chillan y gesticulan.

Entre gritos y maldiciones, la gente se apelotona ante el cordón de policías de uniforme blanco.

Giuseppe corre de un cuerpo a otro, impotente.

En la penumbra y la confusión, apenas distingue las sombras blancas de las Misioneras de la Caridad, que, envueltas en el sari, continúan con su tarea: en cuclillas o arrodilladas junto a los moribundos, murmuran las últimas palabras, humedecen frentes quemadas, sostienen manos temblorosas... Y algunos de los cuerpos a los que proporcionan alivio son de compañeras.

Se oyen órdenes perentorias en hindi y en inglés. Giuseppe se vuelve: erguida en medio del caos, como un gigante en sari blanco con el rostro manchado de hollín, Kate Finley organiza los primeros auxilios, prohíbe retirar las prendas pegadas a la piel por el fuego, pide gasa gruesa y máscaras de oxígeno... Su imperiosa voz no admite réplica; en el desconcierto, es la única que sabe lo que salvará vidas.

Poopaddy y Lombardi se acercan a ella.

—¿Qué hacemos?

—Buscad gasa. Y llamad a todas las embajadas para que muevan el culo... Hay que dejar libre todo un servicio en un hospital. Y que manden material, máscaras...

—De pronto, se interrumpe y los mira—. A las religiosas no las pueden cuidar médicos occidentales, no hay que tratarlas de un modo distinto de los demás. Si los cristianos reciben atención de médicos extranjeros, mientras se deja morir como perros a los indios, la vida de todos los cristianos de esta ciudad no valdrá nada...

Mucho más tarde, cuando ya han cesado los aullidos de las sirenas, sentados en el suelo, con la espalda contra el todoterreno de Thomas, observan las últimas columnas de humo que ascienden de un rectángulo negro cubierto de cascotes: la planta de lo que fue un convento hospital. La batalla ha sido inútil. No queda nada.

Kate tiene el sari caído; el pelo, revuelto y socarrado aquí y allí; el rostro, cubierto de tizne, y los brazos, de sangre seca. Paddy saca una botella de *whisky*. Beben uno

tras otro. Kate escupe al suelo.

Thomas le lanza una mirada. Dos gruesas lágrimas trazan sendos surcos en el hollín de sus mejillas. En voz baja, para sí misma, repite:

—Cabrones... cabrones... cabrones... cabrones...

—Ni Giuseppe ni yo intentamos consolarla —recuerda Poopaddy—. No había consuelo posible. Y, además, temíamos su reacción si comprendía que la habíamos visto llorar.

## EL GRAN MERCADO DE LA COMPETENCIA ISLAMISTA

**P**addy y Lombardi regresan al amanecer.

Sin una palabra, se desnudan de cintura para arriba, hunden los brazos en una de las fuentes del jardín, se lavan la cara y el torso y se secan con las camisas, para intentar quitarse el hedor que todavía les quema en la garganta. Luego, se toman un café en la cocina, en silencio.

Van a reunirse con Alan a la biblioteca. En la penumbra, apenas atenuada por la lámpara, solo el humo que lo envuelve y los dedos que pasan las páginas parecen tener vida.

—¿Qué pretenden, Alan? —Le pregunta Giuseppe—. ¿Hay relación entre las acciones de los reformadores, lo del moridera y lo que está pasando en todas partes?

—Los jóvenes reformadores... —El anciano carraspea—. Hay dos derivas, creo yo. En Europa, la radicalización era casi inevitable, aunque ignoro si esa mujer ha actuado en nombre propio o es todo el grupo el que se ha echado al monte.

—Lo que pasa allí, creo que lo entiendo... Pero ¿aquí?

—Es el sistema, bastante recurrente, de la competencia. Si los jóvenes de Europa tenían éxito en su acción simbólica, ya no encarnarían únicamente un movimiento de democratización occidental; se habrían legitimado ante las poblaciones musulmanas de Oriente, mostrando un radicalismo confesional. Atacar a los fieles de otra religión es situar el yihad en el terreno de la lucha contra los infieles y, sobre todo, contra los blasfemos... Una dura competencia para los islamistas tradicionales y los partidos shiíes.

—Aquí, ¿quién ha actuado?

—Todavía no lo sé. Si he de juzgar por la correlación de fuerzas, sin duda los indios del Tabligh. Golpeando brutalmente y en todas partes, recuerdan que son infinitamente superiores a los afganos de los movimientos salafíes: tienen redes y grupos de acción implantados desde hace mucho tiempo en todo el norte del país, y raíces muy profundas en el seno de las poblaciones musulmanas.

—Pero aquí el enemigo no son los cristianos...

—No somos el enemigo, pero nos instrumentalizan. De ese modo, demuestran que son los más fuertes y ponen a prueba su capacidad de movilización, porque ellos no han enviado comandos, sino simpatizantes de base. En el contexto de lo que se avecina, lo mejor es mantener a los creyentes de su comunidad en un estado de movilización permanente, y para eso nada mejor que la acción en común...

—¿Qué se avecina, Alan?

—Supongo que vosotros lo llamaréis cruzada. Digamos que por lo menos una afirmación identitaria de cada religión, de cada Iglesia, de cada grupo, de cada secta... Una afirmación probablemente violenta, con las armas en la mano, incluso entre los cristianos. Aquí estamos acostumbrados. Vosotros vais a recuperar la costumbre.

—Explícate, papá...

—James lleva tiempo manejando el simbolismo de la cruzada... Los reformadores parecen haberle respondido rompiendo el símbolo de la cruz. Seguramente no lo sabían, pero todos los cristianos, todos los que han entrado en una iglesia alguna vez, van a sentirse objetivos potenciales. Estados Unidos, los islamistas tradicionales y puede que también el Vaticano explotan ese sentimiento de identidad que han hecho renacer. La guerra de religión es su negocio; les interesa tener enemigos que compartan el mismo punto de vista.

El comunicado que al día siguiente salta a los titulares de los principales medios de comunicación indios no hace más que confirmar la interpretación del viejo sabio:

Con el dinero impío y las armas, los cruzados han querido imponer la imagen de su Dios en todas nuestras fachadas, en todas nuestras ciudades, en Dar al-Islam<sup>[145]</sup>. Vamos a erradicarlos, a ellos y a sus ídolos, en todas partes. Allí donde se alcen nuestros minaretes, los judíos, los cruzados y los adoradores del elefante<sup>[146]</sup> tendrán que doblar la cerviz. Los que se arrodillan ante una cruz ya han empezado a temblar; ahora, los infieles y sus clérigos se inclinarán y se humillarán ante el poder de nuestras armas. Luego, les llegará el turno a todos los que sacrifican al elefante y a la diosa de los seis brazos. Abjurarán de su fe, o bien les rebanaremos la garganta, que se niega a pronunciar el verdadero nombre de Alá.

El comunicado lleva la firma del principal grupo tablighí del norte de la India: el YINT.



3.10.0

# LOS NEGOCIADORES



## EL SACRIFICIO DE PÍO XIII

**L**a cruzada no tendrá el beneplácito de Roma. Pese a las presiones, el Magisterio prevalecerá.

Apenas unos días después de la Semana Santa sangrienta, el Papa mexicano publica con urgencia una encíclica.<sup>[147]</sup> En esta ocasión, Villaverde no invita a los creyentes al arrepentimiento, sino al martirio.

Ha llegado el momento de derramar vuestra sangre en los surcos de todas las naciones, para que vuestros descendientes recojan una cosecha abundante en frutos. Habéis oído la palabra de Cristo y habéis visto su ejemplo: sabéis que el grano de trigo ha de morir para fructificar.

Ante el odio de quienes os atacan, agachad la cabeza, poned la otra mejilla y ofreced el cuello al verdugo. Porque la sangre de los mártires es santa a los ojos de Dios, que os abrirá de par en par las puertas del Reino; pues dijo: «Bienaventurados seréis cuando os insulten y os persigan, y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa».

Pese a su innegable tono doloroso, justo es reconocer que el texto figura entre los más ponderados de Villaverde. Los medios más identitarios del catolicismo nunca podrán alegar que el Papa los incitó a la venganza. Nunca les reconocerá «el derecho a matar».

Tres días después de que las autoridades eclesiásticas indias hayan recibido la encíclica, la bitácora de Tomás recoge este lacónico comentario:

No hay amor más grande que dar la vida por quien se ama. Cristo es un maestro exigente, un maestro incluso en la Cruz, que perdona en la Cruz. Tenemos que aprender a amar a quienes nos persiguen, aprender a considerarlos hermanos, amigos, para que podamos darles nuestra vida...

La rápida detención de Nour Saighi-Morales y, poco después, de lo que los medios de comunicación han dado en llamar el «estado mayor militar» de la Reforma confirma que los exuniversitarios no se han convertido en profesionales de la clandestinidad.

Por lo demás, la mayoría de las «cabezas pensantes» no han participado en las acciones del Viernes Santo; son encarcelados en razón de su «participación ideológica en una organización terrorista» o «asociación de malhechores».

En cuanto a Saighi-Morales, mandaba el grupo de Toledo a cara descubierta...

La operación se ha preparado con una ingenuidad candorosa. La policía encuentra las listas de los comandos en un ordenador que los cerebros de las acciones creían

haber destruido. Al finalizar el juicio de noviembre de 2019, la mayoría de los organizadores y participantes son condenados a penas de cinco años de prisión por «pertenencia a una organización terrorista» y «actos de violencia de carácter terrorista, con resultado de contusiones y heridas», tal como los define el nuevo código penal europeo. El único grupo que recibe penas considerables es el de Lisboa, debido a los «actos de crueldad» cometidos en la persona del anciano sacerdote.

En la India, el desarrollo de los acontecimientos sigue confirmando las predicciones de Alan. Las declaraciones de los musulmanes del YINT y de los hinduistas del BJP utilizan a los cristianos como tenazas y rehenes a un tiempo.

La nunciatura hace público comunicado tras comunicado:

El Santo Padre denuncia la instrumentalización por parte de determinadas facciones nacionalistas de los terribles sucesos que han afectado al pueblo cristiano. El Santo Padre rechaza que la muerte de nuestros hermanos y la destrucción de nuestros templos sean utilizados para atizar conflictos entre comunidades.

A esas alturas, el nuncio Benelli ni siquiera consulta a Roma antes de escribir y publicar sus textos.<sup>[148]</sup> Pero los escribe con los gemelos, sopesando cada palabra. Hasta el día en que, al acabar de redactar el comunicado, se vuelve hacia Lombardi y Poopaddy y les dice:

—El YINT nos está manipulando, muchachos. Quieren que nos pongamos bajo su protección; si no, nos considerarán bajo la del BJP... Quiero que negociéis con ellos, para que consigamos salir de este atolladero. Giuseppe, voy a mover los hilos. Hablas en nombre de Roma.

## LA CITA CON LOS YIHADÍES

**G**racias a Poopaddy, conozco los detalles de las negociaciones llevadas a cabo por los gemelos, primero con los yihadíes y luego con el gobierno de Nueva Delhi, entre 2019 y 2021.

El primer encuentro tiene lugar en Bombay, en una casa cercana a la sede del Ejército de Salvación, a unos cientos de metros del *hall* del hotel Maharadaj, el palacio más grande de la India.

Giuseppe y Thomas han alquilado una habitación a nombre de Pietro Roma en el edificio favorito de los mochileros. Fue Paddy quien dictó las condiciones a su interlocutor cuando los tablighíes impusieron Bombay. La idea es eludir a los servicios indios, y allí un occidental solo corre el riesgo de llamar la atención si va limpio, peinado y trajeado. Giuseppe lleva barba de tres días y la camisa india desabotonada, para combatir el bochorno. Con sus mochilas, sus sandalias y sus pantalones paquistaníes, tienen pinta de cualquier cosa menos de delegación oficial de la diplomacia vaticana.

El hombre que se presenta a buscarlos es un sujeto bajo, fornido y muy moreno, sin duda originario de las montañas del norte. Será su intermediario durante tres años. Entre ellos lo llaman Gengis Jan o el Tártaro.

El Tártaro los lleva a un lugar situado a menos de un kilómetro, una casita rodeada por un frondoso jardín. Bajo las palmeras, los esperan cuatro hombres armados; un gigante barbudo los cachea en el pasillo. Ese día no llevan armas, y Giuseppe comprende su error al oír que el gigante le comenta el hecho en árabe a otro yihadí. En el mundo de los combatientes clandestinos, quien se presenta desarmado es un ingenuo o un mentiroso.

En una habitación del primer piso, un hombre de perilla negra y rala los espera ante una taza de té. Tiene las cejas muy pobladas y la izquierda, dividida en dos por una cicatriz blanca. De aspecto más árabe que indio, y tocado con el *pakol* afgano, pertenece a todas luces a alguno de los grupos de yihadíes internacionales que se han infiltrado desde Pakistán y extendido por todo el subcontinente. Hombres violentos, ascéticos, intransigentes...

El hombre de la perilla no se levanta; ni siquiera los mira. Cuando Giuseppe le dirige el saludo y la bendición árabes, «*Salam' ayek*», levanta bruscamente la cabeza y le espeta:

—¡Perro e hijo de perro! No tienes derecho a invocar el nombre de Dios ni a emplear la lengua santa del Corán para dirigirte a los servidores del Altísimo y de su profeta Mahoma...

Giuseppe escupe al suelo sosteniéndole la mirada.

—Si no puedo utilizar tu lengua, entonces no tengo nada que decirte. Sigue en el error de tu pureza.

Y da media vuelta.

El otro se ha levantado de un salto, como abofeteado por el escupitajo y las palabras. Pero Giuseppe y Thomas ya están en la puerta. Oyen a sus espaldas el chasquido de un cerrojo, el clic de un seguro...

—Si dais otro paso, os mato a los dos —les dice el muyahidín en un inglés con fuerte acento árabe.

De pronto, Giuseppe suelta la carcajada. Es una risotada estentórea, teatral, calculada. Luego, en voz muy alta pero muy tranquilo, sin ni siquiera volverse, replica:

—Mátanos, y el emir al que tienes que transmitir nuestras palabras te matará a ti. —Posa la mano en la maneta de la puerta y, luego, sin volverse hacia el afgano en ningún momento, añade—: Dile a tu jefe que quiero hablar con él. Estaré dos días donde ya sabes. Ni una hora más. Luego, será demasiado tarde; no volveremos a hablar. *Ya salaam.*

Giuseppe y Paddy salen de la habitación y bajan la escalera.

—Esperé oír la detonación y recibir el impacto de la bala hasta que llegamos abajo y salimos del jardín —recuerda Poopaddy.

## EL EMIR DE BOMBAY

Tres horas más tarde, vuelve a presentarse el Tártaro. Sin decir palabra, los acompaña hasta un dédalo de callejuelas.

El emir los espera en un sótano. Está sentado en una alfombra afgana, ante dos hojas de banano con comida preparada para los invitados. Hay hasta una botella de licor... El emir los invita a sentarse con un gesto y, en un inglés perfecto, dice:

—Mi Dios no me permite beber de la misma botella que vosotros, pero, os lo ruego, servios...

Luego da una orden en un idioma desconocido para sus interlocutores, probablemente el ruso que aprendieron algunos yihadíes durante la primera guerra de Afganistán, en 1979.

Giuseppe sonrío.

—Su hombre le ha dicho que hablábamos árabe... Desde luego, es mucho decir, aunque sí entendemos algo de la lengua de su Libro.

El hombre alza los ojos hacia él. Tiene la tez oscura de los indios meridionales, y también la delgadez de los intocables. Lleva una barba rala. Viste al estilo paquistaní, pero va tocado con el *pakol* afgano.

—Me han dicho que quieres hablar conmigo. ¿Qué tienes que decirme?

—¿Eres el emir responsable de la negociación, o tengo que hablar con algún otro?

—Lo soy. Nuestro jefe no te recibirá, pero me ha dado plenos poderes para negociar.

—Bien. —Giuseppe respira hondo dos veces—. No quiero hablar más que con quien considere que la palabra dada lo compromete, incluso cuando se la da a un infiel. No quiero hablar más que con quien esté dispuesto a confiarme su vida, y a quien yo pueda confiarle la mía, durante el tiempo que duren las negociaciones. Somos enemigos, pero podemos llegar a acuerdos entre combatientes.

—¿Contra quién combates tú, cristiano, y con qué armas? Nosotros respetamos el valor y la rectitud de los guerreros. Pero tú, ¿contra quién luchas y cómo? No eres más que un sacerdote de los cruzados...

—Sí, soy un sacerdote, un cordero, no el cruzado de una cruzada que no he elegido. Pero conozco a Saladino<sup>[149]</sup>, el león de las cruzadas, y seguramente tú conoces a Francisco, el pobre de Asís, que se encontró con él. Las palabras que intercambiaron fueron sinceras y honestas, y las respetaron. ¿Te consideras más grande que Saladino, para no respetar más que las armaduras, y no las vestiduras de un sacerdote? ¿Has hecho algo más importante que él?

—¿Qué esperas de nosotros, cristiano? ¿Qué quieres hablar? Nosotros tenemos la

fuerza y vosotros, nada. Vosotros ni siquiera sois nuestros enemigos...

—Sabes que, si nos empujas a ello, engrosaremos las filas de tus enemigos... Puede que sea eso lo que esperas. Pero piensa una cosa: hasta el león prefiere ponerse de acuerdo con las hienas cuando tiene que enfrentarse a las panteras.

—¿Pretendes vender tu neutralidad a quien te ha atacado? ¿Eres un cobarde, para negociar una tregua con quienes han matado a tus mujeres, a tus vírgenes, a tus sacerdotes?

—No te ofreceré ninguna neutralidad, y a lo que vengo es a exigir justicia. Juzga según tus leyes a los que han hecho la guerra sin respetar ni al combatiente herido, ni a la viuda ni al niño... Pero no puedo obligarte a entregarme sus cabezas, ni enviar a otros asesinos para que me las traigan. No esperes de mí que me alíe con los asesinos de BJP, emir. Ni con los tuyos. Ni tampoco esperes que me lave las manos ante vuestras guerras. Si dos seres humanos se están matando, es asunto mío, emir —dice Giuseppe, y se interrumpe.

—¿Qué gano yo con eso?

—¿Qué puedes perder? Puedes mostrar tu magnanimidad hacia quien es más débil que tú. Eso hará más por tu reputación que todas las victorias que puedas obtener sobre los más fuertes.

—Quieres enredarme en tus hilos, cristiano... Utilizas tu debilidad como un arma, para que no pueda golpearte.

—Utilizo las armas que tengo, como tú has hecho con las tuyas.

Se produce un largo silencio. El emir chasquea los dedos. El hombre al que ha hablado en ruso les sirve el té.

Beben abrasándose la garganta, sin esperar ni parpadear. El emir esboza una breve sonrisa.

—Me pondré en contacto con vosotros cuando sepa si tu palabra es fiable, y te diré si quiero hablar contigo. Hasta entonces, mis hombres no atacarán a los cristianos, al menos obedeciendo a mis órdenes.

—Que Dios te bendiga, emir, por el nombre que le das cuando lo invocas.

## «A LOS ASESINOS DE NUESTROS HERMANOS, LES DIGO: HABLEMOS»

Passan tres meses sin que a la nunciatura lleguen noticias del emir. Los gemelos están en ascuas. Durante esas semanas, el BJP se ha ido deslizando de un modo inequívoco hacia una lógica de combate. El 12 de julio de 2019, a la hora de la gran plegaria del viernes, en la explanada de la mezquita Jama Masjid de Fatehpur Sikri<sup>[150]</sup> se producen graves enfrentamientos.

Menos de una hora después de la primera escaramuza, durante la que dos agresores armados con bastones han sido heridos por el vigilante del templo, las milicias hindúes acuden a «limpiar» el lugar armadas con pistolas ametralladoras. El resultado son cuarenta muertos y más de doscientos heridos de bala... En las horas inmediatamente posteriores, unos cuarenta de esos heridos son pasados a cuchillo en el hospital de Agra. La investigación probará la complicidad de los servicios hospitalarios y las fuerzas policiales.

De inmediato, el YINT emite el siguiente comunicado: «Los politeístas adoradores del elefante y los ídolos Visnú y Shiva han atacado a los creyentes congregados en un lugar santo de Alá (alabado sea su nombre). Los politeístas idólatras han disparado y matado a mujeres y niños, ancianos y creyentes desarmados; serán castigados y degollados dondequiera que los creyentes puedan hacerlo, junto con los cruzados y los falangistas<sup>[151]</sup> que les han ayudado en su cobarde ataque contra los fieles».

El nuncio se apresura a responder con otra declaración que condena el atentado contra la mezquita: «No existe ninguna falange en ninguna ciudad india. Quienes nos ataquen atacarán a inocentes, y sus falsas acusaciones no lavarán sus crímenes, ni a los ojos de los hombres ni a los ojos de Dios».

Dos días más tarde, en la catedral de Ahmadabad, en pleno territorio musulmán, estalla un artefacto durante la misa dominical. Hay veinticinco muertos. La reivindicación de un grupo de yihadíes internacionales por un neotabligh llega a los periódicos y las televisiones menos de una hora después. El nuncio envía a Giuseppe ante las cámaras.

—Sé que no ha sido el YINT quien ha perpetrado el atentado contra la catedral de Ahmadabad —dice Lombardi—. Y ni siquiera creeré las conclusiones de la investigación si afirman lo contrario. Creo en las palabras de paz pronunciadas por los soldados, porque no creo que los leones se transformen en chacaes.

»Ahora quiero decir dos palabras, solamente dos palabras, a quienes han



cometido ese acto.

»Si se trata de una provocación del BJP, les digo a los hindúes: hablemos. Si se trata de una escisión del YINT, les digo a los yihadíes: hablemos. Si se trata de un grupúsculo nacionalista, o paquistaní, o de cualquier otro tipo, le digo: hablemos.

»Quienquiera que sea el autor de la matanza, que sepa que lloramos a nuestros muertos, pero que nuestro llanto no pide la sangre del asesino. Nuestro llanto pide justicia, no venganza; la verdad, no la mentira; la resistencia, no el asesinato. Defenderemos nuestra vida si es necesario; pero nunca conseguiréis que derramemos vuestra sangre a cambio de la nuestra, porque no queremos manchar el nombre de Dios. Nadie mata invocándolo sin cometer una iniquidad.

»Y ahora, yo, que soy un hombre de Dios en un mundo en que vosotros matáis por Dios, os digo: Dios os bendiga, asesinos, para que de ese modo descubráis su luz, hagáis justicia y pidáis misericordia.

Cuatro horas más tarde, suena el teléfono en casa de Mary Poopaddy. Una voz le dice a Thomas, que lo coge:

—Volvamos a reunirnos como hace tres meses, en cuanto vuestro sacerdote haya colocado a sus hijas.

La frase es una convocatoria, pero también una advertencia: los yihadíes saben dónde se encuentra el santuario de Thomas y Giuseppe, puesto que llaman allí, y también que este tiene dos hijas.

## A CARA DESCUBIERTA

**D**urante tres años, Lombardi se encontrará con el emir de Bombay cada tres semanas. Las conversaciones entre el capitán y el sacerdote son tensas... Los dos primeros años, negocian treguas e intentan conseguir que solo se entrene para la guerra a los «soldados». La primera preocupación de Giuseppe es «retirar del juego a los cristianos», impedir que los beligerantes de los dos bandos consideren a los cristianos aliados del adversario. Una vez consiga ese no alineamiento, podrá utilizar su neutralidad para desempeñar el papel de negociador. Durante esos dos años indios, Giuseppe Lombardi experimenta los escenarios que tanto le impresionarán en 2022-2023, a su llegada a Jerusalén.

Hace de intermediario entre el estado mayor del YINT y las autoridades indias. Informa regularmente al Ministerio de Defensa, en el que tiene como interlocutor al coronel Raiy, un sij<sup>[152]</sup> especializado en las acciones antiterroristas.

¿Cómo valorar la actuación de Lombardi y Poopaddy<sup>[153]</sup> y la trascendencia de sus negociaciones con el emir de Bombay? Es difícil. Ambos bandos dieron muerte y la recibieron, tanto en la India como fuera. Pero, en la olla a presión de los enfrentamientos interreligiosos del final de la Black Decade, algunos supieron controlar a sus hombres mejor que otros, para impedir que el hilo del diálogo se rompiera. Sin duda, el mérito debe atribuirse al puñado de hombres que sostuvieron los tensos hilos del diálogo desde la sombra. Lombardi y Poopaddy estaban entre ellos, como sin duda estaban el coronel Raiy y el emir de Bombay.

A principios de 2022, la lucha no ha acabado, y los enfrentamientos continúan. Pero un hecho inesperado precipita el final de la misión de Giuseppe.

Desde hace dos meses, la Curia vive al ritmo de las constantes hospitalizaciones de Pío XIII. El mexicano padece cáncer de páncreas. Ya solo puede hablar apretando los dientes, con un rechinar metálico.

El hombre que soñaba con poner a la Iglesia en el camino de la Reconquista se debate contra la muerte.

Para Lombardi, la época del exilio y la clandestinidad toca a su fin.

—A partir de ahora —le dice a Paddy—, sea quien sea el nuevo pontífice, hablaré a cara descubierta. Quiero luchar desde mi país para convertir mi Iglesia en una casa de paz.

En Roma, mientras Pío XIII agoniza, los cuchillos se deslizan bajo las vestiduras púrpura para el cónclave que se avecina.

# JEAN-BAPTISTE



4.1.0

# LA ELECCIÓN



## FINAL DE PARTIDA

—¿Es que el cáncer de un jesuita no es tan mortal como el de un templario? ¿O es que yo soy más duro de pelar?

Así recibe monseñor Anil la noticia de que el Santo Padre agoniza.

Esa misma noche, el jesuita y cardenal arzobispo de Nueva Delhi convoca a quienes han sido o se han convertido en sus aliados durante esos siete años. Entre ellos se encuentran el *blogger*, su «sucesor», que, efectivamente, en esos siete años se ha curtido, y por supuesto el viejo nuncio, que con su diplomacia ha sabido convertir la capital india en un refugio para los jesuitas.

En el gran salón de la sede de la diócesis, esa noche de invierno reina un ambiente curioso. Nadie sabe quién sustituirá al hombre que se está muriendo en el Vaticano, ni si habrá motivos para alegrarse del cambio. Ciertamente, el mexicano ha apagado una tras otra todas las lámparas de la inteligencia, la tolerancia y el diálogo dentro de la Iglesia, pero al menos, al predicar el martirio en vez de la cruzada, no ha soliviantado a su rebaño.

Anil es el único que parece confiado, tranquilo. Ha adoptado una decisión.

Cuando toma la palabra, su tono, pese a los accesos de tos que le obligan a interrumpirse, es más solemne de lo habitual:

—Sé que es incongruente reuniros hoy aquí. Ni los enemigos celebran la muerte de un hombre —dice, y vuelve a toser—. Pero voy a ir a designar al sucesor de Pío XIII y quería deciros hasta la vista, o adiós... Si el cónclave elige a un hombre del partido del mexicano, ya no me quedarán fuerzas para interpretar esta comedia de la sumisión; ya no tengo ni edad ni salud para seguir haciéndoles frente. Ni siquiera sé si me dejarían volver con vosotros... Así que he decidido ir a pasar los meses que me quedan con mis hermanos jesuitas del maquis argentino. De modo que, a partir de este momento, os libero de todos vuestros compromisos hacia mí. Renegad de mí, dentro de una semana, si creéis que me equivoco sobre el nuevo Papa; fingid que renegáis de mí si eso os ayuda a combatir a quien pongan en mi lugar; no vaciléis en pisotear mi nombre cuando yo haya desaparecido. Habéis sido unos compañeros excelentes en nuestra silenciosa lucha. Os llevaré en mi corazón...

El viejo jesuita gira sobre los talones, cruza la doble puerta del arzobispado y descende la escalinata: el coche lo espera. El domingo 14 de enero a la una de la madrugada, emprende el vuelo a Roma.

El mundo entero tiene los ojos puestos en el Vaticano. Desde hace varios años, el aire

de la Curia se ha hecho irrespirable. Todo empezó con la gran crisis de las diócesis alemanas del verano de 2018. Después, con los juicios de Estados Unidos, comenzó la asfixia financiera. Los sueldos del personal administrativo dejaron de pagarse. Los templarios, que seguían recibiendo su retribución a través de las donaciones del Templum Christi, fueron los únicos que sobrevivieron a esa declaración de quiebra.

Luego vinieron las persecuciones del Viernes Santo de 2019, las tentaciones de «réplicas» falangistas y las últimas y patéticas tentativas del poder pontificio de explotar ese nuevo martirologio y «hacer florecer vocaciones santas y perfectas». Pero el chantaje del letrero colocado en todas las iglesias, «Derraman vuestra sangre, entregadles la vida», despedía un tufo demasiado repugnante, sobre todo en Europa.

Durante los últimos meses, el desdichado mexicano, devorado por la enfermedad, [154] ya no está realmente al mando. Bajo la férula de Utrillo Ganz, el intransigente secretario de Estado, se suceden las oleadas de delaciones. En Europa y en Norteamérica, donde la Justicia y el aparato gubernamental no son cómplices de los «hombres de negro», los prelados temen por sus cátedras; los investigadores, por sus trabajos; los sacerdotes, por sus autorizaciones sacramentales... Pero en Latinoamérica, en el feudo del Temple, el miedo es más frío, más feo. Los asesinatos de obispos y sacerdotes «resistentes» en Sao Paulo, Santiago, Guadalajara o Recife durante 2021 difícilmente pueden disfrazarse de atentados anticristianos.

En África, dos años después de la muerte de Augustine Gowon, Paul Assoumou, el cardenal arzobispo de Yaundé, también ha estado a punto de perder la vida en un «accidente»: durante una visita pastoral al norte del país, una mina hace volar su coche por los aires. La explosión mata a su vicario general. El secretario, que había programado los desplazamientos, es puesto en libertad cuando la policía entrega sus primeras conclusiones...

La falta de dinero ha obligado a la Curia a abrir la mano, a soltar un poco las riendas a las Iglesias nacionales «recalcitrantes», que, a cambio de hacerse cargo de los gastos de representación de las nunciaturas, recuperan parte de los márgenes de maniobra que los hombres del mexicano les habían recortado. [155]

La nave de la Iglesia católica hace agua por todas partes. Las conferencias episcopales están desgarradas entre los «fidelistas», que han convertido el acatamiento al Santo Padre en el principio de su acción, y los cada vez más decididos «resistentes», que se niegan a seguir ciegamente a Roma y se enfrentan a sus decisiones echando mano de todas las armas a su alcance: el peso de la Escritura, la fuerza de la tradición, la colegialidad traicionada... El desgarramiento se extiende a todo el pueblo, a todo el clero, a toda la jerarquía... La comunión se ha convertido en un mero desiderátum.

Pío XIII se apaga definitivamente el viernes 21 de enero de 2022, en ese ambiente de «final de partida». De rodillas en la plaza de San Pedro, una muchedumbre modesta pero desconsolada acompaña su agonía.

## 4.1.2

# EL DESGARRO

**H**e dicho que algunos preparan los cuchillos, y era algo más que una metáfora. La llegada a Roma de Felipe Arrau, cardenal arzobispo de Buenos Aires convertido en «cardenal jesuita en el maquis», provoca el primer rifirrafe, al haber ordenado algunos responsables de la Curia que se le impida el acceso a la ciudad.

—El pontífice que nos ha dispersado no se atrevió a excomulgarme... —dice Arrau ante las cámaras de televisión—. Entonces, ¿quiénes son esos dóberman para impedirme participar en la vida de mi familia?

Los medios de comunicación de todo el mundo coinciden en señalar que la sucesión del pontífice, uno de los más reaccionarios de los últimos cien años, será difícil. Subrayan la extrema incertidumbre de las congregaciones y del futuro cónclave. Pío XIII ha renovado más de un tercio del Sacro Colegio; entre los restantes cardenales, hay muchos de los que lo elevaron al trono en la primera vuelta del anterior cónclave. Pero algunos han lamentado públicamente su voto, o dado a entender que no piensan cometer el mismo error por segunda vez. Los equilibrios electorales serán inéditos. Entre los nombres de los papables, dos suenan con especial fuerza: en el clan de los «resistentes», el cardenal Paul Assoumou, arzobispo de Yaundé, que ha llevado el estandarte de la protesta; en el de los «fidelistas», el cardenal Miguel Utrillo Ganz, antiguo brazo derecho de Pío XIII, de quien se afirma que es menos místico y más político que su difunto jefe...

—Todos teníamos en mente que, en Estados Unidos, la caída del pastor James estaba próxima<sup>[156]</sup> —recuerda Paddy—. Esta vez, nada parecía capaz de impedir el procedimiento de *impeachment*, y el vicepresidente John Lu era el primero que procuraba distanciarse de su compañero de lista. Cuando James cayera, dejaría el puesto libre para otro campeón del cristianismo en el gran enfrentamiento, no solo con el islam, sino también con los movimientos deicidas. Y el cónclave podía elegir a un incendiario...

Las primeras reuniones de los cardenales, en las congregaciones, permiten apreciar hasta qué punto son antagónicos e irreconciliables los dos bandos. Entre los fidelistas, a los que pronto se motejará de «mexicanos», los más ardorosos afirman que el mundo vive el preludio de un choque de civilizaciones y que hay que elegir bando. El Diablo está al acecho; hay que volver a una defensa de la verdadera fe. Algunos proponen que los cardenales hagan voto de martirio y que los creyentes planten cara al enemigo. Durante los días previos a la apertura del cónclave, son los partidarios de Utrillo Ganz quienes celebran y predicán...

En Nueva Delhi, a través de las agencias de prensa y las redes de televisión por satélite, también se escuchan sus mensajes proféticos, que anuncian una «nueva persecución», durante la que habrá que «mantenerse firme en la fe» y además «portar la espada de Cristo», «hacer justicia en nombre de Dios».

En la Ciudad del Vaticano, un hombre les sale al paso incansablemente. Paul Assoumou, el gigante camerunés, el león indomable, retoma los términos de sus apostrofes de la Black Decade una y otra vez, proclamando la fraternidad «católica», universal.<sup>[157]</sup> En una de las congregaciones, hace una exhortación basada en la parábola del buen samaritano y plantea a los cardenales la pregunta del fariseo:

—¿Quién es vuestro prójimo? —Les responde él mismo, citando el capítulo 25 de Mateo—: Señor, ¿cuándo te hemos visto pobre, hambriento, enfermo o en prisión? —Y concluye—: Ese es nuestro prójimo, el que está desnudo, el que tiene hambre, el que carece de dinero, de cultura, de medicinas, el que está enfermo, envenenado por todos los discursos y las imprecaciones de los falsos profetas, el que está prisionero de las ideologías... A ese es a quien hemos sido enviados. Cristo Nuestro Señor no vino a juzgar al mundo, sino a salvarlo. Así que guardémonos de juzgarlo, amémoslo, salvémoslo por amor. [...] Ninguna certeza, ninguna verdad merece que matemos a un solo hombre, aunque sea nuestro enemigo.

La vehemencia del cardenal Assoumou hace temblar las paredes y vacilar las conciencias.



### 4.1.3

## FUMATA BLANCA

**E**l cónclave se abre el jueves 10 de febrero... Benelli, Lombardi y Paddy contemplan en directo la hilera de cardenales con birrete rojo y sobrepelliz de encaje que entran en la Sixtina.

—Como se equivoquen por tercera vez<sup>[158]</sup> —gruñe el viejo diplomático—, no levantaremos cabeza en cien años.

Giuseppe señala a Villepreux y Assoumou cuando pasan ante la cámara, pero los tres por su parte reconocen a monseñor Anil.

Cae la noche. Los tres hombres se han quedado en el despacho a esperar el resultado de la primera votación. Tres horas después, una columna de humo asciende de la chimenea del Vaticano. Al principio parece blanca, pero poco a poco se va volviendo gris.

—Cuando vimos que el humo se iba ennegreciendo, Giuseppe, muy tranquilo, dijo: «Supongo que eso le quita todas las posibilidades a Paul, pero también deja sin unas cuantas a Utrillo. Puede que tengan que buscarse otro caballo ganador...».

Benelli asintió.

—Muchachos, me parece que tenemos para rato.

Pasan diez días, y veintinueve vueltas... Ese lunes 21 de febrero, ya nadie duda de que se superará la fatídica cifra de treinta y cuatro vueltas y el Papa será elegido por mayoría absoluta, y no por los dos tercios del Colegio.

—Solo habrá que esperar otro día —comenta Benelli—. Pero quien ocupe el solio habrá sido muy mal elegido. Ojo, que igual es un hombre moderado y razonable...

—Mañana lo sabremos, Papelli.

Así que el martes a primera hora de la tarde —diferencia horaria obliga— los tres hombres se reúnen de nuevo.

Hacia las once cuarenta, hora romana, una leve humareda blanca escapa de la chimenea de la Sixtina... Y esta vez no hay duda posible. Las campanas se lanzan al vuelo.

—En el despacho del nuncio, un silencio increíble se apoderó de nosotros. Un silencio absoluto que duró veinticinco minutos. Los comentarios de los analistas italianos resbalaban sobre nosotros... Estábamos en tensión, pendientes del anuncio que estaba a punto de producirse, un anuncio que decidiría el futuro de la Iglesia, pero también el exilio o el regreso de Giuseppe y las responsabilidades que tendría o no tendría que asumir yo en la Iglesia de mi país...

Veinticinco minutos más tarde, el viejo cardenal André Vingt-Trois aparece en el balcón.

—Una vez hablé con él en París —dice Giuseppe con voz inexpresiva—. En 2009, concretamente.

El antiguo arzobispo de París, «dimitido» por el mexicano a la edad de la jubilación, parece extraordinariamente emocionado. Pronuncia ante el mundo entero las tan esperadas palabras «Habemus Papam» y, a continuación, un nombre en latín. Al instante, el nuevo pontífice aparece a su lado.

—¡Joder, pero si es...! —Suelta Giuseppe en francés.

El nuevo pontífice tiene sesenta y un años. Es francés. Adoptará el nombre de Silvestre III<sup>[159]</sup>. Se llama Jean-Baptiste Villepreux.

—Vi que Giuseppe se levantaba de un salto, extraordinariamente agitado. Había tirado la silla, pero ni siquiera hizo ademán de levantarla... Miraba la pantalla fijada a la pared con la cara extraordinariamente pálida y una extraña sonrisa en los labios. «Volvemos a casa, angelitos míos», dijo, esta vez en italiano. Evidentemente, en esos momentos solo pensaba en sus hijas y en Chiara...

Los comentaristas constatan la feliz coincidencia: ese martes 22 de febrero es la festividad de la Cátedra de San Pedro. La primera misa que celebrará Jean-Baptiste, a las seis, rodeado por todos los cardenales que acaban de elegirlo, recuerda al mundo la tarea del sucesor de Pedro. Ese día, Giuseppe concelebra con Paddy la misma misa en la capilla de Santa Teresa del moridero de Nueva Delhi... Thomas lo ve «decir la misa con júbilo de vencedor... Cada palabra que lee, cada gesto que hace ante el altar, trasluce alegría... Es como si quisiera dar las gracias al Espíritu Santo por haber inspirado al Sacro Colegio. Esa alegría nos hizo comprender lo dura que había sido para él la separación de Italia, de sus padres, de sus amigos... De la tierra en la que reposaba Chiara».

4.2.0

# LA CENA



## EL FINAL DEL EXILIO

Sábado 26 de febrero. Aeropuerto de Roma. Tres hombres y dos muchachas descienden del enorme avión de la compañía Air India. Uno de ellos es eclesiástico, sin duda un obispo. Los otros dos, un indio de tez oscura en vaqueros y deportivas, y un europeo que viste con innegable elegancia: camisa blanca de algodón grueso, con el cuello recto y abierto, pantalón de lana color crema, zapatos de cuero rojizo, fular largo y fino... Todo en él distingue al hombre con buen gusto, al viajero que en cada sitio ha cogido lo que mejor se adaptaba a su comodidad y su refinamiento...

Las dos jovencitas son poco más que unas niñas. La mayor, apenas una adolescente, tiene los ojos de color verde mar y como teñidos de una peculiar seriedad; la sutil tensión de su nuca, sobre la que un moño sujeto con un lápiz deja caer algunos bucles de pelo castaño oscuro, le da ya un aire de adulta. Su compañera solo tiene doce años, pero es casi tan alta como ella. Si por el momento es más graciosa que bonita, salta a la vista que será una mujer hermosa. Tiene una frente inmensa y unos ojazos que suelen pasar por negros pero son azules; unos ojazos que parecen fotografiarlo todo y a todos.

—No estábamos tan exaltadas como hacía tres años, cuando Monica y Pietro vinieron a la boda... —Recuerda Clara—. Esta vez era, por decirlo así, nuestro «reencuentro bianual» con los abuelos. Además, papá nos había dicho que no nos instalaríamos definitivamente en Italia hasta el verano.

En el aeropuerto, los abuelos se reencuentran con sus nietas, dan una cariñosa bienvenida «a su casa» a Thomas Poopaddy y saludan con afecto y respeto a Benelli. El único que parece un tanto ajeno a sus efusiones es Giuseppe. Por el momento, el antiguo exiliado se limita a dejarse invadir por los recuerdos del pasado, mientras oye los gritos y las exclamaciones de sus hijas, que habían olvidado por completo qué aspecto tiene una ciudad europea.

## LAS PIERNAS DEL PAPA

El hotel en el que han reservado Monica y Pietro es un edificio precioso olvidado en un callejón arbolado, a dos pasos del Panteón. Su fachada se parece a la de todos esos *palazzi* de un lustre un poco marchito, cuyo encanto es aún mayor por anticuado. Las instalaciones son modernas; el personal, discreto... Es el sitio ideal para quien quiera pasar unos días en el corazón de la ciudad y pueda permitirse el precio.<sup>[160]</sup>

A medida que pasan las horas, Giuseppe parece menos distante, menos preocupado. Esa noche salen a cenar los siete juntos y Giuseppe comenta:

—No me sentiré del todo en Italia hasta que no haya probado tu comida, Monica.

Cuando regresan al hotel, el recepcionista se acerca discretamente a Giuseppe mientras toman un capuchino helado en el salón veneciano.

—Un hombre ha traído esto hace un rato, padre. Un funcionario, creo.

Giuseppe sonríe. De modo que alguien ha revelado su condición de sacerdote...

El sobre que acaban de tenderle ostenta el escudo del difunto pontífice mexicano.

—A Silvestre III no le ha dado tiempo a renovar el papel de cartas —dice sonriendo y mostrándole la misiva a Paddy. Saca del sobre una hoja garabateada y vuelve a sonreír—. Paddy, me temo que mañana tendrás que cenar con nuestro nuncio y nuestro obispo. Te servirá de entrenamiento para tus futuras altas funciones. Jean-Baptiste, es decir, Silvestre, invita a los cinco Lombardi a cenar.

—Un día de estos tienes que presentarme al *big boss*, Giuseppe. A mí también me gustan las audiencias privadas...

El domingo por la mañana, lo primero es ir a enseñar la patita blanca a la Puerta de Santa Ana (la de Bronce, más práctica, es de difícil acceso debido a la afluencia de fieles) y dejarse guiar por el dédalo de pasillos y escaleras hasta los asientos reservados. Los Lombardi descubren que están en los bancos de los íntimos. Ven, por supuesto, a Jeanne-Marie Carrière, a la que Giuseppe reconoce, como siempre en riguroso traje de chaqueta, blusa clara y pañuelo. Giuseppe incluso diría que lleva una pizca de maquillaje. En cuanto a Paul Assoumou, está en el coro, con don Enrico Morro.

La ceremonia es larga, porque Silvestre ha decidido retornar al rito antiguo: uno tras otro, los cardenales se arrodillan ante él y besan el anillo del pescador. ¿Cuántos lo hacen a regañadientes? ¿Cuánto tiempo les impedirá reemprender la lucha el antiguo gesto de homenaje?

Pero esa mañana el humor está acorde con el tiempo, un suave paréntesis de primavera precoz. Cuando Jean-Baptiste recibe el *pallium*, Jeanne-Marie se seca una

lágrima. Giuseppe deja correr las suyas.

Después de la misa, los *happy few*, los íntimos y los poderosos, se reúnen para un cóctel servido en los jardines del Vaticano. Al fin, aparece el Papa. Primera novedad, que causará sensación: Silvestre III no lleva sotana blanca. Se ha quitado las vestiduras litúrgicas y se ha puesto un traje gris. Debajo lleva un chaleco abotonado con alzacuello de un blanco inmaculado que deja entrever el cuello recto de una camisa blanca, sobre el que reposa una cruz pectoral de oro. El efecto es sorprendente, porque el blanco impecable evoca indiscutiblemente el de la sotana; pero, como dirán, con un punto de insolencia, algunos comentaristas, «este Papa tiene piernas». De momento, solo algunos jefes de Estado y los miembros del cuerpo diplomático se acercan al pontífice; los demás tendrán que esperar hasta la tarde.

## EL CLAUSTRO ABARROTADO

San Luigi dei Francesi es, como su nombre indica, la parroquia de los franceses en Roma, la que frecuentaba Villepreux cuando era uno de los mosqueteros de la «joven guardia» de Juan XXIV y la que, durante sus dos años romanos, Giuseppe visitaba a menudo, arrastrando consigo a Chiara, para oír misa en francés.

El lugar tiene para ambos un sabor doble, el agrisado de los recuerdos felices de la lejana juventud y otro más fuerte al paladar: el de la victoria obtenida después del ostracismo.

El rector de San Luigi ha hecho bien las cosas. Encantado de tener «al fin» un Papa francés, ha puesto su parroquia a disposición del pontífice y, en vista de la precocidad de la primavera, ha hecho colocar las mesas en el claustro.

También ha engalanado la hilera de finas columnas rosáceas que separa la galería del patio. Las banderolas de Francia y el resto de los países europeos hablan bien a las claras del alivio que ha sentido al ver desbancados a los mexicanos; las oriflamas parecen un tanto incongruentes tremolando en ese paradigma de claustro romano, en el que el empedrado rosa rivaliza en sutileza con las plantas de las macetas y el jardín. En ese escenario entre encantador y triunfalista, todos los presentes esperan al prestigioso invitado con una copa de champán en la mano.

—El Papa tiene obligaciones más absorbentes de lo previsto —explica el rector dándose importancia con el móvil pegado a la oreja.

Cuando Silvestre III entra por fin en el claustro, un estremecimiento recorre y paraliza a la asistencia. Sin embargo, no hay más que una cincuentena de íntimos, y ningún cortesano, ningún amigo «de última hora». Monica explica así esa extraña sensación:

—Nos quedamos cohibidos, mirando a aquel hombre al que todos conocíamos, pero que, de pronto, parecía haber cambiado de esencia, como si su nueva dignidad lo hubiera despojado de toda su humanidad... Nadie se atrevía a acercarse, ni siquiera su familia. Nadie sabía cómo saludarlo en público, cómo llamarlo. ¿Jean-Baptiste? ¿Silvestre? ¿Santo Padre?

»Así que durante unos instantes se quedó solo, porque todos se apartaban para dejarlo pasar sin atreverse a estrecharlo en sus brazos, a decirle algo...

»Me di cuenta de que estaba sorprendido, quizá incómodo. Pero enseguida comprendió lo que pasaba. Y, para volver a ser Jean-Baptiste, se apresuró a hacer lo que debía hacer Silvestre: pronunciar un discurso.

El hombre del *clergyman* blanco toma la palabra. Con sencillez, con sentido del humor, como recuerda Pietro:

—No os preocupéis, yo me siento tan raro como vosotros. Pero quiero que sepáis que sigo siendo Jean-Baptiste. Lo soy y seguiré siéndolo siempre, al menos para vosotros. Y os suplico que me lo recordéis.

»Ese es el favor que os pide el sucesor de Pedro. —Su mano dibuja unas comillas en el aire—. Esa es vuestra obligación para con la Iglesia: devolverle de tanto en tanto a Villepreux, cuando Silvestre III ocupe demasiado lugar. Sed quienes ven al pobre diablo o el gran tipo que soy y me lo recuerdan, para frustrar cuantas más veces mejor mis tentaciones de infalibilidad pontifical. —Jean-Baptiste da un paso adelante, rodea con el brazo los hombros de su sobrino más joven y, a continuación, atrae a otro hacia sí—. ¿Lo veis? Ellos ya se han dado cuenta de que no muerdo. Venid, abracémonos y estrechémonos la mano como hicimos la semana pasada, y luego bebamos y alegrémonos. Los próximos días van a ser agotadores, pero esta tarde estamos de fiesta.

Jean-Baptiste siempre había sabido lo que tenía que decir.

—Pero ese día —prosigue Pietro—, era otra cosa. Por primera vez desde que lo conocíamos, parecía totalmente en su sitio, seguro de estar diciendo y haciendo lo que debía. Me dije que Jean-Baptiste había nacido para ser Papa; no podía dar toda la medida de sí mismo más que en ese papel. Parecía feliz, consciente de la responsabilidad de su tarea, pero convencido de su capacidad para llevarla a cabo.



## EL REENCUENTRO DEL TRÍO

**E**n cuanto pronuncia esas frases, todo el mundo rodea al «héroe». Y el nuevo Papa, fiel a Jean-Baptiste, tiene una palabra, un detalle para todos... Solo Giuseppe permanece un poco apartado, con sus hijas. Jacob es el único que no ha visto a Isaac durante las semanas o los días previos al cónclave. Es el único que no ha ido a visitarlo a Lyon. Cuando Silvestre III dice: «Abracémonos como hicimos la semana pasada», Lombardi piensa: «En mi caso, han sido casi siete años».

De pronto, Jean-Baptiste ve a su amigo entre las cabezas de quienes lo rodean. Se abre paso a través del primer círculo, avanza hacia él y abre los brazos. Sin decir palabra, los dos hombres se funden en un abrazo más fuerte y prolongado que nunca. Luego, el pontífice se vuelve hacia las niñas. Levanta a Cecilia en vilo y hace una mueca.

—O tú has crecido, o yo me he hecho viejo, corazón... —Le dice dándole un beso, y se vuelve hacia su hermana.

—En el momento en que se inclinaba hacia mí para besarme —recuerda Clara—, vi que dudaba, que se quedaba azorado... «Dios mío —murmuró—, cómo te pareces a...». Pero las palabras siguientes no salieron de su boca. Se volvió hacia papá, apurado por su torpeza; pero mi padre sonrió y completó la frase: «A Chiara, sí. Cada día es más asombroso». Era la primera vez que alguien me lo decía tan rotundamente.

Ya no se hablan mucho más, salvo rodeados por una quincena de personas. La reunión, alegre y distendida, no se prolonga demasiado. Jean-Baptiste tiene que marcharse; le espera una larga lista de audiencias. Al día siguiente, debe recibir a varios de los jefes de Estado que han retrasado el regreso a su país para mantener una entrevista, por breve que sea, con el nuevo inquilino del Vaticano.

Pero antes de irse Isaac le susurra a Jacob:

—Volveremos a vernos muy pronto.

En ese preciso instante, un coloso negro con traje oscuro entra en el claustro. Una manaza de oso se posa en los hombros de los dos hombres.

—¡Bueno, bueno, ya se ha vuelto a juntar la banda de Saint-Germain! —exclama Paul Assoumou riendo con tanta fuerza que todos los invitados se vuelven hacia ellos.

Villepreux sonríe.

—No solo llegas tarde, sino que encima no sabes comportarte, monseñor Assoumou...

—Es mi lado africano, Tu Santidad. Soy un niño grande. ¿Ya te vas? ¿Me lo he perdido todo?

—Te dejo con Jacob, él te contará. Y tú empieza a ponerlo al día.

Esas palabras ponen a Giuseppe ante la siguiente evidencia: Jacob, el amigo de Jean-Baptiste, el *blogger* de los años oscuros, el «especialista» en negociaciones secretas entre confesiones, no va a encontrar la paz y el anonimato en una parroquia boloñesa.

## «VENDER EL TRABAJO»

Una vez se ha marchado Silvestre, un nombre que todavía suena extraño en sus oídos, los invitados se separan rápidamente.

Paul, que se aloja en el seminario francés, acompaña a la familia Lombardi hasta su hotel. Monica toma la iniciativa que se impone:

—Les dije que fueran a tomar una copa, que yo acostaría a las niñas.

Los dos hombres prolongan el paseo hasta la plaza del Panteón.

Es más de medianoche. Los numerosos visitantes atraídos por la elección se han marchado o están durmiendo. Paul camina con las manos en los bolsillos. Giuseppe canturrea entre dientes.

No dicen nada hasta estar sentados y servidos.

Mientras les traen «unas rebanadas con algo», Paul llena las copas de vino de Frascati y pone un plato ante Jacob.

—Entonces, ¿vuelves?

—Claro que vuelvo. Le voy a pedir a Enrico que me encuentre una parroquia para septiembre.

—¡Jo, jo, jo! ¡Jo, jo, jo! —Truena la estentórea risa de Paul Assoumou. Cuando consigue recobrar el aliento mira a Giuseppe—. Jean-Baptiste ha conseguido el trabajo más difícil del momento, y quiere rodearse de hombres de su absoluta confianza... ¿Y crees que no te necesitamos aquí?

—¿«Necesitamos»? ¿Te quedas en Roma?

—Sí. Cojo Justicia y Paz. He aceptado venirme de África porque después de esos templarios, que no sabían el significado de la palabra paz ni el valor de la palabra justicia, está todo por hacer.

—Y me necesitas a mí...

—Desde luego, pero creo que le serás más útil a Jean-Baptiste en otro sitio... En fin, ya te lo dirá él en los próximos días. No puedes negarte a venir aquí, Jacob. —Giuseppe calla; parece reflexionar a toda velocidad—. La Curia está patas arriba. Los únicos tíos competentes se han marchado, hartos de esperar que les pagaran el sueldo. Los amigos del mexicano controlan casi todos los dicasterios. Está todo por hacer y hay poca gente dispuesta a recibir golpes o quemarse las alas subiendo al fuego...

—Desde luego, no puede decirse que me estés vendiendo el trabajo...

—Lo que intento decirte es esto, Jacob: nuestra Iglesia está al borde del abismo. Jean-Baptiste tiene que librarse de buena parte de los templarios, pero no puede

librarse de todos a la vez... Habrá que coexistir, vigilando para que esos individuos no aprovechen los puestos que les quedan para ponernos palos en las ruedas o adelantar sus peones...

—Supongo que te temen...

—A mí y a Arrau, el arzobispo de Buenos Aires. Somos su pesadilla, los únicos miembros del Sacro Colegio que nos hemos atrevido a hablar contra ellos en voz muy alta durante siete años.

—¿Jean-Baptiste va a nombrar también a Arrau para un dicasterio?

—No. Reautoriza la Compañía de Jesús y lo nombra a su cabeza. Arrau es el único con la legitimidad necesaria para hacer volver incluso a los jesuitas que lo dejaron todo en el momento de la disolución.

Giuseppe tiene esa expresión extraordinariamente concentrada que adopta cuando intenta asimilar en unos instantes todos los equilibrios y todos los matices de una situación nueva.

—Pero a ti, Paul, ¿por qué no nombrarte secretario de Estado?

—Porque sería tanto como declarar la guerra abiertamente. De momento, está a punto de destituir a Utrillo Ganz, y eso ya va a hacer rechinar bastantes dientes.

—¿Así están las cosas?

—Peor de lo que imaginas... Los templarios y sus amigos le echaron la llave a todo en cuanto llegaron, y han aprovechado los últimos meses para añadir candados. Hay dos soluciones: o cogemos el toro por los cuernos, y es el cisma, la explosión, la ruptura de la familia, o tratamos de avanzar poco a poco, cambiando las cosas desde dentro.

—Esa me parece una solución igual de arriesgada, si no más.

—Humanamente, estoy de acuerdo. Es una solución a medias, cierto. Pero es la única cristiana, Jacob. No tenemos elección. Quien se colocara en la posición de juzgar quién es cristiano y quién no lo es habría traicionado al Evangelio.

## LA LLAMADA DE LA HISTORIA

— **E**stuvimos hablando hasta muy tarde —cuenta Paul Assoumou—. Me daba cuenta de que en Jacob habían cambiado muchas cosas. Seguía siendo igual de exigente, igual de perspicaz con las personas y con las cosas. Pero también había aprendido. Durante esos años en la India, se había vuelto diplomático. Había madurado. Hablamos de Chiara, y realmente yo la adivinaba en la evolución de Jacob. Me preguntó sobre los días que acababan de pasar, sobre el cónclave...

—Y tú, ¿cómo vives la victoria de Jean-Baptiste?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que entraste en el cónclave con la etiqueta de papable pegada a la espalda, y te has arriesgado más que Jean-Baptiste... Pero el Papa es él.

—No puedo contarte los secretos de nuestro voto, Jacob. Pero voy a revelarte uno: durante estos siete años, en dos ocasiones recibí sendas cartas de Lyon preguntándome qué podía hacer el primado de las Gañas por el primado de Camerún. Respondí que callarse y esperar. Porque un día la Iglesia necesitaría hombres que supieran reconciliar a los combatientes... Tras las primeras vueltas, quedó claro que yo no tenía ninguna posibilidad de salir elegido; me había señalado demasiado, era un cimarrón. Comprendimos que la batalla iba a ser dura y larga, que habría que guardarse bazas hasta el final de la partida. Y Jean-Baptiste podía atraer a los indecisos mejor que nadie, si no se colocaba de nuestro lado demasiado abiertamente.

—Es lo que pasó...

—Sí. Y hoy estoy convencido de que Jean-Baptiste es el pastor que nuestra familia necesita para aprender a hablar de nuevo con una sola voz, para reemprender el camino.

—Y el chaval de Duala, ¿qué piensa? ¿También está convencido?

Esta vez Paul Assoumou ríe discretamente, como alguien en cuyas profundidades se sondea.

—Al chaval de Duala le habría encantado levantar la copa, por supuesto.

—Hablas como si todo hubiera acabado, Paul.

—Voy a decirte lo que creo, Jacob. Si había una mínima posibilidad de que yo fuera el primer Papa negro de la historia de la Iglesia, se ventiló en las primeras vueltas del cónclave. Pero Jean-Baptiste es la elección correcta, y la Historia no llama a tu puerta dos veces.

4.3.0

# LA PUERTA DE BRONCE



## BAJO LOS CIPRESES

**E**l lunes toda la familia está por fin en Bolonia. Giuseppe lleva a sus hijas a descubrir su ciudad, esas calles y esa urbe increíblemente civilizadas y silenciosas. Bolonia no tiene nada que ver con Nueva Delhi. Aquí los vehículos del transporte público y los taxis circulan con un extraño zumbido de baterías eléctricas. Aquí nadie vive en la calle, que solo se utiliza para desplazarse e ir... a otro sitio.

Las chicas se muestran interesadas en un primer momento, pero acaban confesando su perplejidad ante tanta pulcritud. Los transeúntes les parecen tristes y acelerados; las relaciones sociales, rígidas y distantes.

—Estoy segura de que aquí nos vamos a aburrir, si volvemos.

—Nada de «si». Volvemos —recalca Giuseppe—. Y ya veréis cómo no os aburrís.

Clara recuerda:

—Cecilia estaba enfadada con papá por hacerle dejar su escuela, el jardín de Mary y la nunciatura. Nueva Delhi era su casa. Creo recordar que esa noche no fue muy agradable. Pero me acuerdo sobre todo del día siguiente, de la mañana en que nos llevó a visitar la tumba de mamá...

En los treinta meses que van de su regreso de la isla de los muertos a su salida hacia Nueva Delhi, Giuseppe no las había llevado nunca. Ahora ni siquiera parece dudar.

—Durante el viaje, papá silbaba mientras conducía. Se comportaba como si estuviera de vacaciones; hacía mucho tiempo que no lo veíamos así. Justo a medio camino, se detuvo para que cada una fuera sentada a su lado el mismo número de kilómetros. Pero ni siquiera eso consiguió devolverle la sonrisa a Cecilia.

»Por fin, llegamos a un pueblecito. “Ya estamos”, dijo papá, y aparcó. Fuimos andando hasta el cementerio, un sitio precioso lleno de cipreses. Papá se dirigió sin vacilar a una tumba, que evidentemente alguien había cuidado durante todos esos años. “Bueno —nos dijo—, bajo esta tierra es donde la acostamos para que descansara, hace casi diez años”.

Vuelven a marcharse y hacen un alto para almorzar en la campiña emiliana.

—Por el modo en que papá lo había organizado todo, las dos comprendimos que no quería nada solemne. Era una excursión y, por el camino, pasaríamos a hacerle una visita a mamá... Y, por supuesto, nosotras nos lo tomamos así, puesto que papá podía silbar, y hasta bromear mientras nos hacía los bocadillos, pese a haber vuelto a un sitio tan serio, del que había estado alejado durante esos años de exilio...

A la vuelta, Giuseppe consulta el reloj varias veces. Cuando Clara le pregunta si tienen otra cita, le responde:

—Dentro de un rato, tengo que decir misa con don Enrico, el mejor amigo de mamá y de papá cuando vivíamos aquí. Es el obispo de esta diócesis, y esta noche quiero hablar con él para ver cómo podemos organizar nuestro regreso.

—Nos vas a dejar solas otra vez...

—¿Me has escuchado, Clara? He dicho que voy a prepararlo todo para que podamos volver a nuestra casa, a Bolonia.

—Y nosotras, ¿qué hacemos esta noche?

—Os quedaréis con Monica y Pietro.



## RECUERDOS

**A** las seis de la tarde, en la catedral de Bolonia se celebra una misa de acción de gracias por la elección del nuevo Papa. Giuseppe no había vuelto a subir a ese altar desde su ordenación sacerdotal. Sin duda piensa en ese día de 2014, justo antes del inicio de la noche mexicana. Ya entonces, su «cuadrilla» de amigos más íntimos estaba formada por un trío de cardenales. Sin duda, también piensa en la noche de San Silvestre de 2008, en la que Chiara estaba tres metros detrás de él, y en aquel día de 2011 en el que, mientras él permanecía tumbado sobre las losas, ella tomaba la decisión de ser «una verdadera mujer de diácono».

Giuseppe cena con Morro, en la callejuela donde solían. El aroma y el sabor de la ternera con berenjenas han resistido intactos siete años de exilio.

—¿Recuerdas que, cuando volví del sínodo americano, también comimos aquí? No imaginaba que estos nueve años serían así...

—Nadie podía imaginarlo.

—Quizá pudimos impedirlo, Giuseppe. Quizá...

—No pierdas el tiempo en lamentaciones, Enrico, ya eres demasiado viejo para eso —le dice Giuseppe sonriendo—. Además, quiero hablarte del futuro... ¿Cómo ves tú mi regreso aquí?

Don Enrico menea la cabeza y sonrío, divertido.

—¿No crees que el Papa tiene proyectos para ti que no son precisamente dejarte en una parroquia de Bolonia?

—¿Lo habéis hablado? ¿Cuándo?

—Te espera mañana en su gran palacio vacío, Giuseppe. De ahora en adelante, tendrás que llevar el móvil encendido en todo momento. Su secretario no siempre podrá contar con tu viejo obispo para que te dé los recados.

Giuseppe saca el aparato. Un mensaje con el escudo del Vaticano parpadea en la pantalla: «El Santo Padre le ruega acepte almorzar con él mañana en sus habitaciones privadas. Tenga la bondad de presentarse a las 11.15 en la Puerta de Bronce».

—¿Me pides que me ponga a disposición de Jean-Baptiste?

—Te lo pide él.

—Y tú, ¿qué dices?

—Pues que te ha llegado el turno de intentarlo, y que espero que no cometáis los mismo errores que nosotros...

—Voy a necesitar tus consejos, Enrico. Y Jean-Baptiste, tu sabiduría.

—¡Bah! En cuanto al Papa, encontrará hombres más perspicaces y menos vengativos que yo... De ahora en adelante, prefiero quedarme en mi diócesis. Pero

siempre habrá una botella de vino blanco frío esperándote, Giuseppe.

—No lo digas muy alto. No pienso instalarme en Roma. Corres el riesgo de tener que aguantarme todos los sábados.

—Dios quiera, pero lo dudo. Ve a ver al Santo Padre, Giuseppe. Y no olvides nunca que también tienes una familia.

El resto de la velada se va en contar siete años de separación, de luchas clandestinas, y también de humillaciones para el viejo prelado de Bolonia.

Al día siguiente, vuelta a Roma. Giuseppe se presenta en la Puerta de Bronce<sup>[161]</sup> con un poco de adelanto sobre la hora fijada. Mientras el capitán de la guardia suiza se informa sobre aquel visitante que dice querer «ver al Papa», otros dos hombres de uniforme azul observan a aquel sacerdote que no tiene ninguna pinta de cura, a aquel italiano que parece venir del otro extremo del planeta...

Al fin, uno de los guardias lo acompaña desde la gran escalera de mármol junto a la que lo han tenido esperando y lo pone en manos de un ujier; este lo lleva hasta un ascensor, que a su vez lo deja en el tercer piso, justo ante las habitaciones privadas. Durante los próximos quince años, Giuseppe hará ese trayecto varios miles de veces; pronto, nadie comprobará si lo esperan; lo esperan siempre. Y un día, allí estará en su casa.

### 4.3.3

## EL LIBANÉS

Cuando se abre la puerta del ascensor, un joven está esperando. Tiene ese aspecto de mediterráneo suave y astuto de tantos libaneses cristianos de la diáspora. En su rostro, una sonrisa cordial...

—¿El padre Lombardi? Creo que habla usted francés, ¿me equivoco? Sígame, el Santo Padre lo espera... —El joven, treintañero y a todas luces eclesiástico, inicia la travesía de un pasillo interminable, cuyas puertas dan todas a despachos vacíos—. El Santo Padre lo recibirá en la biblioteca privada que utiliza como despacho<sup>[162]</sup> —dice el libanés sin acortar su acelerado paso.

Cuando entran en la biblioteca, Silvestre III se levanta y se acerca a estrechar la mano de su visitante: el tiempo de los abrazos ha quedado atrás, el reencuentro es cosa del pasado...

—Bueno, aquí tenemos al pequeño Jacob, de nuevo a mi lado en el corazón de Roma.

—¿Puedo llamarte Jean-Baptiste, aquí? —Le pregunta Giuseppe medio en broma.

—En público, sería mejor que me llamaras Santo Padre, pero de momento estamos la mar de solos. Los templarios han levantado el campo, como habrás podido comprobar.<sup>[163]</sup>

—Es más bien una buena noticia, ¿no?

—Intentarán volver, no te quepa duda. Y en la Curia están en todas partes. —Giuseppe vuelve la cabeza para echar un vistazo a su espalda: el joven sacerdote sigue allí. Villepreux sonríe—. Evidentemente, no debes considerar a Maurice parte del público. Delante de él, puedes decirme lo que sea, y yo haré otro tanto. Maurice ya lo sabe casi todo sobre nuestra relación. Le hablé de ella brevemente en Lyon y más en detalle antes de que te transmitiera mi invitación...

—Una invitación que más bien parecía una convocatoria, Jean-Baptiste...

—Si quieres llamarla así... En fin, el caso es que Maurice Mafouz<sup>[164]</sup> es mi secretario, mi ordenanza, mi escribiente, mi intendente... Redacta mis cartas y escribe mis homilías mejor que yo mismo... Y habla con fluidez ocho lenguas y se defiende perfectamente en otras cinco o seis, lo que me será muy útil para practicar mis discursos.

—En cambio, a mí no me sirvió de nada el tiempo que estuve vegetando en una parroquia rural de la diócesis de Nimes,<sup>[165]</sup> de donde me sacó el Santo Padre... A propósito, Muy Santo Padre, durante la audiencia general de esta mañana, su acento árabe ha sido mucho mejor.

—Y, como ves, Maurice, que en Lyon me llamaba monseñor, aquí me llama Muy

Santo Padre. Pero tú no estás obligado a hacer lo mismo. —Detrás de ellos, ha aparecido una escribanía en las manos de Mafouz. El Papa consulta su reloj—. Bueno, tenemos media hora larga antes de la misa,<sup>[166]</sup> y luego nos sentamos a comer... Lo siento, pero, si quieres un banquete, tendrás que volver otro día... Un matrimonio amigo de Lyon, Olivier y Marie Charande, ha aceptado venir a hacerse cargo de la intendencia de mi casa. Pero no llegan hasta dentro de ocho días, porque hay que hacer trabajos en el piso de arriba, si queremos alojarlos aquí... Lo lamento por ti; él es diácono pero también chef. Su restaurante se había convertido en mi cantina en Lyon...<sup>[167]</sup>

—Entonces, habrá que volver...

—Sí, creo que volverás.

—Deja de hablar en enigmas... Explícate.

—Paul te ha descrito el panorama general, supongo...

—Supones bien, pero no me ha dicho lo que esperas de mí.

## EL «CURRO»

**G**iuseppe Lombardi se entera al fin de lo que le tenían preparado: el nuevo Papa quiere nombrarlo de inmediato subsecretario del Consejo Pontificio para el Diálogo entre Religiones.

—Puede que te suene el nombre del presidente, el cardenal quebequés Longdesbois.

—Creo que Morro me había hablado de él... ¿No es el que defendió la pobreza de los sacerdotes en el sínodo americano y luego se alió con Villaverde?

—El mismo. Obtuvo ese dicasterio en premio a sus buenos y leales servicios, y también porque a los mexicanos el diálogo entre religiones se la traía al paio.

—¿Y ahora hay que vigilarlo? ¿Sigue estando en su bando?

—De ningún modo. El pobre hombre forma parte de los «desengaños del villaverdismo», y no me preocupa en absoluto. Se equivocó en los aliados y en los medios, pero no en los fines.

—¿Entonces? ¿Por qué me pones ahí?

—Porque has vivido siete años inmerso en la coexistencia con otras dos grandes religiones mayoritarias.

—¿Quieres que continúe con lo que empezó a esbozarse en Bombay y Nueva Delhi?

—Exacto.

—Ya sabes que no he acabado allí. Tendría que volver y...

—Pasarle el relevo a tu amigo «Paddy». El emir de Bombay tendrá que aprender a hablar del *Libro de los ardides* con otro...

—¿Quién te ha contado todo eso? ¿Benelli? ¿Anil?

—Eso es lo de menos... Si aceptas, significará hacer viajes muy frecuentes, y puede que también correr algunos riesgos cuando tengas que reunirte con determinados representantes de «corrientes duras».

—Algunos riesgos, ¿eh? ¿Puedo negociar las condiciones de mi contrato? Quiero pasar todos los fines de semana en Bolonia, y estar realmente de vacaciones del Vaticano, solo con un número para llamar en caso de urgencia. Quiero ocho semanas de vacaciones con mis hijas en verano y dos en invierno.

—Seis en verano, Jacob, ni un día más. Y tienes mi prohibición expresa de coger una parroquia en Bolonia para los fines de semana.

—De acuerdo. Trato hecho, JB.

—Pues trato hecho. Empiezas el 15 de abril. Se lo diré a Longdesbois y a Paul... ¿Sabes?, creo que tengo algunas ideas para que Diálogo entre Religiones colabore

con Justicia y Paz y viceversa.

—No te fíes de nuestro león indomable. No tardará en descubrir que la justicia y la paz lo son todo, y te verás de Papa prejubilado.

Los tres hombres celebran la misa en la capilla privada. Giuseppe canta el salmo. Luego, a petición de Silvestre, entona también el padrenuestro en arameo, una asombrosa plegaria en la que fue la lengua de Cristo, y también la que Giuseppe empleaba con sus secuestradores nestorianos. Y Maurice Mafouz une su voz a la de Jacob.

## ¿PATERNIDAD?

**L**a comida es breve pero muy cordial. Jean-Baptiste hace hablar a Jacob, le pide noticias de todo el mundo... Pero la conversación no tarda en centrarse de nuevo en los muy precarios equilibrios de la Curia. Cuando Jacob hace un comentario irónico sobre uno de los cuadros que decoran el comedor, Jean-Baptiste suspira.

—Habrás que hacer zafarrancho de limpieza, retirar toda la parafernalia de los templarios, los escapularios clavados en la pared, las Vírgenes que llenan mis cajones y los salvamanteles hechos con trozos de la auténtica sábana santa. Uno de estos días llamo a Momea para que me aconseje y le devuelva un poco de su elegancia a este sitio, que no se ha renovado desde mi antecesor polaco.

—Sabes perfectamente que crearía ambientes demasiado cómodos para tu función, y de un lujo no lo bastante chabacano. Ahora eres Papa y debes tener mal gusto.

—Estoy en ello. Pero hace tres días te animé a recordarme que solo soy un hombre, no a enseñarme a hacer mi trabajo de pontífice.

—Estoy seguro de que sabrás ser lo uno y lo otro, de que ya lo eres.

—Entonces, ¿por qué no me has llamado Isaac ni una sola vez, como solíais hacer Chiara y tú en París?

De pronto, la conversación ha dado un brusco giro. El tono de la última pregunta es inquieto, apremiante... Es también una pregunta sobre el estado de sus relaciones, que el tiempo y la distancia han erosionado, y sobre lo que la condición de pontífice amenaza con cambiar en las amistades más profundas y más valiosas de Villepreux.

Tras un concentrado silencio, Giuseppe responde, eligiendo y sopesando cada palabra:

—Tú ya no eres Isaac, Jean-Baptiste. Tienes poder y una responsabilidad inmensa, la de devolver a la Iglesia al buen camino. La tenemos todos, pero tú eres aún más responsable que nosotros de tus hermanos, porque muchos de ellos te han elegido para que seas su guardián. Te has convertido en Abraham, Jean-Baptiste; tu pueblo es una multitud, más numerosa que las estrellas del cielo.

—Reza por mí, Jacob. Esa paternidad es una carga mucho más pesada que cualquier otra responsabilidad...

—Yo no he hablado de paternidad. Digamos más bien que eres como Moisés. Estás con tu pueblo, delante de él, detrás de él en determinados momentos, recordándole a Dios, mostrándole el camino... Pero no eres su padre. Su único padre es Dios.

Un silencio muy largo sucede a esa respuesta.

—Lástima, me gustaba esa idea de Abraham y de su paternidad —empieza diciendo Jean-Baptiste. Luego, se convierte de nuevo en Silvestre y pregunta—: ¿Querrías escribirme eso un poco más por extenso, para un texto que estamos preparando sobre la tarea pastoral de los obispos?



4.4.0

# VACACIONES EN LA MONTAÑA



## LAS DOS TÍAS

**G**iuseppe se reencuentra con Paddy en la estación de Roma, como habían convenido: pasarán sus últimos días en Italia en casa de los Lombardi.

—Giuseppe no se atrevía a explicarles la situación a sus hijas —recuerda el gemelo—, a anunciarles que pasaría los días de entre semana en Roma. «Se ve que no tengo muchas dotes de padre —me comentó—, porque todo lo que me apasiona me separa constantemente de ellas. Menos mal que tengo a mis dos hermanas».

Una vez más, los servicios de Marina y Anna se hacen imprescindibles. De regreso en Nueva Delhi, Giuseppe confía a las dos adolescentes a su «tía india». Durante su último encuentro con el emir de Bombay, cede el mando de las negociaciones a Paddy. El azar de las conversaciones secretas quiere que el día que debe volar a Roma su «hermano pequeño» esté en Bombay. Gracias a eso, Paddy y Giuseppe se evitan penosas horas de aeropuerto prometiéndose que volverán a verse en cuanto puedan.

Al llegar a Italia, es la «tía italiana» la que toma el relevo de la organización familiar. Anna le plantea el asunto a su hermano abiertamente:

—¿Quieres que ellas se queden con nosotros? Se llevan estupendamente con Miklos y los niños...<sup>[168]</sup> La casa es grande; podemos montarles dos habitaciones, e incluso arreglarte un sitio para ti.

Giuseppe acepta lo que no se habría atrevido a pedir. Pero de tener él también una habitación en casa de su hermana, ni hablar.

—Los fines de semana quiero que los pasemos los tres juntos como una auténtica familia. ¿Crees que podrías encontrarme un piso no muy lejos del tuyo, algo que le hubiera gustado a Chiara, un sitio que se convierta en nuestro hogar?

Un día, años después, en una de las escasas confidencias sobre su familia que llegó a hacerme, Giuseppe me dirá:

—Aparte de Chiara, hay tres personas que me han permitido tener una vida de padre: Monica, por supuesto, y después mis dos hermanas, Anna y Marina. Sin ellas dos, jamás habría conseguido ser un padre aceptable.

## 4.4.2

# EN SU CASA

**E**ntre abril y junio, Giuseppe pone casa, sobre todo en Roma, y prepara la que imagina será su vida futura en Bolonia...

Ha encontrado un estudio en alquiler en el centro histórico de Roma, una simple «base» para quien como él va a pasar la mayoría de su tiempo viajando y en los despachos pontificios, en los que ya es un habitual. Pero el apartamento tiene su encanto; es un último piso y desde su terraza se divisa tal panorama de los tejados de la capital que a veces uno cree estar en una película de Trescallini.

En ese amplio y soleado espacio, al que dan color las alfombras y luz las paredes blancas, solo se usa una habitación, una gran sala que tiene algo de monacal, con una mesa, un buen sillón, una cama sencilla y muy baja arrimada a la pared, algunos cojines... El hijo de Monica ha colgado varias fotografías en placas de vidrio compradas en Bombay que datan de hace casi dos siglos. También ha pegado en el dintel de una puerta una foto muy pequeña del mar del Norte amortajado por la niebla, supongo que una de las que tomó en la parte salvaje de la isla de los muertos y que cumple la función de recordatorio: «No olvides que estuviste muerto». Además, en Bolonia arrambló con una mesa de madera oscura preciosa, que utiliza como escritorio. Las dos habitaciones previstas para «cuando vengan las niñas» permanecerán vacías hasta mi instalación. Llegado ese día, Giuseppe moverá su cama a una de ellas y yo pondré la mía en la otra, con el fin de preservar nuestra respectiva intimidad.

Todos sus recuerdos quedarán instalados en la espaciosa vivienda que Anna le ha encontrado en Bolonia: un piso de cuatro dormitorios que le habría gustado a Chiara.

En la oficina en la que Giuseppe aterriza en abril, monseñor Longdesbois parece un hombre un tanto perdido, huérfano de colaboradores y de medios desde hace demasiado tiempo. Con el «diálogo» en punto muerto, el Consejo Pontificio parece el cementerio de las ilusiones de un cardenal antaño lleno de pasión y talento.

No será de esos despachos de donde lleguen las buenas noticias sobre el «diálogo entre civilizaciones» esa primavera. En la otra orilla del Atlántico, el pastor James acaba soltando la poltrona antes de la votación del *impeachment* y cediéndosela a su vicepresidente. John Lu lo tiene todo para desagradar al resto del mundo.<sup>[169]</sup> Pero semanas más tarde, durante la crisis de Jerusalén, demostrará que no carece de sentido común ni de pragmatismo, y sobre todo que no defiende ningún «eje del Evangelio». Levantada la hipoteca de la cruzada estadounidense, el espectro de la

guerra parece alejarse. La necesidad del diálogo entre religiones se hace menos acuciante. Desde ese punto de vista, aunque no puede decirse que el nuevo secretario de Estado se desinterese del tema, lo cierto es que hay mil urgencias más urgentes... Y monseñor Antonio Ruaro piensa resolverlas todas.

## EL SABIO A LA ORILLA DEL RÍO

Porque, mientras Giuseppe ponía punto final a sus aventuras indias, Jean-Baptiste Villepreux ha hecho una de las elecciones más decisivas de su pontificado: la de su secretario de Estado,<sup>[170]</sup> el hombre que llevará la casa, el director de orquesta que interpretará sus «composiciones» espirituales, pastorales y políticas.

Necesita un hombre de compromiso que conozca a la perfección los engranajes de la Iglesia. Necesita un «fidelista que no fuera un mexicano», alguien que hubiera apoyado al Papa porque era el Papa, pero sin adhesión ni simpatía hacia los templarios. Tras dos semanas de dudas, su razonada elección recaerá en la persona del obispo vicario de Roma.<sup>[171]</sup>

El cardenal Antonio Ruardo no es un hombre de la Curia; pero nadie pasa diez años en el Palacio de Letrán sin aprenderlo todo sobre el Vaticano. Morro, uno de los muchos expertos consultados por Villepreux, le señala que el nombramiento de Ruardo se remonta al pontificado de Juan XXIV:

—Es un hombre sabio; sabe que quien espera lo suficiente a la orilla del río verá pasar el cadáver de su enemigo. Pero para eso hay que mantenerse con vida, y Ruardo ha sabido hacerlo. Se ha callado y ha dejado que lo olvidaran, pero no ha olvidado nada. Y no está marcado a los ojos de nadie.

La elección de Ruardo resultará un acierto. Hombre libre, obstinado, gran devorador de expedientes, capaz de asimilar y después digerir cientos de datos, sin olvidarse de ninguno a la hora de trazar el plan de batalla, gobernante nato al que no le asusta tomar decisiones, será un excepcional secretario de Estado durante siete años. Su profesión de fe es el trabajo. Pero (a juicio del Paul Assoumou de la época) «tiene tanto carisma como una ostra y tanta calidez como un témpano de hielo».

Sin embargo, Jean-Baptiste y Antonio serán amigos; sin saberlo, porque ni el uno ni el otro, y el italiano menos aún que el francés, son hombres de efusiones.

El antiguo obispo vicario de Roma también se entenderá de maravilla con otro personaje al que el Papa acaba de nombrar para un cargo: Silvestre III ha elegido como teólogo de la Casa Pontificia... a una teóloga, Jeanne-Marie Carrière. El tándem que forma con Ruardo es bastante singular: más intelectual ella y más práctico él, ambos son fieles servidores que, no obstante, se reservan celosamente una parte secreta, un lugar interior inviolable e inviolado.<sup>[172]</sup>

## PEQUEÑO TRATADO DE EDUCACIÓN (VAGAMENTE PATERNAL)

**G**iuseppe recupera a sus hijas en julio, en el aeropuerto de Ginebra. Padre e hijas ascienden a la ermita de Cervin, donde los espera el viejo sabio. ¿Quién mejor que el suizo para aconsejar a Giuseppe sobre lo que le conviene, sobre los gravámenes de la jerarquía y las dificultades para seguir inventando libremente cuando toda la inercia del mundo parece oponerse a ello? Las hijas, encantadas con esas vacaciones, se dicen que, al menos, allí arriba nadie podrá confiscarles a su padre. No saben cuánto se equivocan; estamos a 22 de julio de 2022...

Se instalan, pasan por el albergue para alquilar bicicletas y material de escalada... pero sobre todo Giuseppe habla con Cervin.

—Empezamos por la Iglesia y acabamos por sus hijas —recuerda Simon—. A mí me gustaba ponerlo contra las cuerdas. Si es verdad que, por un lado, Giuseppe estaba convencido de que nadie puede dirigir la conciencia de otro y pensaba que la obligación del pastor es caminar en medio de su rebaño, por otro, tenía un concepto totalmente distinto de su papel de padre... Opinaba que sus hijas necesitaban un padre con mano y voz firmes, alguien que las ayudara a atravesar los años difíciles. «Son como todos los adolescentes —decía—. Harán estupideces. Necesitan el freno de una autoridad adulta, y yo estoy decidido a ejercer como tal». Evidentemente, yo, desde el primer día, le recordé que Clara y Cecilia no eran «como todos los adolescentes»: habían perdido a su madre, su padre era cura, de pequeñas habían jugado sobre las rodillas del actual Papa, se tuteaban con cardenales y premios Nobel (Pietro y un servidor)... Pero él replicaba: «Han sido educadas por una experiencia de rupturas, de exilio, de amenazas, y también de hospitalidad, de diálogo. Con su abuelo, son científicas; con Anna o conmigo, literatas; geógrafas y políticas con Benelli y Poopaddy; músicas con Mary o Marina... El único que no les sirves de mucho eres tú».

»Lombardi acabó llamándome “septuagenario retrógrado”, empezamos a decirnos barbaridades y las chicas, que lo oyeron, porque en el chalet resuena todo, dejaron los libros y vinieron en mi ayuda, diciendo que su padre lo quería tener todo bajo control. Giuseppe suspiraba, tremendamente irritado. “¡Ya hablaremos de todo eso más tarde!”, les soltó. “Gracias a Dios, no vas a poder hacer de ellas unas señoritas italianas”, concluí yo. Se fue “a tomar el fresco” de la noche dando un portazo.

»Seguimos dándole al mismo tema durante toda una larga semana, aunque

también empezamos a hablar un poco sobre su trabajo... Cuando me explicó que pasaría todos los fines de semana en casa, no pude evitar guasearme. “Tienes razón, visto el estado de descomposición de vuestra jerarquía, seguro que un horario de oficina te permitirá salvar el diálogo con el islam. Y Clara y Cecilia esperarán calladitas al fin de semana para hacer todas sus preguntas existenciales. ¿De verdad crees eso, Lombardi?”. Pero no nos dio tiempo a arreglar todos los asuntos del papado y organizar la vida de familia de los Lombardi: tuvo que irse a salvar el mundo y ganar su Nobel, para estar a mi altura a los ojos de sus hijas.

## LA CAÍDA DEL MURO

El sábado 6 de agosto, al amanecer, Lombardi encuentra a Cervin sentado en una silla de la enorme cocina de piedra y madera. El café aún humea, pero el anciano no se ha servido. Da la espalda a la cafetera y parece como fascinado por el aparato de radio, que no para de dar detalles sobre la inconcebible noticia.

—¿Cervin? —murmura Giuseppe.

El sabio se vuelve, como sorprendido de que esa otra realidad siga existiendo: la cocina, ese hombre, en ese minuto...

—¿Qué pasa? —pregunta Lombardi.

El suizo se limita a subir el volumen de la radio... Y, tras un puñado de frases, Giuseppe comprende. Porque los periodistas no se cansan de volver sobre los hechos, los increíbles hechos, antes de tratar de imaginar las consecuencias, una y otra vez: el día anterior, a la caída de la tarde, a la hora en que terminaba la jornada de la gran plegaria, a la hora en que empezaba el día de sabbat, una formidable explosión ha hecho temblar Jerusalén, removido las piedras del Muro del Templo, destripado la explanada de las mezquitas, devorado al-Aqsa y cubierto de boquetes y fisuras la Cúpula de la Roca...

Por el momento, solo se han retirado de los escombros unos quince muertos; pero no es más que el primer balance... Sin duda los equipos de excavación encontrarán decenas de cadáveres enterrados, aplastados bajo los gigantescos bloques de piedra, bajo las toneladas de cascotes que han sepultado el lugar más santo del mundo...<sup>[173]</sup> Va a estallar una guerra; todos, hasta el analista más obtuso, pueden pronosticarlo...

Simon se vuelve de nuevo.

—Te han llamado esta noche, hacia las cuatro —le dice a Giuseppe—. Ese chico joven, el tal Mafouz. Quieren que vuelvas *ipso facto*, porque tu Papa te necesita para saber qué les dice a los judíos y los musulmanes. Le he dicho que estabas vivaqueando y no volverías hasta por la mañana, sobre las diez. —El anciano consulta su reloj—. Eso te deja casi cuatro horas para desayunar con tus hijas y explicarles que se han acabado las vacaciones, que el mundo necesita urgentemente a su padre.

A las diez, una breve llamada de Mafouz confirma a Lombardi que debe volver a Roma. Francia pone a su disposición un avión de la base militar de Ambérieux. El «ayuda de campo» le transmite las palabras exactas de Jean-Baptiste: «Dile a Jacob que abraza a sus hijas como si fuera a separarse de ellas durante varias semanas».



Maurice confirma la información esencial; de momento, se ignora la identidad, la nacionalidad y la filiación de los autores del atentado.

Giuseppe llama a Anna, que está veraneando en la villa de la costa adriática:

—Necesito que te quedes con las niñas. Te las llevará Cervin.

—¿Tiene alguna relación con el atentado?

—Y muy directa. Creo que Jean-Baptiste va a mandarme allí...

4.5.0

# MONSEÑOR LOMBARDI



## 4.5.1

# ESCALADA

**E**n el coche que vuelve a bajarlo al valle, la radio escupe noticias. El Tshah distribuye sus tropas a lo largo del muro de separación; la policía israelí ha cerrado los territorios a cal y canto; las fuerzas de asalto están concentradas a lo largo de la frontera con el «Estado Palestino de Gaza y Sinaí». El gobierno Gitai ha anunciado que se considera autorizado a violar los espacios aéreos libanes y gazaí.

Los primeros elementos de la investigación, y especialmente una filmación de las videocámaras de vigilancia, indican que la explosión se ha producido debajo de la explanada, en el emplazamiento de los establos de Salomon, quizá... Se trataría de un ataque desde los cimientos del «monte del Templo»; algunas voces se apresuran a acusar a los judíos ortodoxos que realizan excavaciones arqueológicas cerca de la lápida del Santo de los Santos y que propugnan la construcción del «tercer Templo».

El joven líder del Fatah Clandestino, Mahmud Barghuti,<sup>[174]</sup> pide que los cortejos fúnebres que acompañan a los «mártires» desde la explanada sean autorizados a atravesar los campos de minas y los controles de Jerusalén Oriental. Las organizaciones de colonos agrupadas en el movimiento «La Tierra ahora para acelerar la llegada del Mesías» anuncian que, si su gobierno no prohíbe el paso a esas procesiones, detendrán ellos mismos a los «profanadores del Templo».

Barghuti reclama una investigación internacional sobre el atentado. El ministro de Asuntos Exteriores de Israel replica que los investigadores de la ONU no son competentes, puesto que Israel no es miembro de dicha organización.

El jeque Afaz, líder de Hamas y «jefe espiritual» del Estado Palestino de Gaza y Sinaí,<sup>[175]</sup> anuncia que «la cólera de Dios fulminará a los impíos que han destruido la mezquita de al-Aqsa. Tenemos pruebas de que fueron los judíos y los cruzados del Gran Satán los que lanzaron sus bombas sobre la explanada de las mezquitas, tercer lugar santo del islam. Los creyentes castigarán esa blasfemia...». Afaz y el rector de la Universidad al-Azhar lanzan sendas *fatawas* contra los autores del crimen, «quejas contra X», comenta irónicamente Moshe Gitai. El primer ministro israelí ha anunciado ante la Kneset: «Israel encontrará y castigará al instigador o instigadores de esa acción criminal. El pueblo judío, que se ha enfrentado a las persecuciones a lo largo de toda su historia, sabrá permanecer unido ante esta nueva prueba. Resistirá y replicará sin piedad, sin debilidad, a quienes han atentado contra su Templo».

En algunos sitios, grupos de colonos armados impiden el paso de los cortejos fúnebres palestinos; un jeque de Ramala recuerda que, «para los creyentes, es importante que los cuerpos de los difuntos descansen en la tierra de sus antepasados antes de la puesta de sol».

En el asiento posterior del coche, se oye la voz de Cecilia:

—¿Vas a ir a ver por qué la gente se hace la guerra en Jerusalén, papá?

—No —le responde Clara—, va a tratar de impedirla.

Giuseppe, sombrío, no puede evitar una sonrisa.

—¿Cómo podría hacer eso, Clara? Un solo hombre no puede parar una guerra.

—Si no es para pararla, ¿por qué nos dejas colgadas, papá?

## EL TELÉFONO ROJO

**E**n la secretaría del dicasterio, lo esperan las instrucciones que ha dejado su superior: «Que Lombardi se reúna conmigo en cuanto llegue a Roma».

—La última vez que hablé con monseñor —precisa el secretario de Longdesbois—, se disponía a entrar en la sala de comunicación del Vaticano, para un *briefing* con los equipos del cardenal Ruardo.

—¿Cree que molestaré?

—Las instrucciones eran claras...

La sala de comunicación es el centro neurálgico de gestión de crisis. Cuando llega Giuseppe, Ruardo ya ha tenido tiempo para exponer la línea directriz de la diplomacia vaticana, según los distintos escenarios posibles: atentado judío o musulmán, reacciones militares, Intifada, matanzas...

El secretario de Estado termina su *briefing* repitiendo pausadamente las consignas: vigilar las expresiones que se utilizan, recordar «el cuadro de las resoluciones», evitar el empleo del término «capital»<sup>[176]</sup>, usar las palabras «pueblo», «tierra», «justicia y derecho» en lugar de «naciones», «territorios» y «legalidad de la ONU»...<sup>[177]</sup>

—En los próximos días —sigue diciendo el secretario de Estado—, cualquier declaración nuestra que no parezca un apoyo claro y sin fisuras a uno de los bandos será interpretada como una toma de posición hostil. Cuento con vosotros para que ningún detalle ponga en peligro todo el trabajo de nuestra diplomacia. —Ruardo hace una pausa antes de continuar—. Os recuerdo que el contexto de coexistencia interreligiosa es sumamente frágil, y no solo en Tierra Santa. Si cometemos errores, no nos arriesgamos a una simple convocatoria de embajadores; nos jugamos la tranquilidad, cuando no la supervivencia de algunas de nuestras comunidades... Solo puedo recomendaros que trabajéis con un rigor todavía mayor, sin ahorrar tiempo ni esfuerzo. Y, sobre todo... sobre todo no toméis ninguna iniciativa sin consultar con mi secretariado. —Se vuelve hacia Longdesbois y Lombardi, que acaba de deslizarse detrás de su «jefe»—. Monseñor Longdesbois, padre Lombardi... El Santo Padre nos espera.

Ruardo sale sin añadir nada más, más frío y tieso que nunca, por la puerta falsa de la sala... Los dos hombres a los que acaba de convocar y los miembros de todos los equipos parecen soltar el aire de golpe, como si hubieran estado conteniendo la respiración durante todo el *briefing*. Se miran, petrificados por aquel hombre que les ha anunciado con la mayor tranquilidad que va a estallar la guerra, que les ha pedido que midieran las palabras y las comas, para que no ardan demasiadas iglesias, para

que no degüellen o fusilen a demasiados cristianos...

Luego, las órdenes se entremezclan, los teléfonos surgen de los bolsillos, las cabezas se inclinan sobre las pantallas, las conversaciones se reanudan...

—¿Dónde te habías metido?

—Estaba en Suiza, con mis hijas... No las he dejado bien instaladas en una grieta, con víveres para tres días, por llegar antes en helicóptero, Jean-Baptiste...

—Vale, vale... Perdona, Jacob.

El papa Silvestre, de pie ante la puerta, roza apenas el codo de su visitante, invitándolo a seguirlo al interior del espacioso salón.

Sentados alrededor de la gran mesa ovalada, esperan varios hombres de Iglesia, dos generales italianos y uno francés enviados por sus gobiernos como consejeros ante el Santo Padre y algunos diplomáticos. Los respectivos secretarios permanecen en la penumbra... Giuseppe ve un sitio vacío al final de la mesa y se acomoda en él.

El pontífice coge dos hojas colocadas sobre su cartapacio, las lee por encima y luego alza los ojos.

—Les presento al padre Lombardi, la persona a la que estábamos esperando. — Uno tras otro, los presentes asienten sin cambiar su expresión grave—. Jacob, estás aquí en tu calidad de especialista en negociaciones con el mundo musulmán. Y también... —El Papa hace una pausa y luego prosigue recalcando cada palabra—: En tanto que mi hombre de confianza en esta crisis. A partir de este momento, te conviertes en nuestro coordinador. —Se vuelve hacia Maurice, coge la hoja con el escudo del Vaticano que este le tiende y la firma—. Ahora eres prelado de honor de Su Santidad; en consecuencia, señores, les pido que hagan partícipe a monseñor Lombardi de todas las informaciones que nos comuniquen a monseñor el secretario de Estado o a mí mismo.

Mafouz acaba de deslizarse detrás de Lombardi para dejar un «teléfono rojo»<sup>[178]</sup> sobre su cartapacio. Jacob abre la boca, pero vuelve a cerrarla de inmediato. Isaac lo mira; sus fríos ojos le ordenan no discutir. Lombardi tose dos veces, carraspea y se dirige a los obispos, a los cardenales, a los generales...

—Voy a leer todas sus propuestas esta noche... Pero ¿pueden resumirme en dos palabras en qué fase precisa se encuentra cada uno de sus servicios y el modo de actuar que considera cada uno de ustedes para las próximas doce horas?

## EL JUDEO DEL PAPA

Una hora más tarde, Giuseppe se ha quedado a solas con el Papa; monseñor Ruardo, que está al teléfono, y la sombra de Mafouz, que apunta, sintetiza y, a medida que se producen, informa por e-mail de sus conversaciones y decisiones a quienes deben ser informados.

—¿Por qué yo, Jean-Baptiste? —Le pregunta Jacob a Isaac.

—Porque necesito a alguien que comprenda las reacciones de los musulmanes, que sea lo bastante diplomático para no dar un paso en falso, pero también lo bastante poco diplomático para discernir si nuestro papel allí debe convertirse en algo más profético o más comprometido... —Jean-Baptiste hace una pausa—. Porque necesito a alguien que no tema correr riesgos físicos si tenemos que enviarlo allí...

Jacob sonríe.

—Sobrevaloras mis aventuras indias, Jean-Baptiste.

—... Y debe ser un hombre en quien confíe ciegamente; incluso si el contacto entre nosotros se corta, tengo que saber que hará lo que debe. Lo que pase allí es crucial para la paz mundial, Jacob; pero también es religioso, sagrado... Es Jerusalén, Jacob, Jerusalén...

Lombardi asiente.

—Has hablado de los musulmanes... ¿Y para los judíos? ¿Tienes a alguien?

Ruardo, que se ha acercado, toma la palabra:

—Su Santidad cree que yo podría servir para juzgar con conocimiento de causa lo que conviene hacer en cuanto a nuestras relaciones con Israel...

Lombardi lo mira sin comprender. Silvestre sonríe.

—Es evidente, monseñor secretario, que Jacob ignoraba su condición de hijo del pueblo judío.

Ruardo retoma la palabra sin ni siquiera sonreír.

—Soy fiel a la tradición iniciada por mis antepasados españoles, judíos al servicio del Papa desde que encontraron refugio en los Estados Pontificios, hace más de seiscientos años.

Domingo 7 de agosto a las once de la mañana... Mientras Su Santidad Silvestre III celebra la «gran misa por la paz» en la basílica de San Pedro, Lombardi recibe un despacho.

De las inmediaciones del Muro, parte un cortejo de colonos judíos. Los hombres, vestidos de negro y armados con fusiles automáticos, siguen los restos mortales del

rabino Zalman<sup>[179]</sup>. Han proclamado que «esta tarde reposarán en la Tierra de Eretz Israel, al lado de los patriarcas», en la cripta de Abraham y Raquel en Hebrón.

15.10 horas...

El cortejo recibe varias ráfagas de armas automáticas.

Al instante, estalla un furioso tiroteo. Los colonos, infinitamente inferiores en número, se ven obligados a refugiarse en el interior de la cripta de los patriarcas, cercada por una furibunda multitud.

16 horas...

Los primeros teledirigidos del Tsahal sobrevuelan la cripta. Menos de media hora después dos helicópteros despejan provisionalmente la explanada con la ayuda de granadas de gas lacrimógeno. Pero, en cuanto los aparatos de rescate intentan posarse, los palestinos reaparecen, dispuestos a arrojarse bajo sus ruedas...

19 horas...

Los Humvee del ejército israelí han conseguido al fin rescatar a la cincuentena de colonos supervivientes. El coronel del comando Joshuah, que dirige la operación de evacuación, da la orden de «disparar balas de goma a discreción» para dispersar a la turba.

19.12 horas...

La Media Luna Roja recoge nueve cadáveres en las inmediaciones del sepulcro: nueve palestinos alcanzados por munición blindada idéntica a la que emplea el comando Joshuah, a los que hay que añadir los ocho jóvenes lanzadores de piedras que los colonos han abatido al comienzo de la refriega.

Hay más de cien heridos.

Ningún militar ha salido herido, salvo los contusionados por impactos de piedras. Los colonos de la colonia Baruch Goldstein han perdido a veintitrés de los suyos; las familias nunca recuperarán a diez de ellos, descuartizados por la muchedumbre...

Al anunciar el balance de víctimas, en el gabinete adyacente a la sala de comunicación donde ha instalado su cuartel general provisionalmente, Giuseppe le comenta a Mafouz:

—Mañana, el Tsahal entrará en Hebrón y el Fatah Clandestino llamará a la Intifada. No tienen elección, ni los unos ni los otros. —Y, con voz grave y ojos sombríos, añade—: Habrá miles de muertos, Maurice, y yo no veo ninguna salida. Da igual quién haya accionado el detonador debajo de la explanada. Ahora ambos bandos van a tener suficientes muertos que vengar como para echar a perder otra generación.

—¿Qué va a hacer, monseñor? ¿Ir allí?

—Hasta que no atisbe una ocasión para actuar, soy más útil aquí.



## LA OCASIÓN

**L**a ocasión no la creará él; se impondrá por sí misma una semana después. Entre tanto, Lombardi constata con rabia que el fatídico engranaje, la inexorable maquinaria de la guerra civil, el inevitable ciclo de las venganzas y las represalias, se ha puesto en marcha...

No entraré en los detalles del estallido de la cuarta Intifada,<sup>[180]</sup> de la represión que desencadena, de los miles de barricadas y ataques contra el ocupante, en respuesta a la llamada del Fatah Clandestino, brigada Barghuti, en Cisjordania; de la decena de bombas humanas que explotan en Tel Aviv, Eilat, Jaffa, en los restaurantes, en los autobuses de los «cruzados judíos enemigos del islam»; del estado de guerra y los movimientos de tropas israelíes, de la situación de alerta de las ojivas NBC,<sup>[181]</sup> de los ataques masivos de columnas blindadas, incluso en los centros históricos de Jerusalén, Belén, Jericó, Nablus y Hebrón; de la operación de represalia y «limpieza» ejecutada por centenares de fedayines en la colonia Igal Amir; del sangrante silencio sobre Jerusalén Oriental... En esa época, la mayoría de mis lectores ya eran adolescentes, si no adultos, y recuerdan los hechos, sobre cuyo desarrollo, por otra parte, existen excelentes libros<sup>[182]</sup>. Además, si tuviera que contar todo lo que vi y oí, toda la información que llegó a mí durante esa semana infernal, tendría que dedicarle el libro entero.

La mayoría de las embajadas occidentales cerraron sus consulados en Jerusalén, Oriental y Occidental. Los estados que habían instalado allí sus representaciones<sup>[183]</sup> llaman a su personal; los demás envían a sus diplomáticos a Tel Aviv, respetado por la guerra tras la oleada de atentados del 8 de agosto.

En Roma, Giuseppe sugiere, por el contrario, que se refuerce la representación de la nunciatura en Jerusalén.

—Hay que evitar por todos los medios que la Ciudad Santa se convierta en un limbo, impedir que las tropas israelíes puedan actuar impunemente al abrigo de todas las miradas.

—¿Irá usted mismo a explicárselo a nuestro personal en la zona? —Le pregunta Ruardo.

—Puedo ir a ocupar su lugar, si es necesario, monseñor secretario de Estado.

—¿Crees que serías más útil si estuvieras allí, Jacob?

Jacob mira a Silvestre III.

—No lo sé. No puedo determinar si ha llegado el tiempo de las negociaciones, ni siquiera secretas; nuestros informadores sobre el terreno dicen que no.

—Entonces, te quedas.

Al día siguiente, domingo 14 de agosto, Giuseppe Lombardi coge el avión para Tel Aviv.

Ese domingo al amanecer, todavía resisten algunos reductos de fedayines palestinos. Las tropas israelíes, secundadas por «columnas infernales» de colonos, han limpiado, a costa de grandes pérdidas, los centros de todas las grandes ciudades de Cisjordania. La resistencia solo sigue organizada en algunos maquis de las montañas de Samaria, así como en un barrio de Jerusalén Oriental, y en las callejuelas del centro de Belén.

El Fatah Clandestino de Barghuti decide jugárselo el todo por el todo: esa víspera de la Asunción, invita a las familias de los combatientes y a los habitantes de los dos «barrios libres» a refugiarse en el Santo Sepulcro de Jerusalén y en la iglesia de la Natividad de Belén, para evitar que «la represión se extienda a los civiles». Gracias a una *webcam* clandestina, lanza una llamada televisada a «los representantes de los fieles y de las Iglesias cristianas. Apelo a quienes dirigís las Iglesias cristianas en Roma, Moscú, Atenas y Constantinopla, y os suplico que protejáis la vida de esos civiles inocentes. Os pido que negociéis una tregua con los invasores en nombre de la humanidad y de la antigua tradición de la tregua de Dios durante las fiestas religiosas. [184] —Barghuti muestra un icono de la Virgen, reproducción de una antigua imagen del monasterio de Santa Catalina—. Miriam era una hija de Israel. Vuestro Evangelio, como el Corán de los musulmanes, venera a la madre del profeta Jesús, que le dio la vida en la iglesia de Belén y lloró su muerte en Jerusalén, los dos lugares en los que se han refugiado las gentes de nuestro pueblo. En este día de fiesta, negociad una tregua para nosotros; negociad para que podamos volver a nuestras casas dignamente... Ya no nos queda más opción que ponernos en vuestras manos». El jefe del Fatah Clandestino ha ordenado a los fedayines que «se mantengan alejados de los lugares santos cristianos, para evitar que el ejército enemigo los dañe...» [185].

Giuseppe Lombardi, que lleva una semana mordiendo el freno, comprende de inmediato que «ya está»: esta vez, la Iglesia católica, todas las Iglesias cristianas, han sido invitadas a negociar, lo desearan o no.

## EL TRADUCTOR ARMADO

A penas le informan del mensaje lanzado por Barghuti, Giuseppe llama a su principal informador en Jerusalén, el dominico y director de la Escuela Bíblica y Arqueológica francesa Vincent Marguerite.

El enviado especial del Papa pide que le manden un conductor al aeropuerto de Tel Aviv, a ser posible el hombre que lo acompañará durante las próximas semanas, su futuro guía e intérprete. Quiere un hombre que hable árabe y hebreo, que no tenga miedo a meterse en la boca del lobo y que, además, sea capaz de traducir lo que diga cada interlocutor sin ideas preconcebidas.

—Puede que tenga lo que necesita, monseñor Lombardi... Uno de nuestros estudiantes dominicos, el *frère* Pietro de Paoli, un compatriota suyo, aunque de Nápoles.

—Muy bien. ¿Tiene vehículo?

—Pondré a su disposición el coche blindado de la escuela.

—¿El que tiene matrícula diplomática? Eso sería muy poco discreto.

—Es el único que podrá circular por Jerusalén en estos momentos. Por su cuenta y riesgo, claro...

—Bien... Su estudiante... ¿Tiene algún arma corta?

4.6.0

# Y AQUÍ ENTRO YO EN ESCENA



## PORTAFUSIL

**Y** aquí entro yo en escena... Aquí empiezan verdaderamente mis memorias, en el centro de este libro. Hasta aquí Lombardi era un recuerdo, un nombre en unas páginas, un rostro en unas fotos; el personaje principal de las escenas y los diálogos que me relataron sus amigos, sus allegados... En los capítulos que siguen será, en cambio, el hombre al que acompañé, el hombre que me llamaba hermano y a quien yo llamaba Giuseppe. Lo que voy a escribir ahora lo vi, lo oí, lo sentí, lo padecí, lo soporté y esperé en su compañía. Y quisiera que, gracias a estas líneas, todos pudieran comprender cuán grande fue mi suerte, mi alegría y en ocasiones mi inquietud al conocerlo y tratarlo durante quince años.

Cuando lo conocí, Giuseppe Lombardi acababa una parte de su vida e iniciaba otra. Los cuarenta primeros años de su existencia habían sido excepcionales, sobre todo porque había estado rodeado de gente excepcional: un padre Nobel de Medicina, un amigo Nobel de Física, dos amigos cardenales entre los más influyentes de la Iglesia, otro Papa, algunos compañeros que habían escrito la historia de sus países o de sus órdenes, en la Unión India, en Francia, en Italia; un marco, en fin, realmente singular. ¿Cuántos seres humanos han tenido en su entorno, desde la infancia y hasta la madurez, amigos como esos? Todos estos ilustres compañeros ofrecieron su amistad a Lombardi y aceptaron la suya, y en eso es ya, sin duda, alguien «aparte» en 2022... Por otro lado, en las líneas precedentes he mencionado solo a aquellos que, por su brillantez, han obtenido el reconocimiento del mundo; pero habría que hablar también de la inteligencia y la casta de Monica, de la delicadeza de Anna, de la generosidad de Marina, de la hospitalidad maternal y la nobleza de Mary, de la prudencia de Alan, del realismo y el coraje del nuncio; sin duda habría que recordar incluso la lealtad de algunos enemigos, como el emir de Bombay...

Y además, claro está, además, y sobre todo, recordar la luz y el encanto, la risa burlona y la frente grave, la dulzura y el ardor de Chiara Sassetta...

Él nunca me invitó a buscar en el pasado que he relatado. Este hombre intensamente presente no vivía en la historia ni en el recuerdo. Pero nunca me prohibió buscar. Muy pronto, a su lado, anoté lo que veía, lo que oía; a veces se reía de aquello llamándome su «biógrafo oficial»; pero nunca me pidió que llevara por él el registro de su vida, y menos aún que lo escribiera, aunque yo me hubiera sentido honrado.

Él no me pidió que investigara su historia, pero yo lo he hecho. Yo creo que un hombre no es algo milagroso. Es lo que es su pasado, lo que las circunstancias, sus fracasos y sus enemigos han hecho de él; lo que sus allegados, sus hermanos, sus

compañeros han permitido que llegara a ser.

Al escribir la primera mitad de este libro, he experimentado el placer del historiador que, levantando capas de polvo, de silencio, descubre bajo los velos algunos misterios y algunos secretos de un hombre...

Pero ahora tendré otras alegrías, las de revivir los quince años excepcionales de nuestra vida, esos años transcurridos junto a un hombre que iniciaba, al encontrarme, el segundo tomo de su existencia...

## EN SU NOMBRE

**L**ombardi abre, al aterrizar en Jerusalén, un nuevo capítulo de su vida: en adelante será él quien marque el destino de los que se cruzarán en su camino; será él quien escribirá la Historia.

No creo equivocarme al describir su llegada a Jerusalén como el momento en que su vida da un giro decisivo; no creo que ceda a la autosatisfacción cuando distingo esta cesura precisamente en el momento que separa mis «antememorias» de mis memorias. Es un hecho: el momento de nuestro encuentro abre un nuevo ciclo de amistades en su vida; yo soy el primero de una larga serie... Hasta entonces, con excepción de Paddy, Lombardi ha tenido casi siempre «hermanos» más experimentados que él: Villepreux, Assoumou, Morro, Benelli, Cervin, incluso Pietro y Monica...

A partir de Jerusalén establecerá nuevas relaciones; allí desempeñará el papel del que muestra la dirección, del que elige el rumbo... En adelante otros fijarán su ruta atendiendo a su brújula interior. Para nosotros, nunca será un *rabbi*, menos aún un gurú, ni siquiera un «padre», igual que antes tampoco él había tratado de buscarse modelos.

Después de mí estará Leah, claro, apenas más joven que él, en realidad no menos experimentada, pero con toda evidencia captada, arrebatada por su carisma; estarán Bartolomé, el pastor Froeliger y Liselotte, Cyril Dereim, Mafouz; tantos otros...

En adelante Lombardi actúa en su propio nombre, bajo su propia autoridad, y va a ser sorprendente, inventivo, creador y visionario genial, en algunas circunstancias...

Él hacía con otros. Ahora otros harán con él... Porque ahora está seguro de lo que es, de lo que se propone seguir siendo, de lo que permanecerá ajeno a él.

### 4.6.3

## ESTIGMAS

**E** se día de agosto de 2022, yo esperaba a un dignatario con *clergyman* o a un sacerdote seco, imperioso y brillante.

—¿Eres tú quien espera a un enviado de Roma, *fratello*?

El «encargado de misión pontificia» que sale de la segunda terminal del aeropuerto de Tel Aviv, con una bolsa de cuero al hombro, no puede sorprenderme más. Es un hombre alto, seductor, elegante; exótico incluso en un lugar como Jerusalén, donde tantos extranjeros se mezclan en las estrechas callejuelas de la ciudad tres veces santa. Siempre vestido al estilo indio, ha renunciado a las camisas europeas, a las corbatas... Nunca ha adoptado el cuello romano; prefiere el cuello Nehru. En el calor asfixiante de ese fin de verano, parece un hombre hecho para el sol, para el caos, para el polvo, porque ninguno de los tres deja huella. Siente los elementos exteriores, se alimenta de ellos, los percibe con precisión, pero los convierte siempre en sus aliados, cuando tantos otros los padecen.

La paciencia y el despojo del exilio, después de la prueba del duelo, y el cautiverio de dos meses con los combatientes de Mar Thoma han acabado de consumirlo, lo han hecho más seco que un asceta o que un guerrillero. No tiene ya, tanto en sentido literal como en el figurado, más que nervios y músculo sobre los huesos.

Los rasgos de la cara son más marcados ahora; han aparecido las primeras arrugas; los cabellos, siempre enmarañados, están entremezclados de plata. Sus brazos son duros, y tiene los hombros de un hombre de acción. Por lo demás, él confía en su cuerpo, tanto para seducir como para actuar. No teme servirse de ese físico poderoso, a menudo capaz de lanzarse sin freno a la acción, porque conoce bien las reacciones de ese instrumento dócil que mantiene con ejercicios de cultura física, y también con su «meditación»; «habitando su casa», conserva su vitalidad, su vigor, su gusto.

Pero, más que distinguirse por una particular elegancia o fuerza, parece portador de un aura, de una calidad de presencia sorprendente. Es un hombre física y mentalmente presente frente a aquel o aquella que se dirige a él, aunque sea por un breve instante; cada uno tiene la sensación de ser conocido, reconocido e incluso amado. Cualidad empática, dirán los psicólogos, y sus detractores hablarán de «manipulación»; pero esa mirada intensa y exclusiva, esa atención completa, concedidas a los o las que miran, no son cultivadas, las posee desde que era el bebé Giu.

Otra característica, sorprendente por lo rara que es entre los occidentales, y más



aún entre los eclesiásticos: Lombardi es un hombre de contacto. Sus apretones de manos son potentes, cálidos y secos, y es capaz también de abrazar con fuerza, de sujetar por el hombro, de colocar la mano sobre la de su interlocutor. En esto es más napolitano que boloñés...

Lombardi abraza tanto a los hombres como a las mujeres; ellas siempre tendrán la sensación de que es un hombre que las aprecia, y de hecho, él «ve» a las mujeres, a diferencia de tantos otros sacerdotes cuya mirada resbala sobre ellas...

Sigue llevando su alianza; después de la detención hizo unir, con este anillo, el de Chiara que llevaba como pendiente. Y solo conjuga su matrimonio en presente: Chiara no está santificada ni momificada, sino viva en su espíritu; está presente en todas sus elecciones, en todos sus descansos, en todas sus alegrías.<sup>[186]</sup>

Diez años después de la muerte de su mujer, ha aprendido a comprender lo que primero soportó y luego construyó instintivamente; cuando mira tras de sí, sabe que él también murió el mes de marzo de 2012, que su retiro a la isla de los muertos fue una larga noche en la tumba, y que luego, lentamente, casi insensiblemente, resucitó... Ha dejado que la vida y las emociones resurjan. Tiene esa sensación curiosa que experimentan los que han sido objeto de un gran milagro: de ese periplo por los infiernos, sale más intensamente vivo. Esa prueba, lejos de separarlo del mundo, lo ha centrado, al contrario, en cada gesto, en cada minuto: vive poderosamente en el presente, aferrándose al instante.

Sus amigos, que no lo habían visto durante los siete años pasados en la India, se sorprenden, claro está, de esta madurez interior que transmite: Tous, Morro, Jean-Baptiste, Paul, Simon, reconocen al Giuseppe que conocieron, y reconocen, sobre todo, que su particular brillantez se ha convertido en una irradiación poderosa y estable. Para nosotros, los que lo conocimos en esos años, su aura es lo propio, la esencia de su persona.

Ellos, los de antes, conocen también la fuerza de su fe; una fe sin ilusiones... Este hombre ha experimentado la fuerza de la desgracia; ha visto en rostros humanos la pasividad, la pequeñez de alma, la máscara gesticulante de los miedos y el placer de la delación. Pero cree que Dios ama a esta humanidad, que la llama a la grandeza y a la dignidad, incluso al heroísmo. Quiere mirar a la humanidad en la mirada de Dios, amarla con la ternura de Dios. A veces, ante el mezquino, el traidor, el malvado, murmura como para convencerse, como una oración: «Tú moriste por amor a nosotros, a él y a mí».

## «FRATELLO»

Naturalmente, todo eso en lo que se ha convertido no se ofrece sin más de entrada. Pero cada uno de sus compañeros, cada una de sus compañeras de los años futuros me lo repetirá: desde su primer encuentro supieron que habían encontrado a un amigo extraordinario, a un «hermano», cuya confianza es un don, una «inspiración»...

No sé por qué me eligió para ser su «portafusil», su sombra, su «hermanito». Sé cuál era el retrato robot que envió al director Marguerite, y por qué yo podía serle útil; pudo descansar en mí, a pesar de mi miedo o mi fatiga, en las duras horas de las primeras semanas, en esos segundos en que el coche que yo conducía fue tiroteado, en las discusiones en las barreras con soldados nerviosos, con el dedo en el gatillo; ni una vez, durante el primer mes, dudé de él, ni interrumpí nunca uno de los silencios que prolongaba, ni traté de aplacar sus cóleras fingidas o reales. Me encontraba a menos de un metro de él cuando resonaron los tres disparos y el vuelo del águila estuvo a punto de terminar antes incluso de que se hubiera elevado en los aires...

Se acerca al coche, lanza su bolsa de cuero al asiento trasero y sube a mi lado.

—¿Cómo va todo, es muy duro, *fratello*<sup>[187]</sup>?

—Puede llamarme Pietro, monseñor...

—Tú puedes llamarme Giuseppe, *fratello*...

—De acuerdo... Respondiendo a su pregunta, es muy duro... Incluso más que eso. Los hombres se han convertido en animales aquí...

—Pues bien, en este caso trataremos de hacer que vuelvan a convertirse en animales humanos.

—Si Dios quiere, usted...

—Dios lo quiere. Basta con que seamos bastante hábiles y bastante testarudos para hacer triunfar su voluntad... De hecho, puedes tutearme, hermanito. Creo que tendremos algunos momentos delicados, y me cuesta mucho confiar mi vida a alguien que me trata de usted.

Con estas pocas frases entré en contacto por primera vez con Giuseppe Lombardi, el domingo 14 de agosto de 2022, víspera de la Asunción, en la autopista que va de Tel Aviv a Jerusalén.

4.7.0

# VELA DE ARMAS



## EL PERMISO

—¿Cómo está la situación?

—La verdad... no sé si podría ir peor.

El director, el hermano Vincent Marguerite, empuja al otro lado de la mesa la cincuentena de folios que han llegado para Giuseppe desde que abandonó Roma; asuntos de segunda categoría, no tan urgentes para que merezcan sobrecargar la mensajería del «teléfono rojo»...

—De acuerdo, digeriré todo esto por la noche. ¿Disponen de una línea totalmente segura, en la escuela?

—No sé si será totalmente segura. Hay una en el consulado de Francia a la que tenemos acceso en caso de máxima urgencia.

—Vea si podremos utilizarla en los próximos días. Si es necesario, la Secretaría de Estado llamará al Quai d'Orsay. También me gustaría instalar un cuartel general con acceso a una línea de muy alta velocidad, en una habitación grande...

—Todas están equipadas con una línea de alta velocidad fija y toda la escuela dispone de una red sin hilo de muy alta velocidad. Le pediré al hermano responsable que le dedique un cincuenta por ciento del flujo. Si no basta, se aumentará.

—Bien... Otra cosa: mañana, el cardenal Longdesbois llega al aeropuerto de Tel Aviv. El nuncio pasará a buscarlo y vendrá directamente aquí. ¿Es posible alojarlos en la escuela?

—La Casa del Patriarcado sería el procedimiento normal... Pero ¿hay un procedimiento normal en este momento? Tenemos cuatro habitaciones libres en el ala de los estudiantes. Los tres estadounidenses inscritos en la escuela fueron evacuados anteayer, como todos los naturales de Estados Unidos.

Una pausa.

—¿Por qué hay que hacer venir a Longdesbois y al nuncio?

—Porque necesito dos o tres cabezas más importantes que la mía, en Jerusalén, si hay que presionar...

—¿Está hablando de escudos humanos?

—No lo excluyo. Por cierto, ¿qué precio otorgan a su vida las autoridades israelíes?

El director se echa a reír.

—Es usted muy directo, monseñor... Creo que nos entenderemos... ¿Que cuánto vale mi pellejo? Dios mío, creo que no vale mucho más que el precio de mi ropa... Aquí tenemos una larga tradición de diálogo con los palestinos... Pero, a ojos de las autoridades francesas, nuestra escuela tiene un estatuto consular, y supongo que si me

ocurriera una gran desgracia, el Quai d'Orsay reaccionaría como si uno de sus representantes hubiera sido abatido por un Estado amigo.

—Bien, vuelvo a la cuestión esencial, señor director.

—Llámeme Vincent. Lo escucho...

—De acuerdo, Vincent... Voy a intentar que los hombres y las mujeres que se han encerrado en nuestras iglesias puedan volver a sus casas después de haber negociado una retirada israelí del barrio de los Santos Lugares. Pero toda implicación comporta riesgos, y tengo necesidad de saber cuál es su estimación al respecto... ¿Cree posible que las autoridades israelíes, o eventualmente combatientes palestinos, ataquen la escuela durante las negociaciones?

—¿Me pregunta si estamos en un lugar seguro? Le responderé dos cosas: en 1967, durante la invasión de Jerusalén Oriental, el Tsahal entró en la escuela y mantuvo durante varias horas las armas apuntadas contra los padres dominicos. Tuvimos que dejar que registraran nuestros edificios, y las autoridades mantuvieron a dos hermanos como rehenes durante todo el tiempo que duraron las operaciones...

—Ya veo...

—En cambio, en 2017, al principio de la tercera Intifada, las tropas se limitaron a controlar las entradas y salidas durante diez días...

—¿Ya estaba usted aquí?

—Estaba aquí, sí... Ya era director.

Un largo silencio. Giuseppe reflexiona.

Marguerite sigue hablando:

—Ahora bien, si la cuestión es saber en qué medida asumiremos el riesgo de ser invadidos por el ejército o atacados por elementos aislados islamistas, se lo diré sin rodeos: por lo que a nosotros respecta, los hermanos dominicos, ya hemos abordado esta cuestión en varias ocasiones, y nuestra respuesta es la que han dado nuestros hermanos monjes de Tiberrine y nuestros hermanos sacerdotes de Amboina... Nos quedaremos, como la levadura en la masa. Nosotros somos de aquí. En cambio, no puedo responder por nuestros huéspedes estudiantes... Plantéeles la pregunta.

—¿Cuándo?

—Mañana, durante la comida del mediodía después de la misa de la Asunción, la mayoría de ellos se encontrarán en el refectorio.

—Creo que efectivamente vamos a entendernos. Una última pregunta...

—Adelante.

—¿Acepta confiarme a su hermano Pietro durante todo el tiempo de mi presencia aquí, a pesar de los riesgos físicos que le haré correr...?

—Por Dios, pregúnteselo a él... La primera regla de Domingo es la de la libertad.

Giuseppe se vuelve hacia mí.

—Tienes tu permiso de salida, Pietro... Una última cosa, Vincent. ¡Llámeme Giuseppe!

## ESTEBAN Y EL BAUTISTA

La basílica de San Esteban está vacía en sus tres cuartas partes, en este día de la festividad de la Asunción. Vincent Marguerite ha invitado a Lombardi a celebrar con él para la pequeña comunidad sabia y erudita de los dominicos y los estudiantes... Hace tiempo que ningún palestino asiste ya al oficio dominical bajo las bóvedas de colores otomanos. Ya no quedan cristianos, o casi; los últimos que podían hacerlo huyeron, cargando con el peso del resentimiento por haber sido «abandonados» por Roma; tampoco aquí los templarios tienen buena prensa. Por otra parte, ellos no dudaron en abandonar su seminario de Jerusalén en 2017, durante la crisis de la tercera Intifada.

De vez en cuando se escuchan ráfagas de armas automáticas o el silbido de los cohetes lanzados por los «gamberros». Toda la asamblea está ahí, apretada en las sillas del coro; con el mismo reflejo que tuvieron sin duda los discípulos en el Cenáculo, cuando temían la persecución.

Marguerite ha cedido a Giuseppe el honor de pronunciar el sermón en ese día. El italiano se acerca al micro, mira un instante a la poco numerosa asamblea, de algo más de una cincuentena de hombres y un puñado de mujeres.

—Es la segunda vez que vengo a Jerusalén, y la primera que me acogéis en vuestra escuela, en vuestra iglesia... Ya sabéis, hermanos, por qué he venido. Sabéis lo que ocurre a un cuarto de hora de marcha de estos muros. No pretendería explicároslo ni instruiros a partir de los textos que hemos escuchado, a vosotros, que sois todos más sabios y más eruditos que yo...

»Hermanos, en este día en que, en todas partes, el mundo cristiano celebra a la Virgen y su Asunción, no os diré ni una palabra sobre la elevación de la Virgen...

Se vuelve, muestra los dos grandes retratos de san Esteban y de san Juan Bautista, que enmarcan al del Redentor.

—Os hablaré un instante de estos dos hombres: el precursor y el primer mártir, Juan y Esteban...

»Juan anunció la venida del Reino, allanó los senderos, cubrió los barrancos, renunció a sus propios discípulos para designarles a Cristo, pero fue también el hombre de la duda... Cuando vio que el Reino anunciado por Jesús no tenía relación con la vuelta de la realeza a Israel, desde su prisión envió a sus discípulos a interrogar al Maestro: “¿Eres tú el que ha de venir?”. Y a nosotros, que hemos venido a esta ciudad para estudiar de más cerca la palabra de Dios, ¿no nos ocurre que dudamos a veces? ¿Dios mantiene su promesa, está verdaderamente con nosotros hasta el fin del mundo, cuando vemos cómo nuestros hermanos se desgarran en la tierra de Galilea,

de Judá y de Samaria? ¿Es posible que el Reino esté ya entre nosotros cuando atravesamos un valle de lágrimas, tierra de injusticia, de violencia y de asesinatos?

»Confrontados al silencio de Dios,<sup>[188]</sup> al de Auschwitz, al de Kigali, al de la noche y la prueba de cada uno, volvamos a oír la respuesta de Cristo: “Responderéis a Juan: los cojos andan, los ciegos ven, los leprosos quedan limpios [...] y se anuncia a los pobres la Buena Nueva...”.

»Esteban, el primer diácono, elegido para ponerse al servicio de los ancianos y los enfermos de su comunidad, es conducido fuera de los muros de la ciudad para recibir la muerte. Y Saúl, el futuro apóstol de las naciones; Saúl, el futuro Pablo, sostiene los mantos de los asesinos. ¿Hubo peor ciego que Saúl, a quien Dios mismo tuvo que cegar con su luz en el camino de Damasco para devolverle la vista? Pues bien, yo os digo: Esteban murió, sus ojos se cerraron; pero el ciego vio, los ojos de Pablo se abrieron.

»¿Creemos que los ojos de los ciegos que nos rodean, de los que lapidan a sus hermanos, podrán abrirse? ¿Creemos verdaderamente que el Reino está entre nosotros? ¿Se abrirán nuestros ojos, nuestros pies marcharán por fin para anunciar a los pobres que la Justicia y la Paz, la Dulzura y el Perdón marchan por nuestros caminos? ¿Tendremos, si hace falta, la fe de Esteban, cuya estatua está presente en vuestro jardín? Frente a las piedras que vuelan, frente a las balas que llueven, ¿sabremos implorar el perdón para los que las lanzan? ¿Y sabremos seguir proclamando la Justicia, seguir creyendo que entre los asesinos algunos serán mañana apóstoles más grandes que nosotros mismos? ¿Sabremos continuar desarmando las manos de los que golpean, porque el Reino ya está entre nosotros, porque tenemos que creer que la Paz puede triunfar por un tiempo; porque para poder anunciar la Justicia, necesitamos primero tratar de hacerla reinar?

Vuelve a sentarse. Nos hemos quedado todos sin aliento; nunca ha habido aquí un sermón tan corto, tan concreto, tan afirmativo. Me enteraré después de que Giuseppe siempre predica así, con preguntas sucesivas, preguntas que se apoyan todas en hombres y mujeres de la Biblia, como los héroes de una historia más grande que ellos; y que todas acaban por pedir si queremos, nosotros también, convertirnos en los protagonistas de la misma historia...

## EN EL CORAZÓN DE LA GUERRA

**E**n el curso de la comida, Giuseppe se levanta. Marguerite pide que escuchemos a «nuestro visitante de Roma». Lombardi se excusa primero:

—Lo lamento, temo que a algunos les cortaré el apetito...

Algunas risas.

Lombardi explica: de momento la escuela es un refugio; tal vez deje de serlo.

—Vamos a poner la mano, el brazo y todo el cuerpo en medio de la refriega. Tal vez llevemos la guerra hasta el corazón de este jardín enclaustrado... Por un tiempo arriesgaréis vuestra libertad, tal vez vuestra vida; tal vez la paz tenga este precio.

»Yo he aceptado este riesgo, mi compañero Pietro acepta este riesgo y también nuestros anfitriones dominicos. Pero ya que todos vosotros estáis aquí en vuestra casa, os pido vuestro acuerdo... Y si decidís no arriesgaros a estas tribulaciones, buscaré otra base que no represente para vosotros ningún peligro.

En el refectorio de piedras blancas, bajo las singulares bóvedas ojivales, el «referéndum» tiene lugar a mano alzada... Una veintena de brazos se levantan, casi uno a uno; cada uno espera a que el otro haya comunicado su decisión para anunciar la suya... Tres manos permanecen bajas.

—Os prometo que Pietro y yo haremos todo lo que es humanamente posible para ser dignos de vuestro valor.

Longdesbois llega hacia el final de la tarde, acompañado por el patriarca Nasrallah. El nuncio ha estimado que era preferible permanecer en Tel Aviv, para «continuar serenamente el diálogo con las autoridades israelíes»<sup>[189]</sup>...

Lombardi ya ha hablado extensamente con el Ministerio de Cultos israelí y con el de Asuntos Exteriores. Se ha hecho reconocer como el único interlocutor investido de poder para hablar en nombre del Vaticano.

Ha obtenido el principio de una embajada de dos dignatarios católicos, el patriarca y el cardenal: uno irá al Santo Sepulcro, y el otro a la iglesia de la Natividad en Nazaret, al día siguiente, para discutir con los palestinos refugiados y obtener su salida sin un disparo. «Debéis darme los medios para convencerlos de que abandonen los lugares de encierro... Si no, tendréis que ir a buscarlos por vuestra cuenta y riesgo...». Solo ha obtenido una vaga promesa de que no los matarán.

Regularmente me informa:

—Me responden que si de aquí a dos días todos los terroristas no han abandonado los lugares de encierro, entrarán en los edificios... Están de acuerdo en que llevemos



viveres para dos días, no más; y ningún medicamento que pueda servir para curar a los heridos de bala. Ellos proporcionarán las provisiones...

—Si no son *halal*, no las tocarán.

—Llama al Ministerio de Cultos y mira qué puede hacerse.

A la llegada de Nasrallah y Longdesbois, les explica su plan: instalarlos como «rehenes voluntarios» en las dos iglesias, para hacer respetar la «tregua de Dios» y el asilo.

Nasrallah responde muy tranquilo:

—Es dar más importancia a nuestra vida de la que le concederán los responsables israelíes. Esta vez quieren arreglar definitivamente el problema...

—Doy mucha importancia a sus preocupaciones... No son estúpidos, aunque los ciegue la cólera. Saben que no pueden pisotear todos los símbolos al mismo tiempo... Después de todo, si los cristianos tienen mártires, corren el riesgo de irritar un poco más a los falangistas que quedan en Oriente. Y cuento con Washington para que nos apoye en esta historia...

—¿Washington? ¿El actor chino?

—Ruardo ha hablado con el nuevo secretario de Estado estadounidense. Le ha asegurado que el Departamento de Estado utilizará toda su influencia para impedir un ataque a los Santos Lugares. Y los israelíes necesitarán a Washington, mire...

»La noticia ha llegado hace menos de quince minutos, por el teléfono rojo. El rey de Arabia Saudí acaba de lanzar una llamada “a todos los creyentes, para que vengan de todas partes, del levante y del poniente, y afluyan en masa a Jerusalén para liberar a los Santos Lugares de la presencia de los cruzados judíos impíos...”. Acaba de desatar la “guerra del *hach*<sup>[190]</sup>”.

El patriarca asiente.

—Tel Aviv tendrá que soltar lastre, negociar con Barghuti... O será la guerra total...

—Nosotros no podemos decidir por Tel Aviv, monseñor. Pero debemos intentar algo aquí. ¿Tengo su apoyo?

—Padre Lombardi, yo soy palestino, y no dudaré un segundo en ir a morir en medio de mi pueblo si esto puede servir... Pero no puedo ir solo...

Un silencio. Giuseppe espera...

—Estas iglesias son las de toda la cristiandad. Si vamos sin ponernos de acuerdo con las otras Iglesias cristianas, todo el trabajo emprendido en el marco de la Conferencia de los Patriarcas de Jerusalén se irá al garete...

—Entonces convénzalos, antes de mañana al alba, para que vengan con nosotros...

—Lo que me pide es casi tan imposible como plantearse un encuentro esta misma noche entre Barghuti y Gitai.

Lombardi mira su reloj.

—Sin embargo, necesito que lo consiga en doce horas, monseñor...

Longdesbois todavía no ha pronunciado una palabra. Giuseppe se vuelve hacia su «patrón», lo mira:

—¿Y usted, señor cardenal, irá a encerrarse en Belén?

—Dios mío... Desde hace nueve años siempre he escogido francamente mal a mis amigos. Pero creo en usted, Giuseppe. Y espero no equivocarme esta vez...

—Gracias, eminencia. Monseñor Nasrallah, no hable de rehenes a las otras Iglesias; bastará, de momento, con venderles una embajada común; en el interior, tendrán que decidir por fuerza si se quedan con nosotros... En cualquier caso, yo asumo la responsabilidad de ir cueste lo que cueste. E iré con usted mañana por la mañana al Santo Sepulcro, para hacerme una idea... —Reúne ya los últimos comunicados y se levanta—. Ah, a propósito, monseñor, ¿conoce un medio de entrar en contacto con Barghuti en las próximas horas?

## EL MONJE BUDISTA

Medianoche... Monseñor Nasrallah viene a verme al cuartel general.  
 —Tendré al patriarca de la Iglesia griega ortodoxa y a representantes de los coptos etíopes; los ortodoxos rusos solo irán a Belén; los luteranos aceptan unirse a nosotros, aunque no estén representados en los Santos Lugares... — Lo miro, estupefacto por este milagro diplomático—. ¿Le podrá decir todo esto a Lombardi? No sé dónde está, y ahora necesito descanso. —De pronto me dirige una sonrisa luminosa, a pesar de la expresión de agotamiento—. *Ya salaam*, dígame también que es un demonio de hombre para intentar esto por nuestro pueblo.

Me quedo solo, me asomo a la ventana; en la oscuridad del jardín miro al «demonio de hombre», sentado solo en la terraza trapezoidal que domina las tumbas de los reyes. En la noche casi suave, en que las piedras exhalan el calor del día, se mantiene erguido, con el tronco casi rígido, en la posición del loto, como si meditara... Decido darle aún quince minutos antes de interrumpirlo; durante ese cuarto de hora tengo tiempo más que suficiente para preguntarme si este enviado especial del Papa vestido al estilo indio, este sacerdote que lleva una alianza, es también un adepto del budismo.

Lunes 16 de agosto, cinco de la mañana... Lombardi ya se encuentra ante la basílica, camina como un león enjaulado sobre la grava negra, y de vez en cuando se detiene al pie de la columna blanca.

Mis pasos chirrían sobre la grava del peristilo. Se vuelve:

—¿Has dormido bien, *fratello*?

—Tan bien como he podido...

—¿Dónde está tu habitación? Hace una hora te necesitaba para que me tradujeras la radio israelí.

—Duermo en el matadero, padre...

—«Padre» no, Giuseppe. ¿El matadero? ¿Qué demonios es eso?

—El antiguo convento. Lo instalaron sobre un antiguo matadero, y a veces lo llaman así... en broma.

Un largo silencio...

—Solo espero que no presagie nada con respecto a este lugar; no me lo perdonaría.

—No tenemos elección, Giuseppe.

—Siempre tenemos elección, *fratello*.

4.8.0

# REHENES



## VÍA DOLOROSA

El coche de los luteranos se ha unido a nosotros en la puerta de Damasco. El patriarca ya está allí. Un blindado israelí monta guardia...

El alba es silenciosa; todavía se escuchan algunos disparos esporádicos; los combates agonizan. La pesada silueta de un helicóptero de ataque bate el aire por encima de nuestras cabezas.

Pienso en el arma que llevo, sujeta bajo la axila; en la que Lombardi lleva en la cadera.

—No es cuestión de utilizarla, *fratello*, y cuando hayamos indicado que vamos armados, nos las quitarán...

—Entonces, ¿por qué?

—Porque, cuando negocio con combatientes, no quiero situarme en flagrante delito de ingenuidad. Es una forma de decir a los israelíes que sabemos con quién vamos a enfrentarnos en la iglesia... Sobre todo, cuando te desarmen, no hagas ningún gesto sospechoso.

Repaso mentalmente la lista de todos los gestos sospechosos que corro el riesgo de realizar...

Entramos en la ciudad, a pie, detrás de los soldados. Nuestros pasos resuenan en el enlosado. Los representantes luteranos y monseñor Nasrallah caminan con aire grave; yo debo de estar pálido; Lombardi avanza a buen paso, como si tuviera prisa por llegar.

Atravesamos los tres cordones del dispositivo de asedio israelí. El Santo Sepulcro se ha convertido en una ratonera que rodean combatientes erizados de antenas, cargados de electrónica, con la lente de detección de calor sobre el ojo derecho. Los tiradores de élite se lanzan gritos sobre los tejados a medida que nosotros avanzamos.

En el atrio, los plenipotenciarios de los griegos ortodoxos y de los coptos etíopes, que solo han tenido que recorrer unas decenas de metros, ya están esperando; con sus sotanas negras me recuerdan a los capellanes en el patio de la prisión antes de una ejecución capital. El secretario del patriarca Alejandro lleva una bandera blanca. Detrás de ellos, dos grandes paquetes de alimentos, que me han prometido que serían *halal*, esperan a la delegación para entrar...

Nos han despojado de nuestras armas, y he visto en los ojos del coronel su respeto hacia Lombardi... En adelante, el oficial se dirigirá a él:

—Si dentro de dos horas no han salido, los consideraremos rehenes de los

terroristas... Nuestras tropas están acostumbradas a realizar operaciones de liberación, pero debo advertirles por última vez de los riesgos.

—Los conocemos, coronel.

Avanzamos... Un hombre sale de la sombra del porche, con las manos levantadas muy alto. Muhammad ibn Mansur es el portero de los Santos Lugares, después de su padre y de su abuelo. Generaciones de porteros musulmanes que guardan las llaves: en el interior, las Iglesias cristianas libran una batalla sin cuartel por unos metros cuadrados, por la precedencia en los días de las grandes festividades...

—*Salaam aleikum, ya bey.*

—*Sabah el fol* —responde Lombardi—. Te seguimos.

Mansur ya se ha cargado uno de los dos paquetes a la espalda.

Menos de dos metros después de la entrada, el cuento de los civiles desarmados ha saltado en pedazos: dos hombres jóvenes de guardia detrás de los pilares, con la *kefiya* anudada al cuello y el kalashnikov en la mano, saludan a la embajada con un silencioso movimiento de cabeza.

## UNA TRAMPA EN EL SEPULCRO

**L**a oscuridad es casi total... Solo los bronce de las lámparas, los dorados de los iconos y las frágiles luces de los vigilantes interrumpen la negrura.

—¿Conoce el lugar? —pregunta Mansur a Giuseppe.

—Solo he venido una vez...

—Están en las capillas de los Armenios y de Santa Elena; las del fondo, en el subterráneo, *ya bey*...

Solo hay una veintena de fedayines armados que controlan bajo su fuego cruzado las diferentes capillas del dédalo.

Continuamos tras el portero, bajamos ahora los escalones que conducen a la capilla de los Armenios y luego a la capilla de Santa Elena, en el último rincón, en el fondo de la basílica...

—Están allí.

En las capillas enterradas, decenas de ojos asustados taladran la oscuridad, miran a los hombres que descienden por los escalones de piedra, gastados a fuerza de ser pisados...

Tres ancianos se han acercado a nosotros. El secretario del patriarca les pregunta en un árabe clásico:

—Hemos venido a invitaros a salir de este lugar, para mantener a resguardo el lugar sagrado donde nuestro gran profeta salió de la tumba... ¿Estáis dispuestos a seguirnos?

Los tres ancianos sacuden lentamente la cabeza. Uno de ellos, el más viejo sin duda, habla en un murmullo siseante:

—Los israelíes nos matarán, o nos enviarán a Gaza, lo que viene a ser lo mismo. Nosotros hemos llegado al ocaso de nuestra vida. Pero están las mujeres y los niños... —Hace un gesto amplio hacia lo alto—. Y nuestros hijos que combaten...

—Pero estáis en una iglesia cristiana...

Han destruido al-Aqsa, mi señor; han violado la Cúpula de la Roca, han matado a miles de nuestros hijos; ¿qué nos importa la suerte de vuestras iglesias?

He visto el signo imperceptible entre Nasrallah y Lombardi. Nasrallah toma la palabra:

—Nos, patriarca latino, permaneceremos con vosotros hasta que se garantice vuestra libertad y podáis abandonar dignamente el asilo de la Iglesia...

Los restantes miembros de la delegación miran, desconcertados, al viejo obispo palestino. Comprenden que una trampa se ha cerrado sobre ellos.

### 4.8.3

## «FUCKED»

S alimos, solos, menos de una hora después... Lombardi se adelanta hacia el coronel, con las manos levantadas bien alto; yo le sigo a dos pasos...

Al cabo de sesenta segundos de conversación, el coronel comprende que ha sido engañado; nos lanza algunas imprecaciones en hebreo y descuelga su radio de campaña para alertar al estado mayor.

—Dice que le hemos jodido, monseñor.

He hablado en inglés para que el coronel comprenda que sabemos lo que dice. He utilizado el «monseñor» para recordarle quiénes somos... Aprendo rápido en compañía de Lombardi...

—¿Está hablando de Belén? —pregunta Giuseppe en italiano.

—*Speak English, speak fucking English* —vocifera el coronel.

Giuseppe lo mira fríamente, y continúa en inglés:

—¿Somos sus prisioneros, coronel, o podemos irnos?

Dos horas... Dos largas horas esperando, en un cuartel, sentados en simples sillas, sin mesa, sin papel ni bolígrafo, sin teléfono, bajo la cruda luz de los fluorescentes. Finalmente un hombre con los galones de capitán entra con su silla y se sienta frente a nosotros:

—El nuncio al que hemos convocado acaba de confirmar a nuestro ministro que ha actuado usted en nombre de su gobierno... Pero nuestro representante en el Vaticano va a pedir una audiencia a su jefe de Gobierno<sup>[191]</sup>, para denunciar su forma de actuar... Se ha excedido gravemente en su papel diplomático y ha abusado de la hospitalidad del Estado de Israel.

El capitán saca de su maletín una orden de expulsión:

—Tomará el próximo avión a Roma, y permanecerá en el cuartel hasta...

—Está cometiendo un inmenso error, capitán. Se encuentra en medio de una crisis militar y diplomática mundial... Y se priva del medio de resolver otra crisis, menor, por orgullo...

—Yo...

—De modo que le pido... o mejor, exijo... Exijo, me oye, ser recibido inmediatamente en el Ministerio de Defensa, para poder discutir posibles desenlaces en referencia a la ocupación de los Santos Lugares. Puedo evitarles la destrucción de estas dos iglesias, y al mismo tiempo el rechazo del conjunto del mundo cristiano, así como de su aliado estadounidense. Pero puede renunciar a ello... Adelante, méteme



en un avión...

—Me pondré en contacto con...

—Sí, póngase en contacto. Rápido. Ahora.

Me han retenido durante diez horas, en una celda... durante todo el tiempo de la visita de Lombardi al Ministerio de Defensa. Antes de partir, Giuseppe se ha vuelto hacia el oficial.

—Responde usted de cada cabello de su rehén, capitán...

—¿Nos toma por...?

—Los tomo por hombres, soltados en plena guerra urbana, que han perdido a decenas de sus hermanos de armas y que se encuentran en un estado de ánimo suficientemente exaltado para asesinar a todos los que consideran sus enemigos... — Coloca un dedo sobre el pecho del oficial—. Responde usted de él como si fuera mi más preciosa posesión, mi mano y mi corazón, capitán.

Medianoche, puerta de Jaffa. Dos soldados me sacan sin miramientos del blindado. No puedo evitar pensar en los relatos de ejecuciones sumarias; he oído veinte, treinta desde hace una semana...

El sargento me muestra un coche, con el habitáculo iluminado, a unos cincuenta metros.

—Corre, capullo...

Me esfuerzo en caminar con calma hacia el Mercedes blindado de la escuela, con el que fui a buscarlo al aeropuerto... Hace menos de tres días de eso.

Esta vez es él quien está al volante.

Ocupo el asiento del copiloto.

—¿Qué tal, *fratello*? ¿Nada roto?

Estallo en lágrimas...

## LA CUENTA ATRÁS

Son las cuatro de la madrugada del miércoles 18 de agosto...

Desde hace más de veinticuatro horas, tratamos de contactar con Barghuti, inútilmente, a pesar del buzón que nos ha indicado el jefe del comando en el Santo Sepulcro. ¿Seguirá con vida? Ya hemos gastado más de la mitad de los cuatro días<sup>[192]</sup> que Ruardo en persona ha arrancado al primer ministro Gitai.

Giuseppe trabaja de forma permanente con el secretario de Estado; ayer fue dos veces al consulado francés para utilizar la «línea protegida»... Esta noche no ha dejado de llamar desde diferentes puntos de la escuela, la mayoría de las veces en la escalera que conduce de la fototeca al refectorio. Ha negociado y discutido, sentado en uno de los grandes peldaños de mármol... ¿Es el lugar más seguro? ¿El mármol es un buen «interferidor»? Ruardo llama a todas horas. Ayer por la noche, el panorama diplomático experimentó un cambio profundo: el «actor chino» dio un vuelco decisivo al juego, seis horas después de la caída de un segundo avión en el desierto jordano.<sup>[193]</sup> Constató que «el mundo debe afrontar una crisis de una gravedad sin precedentes, porque varias de las naciones que se enfrentan en este conflicto poseen armas de una extraordinaria potencia devastadora...». Y más adelante:

—Yo, John Lu, presidente de Estados Unidos de América, considero que, ante los grandísimos peligros que corre la humanidad, ninguna nación puede ya avanzar sola, ni aun bajo la mirada de Dios.

»Digo solemnemente, a nuestros amigos y a nuestros enemigos, que estamos dispuestos a emplear toda nuestra energía en la búsqueda de una solución de paz que preserve la supervivencia del Estado de Israel y la paz en esta región del globo. No dudaremos en emplear toda la potencia de nuestras armas para preservar los intereses estadounidenses y los de nuestros aliados, en cualquier lugar donde se encuentren amenazados; pero creemos que la vía de la negociación todavía es posible... Por eso, mi secretario de Estado ha transmitido a la Organización de las Nuevas Naciones Unidas los primeros documentos que conciernen a nuestra adhesión a esta organización de concertación internacional. Nuestro embajador está preparado para poder tomar parte en las deliberaciones del Consejo de Seguridad en Ginebra... E invito desde ahora a nuestros amigos y aliados israelíes y sudafricanos, e invito igualmente a las potencias nucleares paquistaní y china a incorporarse, a título excepcional, a los órganos de discusión de las Nuevas Naciones Unidas, a fin de que juntos podamos encontrar los caminos del diálogo y de la paz...

Giuseppe descuelga su teléfono, una vez más...

—¿Anna? Te he despertado... Perdona, necesito una información... Me hablaste

de una mujer que trabajó contigo y que ahora está en la Unnesco... Una ghanesa... Directora general adjunta... Sí, sí, claro... Sí, a propósito de los Santos Lugares... Espera, tomo nota: Leah Nanah... ¿No tendrás sus señas, o alguna cosa? ¿Pietro también? No, no... De acuerdo... Un beso para las niñas, Anna.

Se vuelve hacia mí...

—No te sobresaltes cada vez que diga Pietro... Es el nombre de mi padre. —Me desliza la nota, en la que ha garrapateado un nombre—. ¿Puedes conseguir lo más rápido posible las señas de esta mujer, en la Unnesco, en París? Hablas como enviado especial del Papa, utiliza mi nombre...

Con aire indiferente, le preguntó:

—¿Quién es Anna? ¿Quiénes son las niñas?

Él sonríe, suspira...

—Anna es mi hermana, Pietro. Se ocupa de Clara y de Cecilia, mis dos hijas, mientras estoy aquí, y si tuviera que quedarme más tiempo.

—¿Se ocupa de ellas? Tu mujer...

—Chiara murió hace diez años. Fue una de las primeras víctimas del SNOV. Mis hijas tenían cinco años y dieciocho meses.

—¿Eres viudo? Por eso, la alianza...

—Un día te lo explicaré, *fratello*. Bien... ¿Haces algo para encontrar el número de Nanah, o tendré que arreglármelas solo?

## «¡PERFECTA, ESTA CHICA!»

9 .32. Lombardi habla por primera vez con Leah Nanah:  
 —¿Señora Nanah? Giuseppe Lombardi, soy el hermano de Anna...  
 Exacto... Bien, ya veo que está al corriente... Sí. Tengo que ganar unos días, una decena. En este contexto, el secretario de Estado, Ruado, piensa que Tel Aviv no querrá divorciarse del Consejo de Seguridad, antes incluso de haber firmado el contrato matrimonial... Sí... Desde luego... Pero usted es mi único recurso para... Quiero decir la Unesco... Los únicos que están capacitados para intervenir en el lugar en nombre de la ONU... Exacto... El patrimonio mundial. Sí... Eso es... Tendría que venir alguien aquí. Hoy mismo... Antes de mañana por la noche, de hecho... ¿Lo haría usted? Bien, muy bien, gracias, Leah, mil gracias...

Me mira, da unas palmadas...

—Magnífico, viene mañana por la mañana, hará una declaración amenazando a Tel Aviv con sanciones si el Tsahal ataca los Santos Lugares. Tratará de obtener una condena firmada en buena forma de aquí a mañana... Tal vez ganemos unos días... ¡Es perfecta, esta chica! ¡Perfecta!

4.9.0

# EXFILTRACIÓN



## UN PATERNÓSTER EN LA COLINA

**A** l día siguiente, jueves 19 de agosto, Leah Nanah, directora general adjunta de la Unesco, interviene en la mayoría de las cadenas mundiales de información continua, en directo desde el atrio del Santo Sepulcro, adonde el Ministerio de Asuntos Exteriores ha aceptado que acuda para «hacerse cargo de la situación»: «La destrucción de los Santos Lugares sería un atentado grave contra el patrimonio mundial, contra la memoria de la humanidad, la cultura y la historia... Un Estado que atacara así a sabiendas la memoria del otro, con la intención de eliminar su rastro, sería un Estado atravesado por impulsos genocidas; y lo digo con plena conciencia, conociendo la historia del Estado de Israel y la memoria dolorosa de algunos de los padres y los abuelos de sus actuales habitantes». Saca un documento del bolsillo, que coloca frente a la cámara: «Aquí tengo el proyecto de resolución del Consejo de Seguridad que condenará la destrucción de estos enclaves, merecedora, según me han confirmado nuestros expertos del TIJ<sup>[194]</sup>, de una instrucción por crímenes de guerra; evidentemente, el Estado que procediera a tales actos no podría pretender integrarse, desde ese mismo momento, en el concierto de las Nuevas Naciones Unidas, y hablo aquí con el pleno acuerdo del secretario general de la ONU...».

En el mismo momento, el Consejo de Seguridad, que finalmente ha despertado de su letargia por la petición de adhesión estadounidense, anuncia la puesta a votación de su resolución N. 1984,<sup>[195]</sup> que solicita la apertura de una investigación internacional e independiente sobre el atentado...

Para entonces ya hemos encontrado, al fin, al hombre que tiene el poder de negociar del lado palestino. El hombre más buscado en Israel y en toda Palestina, un hombre que tiene tantos enemigos en las filas islamistas como entre las tropas israelíes y los colonos. Un «mensaje» ha aparecido en una de las pantallas de las terminales de nuestro cuartel general: «Es una tarde ideal para ir a rezar un páter». Descifro la intención: en el monte de los Olivos se encuentra el Carmelo del *Pater*, tierra consular francesa. Si Barghuti se encuentra en el origen del mensaje, los israelíes, que nos siguen de cerca desde la operación del Santo Sepulcro, dudarán en entrar.

Vamos a pie; veinticinco minutos de marcha aproximadamente. Me he vestido con mis ropas de dominico; Giuseppe quiere que tengamos un «aire piadoso, de peregrino». Él luce una gran cruz de madera de olivo sobre la camisa blanca. En pleno mes de agosto, el sol golpea con fuerza. Yo jadeo un poco durante la subida, pero él no muestra el menor signo de transpiración...

Entramos en el recinto del Carmelo, y aprovechamos unos instantes la sombra del jardín.

Giuseppe se dirige a mí:

—En su lugar, ¿dónde me esperarías?

—En la gruta, la gruta de las Enseñanzas.

Barghuti está allí. No se parece al personaje de la fotografía que ha aparecido sin parar en las televisiones desde que se inició la gran caza del hombre... Tiene la misma cara redonda, la misma barba corta; pero la barba ha encanecido en tres días, y los ojos se han hundido profundamente en las cuencas, oscuras y ojerosas. La boca esboza una mueca amarga. Se adelanta hacia Giuseppe, lo coge de los brazos, lo besa.

—Gracias, hermano, por haber dado unos días más a las gentes de mi pueblo, a riesgo de tu vida.

Se vuelve hacia mí.

—¿Y él?

—Es mi hermano. También ha estado en la iglesia, y luego en el cuartel.

No ocultar nunca nada, no mentir nunca... Barghuti me sujeta, me abraza.

—Que la bendición de tu Dios descienda sobre ti y sobre los tuyos.

Barghuti empieza ya con las preguntas:

—¿Hasta qué punto tu Papa está dispuesto a ayudarnos?

—Esta es la posición del Vaticano: que se haga justicia a todos: que los combatientes combatan, a su costa, pero que se les conceda en el combate el derecho de guerra, y en la derrota, el de los vencidos; que los civiles de tu pueblo vivan libremente y puedan decidir por sí mismos su destino, sobre la tierra que es la suya... Que los civiles de tus vecinos puedan hacer lo mismo...

—¡Ellos ya pueden hacerlo ahora! Todo esto son las palabras de los diplomáticos, las que me dijo ayer el representante de la Unión Europea. No me has entendido... Mis hombres están desesperados, los que no duermen en las prisiones israelíes morirán durante la semana. Ellos son demasiado poderosos, y nosotros estamos demasiado solos... Lo sabíamos al proclamar la Intifada, pero la Intifada se puso en marcha sin nosotros, solo hemos podido seguir...

—Estas también son las palabras de un diplomático. Dime lo que quieres.

—Armas. Quiero armas nuevas y modernas, para luchar contra mis enemigos con armas iguales. Y luego quiero tiempo, para que recuperemos el aliento, para que enterremos a nuestros muertos y lloremos a nuestras esposas, nuestros hijos, nuestros hermanos. Luego quiero que cada uno pueda volver a su casa, y que podamos sentarnos en torno a una mesa, con nuestros enemigos, y hablar...

—No puedo hacer nada con respecto a las armas, *rais*... Aunque las tuviera, no te las proporcionaría. Pero te conseguiré tiempo. Mañana vendrá una enviada de la ONU, y lo que dirá debería impedir que el Tsahal atacara los Santos Lugares. Luego estoy dispuesto a buscar contigo y con tus enemigos los caminos de la negociación...

—Busca primero conmigo los de nuestra supervivencia. Ya no tengo armas ni municiones... Solo somos doscientos fedayines libres y armados en todo Jerusalén...

—¿Me pides una puerta de salida? ¿Por qué crees en mí?

—¿Tengo elección, *ya bey*?

—Tú tienes una idea.

—¿Podemos refugiarnos en vuestros Santos Lugares con todos los combatientes que me quedan? ¿Tengo tu garantía de que saldrán vivos?

—Si sabéis cómo entrar, tienes mi promesa de que haré lo que sea necesario para que puedan salir.

Miro a Lombardi. En ese momento está ofreciendo hospitalidad al hombre más buscado de Israel.

—Sabemos entrar en tu iglesia, por los subterráneos...

—Entonces envía a tus hombres. Pero quiero tu promesa de que nada será profanado en ese lugar santo, y de que tus hombres se pondrán, una vez allí, bajo la autoridad del patriarca palestino, monseñor Nasrallah.

—Lo haremos...

—No... tú no. Quiero que tú te quedes fuera, para sentarte a una mesa con tus enemigos, *rais*...

—¿Me niegas tu asilo?

—Se lo concedo a tu ejército... Tú necesitas un asilo desde el que puedas hablar y negociar.

—Si llego con vida, hombre de Dios.

—Llámame Jacob, ya que soy, como tú, un nieto de Abraham... Y permanece con vida hasta mañana por la noche, *rais*. Tus enemigos necesitan tener a un verdadero jefe enfrente. Volveré mañana por la noche.



## EL RAÍS EN EL MALETERO

**A** l día siguiente por la noche, Giuseppe me relata la conversación con el cónsul para obtener lo que él propone, y luego la conversación telefónica a cuatro, con Ruardo y el ministro francés. En un momento dado, Ruardo advirtió:

—Cuando los representantes de las otras Iglesias salgan, ruegue a Dios para que haya tenido éxito en su misión, Lombardi... Si no, el mundo sabrá que ha sido usted quien ha hecho entrar a los fedayines en la iglesia.

—Si los representantes de las Iglesias salen vivos, eso significará que hemos tenido éxito, señor secretario de Estado.

Finalmente los dos hombres del Vaticano se han impuesto: una vez más, la diplomacia francesa tocará en solitario su «partitura árabe».

Esa noche, mientras estamos en el coche del cónsul, el ministro israelí de Defensa declara en la radio: «Puesto que debemos preservar las piedras, venceremos a los cuerpos por el hambre. No destruiremos los Santos Lugares, pero los asediaremos hasta que los terroristas salgan de rodillas».

Giuseppe está entusiasmado: «Lo ha conseguido, ha obtenido la tregua que necesitábamos».

El coche entra en el recinto del Carmelo; yo espero mientras el cónsul y Giuseppe se adentran en el jardín; unos minutos más tarde, Giuseppe abre el maletero y tira una manta por encima de Barghuti, que se ha metido dentro. Cierra el maletero de golpe y salta adelante, al asiento del copiloto. El cónsul se pone al volante.

El trayecto es corto, pero cada cruce tiene su barrera. En la primera no nos registran. En la segunda, unos hombres nos observan de nuevo con sus antorchas. El cónsul y Giuseppe les alargan sus documentos diplomáticos, y yo, mi pasaporte italiano.

El sargento desaparece con nuestros papeles. Vuelve acompañado de un oficial superior: oigo a Giuseppe maldecir en italiano; el coronel a quien hemos «jodido» ante el Santo Sepulcro se inclina por la ventanilla, y saluda, muy seco.

—¿Adónde van esta vez, señores?

—Al consulado francés, coronel.

—¿De verdad? ¿Al consulado francés? Creo que los haré escoltar hasta allí...

Y así, en la noche del jueves 19 al viernes 20 de agosto, un coronel israelí nos asigna un blindado ligero para que pasemos las barreras llevando en nuestro maletero a un pasajero llamado Mahmud Barghuti, enemigo público número 1 de Israel.<sup>[196]</sup> En la puerta del consulado, cuando el blindado se aparta para dejarnos pasar y verificar que realmente penetremos en el recinto diplomático,<sup>[197]</sup> no podemos

reprimir un estallido de risa nerviosa.

## TRES DISPAROS

Más tarde, esa noche, cuando le pregunto por su decisión de salvarle el pellejo a Barghuti, me responde:

—Solo es posible perdonarse entre hombres en pie. Si uno de los tipos está en el suelo, sin armas, el perdón que pide no es más que su miedo, y el perdón que recibe es solo la piedad de su adversario. No se construye la paz sobre esta base.

—Pero para eso nos has arrastrado a uno de los campos.

—He hecho un análisis realista. Era el único que tenía los medios para mantener a uno de los protagonistas con vida; lo he hecho en el interés futuro de ambos campos. —Sonríe—. Pronto aprenderás que la neutralidad es imposible, y que es idiota, Pietro. Tengo un amigo suizo que te lo podrá explicar en detalle...

Este futuro me deja intrigado; ¿va a ligarse mi vida a los pasos de Giuseppe Lombardi, incluso lejos de Jerusalén?

El desenlace de la crisis de los Santos Lugares es bien conocido. En cuanto el cónsul anuncia que Barghuti se ha colocado bajo su protección<sup>[198]</sup> y que está dispuesto a discutir con las autoridades israelíes, la mecánica se pone en marcha. Moshe Gitai anuncia que sus tropas expedirán a todos los combatientes y a sus familias a Gaza; el cónsul declara que los palestinos no aceptarán nunca esta opción.<sup>[199]</sup> La negociación directa se retrasa dos días porque Barghuti se niega a que tomen parte en ella los representantes del Estado palestino de Gaza y del Sinaí.

Luego los actores vuelven a encontrarse en varias ocasiones en la gran sala comunitaria de los dominicos de la Escuela Bíblica y Arqueológica francesa; los israelíes han garantizado al Estado francés la inmunidad del líder clandestino, «mientras duren las negociaciones».

Barghuti exige que todos los ocupantes puedan volver a sus casas, con la promesa israelí, refrendada por Francia, Estados Unidos y el Vaticano, de que las personas no implicadas en los combates no serán perseguidas; el cónsul francés apoya esta solución; consigue que Barghuti ceda y acepte una rendición de sus partidarios, con una amnistía de por medio.

Durante este período, el mundo muestra un interés más que limitado por los Santos Lugares, ya que se encuentra pendiente de la gran cuestión de la investigación internacional: si Israel acepta la organización de una investigación independiente sobre la explosión, el reino de Arabia Saudí y sus aliados de la península<sup>[200]</sup> están dispuestos a guardar su *fatwa* en los cajones de la Universidad de Medina...

El 24 de agosto, mientras Lombardi supervisa las operaciones de reavituallamiento de los asediados en el atrio del Santo Sepulcro, unos disparos resuenan a mi espalda, y al volverme veo cómo una ventana se cierra de golpe.

El portero Muhammad ibn Mansur arrastra a Lombardi al suelo y recibe tres balas en la cadera. Por suerte, se trata de municiones de bajo calibre, disparadas desde una distancia de unos quince metros. La presencia en el lugar de fuerzas médicas israelíes permitirá detener la hemorragia y salvar la cadera de Mansur.

¿Apuntaba el tirador a Giuseppe? ¿O los disparos han sido realizados por un asesino que se limitaba a apuntar al civil, de tipo europeo, que coordinaba la operación y que solo podía ser judío? A falta de investigación, todavía no se conoce la respuesta...

El simple sentido común («A quién beneficia el crimen...») hace pensar en un asesino de Hamas. El movimiento islamista palestino, que no tiene ninguna gana de ver cómo Barghuti se apunta un primer éxito, ha tratado de hacer fracasar la negociación...

Giuseppe no dice nada durante las horas que siguen. Hace como si no hubiera estado en el punto de mira de un asesino.

Por la tarde pasa por el hospital militar para visitar a Ibn Mansur; pasará todos los días hasta que el árabe se levante de la cama. Este será el principio de una larga amistad...

La noche del atentado, cuando vuelve a la escuela, cierra la puerta de su alma y de su habitación por primera vez desde hace diez días:

—Perdóname, *fratello*, necesito estar solo unas horas... Voy a dormir un poco.

## DESENLACE

**E**l 31 de agosto, después de un sitio de diecisiete días, los palestinos salen de la basílica de Jerusalén y de la de Belén. Los encerrados vuelven a sus casas como si nada hubiera ocurrido.

Barghuti ha conseguido que las armas no sean entregadas a las fuerzas israelíes; el armamento se deposita en escondrijos de Fatah, sellados y controlados regularmente por los representantes de Francia, Estados Unidos y el Vaticano. Giuseppe Lombardi es uno de los dos «controladores». Giuseppe verificará ese día los escondrijos y contará las armas en nombre de su pequeño «país».

Está claro en ese momento que Israel aceptará la investigación internacional. Dos días más tarde, el 2 de septiembre, Moshe Gitai y el rey Husayn II de Jordania, guardián de los Santos Lugares, firman a la misma hora —pero no en el mismo lugar, a pesar de los esfuerzos de John Lu— el documento que pide a la ONU que envíe al lugar a sus inspectores para identificar a los autores del atentado del 5 de agosto.

El mundo ha escapado a la guerra. Nos enteramos de la noticia en la terraza de la habitación de hotel que Leah Nanah ocupa en el King David. Lo celebramos con champán...

4.10.0

# LEAH



## LA GLORIA DE MATTHIAS NANAH

**M**uchas cosas se han escrito ya sobre esta mujer, con la que Giuseppe se encuentra por primera vez en Jerusalén el sábado 21 de agosto de 2022.

Leah, que entonces acababa de cumplir cuarenta años, prosigue su brillante carrera en el seno de la Unnesco, igual que antes había ascendido escalones en la OMS... Diplomática y jurista consumada, dotada de una visión política a largo plazo, ha conservado una fe intacta en la cooperación internacional. Tal vez sea esto lo que más sorprende a los que se encuentran por primera vez con la ghanesa: Leah cree en el hombre, sin ninguna ingenuidad. Sabe de la ferocidad de los poderosos, ha visto el repliegue atemorizado de los humildes, conoce la fragilidad de las utopías y el carácter provisional de las treguas; pero cree que una humanidad reconciliada es posible, siempre que se trabaje en ello. Idealista en un mundo donde reinan los cínicos, pone al servicio de sus sueños un realismo puntilloso y una exigencia extrema.

Evidentemente, cualquiera que hable con ella la encontrará singular, inteligente, brillante; pero antes aun de que haya abierto la boca, hay algo que impresiona directamente a quien se cruza en su camino: esta mujer posee, antes que nada, una increíble belleza.

Un año más joven que Giuseppe, Leah Nanah nació en un África minada por el endeudamiento que pronto será la principal víctima de la epidemia del sida, ante la indiferencia del resto del mundo...

La familia Nanah queda a salvo de la miseria. Leah crece en una familia de la burguesía emergente, donde impera cierto confort, el de los funcionarios. Allí conocerá los salarios pagados con meses de retraso, las huelgas, los golpes de Estado que se fomentan entre los suboficiales que no cobran su paga y los funcionarios desesperados. Verá a su padre, modesto profesor de enseñanza secundaria, «trabajar sin salario antes que cerrar la escuela». Porque Matthias Nanah no ofrece un sacrificio a los negocios paralelos, a los pequeños y grandes arreglos con la ley y la moral; él está entregado a una sola fe, a una sola religión cívica (además de su catolicismo): a las virtudes de la escuela y de la alfabetización. Matthias Nanah está convencido de que solo un inmenso esfuerzo de educación pública puede salvar a África. Habla de ella como de una redención: «El continente se salvará a sí mismo cuando sepa leer y contar mejor que los que, aquí o en otros lugares, lo condenan al hambre», repite a sus cuatro hijos.

## PEACE CORPS

¿Hubiera conseguido Leah alcanzar las esferas más elevadas si no hubiera encontrado en su camino a este «profesor» que iba «a hacerme ganar simplemente doce años, los doce años de nuestra diferencia de edad», como le gusta decir?

Steven Baltimore es joven aún cuando ella entra por primera vez en su clase, en segundo año de derecho, en la Universidad de Accra. Abogado, surgido de la clase media estadounidense, Steven es un afroamericano de orígenes tan mezclados que, en él, las raíces caribeñas están cruzadas a la vez con un punto de palidez irlandesa y una buena porción de sangre india navajo... El resultado es un coloso de piel cobriza, ojos extrañamente claros, nariz recta, labios anchos que se abren sobre un orgulloso alineamiento de dientes impecables: un tipo que hubiera podido esperar un puesto de *quarterback* en un importante equipo universitario, pero que prefirió ser juzgado por su competencia en el derecho... Especializado en «derecho de las minorías», este estadounidense que pretende que América no es el Eldorado con que sueñan todos los estudiantes de la facultad lo tiene todo para sorprender a Leah y a sus condiscípulos...

Steven Baltimore solo conocía África por esos militantes de la *affirmative action* que preconizan una africanidad americana...<sup>[201]</sup> Después de cinco años en un gran gabinete, el abogado eligió enrolarse por dos años como voluntario en el programa de la asociación estadounidense Peace Corps, y desembarcó en Accra.

Rápidamente repara en Leah porque es brillante... y sin duda primero porque es sublime. Gracias al programa Peace Corps, esa «bonita cabeza» tendrá derecho a su pedazo de «sueño americano»: Leah abandona Ghana por Estados Unidos en 2003. Becaria de la Universidad de Columbia, tendrá lo que ella cree que es su «cuarto de hora de celebridad» el 21 de noviembre, apenas unas semanas después de su llegada... Como única ghanesa del campus, sus profesores la eligen («por cuota», dirá sonriendo más tarde) para acoger a Kofi Annan, que viene a inaugurar un programa de estudios sobre las migraciones internacionales. Leah guardará siempre una foto del encuentro con su muy célebre compatriota, entonces secretario general de las Naciones Unidas.



## LA SEÑORA ESTÁ SALVANDO EL MUNDO

Un año después de su partida, Leah vuelve a su país, flanqueada por Steven, que pide a su padre la mano de la joven... Los dos enamorados vuelven a salir para Estados Unidos con su certificado de matrimonio y la bendición de un sacerdote católico. A partir de ese momento, puede decirse que Steven ha obtenido lo que deseaba en la vida: su mujer es su único orgullo, que él verá siempre como una realización. Hará una buena carrera, sí, pero en adelante sus elecciones profesionales seguirán la ambición de Leah... Y ya que ella ha elegido especializarse en el derecho de las instancias internacionales, a menudo volverá pronto a casa para ocuparse de sus hijos, cuando «la señora vaya a salvar el mundo».

Cuando Giuseppe se cruza con Leah, se conocen ya un poco, por su reputación. La jurista ha trabajado antes con Pietro y Anna, en los años 2017-2018; las dos jóvenes,<sup>[202]</sup> casi de la misma edad, han «inventado» juntas la forma de comercialización de la vacuna contra el SNOV. El resultado del sistema ideado por Leah no tiene precedentes: por primera vez los países del Sur producen al mismo tiempo que los del Norte la molécula, y es su propia industria química la que se beneficia de ello. La carrera de Nanah experimenta entonces un formidable acelerón: es llamada a la Unnesco como directora general adjunta encargada de la protección de los patrimonios artísticos, culturales e intelectuales.

Cuando habían hablado de ella en Nueva Delhi, en 2018, Anna le había dicho a su hermano varias veces, simulando celos: «¡Y además es guapa, la muy bruja!». Cuatro años después, a los cuarenta, Leah sigue siendo una mujer magnífica, de una elegancia refinada, a veces incluso un punto extravagante. Cuando la encontramos en Jerusalén, con pantalón caqui y camisa blanca impecables, arremangada, luce una increíble acumulación de brazaletes de plata que se entrechocan con cada gesto... siempre lleva joyas muy grandes, verdaderas o falsas, en las manos, las muñecas, las orejas, el cuello. Sus cabellos, que lleva muy cortos, contrastan con esta feminidad afirmada y una extrema sofisticación de los gestos.

## FIDELIDADES

**P**ronto constato que Giuseppe se siente seducido por esta mujer suntuosa, voluntariosa y decidida. Me doy cuenta también de que ella es sensible a la seducción calurosa de Giuseppe, a su solidez.

Y yo, pobre dominico nada acostumbrado a los asuntos de la seducción; yo que entré en un convento a los dieciocho años, que he hecho voto de castidad y que mantuve esta promesa por adelantado durante toda mi adolescencia, tengo en varias ocasiones la impresión de estar haciendo el papel de «carabina» junto a ellos, durante sus primeras semanas de trabajo en común; cuando Giuseppe Lombardi se instala casi de forma permanente en la escuela, entre el otoño de 2022 y el verano de 2023, y a Leah Nanah le queda asignado ese «expediente especial»: la invención jurídica de los «territorios universales» bajo control de la ONU.

Durante algunos meses pasarán casi todo el tiempo juntos, trabajando sin interrupción, encontrándose por la noche, para cenar o para tomar una copa en el American Colony, un lugar un poco sofisticado para el gusto de Giuseppe, pero que armoniza con la elegancia internacional de Leah.

Una vez, cuando Giuseppe me invita a que los acompañe, le planteo directamente mis dudas.

—No quisiera molestaros —baluceo.

—¿Qué quieres decir con molestarnos?

—No sé... Me parece... Yo no entiendo mucho de eso, pero me parece que tú y Leah estáis... cómo decirlo... Que tal vez estéis enamorados uno del otro.

—¿Y bien?

—Pues que yo... yo no quiero...

—Espera, Pietro. Yo no estoy libre, ¿sabes?, y Leah es una mujer casada. Tanto ella como yo estamos comprometidos, hemos hecho promesas a otros, promesas de amor y de fidelidad. ¿Crees que seríamos tan imbéciles o tan débiles para destruir eso con el pretexto de un sentimiento amoroso, aunque fuera... serio?

—¿Porque estás enamorado entonces? ¿Lo estáis? ¿No estoy loco?

—¿Y tú? ¿No lo estás?

—Yo soy dominico.

—Pietro... Pietro, te lo ruego... No me vengas con sandeces de este tipo. Es evidente que me encuentro bajo el encanto de Leah, sí: creo que es una mujer muy hermosa, de una inteligencia brillante, de un encanto increíble. Las horas que pasamos juntos son momentos de amistad sincera, y sin duda más que eso: existe entre nosotros una atracción mutua, y el placer que encontramos en compartir tantos

días juntos tiene que ver también con el hecho de que la seduzco, y ella también...

—Y entonces...

—Entonces, es verdad, eso podría ser peligroso para nuestros dos compromisos, el suyo y el mío... Podría serlo si cometiéramos la locura de olvidar lo que somos, si yo hiciera como si no supiera que ella es esta Leah gracias a Steven, a su amor, gracias a su historia, a sus hijos... O si ella olvidara que soy un hombre que ha dado su amor a una mujer para siempre, y un sacerdote que ha prometido permanecer célibe. Reconocerás que esto suma muchas fidelidades. No estamos «libres» el uno para el otro, Pietro, y los dos lo sabemos. Ambos hemos construido nuestras dos vidas en otra parte, y porque existe esa otra parte, nuestras dos vidas pueden encontrarse con esta intensidad y este placer.

—Pero ¿por qué os veis tan a menudo si lo juzgáis peligroso?

—Porque, como te he dicho, lo sabemos, ella y yo. En Leah amo también a la mujer de Steven, y yo sé que ella ama en mí al esposo de Chiara y al sacerdote fiel. Sabemos que nos gustamos, y que tenemos la suerte de poder cultivar una verdadera amistad entre un hombre y una mujer, con todo lo que comporta de seducciones, de complicidades, de instantes de ternura, fugaces o no, posiblemente ambiguos, quién sabe... Pero yo tengo confianza suficiente en ella, igual que en mí, para saber que no trataremos de franquear la línea.

—¿Qué es la línea para ti, Giuseppe? Si estás enamorado de ella y lo sabes, ¿dónde pones la línea? ¿En el acostarse?

—No, en si engaño, si la engaño, si me engaño...

—¿Y qué es, según tú, engañar?

—Es pretender que no hay nada entre ella y yo, o pretender que Chiara ya no tiene derechos sobre mi corazón. Es negar la palabra que he dado a mi obispo o negar mis sentimientos por ella. Está la verdad de los sentimientos, pero también la verdad de los compromisos, de la palabra dada, la verdad del juramento que hice a Chiara de serle siempre fiel, en cuerpo y alma... Yo no quiero traicionar a Leah, a Chiara ni a mí mismo, ni a la Iglesia...

—¿Y si empezaras a desearla?

—¿Tendría que arrancarme un ojo, o la mano, o lo otro, no?! Pues te confesaré esto, Pietro: la deseo, sin duda, al menos un poco, porque su belleza es un auténtico placer para mí. ¿Y eso qué importa?

—Pues que en este caso el Evangelio dice que...

—¿Qué es la concupiscencia, Pietro? Es tomar al otro por una cosa, un objeto que se utiliza... O es tomarse uno mismo como una cosa, un objeto, un animal sin alma. Si yo tomo a una mujer, sin preocuparme por sus juramentos ni los míos, por su historia y la mía, por nuestras almas y nuestros cuerpos, nos traiciono a los dos, y sin duda pecho. Pero si niego que mi historia, mis juramentos, mi alma y mi cuerpo están atravesados por deseos, felicidades, placeres y alegrías, no soy más que un mecanismo, un ser de gestos o no gestos, de faltas y no faltas... Una especie de

contable.

—La cuestión no está en saber si...

—La cuestión es esta, Pietro: ¿puedes vivir toda tu vida sin enamorarte, sin probar el placer de gustar a una mujer y de que una mujer te guste? Si puedes hacerlo, Pietro, te diré lo que pienso de ti: tú eres o bien un bruto, una piedra sin alma, o bien un tipo que niega lo que siente por miedo a cometer una falta, o que se equivoca sobre lo que es la falta, o bien un psicópata sexual en potencia, violador, pedófilo o lo que quieras...

Mira sonriendo mi cara de indignación.

—Bien, ¿vendrás a tomar una copa con nosotros, o seguirás jugando a los beatos, *fratello*?

## JIMI HENDRIX

**E**sta intimidad nunca se desmentirá. Nunca dejarán de ser el uno para el otro una mujer y un hombre seductores y seducidos, con los que es placentero discutir y reír, entre los que es agradable saber que él o ella piensa en el otro y considera su mutua amistad como un precioso regalo.

Más tarde, Giu —aparte de su familia, ella es la única que utiliza este diminutivo—, convertido en Papa, seguirá sin perder una ocasión de dirigir un cumplido, por su belleza o su elegancia, a la que se habrá convertido en «su» cardenala, y ella le responderá con un arrullo, riendo un poco fuerte, sin duda. Y cuando estalle «el asunto Carrière», que supondrá una relación entre la teóloga y el Papa, Giuseppe me dirá riendo: «En caso de sucumbir a la tentación, y con una de mis cardenalas además, ya puedes imaginar que no hubiera elegido a esta...».

Steven Baltimore viene, en el mes de enero de 2023, a «hacerse una idea» del trabajo de Leah y a conocer a «ese tipo del que no deja de hablarme». «Yo soy un tipo más bien celoso, desconfío de los italianos, y mi mujer es demasiado guapa...».

El primer encuentro entre los dos hombres es ligeramente distante, al menos por parte de Steven, que explica: «Recuerdo el American Colony, donde sonaba una vieja canción de Dylan tocada por Hendrix, *All along the watchtower*... Me sentía bien, *cool*; trataba de persuadirme de que estaba esperando solo al compañero sacerdote de mi mujer. Y luego lo vi entrar en el restaurante. Era un hombre atlético de cuarenta y tres años, y yo un individuo con cincuenta y cinco que ya empezaban a dejar su huella... Pensé: “Pero si no tiene nada de cura, este tipo... Aquí tenemos al enemigo”. Se acercó, besó afectuosamente a Leah y me estrechó la mano. Lo detesté durante un cuarto de hora largo... Luego vi a Leah montando su número de seducción, y él respondió en el mismo tono... Si esos dos hubieran tenido intención de engañarme, se habrían escondido un poco. Después Giuseppe empezó a hablarnos de nuestros chavales, y ahí me dije: “Si este tipo quisiera apartar a Leah de mí, haría cualquier cosa excepto recordarle que soy el padre de sus hijos”. Entonces pedí otra *maccabi beer*, tomamos enchiladas, *mexicans ribs*, y empezamos a ser amigos...».

Bob Dylan y Jimi Hendrix, la *maccabi beer* y las enchiladas, está todo dicho... Giuseppe encontrará en la pareja de negros estadounidenses una cultura mestiza, moderna —el blues y el rock, la literatura judía, india o irlandesa, el cine italoamericano— y también una relajación de la que no iba sobrada su educación muy «vieja Europa».

También abrirán los brazos a sus hijas, y este será, sin duda, el fruto más importante de esta amistad a tres.

Leah y Steven tienen dos hijos de su sangre, Nelson y Leopold<sup>[203]</sup> (normalmente Nel y Leo), que tienen casi la misma edad que Clara y Cecilia. También tienen una hija adoptiva, Paula, nacida en 2000, hija de una prima de Leah que murió de sida. La pareja la adoptó cuando tenía siete años; de ella sobre todo hablarán a su amigo, porque la niña ha vivido muchas cosas por las que están pasando Clara y Cecilia: esa madre desaparecida que se añora, ese fantasma del que a veces se quiere hablar y del que, dos horas más tarde, ni siquiera se quiere pronunciar el nombre.

Durante el otoño de 2022, Giuseppe regresó a Roma, y luego a Bolonia. En su «ciudad familiar» volvió a encontrarse con sus hijas en casa de Anna; tuvo que explicarles que tendría que esperar unos meses antes de instalarse en su piso, porque existía el riesgo de que tuviera que pasar en Jerusalén más tiempo del previsto.

De vuelta en Jerusalén, le explicó a Leah, ante mí, lo que él denomina «el desastre» de su situación familiar; Clara le había dicho: «Nos importan un pimiento Jerusalén y los palestinos. ¡Solo queremos tener a un padre que nos quiera y que se ocupe de nosotras, ahora que ya no tenemos madre!».

Sus hijas se le escapan de entre los dedos en el momento en que tiene bajo control la crisis en Jerusalén. Observa a los investigadores que trabajan en la explanada, en las entrañas del monte del Templo, en busca de una verdad objetiva, detonadores, huellas de pólvora, una firma... No hay «verdad objetiva», en cambio, cuando se habla a dos jóvenes hijas que ya no tienen madre y que no comprenden a su padre.

Les había prometido que estaría con ellas por Navidad. Pero la Navidad proporciona una ocasión para discutir con todos los que la celebran la misma noche, por turno, en la basílica de Jerusalén y en la de Belén. La noche del cumpleaños de Clara, el 22 de diciembre de 2022, las llama; no llegará hasta el 26 por la noche. Anna coge el teléfono, después de que Clara haya cortado en seco cualquier intento de explicación: «Estás haciendo una tontería, Giuseppe... Aunque no tengas elección, estás haciendo una tontería, hermano».

4.11.0

# UN AÑO DE CATASTROS



## REPARTO DE PAPELES

Estas son solo las primeras citas frustradas entre el padre y sus hijas... La crisis de los Santos Lugares ha acabado, pero el negociador de la Santa Sede y la directora general adjunta de la Unesco han empezado a soñar juntos en torno a una idea que cambiará la faz de la Ciudad Santa.

«Estos lugares son de todos, y habría que convertirlos en la tierra de todos». No sé quién ha tenido la intuición inicial, pero constato que sus mentes trabajan al unísono.

Enviados a Jerusalén por sus respectivas instituciones, Leah Nanah y Giuseppe Lombardi inventarán los primeros «territorios universales», nuevos enclaves con estatuto extraterritorial, bajo administración, autoridad, jurisdicción y policía de la ONU,<sup>[204]</sup> tal como los conocemos hoy.

En esta nueva tarea, los dos se reparten los papeles. Para Nanah, el encargo de convencer a su organización, y sobre todo a los diferentes consulados y al gobierno israelí, que pretenden todos tener derechos sobre los Santos Lugares o sobre su catastro. Para Lombardi, la misión de convencer a todas las Iglesias cristianas que conservan un privilegio sobre cada uno de los santuarios: deben abandonarlo y ceder el papel de «guardián de los Santos Lugares» a la ONU.

La negociación empieza... Giuseppe puede apoyarse en monseñor Nasrallah, el hombre del «milagro» de la noche del 15 de agosto; el que en el plazo de unas horas consiguió convencer a los representantes de las otras Iglesias de entrar en los Santos Lugares.

Estos diecisiete días de la «toma de rehenes voluntarios» han establecido unos lazos preciosos entre todas las comunidades «secuestradas». Pero estos religiosos deben informar a sus autoridades respectivas. Con cada uno habrá que negociar, comprar, amenazar, lanzar faroles; convencer como se hace entre políticos.

No puedo revelar el secreto de estas conversaciones. Nuestras relaciones con las otras Iglesias cristianas todavía son frágiles. No quisiera arriesgarme a avivar ciertos rencores, ciertos enojos, describiendo las dudas, los retrocesos, recordando los argumentos, a veces de otras épocas, que nos opusieron.

No añadiré nada a lo que ha escrito monseñor Nasrallah,<sup>[205]</sup> excepto en lo que se refiere al lado católico de estas negociaciones...



## «LA PAZ CONTIGO, JERUSALÉN»

**J**oshua Berg es un amigo de Steven, abogado también, que ha estado con él en todos sus combates de la *affirmative action*...

Cuando el marido de Leah llega a Jerusalén, en enero de 2023, ya tiene en mente realizar una visita a Berg. Desde hace cuatro años, el estadounidense ha hecho su *alya*, se ha instalado en Jerusalén.

Steven Baltimore nos pone en contacto, pues, con Joshua, «para que os explique qué es lo que impide a los judíos ceder un solo metro cuadrado de su “capital eterna”, y ni siquiera un metro cuadrado ocupado por una iglesia cristiana...».

La primera conversación tiene lugar en el American Colony, que se ha convertido en nuestro anexo. Habrá muchas más. Pero, desde esta primera ocasión, llegamos rápidamente a la esencia de la cuestión. Joshua dice:

—La gran tentación del hombre religioso, para ustedes tanto como para nosotros, es la idolatría. En el peor de los casos, la del hombre, pero, con mucha mayor frecuencia, la de los textos, del templo, de la tierra. Algunos dicen que el Libro es sagrado, que es la palabra de Dios. Pero yo lo lanzo al fuego sin sombra de remordimiento... Es un libro.

—Pero un libro en el que Dios habla, ¿no? —pregunta Steven.

Joshua ríe.

—De una cierta forma.

Steven interroga a Giuseppe:

—Creía que la Biblia era la palabra de Dios...

—¿Crees que Dios se deja encerrar en un texto, en unas páginas? El texto no puede contener el Verbo...

—Dios está más allá de las palabras —murmura Joshua.

—Exactamente, Joshua, es lo que quiero decir. Cuando resuenan las palabras de la Biblia, quien las escucha puede oír el soplo de la Palabra de Dios. Pero nunca la posee.

—¿No os complicáis demasiado la vida?

—Siempre tan poco dado a la teoría, Steve... Como en Columbia... —Bromea Joshua—. ¿Sabes que los rabinos dicen que si en el texto hebreo de la Biblia faltan las vocales, es para que no adquiriera sentido si no es leído, proclamado y escuchado?

Giuseppe completa:

—Es también una cuestión de poder, Steven. Si posees la palabra de Dios, puedes utilizarla en tu beneficio y para dominar a los que no la poseen...

—En cambio, si crees que la Palabra resuena en tu vida humana, que desciende

hasta nuestra existencia, que es relación entre Dios y cada uno de nosotros y vínculo entre los que la escuchan, renuncias a instrumentalizarla —añade Joshua.

Ahora le ha llegado a Giuseppe el turno de reír a carcajadas.

—Joshua acaba de repetirnos el prólogo de Juan: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros».

En otra ocasión, mientras discuten sobre ese Dios que se esconde, del que ni siquiera se puede pronunciar el nombre, Joshua señala:

—Dios no está encerrado en el Arca, como no lo está en el Templo, en la Tierra o en la Ley de Moisés. —Mira a sus tres amigos cristianos (yo estoy más atrás, un poco retirado) y añade—: Ni tampoco en la Iglesia, la Eucaristía o vuestro dogma.

Giuseppe reflexiona largo rato antes de responder:

—Dios se encarna en los gestos que nos deja para rendirle culto. Pero cuando creemos sujetarlo, estoy de acuerdo contigo, Joshua, se nos escapa...

Dos o tres veces, solos con él, leemos el salmo 122, loa a Jerusalén.

Invocad la paz sobre Jerusalén,  
vivan tranquilos los que te aman [...].  
Por amor de mis hermanos y amigos,  
quiero decir: «La paz contigo».

Él sabe lo que estamos intentando.

## LA UNCIÓN DEL JOVEN DAVID

La ordenación episcopal de Giuseppe es un acontecimiento breve, casi precipitado. El *monsignore* ha indicado a su Papa que necesita a un obispo para dar mayor relieve a las negociaciones con los responsables de las otras Iglesias cristianas. Giuseppe escribe en enero a Ruardo: «Tropezamos continuamente con esta cuestión: “¿Cuándo enviará el Santo Padre a un plenipotenciario del más alto rango para entrar en lo fundamental de la discusión?”».

Silvestre responde el mismo día, a través del teléfono rojo: «Ya habéis entrado en lo fundamental de la discusión, solo conozco a un plenipotenciario cualificado para este tipo de negociaciones. Hemos fijado la fecha de tu ordenación episcopal para el domingo 19 de marzo de 2023, cuarto domingo de Cuaresma, día de San José».

Siguen algunas precisiones de Ruardo: otros dos sacerdotes serán ungidos el mismo día: un africano, Marcel Bigo, y un croata amigo de los mexicanos, «con intención de no atraernos su animosidad», según escribe Ruardo. El croata en cuestión es un campeón del catolicismo integral; se llama Franjo Dränic...

Dos días antes de la ordenación, Giuseppe coge un avión a Roma, con monseñor Nasrallah. El patriarca ha aceptado ser coconsagrador, con el propio Papa y con monseñor Ruardo. Paul Assoumou quedará en reserva para no exasperar las «sensibilidades» mexicanas que se expresan en torno a Franjo Dränic.

En el aeropuerto se encuentra con sus hijas. Anna explica: «Clara había querido devolverle el golpe y “perderse” la ordenación, igual que Giuseppe se había perdido su cumpleaños y la Navidad. Pero la metimos en el coche». En poco más de un año, a partir de la elección de Silvestre, monseñor Lombardi ha ascendido en la jerarquía y ha perdido algunas de las ilusiones que conservaba sobre sus oportunidades de convertirse un día en un padre de familia suficientemente presente.

Es una ordenación de lo más corriente: la basílica de San Pedro está vacía en sus tres cuartas partes; solo se encuentran las personas próximas a los tres ordenados. La pequeña asamblea, perdida bajo la bóveda gigantesca, escucha los textos ordinarios de este domingo. Imagino que Isaac y Jacob se habrán emocionado cuando el acólito ha leído el relato de la unción del joven David por el viejo profeta Samuel. Giuseppe Lombardi se convierte en obispo *in partibus* de Obbi. Dos días más tarde, Giuseppe vuelve con el patriarca: el período de la Pascua es favorable para determinadas discusiones...

## LA PESADILLA DEL TERRORISTA AISLADO

Las conversaciones con las otras Iglesias progresan más deprisa de lo que se hubiera creído: pronto hará cinco años que el Estado israelí empezó a hacer valer ante los tribunales sus derechos sobre el catastro de la mayoría de los Santos Lugares, y la perspectiva de tener que pagar varias decenas de atrasos de impuestos contribuye a convencer a ciertas Iglesias cristianas para que entren en la nueva legalidad garantizada por las instancias internacionales.

Hay que reexaminar, simplemente, los privilegios de cada uno, los derechos y las cargas. Monseñor Nasrallah domina perfectamente todo el asunto, lo conoce «de memoria», pues sabe hasta qué punto estos santuarios son el corazón palpitante de su pequeñísimo rebaño.

Leah, por su parte, se manifiesta bastante optimista. Cree que podrá conseguir el acuerdo del Estado de Israel en el plazo de un año. La jurista ejerce sobre sus interlocutores un chantaje con la entrada en las organizaciones internacionales.<sup>[206]</sup> Y Tel Aviv se enfrenta también a graves dificultades financieras... «Tenemos que encontrar dos o tres padrinos internacionales dispuestos a aportar una suma muy importante para saldar el pasivo fiscal de los Santos Lugares y liquidar la compra de los enclaves... Cuento con todos los estados que ejercen una autoridad, especialmente con Francia».

A principios del mes de junio, un acontecimiento contribuye a reforzar la autoridad de la dirección general adjunta de la Unesco y a mejorar el clima de las discusiones. La investigación internacional dirigida por el brasileño Alfonso de Miello entrega sus conclusiones definitivas sobre el atentado de agosto de 2022.

Según los investigadores internacionales, el hombre que «planificó, organizó y perpetró el criminal atentado que destruyó la explanada de al-Aqsa y dañó gravemente el muro del Templo» fue efectivamente el británico Oliver Elmwood.<sup>[207]</sup> Este hombre, un arqueólogo perteneciente al IDE (Internacional Deicida Europea), introdujo los explosivos por una entrada subterránea situada en el enclave de las excavaciones de Mazar.

Aparentemente no se benefició de ninguna ayuda exterior a la IDE; se dedicó durante más de un año, en el propio lugar de los hechos, a la compra de pequeñas cantidades de explosivos justificadas por su trabajo en las excavaciones, y parece que fue él mismo quien robó el cargamento de la empresa de demoliciones, que constituyó la parte fundamental del producto necesario para la explosión. [...]. Los detonadores y los disparadores utilizados no son los empleados por el ejército israelí ni por los movimientos de combatientes palestinos.

La conclusión del documento suena como una advertencia:

La comisión de investigación no puede imputar ninguna complicidad en relación con la impunidad de que gozó Oliver Elmwood durante el año de preparación de su acto. La investigación ha puesto de manifiesto una serie de negligencias graves en la vigilancia policial de los enclaves arqueológicos y de los Santos Lugares, pero estas lagunas deben achacarse a fallos habituales y al deterioro de cualquier dispositivo de seguridad instalado a largo plazo.

La comisión de investigación llama la atención de los gobiernos y de los dispositivos nacionales e internacionales sobre el peligro real de los movimientos emparentados con la IDE, cuyo proyecto e ideología parecen haberse orientado hacia un terrorismo antirreligioso.

## UN PURO MOMENTO DE DISCUSIÓN SERENA ENTRE HERMANOS EN CRISTO

**M**artes, 4 de julio de 2023... Giuseppe celebra sus cuarenta y tres años en Jerusalén. Silvestre III le ha anunciado su «repatriación romana» para septiembre: solo volverá a Jerusalén para breves embajadas.

Desde hace dos días sé que formaré parte de la aventura; siempre que mi provincial acepte, me convertiré en el «sherpa» de monseñor Lombardi en el laberinto de la Curia romana, de la que Giuseppe habla como de una trampa peligrosa.

Cenamos en casa de monseñor Nasrallah, el viejo palestino convertido en amigo, con Steven, Leah y Joshua Berg. La conversación versa sobre las posibilidades de llegar al final tal vez en 2024, y luego sobre el retorno de Giuseppe a la Curia:

—A juzgar por tus dificultades con los franciscanos,<sup>[208]</sup> no creo que esto vaya a ser un juego de niños, monseñor —comenta Berg—. Tus católicos resisten, mientras que las otras Iglesias cristianas han cedido; nadie es profeta en su tierra, dice el proverbio judío.

Giuseppe ha adoptado una expresión grave:

—Mañana tengo un encuentro con el custodio, Piotr Szweczik, por última vez... Apelaré al argumento de autoridad si se niega a escuchar los del servicio a la paz y al bien común.

El patriarca latino sonrío:

—Me gustaría asistir a esa escena...

Giuseppe llega a la sede de la custodia con los dientes apretados, llevando una bolsa con los documentos que lo identifican como el enviado especial del Papa en Tierra Santa, confiriéndole autoridad y poder sobre todos los que se consideran unidos a Roma. Me ha dicho: «Esta vez Szweczik tendrá que ceder...».

De entrada no deja ninguna duda sobre el sentido de su visita:

—Hermano Piotr, hace ya diez meses que discutimos sobre la imperiosa necesidad de que renuncie a cualquier privilegio sobre los Santos Lugares. Hoy he venido a recoger su aprobación...

El severo franciscano comprende que la hora del cara a cara final ha llegado...

Dice:

—Monseñor, sabe que tenemos un deseo de paz tan ardiente como el suyo. Pero

conocemos bien este país; sabemos qué tesoros nos confiaron nuestros predecesores y que los obtuvieron al precio de la sangre. No es bueno que la paz se construya sobre el abandono. Estamos aquí al servicio de los cristianos desde hace...

—Desde hace siglos, lo sé. Por así decirlo, desde que vuestro fundador vino a hablar de paz con el califa de Bagdad; entonces los musulmanes juzgaron que los hermanos de Francisco serían los guardianes menos peligrosos y los más aptos. Pero san Francisco, si estuviera aquí, ¿no escogería el despojo para ganar la paz?

—Déjeme juzgar, se lo ruego, monseñor, lo que Francisco hubiera...

—No, no le dejo juzgar...

Reconozco un matiz metálico en la voz de Giuseppe. Empiezo a conocer sus ataques de ira, y este no será simulado. Ascende de las entrañas. Veo cómo las aletas de su nariz palpitan, su respiración se hace más profunda.

—No, no creo que nadie pueda reclamar un título de propiedad sobre la herencia de san Francisco, ya que él anunció el Evangelio. Y no creo que nadie pueda reivindicar el menor derecho sobre un lugar donde todos rezamos al mismo Señor.

—Conozco sus argumentos, monseñor, los reviste de la humildad evangélica, pero es política; yo defiendo los derechos de la fe, el derecho de Dios.

—¡El derecho de Dios!

Una luz se ha encendido en la mirada de Giuseppe Lombardi. Su iris se vuelve extrañamente verde; tiene una mirada de fiera.

—Me acusas de falsa humildad, hermano Piotr... Pues bien, yo te hablaré de verdadera humildad, y de obediencia también... En nombre de la paz. —Se ha levantado bruscamente, tuteando al religioso—. ¡De la paz, estoy diciendo!

El volcán explota.

Da unos pasos y se aparta del franciscano. Ya solo veo su espalda, ligeramente curvada. Bruscamente golpea con fuerza la pared, con la palma de la mano. Se escucha un restallido. «*Putain!*», exclama en francés.

Se vuelve, fuera de sí. Su voz tiene una frialdad peligrosa.

—Cuando hablé de Francisco con un emir de Bombay, un asesino, nos comprendimos. Cuando hablé de paz y de renuncia con el patriarca de los griegos ortodoxos, que duerme contra el muro del Santo Sepulcro, nos comprendimos. Cuando discutí de paz con generales israelíes o con fedayines palestinos, nos comprendimos. —Cruza la habitación, con los hombros hacia delante, y coloca las dos manos planas sobre la mesa tras la que se sienta, inmóvil, el franciscano—. ¿Y cuando hablo contigo, hermano Piotr, no nos comprendemos? ¿No será que NO QUIERES comprender?

El otro se ha puesto de un gris fúnebre, grandes gotas de sudor se deslizan por sus sienes, por las mejillas, por la nariz.

La voz de Giuseppe vibra en los graves.

—Pues te lo explicaré lentamente, con calma, por última vez. —Por encima de la mesa, acerca la cara al franciscano, que retrocede contra el respaldo de su silla—.

Renunciarás a los derechos de custodia de los Santos Lugares. Mañana recibiré el acta de tu mano haciéndomelo saber. Luego pedirás a los superiores de tu orden que te trasladen a otro sitio, a otro convento. O a una casa de reposo. O a los caminos, como el mendigo que hubieras debido seguir siendo.

Golpea la mesa con el puño. Szweczik hace un gesto para protegerse la cara.

De pronto Giuseppe lo mira como si se encontrara ante un niño reprendido o ante un imbécil.

—También harás saber esto a los que te reprochen tu abandono: lo que haces es la voluntad del Papa, que te ha sido anunciada por su enviado especial, monseñor Giuseppe Lombardi. —Se vuelve para salir, pero cambia de opinión y se dirige otra vez hacia la mesa apuntándole con el dedo. El franciscano se pega de nuevo al respaldo—. Y si uno solo de tus tipos... uno solo... se atreve a poner en cuestión mi decisión, dile que estaré ahí para discutir sobre el asunto, de hombre a hombre.

Se inclina, coge su bolsa y dice con voz tranquila:

—Vámonos, Pietro. —Y luego, antes de cerrar de golpe la puerta—: Hasta mañana, *hermano Piotr*.



## LA TRANSACCIÓN

**G**iuseppe ha llamado a mi provincial en Nápoles... Ha dicho: «Necesitaba a Pietro en Jerusalén. Y ahora lo necesito en Roma... Ya sabe que intentamos, al servicio del Papa, proseguir la obra de Juan XXIV...». ¿Cómo hubiera podido resistir un dominico a la mención del Papa de la capa blanca?

Mientras está en la India, yo visito a mi madre en Nápoles, así como al provincial para hablar del fin de mi formación y de mi ordenación.

En la partida de Jerusalén, Giuseppe simplemente me ha dicho: «Haré que dejen tus cosas en mi casa, mientras esperamos que encuentres un alojamiento...». Cuando vuelvo a Roma, mis dos maletas están colocadas en una de las «habitaciones de las niñas», y él se ha instalado en la otra; en adelante, la habitación grande servirá de despacho y de comedor.

Me quedaré en este piso durante siete años. ¿Por qué Giuseppe Lombardi consiente en esta cohabitación conmigo cuando siempre se ha mostrado celoso de su independencia y cada día tiene necesidad de soledad? En esta pregunta se revela todo el misterio de nuestra amistad, que le hace llamarme «*fratello*».

Paul Assoumou se burlará a veces de mi «fidelidad perruna»<sup>[209]</sup>. «Si pudieras, dormirías atravesado ante la puerta de Jacob; eres como Mafouz, piensas que tu emperador necesita de un mameluco Roustan». Es el sobrenombre que ha dado a Maurice...

También Cervin me juzgará severamente: el suizo dirá que soy de esos que corren el riesgo de transformar a su amigo en maestro porque quieren ser sus discípulos; creo que este reproche es la causa de que nosotros dos nunca hayamos llegado a ser amigos...

Yo sé lo que he sacrificado a Lombardi, y lo que él me ha dado. Quedaba entendido que nuestra fraternidad sobreviviría a una partida mía, igual que a la posibilidad que él tendría de tener «necesidad de algún otro»...

Por lo demás, durante todos estos años ha sido un cohabitante agradable, exigente, a veces abusivo; un compañero capaz de cocinar algunas noches o de desaparecer en esas dos ocasiones en que mi madre vino de Nápoles; pero también un patrón capaz de mantenerme despierto toda la noche para conseguir la traducción de un comunicado, para verificar las informaciones sobre explosiones intercomunitarias en las Molucas o sobre el discurso del patriarca de Moscú sobre las minorías musulmanas del Cáucaso; un amigo, también, que tuvo regularmente necesidad de hablar a un amigo.

Durante todos estos años he visto su habitación iluminada tarde, lo he encontrado

de pie ante mí; todavía hoy pienso que me ha robado dos horas de vida cada noche...

## ZONAS GRISAS

Recuerdo muy bien ese día de septiembre de 2003, en Roma, en que fuimos por primera vez juntos «a la oficina». Monseñor Lombardi acababa de ser promovido al cargo de secretario del Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso. Del piso a la vía dell'Erba apenas hay un cuarto de hora a pie. En el trayecto, Giuseppe me da instrucciones:

—No te fíes de nadie en que no confíe yo mismo.

—¿El Papa tiene enemigos en el propio seno del palacio?

—En el palacio, tal vez... En la Curia, sin duda. Cerca de la mitad de los cardenales, y centenares entre los asalariados de los dicasteros, aspiran al fracaso de JB.

—Pero ¿por qué? Él no...

—Las disensiones y las divisiones no se extinguen milagrosamente en la noche de la última ronda del cónclave. Y no se puede practicar una limpieza general... Descubrirás una realidad muy gris, Pietro, muy fea. Verás la cara oculta del cuadro, y a veces te dará buenas razones para huir.

Me resume la situación. Los equilibrios no han cambiado prácticamente desde el interminable cónclave que acabó por llevar a Silvestre al solio papal. Entre los ciento veinte cardenales electores, él sabe que tiene de su parte a cincuenta hombres seguros, en su mayor parte surgidos de los nombramientos de Juan Pablo el Grande y Juan XXIV.

—Para que te hagas una idea precisa del lugar en que desembarcas, tienes que saber esto: entre los cuarenta y dos electores de Ganz, había diecisiete de los diecinueve electores de la Curia, y entre ellos, cinco templarios. Ya has conocido a una de las dos excepciones en este triste paisaje: el cardenal Longdesbois.

—Pero los diarios dicen que Silvestre nombró a Ruardo para hacer limpieza.

—Sí, con calma... Pero Silvestre ha tenido que respetar a las minorías...

Giuseppe enumera nombres de aliados, de adversarios, de indecisos... Yo lo anoto a toda velocidad, garrapateando informaciones en las páginas que he arrancado del anuario pontificio. Si se incluyen las comisiones y los consejos ajenos a los cardenales, la Curia engloba en esta época treinta y dos puestos de presidencia o equivalente.

—Nosotros tenemos diecisiete, lo que deja quince a los mexicanos... —Concluye Giuseppe.

Dice «nosotros...»; nunca dirá «el Papa», ni la «Casa Pontificia» o «los franceses», por ejemplo... Sin embargo, «los franceses» es justamente el término que

empiezan a utilizar ciertos analistas, y también enemigos, para describir al pequeño grupo de consejeros y amigos de Silvestre III, los que reúne todos los martes por la noche en su «salón» para cenar.

## EL PRIMER CÍRCULO

**E**n realidad hay dos círculos en estos «salones del martes» —como han contado los cronistas—<sup>[210]</sup>, y durante cerca de tres años yo solo conoceré el segundo, el de los colaboradores, los consejeros... Más tarde, cuando Villepreux haga ascender a varios jóvenes colaboradores para preparar la sucesión, yo seré invitado a la mesa de los amigos...

Pero por el momento solo son cinco.

A las 20.00, Giuseppe me deja ante la Puerta de Bronce. No me espera antes de las 21.30. Cada semana, durante noventa minutos, el Papa francés cena con sus cuatro íntimos, su póquer de ases, además, claro está, de Maurice Mafouz: dos cardenales, Antonio Ruardo y Paul Assoumou; un obispo, Giuseppe Lombardi, y la teóloga Jeanne-Marie Carrière... Lo que dicen no sale de esta sala... Conozco tres detalles de su ritual: hablan en francés, se supone que se llaman por sus nombres de pila (de hecho, Ruardo se refiere a Silvestre como «Santo Padre» y llama a los otros por sus nombres; Giuseppe es «Jacob» para Jean-Baptiste y Paul, que ha bautizado a Jeanne-Marie como «JMC.», da a Villepreux el título de «Tu Santidad») y todos tienen derecho a decirlo todo...

No volvemos a verlos hasta más tarde, cuando llega el momento del gobierno. Y a veces percibimos los ecos de conversaciones muy acaloradas. Son los únicos indicios de lo que ocurre en este círculo tan precioso para un Papa enzarzado en delicados equilibrios.

Paul Assoumou me adopta enseguida, me tutea, a veces está a punto de derribarme con uno de sus zarpazos afectuosos. Ahora tengo derecho a un sobrenombre. «¿Eres de Nápoles? Te llamaría Vesubio, pero te encuentro demasiado tranquilo... Y creo que te falta orgullo para ser Murat. Tú eres del tipo suave, y tienes aire de poeta, serás Virgilio... Dime, Virgilio, ¿viste jugar a Maradona cuando estaba en el Nápoles?»; y en el tiempo que tardo en explicarle que soy demasiado joven para haber conocido al «pibe de oro» cuando estaba en el Nápoles, me doy cuenta de que soy su amigo.

Él considera normal mi presencia en sus discusiones casi cotidianas con Giuseppe, mientras que siempre despacha a su secretario. «Prefiero tener junto a mí a alguien que es un colaborador, sin más; ya se me han cargado a dos amigos», dice con una risa chirriante. Paul Assoumou no duda ni por un segundo que la guerra volverá a empezar, y que los métodos de los templarios siguen intactos, violentos, viciosos, mortales...

## ESTRATEGIAS DE TECNÓCRATAS

**E**n este año 2023 el clan de los franceses está dividido en cuanto a la conducta que hay que seguir, y los prudentes no son los que pudiera pensarse. Assoumou, siempre apasionado por la unidad de la Iglesia, teme el cisma. Lombardi sitúa la primera urgencia en Jerusalén y no teme nadar en aguas turbias (en la India aprendió a sobrevivir en el pantano entre cocodrilos). Jeanne-Marie Carrière, que tuvo que tascar el freno en Lyon durante el pontificado precedente —protegida por Jean-Baptiste, pero sometida casi a la prohibición de enseñar—<sup>[211]</sup>, arde en ansias de pelea. Ha conocido la delación, a jóvenes que se inscribían en sus «cursos libres» para plantear preguntas falsamente inocentes que descubría luego en las notas de los investigadores de Pío XIII.<sup>[212]</sup> Ruardo, el normalmente prudente secretario de Estado, no se anda con chiquitas: ya ha esperado demasiado al borde del río, y piensa que a veces es conveniente decidirse a lanzar uno mismo al enemigo.

Ruardo recibe un apoyo inesperado: Morro, el viejo arzobispo de Bolonia, considera que el nuevo pontífice reproduce los mismos errores que su predecesor Juan a la hora de torcer el cuello a sus enemigos: «En cuanto a los cardenales, dejemos que la edad haga su trabajo; pero en la Curia utilice su poder de nominación a fondo, Santo Padre. Son más peligrosos en sus oficinas que en sus diócesis».

Silvestre duda; intelectual brillante y pastor por encima de toda sospecha, nada lo ha preparado, en cambio, para los problemas de base política con los que ahora tropieza. Necesita un consejo para decidir entre las recomendaciones de sus amigos.

Así llega el que será el verdadero consejero político del Papa, «su Rasputín, su Maquiavelo», escribirá un día un editorialista de la prensa «mexicana». A partir del otoño de 2023, Cyril Dereim decidirá, con el pontífice, los momentos en que el combate debe diferirse y aquellos en que conviene lanzarse a fondo.

Dereim, diácono y padre de familia, es recibido con frialdad: «JB elige a un profesional para decidir entre sus amigos», resume Paul. El alto funcionario europeo, formado en el IHEE (Institut des Hautes Études Européennes) de Estrasburgo, es especialista en estrategia internacional. No siente ninguna simpatía por los templarios, y se ha opuesto a sus tentativas de crear núcleos propios en ciertos cenáculos europeos a través del Templum Christi.

El plan del luxemburgués está bien estudiado: condenar las prácticas, a los subalternos, y no poner jamás en duda la sinceridad ni la fe de «nuestro venerado predecesor», que «tuvo que enfrentarse a pruebas tan duras». Hay que esperar el

momento favorable para dar el golpe, explica el luxemburgués. El Papa decide: nadie se moverá antes de los sínodos continentales de 2024 convocados por él; estas reuniones episcopales proporcionarán la ocasión para acabar con los templarios.

El primer sínodo tendrá lugar en Yamussukro, a partir de enero de 2024, y Paul asegura que pueden dejarlo de su cuenta... Los sínodos siguientes, que se sucederán hasta el otoño de 2024, se anuncian mucho más inciertos.

4.12.0  
EL CHE





## LA TÁCTICA DE LA ALBAHACA

**N**oviembre de 2023 empieza, en Roma, como un veranillo de San Martín, a pesar de que este mes es, en la capital italiana, el de las lluvias y las borrascas. «Esta noche aprovecharemos la terraza», murmura Giuseppe mientras abre la ventana de su despacho de la vía dell’Erba.

El patrón está de buen humor; las noticias de Jerusalén son buenas; Leah Nanah avanza tanto con la ONNU como con el gobierno israelí, y la discusión «viril» con el polaco de la custodia da sus frutos. La única sombra en el panorama es que, también este año, habrá que ir allí, sin duda, por Navidad.

Pero ese día Giuseppe se siente combativo, con una energía muy «india». Godfrey Anil, el viejo cardenal jesuita, lo ha llamado hace dos días. Está en Roma; se invita a cenar y mantiene la promesa que le hizo en septiembre: acudirá con Felipe Arrau, el general de la Compañía, a quien acompañarán dos jóvenes jesuitas.

Giuseppe esperaba esta oportunidad. La complicidad de los jesuitas, que renacen de sus cenizas, será indispensable para los sínodos que se acercan.

Para esta cena, monseñor cuenta con dos aliados muy convincentes: sus pastas con albahaca y ajo, que en general sirve con una escalopa de ternera al limón y que son suficientemente elocuentes por sí solas, y Godfrey Anil, la mejor introducción posible para el «*blogger* resistente» ante el «cardenal guerrillero». En materia de «objetivos diplomáticos», las pastas harán su efecto, y al final de la velada seremos aliados e incluso amigos del «Papa negro»<sup>[213]</sup>. Pero si esta cena tiene tanta importancia en la vida de Giuseppe, y para la sucesión, es porque le debemos nuestro primer encuentro con Bartolomé.

Este joven tímido ha entrado en nuestro piso de tres habitaciones, junto a Arrau, cojeando de la pierna izquierda. Silencioso, se ha mantenido en segundo plano durante las tres primeras horas...

Está allí porque Felipe Arrau lo considera la futura cabeza pensante de la Compañía. El «Papa negro» quiere que su pupilo aprenda política, la gran política...

## EL COJO EN MOTO

Recuerdo el momento en que habla por primera vez... Estamos evocando los recuerdos de combate contra los mexicanos. De pronto Arrau se vuelve hacia el joven. Es un muchacho de corta estatura, demasiado delgado, casi flaco, de tez demasiado pálida con un reflejo oliváceo, ojos hundidos, ojeras profundas, una boca delgada y las mejillas tan descarnadas como los hombros. Solo el cabello es abundante, negro, brillante, con largas mechadas que barren sus ojos oscuros. Hasta ese momento podría decirse que ha estado mudo; solo nos hemos fijado en el espantoso acento español de su inglés. Arrau dice:

—Entre nuestros guerrilleros, creo que Bartolomé era el que venía de tierras más lejanas... Había vuelto para visitar a su familia cuando lancé la llamada. Pero explícalo tú, Bartolomé.

Entonces oímos con todo detalle esa voz extraña, muy grave, muy ronca, la voz de alguien que ha aprendido a hablar en lugares donde la palabra era un arma reservada a otros y dirigida contra uno. La voz de Bartolomé, del que se diría que debe batirse con su propio cuerpo, con su propia garganta, para que se eleve.

—Vengo del Perú, de la Cordillera. Y mi madre murió la misma víspera del día en que Villaverde anunció la disolución de nuestra Compañía. Yo estaba en mi pueblo para velar su agonía. Lo oímos todo por la radio, en el aparato de mis padres, cuando acabábamos de arreglar por última vez a mi madre. Y mis cuatro hermanas me dijeron: «Bartolomé, deja que los muertos entierren a los muertos; únete a tus hermanos que combaten...». Entonces salté a mi vieja moto como María a su asno para huir a Egipto hasta la muerte de Herodes...

Miro a Giuseppe; ya me había contado el episodio de la postal enviada por Villepreux, en otro tiempo. Veo que la coincidencia le impresiona... Y sin embargo, nada parece más alejado de él que la cordillera andina y ese pequeño pueblo en que una familia numerosa arregla, con el sonido de fondo de la radio, a su madre muerta, muerta de un exceso de miseria...

Así funcionarán sus relaciones: siempre es Lombardi quien descubre los puntos comunes entre él y ese muchacho, su benjamín doce años menor,<sup>[214]</sup> lo que me traducirá un día en estos términos: «Bartolomé nació pobre, no perdió nada y no tiene nada que perder; yo, en cambio, tuve que volverme pobre...<sup>[215]</sup> Sin embargo, es esto lo que nos acerca».

En ese momento, Felipe Arrau concluye el relato de «su» jesuita:

En el curso de ese trayecto a través de América, Bartolomé se dañó la rodilla... La motocicleta estaba fuera de uso a su llegada, y a él no le iba mucho mejor. Así,

cojo, durante los seis años que duró la «Universidad apartada», solo fue útil para hacer dos cosas: estudiar teología y tocar la guitarra. Su cocina es execrable...

## LAS MANOS VACÍAS

**P**or lejos que uno se remonte en la familia de Bartolomé (aunque no se remonte mucho, porque los pobres no tienen memoria), siempre se encuentra en el lado malo de la partida, en el lado malo de los fusiles, de las porras e incluso del hisopo. El joven cojo no es un indio; es solo un desheredado hijo de desheredados. Y si sus padres lo han llamado Bartolomé en recuerdo de Las Casas, el defensor de los indios, es porque saben que los esclavos son todos de la misma sangre: la que se vierte.

A semejanza mía, Bartolomé es un hijo del pueblo, un becario de la escuela religiosa; como yo, entró en el noviciado con dieciocho años, pero en la otra «familia pensante» de la Iglesia católica; él es jesuita con todo su ser, se diría que desde el momento en que las primeras sinapsis enlazaron sus neuronas... Hizo todos sus estudios entre los «hijos de san Ignacio»; su inteligencia deslumbró a sus padres, profesores y enseñantes, pero él permaneció del lado de los pobres.

Que no se interprete mal este «del lado de los pobres» que, por otra parte, él no ha «elegido», ya que ha nacido en él. Bartolomé no está en lucha, no es de un bando, si eso significa levantarse contra otro; en él no hay revuelta alguna, ningún deseo de revancha social, ninguna esperanza de revolución...

Nos damos cuenta de su susceptibilidad con respecto a este punto unos días después de la primera cena: como todos los amigos de Giuseppe, debe someterse a la prueba del encuentro con Paul y a la totemización... El gigante camerunés, a quien explicamos su historia, menea la cabeza: «El viaje en motocicleta, Argentina, la guerrilla... Muy bien, lo llamaremos el Che». Pero el joven jesuita protesta: no, él no es «un marxista»... «Pero si solo es un apodo... Explícaselo, Virgilio, tú que tienes su edad...».

Paul pone fin a la conversación con una risa hercúlea y una palmada amistosa que está a punto de dislocarle un hombro al frágil Bartolomé. El Che se sobresaltará con su nuevo nombre durante varios meses.

Le hago justicia, pues: no, el Che no es comunista, como algunos han escrito más tarde en la prensa «mexicana». Igual que no fue un revolucionario, y ni siquiera uno de los partidarios de la difunta teología de la liberación. Simplemente, la pobreza es su familia, su fortuna, su destino humano;<sup>[216]</sup> y cuando hay que pensar en la Encarnación, en «Dios hecho hombre», medita, naturalmente, en los términos de la pobreza.

El Dios de Bartolomé es un Dios que se hace más pobre que el más pobre; ese es, para él, el misterio de la Encarnación, misterio de humildad.

Nos hemos desviado mucho de nuestra primera cena; es lo que siempre pasa con Bartolomé. Cuando Assoumou, Morro, o incluso el papa Silvestre y Dereim, hablen del peruano, acabarán por hablar siempre de su pensamiento más que de él mismo... Cuando interrogue a Giuseppe, cuando trate de saber si el Che es también un *fratello*, acabaremos siempre por sumergirnos en su teología. El Che ha desaparecido desde hace tiempo detrás de lo que piensa. «Este muchacho es tan pobre como su teología...», dirá casi diez años más tarde un Assoumou intrigado y un poco frustrado por sus relaciones, cuando uno sea secretario de Estado de Tomás I y el otro el teólogo de la Casa Pontificia...

Muy pronto, Lombardi considerará con un inmenso respeto el «saber» del Che... El obispo está convencido de que el joven jesuita es el único en adivinar, en conocer ciertas cosas, y que hay que permitirle que las enuncie, por el bien de todos, y sobre todo de la Iglesia. Mucho más tarde, después del Sueño, Tomás I sabrá que el Che es el único capaz de pensar en la sucesión inteligente e inteligiblemente. Bartolomé, por su parte, reconoce al instante la inventiva y la poesía de «monseñor Lombardi». Para él, tal vez solo para él, este Papa que se despoja de todo será solo un portavoz de lo que él ya sabía...

Entre estos dos hombres no habrá una amistad tan ruidosa e indefectible como la que une a Giuseppe con Paul; tampoco existirá nunca la jovialidad que lo une con Paddy. Giuseppe tampoco le abrirá sus santuarios como lo hará conmigo.

Pero el Che es su amigo; es enclenque, pero ama la vida. Es pobre, pero sin el terrorífico extremismo de Kate; sabe gozar de la tibieza de la noche, del buen vino...

Y sobre todo, estará la música.

## MISA CRIOLLA

La noche de noviembre cae, suave, sobre la terraza; no hablamos de «teología pobre», ya no hablamos de sínodos... Encendemos unas velas; Giuseppe ha sacado dos botellas de aguardiente y de coñac, yo he preparado café... Arrau y Anil fuman como viejos jesuitas que se ríen de sus cánceres respectivos. El «Papa negro» nos propone habanos «de casa», y el hermano cojo acepta uno.

Giuseppe va a buscar su guitarra. «Tu comandante guerrillero me ha picado la curiosidad, Bartolomé... ¿Quieres tocar algo?».

Bartolomé se excusa, protesta... apenas. Mordisquea dos veces el cigarro, pega la oreja a la caja de madera para afinar el instrumento. Discutimos entre nosotros, para darle tiempo a prepararse.

«Señor, ten piedad»... El vino nuevo mana de pronto...

Conozco este fragmento. Conozco toda la *Misa criolla*, Giuseppe me la había hecho escuchar; pero no sabíamos que bastaban dos manos, un trozo de madera, que bastaba que los dedos corrieran para que la caja palpitara; para que la madera, las cuerdas de tripa, se llenaran de sangre viva, poderosa.

La voz es un poco sorda, un poco ronca; nada que ver con la de Giuseppe. Pero las cuerdas, en la garganta, parecen ir al unísono con las cuerdas sobre las que corren los dedos... El hombre y la guitarra son uno, y lo que tocan es la vida...

Bartolomé volverá a tocar en la terraza, con su propia guitarra. Tocarán los dos, mucho tiempo, a menudo. Hasta el fin de su pontificado, a veces el Papa olvidará que es Papa y el teólogo olvidará la teología: tocarán, como dos niños salvajes, como se intenta atrapar el polvo de oro en el sol con la punta de los dedos.

Felipe Arrau dice sonriendo, orgulloso como si presentara una muestra de lo más logrado que puede engendrar la Compañía: «¿Ve, Lombardi? No le había mentido en lo de la música... Y en lo de la teología, ya verá...».

Giuseppe asiente con la cabeza: «Y quiero verlo, Felipe... Solo pido verlo».

Menos de un año más tarde, un joven jesuita cojo de treinta y un años es destinado al Consejo Pontificio para el Diálogo entre Religiones. Su despacho es gemelo del mío, situado justo al otro lado del de Lombardi. Giuseppe me dice: «Lo instalo a mi derecha, y a ti a mi izquierda... Es dulce como un cordero, y tú, testarudo como una cabra...».

4.13.0

# LA CAÍDA DE LOS MEXICANOS



## SILVESTRE MANIOBRA

— **N**osotros también creímos que los sínodos nos darían un nuevo aliento; pero más bien apresuraron nuestra caída...  
—Al envejecer, te vuelves pesimista, don Enrico.

Descubro el restaurante de Bolonia y la famosa ternera con berenjenas.

El viejo cardenal parece haber perdido toda esperanza de que la Iglesia consiga sacar adelante su reforma y su reconciliación.

En realidad, el cardenal Morro, escaldado por las derrotas, no ve que los sínodos de Silvestre III no tienen demasiada relación con los de Juan XXIV... El nuevo Papa ha convocado por su cuenta sínodos continentales. Y ha fijado un programa de reflexión «obligatorio», un programa muy ambicioso bajo la forma de algunas preguntas simples: «¿Qué Buena Nueva anunciamos? ¿A quién? ¿Cómo? ¿A qué obstáculos nos enfrentamos? ¿Cómo podemos superarlos?». Ha anunciado, a partir de la Pascua de 2023, que participará en los trabajos y que cerrará personalmente cada uno de los sínodos.<sup>[217]</sup>

En el curso del otoño y del invierno 2023-2024, ya puede verse que algo está pasando. Una expresión pública inédita parece instaurarse en muchas parroquias y diócesis, y da la sensación de que toda la catolicidad empieza a hablarse de nuevo. Cada obispo ha sido invitado a hacer participar a todos los fieles que lo deseen en la elaboración de una «nota» diocesana de quinientas palabras que responda a la pregunta de Silvestre III. En algunos lugares reducidos al silencio desde hace más de cuarenta años,<sup>[218]</sup> se discute, se dialoga; si se tercia, los participantes también se despedazan unos a otros, pero «por buenas razones», juzga Silvestre.

El Papa se encuentra más en su elemento en este vasto movimiento que en los sutiles equilibrios políticos con la Curia. Hay que escuchar lo que cada uno tiene que decir, dialogar y si es posible zanjar la discusión, tarea impresionante que, sin embargo, el Papa no teme... Es un placer ver a Villepreux en acción.

Durante los siete años de villaverdismo, él, el primado de las Galias, calló —un silencio táctico, aconsejado por los mismos que, como Paul, hablaban alto; pero, de todos modos, un silencio—, mientras otros aceptaban riesgos a veces mortales.

A la entrada de su capilla privada figuran los nombres de algunas víctimas de los métodos mexicanos: Augustine Gowon, François d'Hautefeuille<sup>[219]</sup>, Modeste Fahala<sup>[220]</sup>... Él mismo ha escrito sus nombres, a mano, y cada mes añade otros nuevos a medida que los miedos se borran, que las lenguas se desatan; es su propio



martirologio, una forma que tiene de recordar que otros han pagado el precio de sangre cuando él satisfacía solo el de la espera.

En estas semanas que preceden al primer sínodo, descubro la fuerza de arrastre, el ardor, la seguridad en el tono, el atrevimiento de Silvestre III; Giuseppe dice riendo: «Jean-Baptiste en su mejor papel: el de “director espiritual”, salvo que esta vez su campo se extiende al mundo entero»<sup>[221]</sup>.

Mientras en cada diócesis más de mil millones de católicos son invitados a expresarse, Silvestre está radiante: el pastor podrá por fin oír, y luego responder, a su pueblo,<sup>[222]</sup> después de casi dos años de demoras. Durante ocho meses será un Papa itinerante, que pasará cerca de un mes en cada uno de los seis sínodos continentales, abriendo y cerrando todas las asambleas, pero asistiendo también a algunas de las reuniones preparatorias diocesanas. Y deja el Vaticano en las muy seguras manos de monseñor el secretario de Estado.

## LA ORDALÍA DE JB

**E**l primer sínodo tiene lugar en noviembre en Yamussukro; luego vienen Europa, América del Norte, Asia y Oceanía. El sínodo de Puebla, en América Latina, debe cerrar esta «gira mundial».

Nosotros estamos al margen de la actualidad, pendientes de los últimos acontecimientos en Jerusalén y de las declaraciones de Nour Saighi-Morales desde su prisión. Las autoridades españolas han rechazado una y otra vez la liberación de la joven líder de la Reforma después de la caída del Muro. Ahora ya ha purgado su pena... Y anuncia desde la prisión que ha comprendido que el islam debe abandonar la vía del yihad; es preciso que «en todos los lugares donde se han vuelto a abrir las puertas de la *ichtijad* [la interpretación personal del Corán por parte de los creyentes], encontremos los medios de excluir la violencia de todas nuestras reflexiones; que el enfrentamiento no sea una opción posible, que no figure en el abanico de elecciones... Esa es la verdadera Reforma...». Giuseppe da la consigna de que evitemos apoyar demasiado abiertamente a Saighi-Morales, para no convertirla en «la musulmana de servicio de los occidentales».

Giuseppe Lombardi, retenido por los asuntos de Jerusalén, solo asiste a una parte de los trabajos de Yamussukro y de Manila. Pero nosotros vemos nacer a un Papa en su Iglesia. De ahí extraerá Silvestre III toda la legitimidad, toda la confianza que permitirán la obra de los seis años siguientes.

En medio de las asambleas de obispos, expertos, delegados laicos, Villepreux se siente cómodo, sabe encontrar las palabras; despliega ese auténtico carisma de la palabra, y no solo en la predicación... El Papa ha venido a escuchar a su pueblo, y sus homilias son auténticos diálogos, preguntas planteadas a cada uno y a todos.

Se niega a escuchar las acusaciones con respecto al pasado; quiere abrir el porvenir: «Y ahora, ¿qué hacemos? Este mundo es nuestro mundo, es el que Dios nos ha dado para amar, no estamos aquí para juzgarlo, sino para anunciarle la Salvación y la felicidad; ¿lo hacemos así? Nosotros no tratamos de reclutar; como el Dios al que servimos, no sabemos contar. Más vale un hombre o una mujer que hayan acogido la Salvación felices entre los suyos, que un hombre o una mujer corroídos por los miedos y los remordimientos en una iglesia».

Algunas de las palabras de Silvestre resuenan por primera vez desde... el concilio de Juan XXIII, hace exactamente sesenta años. Ya no se trata de preservar un pequeño resto de puros; se trata de extender el cuerpo de Cristo a las dimensiones de toda la humanidad.

En este diálogo entre un pueblo y su pastor, no hay lugar para los consejeros o

para las tácticas... Jean-Baptiste no hace los sínodos contra los mexicanos, aunque esa fuera la estrategia de Dereim; los hace para el pueblo, para que la savia del Evangelio recorra el gran cuerpo de la Iglesia.<sup>[223]</sup>

Assoumou se frota las manos: «Atención, Su Santidad se ha soltado, y precisamente cuando es incontrolable es realmente el mejor». Esto no evita que «Su Santidad» nos provoque sudores fríos, pues de sínodo en sínodo, armado de este modo solo de su sentido pastoral, se acerca al ojo del huracán: América Latina, donde sus adversarios más decididos lo esperan.

En junio de 2024, cuando ya llegan de las diócesis (y de boca de obispos hasta ese momento más bien circunspectos) las reacciones entusiastas a las primeras asambleas, Giuseppe me confía: «Jean-Baptiste quiere una prueba de verdad, quiere ir al fuego como hemos ido nosotros; para él, el sínodo latinoamericano es como una ordalía, un juicio de Dios».

## EL PAPA PRÓDIGO

**H**a sido Silvestre III quien ha elegido los textos para la misa que abre el sínodo de Puebla. Al contrario que en las cinco asambleas precedentes, aquí quiere dirigirse a su pueblo antes de escucharlo...

El texto que ha escogido el Papa es de esos ante los que los predicadores más audaces darían un respingo... Se trata de uno de los pasajes más oscuros del Evangelio, el del administrador deshonesto.<sup>[224]</sup>

Ante esta historia, nadie puede tener una meditación edificante, y el pontífice romano pretende precisamente hacer lo contrario, en las tierras donde el Temple ha utilizado desde hace nueve años la «moral» como un arma. Cuando ha anunciado que leerá y comentará este Evangelio, algunos han pensado que desvelaría cómo los templarios o Templum Christi han prosperado a partir del dinero deshonesto; las revelaciones de Campo Santo han empezado a mostrarlo con respecto al narcotráfico... Y algunos mexicanos han hecho saber discretamente a los servicios del Santo Padre que disponían de informaciones sobre algunas otras fuentes de financiación de la Curia...

El Papa inicia su homilía en medio de un denso silencio. Su sermón bebe en las fuentes, según nos explicará, de una prédica oída en otro tiempo en París:<sup>[225]</sup>

—¿De qué nos habla el Evangelio? ¿Qué dicen estas líneas? San Jerónimo, cuando tradujo la Vulgata, eligió titular esta parábola como «El mayordomo difamado»; he ahí nuestro primer indicio.

Y Jean-Baptiste, de indicio en indicio, revela que no ha venido a ajustar cuentas; que ha venido simplemente a hablar de un hombre, de un hombre Dios. Este mayordomo deshonesto, este administrador difamado, es la imagen más soberbia de Cristo... Silvestre pregunta:

—¿Quién actúa de un modo tan escandaloso como este mayordomo; quién dilapida los bienes que ha recibido en depósito, los bienes que alguien ha puesto en sus manos? ¿Quién perdona las deudas y borra las faltas? ¿Quién es difamado por esto, difamado hasta el punto de ser acusado, acusado hasta el punto de ser condenado, y de morir por ello, y quién es alabado por el Padre por hacer esto?

»Sí, atreveos a decirlo, el Hijo es el dilapidador, el que no cuenta, y el Padre lo alaba, alaba a ese que ha condenado el buen sentido religioso, al que comía con los pescadores y las prostitutas. A él ha elevado de nuevo el Padre, a él ha exaltado; el Padre lo ha alabado para que, a su nombre, doblemos la rodilla y proclamemos que él es Señor por la Gloria del Padre.

Silvestre III se detiene y mira alrededor; contempla todos los rostros reunidos en

las gradas de esta asamblea. Es un largo, un interminable cara a cara entre el Papa y cada uno de los fieles; el silencio se prolonga hasta el punto de que ya surge un murmullo sorprendido en la asamblea. El predicador concluye:

—El Hijo, Jesucristo, Nuestro Señor es un hijo pródigo. Seamos, nosotros también, los hijos y las hijas de nuestro Padre. Dilapidemos el tesoro que nos es confiado, porque es inagotable; así, también nosotros seremos alabados.

Hemos seguido toda la escena por la red de satélite católica, e incluso por televisión nos ha cortado el aliento. Giuseppe sonrío triunfalmente cuando me mira: «Ya ves, este “mal”. Papa al menos sabe predicar...». Es una piedra lanzada a mi jardín, a mí que hasta ese momento no paraba de comparar la prudencia de Silvestre III con el ímpetu de Juan XXIV. Giuseppe añade mientras se levanta: «Bien, creo que está ganado...».

No es exagerado decir que esta homilía decidirá todo el resto del sínodo. Al día siguiente, la prensa latinoamericana titula: «El Papa pródigo»; y luego «El Papa prodigio», cuando resulta claro que la asamblea conseguirá firmar unánimemente un texto que no solo es una síntesis sino también una llamada. La moción anima a cada uno —a los clérigos y a los fieles— a salir de la ciudadela que creían sitiada, a mezclarse con los que consideraban sus enemigos...

Incluso los mexicanos rubricarán la declaración para no insultar al futuro desvinculándose de todas las diócesis que «basculan hacia la esperanza».

## EL HOMBRE DE OSLO

Jean-Baptiste remite al sínodo de los obispos reunidos en Roma, de noviembre de 2024 a enero de 2025, la tarea de redactar la declaración pontificia surgida de los diferentes sínodos continentales. Ha dado una consigna inédita: todas las conclusiones que no puedan ser comunes para los diferentes sínodos no serán podadas para establecer el denominador común de la catolicidad única; todas estas conclusiones serán discutidas y presentadas en un segundo documento, que tendrá por objeto dar testimonio de la diversidad y el vigor de la universalidad... «¿Cómo crees que van a poder aclararse los cristianos entre un texto común y un texto universal?», refunfuña Paul. «La colegialidad no puede convertirse en centralismo democrático», responde el Papa...

En este período, monseñor Giuseppe Lombardi no está en Roma. En realidad, podría decirse que el viaje a Oslo estaba programado desde el mes de abril, cuando, el día de Pascua, todas las Iglesias fueron en comitiva<sup>[226]</sup> a entregar las llaves del Santo Sepulcro al secretario general de la ONU y a la directora general de la Unesco.<sup>[227]</sup> «Incluso los sepulcros mejor cerrados pueden abrirse», murmura entonces Giuseppe Lombardi, legado especial del Papa, a la reina de Saba que está sentada a su derecha en la tribuna, y Leah Nanah responde con una sonrisa radiante...

Desde entonces es de prever que los inventores de esta forma inédita de paz sean recompensados por el comité del Nobel.

Estoy con él cuando recibe la noticia; Ruardo está al otro lado de la línea, sobrio. Informa al laureado, lo felicita. Luego cuelga.

Aún no hemos tenido tiempo de sacar una botella cuando se presenta Assoumou... Es el primero en brindar. Luego vendrán las llamadas de Pietro<sup>[228]</sup> y Monica, de Anna y de sus dos hijas; un poco más tarde será Simon Cervin, burlón pero también admirativo, quien le dirá que es «el segundo Nobel en merecer su premio... El tercero, si quieres que cuente a tu padre...».

Habrà, en medio de la noche, una larga llamada de Silvestre, de la que conservarán el secreto. Pero una cosa sé, y es que el Papa concede gran importancia al reconocimiento de uno de los hijos de la Iglesia en cuanto a tal. Tres meses más tarde, en el primer salón en que reaparece el laureado, el Papa dirá; «Ahí está nuestro Jacob, que representa para el mundo entero lo que los sínodos han anunciado en nuestra Iglesia: la paz y la justicia son posibles, si el mundo se entrega a la esperanza».

Giuseppe no revela nada... Él, poco celoso de sus emociones, parece reprimir su satisfacción.

Para la entrega del premio, ha viajado con su familia, sus dos hijas, sus padres —«Este Nobel lo recibo también por todo el tiempo que les he robado, Pietro»—, y me pide como un favor que permanezca en Roma para velar por los asuntos del dicasterio...

«Reemplazo» a Lombardi, sostengo el timón del barco que él manda. Esto me ayuda a no pensar que mi presencia a su lado hubiera estropeado la alegría de sus hijas. O que Simon Cervin ha declarado que confiaba en que Lombardi dejara «aparcado a su cronista-asistente-discípulo».

También ha sido el suizo quien ha susurrado estas palabras a su amigo, la noche del premio: «Tienes derecho a catorce semanas de permiso, según el acuerdo que firmaste con tu Papa cuando te nombró... Ha llegado el momento de que te tomes un poco de tiempo para tus hijas, aprovechando las vacaciones de Navidad y de invierno».

Se encontrarán en familia en el retiro alpino para esquiar, y allí celebrarán la Navidad; también va a la India, solo, cuando sus hijas vuelven al instituto; y aun irán con Steven, Leah y todos los chicos a Nueva York, a descubrir Estados Unidos bajo el aire nuevo del presidente Matthew T. Goodridge... [229]

En su discurso de Oslo, Giuseppe tendrá una frase para mí: «Pienso en mi hermano Pietro, sin el cual nada hubiera sido posible; en Pietro, que ha arriesgado su vida tantas veces como yo, y como es lógico, sin duda, con mayor frecuencia aún, para seguirme en estas negociaciones...».

Por última vez paso varias semanas lejos de Giuseppe Lombardi. Dos años más tarde, cuando vuelva a coger vacaciones, yo formaré definitivamente parte de su familia...

4.14.0

# EL CLAN DE LAS REFORMAS





## PRESENCIA DE UNA AUSENCIA

¡Invierno de 2025. En estas semanas de «vacaciones» me doy cuenta de hasta qué punto ha cambiado mi vida en dos años... Por el silencio de su despacho desocupado, del piso vacío, mido aquello en que se ha convertido para mí: un hermano, mi hermano mayor.

Hace treinta meses que lo acompaño, que lo veo pelear en la Ciudad Santa para inventar algo que se parezca a la paz; que lo veo adelantar una pieza tras otra, en la larga partida de ajedrez contra los mexicanos...

Pero no lo conozco. No conozco la densidad, la profundidad ni la gravedad de su alma. Sin embargo, descifro lentamente en este hombre un misterio, una paradoja, «la presencia de una ausencia»; esta paradoja se llama Chiara.

Chiara...

No llegué a ver su foto hasta mucho más tarde; él no enseñaba ninguna, y tal vez ni siquiera tuviera una. Raramente pronunciaba su nombre, nunca evocaba un recuerdo, y sin embargo, encontrarse con Giuseppe era encontrarse con la ausencia de Chiara, con su presencia en vaciado. No sé explicarlo, pero Giuseppe Lombardi había seguido siendo un hombre casado, habitado por un amor extraño y singular, un hombre que había vivido el espanto de la muerte antes de renacer a la esperanza.

Yo que he vivido quince años junto a él, nunca lo he visto ceder a la ilusión de creerla presente en esta vida. Su comunión de alma era una comunión en la esperanza de una vida futura. Pero solo lo comprendí lentamente, y la historia que Jean-Baptiste Villepreux nos explicó un día de junio de 2025 fue uno de los primeros testimonios que tuve de ello.

## EL REGALO OLVIDADO

**P**rincipios de junio, Giuseppe Lombardi tiene la cabeza en otro sitio... Piensa ya en la continuación de su trabajo en Jerusalén: extender la internacionalización de los Santos Lugares a otras tierras sagradas: las de los musulmanes, de los judíos... Extender el estatuto de extraterritorialidad como un reguero de paz. Giuseppe ha aprendido, en Palestina, en Israel, que la guerra es ante todo un asunto de plan de ocupación de suelos.

Por eso, ese 29 de mayo de 2025 celebra la festividad de la Ascensión en el monte de los Olivos. Los luteranos tienen allí una capilla que encierra «la roca desde la que Cristo se elevó», y ese «lugar santo» está encerrado en el territorio de una mezquita. Giuseppe pretende convencer a los musulmanes de que compartan ese lugar, de que lo donen a la ONU, lo que supondría extender el contagio de la esperanza...

Allí asiste al culto celebrado por un pastor luterano alemán cuyo nombre acaba de conocer: Dietrich Froeliger...

Luego tiene una cita con Ibrahim Madi, ese cadí discreto enviado por el rey de Jordania, guardián de los lugares santos del islam... Al día siguiente acude a la embajada de Jordania, y luego al Ministerio de Cultos israelí: el hierro está caliente y hay que golpearlo.

Tiene razón, pero, en un piso de Bolonia, Cecilia espera a su padre, que ha prometido estar allí la noche del 1 de junio, para celebrar sus quince años.

Somos realmente conscientes de la inminencia de la catástrofe cuando volvemos al hotel, el sábado por la noche; casi es medianoche ya... En la habitación de Giuseppe, colocado sobre la repisa, está el paquete de Cecilia: ese collar de lapislázuli descubierto en el zoco, la víspera de la primera ronda de conversaciones improvisadas... Cuando iniciamos la primera conversación, el jueves, con el enviado del rey de Jordania, no podíamos prever que se alargaría tanto, que nos llevaría tanto tiempo. Giuseppe mira el reloj, me observa, como para sorprender una reacción de mi parte:

—Todavía puedo coger el avión esta noche, o al alba...

—Y...

—Y nos saltamos la conversación con el viceministro de Interior, mañana.

Me callo. No tengo nada que responder. No soy ni el jefe de esta negociación que prepara otro mundo ni el padre de esta muchacha que mañana, privada de su madre ausente desde siempre, lo estará también de su padre, ausente una vez más.

—Las llamaré, les diré que aplazamos la fiesta hasta el lunes... Dos días en Bolonia... Arregla mi agenda y elimina todas las citas hasta el martes al mediodía.

Aterrizamos en Bolonia el domingo por la noche, tarde, demasiado tarde; el pastel tiene el gusto salado de las lágrimas. Durante treinta y seis horas, Giuseppe Lombardi trata de negociar con Cecilia pruebas de su amor por ella, de recomponer lo que pueda recomponerse; pero si las agendas internacionales pueden «arreglarse» a veces, unas horas de retraso son lo más importante del mundo cuando se tienen quince años...

## LA CONFESIÓN

**E**so lleva Giuseppe en el alma durante toda la velada del martes 3 de junio de 2025, mientras Isaac, su amigo, nos explica su historia...

Silvestre tose, un poco solemne por una vez; quiere retener la atención de todos.

—Aquellos de entre vosotros que solo me habéis conocido como Papa, no conocisteis, en otro tiempo, al muchacho que todavía ahora llamo Jacob... no conocisteis a Chiara. Solo cuatro, aquí, llegamos a tratarla: Enrico, Paul, yo... y Giuseppe, claro está. —Miro el rostro de mi hermano; ha palidecido, se ha paralizado... Nadie sabía nada, ni siquiera él—. Hoy me tomo la libertad de revelar lo que vi, de decirlo para que todos sepáis cómo tuve la intuición de lo que vamos a realizar en los años venideros...

Se aclara la garganta.

—Jacob, te pido que me perdones lo que mis palabras expresarán torpemente...

Giuseppe ha empezado a mirar a lo lejos, mucho más allá de la escena... No quiere vernos, ni que podamos descubrir en sus rasgos el efecto de estas palabras.

—Hace cerca de treinta y cinco años, yo era un joven sacerdote en una parroquia parisina. Conocí a Jacob, que entonces era un niño... Hablamos. Nos adoptamos el uno al otro. Muy pronto supe que sería sacerdote. ¿Puedo decir que estaba más seguro de su vocación que de la mía? Sí, realmente... Pensé que mi vocación podía tener como sentido principal hacer crecer la suya...

El silencio es impresionante. Todo el mundo ha comprendido que ese hombre tan reticente a abrirse, esa noche dirá cosas que tal vez nunca ha llegado a confiarse a sí mismo...

—Jacob creció, se convirtió en un joven. Yo no dudaba de que un día estaríamos juntos en el altar; sabía que cantaríamos misa. Cuando tuvo veinte años, partimos juntos a Roma a las JMJ. Un día se presentó ante mí, como uno se presenta a anunciar a los suyos que se va: había una joven que era «la que Dios le había preparado», me dijo.

Veo que Giuseppe se levanta y va, despacio, a colocarse frente a la ventana, sin decir nada. Mira al exterior; incluso sus manos, hundidas en los bolsillos, escapan a nuestras miradas.

Me doy cuenta de lo tenso que está por la rigidez de su espalda, de sus hombros. Es como una cuerda, como un arco...

Silvestre no ha dicho una palabra ni ha esbozado un gesto en su dirección. Ha esperado a que «su» Jacob esté de nuevo inmóvil, como invisible a nuestros ojos...

—Lo expulsé, lo repudié, lo desheredé... Lo desterré de mi vida, de mi vista...

Fuera de mí. ¿Cómo, cuando se era Jacob, colmado de dones, se podía elegir el amor de una mujer antes que el amor de Dios? Cuando se puede vivir un amor divino, incondicional, ¿puede uno contentarse con el finito, el contingente?

Veo el rostro grave de Paul, su frente preocupada; veo la palidez de JMC, con un aire un poco perdido, ella, cuyo inspirador desvela de pronto un alma; veo la sonrisa de Leah, invitada hoy por segunda vez, que sin duda es la primera en comprender, porque ella conoce el singular matrimonio que une todavía a Giuseppe y Chiara.

—No quise conocerla; ¿para qué? Y a él no lo vi durante casi diez años. Y cuando Jacob, un día, golpeó a la puerta de mi despacho, llamó al sacerdocio, pero con la alianza en el dedo, quise mantenerlo lejos de mí... —Sonríe al recordarlo; se dirige a la espalda de Giuseppe—. No todo el mundo tiene la generosidad del padre pródigo, Jacob, y tú hubieras detestado ser acogido como un hijo. —Su sonrisa se ensancha—. Me puso de vuelta y media... ¡como nadie se había atrevido nunca a hacerlo! Mi frialdad amarga, su cólera; nada demasiado sorprendente cuando se nos conoce a los dos...

Todavía mira a Giuseppe. ¿Tal vez espera una palabra, un signo de su parte que lo anime a continuar? ¿Un gesto que lo detenga? Nosotros, como él, solo vemos una espalda. Las dos manos han salido de los bolsillos y juegan la una con la otra como dos cachorros nerviosos.

—Finalmente me conminó a hacer justicia a los suyos; tuve que ir a su casa, a casa de Chiara, a casa de los dos... Y allí ocurrió. Ella me conquistó. Él me conquistó. Los vi juntos, los miré verdaderamente, como nunca había contemplado, sí, contemplado, a la gente casada. Me encontré frente a la transfiguración, y planté mi tienda... Su camino era verdad, eran lo que dice la teología sobre el matrimonio que celebramos y en el que no creemos: vivían un amor humano que dejaban que Dios santificara. No se amaban para crear una familia, para criar hijos; no se amaban siquiera para estar enamorados, se amaban... simplemente; daban testimonio de que el amor es posible, de que es bueno, de que es santo. Se amaban como ama Dios, para el otro. Con un amor infinito, divino, incondicional.

»No eran excepcionales... Simplemente yo los amaba lo suficiente para contemplarlos como nunca había contemplado a la gente que casaba “para que den testimonio del amor de Dios”, pero de los que pensaba, en mi soberbia clerical, que se casaban para criar hijos en la estabilidad y para usar de sus sentidos y de su sexualidad en un marco digno.

»Durante largas semanas los contemplé. Los vi irritarse con el otro, quitarse la palabra, contradecirse, pelearse a veces; porque os aseguro que eran una joven pareja llena de vitalidad, y Chiara era una italiana de armas tomar. También los vi perdonarse, maravillarse el uno del otro, aceptar no comprenderse...

Una pausa.

—Y luego hubo ese terrible día de marzo de 2012...

Paul se ha levantado a medias, apoyado en el reposabrazos, que parece ridículo

bajo su masa. Incrédulo.

La estatua que se encuentra frente a la ventana se estremece, golpeada en lo que la vertebra; Silvestre se atreve a llegar hasta ahí. Es, durante un instante, un extraño diálogo entre dos cuerpos que no se ven. El tronco de Isaac, con las manos cruzadas, se tuerce hacia la espalda rígida de Jacob, como si esperara que el otro llegara a percibir ese impulso, a decirle que callara...

Pero Jacob no dice nada, no se vuelve.

Los labios del pontífice se muerden, luego se humedecen. Habla con una voz seca, cortante como una hierba quemada. Tal vez haya en los ojos del Papa una emoción desconocida, lágrimas...

—Vi a Jacob solo; vi a su amada ausente. Solo en esa iglesia. Y entonces supe lo que significaba «amar hasta el extremo»...

»Vi a Jacob crucificado, le oí rugir “Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado”. Supe que los esposos nos revelan en su carne, en sus impotencias, que el verdadero amor es la infinita debilidad. Supe que el amor de Dios por la humanidad está crucificado.

»Sé también que, después de la cruz y de la tumba, todo amor ha sido recapitulado en Dios, levantado de nuevo, resucitado; pero esto es un gran misterio y, aquí, es el secreto de Jacob, no el mío.

## «FRANCÉS»

**D**iez o doce años más tarde, me plantearon varias veces esta pregunta: ¿qué es un «francés»? ¿Qué ha convertido en un clan a este puñado de hombres y mujeres reunidos en torno a una mesa, un martes por semana, y luego a los que se han agrupado en torno a ellos? ¿Qué es lo que nos ha hecho reconocernos, a nosotros, los del clan de las reformas?

Yo respondería así: los «franceses» son los que oyeron la historia de Jacob de boca del propio Silvestre. El día en que el Papa caiga sobre los Escalones, en los brazos de su amigo, estos sabrán.

Ser «francés» es haber creído que Silvestre III era el más gran pontífice a quien tendríamos la suerte de servir, y haber sabido que nos había mostrado a un hermano cuyo pontificado fue para nosotros una evidencia desde el momento en que Jean-Baptiste entregó su alma. Un hermano cuya fraternidad podía mostrarnos la de Cristo —por más que él no fuera un santo, por más que fuera duro vivirlo y seguirlo—, porque se asentaba en un amor indestructible por la propia muerte...

Entre los «franceses», todos hemos experimentado la fuerza, el poder, la alegría comunicativa del amor fraternal de estos dos hombres. Incluso Jeanne-Marie Carrière, después de este largo monólogo de su Papa, señor y maestro, ha empezado a volverse hacia este «hermano» que Silvestre nos daba a amar como él mismo lo amaba...

4.15.0

# JEANNE-MARIE





## LA VIRGEN FRÍA

Ninguno entre nosotros, que la veíamos con tanta frecuencia desde hacía más de dos años, hubiera pensado en llamarse su amigo. Nadie, por otra parte, pensaba siquiera en plantearse la cuestión.

Ella era, desde hacía más de veinte años, el cerebro armado de Jean-Baptiste; era la que buscaba, compilaba, daba forma, afilaba las agudezas del razonamiento de «su» Papa. Pero ¿un cerebro puede tener un alma si nunca tiene un cuerpo donde habitar? ¿Y quién se sentiría satisfecho del compañerismo con un puro intelecto con asperezas de acero, con una inteligencia afilada como una hoja de afeitar?

Esta es la imagen que tenemos de JMC, la «virgen fría del Papa» (Assoumou *dixit*), en el verano de 2025: incapaz de reír, insatisfecha ante la aproximación, nada dada a disfrutar de las ideas nuevas, sino propensa a trabajarlas, criticarlas, afilarlas, para probar su calidad y ver de qué aleación están hechas.

En esa época, Paul dice de ella con auténtico espanto en la voz: «Esta mujer es una enciclopedia viviente, sin duda es la encarnación de la teología católica. Pero ¿está realmente viva, y podría encarnar algo que no fuera la teología?».

Entre nosotros no mostramos ninguna indulgencia hacia Jeanne-Marie Carrière, pues la indulgencia le resulta insoportable; y los dos miembros del «trío de Saint-Germain» no comprenden las relaciones que unen a «JMC» con «Su Santidad Isaac». Sin duda los irrita también que una proximidad puramente intelectual le haya valido para sentarse a la misma mesa que ellos, todos los martes por la noche. Y en varias ocasiones he oído a Giuseppe enojarse cuando ella lo llama Jacob, como si usurpara un puesto en el trío.

Desde luego conocemos un poco su historia, y sabemos cómo se confunde con la de su «gran hombre». Sabemos que incluso antes del fin de su doctorado en sociología religiosa,<sup>[230]</sup> decidió inscribirse en el Instituto Católico de París para, según explicó una vez, «tratar de resolver el problema de la adecuación de su fe y su inteligencia». Allí, en la «Cato», encontró al «hombre de su vida», el padre Jean-Baptiste Villepreux, y en adelante, «sus dos teologías constituirán una sola».

Espero que se me perdone este tono burlón, pero es del propio Giuseppe Lombardi. Carrière vive para y por Villepreux. Desde la Cato de París hasta la Casa Pontificia, «funciona» para Jean-Baptiste, exclusivamente, en cerebro y alma. El teólogo audaz, el joven cardenal, el primado de las Galias, y ahora el Papa de la renovación de la Iglesia son el orgullo de su orgullosa inteligencia. Ella proporciona el combustible a la palabra luminosa de Silvestre, ella alimenta su audacia, ilumina sus dudas; y parece «amar» este papel de papisa gris... aunque el término amor suene

extraño referido a ella.

## LA MANO DERECHA Y LA MANO IZQUIERDA

**S**in embargo, Jeanne-Marie conoce a Giuseppe Lombardi desde hace mucho tiempo; coincidió con él en el entorno del vicerrector a partir de los años 2009-2011. Ella estaba allí un poco por azar, en el momento de su ordenación diaconal. Pero hasta ese día de junio de 2025, aunque se encuentren al servicio del mismo hombre y de la misma esperanza, no existe entre ellos ni el esbozo de una amistad. Hasta ese momento, Lombardi y Carriere han sido como la mano derecha y la mano izquierda del Papa: Jacob a la izquierda, del lado del corazón; JMC a la derecha, del lado de la razón. Y, como en el Evangelio, la mano derecha no sabe lo que hace la izquierda.

Basta con mirarlos para comprender que se necesitaba un seísmo para que la gran vestal seca de la teología villepreusiana y el ardiente emisario del Papa, la «virgen fría» y «Jacob el Magnífico», como lo llama a veces Silvestre en broma desde que el negociador en la sombra ha pasado bajo las luces de los proyectores del Nobel, se «encuentren».

Ella tiene algo más de cincuenta años. Es una mujer alta, demasiado delgada, con la tez de una fumadora. Sus cabellos, ni largos ni cortos, en los que el plateado casi ha sustituido al moreno, están siempre atados («amarrados», dice Paul). A veces se le escapan algunas mechas, que coloca con un gesto seco detrás de la oreja. Viste con corrección, herencia de su ambiente, pero sin elegancia; no se arregla, sencillamente se viste. Siempre lleva una chaqueta seria, pantalones o faldas oscuras, zapatos planos; la única concesión a la feminidad que le conozco es un pañuelo de seda de colores casi vivos.

Recuerdo haberle dicho a Giuseppe que debía haber sido hermosa, que *podría* ser hermosa. «Siempre la he conocido así; sin llamar nunca la atención y sin que nadie se fije especialmente en ella. En cuanto al aspecto, se entiende, porque en cuanto a la inteligencia...», respondió. Esa es JMC, una espléndida inteligencia. Y Giuseppe prefiere a los seres humanos...

## ○BSERVACIONES EN VIVO

**E**l mérito de su amistad, nacida en circunstancias estrambóticas y brutales y ya nunca desmentida, corresponde por entero a Jeanne-Marie.

Primero es la curiosidad intelectual, que es siempre el punto de arranque para esta mujer cerebral: como Silvestre III ha hecho del amor conyugal el patrón de este amor en Dios, la pareja de Giuseppe y Chiara se convierte para JMC en una «curiosidad teológica»; un sujeto de estudio, por una vez en vivo. Y puesto que de esa pareja solo queda un miembro observable, Jeanne-Marie tiene intención de disecharlo, auscultarlo, cuestionarlo, confrontarlo, como hace siempre. Decide comprender su génesis antropológica, sociológica, psicológica y, desde luego, teológica. Y también quiere hacer un listado de los frutos y las posteridades...

Un sábado de julio de 2025, en que Giuseppe declina una invitación a comer de su Papa porque «sus hijas están en Roma por un día», Jeanne-Marie Carrière decide constatarlos efectos de un amor conyugal en Dios sobre la progenie de la pareja en cuestión. Le dice a Jacob: «Tengo curiosidad por conocer por fin a tus hijas...».

Durante el trayecto, esta mujer alta y seca señala:

—Creo que no he ido nunca a tu casa.

Giuseppe lo ve como un reproche —todos los franceses conocen y aprecian su terraza—, y balbucea vagamente alguna excusa...

Al pie del edificio, Giuseppe cree conveniente prevenirla:

—Mis relaciones con mi hija pequeña son a veces bastante complicadas. Es posible que esté un poco agresiva porque, a sus ojos, tú representarás, evidentemente, mi trabajo...

Cualquiera que no fuera JMC hubiera comprendido, sin duda, que la visita era inoportuna. Ella responde simplemente:

—No te preocupes, yo también estoy en guerra contra mi padre...

Él asiente, sorprendido ya por este amago de confianza.

Giuseppe no sabe cómo explicar a sus hijas por qué acude con una invitada. Clara sonríe y añade un cubierto. Cecilia, glacial, pregunta al cabo de treinta segundos:

—¿Es usted una hermana, una monja?

Jeanne-Marie se echa a reír, francamente divertida...

—¿Hermana? Solo laica, y soy más bien una mala hermana.

«Pensé: esta mujer sabe lo que significa ser el segundo... Esta mujer no es tan perfecta como papá, no está tan segura como él de estar en el puesto preciso... Y me

dice la verdad, sin adornos», recuerda Cecilia.

Contra lo que era de imaginar, la comida es alegre y distendida. La pequeña hace mil preguntas a Jeanne-Marie sobre la vida en la Casa Pontificia; luego, cuando se enteran de que Jeanne-Marie conoce a Giuseppe desde hace dieciséis años, Clara y su hermana le preguntan, como dos crías, por su *look* de entonces, por sus «notas» cuando era estudiante...

—¿Y conociste a mamá? —pregunta Cecilia.

—No realmente. Hablé con ella una sola vez, el día de la ordenación diaconal de tu padre... dos meses antes de su muerte.

Lo ha dicho sin las precauciones oratorias que utilizan todos los que rodean a las niñas. Luego pregunta por sus estudios, sus vacaciones, sus lecturas...

Cecilia: «Por primera vez, alguien del entorno profesional de papá se interesaba por nosotras, y no solo para decirnos que nuestro padre era formidable. Al acabar la comida, dije: “Ahora podemos ir a las rebajas con Jeanne-Marie, entre mujeres... ¡Si está ella, puedes confiarnos tu tarjeta de crédito!”. Papá protestó diciendo que seguramente Jeanne-Marie tendría otras cosas que hacer, pero ella contestó: “No, no... Y aprovecharé la salida, hace una eternidad que no he entrado en una tienda a comprar ropa”. A cualquiera que no fuera ella, le hubiera contestado: “No hace falta que lo digas”».

Cinco horas más tarde, Giuseppe tiene que pellizcarse cuando ve llegar a la teóloga a la Casa Pontificia vestida con una increíble chaqueta rosa con unas anchas solapas de seda estampada, elegida por Cecilia porque «te hace parecer diez veces más joven».

—He pasado una tarde maravillosa con tus dos chicas —explica Jeanne-Marie—. Una tarde ociosa, superficial y alegre. Hacían comentarios mientras me probaba la ropa sacudiendo la cabeza o haciendo muecas... No se sentían intimidadas por mi famosa inteligencia, me consideraban solo como una mujer con la que se hacen cosas de mujeres.

El padre se siente superado... Dice:

—Tendríamos que salir hacia la estación.

Y la teóloga los acompaña.

Los adioses en el andén son tan calurosos como lo ha sido el resto de la jornada.

Cuando se encuentran los dos solos, en el andén, un poco incómodos, Giuseppe dice:

—Te acompañó... —Al decir estas palabras se da cuenta de que no sabe dónde vive ella, y entonces pregunta—: ¿Qué has querido decir cuando le has respondido que eras una mala hermana?

4.16.0

# JEANNE-MARIE (II)



## LA MALA HERMANA

Ella dudó, bastante rato... Luego simplemente dijo:

—Creo que para responderte de verdad necesitaré una copa.

El propio Giuseppe me explicó luego esta larga conversación: por una vez, y sin que sirva de precedente, será él el narrador de esa extraña noche. Pero la he escrito solo porque JMC confirmó los detalles con su rigor de «prefecta»...

Cuando llegamos, le abrí el bar. Ella cogió una botella de coñac y miró la etiqueta lanzando un silbido...

—Sí, ya ves, es mi vicio... hijo de buena familia pero sibarita.

Replicó con una risa amarga... Nos sentamos en la terraza y Jeanne-Marie nos sirvió generosamente. Luego encendió un cigarrillo y dio unas caladas nerviosas mientras miraba las briznas de tabaco inflamadas y el humo que ascendía.

Yo esperaba...

Entonces empezó a hablar con calma, pausadamente, aunque tal vez también con impaciencia.

—Los Carrière han sido marinos, de padre a hijo, de almirante en almirante, desde hace cinco generaciones. Mi padre es el último. Mi hermano pequeño no estaba muy dotado para los estudios, y os hijos de mis dos hermanas no parece que se orienten hacia una carrera militar. La única que tenía el nivel necesario para ir a la Escuela Naval era yo: Jeanne-Marie, la mayor, la alumna brillante... De hecho yo tenía aptitudes más bien para la Politécnica, pero mi padre cerró la puerta a las dos opciones. No eran carreras para una mujer... De mí, esperaba simplemente que realizara unos estudios honorables mientras esperaba a encontrar un marido y darle nietos... —Se sirve una segunda copa—. En la familia Carrière, las hijas obedecen a su padre, igual que las esposas se someten a sus maridos... Yo era joven. De modo que hice derecho, para convertirme en magistrada, con facilidad, casi con aburrimiento. Y como sentía cierta atracción por lo místico, emprendí los estudios de teología en la Facultad Libre de Filosofía... Descubrí a Tomás de Aquino: por fin una máquina intelectual a mi medida. —Ríe con amargura—. Pues bien, ahora tengo veinticinco años, y empiezo a vivir con mi cabeza, a olvidar que tengo un cuerpo. Mientras espero al hombre de mi vida, el estudio y los libros me colman. Él no llegará nunca; todavía no tengo noticias tuyas. En ese momento todavía soy una buena chica, una buena hermana; una buena cristiana también...

Ha marcado una pequeña pausa de sorpresa, como si descubriera que en otro

tiempo había sido una «buena cristiana». Pero enseguida sigue adelante, ya ha vuelto a coger el hilo.

—Recuerdo el día de mi conversión, el día en que decidí dejar de ser un ejemplo... Me tomó unas semanas, porque resistí. Pero a fuerza de frecuentar las salas de audiencia para juzgar a gente que no conocía, mis ojos se abrieron: el mundo que descubriría era menos simple que el que me habían explicado mis padres, menos ordenado que el de la filosofía escolástica. Era un mundo de desviaciones, de compromisos. —Se sirve otra copa, la mira largo rato a la luz de una vela, con un rictus burlón—. Decidí que debía defender a esos pobres diablos, y también comprenderlos. Hice la única cosa que sabía hacer: estudiar... Empecé la tarea de reciclarme: de magistrada a abogada. También me inscribí en la École des Hautes Études, y empecé a estudiar sociología, hasta el doctorado. Empecé a pensar que el hombre que esperaba nunca vendría. Empecé a no esperarlo ya...

Se vuelve hacia mí, me mira. Veo que sus ojos brillan con el desafío que entonces lanza a su familia.

—Mis dos hermanas se casaron, en dos años. Tuvieron sus primeros hijos. Mis padres estaban satisfechos, pero inquietos por mí. Encontraban que me lo tomaba con calma... Mamá me sugirió que me arreglara un poco, que hiciera un esfuerzo.

»¡No sabes lo que es, Giuseppe, ser la que no se casa! ¡La que no da nietos a sus padres, la que no da sobrinos y sobrinas a sus hermanos y hermanas, ni primos a sus sobrinos! Al principio, la gente próxima y los desconocidos te compadecen... Se compadecen de ti, se muestran delicados, a veces un poco acuciantes... Luego empiezan a aconsejarte, a presentarte a pobres chicos que están en el mismo caso que tú... —Vuelve a encender su cigarrillo, con nerviosismo. El encendedor no funciona, y le tiendo una vela—. Un día, precisamente el día en que cumplía treinta y un años, anuncié a mi familia que no me casaría, que no tendría hijos. Mi padre me preguntó si pensaba entrar en una comunidad religiosa. Yo le respondí que no. Me dijo que no lo entendía... Más tarde asistí a la boda de mi hermano con una chica de buena familia a la que engaña de forma vergonzosa, al divorcio de mis dos hermanas y a la nueva boda de una de ellas. Ya ves, ni siquiera es una familia modelo, pero para mis padres todo esto es normal, es la vida, mientras que yo... Un día, la menor de mis dos hermanas me recomendó amablemente que fuera a ver a un psicólogo... Les molestaba porque era la mala hermana, la mala hija, la que no trae criaturas al mundo. Poco a poco desaparecí de su vida.

Sorprendentemente alegre, vuelve a servirse, mira mi copa, la vuelve a llenar.

—Estoy a punto de liquidar tu botella... —dice sonriendo. Y continúa—: En 2001 conocí a Villepreux en la Cato. Me convertí en su alumna, y luego, muy pronto, en su ayudante. Dejé la abogacía. Creo que él nunca había encontrado una inteligencia tan bien hecha como la mía. —Irónica—: Un cerebro tan productivo. —Sacude la cabeza—. Me convertí en la obrera providencial de Jean-Baptiste Villepreux. En el curso de los años, aprendimos a producir juntos, a cultivar ideas. Él



adquirió notoriedad, gracias al libro del coloquio que organizamos en París. Se convirtió en vicerrector de la Cato, y luego Roma lo llamó. Lo seguí, en la sombra. Se convirtió en obispo, y luego en cardenal. Yo seguí acompañándolo, a Lyon.

## BAJO EL IMPERIO DEL ALCOHOL

Vuelve a servirse. Ahora está achispada. Se emborracha de forma deliberada.

—Nadie se fijaba en mí. Tú has vivido dos años en París, vi a Jean-Baptiste ir a vuestra casa. Luego conocí a Paul, otro amigo de Jean-Baptiste que, como tú, nunca pensó en invitarme. Yo era solo el disco duro de Jean-Baptiste, no era una persona... Muchos otros, después de vosotros, han hecho lo mismo. Llegué a la edad en que una mujer renuncia a la idea de tener hijos un día; no me costó, en fin, no lo creo. Yo había elegido otra vida, una vida que nadie comprendía, pero qué importa. Una vida al servicio de Dios y de la inteligencia que creía que me satisfacía por completo.

»Cumplí cuarenta y cinco años; los celebré sola. Jean-Baptiste estaba en Roma para ser ordenado cardenal, yo no estaba invitada, se trataba de una ceremonia privada; no vi a nadie en todo el día. Llegué a la conclusión de que, probablemente, mi cuerpo ya no le interesaba a nadie. Me encontré sola ante mi pastel, y recuerdo haber murmurado que los hombres no sabían lo que se perdían. Desde luego, no creía una palabra de lo que decía. —Ríe, con una risa un poco pastosa—. Los hombres y su famosa testosterona... Durante el pontificado de Pío XIII fui el único profesor de la Universidad Católica de Lyon que se negó a firmar el famoso Juramento. La única... La chica mala, siempre. Estaba acostumbrada, en mi familia y en la Iglesia.

La voz cambia sutilmente de registro, como cuando, en el salón de Silvestre, pasa de un punto concreto a una verdad más universal.

—Desde que soy teóloga, siempre he sido la que se mezcla en un oficio de hombres... La que quiere quitarles el sitio a los varones, porque no me ha dado la gana de tener hijos y de encontrar mi sitio como mujer...

Me doy cuenta de que no se ha vuelto charlatana gracias al alcohol: está haciendo una exposición, precisa y contundente, como siempre las ha hecho; está exponiéndose, crudamente, objeto de su propio estudio... El alcohol solo es un agradable compañero para este trabajo.

—Incluso el día en que me convertí en teóloga de la Casa Pontificia... Incluso ese día, seguí molestándolos. No puedes imaginar las cartas que he recibido, Giuseppe. Cartas increíbles de hombres y de mujeres que decían que yo insultaba a mi sexo, que hubiera hecho mejor en casarme y darle hijos a mi marido y buenos cristianos a la Iglesia, más que curarme las neurosis y la histeria queriendo a todo trance un poder que no conviene a mi sexo... —Se encoge de hombros—. Como si el poder curara... ¿Y qué poder? —Su mano golpea la mesa, tres golpecitos cortos: otro tic, cuando quiere que sus oyentes tomen buena nota de una cuestión—. Cartas de mujeres,

Giuseppe, de mujeres, con mensajes que empezaban «La compadezco mucho; es una alegría tan grande traer hijos al mundo, dar la vida...». Y siempre las mismas estupideces sobre la ejemplaridad de la Virgen María, que supo «quedarse en su lugar», humilde, obediente, pero tan preciosa. —Otro vaso, grande, lleno casi tres cuartos: lo destina a acabar su trabajo de emborracharse—. Y no te engañes al respecto, Giuseppe. No me duele que las mujeres me digan que no tengo hijos. Pero me incomoda, sí, me revienta que unas mujeres sigan considerando que no tienen elección... Que su lugar está ahí, por vocación divina.

Se pone a reír, con rudeza, casi con maldad... Me ofrece con brutalidad la botella. Le respondo que yo paro. Me dice:

—¿Tú también crees que una mujer borracha es más fea que un tipo trompa?

Le respondo que no recuerdo haber visto a una mujer borracha desde que era estudiante.

Ella opina:

—Las mujeres que tú frecuentas tienen clase... Son guapas, inteligentes, ricas, y la vida que han elegido le va bien a todo el mundo.

Me dispongo a replicar, reflexiono... Hago una lista interiormente. Tiene razón.

## LAS HIJAS DE EVA

— **E**l problema es simple, Giuseppe: no estoy en mi lugar. No me quedo en mi lugar como mujer... Ahí está el asunto...

Tal vez quiere acabar con esto. Se levanta, titubea... cae pesadamente sobre su silla, sacude la cabeza, resignada. Esta vez es el alcohol el dueño de la conversación, al menos el que ha decidido que no la dé por terminada. Le pregunto, de la forma más neutra posible, si quiere ir a estirarse a la cama... Niega con la cabeza, con vehemencia. Le enciendo el siguiente cigarrillo, por miedo a que se quemé.

—No imaginas lo que es ser una mujer en la Iglesia, Giuseppe... No imaginas lo que es... Nuestras sociedades han acabado por descubrir que las mujeres son realmente la otra parte de la humanidad... Pero la Iglesia, nuestra Santa Madre, la esposa gloriosa, no se ha movido ni un centímetro. La Iglesia sigue considerando, en el peor de los casos, que las mujeres son la parte claudicante de la humanidad, las hijas de Eva. Y en el mejor de los casos, somos las que dan un pequeño suplemento de humanidad a los hombres.

Su tono de voz se eleva, más exaltado, pero más sereno que hace un momento.

—Las mujeres no son seres incompletos, monseñor, no son seres que tengáis que proteger de su propia debilidad para permitirles ser buenas esposas, buenas madres y laicas piadosas: tropa de refuerzo... No están ahí para mostraros la parte de ternura, de simpatía, de dulzura de la humanidad. Mírame: yo soy una mujer muy mala, una hermana muy mala, ¡soy mala porque no hago lo que esperáis de mí! ¡Yo no soy ejemplar! Yo soy solo un ser humano, como vosotros; más inteligente que la mayoría de la gente con que tropiezo, y sin embargo, soy una mujer... No tengo ningunas ganas de ser protectora de la vida en vuestro lugar. Podría ser bárbara y violenta, y no por eso sería menos mujer; igual que vosotros podéis ser dulces y atentos, y no por eso ser menos hombres.

Se calla, observando las volutas azules del humo de su cigarrillo.

—Vuestro problema es que tenéis necesidad de nosotras para definiros *a contrario*... Jean-Baptiste debería hacer una encíclica sobre eso; no una carta sobre las mujeres: *De viris hodie*<sup>[231]</sup>, un bonito título... Un texto sobre los hombres, sobre los machos, y vosotros os daríais cuenta de que las mujeres no tienen ni más ni menos vocación de ser madres que los hombres de ser padres.

Se desliza sobre la silla y, casi estirada, mira las estrellas. Yo me dispongo a levantarme para ir a acostarla. Pero en ese momento hace un gesto con la mano.

Con un último impulso, se vuelve a apoyar en el respaldo y se sirve un vaso para

darse fuerzas.

—Francamente, Giuseppe, cuando habláis de mí, ¿qué decís? ¿La virgen loca? ¿La histérica? —No respondo. Ella sigue dirigiéndose a mí, mientras mira fijamente a la oscuridad—. Me importan un pimiento tu vergüenza o tus excusas... No te pido nada. Pero me gustaría saber: ¿por qué no me has invitado nunca a tu casa, como a todos los otros? ¿Por qué? ¿Porque soy un latazo? ¿Porque no tengo pinta de ser una verdadera mujer, con este cuerpo de mal follada? ¿Es eso lo que os hace sentir incómodos, o es mi inteligencia? ¿Qué es?

No puedo responder nada. No quiero mentir...

—Te callas, ¿eh?... Eres honrado, Jacob... Todos los demás me dicen que los intimido, que soy un cerebro. Pero eso no impide que se hagan amigos de Jean-Baptiste; ¿es más cálido que yo? Esto no ha impedido que seas amigo de Bartolomé; ¿es más guapo, es más enclenque que yo?

Se vuelve hacia mí. Me mira, fijamente... Espera. De pronto dice:

—Perdona, creo que estoy un poco trompa...

Apoya la cabeza en la mesa. Y se duerme instantáneamente, roncando.

Era más pesada de lo que pensaba, menos descarnada. La llevé hasta mi cama, apagué la luz... Volví al salón para escribir unas palabras sobre el papel...

«¿Existe una vocación específica de las mujeres más de lo que pueda existir una vocación específica de los hombres?».

4.17.0

# SILVESTRE EL GRANDE



## EL MEJOR LUGAR

Comprendo que mis lectores, que esperan una biografía de Tomás I, no deseen verla transformarse en un pequeño tratado sobre las reformas de Silvestre III. <sup>[232]</sup> Sin embargo, es necesario esbozar estas reformas, aunque sea a grandes rasgos, para comprender que el papa Silvestre llegó al extremo de sus intuiciones y que estas intuiciones eran más que compartidas por el clan de los franceses. Al extremo del impulso iniciado por Silvestre, Tomás I nos invitó a dar un gran paso, que tal vez se convierta en un salto de gigante si el concilio, confirmado por Tomás II, responde a las inmensas esperanzas suscitadas por los pontificados de Silvestre III y Tomás I.

Voy a tratar de recapitular lo esencial de las reformas cuya génesis observé en las discusiones de los «salones de los martes».

La confianza de Silvestre, el relato de su «conversión», estrechó extrañamente los lazos que nos unían. Comprendimos entonces hasta qué punto la visión de Jean-Baptiste sobre la Iglesia, sobre el lugar respectivo de los sacerdotes y de los laicos, había sufrido una conmoción fundamental, y cómo, durante los años de plomo de la era mexicana, reconstruyó una visión más renovada aún en la medida en que los métodos de los templarios le servían de contraste.

La visión de Chiara y de Giuseppe hizo vacilar sobre sus bases una de las certidumbres mejor ancladas del sacerdote Jean-Baptiste Villepreux. Al frecuentar a la joven pareja, Jean-Baptiste descubrió que eran ellos quienes vivían la verdadera vida cristiana, la verdadera vida que Dios desea para los humanos. Y todo sufrió un vuelco: Villepreux descubrió que los sacerdotes, los obispos, el Papa solo poseen legitimidad si están radicalmente al servicio de esta humanidad; que servir a Dios, servir a Cristo, no es tanto rendirle culto como ser servidor de lo humano. A partir de ahí, había que devolver a la Iglesia a la verdad de su misión, la del servicio, y sobre este servicio se manifestó Silvestre III en su «Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo», en 2025.

La misión de la Iglesia junto a los hombres y las mujeres de este tiempo no consiste en juzgarlos ni en condenarlos, sino en anunciarles a un Dios misericordioso, un Dios que quiere su bien, que no condena, que no fija normas de perfección, sino que llama a una vida más santa. Un Dios para el que nunca es demasiado tarde, un Dios para el que nunca nada se ha perdido, para el que nadie está nunca perdido. Este es el servicio al que habéis sido llamados; a anunciar esta salvación, esta buena nueva al mundo. Cristo, Nuestro Señor, dio su vida por ellos, por nosotros, por nosotros que somos pecadores, por ellos que son pecadores; desgraciados de nosotros si somos contables cuando Cristo da sin contar.

Creo que es razonable decir que esta carta funda el Corpus de las reformas silvestrinas.



## MATRIMONIOS Y RESIPISCENCIA

Estas reformas se desplegarán en torno a tres ejes, conforme a las conclusiones del sínodo de los obispos de noviembre de 2024: la reforma del matrimonio, la reforma de los ministerios ordenados, el establecimiento de los tribunales de resipiscencia; y conforme a dos grandes opciones: servir, reconciliar.

La reforma del matrimonio<sup>[233]</sup> se ha introducido tan rápidamente en las costumbres que hoy está casi olvidada. Pero, hace menos de quince años, la Iglesia no tenía nada que proponer a unos jóvenes que a menudo se sentían incómodos en la fe y que, sin embargo, deseaban dar a su unión un sentido espiritual, colocarse ante la mirada de Dios...

Bastó con hacer una distinción entre lo que la teología tradicional había distinguido siempre: la institución humana del matrimonio y su «divinización» en el sacramento. Hoy, estas jóvenes parejas encuentran un verdadero lugar en las iglesias; las comunidades las acogen, celebran con ellas y sus familias un tiempo de oración, de recogimiento. El celebrante, un diácono en la mayoría de los casos, bendice su unión en los términos siguientes:

Mira, oh Padre, a este hombre y esta mujer que se aman y desean vivir fielmente este amor. Cólmalos con tu bendición, extiende tu bendición a los hijos que vendrán a habitar su hogar y permite que descubran que los llamas a realizar plenamente su vocación de esposos y a convertirse en los testimonios de tu amor en el sacramento de la alianza nupcial.

La Iglesia llama a esta celebración bendición del matrimonio, ya que es la bendición de una de las más antiguas instituciones humanas y ha parecido legítimo conservarle, en todas las culturas, su nombre «natural».

El sacramento, en cambio, ha sido rebautizado por la Iglesia, que le ha dado el nombre de sacramento de la alianza nupcial. Recuerdo que esta cuestión suscitó grandes debates en los cenáculos del martes; «sacramento de la Alianza» es un término que designa con mucha frecuencia a la eucaristía, y era interesante manifestar que existía un lazo poderoso entre el sacramento que reciben los esposos y el sacramento de la eucaristía, pues, en ambos casos, una realidad humana se transfigura; el Amor de Dios se encarna en la unión de los esposos, el amor divino se une al amor humano, del mismo modo que lo formula la liturgia mezclando el agua al vino en la presentación de las ofrendas.<sup>[234]</sup> El lazo entre matrimonio y eucaristía alcanza ahí todo su vigor. Los esposos acogen verdaderamente en su carne el amor de Dios, su unión (toda su vida, no solo su vida sexual) se convierte en un signo poderoso, visible y real de la presencia de Dios.

A partir de ese momento, el sacramento de la alianza nupcial se celebrará siempre en el curso de una eucaristía; el sacerdote impone las manos a los esposos y llama sobre ellos al Espíritu Santo diciendo: «Que el Espíritu Santo, te lo rogamos, Señor, haga del amor de estos esposos una ofrenda viva a tu gloria».

Hoy, dos de cada tres parejas que se presentan celebran en la iglesia una bendición del matrimonio. Entre ellas, una de cada tres ha vuelto ya y ha pedido recibir el sacramento de la alianza nupcial<sup>[235]</sup>.

Esta reforma preparaba el futuro, pero Silvestre III deseaba también reparar el pasado acogiendo a todas y todos los que habían sido expulsados a causa de su divorcio y de su nuevo matrimonio. La gran obra de reconciliación fue la instauración de los tribunales de resipiscencia.

Jean-Baptiste proclama que 2026 será el año de la Paz y la Reconciliación; no solo un año de oración —por más que la oración ocupe el lugar fundamental que le corresponde, pues toda paz verdadera, toda reconciliación auténtica, procede de Dios— sino un año de acción.

El Papa trabajará para reconciliar a todos los que se han encontrado fuera de la comunión eclesial.

En cada diócesis, bajo la responsabilidad del obispo, se instala un «tribunal de resipiscencia» compuesto por doce personas. Estas personas, que el obispo elige basándose en su sabiduría, su experiencia y su capacidad de compasión, reciben a los hombres y mujeres que se encuentran en una situación canónica de separación o de ruptura<sup>[236]</sup> y que desean reconciliarse con la Iglesia.

El tribunal no se encarga de juzgar las razones que han llevado a una persona a esta situación, sino de verificar la sinceridad de su deseo de retornar a la comunión de la Iglesia.

No se trata de negar la ruptura, sino de oír el reconocimiento de esa ruptura; salvo en casos particulares, el tribunal acoge favorablemente la demanda y orienta a las personas hacia su parroquia o hacia un servicio eclesiástico con el que prepararán la celebración de penitencia y reconciliación que inaugurará su retorno. Esta práctica está ampliamente inspirada en las prácticas de penitencia pública atestiguadas en la Iglesia antigua.

Silvestre III preside personalmente la primera de estas celebraciones, el quinto domingo de Cuaresma de 2026<sup>[237]</sup>, en su catedral de San Juan de Letrán, en el curso de la misa dominical; pues «es el conjunto de la comunidad el que acoge en su seno a los hermanos y hermanas que vuelven, es toda la Iglesia la reconciliada».

En el fondo de la iglesia, el Papa dialoga con los penitentes. Llama a cada uno por su nombre (son una decena, hombres y mujeres, cada uno portador de una historia de ruptura, de tristeza, de menosprecio y rechazo):

—N., ¿qué deseas decir aquí?

—Sí, he pecado contra el cielo, ya no merezco ser llamado [hijo o hija, según el caso].

Se arrodillan.<sup>[238]</sup>

Silvestre se dirige a todos de forma colectiva:

—Escuchad, vosotros que pedís misericordia; yo os anuncio un año de gracia y de favores de parte del Señor, vuestros pecados son perdonados, vuestras faltas son borradas, levantaos, uníos al gozo de vuestro Padre, regocijaos y venid a recuperar el afecto de vuestros hermanos y hermanas.

Y luego, dirigiéndose a la asamblea:

—Y vosotros, amigos, alegraos, porque vuestros hermanos y hermanas, que estaban perdidos, han sido encontrados; estaban muertos y han vuelto a la vida.

Silvestre se dirige hacia el altar, seguido de los penitentes, a los que sitúa en la primera fila. La asamblea entona un canto de alegría.

El Papa comenta el carácter alegre de la celebración porque «hay más gozo en el cielo por un solo pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de hacerlo»<sup>[239]</sup>. Una inmensa emoción se apodera de los participantes, de los penitentes, sin duda, pero también de sus familias, sus amigos, de los simples fieles.

Durante esta misa, Silvestre no llama especialmente a los expenitentes al altar para la comunión, pues, según él, los cristianos reconciliados han vuelto a ocupar, sencillamente, su puesto habitual entre sus hermanos, y comulgan a su turno; en otras diócesis, la práctica es diferente.

Cuando, cuatro años más tarde, vi a Silvestre herido de muerte en el atrio de esta iglesia en que había querido realizar por sí mismo ese primer gesto, el Papa encarnaba la figura que había profetizado: la del administrador pródigo y difamado hasta el punto de ser condenado y ejecutado por un justiciero loco.

## EL «TENDERETE»

La última de las grandes reformas de Silvestre fue la de los ministerios ordenados, una reforma que se encontraba al servicio de las otras y parecía, sin duda, la más técnica.

El gran orquestador de la ordenación de los hombres casados en 2008 había visto fracasar su reforma: apenas elegido, Pío XIII había decretado una moratoria. Los dos mil europeos aproximadamente que habían sido ordenados diáconos, la mayoría con vistas al sacerdocio, en 2011 o 2012 no tuvieron tiempo de ser ordenados sacerdotes. Villepreux, desde su instalación en la cátedra de Pedro, levantó la moratoria, pero no podía decirse que hubiera cola para entrar en filas. La ordenación de los hombres casados no constituía en la mayoría de los países una solución al problema del número de sacerdotes.

*A posteriori*, naturalmente, podrá decirse que no era difícil ver que esta solución no sería tal. Bastaba con constatar que la decisión, después del segundo concilio del Vaticano, de ordenar diáconos a los casados no había ido seguida precisamente de una respuesta multitudinaria. ¿Por qué debería haber, pues, más candidatos al sacerdocio? Si ya no era fácil encontrar jóvenes solteros dispuestos a «dar» su vida a la Iglesia, ¿podía pensarse razonablemente que se encontrarían muchos hombres responsables con familias a su cargo dispuestos a hacerlo?

Jean-Baptiste tuvo, como he dicho, muchos años para rumiar su decepción y comprenderla. Jeanne-Marie explica que para el prelado de Lyon fue una especie de obsesión. Y de África, precisamente, vino la idea. Porque en África, en efecto, gracias a Paul y sus fieles amigos, Gowon, Manding, etc., la presión de los mexicanos era más débil, y aunque ningún prelado ordenó hombres casados durante el pontificado de Pío XIII, muchas diócesis se prepararon para ello conforme a la decisión del sínodo de 2011. Sin embargo, no lo hicieron dentro de la «mística de la vocación»<sup>[240]</sup> occidental, sino según el antiguo consejo del apóstol Pablo de elegir *virī probatī*, hombres de bien cuyo retrato traza en su Carta a Timoteo:

[...] Irreprochable, casado una sola vez, sobrio, sensato, educado, hospitalario, apto para enseñar, ni bebedor ni violento, sino moderado, enemigo de pendencias, desprendido del dinero, que gobierne bien su propia casa y mantenga sumisos a sus hijos con toda dignidad; pues si alguno no es capaz de gobernar su propia casa, ¿cómo podrá cuidar de la Iglesia de Dios?

Sobre todo los obispos africanos tuvieron la intuición, ligada a su magnífico trabajo de inculturación de la fe, de llamar a hombres designados por sus propias

comunidades. La vocación no era ya una llamada celeste, sino una llamada encarnada, trasladada a una comunidad humana. A cargo del obispo quedaba el reconocimiento de esta llamada y la ordenación de los candidatos.

Esto nos expuso Silvestre un martes por la noche del final del otoño de 2025. Y pidió a Jeanne-Marie y a Paul que nos precisaran la propuesta que habían ideado: se trataba de llamar a las comunidades cristianas a que eligieran en su seno a hombres probos, justos y prudentes, y presentarlos al obispo pidiéndole que los ordenara para el sacerdocio, a fin de que presidieran las comunidades, cuidaran de ellas y celebraran para todos la eucaristía. Son estos hombres que hoy en día conocemos con el nombre de clero curial, porque son «curas», ministros que cuidan de sus parroquianos. Actualmente son, en la mayoría de los casos, hombres casados que no han abandonado su vida profesional.

Junto al obispo se encuentran sus colaboradores próximos, aquellos a los que ha delegado la tarea de la unidad y la enseñanza, los que conocemos con el nombre de clero canónico. Desde 2026, son hombres solteros que han pronunciado votos religiosos<sup>[241]</sup> y viven en comunidades fraternales, sea en torno al obispo, sea en pequeñas comunidades dispersas por la diócesis.

Para completar el cuadro, hay que añadir que la restitución del vínculo entre matrimonio sacramental y eucaristía impuso que se confiara a los sacerdotes la celebración del sacramento de la alianza nupcial, cuando antes lo celebraban los diáconos. En contrapartida, y esa fue una demanda unánime de los sínodos, a los diáconos les fue confiado íntegramente el «ministerio de la misericordia», de la celebración del bautismo al sacramento de los enfermos, pasando por el sacramento de reconciliación.

Todo este cuerpo de reforma está hoy completamente instaurado, y cada día se constatan los frutos que proporciona, al menos «por un tiempo», como diría Giuseppe. Y en efecto, por un tiempo, parte de la lógica de asunción de poder de los clérigos, de los hombres de religión, se ha puesto en cuestión porque durante un puñado de meses, en París, a la vuelta del primer decenio de este siglo, un sacerdote tuvo el coraje de extraer las consecuencias de lo que veía.

4.18.0

# LA PÚRPURA



## «SUA EMINENZA»

2029, año de rojo y de blanco, de páginas vírgenes y de páginas manchadas de sangre, de muerte y de nacimiento...

20 de mayo de 2029. Es un domingo solemne, de púrpura y de Espíritu. Son cuatro, y entre ellos se encuentra Lech Grödn, el gran artista polaco, el cuarto cardenal laico desde que Silvestre reabrió la posibilidad de llamar a la púrpura a los bautizados no ordenados. En 2026, ya ha llamado a tres hombres: un simple laico, el fundador de ISF<sup>[242]</sup>; un diácono casado, el fundador de los Hijos e Hijas de Santa Marta<sup>[243]</sup>, y un religioso, el hermano Paul Niceling, el célebre biblista a quien se debe la nueva traducción de la Biblia en inglés corriente...

No hay nada especial que decir sobre este consistorio ordinario en que el Papa nombra a sus nuevos cardenales; nada excepto que, después de haber leído la fórmula de nombramiento, Silvestre III llama al nuevo cardenal Lombardi dándole el nombre de «Giuseppe Jacob»...

Miro a Giuseppe Lombardi. Él, que nunca ha apreciado los títulos pero que los recibe todos, no parece turbado ni emocionado. Se arrodilla ante Silvestre, que le entrega la birreta escarlata: «Recibe esta púrpura en señal de la dignidad y el oficio de cardenal, esta púrpura que significa que estás dispuesto a ejercerlo con fuerza hasta el punto de dar tu sangre por el crecimiento de la fe cristiana, por la paz y la armonía en el seno del Pueblo de Dios, por la libertad y la extensión de la Santa Iglesia Católica y Romana». Fuerza, paz, libertad... Nunca me han parecido estas palabras tan apropiadas para un hombre distinguido por Roma.

Giuseppe accede al rango de cardenal-sacerdote; el Papa pone a su cargo la parroquia romana de Santa Chiara en Vigna Clara.<sup>[244]</sup> El gran edificio de ladrillo rojo de la vía Zandonai posee una fea arquitectura, pero el detalle del pontífice es, sin duda, hermoso.

En la capilla papal, cuando Silvestre le entrega el anillo cardenalicio, pienso en lo que dice el canon: este anillo es «signo de dignidad, de solicitud pastoral y de una comunión más estrecha con la cátedra de Pedro». ¿Puede haber una comunión más estrecha entre el heredero de la cátedra de Pedro y el que lo recibe en su dedo, en simetría perfecta con la doble alianza de Chiara?

## CON LA HIJA DEL BRAZO

**V**erano de 2029, 25 de agosto... Este sábado se encuentra también bajo el signo de la alianza, pero esta vez del blanco. Clara abandona la casa de su padre para construir la suya. Sube por la avenida que conduce a la humilde iglesia campesina de Emilia, donde Morro, en otro tiempo, fue llevado a la pila bautismal. Giuseppe y su familia nómada han hecho de esta iglesia su «parroquia», porque Chiara descansa en el cementerio, detrás de los cipreses.

Giuseppe, con chaqueta de seda azafrán, tiene ese día la elegancia sofisticada y vistosa de un príncipe oriental. Dando el brazo a Clara, es un padre satisfecho, incluso orgulloso. Monseñor Morro celebrará el sacramento; después de unir al padre y la madre, hace un cuarto de siglo, don Enrico unirá a la hija con Luca Svevo<sup>[245]</sup>. Giuseppe me dijo la víspera: «Clara es como su madre, dotada para la felicidad... Escribirá una historia de la que será autora y de la que podrá sentirse orgullosa».

Es una boda sencilla, en la dulzura del final de verano de la Romagna... Giuseppe vibra al unísono con sus amigos, su familia, los invitados de su hija y de su yerno. A pesar del prestigio de su faja, a pesar también de sus responsabilidades, todos se abandonan a la loca confianza que emana de una fiesta de bodas. Ese día nos dejamos ir y creemos que lo mejor está por venir, que vale la pena apostar por la vida...

Un solo ser, entre la asistencia, no se abandona a la alegría. En la iglesia, un poco apartado, he asistido al sutil juego de las fronteras que Cecilia pone entre ella y su hermana, entre la «familia» de su padre y los «aliados» que ella se escoge.

No se ha sentado con Giuseppe Lombardi, sino cerca de sus abuelos. Monica y Pietro, menos familiarizados con los nuevos ritos y rituales, menos «naturalmente en su sitio» en una iglesia, son en este día sus aliados. Ha atraído a su lado a su «madrina», Jeanne-Marie. Veo cómo le desliza unas palabras al oído, la veo murmurar en el momento del sacramento de la alianza, y luego, más tarde, en la eucaristía. Resiste. Se defiende contra la posibilidad de ceder a estos sacramentos... En el altar hay demasiados amigos de su padre: además del cardenal, señor del lugar, está el gigante camerunés; está Paddy, vestido como arzobispo indio, con su aire de eterno adolescente; está ese joven sacerdote cojo que, en dos ocasiones, va a buscar una guitarra para cantar el *kyrie* y el *sanctus* de la *Misa criolla*...

Mucho más tarde, Cecilia me dirá: «La idea de casarme me fue insoportable durante mucho tiempo, como lo es para ciertos niños la idea de seguir con la empresa paterna... De un modo u otro, todo lo que se celebraba en una iglesia era una creación de papá...».

Cecilia divide para sobrevivir, si no para reinar... Juega la carta de Pietro y su



Nobel contra Giuseppe, Simon, Leah; se atrae a Mary, a la familia Poopaddy y al viejo Papelli contra el «clan de los franceses» al completo... Apuesta por sus tías contra su padre. Pero ¿cómo podría ejercer peso en la guerra que se inventa y luego representa, cuando el propio Papa ha venido como un amigo para pasar la velada, con una escolta reducida al mínimo, en un helicóptero que aterriza a algunos kilómetros «para no llamar la atención»...?

## EL ATENTADO

**E**l rojo entra de nuevo en escena, diez días más tarde... Estamos de vuelta en Jerusalén. Venimos solo para asistir a las últimas transferencias de los Santos Lugares a la ONU.<sup>[246]</sup> No tenemos necesidad de estar aquí, pero Giuseppe siente curiosidad... Ha dicho: «Quiero observar por mí mismo en qué se convierte el pueblo de Israel cuando renuncia a la propiedad física de su Tierra, cuando los hermanos de Joshua Berg acceden a otra cosa, como él».

Pacientemente, los judíos liberales han sabido hacer triunfar su visión de un Dios liberado de la tierra a que está ligado, Dios de la Tienda más que Dios del Templo. Han sabido imponerlo en los corazones y en los hechos, y también en los tratados firmados por su Estado. Pero no todos los combatientes han abandonado todavía el campo de batalla; los vencidos aún siguen defendiendo a «su» Dios, que se deja encerrar en unas cuantas hectáreas de Tierra Prometida del pequeño pueblo elegido... El Dios que habita en la letra estricta de la ley mosaica.

Giuseppe me dice: «Puedes dar por acabada tu jornada, *fratello*. Voy a ver los trabajos de la explanada...».

Ni siquiera lo veo salir, demasiado absorbido por el descubrimiento de los nuevos tesoros de la fototeca, cuyo catálogo estoy consultando. Oigo sus pasos mientras baja la gran escalera de mármol... Unos instantes después, la gigantesca explosión hace temblar los muros de la escuela.

Tardo dos o tres segundos en ser consciente de que esta deflagración no es un ruido «normal», ya que la paz ha llegado. Con los ojos fijos todavía en la pantalla, mi cerebro sale lentamente de su estupor: sin duda es un coche bomba. Se oyen gritos en la calle; para hacer un ruido como ese, la bomba ha tenido que explotar «muy cerca».

«Giuseppe Lombardi...».

Algunos estudiantes me miran mientras bajo la escalera corriendo. Aúllo sin parar «Giuseppe Lombardi, Giuseppe...» a lo largo de mi carrera hasta el armazón humeante, destrozado.

Veó su cuerpo, la gran silueta encogida sobre sí misma en medio de la calzada, tendida sobre el asfalto.

Corro.

Veó la espalda negruzca, cubierta de hollín, el humo que lo rodea.

Me acerco.

Se mueve... Veó los largos regueros de sangre que cubren su ropa, sus brazos.

Me precipito a su lado. Lo toco, está caliente, vivo, tose, escupe sangre que vomita sobre la calzada; se vuelve hacia mí, con el blanco de los ojos muy blanco en

medio del rostro cubierto de hollín y de sangre. No parece verme, con la retina velada por los humos tóxicos. Le aprieto el brazo, le digo que vamos a llevarlo al hospital, que sobre todo no se mueva. Me mira, alelado, como si no comprendiera. Y no comprende. Ha perdido la audición, efecto de blasto...

Oigo la sirena que aúlla detrás de mí.

Unos hombres me arrancan de su lado. Me ponen en pie, me preguntan si estoy herido, si he visto algo...

Veo cómo se lo llevan en camilla, con una máscara de oxígeno sobre la cara...

No ha habido ningún milagro.

Algunos han visto en su supervivencia el dedo de Dios: aún tenía tareas que cumplir, Dios lo ha preservado...

Pero el que haya sobrevivido a la explosión solo es debido a la incompetencia del artificiero del grupo Igal Amir y a la particularidad del viejo Mercedes blindado de la Escuela Bíblica: el modelo fue concebido veinte años antes, en la época de los «asesinatos selectivos» en Israel; está reforzado con placas de fundición bajo el habitáculo... Y Giuseppe solo debe a sus reflejos el haber sobrevivido al incendio del coche: la puerta delantera de la derecha arrancada le ha permitido lanzarse fuera rodando sobre el suelo, aplastando bajo el impacto sus ropas ardiendo.

No ha habido milagro. Sus heridas no son graves, simples arañazos; está cubierto de sangre por la desolladura de la frente, y recupera la audición menos de tres horas después. Lo que ha inhalado, los vapores del blindaje en llamas, el polvo de la explosión, lo ha intoxicado de forma duradera. No ha habido milagro, el atentado lo matará... con retraso.

## EL ΟΔΙΟ ΔΕΣΗΥΔΟ

**B**lancas, de nuevo, son los doce días que siguen a la explosión. Dos semanas aseptizadas, sin color, clínicas, en el silencio acolchado de la unidad de enfermedades respiratorias de Bikur Holim, donde está hospitalizado... A pesar de las sondas que le atraviesan la nariz, a pesar de la limpieza de los pulmones, muy pronto puede empezar a recibir a los visitantes.

Palestinos, israelíes, representantes de Estados Unidos y de la Unión Europea, de la Unión India... El mundo entero se encuentra a la cabecera de su cama. Los terroristas han golpeado al hombre de «la paz para Jerusalén». El mundo teme todavía por esta concordia tan frágil...

Habla despacio, como para prevenir el próximo ataque de tos. Pero ya no tose tanto. Recibe el sacramento de los enfermos, que celebramos solos en la habitación con monseñor Nasrallah.

Leah viene con Steven.

Días blancos como el miedo, también; de Clara y Cecilia, que llegan a la mañana siguiente pálidas como muertas, todavía anonadadas por la noticia: el atentado contra su padre ocupa todas las primeras páginas de los periódicos, su rostro no deja de aparecer en las pantallas. Les hablé por teléfono en las horas que siguieron al atentado; las tranquilicé. Fue Cecilia la que dijo, como si fuera algo evidente, desde Bolonia: «Ahora vamos». Y es a Clara a quien dirige las primeras palabras de bienvenida: «Clara, no tendrías que haber venido... Y sin Luca... Os he fastidiado vuestro viaje de bodas». Por la noche, Cecilia me confía ante una copa en el American Colony: «A mí me fastidia la vida entera... Pero le importa un pimiento».

No hemos tenido tiempo para dudar sobre los autores del atentado. El grupo judío ortodoxo Igal Amir ha enviado un correo electrónico en el mismo segundo en que explotaba la bomba: «Este enviado de los cristianos y de los árabes ha vendido a precio de saldo la Tierra Santa de Israel, ha dado a no judíos porciones de este suelo que es nuestro desde que nuestro padre Abraham se detuvo en Canaán, desde el retorno de Egipto, desde que Salomon construyó en él un Templo, desde que nuestros padres volvieron del exilio en Babilonia. No tenemos necesidad de blandir nuestros títulos de propiedad, toda la Tora es un título sobre este suelo santo, distinguido por el Altísimo. El Señor ha sido fiel a su Alianza con su Pueblo.

»Muerte a los dilapidadores de la Tierra de nuestros padres. Muerte y *gehenna* para ellos...».

Dos horas después, cuando se difunde la noticia de que Lombardi ha sobrevivido, aparece un segundo comunicado, manifiestamente de un autor diferente: «Este perro de Lombardi, que ha malvendido una tierra que no era suya, ha sobrevivido de forma provisional a nuestra bomba... Nos excusamos por ello ante los verdaderos judíos. La próxima vez reventará».

Leah se queda dos horas con él; los oigo reír, él tose; ella acaba por salir. Yo, perro guardián, amigo fiel, espero ante su puerta.

—¿Cómo lo encuentras, Pietro?

—Ya lo has visto. Cansado. Milagrosamente curado también, a pesar de esa maldita tos...

—Pero ¿moralmente? Quiero decir: ¿crees que abandonará?

Me ha dejado desconcertado.

—No tengo ni idea, Leah. ¿Te ha hablado de eso? —Ella sacude la cabeza—. ¿Y tú, qué harías? ¿Lo dejarías correr?

De nuevo dice que no con la cabeza. Lentamente. Dudando.

¿Qué pensó, qué sintió durante esos días? Una noche me dijo en la habitación del hospital: «Clara ya no me necesita ahora, y no creo que un abuelo sea tan indispensable, porque yo no lo tuve... En cuanto a Cecilia, no sé muy bien si tiene necesidad de su padre o de deshacerse de él».

Lo contradije con dureza. Le dije lo que sabía de su hija menor, y que no tenía derecho a ocultarse detrás de su mutua incompreensión. Un padre no elige para qué sirve, ni si debe seguir sirviendo para algo.

Me observó con expresión grave. Sonrió: «Gracias, *fratello*». Y luego: «Necesito que me ayudes, Pietro, ella es como un pez en mi mano. Cada vez que pienso que la he atrapado, se me escapa... Y no te preocupes, no tengo ninguna intención de morir».

Al escribir estas líneas, vuelvo a pensar en la pregunta de Leah: ¿pensó en parar?, ¿tuvo miedo?

¿Parar? En este período no hay nada que parar, el proceso ya no se encuentra en sus manos. Habrá que esperar a 2033 para que, revestido con la autoridad pontifical, de nuevo pueda ejercer su influencia y convertirse en el negociador indispensable de los acuerdos internacionales de Jerusalén.

¿El miedo? Con frecuencia fui testigo de ello, y Paddy lo confirmará: este hombre no tenía miedo, ni física ni moralmente. Incluso en los últimos momentos, cuando lo dominaba la fatiga, cuando se supo enfermo, no tuvo miedo, se desnudó, para estar listo.

Pero en 2029, en Jerusalén, tuvo que afrontar el odio, el odio que se levantaba contra él, contra su existencia, contra su derecho a respirar en esta tierra: un odio desnudo, obscuro y seguro de su derecho. Un odio sin resipiscencia que transforma su objeto en algo nocivo que hay que aplastar.

¿Cómo amar a un enemigo como ese? A un enemigo con el que no se podrá

hablar nunca, con el que no se podrá negociar nunca. Él afrontó la cuestión en el silencio interior, en la inmovilidad forzada de un cuerpo enfermo y golpeado; tal vez esta experiencia le permitió al año siguiente decidir las grandes purgas. Sin duda aprendió en su propia carne, en Jerusalén, que el escorpión no puede evitar picar, ni la serpiente privarse de morder, y que la única respuesta es protegerse de ellos, sin odio, pero con firmeza.

## ADVERTENCIA

**E**l 20 de septiembre volamos a Nueva Delhi; el paraíso de las rosas de Mary será su convalecencia. El propio Paddy viene a buscarnos al aeropuerto.

En el vestíbulo de la terminal se dan un largo abrazo, sin decir palabra. Paddy bromea, su chófer ya se ha encargado de nuestras maletas; subimos a la limusina negra, los tres detrás.

—Han dicho que ahora que tengo la mitra, no puedo conducir...

—Deben de apreciar mucho el coche de la diócesis, Paddy.

—Pues parece que tú has hecho un buen trabajo con el de la Escuela Bíblica. ¡Tú dando saltos por ahí, mientras yo tengo que ocuparme de una diócesis tan grande como tu país!

Giuseppe ni siquiera sonrío. Su frente se ha arrugado. Paddy comprende que no hay motivo para reír. Menea la cabeza, y luego dice:

—No te engañes, Giuseppe. Esta gente que nos odia con tanta fuerza no se encuentra solo en el exterior de la Casa Pontificia. Todos los días tengo que pelearme con mis colegas para instaurar las reformas que tu compañero el Papa ha decidido...

—Mira hacia fuera; luego se vuelve hacia nosotros—: Los «verdaderos sacerdotes» discuten la autoridad y el poder del clero curial. Los «verdaderos esposos» presionan a sus hijos para que celebren un «verdadero matrimonio» en la iglesia... Dos mujeres de Delhi han sido apuñaladas por sus hermanos porque habían «cometido adulterio» al instalarse en casa de sus maridos después de una simple bendición, un matrimonio sin sacramento de la alianza nupcial. —Le dice a su chófer—: Vamos directamente a casa de Mary, no vale la pena detenerse en la diócesis... —Y continúa, en un tono que es una mezcla de humor frío e inquietud—: ¿Sabes?, aquí soy el más charlatán entre los obispos, y además, soy un *thakur*<sup>[247]</sup> de buena familia, he aprendido a hacer callar al pueblo bajo... Pero vosotros que habláis a destiempo y no tenéis tanto talento ni tanta clase como yo, id con cuidado...

4.19.0

# «STABAT FRATER»





## TRIUNFO ROMANO

Entre el mes de octubre y este día de febrero, nada ha acontecido realmente... Los tres meses que Giuseppe pasa a la cabeza de su nuevo dicasterio, el Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, son solo semanas de instalación. Retomamos los expedientes del ecumenismo. Giuseppe se da un año de plazo para encontrar, en todas partes, a los que se hablan; para saber lo que se dicen y lo que no pueden oír, lo que les cuesta y lo que los anima.

Es verdad que un día esta unidad estará en el centro de sus preocupaciones; ciertamente, el Papa del Sueño será el del diálogo por fin posible, con todas las defensas bajas... Pero, por el momento, todavía no es eso lo que cuenta.

La nominación de Paul Assoumou para el cargo de secretario de Estado es más importante para comprender las horas que seguirán. Este nombramiento es la muleta agitada ante los ojos de los más furiosos de los mexicanos; es lo que desencadena el gesto del ustachi, como Franjo Držanić confesará mucho más tarde...

Esa mañana, cuando me despierto, Giuseppe está de un humor alegre, casi eufórico: a este hombre del presente le gustan los aniversarios.

¿Piensa en el aperitivo de Delhi, con Paddy y Benelli, ante el humo blanco, hace ya ocho años? ¿Tiene en la memoria todo lo que ha vivido desde que Mafouz lo llevó, a través del largo corredor del tercer piso, hasta la biblioteca donde lo esperaba el Papa de Saint-Germain-des-Prés? ¿Piensa en su dúo, en Silvestre y él? ¿Juega con los nombres, Villepreux y Lombardi; Isaac y Jacob; «el hombre de la Reforma» y «el hombre de Jerusalén»?

Esta mañana es un alba gloriosa, una mañana que huele a futuro. El pontífice va a celebrar la festividad de la Cátedra de San Pedro, el ministerio de la unidad de la Iglesia, una unidad restaurada, revigorizada. Las reformas están en marcha. Por fin Silvestre tiene el campo libre... La grandeza de monseñor Ruardo está en haberlo comprendido; su gloria, en haberlo permitido todo, en haber contenido a la Curia y en retirarse ahora. Seis meses antes, Antonio Ruardo le dijo al Papa: «Paul está dispuesto». Esta frase equivalía a su dimisión, y dejaba constancia también de que podían emprenderse nuevas reformas.

Esta mañana, mientras Giuseppe tararea las trompetas de *Aída* y se toma el café ardiendo, Silvestre y Paul se han encerrado para valorar las reacciones de los mexicanos después del nombramiento para la Secretaría de Estado del «heraldo de África». Assoumou ha sido el enemigo personal del Temple, el adversario declarado

del difunto Pío XIII y de su heredero Utrillo Ganz; todo el plantel de combatientes de la Reconquista con que contó en otro tiempo la Iglesia ha conservado un odio feroz hacia él.

Pero los tiempos han cambiado. Los mexicanos ya no pueden hacer nada, al parecer...

—Sin duda ahora Silvestre III, mientras se prepara para la misa, debe de estar pensando: vamos a poder avanzar sin cálculos de política interna, sin preocuparnos de nada que no sea el Evangelio.

Giuseppe aspira el aire en la terraza.

Me mira sonriendo:

—Va a celebrarse el triunfo romano de la escuela Jacques Prévert, Pietro. El papa Silvestre el Grande se adelantará y el cardenal negro caminará a su derecha... y yo no estaré lejos.

Yo mascullo, todavía adormilado:

—El cielo no tiene buen aspecto. Me parece que lloverá.

—Los napolitanos no consiguen entender que nunca llueve en Roma el 22 de febrero, al menos desde hace ocho años... Pero, de todos modos, prepara un paraguas, Pietro, que nuestro triunfo no resulte demasiado regado.

Ríe, como un niño aturdido, y luego vuelve a la habitación tarareando su canción.

Después de la misa solemne en la plaza de San Pedro, iremos, como de costumbre, a la basílica de Letrán a efectuar la peregrinación anual a la tumba (para ser exactos, el cenotafio) de Silvestre II. Es el homenaje «privado»<sup>[248]</sup> que los franceses reunidos en torno a Silvestre III tributan al Papa francés del año mil.

## EL USTACHI

Todos conocemos estas imágenes, que ofrecieron una y otra vez, durante semanas, las cadenas de televisión y se volvieron a difundir tras la noticia de la muerte de Tomás I.

Una pequeña multitud de romanos, más o menos franceses, se apretuja en el atrio e invade el césped ante la pesada fachada de la basílica. Naturalmente hay cámaras; las televisiones del mundo entero no se cansan de la elegante silueta de Silvestre, y el «clan de los franceses» siempre despierta curiosidad. Nuestro cortejo alegre e informal sale, bajo unas nubes gris oscuro, como dibujadas al carboncillo. Pero la lluvia no cae; el cielo no se desgarrará ni siquiera después del gesto insensato.

Yo camino unos pasos por delante con Bartolomé; siguen Cyril y su esposa, Silvestre, Giuseppe, Paul y Jeanne-Marie.

Un hombre se destaca entonces de entre la multitud, un prelado, con sotana negra fileteada y faja violeta. Lleva el pelo cano cortado a cepillo bajo un bonete violeta y tiene un cuello de descargador del muelle. Se adelanta hacia el Papa, como si fuera a dirigirle una súplica. Jean-Baptiste se vuelve hacia él. Esboza una mueca de irritación; conoce bien a este prelado de Croacia, cuya presencia en esta circunstancia, si no privada, al menos íntima, le sorprende...

En el momento en que el obispo parece estar a punto de arrodillarse a los pies de su pontífice, según la antigua tradición, un segundo flota, suspendido; luego el asesino se incorpora bruscamente, con una mano bajo las ropas.

Se lanza sobre él, lo acuchilla.

Ni las televisiones ni la mayoría de los testigos llegan a captar la imagen del arma en la mano; es una larga daga recta, un arma de paracaidista afilada para matar. Se ve con claridad cómo el hombre lanza los golpes, sujetando la chaqueta con la mano izquierda y golpeando con la derecha, una y otra vez, hacia el vientre y el pecho, donde palpitan los órganos vitales de su Papa. Golpea y vuelve a golpear, hasta que una mano y luego diez tiran de él hacia atrás, lo separan de su víctima; su mano, ensangrentada hasta la muñeca, permanece crispada sobre la daga.

El hombre vocifera mientras lo arrastran, con los brazos y las piernas torcidos: «Muerte al demonio, muerte al Anticristo». Los policías se lo llevan corriendo, y él se gira aún para escupir su odio hacia la víctima tendida en el suelo.

## PIETÀ

**L**a multitud grita, mujeres sobre todo; yo estoy a cinco metros, pero retrocedo. Los guardias de corps empujan a todo el mundo cada vez más lejos, despejando el espacio en torno al herido con fuertes empujones; en el círculo así delimitado ya solo quedan los íntimos, y alrededor la multitud sobrecogida por el espanto...

«¡Una ambulancia, una ambulancia!».

Yo estoy atrapado detrás de las barreras de brazos levantadas por los policías del servicio de protección. El médico del Papa se ha inclinado sobre él, ha colocado las dos manos, con los dedos apretados ejerciendo presión, sobre las heridas del vientre; un guardia de Letrán corta a grandes tajos, con su cuchillo, el chaleco blanco y la camisa manchados de sangre.

Veo a Giuseppe de rodillas, junto a él, sosteniendo entre sus brazos la cabeza y los hombros del Papa.

Paul me ve, indica con un gesto a los policías que me dejen pasar. Llama a «los médicos», grita consignas por teléfono, gesticula para que abran un pasillo entre la gente agitando los brazos en círculo; parece querer hacerse útil y sobre todo no acercarse al cuerpo. Pienso en Augustine Gowon y en el vicario general de Yaundé... El tercer asesinato.

Jeanne-Marie está sentada sobre el pavimento; llora, incapaz de controlarse.

Me acerco más. Estoy a tres metros por detrás de ellos: Isaac y Jacob. Doy la vuelta para verlos.

Veo la mano de Jacob que pasa y vuelve a pasar por los cabellos del pontífice, por el rostro; que trata de apartar la película helada, el sudor de muerte sobre las sienes del moribundo; la mano que pasa, sin pensar, para prolongar la vida, el abrazo.

Veo la mano blanca de Isaac, contraída sobre la espalda de su amigo, como una garra. Se aprieta, luego se relaja, y vuelve a contraerse.

Se hablan. Él le habla. Veo cómo la boca de Silvestre se abre, débilmente, apenas, y murmura unas palabras, las postreras, con su último aliento.

El ruido del helicóptero, el grito de los faros giratorios, los aullidos de Paul; las consignas de los policías, de los sanitarios, el médico que se ha levantado, con los brazos colgando, sacudiendo la cabeza.

Isaac está en brazos de Jacob, solos los dos, como una Pietà; y el Papa le sigue hablando, balbucea, sus labios buscan el aire sin fuerzas, como un pez ahogándose. Jacob casi pega la oreja a la boca de su hermano. Jacob mueve la cabeza suavemente para decir que lo oye, mientras la mano derecha sigue alisando, mecánicamente, los

cabellos del moribundo.

Veo cómo la mano engarbada se crispa en la espalda, aprieta aún más el tejido, y cae como una rama.

La mano que acariciaba los cabellos baja los párpados, una boca besa una frente...

La multitud está inmóvil, calla... El tiempo deja de latir, un segundo, un minuto, infinitamente...

Un hombre con blusa blanca se inclina sobre Giuseppe, habla al oído a mi hermano. Giuseppe lo mira, parece no comprender, luego retrocede despacio, se separa lentamente, para que el enfermero sostenga el cuerpo de Isaac sin que el cráneo golpee contra el pavimento. Como si eso importara aún.

Se levanta, retrocede tres pasos. Está de pie, con los brazos vacíos. Veo sus manos abiertas, las manos que no se atreve a cerrar, que seca, maquinalmente, en el pantalón, dejando dos largos rastros de sangre roja... Roja su camisa empapada con la sangre de otro; rojo el pecho del Papa muerto al que ahora se llevan, el cuerpo bamboleante, carne sin vida sobre la camilla.

Giuseppe permanece allí, de pie. Alelado. Inútil.

El helicóptero despega, a treinta metros, con un enorme estruendo. Jeanne-Marie solloza, hipando. Un guardia se inclina sobre ella, y luego un enfermero.

Me acerco a Jacob. Le rozo el codo, para dirigirlo hacia uno de los coches. Me deja hacer, como un niño dócil.

Ya habéis visto las imágenes.

Mientras él ofrecía con sus brazos un apoyo al moribundo, mientras le pasaba una mano maternal por los cabellos, las cámaras han rodado, los *flashes* se han disparado...

Por la mañana, *La Stampa* titula: «*Stabat Frater*»...

Casi todos han comprendido. Yo no.

## LA SANGRE DE UN HERMANO

**E**l coche nos lleva a casa. Es lo que él ha murmurado: «Quiero ir a casa. Tengo que lavarme...». No hemos dicho una palabra durante todo el camino. La radio vomita noticias en continuas oleadas. Oímos el estruendo que esta muerte causa en el mundo. Es ensordecedor...

En cuanto entramos, se quita la chaqueta, la camisa ensangrentada. Se queda así, de pie, con el torso desnudo. A sus pies, los trapos empapados de escarlata forman un montón escarnecedor. Mantiene los ojos fijos sobre esas miserables ropas, como si pudieran ayudarlo a comprender.

Sacude la cabeza, va hacia el baño.

Oigo el agua que corre, como una catarata, por la puerta abierta de par en par. Lo oigo mucho rato, ruido de agua, sin un movimiento...

Voy a ver. Está ahí, de pie ante las baldosas blancas, se mira las manos manchadas con la sangre de un hermano. ¿Qué se siente cuando uno se limpia de la piel la sangre de un amigo muerto, del amigo apuñalado? ¿Se puede frotar y volver a frotar, para eliminar los últimos restos que se pegan a la epidermis?

Habla, frente al lavabo, mirándose las palmas; repite, en una letanía secreta, para sí mismo: «No se irá, no se irá, no...».

No sé cómo hacer que reaccione: si hay que devolverlo a la realidad, acostarlo, llamar a un médico. Llamo a Anna. Ya está de camino, llegará dentro de tres horas.

El teléfono suena varias veces. Paul, Morro, Bartolomé... Steven. Respondo, hago de intermediario. Leah llama a la puerta.

Giuseppe Lombardi se ha ausentado, atónito...

Giuseppe, ciego y sordo a todo lo que lo rodea, ha entrado en el silencio.

«Hace lo que tiene que hacer», ejecuta los ritos y los gestos que intuyó ya una vez, a la muerte de Chiara.

El amigo, el hermano, después de la princesa. ¿Y quién faltará aún?

En la misa fúnebre canta el padrenuestro, solo en el ambón, en la plaza de San Pedro, y en el arameo que tanto amaba Jean-Baptiste. Nadie se opone, nadie puede hacerlo; una especie de respeto sagrado lo envuelve.

Es la imagen del amigo fulminado, es el cuerpo a través del cual cada cristiano ha abrazado a su Papa asesinado.

El mundo entero llora a Silvestre y ofrece a Jacob las lágrimas que él no vierte.

Extraña comunión, a la que los medios de comunicación toman el relevo. Las televisiones pasan sin cesar las imágenes de la *Pietà*, del *Stabat Frater*. La mirada perdida de Giuseppe en el momento en que la mano de Isaac cae. La sangre en su camisa, en sus manos...

Las cámaras apuntan hacia él durante todo el transcurso de las exequias. Los que lo han visto a veces al seguir las noticias de Jerusalén lo descubren ahora con el ropaje litúrgico de los cardenales. No tiene ninguna conciencia de recibir el pésame del mundo.

No oye las primeras baladronadas de Franjo Dränic desde el fondo de su prisión. No ve las maniobras de Dereim y Assoumou, las listas que hace Morro: los cardenales invitados al silencio, que no deben salir en los medios de comunicación; los obispos a los que se ha sugerido que no acudan a Roma para los funerales o para el cónclave; los mexicanos incitados a «cerrar por una vez vuestras jodidas bocas de asesinos», como suelta Assoumou, salvajemente, al frío Barbarigo.

Él es ahora una tierra yerma, asolada. Habla poco, apenas come, trabaja, de todos modos, solo en su mesa, sumergido en un gran duelo bíblico, con la ceniza sobre su cabeza. Con todos, conmigo, permanece cortés, pero enseguida interrumpe la conversación. Nadie es su confidente en este apartamento; está lejos, muy lejos, profundamente recogido en sí mismo.

Empiezan las congregaciones; las primeras declaraciones, las primeras sugerencias se precisan. Giuseppe no toma la palabra.

Le digo a Paul que no debemos dejarlo así, que este duelo no debe impedirle ofrecer a la Iglesia todo lo que puede darle en el momento del cónclave. Paul me mira; luego sonrío con dulzura: «Virgilio, tú estás demasiado cerca de su aislamiento para saber...».

En su voz, en sus ojos, leo de pronto la evidencia. Nos encontramos en la víspera del cónclave, 11 de marzo. Y de repente sé qué nombre saldrá de esa votación.

No sé por qué me echo a llorar.

# TOMÁS





5.1.0

# CÓNCLAVE



## 5.1.1

# «ACEPTO»

No hubo maniobras, ni retrasos, ni largas discusiones.

El martes 12 de marzo de 2030, hacia el mediodía, la larga fila de los cardenales entra en el cónclave y la puerta de la capilla Sixtina se cierra tras ellos. En ese instante, los grandes electores, que quieren ver proseguida la obra abierta por el «Papa del siglo», el «Papa de los sacramentos», no tienen ninguna duda.

Permanece una única incógnita: entre los que nombró Pío XIII, ¿no se dejarán tentar algunos por la posibilidad de hacer marcha atrás?

En la primera vuelta los votos se dispersan, pero más de dos tercios de los votantes apoyan a candidatos de los que se sabe que continuarán la obra de Silvestre III.

Paul ha comprendido. Sabe que la segunda vuelta puede ofrecer a Giuseppe la cátedra que el mundo entero espera que ocupe. El «heraldo de África» hace saber que no quiere votos que recaigan en su persona, y Ruardo hace lo mismo. «La historia no acepta platos recalentados», dijo en una ocasión el hijo de Duala. Paul tenía sueños, y ha aprendido a amar otros: sueños por la Iglesia, sueños reconciliados que sabe que jamás encarnará, porque él es «el que lleva la espada», el que «ha traído el fuego a la tierra».

Giuseppe calla. Giuseppe sigue alimentando su duelo, sin oír los comentarios entre las dos vueltas, sin unirse a las largas discusiones entre los hombres de púrpura.

Massoni, el camarlengo, propone que se vote por segunda vez esa misma noche. Todos lo aprueban. ¿Es mi hermano el único que no lo ha comprendido todavía, que no lo ha adivinado? ¿Es mi hermano el único que no sabe que encarna, a los ojos de todos, la fidelidad al difunto y la esperanza en el futuro?

En el curso del escrutinio comprende, de pronto, la maniobra de Paul. «Veo que me mira, muy pálido, meneando la cabeza; es consciente de lo que han preparado a sus espaldas...». Ya es muy tarde para cambiar nada, el negociador más sutil del Vaticano, el hombre de Bombay y el hombre del Santo Sepulcro no ha visto que lo engañaban como a un niño.

Votan ciento cuatro cardenales;<sup>[249]</sup> se necesitan setenta votos para ser elegido...

Cuando se han escrutado ochenta papeletas, un murmullo asciende bajo los techos de la capilla Sixtina. Giuseppe ya ha sido elegido, pero tendrá muchos más votos. El resultado es amplio, límpido, sin discusión.

Los cardenales le aplauden. Se levanta. Con una palidez de cera.

Se plantea la pregunta ritual: «¿Aceptas?». Un largo silencio, muy largo; luego,

con una voz franca, clara, timbrada, responde: «Acepto».

Retruenan los aplausos. El nuevo pontífice va a abandonar la sala del cónclave acompañado únicamente por el cardenal camarlengo, como exige la tradición. Ante la puerta, Jacob retiene a Massoni y mira a dos hombres mientras le murmura algo al oído; el cardenal asiente. Morro y Assoumou ya han comprendido; los dos se levantan y acompañan al nuevo Papa a la «sala del Llanto», el gabinete donde el nuevo elegido puede recogerse durante unos instantes, entre la votación y la aparición en el balcón.

El camarlengo se queda, discretamente, cerca de la puerta.

## 5.1.2

# LA SALA DEL LLANTO

**L**os electores tienen derecho a contar lo que ocurre en esta habitación, ya que solo el silencio sobre los votos los ata para siempre. Paul me lo explicó hace unas semanas, después de la muerte de su amigo.

—Nos sentamos en silencio, juntos; los tres en el mismo banco, Enrico y yo esperando a saber lo que tenía que decir, lo que había que vivir con él...

»Ninguno de nosotros sabía lo que iba a ocurrir, ni siquiera Giuseppe. No nos mirábamos, sin duda temiendo que nuestras miradas se cruzaran y en ellas leyéramos el miedo, la impotencia o la duda. Nosotros sabíamos que él era quien debía venir después de Jean-Baptiste. Pero él, solo unos minutos antes, aún lo ignoraba. ¿Cómo decírselo? ¿Cómo proporcionarle firmeza, cómo fortalecer su espíritu y su corazón?

»Era una calidad de silencio increíble. Me parecía oír cada ruido, cada roce de nuestras sotas, cada crujido de nuestros zapatos sobre el enlosado de mármol. Me parecía oír incluso el latido irregular de nuestro corazón, el ínfimo susurro de la piel cuando uno se frotaba las palmas o el otro apoyaba el mentón en la mano.

»Vi que Jacob ocultaba el rostro entre las manos, como para desaparecer en el interior de sí mismo. Pasé el brazo en torno a sus hombros, con naturalidad, como había hecho antes por otros hacía mucho tiempo, a unos instantes de una final importante; para decirle que estaríamos juntos en el combate que nos esperaba. No sé si fue mi gesto el que abrió las esclusas, el que rompió los diques...

»Al contacto de mi mano, un largo estremecimiento recorrió su cuerpo, como si hubiera recibido una descarga dolorosa, como si yo lo hubiera fulminado; luego tuvo una o dos arcadas, creí que la bilis le subía a la garganta... Pero lo que le agitó, surgiendo de las profundidades de su ser, fue un sollozo poderoso como una ola.

»Lo sujeté. Lo apreté.

»Se derrumbó, desmadejado, y lo retuve contra mí; sentía su cuerpo en mis brazos como el de un niño, un cuerpo agitado por violentos sollozos, un cuerpo que había que sostener, abrazar, que había que contener para que el dolor y el llanto no lo anegaran, para que esa ola no lo arrastrara.

»Se aferraba a mí como alguien que se está ahogando. Esto duró un minuto, tal vez dos, dos interminables minutos en los que sin mí, sin el apoyo de mi torso y mis brazos, no hubiera podido sobrevivir a su pena...

»Me sentí como una madre, Pietro. Como una madre cuando su hijo acude a llorar junto a ella y no hay nadie, nadie, que pueda consolarlo; solo dos brazos para

contener su pena. Así fue... Todavía siento sus lágrimas cálidas sobre mi piel, sus manos que se aferraban a mi espalda, a mis brazos, que los apretaban hasta hacerme daño. Luego se puso a temblar, como si las últimas oleadas fueran aún más dolorosas de llorar; recordé a aquella mujer picada por un escorpión que vi temblar durante una noche y un día, en la tórrida habitación donde estaba encerrada, mientras las pociones que le habían dado actuaban sobre su cuerpo y ella escupía el veneno, la ponzoña que había en su sangre, temblando como una azogada.

»Era eso. El veneno de la muerte exudaba de su sangre, su cuerpo se vaciaba de él. Las lágrimas dolorosas, ardientes, ácidas, manaban de sus ojos y su boca en ruidosos sollozos para que pudiera tener vida.

El cardenal Assoumou sonríe en este momento de la evocación, con los ojos brillantes, empañados aún cerca de ocho años después...

—El último sollozo salió, más violento que los otros, como si la hiel subiera retorciéndole las entrañas... Luego sentí que su mano se apoyaba en mi torso, aflojé el abrazo, él se irguió... Sonrió, empezó a reír. Reía entre lágrimas.

»Nos miró a los dos, con los ojos arrasados en lágrimas, con dos largos rastros salados en las mejillas. Y también nosotros nos pusimos a reír, irreprimiblemente, dolorosamente, como si volviéramos a la vida... A reír hasta que nos dolió el vientre, como un exorcismo...

»Luego Jacob respiró... Largo rato. Sin atreverse del todo a mirarnos. “Espero que en la sala del Llanto estén previstos los pañuelos”, dijo. Morro le tendió una tela blanca con la que se secó con calma, cuidadosamente. Levantó la cabeza, nos miró a los ojos, uno tras otro. Vi otro sentimiento que también yo conocí en otro tiempo, justo antes de una final: una fuerza tranquila, una certidumbre, una confianza que puede mover montañas... Era difícil creer que ese hombre erguido ante mí, ese hombre poderoso, resucitado, era el mismo que lloraba en mis brazos unos instantes antes.

Giuseppe Lombardi está de nuevo ahí, vivo —como dieciocho años antes, en la isla de los muertos, cuando pronuncia las últimas estrofas del salmo y moja sus labios en el vaso de vino blanco—, «de vuelta, una vez más, de las riberas de la muerte». Sí, Giuseppe, al recoger el último aliento de su amigo, de su hermano, volvió a bajar al reino de las sombras; muerto, enterró a su muerto, y no ha vuelto a salir hasta ese momento preciso, acompañado por los brazos poderosos de Paul y la presencia confiada de Morro.

### 5.1.3

## «LLAMADME TOMÁS»

— **S**e levantó, miró el techo y los frescos de la sala del Llanto. Yo miré mi reloj; habían pasado apenas cinco minutos desde que habíamos entrado los tres. Giuseppe apoyó sus manos en nuestros hombros, como en una reunión entre hombres, entre leones indomables, antes de subir a afrontar miles de miradas; ya se adivinaba el tumulto en el exterior. Y me dije que nunca había vivido minutos más importantes que estos en que iríamos juntos al balcón, a plena luz...

En la sala hay un pequeño altar, un crucifijo. Giuseppe pronuncia, en francés, en la lengua materna de su fe, en la lengua de Jean-Baptiste, la breve introducción litúrgica: «Como aprendimos de Jesucristo, nuestro Salvador, y conforme a su mandato, osamos decir...». Y juntos recitan lentamente: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, sea hecha tu voluntad...».

El cardenal camarlengo avanza un paso; pregunta:

—¿Qué nombre elegiréis, Santísimo Padre?

Giuseppe responde sin vacilar.

—Tomás. En adelante llamadme Tomás.

—Recuerdo que Morro y yo, que no habíamos dudado de nada, que sabíamos al entrar bajo esos techos que Jacob saldría de allí Papa, que lo habíamos visto derrumbarse y renacer sin turbarnos, sin dudar, sentimos ante este nombre un vértigo infinito.

Esperábamos que retomara el nombre de Jean-Baptiste, como una herencia; pero él retoma todo el resto.

Llega el sastre. Tomás se deja hacer, dócil, sonriente; recibe los ornamentos de su función, los mismos que llevó Isaac antes que él.

—Tomo la cruz y el báculo de Silvestre —dice.

Paul le pasa en torno al cuello la gran cruz pontifical de oro, en la que un sudario descansa sobre dos brazos desnudos. Ni un estremecimiento, ni una sombra cruza por la frente tranquila de Tomás I.

Con rostro sereno, decidido, como siempre he podido verlo una vez se han tomado las decisiones importantes —y entonces ningún hombre, ninguna bala, ninguna arma, ningún blindado pueden desviarlo de su curso—, se vuelve, abraza a su gigante negro. Paul le apoya las manos en los hombros, lo mira sonriendo, meneando la cabeza. Sin duda piensa; «Este es el pequeño Jacob...».

En torno a ellos se ha formado un pequeño cortejo con todos los servidores de la Casa Pontificia, todos los que se encargan de tal o cual detalle de la ceremonia que

seguirá... Él se deja guiar, lo mira todo como si no se encontrara en el centro; de pronto me ve, me llama: «Ven aquí, *fratello*...». Estoy allí gracias a Mafouz, que también estaba seguro del resultado.

Corro hacia él, un poco cohibido, intimidado por el cargo y por el hombre. Me murmura: «Incluso tú lo sabías, hermanito, ¿verdad? ¿Acaso estaba ciego y sordo?».

Ríe, me aprieta el brazo. En ese instante vuelvo a ver a Silvestre con la misma vestimenta, y pienso: «Jacob se ha deslizado en el hábito de su hermano». En ese instante lo encuentro increíblemente joven para esas ropas que he visto sobre tantos rostros viejos.

—Que Dios me ayude, y mis amigos —dice. Sacude la cabeza—. Tengo que ir a hablarles, ahora. Supongo que esperan. —Me aprieta el brazo de nuevo, dice más fuerte—: Quédate dos pasos por detrás de mí, portafusil... Quédate siempre detrás de mí.

Algunos de los que nos rodean me miran de pronto con deferencia. Ahí estoy, convertido a ojos de todos en caballero del pontífice, en el escudero fiel.

El pequeño cortejo avanza por el pasillo. Hay demasiada gente, demasiados mantos alrededor para que podamos comprender bien y disfrutar de ese instante. Ante nosotros, dos o tres asistentes dan órdenes breves.

Frente a mí, en la penumbra del palacio, veo la gran ventana, y al cardenal-diácono que la abre, solemne... Sale. Se puede oír el clamor afuera. La espera y la impaciencia... Todavía no saben.

Solo veo la nuca y los cabellos desgreñados de mi amigo, con su hábito de Papa. El contraluz es perfecto, la luz que brota de la plaza hacia la penumbra, un viento ligero levanta los cortinajes blancos.

Oímos mal, en un eco, las palabras del cardenal-diácono que resuenan en el micro, para el mundo...

Al nombre del sucesor, un inmenso grito surge de una inmensa multitud, miles de pechos reconocen que él es el que esperaban... En homenaje a Silvestre, en homenaje a la muerte y a la vida que vuelve.

Giuseppe se inclina hacia Paul y le desliza unas palabras al oído, sonriendo. Paul sonríe también y lo empuja ligeramente hacia delante, hacia la luz, hacia todos los rostros que lo esperan, hacia el gran día.

## 5.1.4

# ALGUNOS AMIGOS SON MÁS PRECIOSOS QUE EL ORO

Miles de miradas tendidas hacia él, hacia nosotros.

Y la espalda, la nuca de mi amigo, erguido, fuerte...

—Con una inmensa emoción me dirijo a vosotros que estáis presentes en esta plaza y también a todos los que me oís a través del mundo.

Más allá de la plaza, en efecto, varios miles de millones de seres humanos escuchan su voz.

—Doy gracias a Dios por vosotros, hermanos y hermanas, por todos los que, en medio de la oleada de noticias, habéis aguzado el oído al anuncio de la elección de un Papa, por los que habéis pensado tal vez que esta noticia os concernía... Y yo os digo: sí, esta noticia os concierne. Mis hermanos los cardenales me han elegido para vosotros. Para que sea vuestro servidor.

Tiene la misma voz que cuando se dirige a una persona sola. No habla a todos, sino a cada uno.

—Yo, Giuseppe Lombardi, humano indigno del honor que se me hace, acepto entrar a vuestro servicio, al servicio de toda la humanidad como Papa, y tomo el nombre de Tomás. Tomás, el apóstol del que el Evangelio nos dice que su nombre significa gemelo. Tomás, el que duda, el que quiere ver y tocar, pero también el que quiere reconocer la humanidad herida, crucificada, del Resucitado. Tomás, que buscaba un hombre y encuentra a su Dios; que cae de rodillas ante Cristo Jesús, crucificado y resucitado, y confiesa el más bello acto de fe, «mi Señor y mi Dios».

»Yo, Tomás, siervo de los siervos de Dios y hermano gemelo de una humanidad que duda y balbucea, caigo de rodillas ante mi Señor y mi Dios, Jesucristo, Dios hecho hombre, y le pido la fuerza de su Espíritu para amar y servir a la humanidad, para amaros y servirlos como él mismo hizo, hasta el extremo del amor, hasta el extremo de la vida, hasta la cruz.

Coloca las manos sobre el balcón, lo sujeta con firmeza.

—Junto a vosotros, no seré el que sabe sino el que acompaña. No seré el que enseña, sino el que dialoga. Nunca seré un padre, y menos aún un Santo Padre... Pero sí quiero ser, para todos vosotros, un hermano.

»La Buena Nueva a la que he dado mi fe no puede servir para separar a los humanos, para trazar un muro entre los que creen y los que no creen; la Buena Nueva es la esperanza que puede hacer crecer a cada niño, a cada mujer, a cada hombre en humanidad.



Ahora sí, ahora es Giuseppe cuando predica; ya no habla de sí mismo, pero dice aquello en lo que cree, aquel en quien cree. Sus gestos se hacen amplios, su voz se ensancha, se abre a los vientos.

—Muchos entre nosotros piensan que este mundo va mal, y es cierto, en este instante hay gente que sufre, que mata, que muere. Pero este mundo no debe ser juzgado, este mundo está salvado. Y lo que salva al mundo es el amor.

»Por eso os digo: amemos, no tengamos miedo. Amad a vuestra mujer, vuestro marido, vuestros hijos, vuestros hermanos y vuestras hermanas, vuestros padres, vuestros amigos, vuestros colegas, vuestros vecinos. Amaos a vosotros mismos...

»Amad locamente, con corazón decidido, sin economizar nada.

»No especulemos con el amor, no seamos pequeños ahorradores, seamos manirroto, seamos pródigos. Amemos sin preguntarnos cómo nos lo devolverán.

»Amad siendo jóvenes y amad siendo viejos, cuando estéis sanos y cuando estéis enfermos, cuando la fatiga os pese, cuando os sintáis agobiados; amad sin esperar nada a cambio. No lo hagáis en nombre de Dios, en nombre de la fraternidad humana o de la solidaridad, sino en vuestro nombre, y por ellos mismos. Amad en acto y en verdad; y también a los malvados y los ingratos, a vuestros enemigos, a los maliciosos, a los que os quieren mal, a los que os hacen daño.

Su voz se vuelve dulce, humilde.

—Sé, en este instante, lo que piensan algunos de los que me escuchan; que convertirme en Papa ha trastornado mi espíritu; o también que es fácil, al abrigo de mi palacio y con estos hábitos, predicar como un dulce soñador... Hay que ganarse la vida, alimentar a los hijos, protegerse de la enfermedad, preparar la vejez; hay que tratar de resistir a la dureza de la situación económica, a la violencia política, a la injusticia social. Todo esto es cierto, todo esto lo sé, y lo he experimentado, a veces lo he sufrido como vosotros lo sufrís hoy, como lo teméis, tal vez.

»Pero sé también que nada de esto impide amar.

»Nosotros, los que tenemos hijos, los amamos, y lo que deseamos más que nada para ellos es que sean amados y que sepan amar a su vez. Es cierto que queremos que tengan una buena vida, una vida desahogada, sin demasiadas preocupaciones materiales y buena salud, pero sabemos que todo esto no es nada en relación con el amor de una compañera o un compañero, de una madre o un padre, de una hija o un hijo...

»Pienso también en todos los hombres y todas las mujeres que viven en soledad, en todos los que no se atreven a comprometerse, a casarse ni a fundar una familia, en todos los que tienen miedo de amar porque tienen miedo de sufrir.

»Yo he tenido la suerte de amar a una mujer que a su vez me amaba; aunque haya experimentado la tristeza de perder a la persona que amo, proclamo que este amor me hace más humano, todos los días, y os digo: atrevámonos a amar, no tengamos miedo de las ataduras, de los fracasos o del tiempo... También he tenido la suerte de ser el amigo, el hermano de Jean-Baptiste, el papa Silvestre; he sufrido el dolor de verlo

morir en mis brazos, golpeado por una mano loca y criminal... Y no lamento ni un minuto de nuestra amistad, a pesar de la prueba que destroza, del dolor que quebranta; yo proclamo que esta amistad me hace más humano...

Durante un instante su mirada se vuelve hacia nosotros, Paul y Morro, y yo.

—Algunos amigos son más preciosos que el oro...

Continúa:

—Amémonos los unos a los otros, no tengamos miedo de los compromisos, no tengamos miedo de los fracasos, no vivamos de rebajas...

Su voz, de nuevo, se vuelve próxima; se dirige al corazón de cada uno.

—Y ahora os pido, os suplico, en nombre de la fraternidad que nos une a todos, que recéis conmigo, que recéis por mí, para que el Señor me haga capaz de hacer lo que os anuncio; para que me haga capaz de amar a mis enemigos, de rezar por los que nos hacen sufrir. Rezad por mí, recemos los unos por los otros; para que seamos capaces de decir a nuestra vez: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Amén...

El silencio en la plaza de San Pedro es increíble.

Luego, de pronto, me parece oír dos manos que aplauden, solo dos. Luego dos más. Luego otras... Cada una por separado, distintamente, cada una al ritmo en que estas palabras penetran en su alma; y pronto es como un coro inmenso que sube hacia nosotros, como una avalancha de alegría desencadenada.

5.2.0

# LOS CAZADORES DE VAMPIROS



## 5.2.1

# LA FAMILIA Y EL CLAN

Jacob se convierte en Tomás. Con todo su ser, con toda su alma, es el heredero, recibe todo el legado, sin inventario ni dudas ni discusiones. Conforme al deseo de todos, continúa a Silvestre...

El día siguiente a su elección celebró una misa en San Luigi dei Francesi, él, el boloñés de Saint-Germain-des-Prés. En el Vaticano, ha pedido al matrimonio Charande que se queden para ordenar su casa, y ellos han aceptado por tres años. También ha conservado a su lado a Mafouz, como jefe de gabinete, al que convierte en prelado. El libanés, el «mameluco» de Silvestre, hombre de entrega y fidelidad, traslada a su persona toda la devoción que sentía por Silvestre.

Para destacar la elección hay dos celebraciones íntimas.

Una tiene lugar en Bolonia. Solo somos un puñado, su familia, sus allegados: Pietro y Monica, Clara y Luca, Cecilia, Anna y Miklos, Marina y Joseph; Enrico, porque es de los suyos, y Paddy el gemelo, y yo, el *fratello*... Es una cena alegre pero contenida, con tendencia a la guasa, un poco tensa a veces en la voz de Cecilia.

La cocina de Monica nunca ha sido tan perfecta; su casa, tan hospitalaria; sus frases, tan literarias: un arte de vivir, de ser, que llega a su más hermosa culminación. El orgullo de Pietro nunca ha sido tan grande como ahora, al ver y oír a un hijo tan diferente de él, tan libre. Anna y Marina vuelven a ser por una noche «las pequeñas», las hermanas que contemplan a su hermano mayor con admiración, que cultivan el orgullo de ser sus hermanas menores.

Enrico, el viejo compañero, saborea el vino blanco de Pietro, paladeando el pasado y conservándolo en la boca para valorar el sabor, el buqué, los perfumes inesperados, él que fue el compañero fiel en las horas de la muerte y en las horas de vida, su guía a veces, su confidente a menudo, su hombro, incluso, un día. Su padrino, podría decirse.

Paddy bromea, finge que se escandaliza de que no se haya pensado en la más importante familia católica de Cochin en el momento de escoger al pontífice. ¿No iría mejor, para ocupar la cátedra, gente programada desde la infancia, gente que aprecie el oro y la púrpura? «Hubierais podido hacerme cardenal y Papa de una tacada; después de todo, tengo tu edad, incluso soy un poco más viejo que tú...». Luego propone «oficialmente» su candidatura para un «trabajo de vicepapa» encargado del protocolo y las pompas. Paddy mira, incrédulo, a su gemelo, y se parte de risa dando palmadas en la mesa, recordando sin duda epopeyas indias. Es, entre todos, el que más dificultades tiene para convencerse, y su humor le hace sonreírse de su propia estupefacción. «Es la mayor jugarreta que me ha hecho Giuseppe».

La otra celebración tiene lugar unos días después de la misa de consagración, en el piso con terraza que domina los tejados de Roma, un apartamento en el que Tomás espera, sin duda, permanecer todavía, en casa de Giuseppe.

Sin que crea realmente en él, un sueño le da vueltas en la cabeza: poder asumir durante el día el cargo de Silvestre, pero, por la noche, volver a convertirse simplemente en el amigo de unos cuantos; el soñador, el guitarrista que toca con el Che, el trabajador solitario con su larga mesa de madera oscura; el cocinero enamorado de las especias para algunos buenos invitados, Leah, Steven, Paul, Simon. Seguir siendo él mismo...

Esa noche de marzo de 2030, sabe que no tiene ninguna necesidad de pedirnos que lo mantengamos tal como es. Pero él tiene que pasar el duelo de su vida lombardina, aprender que no se puede ser Papa solo en horas de oficina.

El aire empieza a suavizarse; a pesar de mis protestas y las de Paul, nos instalamos en la terraza en torno a una mesa equipada con lámparas reflectoras. El Che masculla y murmura, hasta que aparece una guitarra en sus manos, y entonces resplandece; Steven, repantigado en una tumbona, comenta en tono serio la música que se escucha, sus lecturas y las películas en que los papas son actores con nombre de mañoso, luego se levanta de pronto para dedicarse a las tareas domésticas y controla que todo el mundo tenga un vaso. Leah, reina de la velada, rivaliza con la negra belleza de la noche romana...

JMC está pensativa, guardiana más que nosotros, sin duda, del templo de Villepreux.

Paul hace los brindis, sin triunfalismo, sin euforia, pero con una alegría grave, prudente, una alegría de superviviente; brinda primero por nuestro amigo muerto, nuestro hermano apuñalado. Bebemos, sin decir nada; luego Isaac se queda con nosotros el resto de la noche.

## 5.2.2

# ESCAPADAS

**F**inalmente conservará su piso; volverá a él regularmente, por unas horas, como para asegurarse de que todavía se pertenece en medio de esa tarea brutal, desgarradora, inhumana, que lo absorbe, que lo aspira...

Es otra «meditación»: simplemente volver, mirar los objetos, rozar los muebles, invitar a los amigos por una noche o tocar música...

«Hace novillos», escapando por unas horas a la vigilancia de los suizos, a la estrecha protección de la policía italiana y al protocolo de la Casa Pontificia.

Cuando volvemos al palacio, irremediablemente seguidos por el coche de Altobelli, que siempre acaba por comprender la maniobra y se sitúa infaliblemente bajo la terraza del piso, Giuseppe tiene en la mirada esa alegría de los colegiales que han conseguido escapar por unas horas de los muros del pensionado.

Altobelli es mi contribución, la primera, a la organización de la Casa Pontificia. Porque lo primero que hay que hacer después de un asesinato es prevenir el asesinato del sucesor. Los franceses convinieron en que había que encontrar un nuevo jefe para la protección próxima, un hombre que no formara parte de ningún círculo romano. Y yo recordé entonces a un capitán de carabinieri que había conocido en otro tiempo, el hombre que velaba por el obispo de Nápoles cuando este lanzó su gran prédica contra la Camorra.

Apenas un mes después del asesinato de Silvestre III, el ahora coronel de policía Altobelli se presenta en las oficinas de la Secretaría de Estado. El cardenal Assoumou calibra a este hombretón directo, fiel como un perro, duro como el pedernal, piadoso como un monje, peligroso para los enemigos de sus «blancos». Durante ocho años, Altobelli será el gran organizador de los servicios. Entre nosotros lo llamamos «el coronel». Le tenemos un poco de miedo, como se teme al gendarme aguafiestas.

Ya no hay salones, no hay citas fijas; para los franceses, para el clan de Tomás, los apartamentos privados, en el tercer piso del palacio pontificio, son de acceso libre. Los «soldados de Tomás» entran cuando quieren en la casa y salen cuando han acabado la jornada, a horas imposibles; no necesitan audiencia ni agenda para encontrarse con el Papa.

Estamos permanentemente en el puente; y a Tomás le gusta saber que algunos llegarán sin avisar, mientras otros han desaparecido y deben encontrarse en otro sitio,

ordenando o recogiendo informaciones sobre algún dicasterio: él no es el jefe de la máquina, sino simplemente su corazón. Los de su clan están ahí porque se sienten ligados a él, y él a ellos.

Paul prosigue el trabajo iniciado en los dos últimos trimestres; estructura una Curia orientada a la reforma, susceptible de proponer sin cesar una reflexión más que una defensa, de abrir brechas. JMC todavía es la teóloga de la Casa Pontificia, pero ahora flanqueada por Bartolomé, y el Papa hace saber a esta mujer seca e inteligente que debe preparar a su Che para la tarea, porque la quiere en otro sitio, dentro de poco. Ella reacciona con una mueca crispada, y él sonrío misteriosamente...

Tomás ha pedido a otra mujer que venga a unirse a su *team*. En las horas siguientes a la instalación definitiva en el palacio, Leah Nanah se ha trasladado a Roma con Steven, ahora jubilado. Ella es la consejera diplomática del pontífice, la que debe ayudarlo a «reinventar una diplomacia vaticana»... Aunque durante el pontificado de Silvestre, Paul había vuelto a levantar el estandarte de la justicia y de la paz para los pueblos y Lombardi había arbitrado la paz en los Santos Lugares, lo que sin duda no era poco, el Papa francés estaba demasiado ocupado por los asuntos de su casa, por sus reformas, para ocuparse de hablar ante los embajadores y las organizaciones internacionales.

Mafouz se encarga de hacer compatible la agenda del Papa con el alegre caos de puertas abiertas y de visitantes que pasan. Es el mago que alarga el tiempo para permitir las audiencias, los encuentros, preservando la sabia alquimia que preside nuestra «desorganización».

Yo, el secretario particular, debo coleccionar, recolectar, no perder nada de toda esta energía, de esta efervescencia. Debo organizar una reunión en torno a una idea, una frase, una palabra cazada al vuelo; en resumen, debo recoger y luego cultivar los gérmenes que servirán mañana...

Los dos, el libanés y yo, nos encontramos todos los días en el desayuno, solos con Tomás. Dormimos allí mismo, «ahora son los dos mamelucos», comenta Paul... En torno al café, preparamos la jornada con él, las audiencias previstas hasta las once, la misa, luego las citas de trabajo a partir de las cuatro de la tarde. Entre estos dos lapsos rígidamente cronometrados, quedan libres cuatro horas dependiendo de lo que se presente; de lo que se discute al mediodía, sentados en torno a la comida sólida que preparan los Charande.

Las horas de la noche están marcadas por la llegada al palacio del «triunvirato», con Paul. Es el momento en que examinamos el estado de la «limpieza».

## EL «TRIUNVIRATO» DE LA GRAN PURGA

**E**nrico Morro ha sido el hombre que ha convencido al nuevo Papa: las declaraciones de Franjo Dränic a la policía italiana son propias de un loco místico; pero un loco que se ha alimentado de lecturas, de sermones, de textos ambiguos salidos a veces de la propia Curia.

Hay, en el seno de la Casa Pontificia, hombres que confían todavía en que su hora llegará. Sueñan con una Reconquista que se abata sobre los sacerdotes no bastante clericales, sobre los obispos desviacionistas. Estos hombres consideran que la bendición del matrimonio es una bufonada, que los diáconos son indignos de celebrar la Reconciliación y que el clero curial profana el pan de la eucaristía; estos hombres afirman que la pureza debe convertirse de nuevo en la virtud suprema.

Hay decenas, centenares de lugares de culto, de comunidades, a veces de diócesis, en que se han frenado las reformas impulsadas por Silvestre III, o bien se han desfigurado. Hay templarios que cultivan en todas partes el recuerdo del Gran Temple, mexicanos que adornan los conventos con retratos de Pío XIII, predicadores itinerantes que explican que vivimos una época incierta, pero que pronto volveremos a la verdad de la verdadera fe.

Hay decenas de televisiones, de editores, de productores, en decenas de países, que proponen una versión milenarista y fundamentalista de las Escrituras. Algunos han escrito, dicho, filmado, gritado que la Bestia estaba en Roma, que llevaba la cifra de Silvestre y que había que esperar que el propio Cristo se enfrentara a ella para que se alcanzara el cumplimiento de los últimos tiempos.

Morro presenta la situación en estos sencillos términos:

—Giuseppe, puedes vivir con las avispas, incluso pueden anidar en tus muros. Son riesgos medidos, sin duda controlables... Pero no creo que debamos dejar que envenenen a nuestros hermanos. Uno solo de estos canallas desfigura a la Iglesia, cuando se necesitan diez santos para volver a darle un rostro.

—¿Qué propones? ¿Una purga?

—Lo que ni Cameron ni Villepreux quisieron en nombre del Evangelio. Lo que Paul rechazará en nombre de la unidad. Sí, debes hacer limpieza.

—Vamos a destrozar hombres, vidas...

—Lo sé, Giuseppe. Lo sé, y no lo hago con corazón alegre. Pero escúchame: esos hombres, algunos hombres, pueden hacer daño a miles, a millones de nuestros hermanos. Les mienten sobre el amor, les mienten sobre Cristo. Pueden hacer caer a algunos de los pequeños que están con Cristo, y no dejaré que continúen...

—¿Quieres encargarte tú de hacer el trabajo sucio? Lo detestas, Enrico... ¿Crees



poder amarlos, aunque sean nuestros enemigos?

—Honestamente, no lo sé. Estoy furioso con ellos, y desde hace mucho tiempo... No sé si puedo perdonarles lo que han hecho a algunos de mis hermanos... Pero estoy dispuesto a hacer el trabajo sucio.

Tomás acepta lo que ni Juan XXIV ni Silvestre III habían consentido. Encarga de ello a su fiel y viejo amigo, a quien se unirá Cyril Dereim, el hombre que mejor conoce al enemigo por haber pasado siete años poniendo diques a su actuación, conteniéndolo; y añade también al arzobispo de Nueva Delhi, al que libera por tres meses de su diócesis.

—Paddy ha sufrido sus métodos... —dice—. Y no quiero que funcione así. Al limpiar, hacemos política. No cumplimos la obra del Espíritu Santo. No lo haremos en nombre de Dios. Lo haréis en mi nombre.

Paul, desde la primera noche, bautiza al «triunvirato»<sup>[250]</sup> como «los cazadores de vampiros», porque aparecen en casa cuando ha caído la noche, «temen la luz»... Y todas las noches, durante tres meses, Tomás discute con los «cazadores»; mira las listas, los nombres, lo que se propondrá a todos los que sean destituidos, enviados al más extremo rincón de sus diócesis, a las parroquias más aisladas, a los conventos... O desplazados a ningún sitio, nombrados *in partibus*, desaparecidos en los armarios de la máquina.

Los «cazadores» nunca han podido sentir que su Papa los dejaba solos con este sucio trabajo.

## 5.2.4

# LA SERPIENTE

Un proverbio de Pablo dice: «La serpiente que has buscado todo el día en tu patio, tal vez duerma en tu zapato».

Una noche, aproximadamente diez semanas después del inicio de las «operaciones», los tres cazadores vuelven llevando en sus alforjas los despojos del día.

El tono de Enrico Morro, que habla el primero, es un poco más duro, un poco más crispado que en las noches precedentes, y su rostro refleja agotamiento. Sostiene una hoja en la mano izquierda...

—Hay una especie de cofradía, a la que pertenecía Franjo Dränic, Giuseppe. Una cofradía de sacerdotes que profesan que la Verdad se inscribe en la Tradición más pura, en la más santa, la del cura de Ars; escriben que los pastores deben ser «hombres que experimentan en su carne y su fe, en su alma, las bodas con el Cordero Divino y el combate contra el Demonio»; que los que tratan de desfigurar a los sacerdotes y al presbiteriado son esos «falsos pastores» que anunciaba Cristo. —Morro lee la hoja que sostiene en la mano izquierda—: «Pero las ovejas no reconocen la voz de estos falsos pastores y no los siguen».

—¿Y para ellos, Jean-Baptiste era uno de estos «falsos pastores»?

—Así lo creían. Estaban convencidos de ello desde el sínodo europeo de 2008. Hemos encontrado en los correos de la Congregación para la Disciplina Eclesiástica algunas de sus cartas para confundirlo, cuando estaba en Lyon. Y monseñor Villepreux fue conminado en la época, en varias ocasiones, a responder a ellas.

—¿Son numerosos? ¿Están organizados?

—No... No hay estatuto ni jefe ni organización... Más bien es una sociedad intelectual, algunos centenares de sacerdotes y algunos miles de ovejas piadosas. Mantienen el contacto a través de una carta mensual, enviada por correo electrónico a todos los que la piden, sin pago alguno...

—¿Crees que son peligrosos?

—Creo que la mayoría de ellos son solo hombres que sufren al ver que sus elecciones de vida quedan arrinconadas por otras que juzgan indignas de ellos, y que sirven al altar... Una lógica de cátaros: quieren reconocerse, sentir que están entre los perfectos.

—¿Habéis penetrado en su página web?

—Aquí está... Ayer obtuvimos la lista de los abonados a la carta. Y a partir de mañana, escribiremos a cada uno de ellos. Veremos quiénes reaccionan a nuestra intrusión...

—La táctica del agua bendita, ¿eh?... Si quema a alguien, es que es un vampiro  
—bromea Paul.

Morro no sonrío.

—Hay otra cosa, Giuseppe. Una cosa que debes saber.

El tono es fúnebre. El rostro de Tomás se hiela.

Don Enrico se vuelve hacia Paddy. El indio mira a su gemelo y dice, en un tono fraternal:

—Anoche examiné la lista de los abonados, y verifiqué atentamente determinados lugares.

—¿Y?

—Hay una parroquia, en Bolonia, donde ejerce como cura un individuo llamado Cebiaggi, en otro tiempo vicario del propio Barbarigo...

El indio no bromea, ha abandonado el tono burlón que había mantenido hasta ese momento, tal vez para disimular la dureza de su «labor de carroñero».

—¿Qué es lo que debo saber, Paddy?

—Este individuo celebró hace un mes la renovación de los votos del bautismo de una quincena de jóvenes que se habían alejado de la Iglesia y que querían volver a ella después de «años de ceguera». Los suscribió a la carta informativa y publicó esta noticia para sus hermanos de combate, como hacen todos, para mostrar los frutos que recoge el pastor auténtico. Esta es la lista...

Me inclino para leer por encima del hombro de Tomás.

En lo alto de la página, aparece la cita de un versículo de la Biblia: «Y reconoceréis al árbol por sus frutos. Mi padre poda el árbol que da fruto, para que dé más. Y al árbol que no da fruto, lo corta y lo lanza al fuego...». Y luego una frase: «Este día, en mi iglesia, quince jóvenes ovejas perdidas han reencontrado el camino de la fe».

Sigue una lista de nombres y apellidos, con la fecha de su bautismo, antes, y la de su «vuelta».

Cecilia Lombardi es la cuarta de la lista.

5.3.0  
CECILIA



### 5.3.1

## «¿LA DEFIENDES?»

**H**acia medianoche, Giuseppe y yo abandonamos el palacio. He llamado al coronel, y un coche nos sigue. Esta noche no tenemos ganas de jugar a hacer novillos.

Giuseppe solo ha dicho:

—Vamos a reflexionar al piso. Esto es un asunto privado.

Rodamos por las calles de una Roma lluviosa, pegajosa de tristeza; los faroles irisan las gotitas negras en el parabrisas.

No me atrevo a mirarlo.

Enseguida va a la cocina y prepara café. Muy fuerte, muy negro. No vamos a dormir.

Lo observo mientras remueve el azúcar en la taza, mucho rato, un tiempo exagerado. En su frente late una vena. Parece viejo de pronto, enormemente fatigado.

—¿Crees que hace esto contra mí? —dice—. ¿Crees que es consciente de quiénes son esos cerdos?

—No lo sé.

—Pero ¿por qué? —Golpea la mesa—. ¿POR QUÉ?

Da un resoplido, para calmarse.

—¿Por qué ni siquiera me ha dicho que renovaba su bautismo, Pietro? ¿Soy demasiado estúpido para comprender a mi hija? ¿Acaso no me intereso por ella o por su bautismo?

—¿Cuándo tendría que habértelo dicho, Giuseppe? ¿No te has dado cuenta de que lleva mucho tiempo sintiéndose sola?

—¿Es que no puede llamarme?

Se levanta, como una fiera.

—¿Y por qué elige precisamente este momento y este lugar para renovarlo, cuando yo he esperado pacientemente, cuando le he dado todo el tiempo del mundo?

—No eras tú quien debía dárselo. El tiempo es suyo, Giuseppe.

—¿La defiendes? ¿Estás de su lado?

—Es una joven de veinte años que debe aprender a ser la hija del Papa, lo que nadie ha sido antes que ella. Tiene derecho a equivocarse.

—¿Y yo, no tengo derecho? ¿Desde hace ocho años me ha dado una vez, una sola vez, el derecho a equivocarme sin hacérmelo pagar muy caro?

Aún hablamos unos minutos. Luego se detiene, me mira encolerizado; no me perdona que me ponga del lado contrario.

—Voy a caminar —dice—. Tú puedes volver al palacio.

Hasta las cuatro de la madrugada, el Papa camina por Roma, solo, bajo la lluvia; un coche lo sigue un paso por detrás, con dos policías al volante, con el revólver colocado sobre la guantera. Yo estoy sentado, solo, repudiado, en el asiento trasero.

## EL PADRE QUE ELLA AÑORABA

**L**a ha convocado para el día siguiente. Antes del alba, a casa de Anna ha llegado un sobre con un billete de tren para Roma y unas palabras garrapateadas: «Cecilia, tenemos que hablar hoy. Es extremadamente urgente. Te espero». Ha firmado «papá».

La oigo llegar, con un poco de retraso. Oigo unos pasos nítidos, unos zapatos de cuero que repiquetean contra el embaldosado. Él se levanta.

Ella entra. Casi irreconocible. Cecilia, que hace dos meses cultivaba un *look* un poco bollywoodiano —túnicas de colores, faldas largas y sin forma, cascadas de joyas kitsch goteando del cuello, de las muñecas, de los tobillos—, hoy está gris. Lleva una chaqueta triste, la falda por debajo de la rodilla. Se ha cortado sus largos cabellos castaños, que lleva peinados hacia atrás, recogidos en un moño severo. Un pañuelo verde le oculta el cuello.

Él se ha sobresaltado al verla así.

De nuevo me siento impresionado por la mirada de Cecilia. Tiene los mismos ojos claros, la misma mirada oscura, la misma forma de observar de su padre. La encuentro muy pálida.

Se abrazan y se dan un beso frío; él no la ha sujetado, no la ha estrechado entre sus brazos.

—¿Por qué quieres verme, papá?

Giuseppe coge de la mesa la lista de Paddy.

—Algunos de mis amigos me han entregado esto...

Ella ni siquiera lo mira.

—¿Me haces espiar?

—No. Pero debo saber dónde están los que hicieron matar a JB. Debo saber lo que preparan. Y en sus listas, por azar, me han señalado tu nombre.

—Tal vez no has leído bien. Ese papel dice que he renovado los votos de mi bautismo, papá. Vuelvo a la Iglesia...

—¿Y eso te hace feliz?

Ella lo mira, silenciosa, un poco desconcertada por la pregunta.

—Yo...

—¿Te hace feliz hasta el punto de que decidas parecerme a una monja, afearte, para estar segura de complacer a tus nuevos amigos? ¿Sabes quiénes son?

—Sí... Supongo...

—¿Supones? ¿Quieres que te lo explique?

—No. Te lo diré yo. —Cecilia coge aire y empieza—: Era gente que estaba allí

cuando quise volver a entrar en una iglesia para recobrar el silencio y la oración de mi infancia. Es gente que tuvo tiempo para escucharme cuando les hablé de mi madre, a la que apenas conocí; cuando les hablé de mi hermana, mi hermana perfecta, que triunfa en la vida, en sus estudios, que tiene un marido guapo y que complace a mi padre. Es gente que no tuvo necesidad de escuchar mucho para saber lo que necesitaba: que me hablen de nuestro Padre, el verdadero, nuestro Padre de los cielos, que es un Padre amante, atento, exigente; un Padre que escucha cuando nos dirigimos a él, que llama a la perfección, que perdona los pecados de todos los que se arrodillan con un corazón sincero; un Padre que está ahí, siempre, que nos espera y que nos tiende los brazos...

—Esto...

—¿Conoces tú a ese Padre? ¿Has oído hablar de él? Oh, sí... Le cantaste incluso en la muerte de tu amigo JB, ante el mundo entero, porque, para tus amigos, siempre encuentras tiempo. Y todo el mundo te admira por ello. Pero ¿y yo, papá? ¿Y yo, señor Papa? ¿No pensaste que también yo tenía necesidad de tu tiempo? ¿Que yo también tenía necesidad de saber lo que es un padre?

Se ha puesto rígido.

—Cecilia...

Trata de acercarse a ella, de cogerla en sus brazos. Ella retrocede dos pasos. Dos o tres caras asoman de los despachos, los miran.

—Cecilia, ya sabes que... Me equivoqué... Quiero intentar ser un padre mejor, ser por fin un padre... Pero no puedes volver con esa gente... No debes...

—¿Y qué harás para impedírmelo? ¿Los excomulgarás? ¿Los expulsarás, como haces con todos los que te impiden defender TU visión de la Iglesia?

—Cecilia...

—¿Ahora te acuerdas de mi nombre? ¿Porque estoy con gente que llama a la santidad, a la pureza, que llama a la perfección?

—Cecilia, ESA GENTE ASESINÓ A JEAN-BAPTISTE... De pronto grita, totalmente fuera de sí. Con brutalidad. Golpea su escritorio con el puño, como un martillo. —Lo mataron, lo apuñalaron. Lo vi morir en mis brazos. En mis brazos, ¿entiendes? ¿LO ENTIENDES?

—¿Y qué me importa a mí Jean-Baptiste, señor Papa? Me importa un pimiento; no era él quien estaba ahí cuando lo necesitaba...

Da media vuelta y empieza a correr. Él salta hacia delante, tropieza con una silla. Cecilia ya está lejos. Giuseppe se levanta, grita:

—¡Detenedla! ¡Detened a esa chica...!

Yo he gritado:

—No, Giuseppe, no...

Surgen dos guardias, que se lanzan en su persecución, la alcanzan en la escalera, la levantan; ella vocifera, se debate, se ve muy pequeña entre sus puños demasiado firmes.



—¡Dejadla! ¡Dejadla...! —suplico a voces.

La sueltan. Ella se vuelve hacia nosotros, va a... Lanza un grito:

—¡Papá!

Me giro. Giuseppe está sentado en el suelo, apoyado contra el marco de la puerta, con la nuca como quebrada. Tose, violentamente, cruelmente; su manga está teñida de rosa, una espuma de sangre; está pálido como la cera, con los cabellos y las sienes empapados de sudor.

### 5.3.3

## LA PRIMERA MUERTE DEL PAPA

**S**e van juntos al día siguiente, el martes 21 de mayo por la mañana, dejándolo todo. Hemos anulado las audiencias y aplazado todas sus citas...

Se ha producido una filtración, Dios sabe cómo. «El Papa ha tenido una crisis de tos tuberculosa, ha ido a Suiza para tratarse». Los fotógrafos lo buscan en todos los hospitales helvéticos; los periodistas lo persiguen. Pero ha desaparecido.

Paul toma la palabra en el curso de una rueda de prensa. El secretario de Estado hace referencia a una «gran fatiga» del pontífice y a la necesidad de unos días de descanso. Presentamos el último informe médico de la clínica Gemelli. Afirmamos que, desde su retiro, el Papa se mantiene al corriente de los asuntos del mundo.

Los medios de comunicación murmuran, suponen, construyen hipótesis: dos meses después de la muerte del pontífice, el heredero desaparece...

Nosotros sabemos que está en el refugio alpino de Cervin. Solo sabemos eso. Me ha dado órdenes terminantes de que solo lo molesten en caso de una crisis importante, mundial... Y supongo que Altobelli duerme cruzado ante su puerta, porque también él ha desaparecido...

Vuelven juntos, en el helicóptero que hemos enviado, el jueves, hacia el mediodía. La prensa se ha concentrado, vociferante, al pie del palacio. La multitud en la plaza ha acudido atraída por la noticia de un nuevo giro en la situación; ¿de un epílogo siniestro tal vez?

Los dos llegan por los jardines. Giuseppe abraza a Cecilia, la estrecha en sus brazos. Ella dice:

—Te esperan para saber si estás muerto.

La besa en la frente.

—Lárgate, chiquilla...

Subimos de cuatro en cuatro los escalones de los dos primeros pisos; él me mira. Le digo:

—Debes mostrarte, hermano. Todo el mundo dice que estás en las últimas.

Sonríe, suspira, abre la ventana, coge el micro que he pedido que colocaran cuando nos ha llamado desde el helicóptero.

—He aquí al Papa moribundo... —Empieza a decir Tomás a la multitud que lo espera.

Cuatro horas más tarde estamos solos. Todos los franceses han abandonado los despachos donde vivaqueaban desde hacía cuarenta y ocho horas. Con el comandante de vuelta al timón, se han dispersado, sin preguntas... Saben que Giuseppe no tiene nada que contar; que esto no concierne a Tomás ni a Jacob. Mafouz se ha desvanecido, como sabe hacer, sin decir palabra.

Estamos solos en la habitación.

Entonces se confía a mí brevemente.

—Nos hemos hablado como no lo habíamos hecho, sin duda, desde la vuelta de Nueva Delhi. Ella me ha hablado de su padre, de ese hombre silencioso, lejano, que puede recibir una llamada desde el otro extremo del mundo en medio de una conversación. Un hombre del que se tienen noticias a través de la televisión y cuyo rostro se contempla al mismo tiempo que el mundo; del que nos dicen de pronto, brutalmente, que ha rozado la muerte, y sobre el que los fotógrafos consiguen información antes que sus hijas. Que aparece un día en un balcón y que cambia de nombre...

»Me ha hablado de su fe, de la dificultad de entender a un hombre cuyas limitaciones conoce perfectamente, que anuncia desde un balcón a los cristianos que deben poder amarse. Pero ¿qué amor es ese? ¿Qué Buena Nueva es esa que hace que, para traerla, su padre deba huir de ella, desaparecer continuamente? Solo he podido hacer una cosa... Pedirle perdón.

»La segunda mañana, cuando bajé, me esperaba en la cocina. Había preparado café y unos huevos con tocino. Le dije que era la primera vez que mi hija cocinaba para mí. Me miró, con aire grave: “Te parece que yo tampoco soy muy buena hija, ¿no?”. Llevaba puesta una camisa demasiado grande que había encontrado en los armarios de Cervin y uno de sus vaqueros de antes. Llevaba el pelo suelto, se había vuelto a poner algunas joyas y se había maquillado los ojos. Le dije:

»—Te encuentro más guapa así.

»—¿Me encuentras guapa?

»—No, Cecilia. Te encuentro muy hermosa.

»Me miró mucho rato.

»—La gente dice que me parezco a ti.

»—Sí, creo que sí. Chiara debe de estar orgullosa de ver en qué te has convertido.

»Se puso a llorar. Lloró mucho rato, suavemente, sin sollozar, como se deja que escapen años de ira.

»Lo demás queda entre ella y yo... En fin, casi... Hermano, ¿quieres oírme en confesión?

Esa noche, el papa Tomás se arrodilló ante el crucifijo. Empezamos a celebrar el sacramento como él me había enseñado, recitando juntos, el sacerdote y el penitente, un verdadero *Confíteor* a dos voces: «Yo confieso ante Dios todopoderoso...

Reconozco ante ti, hermano, que he pecado, de pensamiento...». El sacerdote y el penitente juntos: «Por eso ruego a la Virgen María, a los ángeles y a los santos, y a ti también, hermano, que recéis por mí al Señor Nuestro Dios».

Luego empezó a hablar, y lo que me dijo es el secreto de Dios.

5.4.0

# TRES REINAS



## INVITACIONES

Creo que las sorprendió a las tres.

JMC y Leah me relataron esa «petición». Kate opuso el silencio. Por suerte, Paddy, el gemelo, estaba allí... Giuseppe nunca se hubiera lanzado al asalto de Kate Finley, con una petición tan delicada, sin pedirle a su hermano que lo acompañara.

LEAH: «Cuando llamé, le respondió Steven. Era lo que quería; si no, hubiera utilizado el móvil rojo para ponerse en contacto conmigo. Preguntó: “¿Puedo robarte a tu mujer por una noche, mañana, y tal vez también los veinte años siguientes?”. Steven respondió: “Nunca me robes a mi mujer, aunque quieras lo mejor para ella... Róbame solo a la señora Nanah”. Y soltó una carcajada.

»Cuando llegué al restaurante del hotel, supe que no me había equivocado al vestirme. Un traje sencillito cortado por un gran creador, con el que me sentía segura, una estola de seda fruncida, algunas joyas muy hermosas... Había acertado con la elección, porque él llevaba uno de esos trajes maravillosos con una caída perfecta, que tan bien sabe hacerle su sastre indio. Como estaba allí casi de incógnito, llevaba solo una crucecita de oro blanco con un simple cordón.

»Le dije:

»—Qué elegancia, Giu... ¿Quieres conseguir algo de mí?

»—Solo tenía ganas de gustarte, también.

»—Steven ha dicho que querías pedir mi mano, de modo que me he esmerado.

»Reímos. Él había reservado el saloncito donde tantas veces habíamos recibido juntos a huéspedes ilustres, pero, esa noche, solo estaba yo».

JEANNE-MARIE: «Una mañana del mes de marzo me dijo: “Jeanne-Marie, creo que ha llegado el momento de que hablemos del futuro. Me gustaría que vinieras a comer conmigo al piso, mañana al mediodía. ¿Puedes arreglarlo?”.

»Yo sabía que aquello significaba abandonar el puesto de teóloga de la Casa Pontificia. Jacob me había prevenido, y había llegado el momento. Tenía que pasar por el último duelo de Silvestre, el duelo de la misión que me había encomendado. Lloré toda la noche.

»Cuando llegué al piso, la mesa estaba muy bien puesta, con ese sentido del color que le viene de su madre. Volvió a la cocina y me dijo que sirviera dos vasos. Cuando

le llevé el suyo, recordé que ya había comido, hacía años, ese plato de carne con salsa y pasta fresca. No era una coincidencia; nunca he visto a Giuseppe repetir una receta para los mismos invitados».

PADDY: «Fuimos juntos en coche hasta la Casa de Santa Teresa. Discutíamos de todo y de nada, en especial de mi archidiócesis: el tipo de conversación que no teníamos nunca.

»Íbamos a hacer una de las cosas más peligrosas que pueda realizar un hombre: discutir, tal vez negociar, y en todo caso tratar de convencer a la irlandesa. Le di una fuerte palmada en la espalda y le dije: “Vamos, cuando se ha sobrevivido al asesino del emir de Bombay... Creo que podemos conseguirlo de nuevo”. Hizo una mueca y me respondió: “Paddy, mira la carretera, o nos matarás antes de que empiece la batalla”.

»Aparqué el cuatro por cuatro y entramos en el moridero. Una de las chicas con sari casi se cae de espaldas al ver entrar al Papa. Cayó de rodillas ante Giuseppe... Él se arrodilló para levantarla. Le pregunté: “¿La jefa está arriba?”. Asintió con la cabeza, aún incapaz de tragar saliva. Mientras subíamos la escalera, dije:

»—Realmente las impresionas...

»—Si Kate hubiera visto esto, ya nos habría puesto en la calle —replicó.

»Le di la razón.

»Nos esperaba en el despacho de dirección de la Casa de Santa Teresa, el único sitio donde no la había visto nunca. Tal vez había pensado que no podía hacer menos por un Papa y un arzobispo.

»A mí, eso me convenía... No estábamos realmente en su territorio, aunque no hubiéramos conseguido atraerla al nuestro. Nuestras armas estarían casi igualadas. Cuando se lo dije a Giuseppe, me respondió: “No hay armas que valgan ante Kate. Hay que aceptar avanzar desarmados...”. Y no bromeaba.

»Al llegar a la puerta, respiramos hondo. Dirigí la mirada a las babuchas de cuero leonado de Giuseppe:

»—Hubieras podido ponerte otros zapatos...

»—¿Crees que podría engañarla simplemente disfrazándome?

»—No... Pero tal vez unas botas de comando hubieran sido más apropiadas...

»No había mesa en aquel despacho, solo tres sillas de madera que había colocado en círculo; estaba sentada en una de ellas».

## «ESPERABA QUE PLANTEARA LA PREGUNTA»

**L**EAH: «No vacilé. Siempre fue así en las negociaciones. “Leah, necesito que aceptes algo que ninguna mujer ha tenido ocasión de recibir antes que tú. Quiero que te conviertas en una de las primeras cardenales de la Iglesia católica”. Me quedé aturdida durante uno o dos segundos. Pero tuve ese reflejo, aprendido en las primeras maratones diplomáticas, de no dar ninguna muestra de sorpresa. Le respondí: “¿Tienes a alguna otra en la cabeza?”. Sonrió, sin duda por el punto de celos que percibió en mi pregunta. “Sí, seréis tres, tres reinas. JMC, Kate Finley y tú, siempre que aceptéis todas...”.

»—JMC, Kate y yo... La cabeza, el corazón y las piernas, ¿no es eso?

»—No seas vanidosa, Leah. Tus piernas son magníficas, pero tu cabeza y tu corazón valen tanto o más que ellas...

»Recuerdo que me estrujé la cabeza tratando de imaginar esa ceremonia, ese trío femenino, y el modo como el mundo acogería la noticia.

»—¿Crees que tu Iglesia está preparada? ¿Que ha llegado el momento?

»—Pienso que ciertas cosas solo llegan a hacerse evidentes en el instante en que se ven. Y me parece que entre los laicos ejemplares, las tres formáis un fantástico pelotón de cabeza.

»Sonreí.

»—Supongo que esto quiere decir que aceptas, ¿no?

»—Nunca he podido negarte nada, Giu.

Parecía a la vez aliviado e insatisfecho, como esperando otra cosa.

»—Pareces decepcionado por mi respuesta... ¿Me equivoco?

»—Decepcionado no. Pero quiero nombrarte con conocimiento de causa... Hace casi diez años que trabajamos juntos, y más de dos años desde que te “corrompí” —dijo sonriendo—. Quiero saber por qué te has puesto al servicio de nuestra Iglesia. Siempre dices: “Tu Iglesia”. Sé que estás dispuesta a aceptar por el bien de la institución por la que trabajas, y también porque no puedes resistirte a la idea de ser una pionera, una mujer en un puesto de hombre, como tantas veces lo has sido. Pero quiero saber qué te hace avanzar en esta Iglesia que es también la tuya... ¿Estás dispuesta a decírmelo?

»Desde el primer día en la Casa Pontificia había sospechado que un día tendríamos que tener esa conversación. Pero, por una vez, no había preparado las respuestas. Esperaba que él planteara la cuestión».



JEANNE-MARIE: «Llegó sujetando con un trapo la cazuela de fundición. Ya había colocado en la mesa el parmesano fresco y el rallador, el aceite de oliva y el vino. Lo miró todo con aire satisfecho y me sirvió un vaso de Barollo.

»—Seguramente sospechas lo que voy a decirte; creo que ha llegado el momento de que dejemos que el Che vuele con sus propias alas como teólogo de la Casa Pontificia. ¿Qué opinas?

»—Es capaz de hacerlo, y con brillantez... Sin duda con más brillantez de la que yo soy capaz.

»—Jeanne-Marie, sabes muy bien que no dudo de tus capacidades.

»—Entonces, ¿por qué?

»Había respondido demasiado fuerte, demasiado deprisa. Hacía toda una noche y una mañana que le daba vueltas en la cabeza a esta pregunta: ¿por qué Jacob me retira lo que Jean-Baptiste me confió? Él me miró con dulzura.

»—Sé que podrías realizar todavía durante diez años la labor para la que te nombró, Jeanne... Y es lo que habría ocurrido si no lo hubieran asesinado: os habríais retirado los dos al mismo tiempo, cuando cumpliera ochenta años, y vuestra obra habría sido inmensa... —Yo no tenía motivos para dudar de su sinceridad. Hizo una larga pausa y continuó—: Pero Jean-Baptiste murió, ante nosotros... Y yo te necesito en otra parte, Jeanne-Marie. Lo sé desde el primer día. Simplemente he esperado el momento favorable.

»—Dime —balbuceé.

»—Quería pedirte que te conviertas en una de mis tres cardenales, una de las tres reinas que nombraré en el próximo Pentecostés... Con Leah Nanah y Kate Finley encarnaréis así tres de los grandes papeles de los laicos en el mundo moderno, tal como los esbozó el concilio: la política, para hacer este mundo más justo, más pacífico; la teología, para revelar al mundo lo que todavía permanece oculto para él; la caridad, para que el mundo sepa que es amado hasta el extremo... —Sonrió—. Una feminista como tú no se resistirá a recibir la púrpura.

»Yo también sonreí. Conocía su número de seductor, y no podía evitar ser un poco sensible a él. Pero sabía también que no lo había dicho todo.

»—¿Qué piensas de esto, Jeanne?

»—Reflexiono... ¿Por qué Jean-Baptiste no me concedió la púrpura, él que la otorgó a tantos laicos...? ¿Por qué hoy ha llegado el momento oportuno para distinguir a unas mujeres, y por qué no lo era hace dos años y medio, cuando te nombró cardenal?

»—Tal vez el momento ya era favorable, pero Jean-Baptiste no estaba preparado. El Espíritu no puede impedir que el pontífice tenga sus prevenciones, sus audacias, sus bloqueos también. —Sirve más vino en los vasos—. Cuando te nombró teóloga de su casa, Jean-Baptiste pensaba que no podía concederte una distinción más alta.

Creo que simplemente no pensó en que podía nombrarte cardenala en virtud del canon que, sin embargo, él mismo había reescrito.

»Sabía que tenía razón. Pero ¿estaba preparada para reconocer que Jacob podía tener audacias que “mi Papa” no había tenido? Le pregunté:

»—Cardenala es un título, un honor; pero no es realmente un trabajo a tiempo completo. ¿Por qué dices que me necesitas en otra parte?

»—Quiero colocarte a la cabeza de un dicasterio, Jeanne...

»No me dijo cuál. Sabía que yo aceptaría. Pero quería saber lo que llevaba dentro de mi corazón, y si me atrevería a soñar en voz alta lo que se disponía a ofrecerme».

PADDY: «Kate preguntó: “Explicadme por qué los dos únicos mandamases que conozco aparecen al mismo tiempo en la casa de los pobres... ¿Tenéis limosnas que distribuir?

»—No tengo nada que darte, Kate... Tengo un inmenso favor que pedirte.

»—Si crees que puedes pedirme que vaya a servirte en algún otro sitio que no sea esta casa, no hace falta ni que empieces a hablar.

»Era lo que había debido cavilar desde la víspera. Sabía que Giuseppe había atraído a sus amigos a su lado. Pero ¡Kate en un despacho de la Curia! Ni en pintura hubiéramos podido imaginarla allí.

»Giuseppe vuelve a hablar, casi en tono suplicante:

»—Kate, te lo ruego... Concédeme unos instantes, escúchame, por una vez... No trato de atraerte con malas artes, no preparo nada, no tengo ninguna intención oculta. Y sobre todo, no quiero que vengas a servirme o a servir a quien sea fuera de aquí.

»Ella se tranquiliza un poco:

»—Adelante, Giuseppe. Dime lo que quieres, y tratemos de hablar con calma, como adultos.

»Giuseppe suspira, hace una pausa.

»—Pues bien, hay en la Iglesia un medio para distinguir a los hombres que son para otros un ejemplo de fe, de piedad, de caridad, bautizados notables... La Iglesia ha adquirido la costumbre, desde hace siglos, de reunirlos para que aconsejen al Papa y para que se reúnan para elegir al sucesor a su muerte.

»—¿Quieres nombrar cardenal a Thomas y me preguntas mi opinión, a mí?

»—Cuando lo haga, no necesitaré tu opinión, Kate. Ya la conozco.

»Ríe. Yo hago ver que me siento halagado, porque no sé muy bien cómo comportarme. Kate no sonrío. Pregunta:

»—Entonces, ¿qué es?

»—Pues que he decidido no distinguir solo a hombres destacados, sino también a mujeres, entre la otra considerable mitad del pueblo de los bautizados.

»—¿Quieres mi opinión? Me limitaré a decirte que ya era hora...

»—No quiero exactamente tu opinión, Kate...

»Ella espera a que continúe. No adivina en absoluto lo que va a pedirle. Me doy cuenta de hasta qué punto es una locura total lo que estamos intentando. Me paso la mano por la cara, y Giuseppe me dirige una mirada que me hace suponer que está pensando lo mismo que yo. Si al menos comprendiera y se pusiera furiosa... Pero no, habrá que decírselo con todas las letras. Giuseppe inspira con fuerza y se lanza...

»—Quería pedirte que fueras una de las tres bautizadas notables que haré cardenales, dentro de tres meses, en Pentecostés.

## LA PARTE MÁS HERMOSA

**J**EANNE-MARIE «Jugó, un poco... a dejarme adivinar. Enumeramos algunos dicasterios, y él acechaba mi reacción, viendo cómo imaginaba yo lo que tendría que hacer allí, lo que deberíamos inventar... Y volvía a empezar la partida: “No me has hablado del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos...”. Entonces nos deteníamos un momento sobre la forma en que las cosas habían avanzado. Yo acababa por decir algo como: “No soy una mujer de diálogo, sino de pensamiento, Jacob; una mujer que solo sabe hacer una cosa: tratar de apartar un poco, con mi inteligencia, los velos que nos ocultan el esplendor de Dios.

»Hablamos de teología, hablamos de esa visión de Dios concedida a Moisés, de espaldas, oculto bajo una roca, esa visión de Dios que pasa y del que solo se ve la sombra. Luego volvía a empezar...

»Al final del juego, me dijo:

»—Hay un dicasterio del que no hemos hablado, del que no me has dicho nada. Un dicasterio en el que no piensas y del que ni siquiera sueñas que podrías convertirte en prefecta. Tu fidelidad a Jean-Baptiste todavía te retiene...

»Al oír el final me había sobresaltado:

»—Prefecta...

»—¿Crees que es inimaginable?, cuando eres, de entre todos nosotros, la que más se ha esforzado por retirar, una por una, las capas de velos, la que más se ha esforzado por entrever la luz de Dios. Cuando tú sabrás, en este puesto, guardar la casa, sabrás mostrarte puntillosa con todos los que tratan de disfrazar la Luz, contra los que tratan de reducirla a lo que ellos piensan de Dios, y te mostrarás, en cambio, indulgente y paciente con todos los que desgarran el velo, incluso torpemente, incluso imprudentemente, incluso equivocándose.

»Me miraba con ardor, con esa mirada de la que me ha parecido a veces que no podíamos escapar; esa mirada que en otro tiempo me incomodaba por el peso de calor humano, de ternura viril, sensual, que veía en ella.

»No me atreví a decir yo misma las palabras, y entonces me presentó su solicitud en debida forma. Me cogió la mano y dijo:

»—Jeanne-Marie Carrière, ¿aceptarías convertirte en la prefecta de la Congregación para la Doctrina de la Fe?

»Solo me vino a la cabeza una respuesta. Dije medio en broma:

»—Vigila, Jacob... Algunos prefectos se han convertido en papas, últimamente...».

LEAH: «Pregunté:

»—¿Quieres saber en qué creo, Giu? ¿Cómo veo mi puesto en *nuestra* Iglesia?

»—Sé que eres discípula de Cristo. Pero, en diez años, nunca hemos hablado de cómo ocupaba esto un lugar en tu trabajo y en tu vida.

»—Tal vez no tenías ganas de ser tomado por un cura, Giu...

»Río, y él también, pero continúa en tono grave:

»—Ahora querría que lo hiciésemos.

»—Tal vez me sienta un poco intimidada.

»—¿Intimidada? ¿Por qué?

»—Porque para ti las cosas están muy claras. Tú sabes qué lugar ocupas al servicio del Evangelio, para la humanidad, de modo que ocupas este puesto. ¿Me equivoco?

»—No demasiado... Aunque las cosas no sean siempre tan simples, mi reina...

»—Yo soy una superviviente, Giu; una hija de África, una alumna brillante que se ha levantado a pulso, apoyándose sobre los hombros de Steven; una mujer que siempre quiso alcanzar la cima y que comprendió que lo conseguiría en las organizaciones internacionales. Lo que te explico, Giu, es que no entré en la OMS, y luego en la Unnesco, para servir a la humanidad y a la paz mundial. Sino para triunfar, personalmente.

»—Y has triunfado.

»—Oh, sí, he triunfado. He triunfado más allá de lo que era razonable esperar para una chiquilla de Ghana. E incluso más allá de lo que habrían imaginado los mejores profesores de la Universidad de Columbia. He superado todos los peldaños, incluso el último, la dirección general de la Unnesco, a pesar de los equilibrios diplomáticos, a pesar de las prevenciones del mundo asiático y africano, que no quería a una anglófona que había abandonado su país... He triunfado incluso más allá de eso, gracias a ti, gracias a nosotros: he recibido el Nobel de la Paz, la distinción más alta que puede esperar un diplomático. A los cuarenta y cinco años lo tenía todo... Y lo abandoné todo cuando me pediste que viniera a Roma a ponerme al servicio de tu... de *nuestra* Iglesia.

»—Quiero saber por qué, Leah.

»—Porque me produce un inmenso placer trabajar contigo. Porque te debo lo que hicimos en Jerusalén, y porque tenía ganas de empezar de nuevo, de volver a intentar lo mismo en otra parte...

»—¿Es solo por eso?

»—No lo sé... No habría venido si no hubieras estado tú, eso lo primero. Y también hay otras cosas. Cuando leía la Biblia con mi madre, cuando consultaba el catecismo, creía simplemente, tranquilamente, que los que veía morir en torno a mí se reencontrarían en el paraíso de Dios. La Biblia que yo leía solo hablaba de eso: la muerte y la vida, y el inmenso combate que libran. Luego, cuando vino la Black Decade, ya no me ocupé más de la Iglesia, de lo que explicaba. Seguí yendo a veces a

misa y leyendo la Biblia con los niños. En ese punto estaba cuando te conocí. Y no había muchos lazos entre mi carrera y esa fe...

»Giuseppe me miró, largamente. Por primera vez no lo veía seductor, ofensivo, seguro de su carisma; sino caminando con delicadeza como si lo hiciera de puntillas. Planteó la última pregunta, la que reclamaba todo mi relato:

»—Y hoy, Leah, ¿qué crees?

»Reflexioné. Le respondí:

»—Una vez te pregunté si creías que los cristianos tenían un deber particular para inventar la Tregua de Dios, y si pensabas que tu misión era sagrada... Primero me dijiste que no creías en el carácter sagrado de las paces y los alto el fuego que firman los hombres; que no creías que Dios se ocultara en esos acuerdos, esas comas, esas disputas y esas concesiones “terrenales”. Pero que creías que ahí se encontraba lo mejor que producía la humanidad: aprender a hablarse, para que los pequeños y los humildes no ardieran con la codicia y los rencores de los poderosos... Y en eso estaba perfectamente de acuerdo contigo, compartía esta misma fe resuelta en el hombre.

»”Dos días más tarde me citaste la frase de Ireneo de Lyon: ‘La gloria de Dios es el hombre vivo, y la vida del hombre es la visión de Dios’. Dijiste: ‘No sé si en esta tierra podemos ponernos de acuerdo en lo que es la visión de Dios... Pero creo que el hombre vivo es el artesano de la paz, el hambriento de justicia, el manso, el prójimo, el hermano. Y creo que el hombre vivo ofrece toda gloria a Dios’.

»Callé... Había retomado sus palabras, y él esperaba que por fin dijera “Yo”. Dije:

»—Yo espero. Mi fe es una esperanza. Yo espero. Espero que nuestras paces afortunadas, nuestras treguas, nuestros compromisos y todo lo que negociamos, a veces con la muerte en el alma, tenga algo que ver con la vida de Dios. Espero porque me has permitido enlazar el inmenso combate de la muerte y la vida que libra el crucificado con las pequeñas y grandes batallas de mi vida de mujer. Espero porque, incluso cuando nuestras paces fracasan, cuando nuestras treguas fallan, cuando no sabemos ya cómo actuar, vencedores o vencidos, impotentes a menudo, pero artesanos, estamos vivos. Entonces glorificamos a Dios; somos sacerdotes, todos... Incluso las mujeres...

»Ha reído:

»—Incluso las mujeres guapas...

»Ahora río yo:

»—Sí, incluso ellas... Y nuestras manos ofrecen este mundo a Dios, esperando su victoria».

PADDY: «Kate lo miró... Sencillamente estupefacta, anonadada. Pero estos endemoniados boxeadores irlandeses tienen recursos incluso cuando encajan un

directo en plena cara. Aguantó el golpe. Sacudió la cabeza, como tratando de recuperar la lucidez. Y luego dijo, con una voz sin entonación:

»—¿Yo?

»Giuseppe sonrió.

»—Sí, tú...

»Ahora meneó la cabeza.

»—Pero si yo no he hecho nada notable...

»De pronto sentí como si mis brazos, mis piernas, todo mi cuerpo se desplomara. Habíamos esperado todas las respuestas. La cólera, el rechazo, la invectiva contra los príncipes de la Iglesia, el reproche de que no fueran todos pobres. El rechazo a que se utilizara el moridero y a las muchachas en sari como una coartada, que la distinguieran por su caridad para lavarse las manos de todo lo que no hacíamos...

»Pero una vez más nos habíamos equivocado con respecto a la irlandesa. Sencillamente no habíamos previsto esa frase. Ni siquiera habíamos imaginado que ella pudiera pensarla.

»Giuseppe la miró. En sus ojos había una admiración incrédula. Pensé en esa frase del Evangelio del joven rico: “Puso sus ojos en él, y lo amó”. No sé si Giuseppe miró algún día a alguien con más amor en los ojos.

»Dijo:

»—Sí, Kate... Oh, sí, tú eres notable... Partiste de lejos, de lo alto, y descendiste. Durante mucho tiempo, valerosamente, como muchos de nosotros. Pero más bajo que todos nosotros... Ahora te encuentras aquí, pobre en medio de los pobres y proscrita con ellos. No buscas nada que no sea servirlos, día a día. De eso vives y mueres, día y noche, con ellos. Sin discursos. Sin nada que no sea este inmenso amor que tienes; tranquilizándolos, acompañándolos. Estás más baja que nosotros, estás en lo más bajo... Eras médico, eres pobre. Reducida por ti misma a la impotencia. Por los pobres, con ellos. Despojada de todo. Incluso renunciaste a tratar de saber lo que necesitan. Dejas a otros el cuidado de educarlos, de extirparlos. Tú ni siquiera tienes ya esa ayuda de pensar que peleas por la justicia. Ni siquiera tienes ya esa esperanza de sanar, de cuidar, de sacar aunque solo sea uno adelante. Lo has abandonado todo, toda esperanza, toda dignidad, todo combate... Ya no sirves a nada. Los sirves. Estás ahí, sostienes su mano, los alimentas, les sonríes cuando mueren.

»Marcó una pausa y bajó los ojos, para mirar sus pies, sus zapatos de rico. Yo también. Frente a nosotros, lágrimas de niño rodaban por las mejillas de la brava irlandesa.

»—Te necesitamos, Kate. Necesitamos mirar a nuestra hermana inútil. Necesitamos mirar a nuestra hermana pobre en medio de los pobres, la única que es de los suyos, porque ha renunciado incluso a la idea de serles un poco útil. No te utilizaremos. No quiero que renunciemos a la lucha. Quiero que establezcamos sobre la tierra toda justicia, que llevemos la voz a los sin voz, que en todas partes apoyemos la larga lucha de todos los que pelean por una tierra, por el pan, por un trabajo, por la

dignidad... Pero siempre hay pobres, siempre habrá pobres. Siempre se necesitará a un hermano o una hermana para estar a su lado, a alguien que haya renunciado a todo excepto a estar a su lado.

»La voz se le quebró, tuvo que esforzarse para continuar.

»—Eres notable, Kate... Eres la parte más hermosa del más hermoso libro que conozco, eres la verdad del Evangelio.

»Durante más de un minuto creo que ninguno de nosotros tres se atrevió a levantar la cabeza, porque así no nos veíamos llorar.

»Finalmente ella levantó el rostro, medio oculto por la cortina de cabellos blancos donde llameaban todavía algunas mechadas de fuego. Vimos sus ojos claros, descoloridos, con la palidez verde de una esmeralda lechosa, una piedra despreciada por los joyeros. Esbozó una sonrisa... Dijo, y yo reconocí en su voz el acento de los muelles de Dublín:

»—En cualquier caso, no soñéis con que me ponga uno de vuestros malditos vestidos. Tendréis que aceptarme con mi sari».



5.5.0

# SIMÓN LA CIENCIA



## NEANDERTAL

Verano de 2031...

De las tres semanas de auténticas vacaciones que el Papa ha decidido concederse, pasamos la primera en casa de su amigo Simon Cervin. El Che nos ha acompañado, casi «obedeciendo órdenes»; Giuseppe le impone ese retiro entre amigos, sin libros, sin objetivos, sin trabajo. Luego iremos, durante dos semanas, totalmente de incógnito, a casa de Mary Poopaddy; solo él y yo, y Altobelli, claro.

En esa corta semana en casa del suizo atómico, no ha habido nada premeditado; Giuseppe no imaginaba ni por un segundo que podría comprometer a Simon...

Prueba de ello es la conversación que tuvimos los dos el día de la llegada al refugio alpino, cuando el Che y Simon ya habían subido a acostarse.

Giuseppe me dice:

—No conocías realmente a Simon, ¿eh, *fratello*?

—Ese hombre es un loco o un genio, Giuseppe.

—Probablemente las dos cosas. ¿Por qué tendrían que excluirse una a otra?

—¿Habla en serio cuando dice que todos los sacerdotes deberían renunciar a su ordenación para volver a comunidades donde celebraríamos la cena eucarística todos juntos, porque después de Cristo no puede haber otros sacerdotes?

—Temo que sí hable en serio. ¿Sabes, *fratello*?, con Simon todo lo que dabas por sabido se tambalea... Tú reflexionas sobre el mejor modo de preparar y ordenar a los sacerdotes, y él te pregunta por qué quieres ordenarlos.

Incontrolable...

Giuseppe, transformado desde hace mucho tiempo en un «montañés», se divierte viéndome jaderar sin parar y añorar mi humeante Vesubio ante esas montañas frías y ásperas. Mira a su Che, a ese cojo cuyos pulmones parecen haber recuperado de pronto su volumen en la estrecha caja torácica: el pequeño jesuita peruano, hijo de la Cordillera, se ha convertido de nuevo en una alpaca, en un habitante de las cumbres, a pesar de su pierna fastidiada.

Soy yo quien enciende la mecha la tercera mañana de nuestra estancia... Consulto los diarios electrónicos de todo el mundo. Los títulos son elocuentes: «Adán y Eva, matrimonio híbrido»; «¿Adán Neandertal se casó con Eva Sapiens, o a la inversa?»; «¿Somos mestizos?»; «¿El mito de Adán y Eva definitivamente imposible?».

Mascullo:

—¿No tienen nada mejor de que ocuparse, para armar tanto escándalo?

Cervin pasa por detrás y replica, mordaz:

—¿Tal vez preferirías que no plantearan preguntas?

¿De qué va el asunto? El equipo del profesor Katsuzo ha identificado claramente cruces entre dos «especies humanas»,<sup>[251]</sup> el Neandertal y el *Sapiens sapiens*, y a partir de ahí, algunos de los titulares de la prensa religiosa judía y cristiana, y también de la prensa científica, se replantean la posibilidad de sostener que solo los *Sapiens sapiens* son los representantes de la especie humana. Yo digo:

—De todos modos, si los neandertales eran solo monos, eran unos curiosos monos, del tipo que entierra a sus muertos y adorna sus herramientas como hacen los artistas; pero no veo por qué se enardecen tanto... ¿Dónde está el problema?

Cervin atrapa la ocasión al vuelo:

—¿El problema? Solo hay uno: si la especie humana no es una, sino plural; si los hombres proceden de diferentes linajes y no de una sola pareja o de un solo grupo, ¿cómo se lo montaron papá Adán y mamá Eva en el jardín del Edén?

—Pero es que los neandertalenses y los *Sapiens* son de un linaje común: son hijos del *Homo erectus*, el grupo original... Sin contar con que, antes del pecado original, el hombre no era mortal, y por tanto no se encontrarán sus fósiles, si es él el eslabón perdido.

Acabo de exponer a lo bruto los argumentos del monogenismo, argumentos sobre los que no he reflexionado desde el inicio de mis estudios. Y es un burdo error hablar sin calibrar el peso de cada palabra cuando uno se encuentra frente a un luchador nato como Cervin.

—Vaya, vaya... *And now, introducing the Napolitan neandertalian mamelouk...* ¡Pero si eso es aún peor, camarada! Si te fijas en el aspecto que tenían los *erectus*, eso significa que fuimos condenados por culpa de una pareja de primates semicretinos, cuya oración no debía de superar apenas el gruñido del cielo... ¿Y se supone que Dios hizo eso? ¿Toda nuestra desgraciada historia va a depender de esos tipos velludos con un coeficiente intelectual de palurdo? En ese caso, tu Dios es un criminal, y lo voy a hacer comparecer enseguida ante el Tribunal Internacional de La Haya, que hemos tenido el genio de inventar... por crímenes contra la humanidad.

—Esperad, ¿por qué se supone que estáis discutiendo? —Interviene ahora Giuseppe—. ¿Creéis que nuestra fe en un Dios creador del hombre y nuestra visión de un hombre pecador, y por tanto tendido hacia Dios, depende de la «posibilidad científica» de que Adán y Eva hayan engendrado realmente a toda la humanidad?

Una vez más podemos medir la ingenuidad de nuestro Papa.

Es Cervin quien le suelta:

—¿Que nosotros creemos? ¿Que creemos? Por Dios, esto es inconcebible... —El suizo se vuelve hacia mí con aire afligido—. Ya ves... Ya ves, napolitano, lo que es haber elegido a un Papa que no ha ido a descerebrarse, como tú, en los seminarios y

las facultades de teología. —Simon apoya los dedos en su frente arrugada, y luego renuncia...—. Díselo, napolitano, tú que eres un buen alumno... Explícale que el dogma católico supone creer en el monogenismo, en un origen único del hombre.

Giuseppe abre unos ojos como platos.

—Debes de estar bromeando...

Yo respondo:

—No... No bromea, Giuseppe. Según el magisterio, la doctrina del pecado original implica que hace falta uno o unos primeros hombres para que haya un pecado original y la humanidad, creada perfecta, «caiga». En teoría, en los textos, sería una pareja fundadora. Pero ya no nos encontramos en este punto. Algunos teólogos audaces han querido transformar a la primera pareja en «primera comunidad humana»...

Simon ya ha vuelto a animarse:

—Tienes que vigilar a esos tipos de cerca, Lombardi... Unos teólogos tan audaces serían capaces de decir que, en realidad, Noé hizo *dos* barcos para meter a todos los animales.

—Déjate de burlas, Cervin, aunque solo sea una vez... ¿Queréis decir que un hecho científico no probado forma parte de nuestro *credo*?

—Pues sí, Lombardi, tendrás que darle un giro a tu instalación descerebradora... Ja, ja. *Credo in unum hominem, erectum et monogenitum*...

—¡Mierda, PARA YA, CERVIN!

## VASOS DE ARCILLA

**G**iuseppe, furibundo, mira en silencio al suizo, que sigue partiéndose de risa. Cervin recupera el aliento teatralmente y se seca los ojos.

—Bien, bien, bien... Hacía años que no me reía así... Tendré que invitar a un Papa a casa más a menudo.

—¿Podemos hablar?

—Adelante... Hablemos. —Respira hondo—. Te escucho, Lombardi.

Giuseppe muestra una tranquilidad glacial; me doy cuenta de que trata de no ceder a la próxima provocación del suizo loco.

—Bien... En primer lugar, el descubrimiento de Katsuzo... ¿Es creíble ese resultado, y hace imposible la hipótesis de un monogenismo humano?

—Eso importa un pimiento.

La voz del físico es tranquila, firme. Pero Giuseppe no se deja engañar.

—¿Qué quieres decir con que importa un pimiento?

—Importa un pimiento desde Averroes. Desde entonces se sabe que la ciencia no debe, ni puede, contradecir a la fe, porque sus dos dominios son estrictamente distintos.

El suizo se ha levantado. Ya ha vuelto a lanzarse...

—Evidentemente, si la religión pretende saber cosas definitivas sobre la ciencia, o la ciencia cosas definitivas sobre Dios, hay un conflicto. Y al poner el monogenismo como condición de fe, la Iglesia se prepara para un nuevo asunto Galileo, ya lo veo venir... Ja, ja, ja... Te imaginas a Katsuzo en su lecho de muerte, pensando en el Neandertal y el Sapiens y diciendo con su último aliento: «¡Y sin embargo, follan!»<sup>[252]</sup>. ¿Qué cara te quedaría si fueras tú quien lo condenara?

—Espera, espera... No empieces a delirar tan deprisa, Simon.

—Perdona... Lo que quiero decir es que el problema de la ciencia y la fe es el mismo que el de la fe y la religión...

—No cojas atajos, no te dispares. Explica...

—Bien, papa Lombardi. Obedezco, me tomo mi tiempo... ¿Has oído hablar de un tipo llamado Latour? ¿Bruno Latour? ¿Un sociólogo de las ciencias que enseñaba en la Escuela de Minas en la época en que tú estabas en la Central?

—Tal vez, vagamente... Recuérdamelo.

Me fijo en el Che. De pronto su mirada se ha iluminado como la del jaguar. Juraría que ventea el aire. Su mente está al acecho.

Simon continúa:

—Asistí a un debate, del mismo tipo que el del Politécnico donde te conocí.

Excepto que estaba en el anfiteatro, no en el pupitre... Bueno, sigamos. Latour pretendía que la ciencia no proporciona tanto verdades como relatos, que dependen de las condiciones sociohistóricas de su producción. Evidentemente, los racionalistas se le echaron al cuello, estaban como locos, le habrían levantado una hoguera allí mismo si hubieran tenido leña... —Cervin se ha puesto soñador—. Tengo que reconocer que Latour no se andaba con cuentos... —No me atrevo a imaginar qué puede significar esta apreciación viniendo de un nativo del Vaud. Continúa—: ¿Sabes que Latour era católico, Lombardi<sup>[253]</sup>?

El Che no deja tiempo a que su Papa responda. Dice:

—¿Qué relación establece usted entre estos relatos y la religión, Simon? Ha dicho que la ciencia y la religión eran, en el fondo, lo mismo...

Cervin se vuelve hacia él, lentamente:

—Ah, pero si habla, el pequeño jesuita. —Se aclara la garganta, mira a Giuseppe, congela su sonrisa burlona, imita a un niño reprendido...—. De acuerdo, de acuerdo, lo dejo...

Se vuelve hacia el Che.

—Bien... ¿Qué es la religión? Una narración, un relato... Una especie de vehículo que permite, en un momento preciso de la historia de la humanidad, explicar la Verdad: una Verdad revelada por Dios, según creemos. Pienso en algo que leí en san Pablo, me parece... Nos compara a vasos de arcilla, vasos indispensables para recoger un perfume precioso: el propio Dios, la Verdad. Estoy tentado de decir que la religión es eso: los ritos, los textos, la teología, los cultos, son vasos de arcilla, recipientes indispensables para transportar la Verdad. Pero solo vasos. Y acabaremos por romper todos estos vasos a los pies de Cristo, como la ramera desgredada que somos todos.

Giuseppe lo mira estupefacto; es la primera vez que oye al suizo afirmar con tanta claridad su fe en Cristo, en la Verdad de Cristo.

## EL AGUA DEL BAÑO...

Pero Cervin ya está en otra parte, sinuoso, inalcanzable.

—Nosotros, los científicos inteligentes, sabemos, sin duda, que nuestras verdades son solo una narración, en un momento dado, en el estado actual de nuestros conocimientos. Ahí también, vasos de arcilla, y la ciencia admite que tiene necesidad de vasos sucesivos, por otra parte, por eso justamente me gustaba tanto, en otro tiempo, ser un católico piadoso y fiel... Estaba seguro de que, junto a mis teorías transitorias, había verdades eternas y universales.

»Pero, en fin, dejémoslo... No creo que la ciencia y la religión hablen de las mismas verdades, de modo que es inútil dialogar a propósito del perfume... Pero tal vez sí con respecto al vaso. Me parece que si puede haber un diálogo constructivo entre los hombres de ciencia y los hombres de religión, sería este: ¿cuál es el “estado de conciencia global”, lo que una sociedad sabe, lo que comúnmente admite, lo que los lactantes chupan con la leche de su madre? Y esto tiene una relación con la religión, porque constituye una condición de credibilidad de los relatos religiosos. —Su voz se vuelve enfática—. Lombardi, si te hubieras entretenido en decirles a tus hijas que el buen Dios ha pegado las estrellas al cielo y que su luz en la noche es la prueba de su bondad, se te habrían reído en la cara. Y tal vez entonces Dios se hubiera ido por el desagüe junto con el agua del baño... Sobre todo vista tu habilidad paterna con las dos chiquillas...

—Territorio prohibido esta noche, Cervin... Sé perfectamente lo que opinas. Bien, ¿cómo ves, pues, esta discusión entre ciencia y religión? Considerada de nuestro lado, quiero decir...

—Pues bien, yo, si fuera un hombre religioso, empezaría por tratar de definir el estado de conocimiento global, el *episteme*, si quieres ponerte griego; lo que me evitaría más de una vez el ridículo. Luego me esforzaría en separar las cosas, en distinguir bien la Verdad de que se habla y el vehículo que se utiliza. Se podría, por ejemplo, hacer un inventario serio de todos los dominios en los que la religión ha invadido dominios científicos, y en los que, tarde o temprano, sufrirá un ataque violento... Un trabajo de envergadura... Dentro de ese mismo espíritu, habría que hacer también el inventario de todas las cuestiones en las que la ciencia se ufana en dar una respuesta con respecto a algo que no le concierne: esto ofendería muchísimo a todos mis colegas, y no hay que despreciar la ocasión de disfrutar de esos pequeños placeres... —Ríe, con la cabeza inclinada hacia atrás; se domina, vuelve a ser el Cervin frío, científico, agudo—. Pero lo más importante, por tu parte, señor Papa, sería establecer por fin un *distinguo* entre la religión y la fe, y dejar sentado con toda

claridad que la religión es el modo histórico y cultural de transmisión de la fe. El modo producido por su tiempo, su entorno, y susceptible de cambio. También es un buen programa... —Señala al Che—. ¿Crees que tu muchacho está suficientemente preparado para hacer eso?

Giuseppe asiente con la cabeza.

—Para eso sí. Para lo demás... —Se levanta—: Hoy, yo, Tomás I, pontífice católico romano, nombro al profesor Simon Cervin presidente de la Academia Pontificia de las Ciencias. Tienes carta blanca para ejecutar el programa que tú mismo acabas de fijar, siempre que no digas nada en voz alta sin hablar conmigo antes. Ya verás, Roma es una ciudad agradable, y la academia está deliciosamente instalada en un precioso pabellón del siglo XVI, justo bajo mis ventanas.

Simon abre la boca... Lombardi le corta:

—Espero, Simon Cervin, que te quede un mínimo resto de sentido del respeto, el mínimo para obedecer sin protestar una orden de tu Papa. —Se vuelve hacia mí—. Pietro, en cuanto volvamos, haz lo necesario con respecto a este nombramiento...



## EL MAL HIJO

**S**i se compara con esta «promoción», la de Dietrich Froeliger es claramente menos folclórica, y que yo sepa, cuando el pastor luterano oiga la propuesta del Papa católico, no lo tratará de «viejo granuja autocrático».

Eso no impide que Tomás I sepa que el nombre de este copresidente puede originar bastante alboroto, y no se equivoca.

En ese mes de enero de 2032, cuando acaba de instalar a la «prefecta» a la cabeza de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el Papa decide que, con una guardiana como esa, puede relanzar atrevidamente el diálogo con los hermanos separados. Y su idea es «diabólicamente simple», como señala su secretario de Estado: ¿qué mejor método para «hablar con el enemigo» que hacer de uno de esos «enemigos» un aliado en la Casa Pontificia? Así, el Papa invita a los aposentos pontificios al obispo luterano de Colonia, Dietrich Froeliger.

Giuseppe había conocido al alemán, dos años mayor que él, en la Escuela Bíblica de Jerusalén, donde Dietrich pasaba, en compañía de su mujer, un «año sabático». Juntos celebraron la Ascensión en Jerusalén en 2025. Y posteriormente había invitado al pastor y a Liselotte Froeliger cada vez que tenían la oportunidad de reencontrarse, en Roma o en Jerusalén.

¿Puede decirse que estos dos hombres son amigos? Sin duda, pero de un modo que no es el acostumbrado en Giuseppe. De un modo más frío, distante, contenido. Porque hay alguien que impide que los dos hombres se conviertan en un dúo y se niega a unirse a ellos en un trío.

Hay una mujer temible en la vida de Dietrich, y nunca Liselotte Froeliger, también ella luterana y teóloga, ocupará en la amistad de los dos hombres el lugar que Steven ha ocupado en la relación entre Giu y Leah. Como dice Giuseppe, «ella nunca depone las armas». Militante feminista a la anglosajona, no abandona nunca la reivindicación o la vigilancia... Aunque el Papa no siempre le niega la razón en el fondo, un día me dirá: «Tener a una militante de la causa feminista en su vida y en su cama, no debe de ser muy descansado para el pobre Dietrich».

Liselotte no lleva maquillaje, ni en sentido literal ni en el figurado, y esta austeridad ha de constituir forzosamente un motivo de desconfianza a ojos del hijo de Monica Lombardi. Desde su primer encuentro, la teóloga deja helado a Giuseppe, y también despierta su curiosidad. Pero esta mujer nunca conseguirá su amistad.

Con ocasión de este encuentro en la Escuela Bíblica de Jerusalén, comemos

juntos en el gran refectorio. Entre otros temas, Giuseppe se refiere a su hija Cecilia. Liselotte replica inmediatamente, glacial:

—Ah, sí, la familia... Parece que ustedes, los católicos, hacen de ella un valor cristiano. —Y esboza esa mueca irónica, tan frecuente—. Una forma bien extraña de releer el Evangelio, la verdad.

—¿Qué quiere decir?

De pronto Giuseppe parece intrigado por esta mujer, cuando hasta ese momento hablaba sobre todo con el pastor.

—Bien... No niego que la familia es una buena institución humana, que permite a los seres humanos crecer y desarrollarse en humanidad; si no, no hubiera fundado una con Dietrich. Pero no creo que esta institución tenga ningún tipo de valor evangélico.

—Adelante... Desarrolle su argumento...

—La enseñanza de Cristo rompe claramente las solidaridades familiares en provecho de una fraternidad universal: «¿Quiénes son mi madre, mis hermanos, mis hermanas? Los que hacen la voluntad del Padre». Por otra parte, desde las primeras páginas de la Biblia, el hombre abandona a su padre y a su madre. Cristo tiene a veces palabras chocantes cuando dice: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí».

—Así, según usted, ¿Cristo sería un mal hijo?

—Exactamente. Dios ha dado una familia a su hijo para que fuera educado humanamente; pero el Evangelio hace claramente de él un «mal hijo», un hijo emancipado demasiado pronto, ingrato, que no debe nada a su familia, un hijo al que su familia trata en vano de retener y de hacer volver. Y más tarde, Jesús arranca a sus discípulos de los suyos para ofrecerles una nueva familia, esta innumerable. Anuncia que su palabra separará al padre y al hijo, a la madre y a la hija. La familia debe borrarse, me parece, para dejar al ser humano abrirse a la fraternidad universal.

—¿Y qué deduce de esto?

—Pues bien, comprendo que las políticas familiares de los estados interesen a su Iglesia en tanto que está interesada en la organización humana, pero no me parece pertinente que se interese en ellas por motivos teológicos. Y no estoy muy segura de que tenga gran cosa que decir al respecto...

Seis años después de esta conversación, el papa Tomás ha invitado, pues, a Froeliger y a su mujer a sus aposentos. Durante los días que preceden al almuerzo con la pareja alemana, me da a entender que va a nombrar a Liselotte para la Comisión Pontificia para la Familia...

## UN HOMBRE JUSTO

**L**ombardi no ha comunicado a sus visitantes el objeto de la invitación... Por otra parte, los dos hombres no se han visto desde que uno se convirtió en obispo de su Iglesia y el otro en Papa de la suya. Pero desde el aperitivo, Tomás I expone su idea a los dos luteranos: desea que Froeliger asuma la copresidencia del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos.

Dietrich lo escucha sin inmutarse, se acaricia el mentón —una costumbre que descubriremos que tiene cuando reflexiona— y pregunta:

—¿Por qué yo, y por qué en ese puesto?

—Porque es el luterano que mejor conozco y porque el diálogo tiene más probabilidades de dar resultado precisamente entre nuestras dos Iglesias. Desde el momento en que esto se produzca, lo despido.

Esta vez Froeliger sonrío.

—Veo que es un contrato muy, muy largo el que me propone, Tomás. Imagino que habrá sopesado las reacciones que suscitará esto.

—En mi Iglesia serán ruidosas, y a veces hostiles... Pero seré yo, más que usted, quien soporte su violencia. En cuanto a la reacción de su Iglesia, me es difícil valorarla.

—Dios mío, a mí también... ¿Qué espera concretamente de mí?

—Que consiga hacer aquello en lo que sus predecesores han fracasado desde hace décadas. Definir claramente, con los hermanos separados, lo que nos une y lo que nos divide. Y luego tratar de apoyarse en lo que nos une para reducir lo que nos divide.

El pastor meneaba la cabeza.

—Imagino que me pondrá bajo la autoridad de un cardenal que será el guardián de la casa.

—No, Dietrich. Le propongo una verdadera copresidencia con el cardenal francés Martin Leperleur. También podrá contar con la colaboración de la cardenala Carrière. Una mujer realmente notable...

—Muy notable, en efecto. —Reflexiona un instante—. Creo que intentaré esa aventura y le responderé enseguida, porque cuanto más reflexione, más dudaré.

Este diálogo da testimonio de la amistad, «profesional», que unirá siempre al pontífice y a su pastor. Entre estos dos hombres habrá respeto, confianza; pero Dietrich siempre será el único en la Casa Pontificia que trate de usted a Giuseppe, el único a quien Paul no totemizará.

Eso no es obstáculo para la admiración ni la estima. A menudo, Giuseppe lo llamará en privado «Froeliger el Justo», en señal del aprecio que siente por la

tenacidad de este hombre que no es misterioso ni atormentado. Froeliger vive sencillamente, con campechanía; es un hombre que pone en práctica, en la medida de lo posible, la palabra del Evangelio que tiene por la más radical de todas: «No juzguéis y no seréis juzgados».

Pero cuando vuelvo a pensar en Liselotte en la Comisión Pontificia para la Familia... En Liselotte en el feudo que aún conserva el calor del fervor sagrado mexicano... Retrospectivamente siempre me parece un chiste idiota...

5.6.0

# EL PASTOR INDECISO



## EN LAS FILAS DE LOS «GENTILES»

**E**l Sueño de Pentecostés arroja una luz particular sobre los cinco primeros años del pontificado, y en este sentido los analistas no se ponen de acuerdo. Algunos sostienen que todo lo anuncia en germen, y otros, al contrario, subrayan que si no hubiera habido el Sueño, este pontificado no habría tenido nada notable, excepto la elección, universalmente saludada, y algunos nombramientos mediáticos, como los de los cardenales Cervin o Froeliger.

La cronología de los sesenta primeros meses del pontificado está dividida en dos partes bastante bien diferenciadas; después de la inmensa emoción despertada por la elección de este Papa fuera de la norma, fuera de la institución, demasiado joven, demasiado «guapo», se establece una especie de estado de gracia. El tiempo de las purgas es saludado como un acto de valor necesario.

Pero la llegada de Leah, de Simon, de Froeliger sobre todo, hace verter mucha tinta. Algunos círculos católicos reprochan a Tomás que gobierne la Iglesia para los que no pertenecen a ella: para los no clérigos, los no católicos, los no bautizados... El Papa nombra fuera del serrallo, escoge incluso fuera del clan de los franceses; en las filas de los «gentiles», se hubiera dicho en la época de san Pablo.

Creo que hay ahí, en Tomás, una manera de «tener en cuenta» al mundo, de «rendir cuentas» al mundo también: Roma puede acoger con los brazos abiertos a aquellos que el mundo entero reconoce como «sus grandes hombres»; y si algunos de estos aristócratas de la ciencia o de la diplomacia aceptan poner su competencia, su energía, sus capacidades al servicio de toda la cristiandad, ¿por qué debería preferir a los ministros ordenados? Leah, Kate, Simon son la Iglesia, aman a la Iglesia a su manera, inhabitual: brusca, volcánica, crítica... Con ellos, Tomás espera ser el pontífice de una Iglesia «para el mundo».

El arte de gobernar de Tomás se apoya en estos hombres y mujeres brillantes, más reconocidos que él, más legitimados en sus respectivos campos. El Papa no decide solo; introduce la colegialidad incluso en los despachos de los aposentos privados del pontífice.

Cameron había promovido, y Villepreux restaurado, la colegialidad con sus hermanos obispos, en particular a través de los sínodos continentales. Pero el estilo de Tomás es diferente, tal vez porque él nunca ha sido ese cura solo al timón de una

parroquia, o ese obispo al mando de una diócesis. En circunstancias distintas, sin el asesinato de Silvestre, el Sacro Colegio nunca hubiera elegido para dirigir a la familia universal a un hombre que no había guiado a ninguna de sus tribus. Es la singularidad de este Papa, que descubre la tarea pastoral a través de la tarea suprema: la de pastor de toda la catolicidad.

Y lo vemos indeciso, reticente; resistiendo a la posibilidad de convertirse en «pastor» solo... Tomás desconfía del vértigo del que camina por delante de todos. Preferiría avanzar en medio del pueblo de los bautizados. Esa es, creo, la razón de que no publique ninguna carta, ninguna encíclica, durante esos cinco años.

## VIAJAR LIGERO

El fin del pontificado de Silvestre había restaurado la práctica de los grandes viajes. Después de los sínodos, Isaac había vuelto a coger su bastón de peregrino para encontrarse con sus «ovejas», para asegurarles el apoyo y la solicitud de su Papa, para exhortarlas a acoger la novedad, a conservar la Tradición, para recoger la alegría, el afecto, el amor filial del pueblo hacia su pastor.

A partir de 2031, también Tomás viaja mucho, pero su estilo desconcierta.

Desde sus primeros meses de pontificado, separa claramente dos de los papeles que corresponden al huésped del Vaticano: auténtico jefe de Estado, recibe a los embajadores, discute con sus homólogos, interviene en las instancias internacionales...; hombre de paz, crea igualmente, con Leah, las «embajadas de paz» tal como las conocemos hoy. El principio es simple: Tomás I, como en otro tiempo Giuseppe Lombardi en Bombay o en Jerusalén, desempeña el papel del intermediario. El Papa teoriza sobre este papel singular una noche en mi presencia, ante Paul, JMC y Leah:

—Me coloco en el puente, entre dos naciones, en el momento en que una proyecta pasar para conquistar a la otra, o cuando la otra piensa en destruir la pasarela. Yo las molesto porque no pueden lanzar al Papa al agua. Y pretendo que los dos campos envíen emisarios a mi encuentro para hacerme abandonar el terreno. Si los emisarios llegan, eso les proporciona una oportunidad de hablar una vez más, tal vez la última.

*Go between* y escudo humano a la vez, Tomás no renuncia a lo que fue Giuseppe...

En estos viajes, viajamos «ligeros de equipaje»: una cincuentena de hombres y mujeres, comprendida la seguridad; traductores, expertos, interinos de lujo que se encargan de cuestiones concretas; apenas ocupamos el aparato, un avión de larga distancia propiedad del Estado. Este *peace squad* está enteramente al servicio de un tándem de alta gama: Tomás I sabe hacer que los que se encuentran ante él expresen la profundidad de las quejas, la naturaleza de los conflictos, la fuente de los rencores. Leah Nanah traza ya las soluciones jurídicas, los textos de resolución aceptables para las partes, los compromisos territoriales posibles.

Estas iniciativas desconciertan a algunos vaticanólogos. Pero Tomás sabe que, desde hace décadas, el mundo de las relaciones internacionales ha entrado en «la era de los intermediarios», de los *peace makers*; sabe que tiene la talla adecuada para ese papel, que lleva consigo a otra «profesional» de la mediación, y detrás, a un equipo que domina el derecho, las técnicas del cabildeo, la influencia en las instancias; cree



que el Evangelio dicta a los hombres la responsabilidad de instaurar en todas partes las treguas y los acuerdos más que la violencia... En estas circunstancias, él es jefe de *squad*, concluyente y decisivo.

Estos viajes no son en ningún caso visitas pastorales, sino «intervenciones». Tomás es entonces simplemente un negociador entre los dirigentes; un hombre de paz, no un pastor. En el avión que nos conduce a Bolivia, con ocasión de la crisis fronteriza de 2032, me dice: «Estas paces que tratamos de mantener o de restaurar no tienen nada que ver con el amor universal: no, Justicia y Paz no se abrazarán aún; la concordia y la fraternidad no han llegado todavía. Solo son treguas; los frutos de la prudencia humana, que ha aprendido a su costa que un mal acuerdo vale más que una buena guerra...».

Algunas de las mediaciones tienen éxito, como las de Yakarta, Lagos o Pyongyang. Otras, más numerosas, son fracasos. En estas circunstancias, solo en estas circunstancias, la ira de Giuseppe Lombardi sigue siendo temible, mientras que la de Leah es hiriente... Giuseppe y Leah son dos grandes bestias marinas en los pantanos fangosos de la diplomacia. Incluso en aguas turbias, incluso entre la resaca, avanzan. Si hay un pecado que Leah Nanah y Giuseppe Lombardi hayan cometido juntos es el del orgullo de no creerse nunca vencidos por adelantado y de no aceptar nunca sus fracasos.

Este orgullo le valdrá a Tomás su más hermoso éxito, en Jerusalén...

## EL TESORO COMÚN

**E**l dicasterio Justicia y Paz, dirigido por el cardenal español Carlos Moravia, es el segundo eje de la diplomacia vaticana. El objetivo es hacer que los programas de las organizaciones multinacionales y de las grandes agencias se inclinen en favor de lo humano. En la tribuna de la ONU, Tomás declara: «Las opciones que presentamos pueden ser asumidas y compartidas por otros, en nombre de otro Dios, en nombre de los derechos humanos: la Justicia y la Paz son el tesoro común de todos los seres humanos».

Hay aún otros viajes, los realizados por el «ministerio de la comunión universal», que el papa Tomás asume, secundado por Paul. El secretario de Estado ha definido su misión en estos términos: «Asumir el ministerio de unidad de todo el pueblo de los bautizados, el ministerio profético, el ministerio de apoyo a las fuerzas fatigadas, de regeneración de las esperanzas exangües».

Paul trabaja en ello reformando la Curia, reestructurando los dicasterios y sus presidencias. «La misión de un obispo es principalmente asegurar el ministerio de unidad de la diócesis, e igualmente el ministerio de unidad con toda la catolicidad». En adelante, solo los cardenales laicos estarán a tiempo completo a la cabeza de una congregación o de una comisión pontificia (es decir, serán «jefes» de un dicasterio); los otros, los obispos cardenales, conservarán su sede episcopal y estarán en Roma dos semanas al mes si tienen un cargo en la Curia. Se nombra un obispo-vicario en sus diócesis para que se ocupen de la casa mientras los cardenales jefes de dicasterio van y vienen de Roma. La reforma aumenta el número de secretarios generales, laicos o no, lo que constituye una forma de asegurarse de que «la Curia escucha bien al gran mundo, y el gran mundo escucha bien a Roma».

## EL BECERRO DE ORO Y LAS DUDAS

A partir de 2033, el pontificado entra en su ritmo de crucero, que decepciona a algunos.

En el curso de las comidas de la mañana, Mafouz nos pasa a veces artículos de prensa cuyo tono es cada vez más interrogativo; impaciente a veces en la prensa católica, y más moderado en la otra.

Muchos esperan que Tomás haga resonar una voz fuerte y personal, que muestre el camino, que «se comporte como un verdadero Papa». Oigo a cardenales que murmuran: «El Papa escucha mucho, pero no señala una línea». Algunos teólogos han empezado a denunciar: «El aliento de la reforma se está perdiendo». «Ningún texto, ninguna carta ha venido a alimentar la reflexión de la Iglesia desde hace cuatro años; ¿ha pensado el Papa en el porvenir de su pueblo?», inquiriere violentamente el teólogo alemán Wolfgang Strecke. El cronista italiano Mario Livatto firma un áspero editorial: «Giuseppe Lombardi es incontestablemente un gran hombre, pero ¿dan siempre los grandes hombres grandes papas?».

El estado de gracia se desmorona... ¿Se puede hablar de un estado de desgracia?

Paul empuja a su amigo Jacob a «convertirse en el pontífice», en el hombre hacia el que toda la cristiandad orienta la mirada, para que en esos rostros y oídos tendidos hacia él, la universalidad se encarne: este es el papel de Pedro. Simon se burla. «Siempre esta tendencia idólatra a sacralizar a un hombre, a mostrar el becerro de oro». Entre el suizo y el camerunés los ánimos se encrespan con una constancia agotadora. Uno es la roca de granito; el otro, la lava incandescente.

—Al designarte, el cónclave te eligió tal como eres —continúa Paul cuando el suizo ha desaparecido—. Pero también te llamó a ser lo que no eras todavía.

—¿Quieres que deje de ser yo, Tomás, para convertirme en Silvestre IV?

—Quiero que te conviertas en Tomás I, el obispo de Roma, con sus carismas y sus servidumbres; la llamada crea la vocación, y la vocación crea al pastor. Lo que vale para un cura vale *a fortiori* para ti.

Más tarde Giuseppe me confía:

—No seré el gran timonel, no tendrá su becerro de oro, es Simon quien tiene razón.

Yo le pregunto, de todos modos:

—¿Por qué en tu palabra pública dices siempre «nosotros», Giuseppe? Lo que todos esperamos, incluso tus amigos aquí, es que hables en tu nombre, que digas

«yo». Es a ti a quien han elegido.

## ANNUS HORRIBILIS

El fin del año 2033 es sombrío; el inicio de 2034 augura un *annus horribilis*... En el mes de enero aparece el libro de Raimonda Massafra *La verdad sobre el supuesto Papa*. Esta «biografía no autorizada», auténtico tejido de calumnias, es un ataque en toda regla contra Tomás I: el pontífice, dice, estuvo desde su juventud «obsesionado por el poder y obsesionado por el sexo», y utilizó su ascendiente sobre las mujeres, tanto en la Iglesia como en el mundo, para asentar sus conquistas. La religiosa denuncia «orgías indias», explica que su obispo (monseñor Morro, por tanto) lo expulsó a Nueva Delhi para evitar un escándalo... Detalla cómo Jeanne-Marie Carrière se convirtió en la amante de Giuseppe Lombardi durante los años de la Cato, en 2009-2011. Massafra explica cómo, «literalmente hipnotizada por la potencia sexual de Lombardi», la teóloga de Jean-Baptiste Villepreux «organizó sistemáticamente la presencia de su amante a su lado» y le hizo ascender los peldaños de la jerarquía. Evidentemente, según ella, la nueva cardenal debe su promoción al cargo de prefecta a la gratitud de su «disoluto amante, agradecido por el vértigo de la carne que descubrieron juntos». Da a entender que su relación ha cesado, pero se pregunta: «¿Qué otras han ocupado su lugar, ahora que se encuentra en la cumbre?».

Los medios de comunicación no toman en serio las «revelaciones» de Raimonda Massafra, ni tampoco la mayoría del pueblo cristiano. Tomás no parece afectado, una vez que ha hablado con Clara y Cecilia. Pero ese panfleto anuncia otras ofensivas menos caricaturescas... El simple hecho de que un editor haya aceptado el riesgo de publicarlo, de que se hayan encontrado editores extranjeros para traducirlo y difundirlo, indica que ha acabado un período: Tomás I ya no está protegido por el asesinato de Silvestre. Ahora está en primera línea.

El golpe siguiente provoca más daños. El libro del estadounidense William Gordon-Post, *Las horas de riqueza de Giuseppe Lombardi*, contiene una información sólida; la obra detalla en particular el conjunto de la fortuna familiar de los Lombardi, y recuerda que se construyó a partir de los royalties generados por una vacuna. Ninguna de sus informaciones es atacable. Solo lo es la forma en que Gordon-Post las presenta y lo que deduce de ellas.

El autor saca punta a una tesis: la fulgurante carrera de Tomás I descansa, según él, en la desgracia ajena. Lombardi se hizo millonario gracias al SNOV, célebre gracias al atentado contra el Muro, Papa gracias al asesinato de su «padre espiritual». En resumen, Giuseppe Lombardi se ha deslizado victorioso sobre la ola de la desgracia, el asesinato y la muerte, utilizando las grandes crisis para izarse cada vez más alto; aprovechando el trabajo de otros (de su padre, de Leah Nanah) y robándoles

los honores.

La conclusión de *Las horas de riqueza* es abrumadora:

Este Papa que siempre ha sabido explotar la desgracia se revela ahora incapaz de hacer oír una voz clara e inteligible en el seno de su Iglesia; ¿espera a la próxima catástrofe para perpetuar de nuevo la impostura? Giuseppe Lombardi, igual que Tomás I, solo se sitúa a la cabecera del mundo con la esperanza de sacar beneficios, beneficios contantes y sonantes, beneficios en notoriedad y en carrera...

La embestida es aún más grave porque esta vez los medios de comunicación se hacen eco de ella, ven en este ataque una «crisis de confianza» y el síntoma de una «crisis de liderazgo» en Roma...

Hablamos muy poco de este asunto; Tomás no teme estos ataques *ad hominem*. Un día me dice: «Estas críticas no me afectan. Lo que me preocupa, en cambio, es que cada vez más cristianos parecen esperar de mí algo que no tengo...».

Simon llama a esto «el síndrome del *conductor* ausente». Tomás habla de una pedagogía de la frustración, confía en que los cristianos comprenderán que es responsabilidad suya encontrar respuestas y conducir su vida por sí mismos. Incluso yo no sé qué pensar a veces. ¿No debería Giuseppe forzar su naturaleza?

Él rechaza los efectos de la multitud, desconfía de las aglomeraciones, y sin embargo, cada vez que aparece en público, cada vez que reza, en el curso de sus viajes o simplemente en el balcón de San Pedro, constato que mantiene intacto ese increíble carisma de la presencia. Con solo unas palabras enardece a las multitudes, conmueve los corazones. Me encuentro soñando con que va a aceptar asumir este papel, pero él resiste. ¿Tiene razón?

Entre él y todas las «voces importantes» de su casa, se instala una sensación de obra inacabada. Sabemos que Giuseppe Lombardi no se ha manifestado todavía en toda su medida en los hábitos de Tomás. Y no vemos qué va a proporcionarle, por fin, la ocasión de hacerlo.

A principios del verano de 2034, Tomás, JMC, Froeliger y Leperleur hacen balance del diálogo con las otras Iglesias cristianas. Tomás pregunta:

—Hace cuatro años que trabajamos en esta tarea, y cincuenta años al menos que se establecieron contactos con todos ellos; ¿estamos más cerca que hace quinientos años de entendernos con los reformados? ¿Estamos más cerca que hace mil años de entendernos con los ortodoxos? —Froeliger meneaba la cabeza—. Así pues, nos encontramos ante la constatación de un fracaso. ¿Debemos manifestarlo?

—¿Públicamente? Es peligroso, Tomás.

—¿Para quién? ¿Para qué? La verdad nos hace libres... Si estamos separados, alejados, indiferentes, reconozcamos este hecho, aunque solo sea para lamentarlo.

—Pero después de cincuenta años pasados pretendiendo que nos acercamos, esto

se percibirá como un paso atrás.

—Pues en este caso estamos empantanados, no podemos dar marcha atrás ni ir hacia delante. ¿Qué proponéis?

Froeliger y JMC se miran, un poco desamparados.

—¿Seguimos haciendo como si no pasara nada?

—¿Ves otra elección, Jacob? —pregunta la prefecta.

5.7.0

# ALÉGRATE, JERUSALÉN





## 5.7.1

# EL ÚLTIMO GOLPE

**S**eptiembre de 2034.

El anuncio de los acuerdos nos coge a todos en frío...

Nos ha reunido en su comedor. Mafouz ha hecho preparar un *mezzeh* libanés (siempre el sentido de la oportunidad del director de gabinete). Maurice es el único que lo sabe, es el único que ha seguido todo esto con su Papa. Decididamente, el levantino se ha revelado más bien como un florentino, un hombre de secretos, que se regocija con la grisalla y el silencio...

Miro varias veces a este «competidor», a este «profesor» también, a este maestro, mientras Tomás I explica el asunto a sus franceses. En el rostro de Mafouz se dibuja una sonrisa imperceptible. Se encuentra en su papel preferido: el del ayuda de campo que ha preparado las llamadas telefónicas, que ha cambiado de arriba abajo las agendas, como quien no hace nada, que ha hecho entrar las entrevistas con calzador...

Nosotros, los franceses, no sabíamos nada, no sospechábamos nada; tan poco como vosotros, como los periodistas, como los dos pueblos...

Los negociadores israelíes y palestinos han venido durante más de seis meses a Roma, furtivamente, brevemente, para *rounds* de dos horas, fijándose como objetivo volver a verse dos días después, o la semana siguiente, con los acuerdos concluidos sobre tal o cual punto preciso.

Nos ha engañado a todos, y todos nuestros esfuerzos, todas las críticas y todas las dudas del «año horrible» han servido para disimular este hecho trascendental: «Dentro de una semana, Gitai y Barghuti vendrán juntos al Vaticano para firmar el acuerdo de internacionalización de Jerusalén. El acuerdo prevé que, en adelante, la ciudad sea de todos, de toda la humanidad, y que se convierta también en la capital de sus dos estados separados».

Todos estamos estupefactos, pero nadie entre nosotros se siente traicionado, nadie excepto una persona: Leah Nanah, incrédula, abrumada, anonadada... Leah, que por una vez no tiene el reflejo profesional de ocultar su emoción, porque, después de diez años de trato, no podía imaginar que Giu le haría una jugarreta como esa.

Durante la breve media hora en que Giuseppe ofrece los detalles de su último gran golpe de francotirador, Leah no abre la boca. No nos atrevemos a mirarla; ella no se atreve a hablar, por miedo a que su cólera estalle ante nosotros; ni siquiera aquí, ni siquiera entre nosotros, se puede tratar a un Papa de «cerdo».

Giuseppe se levanta. Sabemos que Tomás I ha entrado de pleno derecho en la historia, que este hombre ya no es solo un gran hombre convertido en Papa, sino un gigante, Tomás el Magnífico, una de las dos o tres figuras que el siglo reconocerá. Él solo piensa en ella. Durante esa media hora nos ha utilizado como cortafuego. Pero ahora tiene que afrontar el incendio, a solas. Dice: «Leah...». Los dos abandonan el salón...

Los demás desaparecen sin siquiera discutir sobre lo que acaba de decir. Van a ocuparse de los detalles de la organización mediática, diplomática y práctica de la ceremonia, dicen, o vuelven a sus propios asuntos. Paul me guiña un ojo, me palmea la espalda: «*Forza*, Virgilio...».

Yo estoy condenado a quedarme.

En la biblioteca privada, Maurice Mafouz me da los detalles de toda la operación, de la forma en que ha llevado las discusiones, de los seis meses de trabajo, del resultado final,<sup>[254]</sup> y mientras relata para mí su «historia inmediata», los gritos resuenan a través de las puertas, las voces, los reproches, los sollozos de Leah Nanah, cardenala engañada, y la súplica de su Papa infiel, la voz de Giu que trata de apaciguarla: «Reina mía...».

Ella le guardará rencor durante seis meses. Es posible que los que han pretendido que Tomás I la nombró para encabezar Justicia y Paz para engatusarla, como se ofrecen abalorios en una negociación, no estén lejos de la realidad; aunque yo creo que ese secreto que no comparte con ella fue también una forma de romper con la señora Nanah una práctica de diez años, para empezar otra de índole totalmente diferente.

¿Por qué actuó así con ella, con nosotros? Sin duda los argumentos de Mafouz, que defiende la necesidad del secreto, son auténticos. Y tal vez intervenga también en este episodio alguna inspiración nacida de las pullas de Cervin: sorprender incluso a los más próximos, «traicionar» a los más fieles, para no convertirse nunca en ningún tipo de guía, de gurú. Tal vez...

## TOMÁS EL MAGNÍFICO

**E**l jurado de Oslo no sorprende a nadie cuando anuncia dos semanas más tarde su decisión de honrar a Tomás I, «el Magnífico», por segunda vez. Para Leah, claro está, ver subir a Giu (esta vez solo) a la tribuna del Parlamento noruego y recibir su segundo Nobel sin ella, es sin duda un hierro al rojo que hurga aún más en la herida. Pero el 10 de diciembre de 2034, en Oslo, pone al mal tiempo buena cara, una cara imperial; la reina ríe fuerte y habla alto.

El análisis de Cyril Dereim, más discreto que la cólera de Leah, pasa casi inadvertido, excepto en nuestra Casa Pontificia. El luxemburgués Mazarino, contrariado por no haber estado en todas las maniobras, manifiesta que «ya no sirve de gran cosa». Propone a un sustituto, Théodore Selz, un belga que es su clon, un poco más joven. Tomás acepta la dimisión, en nombre de los servicios prestados. En las Navidades de 2035 hará cardenal a este fiel servidor, a este diácono que, durante cerca de doce años, ha gobernado entre bastidores, vigilado a los enemigos, imaginado golpes a tres o cuatro bandas, y que habrá hecho, durante dos pontificados, el aprendizaje difícil de que un Papa, a veces, abandone de pronto una estrategia pacientemente elaborada para dialogar con su pueblo o para hacer milagros.

## LA ESTATUA Y LAS ΔUDAS

**T**odos sabemos para qué fecha se ha fijado el triunfo de Tomás, el Papa de Jerusalén; Artesano de Paz, en mayúscula, en este siglo en que unos locos inventaron el «enfrentamiento de civilizaciones». La internacionalización de la Ciudad Santa está fijada en torno a Pentecostés: dos días de fiesta en una ciudad bajo pabellón de la ONU, bajo el control de la policía mixta israelopalestina que se inventa, y luego tres días de celebraciones religiosas que han querido los dirigentes de los dos estados, para mostrar claramente que la Ciudad Santa es de todos... El viernes será el día de las celebraciones en la explanada, el sábado será el gran sabbat y el domingo Tomás celebrará la gran misa de Pentecostés en Abu Gosh, después de una breve ceremonia en el lugar llamado del Cenáculo, al alba, y el encuentro con los dignatarios de las otras Iglesias cristianas en la basílica de la Resurrección.

Sabemos que en adelante las críticas contra él nacerán muertas, que ya no encontrarán oídos atentos hasta dentro de quince años, de cien años. Tomás es una estatua, un icono de paz, inatacable; pero sabemos también que la frustración y las esperanzas que nos han valido este *annus horribilis* no se han extinguido. Tomás tampoco se engaña. Brillante diplomático, genial negociador, sigue siendo para su Iglesia ese pastor indeciso, contenido, ese pastor que no quiere avanzar como Josué a la cabeza de los ejércitos, como Moisés al frente de su pueblo.

Una conversación en la mesa con Bartolomé, en las semanas que preceden al viaje a Jerusalén, lo cogerá, ahora a él, también en frío.

Solo somos tres en la comida: el Che, el Papa y yo. Maurice Mafouz se ausenta cada vez con más frecuencia, y yo sospecho que Tomás está preparando su partida: pronto estaré solo en la cala de su barco. Ya sé que el 29 de junio, festividad de San Pedro y San Pablo, me nombrará prelado de honor de Su Santidad; seré *monsignore* Pietro de Paoli, un punto de luz para el oscuro *fratello*, y estoy muy orgulloso de ello... De momento, continúo haciendo lo que siempre he hecho; le muestro las reseñas de la prensa, esos artículos sobre «Tomás el Magnífico» que insisten en su aura personal y en ese lado dandi solitario que fascina tanto a los medios de comunicación.

Pongo el dedo en la llaga, digo:

—Ya no lo dicen... Nadie volverá a escribirlo. Pero nadie comprende que un tipo como tú se niegue a enfundarse el mismo traje, a apoyarse en la misma ecuación personal, para ser el pontífice, el pastor de los católicos.

Giuseppe suspira:

—El ministerio de Pedro es un ministerio de unidad y de comunión, *fratello*. No

un magisterio de pensamiento... No puedo convertirme en el maestro del pensamiento de todos los católicos.

—¿Crees en el Espíritu Santo, Tomás?

El Che ha planteado la pregunta con esa voz endeble, un poco ronca, que conocemos bien. En este tipo de circunstancias tiene un efecto formidable: como una mina, parece insignificante, y por eso resulta aún más sorprendente su poder explosivo.

Giuseppe se queda desconcertado. El Che prosigue, como si se limitara a exponer un hecho:

—¿Crees que tu elección es una llamada? ¿Que el Espíritu penetra en aquel que los hombres han elegido? ¿Que trata de inspirar, y que es el Papa quien debe estar a la escucha, estar atento, ser humilde?

—Explícame...

La voz del Magnífico manifiesta una premura inquieta.

—Controlas demasiado, Giuseppe... Crees que los cambios de estructura permitirán a los hombres dialogar, y que en este diálogo entre los que están unidos en su nombre, Dios estará presente, como prometió... Pero tú reflexionas en los medios; quieres que el Espíritu esté en el corazón de los medios, sin dejarle decir su palabra sobre los fines.

Giuseppe frunce el ceño, aparta su plato, mira al cojo, que prosigue:

—¿Tienes fe en tu Dios que inspira la Esperanza y que nos sorprende siempre en su locura? ¿Crees que, por más que los hombres escriban la historia, hay que dejar que el Espíritu hable, que nos inspire aquello a lo que Dios nos llama?

El teólogo de la Casa Pontificia está dando una lección a su Papa, y solo este muchacho puede atreverse a hacerlo. El antiguo jesuita guerrillero se estrena tranquilamente como director espiritual de su Papa, con una serenidad de alma casi ingenua.

—Sabes demasiadas cosas, sabes lo que no quieres hacer, lo que no debes hacer, lo que no consigues hacer, y crees que cuando dices humildemente «No lo consigo», te pones en manos de Dios... —El Che se detiene un instante, vuelve a empezar, pasando a la primera persona—. También me ocurre a veces en mi trabajo decirme: «No lo consigo». Pero eso quiere decir que he fijado los objetivos y que cuento con el Espíritu Santo para que me inspire los medios. Solo soy humilde cuando llego a decir: «No sé». Entonces el Espíritu puede inspirarme los objetivos, y luego yo debería inventar los medios. Dios me ha dado una inteligencia y padres en la fe para eso.

Giuseppe escucha, inmóvil, al teólogo humilde.

—¿Tal vez hay demasiado ruido para que puedas oírlo? ¿Tal vez deberías apartarte unos días, hacer un retiro?

La risa de Giuseppe es sincera, sin asomo de burla.

—Explica esto a Maurice y a Pietro... Mi agenda está llena, hora a hora, hasta los

seis próximos meses... Pero iré a descansar veinte días con Mary, en agosto; como cada año, a salvo del alboroto.

—No te hablo de descansar. Te hablo de despojamiento. El hombre que permanece abierto a lo improbable, a lo inesperado; el hombre que aguarda sin esperar nada, sin siquiera plantearse la cuestión: esta es la arcilla que puede modelar el Espíritu.

Así es el Che. Habla, porque cree que el Espíritu es ardiente. Dice a su Papa o a su general lo mismo que al más insignificante de los novicios: el Espíritu habla directamente al corazón, a la humildad de los corazones humildes.

5.8.0

# EL SUEÑO DE PENTECOSTÉS



## LA NOCHE DEL IMBÉCIL

No volveré a comentar aquí el desarrollo de las ceremonias en Jerusalén: la devolución de las llaves, el izado de la bandera azul cielo de la ONU.

Nosotros estamos en el puente de la mañana a la noche. Leah ha vuelto a encontrar su risa sonora pero alegre; ya no reprocha a su Papa el haberle plantado una paz por la espalda. Ha vuelto a convertirse en la amiga sincera.

Pasa el viernes con nuestros hermanos musulmanes; emoción en la gran oración del viernes en la explanada de al-Aqsa, ya reconstruida. Por la noche, en el Patriarcado, Tomás relata la «negociación» con el franciscano polaco, y yo completo, añado los adjetivos que él ha olvidado y el miedo físico en la mirada de Piotr Szweczik... Ni una vez menciona a los hermanos separados, a las otras Iglesias cristianas. Apenas se ha asegurado, con Froeliger, de que la ceremonia ecuménica del domingo ofrezca a cada uno su lugar; que toda la liturgia esté bien «encajada».

Pasa el sábado con nuestros hermanos judíos: largo silencio del sabbat; oración común en la sinagoga, shofares de los rabinos. Mi hermano se siente feliz por esta ciudad y sus habitantes. Está sinceramente orgulloso de la paz que se instaura; tal vez se esté diciendo que quedan otras por instaurar, que la más difícil de establecer es la que afecta a los hermanos separados; pero no comenta nada.

Hacia las cinco de la tarde, me dice que va a contemplar Jerusalén desde el jardín de Dominus Flevit.<sup>[255]</sup> Quiere ver la Ciudad Santa sin la Cúpula de la Roca dañada por las explosiones, sin los incendios en la ciudad vieja, sin los helicópteros de ataque... «Creo que aún tengo necesidad de convencerme, antes de escribir la homilía de Pentecostés que pronunciaré mañana». Me desliza una indicación: «Me retiraré unos minutos al desierto, como diría el Che». Esta frase tendría que haberme alertado; lo habría hecho, si yo no hubiera tenido tanta prisa por pasar esa velada con mis hermanos dominicos, en la Escuela Bíblica, de volver a encontrarme en el centro del círculo, de ser el héroe, el amigo del Papa... El hermano Pietro, sí, una leyenda, el que se fue siendo un joven estudiante, con el revólver en el bolsillo, y se ha convertido en el secretario, el íntimo de Tomás el Magnífico. Mi hora de gloria fútil... Le dije que dormiría en la escuela; él sonrió...

Y yo que he pasado tantas noches a unos metros de él, yo que me «acuesto tendido frente a su puerta todas las noches», el perro fiel, el mameluco, salgo alegremente hacia esa velada que me consagra como un perfecto imbécil; la única noche en que había que ver y mirar, la única noche en que hubiera debido velar, verlo levantarse de nuevo, ir al jardín, dirigirse al viento de la noche, a los árboles, a la hierba olorosa, la paso como un bobo satisfecho en la Escuela Bíblica.



Para mí mismo, en el secreto de mi calendario íntimo, la llamo desde entonces «la noche del imbécil».

## DESAPARICIÓN

Paul me llama a las ocho de esa tarde, y me dice:

—Jacob se queda a dormir en Dominus Flevit.<sup>[256]</sup> Es estrictamente confidencial, claro.

Yo le respondo:

—Antes me dijo que quería tener unos momentos de recogimiento. Sin duda necesita estar solo...

No dudo que sé lo que necesita, lo que ocurrirá; un poco de soledad, un tiempo de recuperación antes de mañana...

—Está Ibn Mansur, su amigo el portero —añade Paul, y yo no siento celos por eso.

Duermo mal, sin embargo... una premonición.

Comprendo todo el alcance de mi error el domingo por la mañana hacia las ocho. Una nueva llamada de Paul y luego una conversación con Altobelli. Sí, el Papa ha dormido en la iglesia, luego ha deambulado por el jardín, durante largas horas, esta noche. Sí, ha hecho saber que tiene intención de quedarse solo toda la mañana; con Ibn Mansur y su café...

Llegan noticias al Patriarcado, donde estamos reunidos.

Un joven terrorista<sup>[257]</sup> ha sido detenido; tenía intención de atacar contra el Papa. Paul llama al primer ministro israelí, se asegura de que se pondrán en marcha medidas de protección suplementarias.

La agenda del Papa cambia cada hora, las citas se anulan, y entre ellas la oración en el Cenáculo; el pontífice anuncia su intención de permanecer más tiempo en el huerto de Dominus Flevit. Maurice se masa los cabellos, y yo no puedo dejar de saborear su nerviosismo como una dulce venganza; rememoro su aire triunfal en septiembre cuando nos anunció que habían «inventado» Jerusalén entre ellos dos. «Nunca serás el amo en esta ciudad, Maurice», gozo pensando.

El Papa ha desaparecido hace más de quince horas. Los otros me miran con ojos de reproche: tendría que haber sospechado, prever el efecto del aire de Jerusalén en su ánimo.

Yo ya no entiendo nada. Altobelli llama a Paul cada cuarto de hora.

Ahí está finalmente, justo a tiempo. No tenemos oportunidad de hablar. Mira su reloj. «Es hora de que me una a mis hermanos para la oración común». Conocemos ese tono, decidido, concentrado, que tiene siempre en los instantes que preceden a cada celebración. Ya ha entrado en la liturgia que va a celebrar.

Respiramos: la parte esencial del programa no ha sufrido ningún trastorno.

Sabremos más esta noche, o nunca... La misa de Pentecostés tendrá lugar, y a la hora convenida.

### 5.8.3

## «KYRIE»

**E**stá previsto que la misa se celebre al aire libre, en los jardines del monasterio benedictino de Abu Gosh, lugar considerado como uno de los posibles enclaves del pueblo de Emaús; aquí, dice la tradición, Cristo resucitado se hizo reconocer por dos de sus discípulos.

Solo algunos centenares de privilegiados, dignatarios, representantes de la catolicidad y de las Iglesias cristianas serán autorizados a entrar en el jardín, mientras que la mayoría de los fieles seguirán la celebración en pantallas gigantes, situadas en el exterior.

Desde la tentativa de Fausto Gimondi, por la mañana, la vigilancia y la malignidad de Altobelli se han multiplicado por diez. Las medidas de seguridad son extremas. Hay que luchar encarnizadamente con él para que acepte que no se registre a los dignatarios de las Iglesias cristianas. «El ustachi croata bien era un obispo... ¿Por qué no podría ser, pues, un patriarca o un pastor?», protesta.

Todos estamos en tensión.

Entro con mi hermano Papa en la antigua basílica de la Resurrección, para la ceremonia de oración con los hermanos separados, los hombres y la mujer que representan a las diferentes confesiones cristianas.

Nadie preside esta oración. Apartado, casi detrás de un pilar, observo a «mi» Papa en medio de todos los demás, sin ornamentos litúrgicos.

Al final de la plegaria por la paz, me dispongo a salir antes que ellos para preparar el camino a «mi» Papa, para asegurarme de que no le falte nada en la celebración eucarística. Entonces oigo su voz que empieza a elevarse bajo la bóveda románica. Me giro.

Tomás ha entonado, solo, la lenta salmodia de un antiguo *Kyrie eleison*.

Los restantes dignatarios se miran, sorprendidos; veo al patriarca Pedro que se inclina hacia su secretario: no, ese canto no estaba previsto en el programa.

Algunos unen sus voces a la de Tomás. Y acaban, juntos, el canto de penitencia y misericordia.

Vuelvo a colocarme detrás de mi pilar.

Veo cómo Tomás se dirige hacia el patriarca ecuménico de Constantinopla; se arrodilla ante él y le besa los pies.<sup>[258]</sup> Luego se levanta, se inclina hacia él, le murmura algo al oído.

Ya se dirige hacia Pedro, patriarca de Jerusalén... Tomás se arrodilla y besa, uno tras otro, los pies de cada uno de los representantes de las Iglesias cristianas presentes en la basílica, comprendidos los de las Iglesias protestantes, el pastor N'mgo, que

preside el Consejo Ecuménico de las Iglesias, y la pastora Lian Nô, la gran patraña de la Conferencia Mundial de las Iglesias Reformadas, y a cada uno le susurra unas palabras después del gesto. Yo miro sus rostros, espío sus reacciones. Los ha cogido por sorpresa. No puedo evitar pensar en la jugada del Santo Sepulcro, trece años antes: de nuevo coloca a sus hermanos ante el hecho consumado.

Algunos se quedan cohibidos, otro lo levanta con gran emoción, dos o tres caen de rodillas a su vez.

Miro el reloj. Imagino a Maurice, con la mirada clavada en las pantallas de control en el exterior... Todos estos gestos recibidos, y luego compartidos, llevan su tiempo. La misa empezará con retraso.

Esta vez, al menos, estoy donde tengo que estar. Esta idea me consuela de mi fallo de esta noche.

Por fin se acaba.

Este momento será, sin duda, el más emocionante de la jornada, me digo. Comprendo que Tomás haya necesitado más de una decena de horas para meditar, elegir, y luego decidir este gesto.

Los religiosos salen de la basílica. Cada uno vuelve a su lugar, en el jardín, al pie del estrado donde se ha levantado el altar. Tomás entra en la sacristía. Fuera, el rumor crece; ha ocurrido algo. Yo estoy tras él, lo ayudo a colocarse la casulla. Me dice: «*Fratello*, ve a colocarte en medio de nuestros hermanos de las otras confesiones. A ellos, tanto como a mi rebaño, quiero dirigirme hoy. Tú serás mis ojos y mis oídos». Salgo con el corazón palpitante.

Por fin empieza la misa.

Cuando Tomás abandona la cátedra desde donde ha escuchado, de pie, cómo el diácono cantaba la palabra de Dios, no vuelve enseguida a la tribuna donde debe pronunciar la homilía, sino que se dirige hacia la inmensa cruz floreada que se levanta tras el altar. Se arrodilla y reza unos instantes.

Cuando vuelve a levantarse, su mirada tiene una gravedad excepcional.

No sé si ha llorado, como dirán algunos. Pero su mirada tiene una claridad excepcional; solo le he visto los ojos verde agua cuando estaba conmocionado, invadido por la cólera o exaltado por una emoción.

## EL SUEÑO

Luego su voz se eleva en el cielo de Abu Gosh.

—«Ah, Señor, si desgarraras el cielo...». Siguiendo al profeta Isaías, a menudo suplicamos al Señor que hable, que nos hable. Hace dos mil años, los habitantes de Jerusalén interrogaban a Pedro y a los apóstoles: «Hermanos, ¿qué debemos hacer?». Hoy, yo, Tomás, sucesor de Pedro, planteo la misma pregunta: «Señor, ¿qué debemos hacer?».

»Hermanos, hermanas, he escuchado muchas veces los textos que acabamos de escuchar ahora, y sin embargo, hoy los escucho por primera vez.

»El apóstol Pablo lo proclama: “Jesús es el Señor”, “Las funciones son variadas, las actividades son variadas, pero es siempre el mismo Señor”. “Hay diversos miembros, pero forman un solo cuerpo, nosotros todos, bautizados en el único Espíritu para formar un solo cuerpo”. Esta palabra que proclamamos, ¿la creemos también? ¡Nosotros que decimos “Yo soy de Roma, yo de Constantinopla, de Moscú, yo soy de Lutero o de Calvino”, cuando somos de Cristo!

Tomás se detiene, nos mira —a mí, que soy de Roma, en medio de los que son de Constantinopla, de Lutero, de Ginebra...—. Nos mira, y luego continúa. Su voz es profunda, interior y vibrante.

—Ahora es preciso que entre en el detalle de lo que debo decir porque no puedo callar.

»Mi alma tiembla y mi espíritu se turba, porque no soy digno de lo que he recibido de parte del Señor.

En voz muy baja, casi inaudible, suplica:

—¡Señor, acude en mi ayuda!

Se interrumpe unos instantes, baja los ojos, se recoge en sí mismo. Yo conozco bien estos ensimismamientos de unos pocos segundos que se concede antes de lanzarse; cuando teme la fuerza de lo que tiene que decir.

Percibo una ligera agitación entre mis vecinos. Están sorprendidos por este singular prólogo, sorprendidos e inquietos por lo que seguirá. El Papa se yergue de nuevo. Miro a Tomás; trato de adivinar qué combate se desarrolla en su alma en ese instante, veo cómo se sacude, cómo se deshace de las últimas cadenas que todavía lo retienen; miro sus hombros, que ya no están encorvados. Es libre, está dispuesto, por fin dispuesto:

—Esta noche, en Dominus Flevit, la Palabra del Señor se me ha aparecido en sueños, por tres veces.

»El primer sueño fue el del joven rico.

»Un hombre se lanzó a los pies del Señor: “Buen maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?”. Jesús respondió: “Observa la ley y los mandamientos”. “Todo esto —dijo el joven— ya lo he observado, ¿qué me falta aún?”. Y Jesús le hizo saber: “Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y luego ven y sígueme”. Ante estas palabras, el joven partió triste, porque poseía grandes bienes. Y en el sueño vi que ese joven era yo, Tomás; llevaba el alba y la casulla, la mitra y el báculo. Y me desperté presa de una inmensa tristeza. Turbado, me levanté, di unos pasos por el jardín, no sabía qué pensar de este sueño extraño. Volví al santuario y de nuevo me envolví en mi manta.

»De nuevo, la Palabra vino a mí en sueños.

»Era la parábola de la buena simiente y la cizaña. Yo me encontraba junto al señor de la siega en el campo de trigo todavía verde; los obreros se afanaban. Vi que entre ellos había obispos, sacerdotes, religiosos, y también pastores, y tal vez incluso teólogos y teólogas... Todo este grupo sudaba, esforzándose bajo el sol. Yo sentía una dulce satisfacción al ver a toda esta gente en el trabajo. Pero, de repente, oí que el señor gritaba: “Deteneos, mirad lo que estáis haciendo, con la cizaña arrancáis también el trigo”. A estas palabras, todos se detuvieron, aún sostenían en las manos el trigo verde arrancado. El señor me miró con severidad: “¿No sabes que hay que esperar al tiempo de la siega para quemar la cizaña?”. En ese momento vi a lo lejos varias hogueras de hierba y trigo que humeaban. Y me desperté lleno de espanto y de vergüenza.

»De nuevo me levanté y fui a caminar por el jardín. La noche era tranquila, el cielo estaba salpicado de estrellas y yo soñaba en todos los hijos de Abraham que viven bajo el cielo. Este pensamiento me calmó, y creí que esta vez podría dormir.

»Pero apenas me había dormido cuando, por tercera vez, la Palabra vino a mí en sueños. Inmediatamente reconocí el lugar: caminaba fuera de Jerusalén, sentía la masa densa de la ciudad a mi espalda. Vi que no estaba solo, algunos hombres e incluso una mujer caminaban conmigo en silencio. De pronto apareció en medio de nosotros un hombre de palabra de fuego. El hombre explicaba para nosotros la Escritura y nuestros corazones se inflamaban al oírlo. Al acercarnos a un pueblo y ver que caía la noche, le dijimos: “Quédate con nosotros pues cae la noche”. Un poco más tarde estaba a la mesa con el hombre, y vi que estaba solo, la mesa estaba vacía. Entonces el Señor se volvió hacia mí, estaba triste, y me dijo muy suavemente, casi con ternura: “¿Qué has hecho de tus hermanos?”. En el mismo instante estallé en lágrimas amargas. Cuando me desperté, vi que mis ropas estaban mojadas con mis lágrimas y que todavía lloraba.

En este instante de la homilía, la voz de Tomás no es ya tan sonora como cuando se lanzó a explicar su sueño. Es como si las emociones de la noche lo oprimieran de nuevo: tristeza, miedo, duda. Su respiración es más rápida de lo habitual, y su homilía más larga: un *vibrato* muy ligero subraya el ataque de cada palabra.

En torno a mí, algunos de los religiosos que hasta ese momento presumían de

saber predicar, que reprochaban a veces al mundo católico su falta de profetismo, su falta de mística, están ahora en suspenso, pasmados por lo que acaban de oír: el relato de un encuentro, en un sueño, entre Dios y su Papa.

Palpo su silencio, lo ausculto, lo sondeo; trato de comprender el de mis hermanos católicos, en los bancos más alejados; mido incluso el silencio de los dignatarios, representantes de los estados y de los pueblos, que pensaban dormirse en uno de esos servicios adonde se ven forzados a acudir y que asisten a algo que no habían previsto.

Veo centenares de miradas impacientes y tensas. Me levanto un poco en mi silla; busco el único rostro que quiero ver por encima de todo en ese instante.

El Che no tiene, como sus vecinos, los ojos clavados en el Papa que predica. Está inclinado hacia delante, con la frente baja; el mechón de cabellos negros le cae sobre los ojos. Veo sus labios, que murmuran para sí. El Che no escucha el silencio. Aprovecha las pausas de su Papa para rezar; ¿suplica, da gracias, invoca al Espíritu?

Tomás ha recuperado el aliento y su voz. Vuelve a hablar, tranquilo, sosegado:

—Esta palabra resonó en la noche, en mi corazón, en mi inteligencia: ¿qué has hecho de tus hermanos?

»Hermanos y hermanas, dentro de un instante proseguiremos esta celebración eucarística. Yo recibiré los dones, fruto de la tierra y del trabajo de los hombres, el pan y el vino; y los ofreceré al Padre para que se conviertan en el cuerpo y la sangre de Cristo, signos tangibles de la Alianza eterna y definitiva que nos reconcilia con Dios. Celebraremos la presencia de Dios, de Dios encarnado, realmente presente por nuestro mundo, unido a nuestra humanidad para que estemos unidos a él en un solo cuerpo.

»Entonces os invitaré, a vosotros, mis hermanos y hermanas en Cristo, a uniros a mí a fin de que compartamos juntos el alimento del Señor.

Tomás me ha señalado con la mano, o mejor dicho, a la zona donde se encuentran los dignatarios cristianos no católicos, los patriarcas ortodoxos y los responsables de los protestantismos. Añade:

—Es el Señor quien nos invita a su mesa, es él quien se ofrece a nosotros, y por esta comunión nos convertimos en un solo cuerpo, en el Cuerpo de Cristo.

Hago lo que me ha encargado: los miro, trato de comprender lo que no veo, detrás de sus ojos incrédulos. Primero solo reconozco la estupefacción, y no me resulta difícil comprenderla: lo que Tomás se dispone a hacer no tiene nombre. Desde hace mil años, los católicos y los ortodoxos están separados, y a pesar de que los anatemas de una y otra parte se levantaron en los años sesenta del siglo pasado, no se ha hablado nunca de comulgar a la misma mesa; los avances más importantes del ecumenismo con los protestantes no permiten esperar una aproximación a las prácticas eucarísticas hasta dentro de muchos años. Pero en esos remolinos, en esa ola interior que percibo en torno a mí, pronto veo, en miradas que se cruzan, en gestos para asegurarse ante el otro de que se ha entendido bien, en palabras murmuradas en lenguas que desconozco, en frentes que ya se arrugan para elegir acudir a la mesa o



decidirse a rechazar la invitación, que todos los cerebros calculan, interpretan. Más tarde algunos dirán que en ese instante se dijeron que iban a vivir un acto «profético», pero único. Uno de los «golpes de efecto» de Tomás.

Giuseppe Lombardi ya no es un hombre de «golpes de efecto»...

Tomás I recupera el aliento, sigue mirándonos con esa mirada oscura ahora, la que tiene cuando se dirige al corazón de aquel a quien habla:

—Puedo comprender que entre vosotros, mis hermanos y hermanas cristianos, algunos os sintáis desconcertados, cogidos por sorpresa, y que deseéis reflexionar, rezar, pedir consejo. Yo os digo: «Haced lo que vuestra conciencia os dicte». Esto no es asunto de un día, de una circunstancia. A partir de este día recibiré a la mesa del Señor a cualquier cristiano que lo desee, y compartiré el alimento del Señor con cualquier representante de una Iglesia cristiana que me invite a hacerlo; para que en el curso de esta eucaristía, cuando comamos este pan y bebamos de esta copa, celebremos la muerte y la resurrección del Señor hasta que llegue. Amén.

Los remolinos a mi alrededor se han convertido en una poderosa ola, una oleada de corazones y cuerpos... Tomás abandona la tribuna del púlpito, vuelve a la cátedra y proclama con voz potente:

—Y ahora, proclamemos juntos nuestra fe.

El coro acompaña la profesión de fe del Credo.

Miro a Tomás, «tan tranquilo como César después de haber atravesado el Rubicón», escribirá un periodista... Una voz me repite: «Y tú no estabas allí cuando la noche cayó sobre Dominus Flevit». Y otra voz más fuerte la contrarresta: «Ahora estás en medio de tus hermanos, que acudirán a la mesa contigo...».

En el momento de la consagración, Tomás es fiel a sí mismo, impresionante en presencia y recogimiento ante ese misterio que le supera; es uno con el sacramento que celebra. Después del padrenuestro, cantado también esta vez en arameo, Tomás, tal como ha anunciado, llama a los responsables de las Iglesias cristianas no católicas a que se unan a él en torno al altar. Los cardenales y los obispos católicos que concelebran con el Papa se apartan para abrir el círculo. Una decena escasa de personalidades se adelantan: tres patriarcas ortodoxos, patriarcas de las Iglesias orientales antiguas, un obispo anglicano y tres protestantes, entre ellos el pastor Froeliger. La pastora Lian Nô se ha abstenido de hacerlo. Más tarde explicará por qué.

Todos comulgan juntos en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, ante las cámaras del mundo entero. Los periodistas y los comentaristas, cogidos totalmente por sorpresa, tardarán unas horas en comprender la importancia de la revolución a la que acaban de asistir.

5.9.0

# DESPUÉS DEL SUEÑO



## ZONA DE TURBULENCIAS

Nosotros, en cambio, hemos comprendido inmediatamente el alcance de su gesto.

Dos horas después de la misa, volvemos a encontrarnos en el Patriarcado latino de Jerusalén. Solo está el primer círculo, los íntimos: Paul, JMC, el Che... Y Simon, el volcánico Simon, que enseguida vocifera:

—¿Quién te ha autorizado a hablar en nombre del Espíritu Santo, Lombardi? ¿Quién puede autorizarse a hacer de sus propias palabras una palabra de Dios?

—Ahora deberemos convertir lo que has predicado y lo que has celebrado en algo ordinario, y ya no meramente profético —interviene JMC.

Tomás responde a la vez a Simon y a Jeanne, más dueño de sí mismo que nunca:

—Creo que el Espíritu Santo me ha recordado el objetivo, la plegaria del propio Cristo: «Que todos sean uno». De modo que he acudido a la mesa con todos. Y ahora es cosa nuestra encontrar los medios para que esto sea posible. —Sonríe maliciosamente—. Pero Bartolomé me ha recordado que teníamos a nuestros padres en la fe y nuestra inteligencia para inventar los medios, a partir del momento en que el Espíritu nos ha inspirado el fin.

Tiene una expresión calmada; acepta no medir aún las consecuencias de su gesto.

—Cuento con todos vosotros para ayudarme a encontrar los medios sin ofender a nuestros hermanos bautizados, sin escandalizar ni decepcionar a los de nuestra casa, ni a los de las otras casas de Cristo...

El pequeño jesuita, que lo escucha con rostro grave, no parece inquieto. Paul, por su parte, suspira y se pasa la mano por la frente:

—Mientras tanto, JMC y yo nos esforzaremos por mantener en pie lo que aún se aguante y en controlar el caos.

—¿Tienes dudas sobre todo esto, Paul?

—Yo no dudo de nada. Te creo... Si es la voluntad de Dios para su pueblo, hagamos la voluntad de Dios. Olvidemos toda prudencia y veamos lo que ocurre...

—Suspira de nuevo—. Pero sé que lo que va a ocurrir en las próximas semanas corre el riesgo de convertirse en un embrollo inextricable.

De pronto se ve sacudido por una de esas risas atronadoras, sin duda porque, al decirlo en voz alta, ha cobrado conciencia de la magnitud del caos... Necesita un minuto para recuperarse.

—Pero no te preocupes, tu negro y tu prefecta harán el trabajo, como siempre. En el futuro avísanos una hora antes, podría resultarnos útil.

En estos términos expresa Paul Assoumou, esa noche, sus inquietudes y su

desconcierto.

Preveíamos sobresaltos, preguntas y dudas... Pero al principio una oleada de entusiasmo se desencadena en todas las Iglesias cristianas, incluida la nuestra: así pues, bastaba con hacer, con celebrar, para que la comunión se hiciera presente. El día de la reconciliación ha llegado.

A Roma llegan los ecos de adhesión, de esperanza, de alegría que siguen a este acto profético: la voluntad de Dios parece tan evidente, tan clara...

Pero nosotros sabemos que las preguntas acabarán por salir a la superficie: en particular los interrogantes de los investigadores y los sabios, los que desde hace años hacen el inventario de los obstáculos teológicos, eclesiológicos, canónicos...

En los días que siguen al Sueño, el Papa se presenta en los diferentes lugares de culto cristianos de Roma adonde es convidado, y se levanta después de la consagración para compartir los alimentos de la Santa Cena con los celebrantes...

Ya hay algunos que preguntan: «Cuando el Papa va a comulgar a los templos, a las iglesias ortodoxas, ¿es esta comunión una simple adhesión a lo que nos une bajo la mirada de Cristo? ¿O bien el Papa cree que el pan, porque fue consagrado por las palabras de Cristo en la noche de su Pasión, se ha convertido también aquí en el cuerpo del Resucitado, en la presencia real de Dios, hostia hecha carne?».

Paul interroga al Papa:

—¿Qué debemos responderles?

—¿Cómo responder si no tenemos la respuesta? Di que tal vez busquemos la respuesta mil años aún, pero juntos. Di que concelebraremos cuando empecemos a ver las respuestas, pero que al compartir hoy la misma mesa hacemos la voluntad de Cristo.

## LA PASTORA LIAN NÔ

**E**ste debate es demasiado erudito para que la inmensa mayoría de los creyentes lo comparta. En contrapartida, la hospitalidad de la pastora Lian Nô desencadena un auténtico huracán mediático.

La australo-vietnamita, responsable de la Conferencia Mundial de las Iglesias Reformadas, no ha subido, el día de Pentecostés, al altar del Papa; sabe que la Iglesia católica considera la ordenación de mujeres sacerdotes como un obstáculo suplementario que dificulta el encuentro entre confesiones cristianas.

En los días siguientes, la pastora envía este correo a Tomás:

No deseaba que, tras su gesto, mi presencia desacreditara a ojos de numerosos católicos esta invitación. No quise atraer la atención de los medios de comunicación sobre la presencia de una mujer ordenada en el altar de los católicos y enturbiar, con un acontecimiento anecdótico, lo que usted llevó a cabo ese domingo 13 de mayo.

Pero lo invito desde ahora a compartir la Santa Cena con nosotros, el domingo 17 de junio, en nuestro templo de Ginebra.

Le aseguro que esta invitación es totalmente sincera, aunque comprenderemos que le parezca prematuro aceptar una proposición como esta.

En caso de rechazo por su parte, nuestra Iglesia no hará ninguna publicidad del tema. Si lo desea, estamos dispuestos a discutir con usted sobre el eco que desee dar a nuestra celebración común.

Todos los que entonces se interesaron, aunque sea superficialmente, por estos acontecimientos, recordarán que Tomás I se presentó el domingo 17 de junio en el templo de Saint-Gervais de Ginebra, y que varias cámaras de televisión captaron el instante en que subía al altar para comulgar con la pastora que celebraba el culto. Al día siguiente, la cuestión, con frecuencia abordada y con frecuencia aplazada, se plantea de nuevo en todos los grandes medios de comunicación internacionales: ¿ordenará la Iglesia católica a mujeres sacerdotes?

Nosotros habíamos debatido ya largamente, apasionadamente, esta cuestión.

En este tema, JMC es la alabardera; ella mantiene el hierro en alto, ardiente, apremiante, como es a menudo en privado, sin consentir que le den largas tontamente.

—Irás a compartir la mesa eucarística con una pastora —dice—; ¿significa esto que un día en nuestra Iglesia las mujeres podrán ser ministros ordenados, Jacob?

—No he esperado a esta invitación para plantearme la pregunta, Jeanne. Lo sabes

muy bien.

—¿Y la respuesta?

—Es que tenemos ya una respuesta, JMC... —replica Paul, golpeando con el puño el apoyabrazos del sillón.

El león indomable se exaspera. Desde el Sueño tiene que sostener por sí solo, a pulso, todo el corpus de respuestas que su Iglesia ha elaborado durante veinte siglos, e incluso en ese despacho donde se supone que todo el mundo las tiene en cuenta, debe recordarlas sin cesar, como si no hubiera nada seguro.

Se enfrenta cara a cara a la prefecta.

—Hay una respuesta, sí. Una respuesta basada en argumentos serios, en una reflexión secular; no puedes barrerlo todo de un plumazo. —Y reproduce el gesto con el dorso de sus manazas, dispuesto a barrer a todos los que osen aproximarse a la Tradición sin respeto—. El argumento antropológico prevalece y, queráis o no, Cristo encarnado es un hombre, un hombre. —Paul habla *ex cathedra*—. Puede parecer lógico que los hombres representen a Cristo, el esposo de la Iglesia... Las mujeres, en cambio, no me parece que estén tan bien situadas para representar la figura del esposo.

—¿Y qué ocurre cuando el sacerdote interviene en la liturgia como figura de la Iglesia, como la esposa? ¿Cuando no se actúa *in persona Christi*, sino *in persona ecclesiae*?

—Vaya, vaya, la prefecta nos saca el latín... ¿Abres las hostilidades? ¿Vamos a empezar con la reflexión, señora prefecta? ¿Abrimos los manuales, afilamos los argumentos, trabajamos en serio y doy por inaugurado el debate, o vamos a contentarnos con una amable polémica feminista?

Jeanne-Marie palidece ante la ofensa:

—Dentro de un siglo, Paul, lo que sorprenderá a tu sucesor será que la polémica haya podido producirse, y te aseguro que no hablarán del feminismo de las sacerdotas hembras que entonces hayan sido ordenadas, sino de la falocracia de los que piensan hoy que solo se puede consagrar a los machos.

—Acepto la apuesta... Un siglo, ¿eh?

—De todos modos, ninguno de nosotros lo verá...

Los dos combatientes se vuelven hacia su Papa. Tomás se incorpora al debate.

Dice con calma:

—Aunque llegáramos a dar una respuesta diferente de la de hoy, y cualquiera que fuera esa respuesta, ahora es demasiado pronto; sería prematuro emprender una reflexión y una reforma sobre este asunto.

—¡Jacob!

—Jeanne, sabes perfectamente en qué punto estamos, apenas estamos digiriendo la creación del clero curial y los cambios en las delegaciones sacramentales. Algunos ven en mi invitación a compartir el pan eucarístico un ataque contra el sacerdocio ordenado. ¿Crees realmente que el momento es oportuno?

—¿Y por qué no diaconesas?

He sido yo quien ha hablado. Todos se han quedado sorprendidos, y aprovecho la situación para seguir.

—Después de todo, los diáconos no tienen que digerir los mismos cambios; tu reciente propuesta de compartir la eucaristía no les concierne directamente, y sería un primer paso...

—Pero Chiara me arrancaría los ojos, *fratello*... Bromeas... —Sacude la cabeza, riendo—. No, hay que ser sacerdote y célibe para atreverse a sugerir que las mujeres tienen una vocación particular para el servicio... —Hace una pausa, vuelve a ponerse serio—. Creo, sobre todo, que antes de tomar medidas a medias tenemos que reflexionar sobre lo que hace ya diez años decía la señora prefecta: ¿qué es un hombre, qué es una mujer, y tiene cada uno de los dos una vocación específica en función de su género?

La alusión a esa velada, tan bien regada por parte de JMC, ha hecho sonrojarse a la prefecta; a menos que haya sido el placer de constatar que las ideas que lanzó entonces han permanecido vivas en el espíritu de este Papa. Esta satisfacción la ayuda a tragarse el entierro de primera clase de «su» reforma.

—Por el momento —añade Tomás para apaciguarla del todo.

## LA ESTATUA DE ÉBANO

**S**in duda JMC habría vuelto a la carga sobre el tema de la ordenación de las mujeres si el Sueño no hubiera tenido otras consecuencias...

El mundo católico y las Iglesias cristianas tratan de comprender el «sermón del Sueño», y a falta de otros elementos aparte del relato, se inicia una especie de carrera de interpretaciones.

Los editores se entregan con entusiasmo a la labor; aquí se solicita un teólogo, allá un biblista, un tercero imagina un diálogo entre los dos. Y también se anuncian varios estudios realizados por psicoanalistas.

Con la complicidad del Che y de Froeliger, el secretario de Estado decide entonces organizar un «comando de choque» del que también yo formo parte. Nos hemos fijado un objetivo falsamente simple, por poco compatible con la manera de obrar de Giuseppe Lombardi: vamos a conminarlo a que se explique.

Hecho excepcional, Paul nos invita a su casa, con el Papa. El secretario de Estado estima que el momento es grave...

Su apartamento, en el quinto piso de la piazza San Calisto,<sup>[259]</sup> es un modelo de pobreza monástica: paredes desnudas y blancas en la habitación, la cocina; en el resto, el despacho y la sala de estar, cubiertas por decenas de estanterías, donde obras austeras comparten el espacio con tesis oscuras, manuales, diccionarios. En la sala, una gran mesa, aún medio cubierta de expedientes, servirá para la cena. La lámpara del techo lanza sobre toda la habitación una luz cruda.

Una única nota personal nos recibe desde el momento de la entrada, frente a la puerta: una maternidad ashanti de Ghana, de ébano, de tamaño natural, una pieza rarísima. Representa a una mujer con el vientre ya bastante hinchado, de senos pesados... Nos la muestra diciendo:

—Siempre tengo ante mi vista el modo como mis hermanos negros «evangelizados» siguen invocando a los espíritus para que sus mujeres se conviertan en madres. Yo que soy también el guardián de una esposa, que debe permitirle convertirse para cada uno en una madre, encuentro en ella cada día, en mi sala de estar, un recordatorio útil.

Ya está servida la mesa; la comida espera en la cocina, al vacío: Assoumou no es un anfitrión muy experto.

Pero no se trata de dar pruebas de hospitalidad. Paul empieza directamente, sin preliminares oratorios.

—Jacob, vamos a darnos contra la pared. No niego que el Sueño de Pentecostés proceda del Espíritu Santo. Pero ahora que lo llevas por nuevos senderos, debes



conducir a tu rebaño con firmeza; si no, se convertirá en una presa fácil para los lobos y para todos los falsos pastores...

—He conocido a gente que mantenía un discurso alimentado con las mismas palabras, Paul... Eran los amigos y los cofrades de Franjo Dränic.

—Y según tú, ¿esto convierte a mi discurso en estúpido o provocador? Escúchame, Jacob... Escúchame por una vez. En diez años, Silvestre, y luego tú, habéis propuesto a nuestra Iglesia cambios profundos... Y confiáis en el Espíritu para hacerlos palpitar en el corazón de nuestro pueblo. —Mira a Jacob—. Sin duda esto es muy bello, muy espiritual, muy entregado. Pero es una animalada.

Todos miramos al cardenal Assoumou, que, por primera vez desde que lo conocemos, se enfurece con su amigo y su Papa. Paul continúa...

—La grandeza de la Iglesia es precisamente no ser inhumana, no parecerse a no sé qué comunidad soñada, asamblea de santos o comunión de místicos. —Está tan indignado que su mano bate el aire como un látigo—. Nuestra Iglesia es una gran máquina, grande y pesada... —El gigante negro se levanta y muestra su biblioteca—. ¿Ves todos estos libros? ¿Todos estos tomos que la Iglesia ha producido, que Nuestra Madre ha parido desde hace siglos? —Sus dedos recorren los lomos—. Son cosas extremadamente sabias y cargantes que no interesan a más de tres especialistas en el mundo, entre ellos yo... Todos estos textos son muy explicativos, muy de enseñanza básica, Jacob. Nada tan carismático como tu homilía de Pentecostés: un sueño, casi una profecía.

Paul se aparta de la biblioteca para colocar su gran mano sobre la cabeza de su «maternidad ashanti». Su palma abraza el cráneo de la estatua como un casco sobre la cabeza de la madre...

Acaricia la cabeza y dice:

—Yo, en mis estantes, no tengo los libros que Monica Lombardi te enseñó a conocer de niño. Yo no leo la poesía de los negros, tú la conoces mejor que yo; en mi bagaje no se incluye la literatura medieval o moderna; tú, en cambio, sabes, tu madre te enseñó. —El cardenal da golpecitos con su inmensa palma rosa en los cabellos de ébano de la maternidad—. A mí, mi madre, la Iglesia, me dio todo esto que leer: textos precisos, jurídicos, dogmáticos, en los que se ha ponderado cada palabra por su sentido y sus contrasentidos, en los que se siente en cada letra el esfuerzo del pensamiento. Textos que carecen de soltura, de preciosismo, de fuerza, tal vez incluso de esperanza.

»No voy a hablarte del Espíritu Santo, como el Che, Jacob. Voy a hablarte de cómo funcionan nuestra familia y aquellos que la componen... Algunos son como yo, no han recibido la educación necesaria para comprender las alegorías bíblicas, las variaciones contemporáneas sobre escenas evangélicas y los sueños en general. Solo quieren saber adonde vamos, y lo que pueden creer. Tal vez no sea bastante evangélico, sin duda no es muy poético, pero lo necesitan...

»Y además, hay otros que creen haberlo captado todo pero no han comprendido

nada. Y otros que evitan las preguntas, por miedo a reflexionar... Es el pueblo cristiano, Jacob; un pueblo de nuca rígida y cabeza dura.

»De modo que explícate, Jacob. Si para esto tienes necesidad de que se celebre un concilio dentro de un mes, yo te organizo un concilio en tres semanas. Si quieres esperar dos años antes de publicar una carta encíclica, anuncio la fecha y hago que todo el mundo se cargue de paciencia... Pero es necesario que digas que vas a explicarte. Que lo digas pronto, para que nadie lo haga por ti.

Este discurso-río se termina, pues, con un ultimátum. Giuseppe, con mirada seria y voz grave, se vuelve hacia el Che:

—¿Qué sentido tendría una encíclica?

—Ningún sentido, Giuseppe. Fuiste tú quien tuvo el Sueño, no el colegio episcopal. Debes explicarte en tu nombre, si deseas hacerlo. —El Che hace una pausa—. Y deberías hacerlo...

—Dietrich... ¿Cree que las otras Iglesias esperan también un «manual de instrucciones»?

—Creo que difícilmente es posible ahorrárselo —confirma Froeliger.

—Bien...

Reflexiona en silencio, tal vez dos minutos. Nosotros esperamos. Paul, de pie, sigue palmeando el cráneo de la estatua.

—Por lo que hace al concilio, todavía no puedo responderte, Paul. Pero no digo que rechace la idea... En cuanto a lo que voy a escribir, trabajaremos en ello este verano.

—¿Nosotros?

—Necesito vuestras preguntas y vuestras objeciones. Sobre todo las tuyas, Paul. ¿Qué hacéis el mes de agosto? ¿Podemos organizar una sesión de trabajo en Castel Gandolfo?

A las recriminaciones de Assoumou debemos la supresión de las vacaciones de ese verano y la publicación de la breve obra que aparece en Navidad de 2035 firmada por Tomás: *El Sueño de Jerusalén. Una explicación*.

Pero ni el cardenal africano, y ni siquiera Tomás, habían imaginado que ese viaje en busca de la llave de los sueños los llevaría tan lejos.

5.10.0

# ELEVACIÓN



## EL ANIMAL DE SANGRE FRÍA

El mes de agosto se dedica al estudio.

Durante todo el día hacemos listas de las preguntas que permanecen abiertas, de las que surgirán. Decidimos cuáles pueden esperar, cuáles deben remitirse a la autoridad del concilio, si se celebra..., y cuáles incumben exclusivamente al Papa. «Eres tú el soñador, de modo que te corresponde a ti solucionarlas», le recuerda Assoumou. En ese verano, el cardenal negro se muestra mordaz; sus furores, sus despechos son contundentes, pero no duda de que el Espíritu Santo ha hablado por boca de Tomás. De manera que se encoleriza contra el Espíritu Santo, furioso porque se permita «montar este embrollo, ahora que por fin lo tenía todo bien ordenado».

El calor es terrible. Un sol abrasador se abate sobre los campos y asciende insidiosamente hasta nuestro retiro de las montañas romanas. En este horno, nuestro ardor en el trabajo solo se salva gracias a dos preciosos auxiliares: la piscina, por un lado, que Juan Pablo el Grande hizo excavar en el jardín de la casa de verano, y por otro el Che, desbrozador de paso renqueante, de voz pobre, de pensamiento más vivo bajo el calor que todas nuestras pobres mentes reunidas. Bartolomé es un teólogo de sangre fría.

Paul lo ha bautizado provisionalmente como Sigmund Freud, ya que debe ayudarnos a interpretar los sueños; pero a veces también le da el nombre de Joseph<sup>[260]</sup>, continuador del linaje de Isaac y Jacob.

Todas las mañanas trabajamos juntos. Pero las tardes son para ellos dos; yo solo estoy allí para tomar notas, mientras Paul y JMC se ocupan de los asuntos corrientes o articulan nuestras conclusiones matinales. Simon lee, a la sombra, tesis científicas sobre temas oscuros.

Por la noche, el dúo pone a prueba sus intuiciones. En el rostro de los espectadores nocturnos puedo calibrar lo que me oculta la conversación natural, viva, entre el jesuita y mi Papa: Jacob y Joseph están inventando una teología nueva, una teología inédita —la «teología pobre»—, un nuevo continente del que el Sueño solo sería la tierra emergida, percibida desde lejos, una tierra que ahora abordan.

Los dos leen las frases que han anotado, los elementos dispersos de una reflexión en movimiento, ligera y ágil como el puma, de una fantástica eficacia.

A lo largo de estas veladas del mes de agosto, escuchamos estas palabras:

Hay una vía de la impotencia, un camino de la insuficiencia que

recorre toda la Biblia. ¿Ha pecado el ciego de nacimiento? ¿Aquellos a quienes aplastó la caída de la torre de Siloé son castigados, son culpables? Jesús nos invita a no saberlo.

Puede existir otra teología, no solo humilde, no solo modesta, sino radicalmente pobre. Esta teología es un pensamiento, un trabajo, que pone en jaque su propia búsqueda, que encuentra la verdad en el fracaso: nosotros no podemos atrapar a Dios, solo podemos fracasar, y con esta condición puede Dios atraparnos.

Decir que Dios es demasiado grande, que yo no puedo alcanzarlo, es profesar el temor y el respeto ante la trascendencia; pero nada impide entonces escribir sumas teológicas, porque sabemos que todas ellas apiladas no llegarán a alcanzar la altura de Dios...

La teología pobre es un camino totalmente diferente, es una teología que se pone en busca de este Dios que comparte nuestras derrotas: el Dios que nos revela Cristo, Dios de la impotencia, del despojamiento, que no resuelve la cuestión del mal, la cuestión de la muerte, pero que la afronta, solo, desnudo, llorando y en medio de la angustia, abandonado incluso por su Padre. Y así la atraviesa y triunfa sobre ella.

La radical pobreza de Dios, su impotencia, solo puede ser encontrada y servida en el corazón de nuestra propia pobreza; no podemos descubrirla si no es despojándonos hasta el extremo.

## VERDAD DEL ENCUENTRO

**L**os vemos dar vueltas en torno a la cuestión.

Como cazadores, van reduciendo sus círculos progresivamente. Muy pronto han llegado a una comprensión de dos de las tres visiones: Emaús es una llamada; Tomás enseguida ha extraído de ella un gesto, y ahora corresponde a los canonistas, los teólogos, los eclesiólogos, partir de ahí. La visión del trigo y la cizaña es clara: solo Dios sabrá, el día de la cosecha, separar en cada uno de nosotros, separar en la Iglesia, los pensamientos y los actos que le hacen justicia y los que lo desfiguran.

Pero tropiezan sin cesar con la primera visión: ¿por qué Tomás, el Papa magnífico, es un hombre rico? ¿Qué riqueza es esa que impide a la Iglesia seguir a Cristo; qué grandes bienes son esos que habría amasado como sirvienta fiel de los mandamientos, como lectora respetuosa de la ley y practicante amorosa de las voluntades del Señor? ¿Qué le impide seguir a su Señor para irse llena de tristeza?

Las exposiciones se suceden, se siguen, se discuten ahora...

La teología pobre es ingrata, muerde la mano que la alimenta: la mano de la razón, el deseo de conocimiento. Pero no se resuelve por ello en la miseria intelectual. La teología pobre no es una teología que renuncia, sino una teología que desea sin poseer nunca su objeto.

Paul interviene:

—¿Renunciáis a la idea de Verdad? ¿Renunciáis a la idea de que Dios puede decirse, alcanzarse por la razón?

Giuseppe vuelve tres páginas de su libreta y lee lo que han escrito sobre el tema:

La teología pobre, ¿es un relativismo? No, es una teología que sostiene que Dios es Dios, que existe en Dios un absoluto de lo verdadero, de lo bello, del bien. En esto podría decirse que es objetivista.

Pero toma en consideración, radicalmente, la debilidad del pensamiento. El pensamiento humano no puede ser reducido al absoluto, grabado; es falible, aproxima. Desgraciados de nosotros si idolatramos nuestras ideas, nuestros dogmas, nuestras teologías. Solo adoramos a Dios, que es un Dios en desvelamiento, un Dios presente «furtivamente», aquí y ahora, encarnado en el encuentro con el otro y en la celebración de los sacramentos; misteriosa presencia que se aleja cuando queremos atraparla, pues es ella la que nos atrapa; Dios nos ha hecho para él, y no a él para nosotros.

Simon objeta:

—No me gusta este modo de condenarse a no saber nada con el pretexto de que

no podemos comprenderlo todo. No me gustan los pensamientos apofáticos...<sup>[261]</sup>  
Mira lo que ocurre en materia científica, Lombardi: descubrimos continuamente que antes nos habíamos equivocado, pero esto no impide las hipótesis ni las teorías ni las verificaciones...

—Salvo que nosotros no describimos un mundo, Cervin... Nosotros no podemos levantar un retrato de Dios... Espera. —De nuevo hojea su libreta—. «No estamos condenados al silencio. Podemos decir lo que sabemos de Dios, pero de un modo fugaz, circunstancial. Porque la verdad fundamental del cristianismo es una persona: Cristo no da la Verdad, él ES la Verdad, el camino. ¿Cómo podemos poseerlo, entonces, como podemos pretender captarlo?».

## LA TORRE

**H**emos llegado finalmente al momento del desvelamiento: a la primera visión, la hora de la verdad... Es el 20 de agosto, y Tomás y Bartolomé han necesitado estas tres semanas para colocar sus marcas en el bosque del saber; allí avanzan los dos como corredores de pista, sin preocuparse por desbrozar, preocupados solo por ir hasta el corazón del misterio y por que puedan seguirlos, encontrar su camino.

Hace tres días que sus conversaciones se extienden desde la salida hasta la puesta del sol. Ya no dicen nada. Desde hace tres días vuelvo a tomar notas por mi cuenta, esperando.

Esa noche Giuseppe sirve personalmente un coñac a sus invitados. Tiene algo que decirnos, y nos pide que lo dejemos llegar hasta el final. Me dispongo a tomar nota... Me dice:

—Déjalo, *fratello*... Este será el núcleo del libro que publicaré por Navidad. Y lo escribiré yo mismo. <sup>[262]</sup>

Durante mucho tiempo he intentado descubrir qué grandes bienes eran esos que me agobiaban, que agobiaban a la Iglesia que Pedro y sus sucesores recibieron a su cargo. Entonces miré a mi alrededor para descubrir cuál era el tesoro, la riqueza inmensa sobre la que descansamos.

Y eso fue lo que apareció ante mí: este tesoro se parece a una torre; sin duda la más increíble, la más bella construcción que la humanidad ha sabido erigir con manos humanas de generación en generación desde hace veinte siglos; una torre que va más allá de las lenguas y las culturas de todos sus constructores, que supera los miedos y las dudas, que va más allá del tiempo y la historia, de la geografía, de las desavenencias y las transformaciones, de las tribulaciones; una torre a la que no dejamos de añadir piedras, que crece sin cesar, tendida hacia el cielo, tendida, hacia el Padre, fundada sobre Cristo y el Evangelio. Los constructores no han sido unos locos, no han edificado sobre arena sino sobre la roca, sobre Cristo; y las piedras que son los padres, Ireneo, Jerónimo, Agustín; las piedras que son los doctores, Juan Crisóstomo, Tomás, Teresa de Ávila y Juan Pablo el Grande, ascienden todas hacia el cielo, hacia Dios.

¿Quién puede destruir esta Torre? ¿Quién puede desear destruirla? Ella es nuestro tesoro, la Tradición, lo que, desde nuestros primeros padres hasta los últimos, nos ha educado en la comprensión de la Escritura, en el desvelamiento de la Verdad revelada.

Sé que nuestra Torre no nos permitirá nunca tocar a Dios, conocerlo; pero ¡qué tentadora es la ilusión de pensar que Dios se deja atrapar! ¡Qué fácil es, para quien se encuentra tan alto, tan cerca del cielo, quemado por el sol, pensar que comprenderá, que lo comprenderá todo, y que incluso atrapará la luz e iluminará su torre!

Cuando Dios viene al mundo, no se explica; se entrega.

En la cima de nuestras sumas teológicas, en el remate del edificio, en



las capas de nubes entre la Tierra y el cielo, nos parece ya oír el canto de los ángeles; nuestro saber nos ha acercado a sus alabanzas.

Ya no somos del mundo, ahora estamos fuera del mundo, y desde estas alturas, aéreos ya, podemos observar el mundo de los hombres; los paisajes aplastados por la altitud, desfigurados por la altura, reducidos a simples motivos geométricos, rectángulos de campos, manchas de ciudades y trazos de carreteras; un mundo que parece simple. ¡Qué tentadora es esta ilusión de pensar que el mundo se deja ordenar! ¡Que podemos poseer la explicación de sus desórdenes, para escribir su historia clara, recta, inspirada!

Cuando Dios viene al mundo, no lo explica; recorre sus caminos.

¿Qué hemos hecho de la Torre, edificio sin arquitecto cuyas piedras han sido colocadas aquí, y allá rechazadas?; construcción anárquica a veces, cuya belleza reside en su grandeza: algunas torrecillas frágiles son como excrecencias; algunas escaleras no conducen a ninguna parte; algunas cámaras son habitaciones ciegas, sin salida... Y en adelante nadie se atreve a sacar la menor piedra, por miedo a que el edificio se derrumbe. ¿Hay que ocultar esta anarquía de las piedras agrupadas, hay que levantar murallas en torno al bosque de piedras, en torno a la abundancia mineral de la Torre, para disimular nuestra debilidad a ojos de los adversarios?

Desde hace veinte siglos hemos levantado murallas en torno a nuestra roca fundacional, para que nadie pudiera llegar a Cristo sin pasar por nuestras puertas y nuestros puentes.

Desde hace veinte siglos cimentamos las piedras, levantamos otros muros, infalibles, inexpugnables, en torno a nuestras piedras; nos parece que la empresa está muy cerca de triunfar, que pronto tocaremos el cielo; hay que evitar que el Adversario surja y penetre en nuestros muros... Las murallas han dado nueva coherencia al edificio; hemos restablecido toda la Torre para formar un solo bloque, poderoso, fortaleza inexpugnable; en adelante, la Tradición viva estará grabada en las tablas de piedra del Dogma; así la tenemos a mano, podemos recorrerla, no se nos escapará. Lo que estaba inscrito en los corazones de carne de los que nos precedieron, está ahora grabado en la piedra.

Desde hace unos meses entreabrimos nuestras puertas para que nuestros hermanos de otras Iglesias cristianas puedan entrar en la Torre y revisitarla tal vez, aportarle sus piedras... ¡Que vengan! Y, con todas las defensas bajas, podremos acogerlos y dialogar.

¿Es esto suficiente?

Creo que es necesario que hagamos más. Creo que el Señor nos llama a abandonar nuestros mayores bienes para seguirlo. Mientras permanezcamos en la Torre, nos será imposible seguir a Cristo por los caminos; salvo si pensamos que él está allí, que hemos conseguido encerrarlo, que se encuentra cercado en nuestra construcción... ¡Y ay de nosotros si es así! ¡Porque nos estaremos engañando sobre nosotros mismos y sobre Dios!

Creo que tenemos que descender de la Torre. Creo que debemos dejarla atrás, sin girarnos, sabiendo que se yergue aún en la lejanía; dejemos que los historiadores, los arqueólogos del dogma, la revisiten, tomándose el tiempo de recorrer sus salas, sus sótanos, de acariciar las piedras, de contemplar el conjunto. Pero nosotros dejemos atrás las piedras muertas, no nos llevemos con nosotros sino la Tradición viva y la Palabra, emprendamos el camino desde hoy para seguir al Hijo del Hombre, que no tiene una madriguera como el zorro, que no tiene una piedra donde reposar la cabeza. Nosotros lo interrogamos: «¿Dónde habitas?». Y él nos llama: «Venid y ved...».

Vayamos. Veamos.

Pongámonos en camino, dejemos de ascender hacia el cielo; recorramos la Tierra, simplemente desarmados por su Palabra, leyendo y releendo lo que nuestros padres supieron y conocieron de Dios, inspirados por el Espíritu Santo; pero sosteniendo que no sabemos nada.

Bajemos de la Torre, surquemos la Tierra, para que de todas las naciones hagamos discípulos. Y Él estará, lo prometió, siempre con nosotros hasta el fin del mundo.

## «TIEMBLO POR MI MADRE...»

**E**sa noche, después de que haya dicho estas palabras, todos los miramos a los dos: al Che y a su Papa.

—Jacob, estás cortando la rama del árbol en la que nos sujetamos nosotros, los cardenales —dice Paul.

—Sé que...

Un silencio.

—Temo que quieras lanzar a tu Iglesia desde lo alto del Templo, pensando que los ángeles la llevarán en sus manos para que no se estrelle. Temo que estés citando la Palabra contra la Palabra... Pienso, al oírte, en el relato de las Tentaciones, y tiemblo...

Calla.

Por sus mejillas empiezan a rodar las lágrimas; el hombre que no lloró con la muerte de Gowon, que no lloró con la muerte de JB, el hombre indestructible llora.

—Tiemblo por mi Madre la Iglesia, Jacob. Creo que eres aquel que hemos elegido para ser su Pastor, creo que el Espíritu Santo habla cuando te encuentras en medio de tus obispos. Pero aquí te veo solo...

Assoumou se inclina y coge de la mesa uno de los puros cubanos que constituyen el vicio del cojo. Nunca lo he visto fumar. Enciende el habano, lo mordisquea.

—La Iglesia que tú amas, como la amo yo, se sostiene sobre dos pilares, dos columnas: la Eucaristía, que realiza la comunión entre todos nosotros, y la Tradición, que realiza la comunión entre los siglos... Y tú, en cuatro meses, revisas estas dos columnas, y lo que dices de ellas, lo que haces con ellas, corre el riesgo de minar sus fundamentos...

Observa cómo el humo azul le sale de la boca. Las lágrimas siguen rodando por la gran cara redonda, negra, con el cráneo enorme.

—No llores por las piedras muertas, Paul. La Iglesia que tú amas, que tú veneras, está viva, y cada día da a luz a nuevos hijos, a nuevas hijas.

—¿Puedo seguirte, Jacob? Escucho, medito en todo lo que proclamas desde Pentecostés. Me mantengo a tu lado, trabajo para que la Iglesia universal acoja tus palabras, para que las reciba como frutos del Espíritu Santo. Pero tiemblo, ahora... Ya no sé...

—Yo también tiemblo, Paul... No sé qué nuevo diálogo entablamos con la Escritura, con la Tradición.

»El libro que voy a escribir no es una encíclica, Paul, sino un libro de Giuseppe Lombardi, elegido por sus hermanos cardenales como el papa Tomás... No quiero

comprometer la autoridad que me ha sido dada para proponer esto: solo puedo decir lo que he oído, lo que creo. No soy propietario único del Espíritu Santo, y el porvenir de la Iglesia no está solo entre mis manos.

—¿Qué harás? —pregunta Paul.

—Antes de abrir el bautismo a los no judíos, Pedro convocó lo que la historia conoce como el Concilio de Jerusalén. Dos mil años más tarde, tenemos que convocar un nuevo concilio.

—¿Ahora, enseguida? —dice, azarada, Jeanne-Marie.

—No enseguida. Escribiré este libro. Luego dejaré que mis hermanos obispos se tomen tiempo para reflexionar; y nos dejaré tiempo suficiente para fijar los términos de la convocatoria del concilio.

¡Y así sucede! El concilio ecuménico que se inaugura dentro de cuatro meses, en Pentecostés de 2038, propondrá las primeras respuestas, los primeros caminos hacia el porvenir. ¿Estimaré que la Torre es el lugar del encuentro, que no hay que dejar nunca de construir y reconstruir, incluso si no alcanzamos nunca el cielo? Y si el concilio escucha a Tomás, ¿qué libertad instaurarán todos los obispos del mundo, cuándo inventarán un nuevo diálogo entre la Tradición y el Espíritu Santo?

No podemos profetizarlo, y nada de lo que he oído en Castel Gandolfo compromete el porvenir.

## EL CUERPO Y LOS MIEMBROS

**D**urante el otoño de 2035 y el invierno que sigue, la gran nave de la Iglesia afronta turbulencias... En todas partes, desde la Curia a la más pequeña parroquia, se lanzan infinidad de preguntas que nos asaltan como olas que no cesan.

El barco cabecea, se escora, cruje. Paul dice: «Avanzamos porque nuestro Papa ha fijado el rumbo, y calafateamos las vías de agua, pero ¿cuánto tiempo podremos aguantar?».

Tomás escucha a su secretario de Estado, que teme por la unidad. Y nombra a la persona más próxima a él, a su gemelo, su «hermanito». El cardenal<sup>[263]</sup> Thomas Poopaddy abandona en noviembre su diócesis de Nueva Delhi para ponerse a la cabeza del dicasterio *Cor unum*, encargado de hacer trabajar a todos los demás, de asegurar la unidad y la coherencia de la «máquina eclesial». El indio ha sido propuesto a Tomás por el propio Paul, seguro de que la experiencia del «cazador de vampiros» le ha proporcionado un excelente conocimiento de los bastidores de la Iglesia, una verdadera preocupación por la comunión.

A pesar de sus inquietudes y de su mal humor, el «heraldo de África» encuentra tiempo para darle un apodo al recién llegado: «Tú te encargas de que haya paz en la máquina, te llamaremos Gandhi».

La aparición de *El sueño de Jerusalén*, en Navidades de 2035, en cerca de ciento cincuenta idiomas, es un acontecimiento tanto editorial como eclesiástico. Cada vez son más los teólogos que escriben que el Papa debe preparar un concilio, que solo la reunión de todo el colegio episcopal puede responder ahora a las numerosas y apremiantes preguntas que el propio pontífice dirige a la Tradición.

El 31 de diciembre, Paul come con nosotros en el piso romano. Assoumou suelta bruscamente la pregunta:

—Jacob, ¿cuándo anunciarás el concilio?

—No lo sé, de aquí a tres o cuatro años, el tiempo de llegar al extremo de los cuestionamientos.

—Es lo que imaginaba. —Paul hace una pausa—. Para mí ha llegado el momento de marcharse, Jacob.

—¿Dimites?

—Te pido que me envíes de vuelta a mi casa... Dentro de unas semanas cumpliré setenta y tres años. He pasado siete años bajo la amenaza de los mexicanos y catorce

ya en la Curia. Para mí ha llegado el momento de volver a mis tierras. —Y añade, sonriendo como un viejo marabú, como siempre que se refiere a la sabiduría de su continente—: He hablado mucho, ahora soy bastante viejo y sabio para escuchar.

Giuseppe reflexiona.

—Necesitarás un secretario de Estado plenamente operativo para organizar el concilio —argumenta Paul—. Cuanto más pronto llegue mi sucesor, más pronto estará listo para hacer funcionar la máquina.

—Paul, necesito una respuesta clara para la pregunta que voy a plantearte...

Assoumou asiente.

—¿Nos dejas porque crees que no estamos en el buen camino?

—No. Creo que hay que explorar ese camino, y para hacerlo necesitarás a gente aventurera, a hombres y mujeres dispuestos a navegar entre incertidumbres, en medio de la tempestad tal vez...

—De entre nosotros, tú eres el que ha afrontado más tempestades.

—Pero sin moverme, Jacob. Permanecí firme en la tormenta porque conocía mi tesoro; me aferraba a lo que sé del Evangelio y de mi Madre. —Su voz baja de tono—. Pero no sé si podría navegar sin estar seguro de nada, en aguas profundas; no estoy seguro de quererlo tanto como tú...

Giuseppe asiente a su vez.

—¿Me darás seis meses para encontrarte un sucesor? ¿Y volverás a convertirte en el Indomable, y no en el tipo resignado que tengo delante desde hace un trimestre?

En el mes de febrero, dos obispos —un polaco y un español— publican un artículo de opinión en el gran diario internacional *World News & Tribune*, titulado con una frase del Evangelio: «¿Y nosotros que lo abandonamos todo para seguirte?».

Fuimos ordenados para celebrar un sacramento, y nos apoyamos en la Tradición para afirmar que cuando celebramos el misterio eucarístico, es Cristo quien se encarna, realmente presente en la hostia.

Pero nos hemos sentido turbados, en estos tiempos en que un viento nuevo sopla sobre todas nuestras certidumbres. Cuando el Papa va a comulgar a la mesa de las otras confesiones cristianas, ¿cree que Cristo está realmente presente en el pan convertido en cuerpo de Cristo?

1. Si lo cree, ¿significa esto que el sacramento de la ordenación que nosotros hemos recibido ya no es el medio por el que Dios confía a sus discípulos que celebren su presencia?
2. Y si no lo cree, si celebra solo en esta cena compartida la comunión entre hermanos, ¿cree aún en la presencia, real, sacramental, de Cristo en el pan eucarístico cuando se encuentra en un altar católico?

Paddy resume las inquietudes que agitan a la catolicidad. «Giuseppe, se preguntan si crees todavía en la presencia real de Cristo en el momento de la misa».

Tomás I responderá a las inquietudes y a las preguntas con un gesto. Su fe tomará una vez más el camino de la música: el Papa celebrará lo que cree; *lex orandi, lex credendi*.

El jueves de la Semana Santa de 2036, día de la festividad del sacerdocio y del misterio eucarístico, ha preparado la celebración con esmero.

Ha elegido como vestiduras litúrgicas ornamentos muy sencillos: un alba blanca, la estola que recibió veintidós años antes de manos de monseñor Morro, el día de su ordenación sacerdotal; por encima, una amplia casulla de lino blanco, bordada simplemente con el símbolo del pez y las letras ICTUS<sup>[264]</sup>. Nosotros nos encontramos tras él, el Che a la derecha, y yo a su izquierda; de refuerzo, tal como nos ha pedido, por si su brazo se debilita en lo que ha previsto.

La basílica está sumergida por completo en la penumbra; solo está iluminado el altar.

Pronuncia las palabras de bendición sobre el pan, fruto de la tierra y del trabajo de los hombres. Repite el memorial de la Cena, de la Última Cena, con las palabras de Cristo. Dice: «Tomad y comed, este es mi cuerpo, ofrecido por vosotros...».

Luego levanta la hostia, violentamente iluminada, como el altar. Entonces se elevan de la oscuridad diez voces, diez voces graves, profundas, intensas; diez voces que cantan *a capella* esta única palabra: «Jesús». Y otras diez responden, repiten el nombre, lo salmodian de una forma idéntica: «Jesús».

Y los primeros responden de nuevo: «Jesús, Jesús...»<sup>[265]</sup>

El canto se eleva, luego refluye, luego vuelve, como un himno lacerante, poderoso como una ola.

El Papa, simple sacerdote, simple ostensorio para la hostia que presenta, permanece así, con los brazos levantados; y durante trece inmensos minutos, las voces se responden ascendiendo en la oscuridad y cantando este simple nombre: «Jesús, Jesús, Jesús...».

Cuando ese jueves invita a algunos hermanos de las otras Iglesias a compartir la cena en el altar, nadie duda ya: Tomás I cree realmente que comparte con ellos el Cuerpo de Cristo.

5.11.0

# EL FIN DE LOS FRANCESES





## RELEVO

**J**unio de 2036. Los seis meses que Giuseppe había pedido a Paul para preparar la sucesión se han agotado...

Entretanto el pontífice ha dado la consigna de ampliar, de rejuvenecer los reclutamientos para preparar la generación futura.

En adelante, «la prefecta» aparecerá siempre flanqueada por su último descubrimiento, una joven mauriciana llamada Perpetúe Sable d'Orcheville, que ejerce la ingrata profesión de canonista... Si la «virgen fría» se ha ido «humanizando un poco» en el curso de los años, su joven perla negra no ofrece «ningún signo real de existencia corporal», comenta Paul. Y añade: «JMC le enseñará a ocuparse de Dios antes que del reglamento, y PSO parece fiable para afrontar todas las cuestiones que le planteará tu obra...».

Leah asciende a Teresa Deng, de treinta y ocho años, que se trajo después de la crisis de Pyong Yang. Tránsfuga del Alto Comisionado para los Refugiados, hace tres años la joven sino-coreana consiguió hacer que pudieran cruzarse las familias coreanas de uno y otro lado del paralelo 38 que deseaban volver a su hogar o encontrarse con los suyos. La cardenal dice de ella: «Tiene fe, esperanza y un excelente *savoir-faire*... Le falta un poco de experiencia, mucha confianza, y será genial». La reina negra quiere marcharse antes de que Steven cumpla setenta años...

Con los Strecke, Giuseppe completa su cuadro de cuádragenarios y quincuagenarios de alta gama. La elección es audaz, como lo fueron algunas del inicio del pontificado. Wolfgang Strecke<sup>[266]</sup> es un teólogo alemán catalogado como «contestatario»... Su nombramiento para la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, compartiendo presidencia con su esposa brasileña Ceasaria Strecke-Liboa (teóloga también), es una profesión de fe: el Evangelio es anunciado a los pueblos del mundo entero por los laicos y las parejas. El futuro dirá si su trabajo alcanza el nivel que promete su fuerza de inspiración...

Pero la figura de altura que asciende es un sexagenario. Tomás ha elegido a Enzo Ambroselli para «reemplazar» a Paul. Es una elección de la cabeza más que del corazón. Este uruguayo, ordenado sacerdote el año en que Giuseppe se casó, fue un resistente discreto pero fiable durante la Black Decade; nombrado obispo a la llegada de Jean-Baptiste, Silvestre lo eligió en 2024 para ocupar la presidencia de la Conferencia Episcopal Latinoamericana, después del sínodo triunfal de Puebla.

Monseñor Ambroselli, que tenía entonces cincuenta años, se las arregló a la perfección para sacar adelante la dura tarea de reequilibrio y reconciliación postemplaria. Ambroselli es un teólogo diplomado en ciencias políticas y economía,

un «veterano» al que resulta difícil sorprender en flagrante delito de sentimentalismo, una especie de Ruardo que hubiera hecho su aprendizaje en el ojo del huracán.

Ambroselli conoce bien a los «cazadores de vampiros», Morro, Dereim y Paddy, ya que América Latina fue uno de los lugares donde la limpieza tuvo que ser especialmente severa. Y el antiguo arzobispo de Bolonia, que siempre se distinguió por su capacidad para juzgar a las personas, no ha sido ajeno a su designación.

«La nieve ha caído en el Kilimanjaro», dice a veces el ahora viejo africano, mientras se coloca bien el capelo púrpura sobre el cráneo encanecido. Paul se las da de anciano del pueblo, y distribuye apodos, puntos buenos y malos, a los jovencitos.

El domingo 29 de junio, día de su aniversario, tenemos previsto encontrarnos, entre viejos gruñones, en la terraza para celebrar un «último salón de los franceses», antes de que el «heraldo de África» vaya a envejecer bajo su árbol, como dice con una sonrisa golosa.

## LA DECLARACIÓN

**E**n torno a Paul estamos solo Jacob, Morro, JMC, el Che, Gandhi y yo, Virgilio. Hemos sacado las botellas y encargado un bufet para no estar todo el tiempo pendientes de la cocina...

Hay en esta cena como una especie de auténtica alegría melancólica. Paddy nunca reemplazará al segundo pilar del trío de Saint-Germain, y él lo sabe. Paul acaba de señalar precisamente que este indio de Cochin daría muy bien la figura de un Papa negro.

—No se puede esperar nada de estos pardillos pagados de sí mismos, Paddy... Se creen cristianizados desde hace dos mil años, de modo que imaginan que se lo pueden permitir todo, como unos herederos mal criados.

Giuseppe replica riendo:

—Tienes razón, hay que ser heredero para poder tirar la herencia por la ventana.

—Eso, para montar el gran cisco... Cuando pienso que JMC acabará por querer hacernos mujeres sacerdote o algo por el estilo...

La «mala hermana» sonríe ante este burdo ataque y replica:

—Dentro de tres siglos, tus lejanos sucesores mirarán con un interés de etnólogos esta época de pitecántropos, tratando de reconstruir los argumentos que fundamentaban el sacerdocio masculino.

—¿Ahora son tres siglos?

—Menos, espero, pero en todo caso no mientras viva. Yo aún compartiré mi existencia con tipos que han decidido que siga siendo una ciudadana de segunda.

Jacob interviene:

—Una ciudadana de segunda con el mejor trabajo de la Curia, de todos modos.

JMC ríe, francamente divertida:

—Tú no te mezcles en nuestras discusiones entre oprimidos; los negros son los únicos que pueden comprender a las mujeres. Ellos también fueron esclavos.

Assoumou pide a la «esclava» que le alcance un vaso; de pronto se ha puesto serio:

—Tienes razón, Jeanne... Podemos entendernos.

Giuseppe suelta una risa inquieta:

—¿Es un motín, o qué...? Os he confiado las riendas de la casa, siempre habéis decidido conmigo, creo yo... Entonces, ¿qué pasa? Paul, el brazalete de forzado que me diste está roto, ¿no?

—Oh, ese sí... Ese está roto, desde luego.

De pronto la voz de Paul ha vibrado atormentada. Giuseppe se pone derecho.

Todo el mundo mira a Assoumou. Jacob plantea la pregunta que nos hacemos todos:

—¿Hay esclavitudes que no se han roto, Paul?

Un velo de tristeza ha pasado por la frente del coloso. Dice:

—Lo peor es tener que hablar contra uno mismo; eso es lo peor.

Después de estas palabras, creo que los cinco hemos comprendido lo que seguirá. Nosotros, que hemos conocido de cerca a tantos sacerdotes, tantos seminaristas; que nos hemos codeado a lo largo de los años con los que se van, los que se ocultan, los que callan, los que expulsan, los que sufren tratando de mantenerse fieles y los que sufren por perder su fidelidad, los que se debaten, los que abandonan y se van. Todos ellos, un día u otro, acaban por decir que el mayor de los dolores es este: hablar contra uno mismo.

Giuseppe, en cambio, no ha comprendido. Porque él es un sacerdote singular que nunca ha frecuentado un seminario, que nunca ha pertenecido a una comunidad... Él no sabe lo que todos hemos conocido de cerca, lo que nuestros amigos, nuestros colegas, nuestros hermanos han acabado por decir cuando la soledad es demasiado grande, cuando el secreto es demasiado duro de sobrellevar.

Assoumou lo dice:

—Soy homosexual, Jacob.

Hubiéramos podido decirlo con él, y sin embargo, cinco minutos antes ninguno de nosotros lo imaginaba, ninguno lo «sospechaba»... Sencillamente, nos hemos acostumbrado a vivir entre clérigos murmurándonos interiormente: «Algunos de entre nosotros son homosexuales; procura que tus palabras, al menos entre nosotros, no los hieran...».

Giuseppe está estupefacto, boquiabierto. Assoumou sigue.

—Ser negro no era culpa mía... Pero soy homosexual; es decir, o bien he elegido mi falta, o bien tengo un vicio, un vicio de forma, ¿comprendes?...

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Desde los vestuarios de los clubes de fútbol... Siempre he amado, deseado a los hombres, Jacob. Siempre lo he sabido y siempre lo he ocultado...

Sonríe vagamente a todo lo que creyó, lo que esperó, en otro tiempo, cuando pensaba todavía, sin duda, que podría «curarse». Y luego cuando supo que sencillamente tendría que callar.

—Ocultar esto no es difícil cuando se tiene un físico como el mío... Nadie lo imagina, nadie «sospecha» nada... Y además, desde el momento en que me comprometía a vivir castamente, a vivir fiel a la promesa de celibato, las cosas eran más sencillas...

—¿Y entonces?

—¿Quieres saber si he sido fiel, Jacob? ¿Es eso lo que me preguntas?

—No... Te pregunto... No lo entiendo... Si elegiste vivir castamente, vivir fielmente, este celibato al que nos hemos comprometido puede haber sido ocasionalmente difícil, pero... ¿Qué cambia el hecho de ser homosexual? ¿Por qué es más duro, para un sacerdote, ser homosexual?

## LA CHARCA Y EL OCEANO

**A**ssoumou lo mira fijamente, casi incrédulo; como si tuviera que hacer un esfuerzo para comprender que él no comprende.

—¿Que por qué es más duro? —Repite la pregunta—. ¿Por qué? Es verdad, después de todo... Nosotros predicamos la abstinencia para los sacerdotes célibes igual que para los homosexuales; de modo que ser una cosa y otra no debería suponer una gran dificultad añadida; incluso debería darnos dos razones para la abstinencia... Sin duda...

Ninguno de nosotros dice nada. Esta conversación es suya, de ellos dos. Todos adivinamos que Paul lo ha decidido, lo ha provocado, que ha elegido ese momento para hacer su declaración. Esa declaración les pertenece. Y a nosotros, nos ha elegido como testigos.

—Sabes tan bien como yo que la sexualidad no es solo la práctica sexual... Sabes tan bien como yo que la sexualidad es todo nuestro ser, igual que la cultura es todo nuestro ser, igual que nuestra sangre, nuestra historia, nuestra piel, nuestra fe son todas nuestro ser... Pues bien, yo soy homosexual. Con todo mi ser. Aunque no me acueste con nadie. Esto da un color a mi ser, a mis sentimientos, a mi forma de ver a mis amigos, de ver la vida, de sentir, de tocar, de ser tocado, de soñar... de tener una erección. Y todo lo que puedo decir a propósito de mi sexualidad es que es un desorden intrínseco. Que yo soy intrínsecamente desordenado.<sup>[267]</sup> Tal vez heroico, pero descontrolado, intrínsecamente —acaba, con una risita maligna.

—Hace mucho tiempo que no decimos esto, Paul. Yo no te he pedido que lo dijeras...

—Tampoco me has pedido que me callara. Y mi función, mi tarea es anunciar la palabra y la Tradición, a tiempo y a destiempo. Anunciar lo que proclama la Iglesia, mi Madre, con fidelidad, con fuerza, con fuego.

Sacude la cabeza; tiene un timbre extraño, un hilo de voz muy grave, como si su potente voz se hubiera concentrado, destilado:

—No me has pedido que no hable contra mí mismo. Tú no sabías, pero no me pediste que callara...

—¿Qué deberíamos decir, pues?

—No lo sé... No sé si mi homosexualidad es un desorden, un desorden intrínseco, un desorden natural, un desorden que iría contra la imagen de Dios en mí o no. No lo sé, y no tengo para pensar la misma libertad ante la Tradición que la señora prefecta, el Che o tú, Jacob. —Silencio—. ¿Y vosotros, lo sabéis vosotros? —Su tono es cortante, agresivo—. ¿Sabéis qué tenemos que decir? ¿Cuántas veces

planteamos la cuestión de las «historias de culos»<sup>[268]</sup>, casi como un juego, en los salones de Jean-Baptiste? ¿Cuántas veces? ¿Diez veces? ¿Cien veces?

Jeanne-Marie responde secamente, como siempre que se cuestiona a «su» Papa:

—Jean-Baptiste hizo la misma elección que Juan XXIV. No veía cómo podía decir una palabra que fuera a la vez liberadora, fiel a la tradición y fácil de comprender.

—Sí... No veía... Decía que estas historias ya no interesaban a nadie. — Assoumou se incorpora en la silla—. Pero a mí, esto me interesaba... Me interesa lo que la Iglesia tiene que decir sobre mi sexualidad... Sobre la imagen de Dios que soy, hoy, yo que soy un homosexual; lo que irradia de Dios para mis hermanos, para mí mismo... o lo que oscurezco.

Desafía a JMC:

—Tu Papa era también el mío, Jeanne... Mi amigo, mi hermano desde hacía más de cuarenta años. Y me dejó ser portador de una palabra contra mí mismo.

—¿Sabía?

Es Giuseppe quien ha preguntado.

—Sí, sabía... Lo sabía por mí. Pero sabía sobre todo por todos los otros, todos los que vio en la Cato y en los seminarios, todos los sacerdotes que había conocido y que ocultaban esto como una vergüenza, a todos, y a veces incluso a sí mismos... Y tú, si realmente lo ignoras como parece, eres un Papa inocente... Esto de que te hablo no es mi charca, Jacob; te estoy hablando de un océano de desdicha.

Se levanta, vuelve a convertirse en la montaña en marcha, la montaña que habla.

—Él sabía. Y mi superior del seminario sabía. Y mis directores espirituales sabían... Yo no mentí, Jacob, yo hablé, se lo dije a todos. Y siempre esta respuesta: «Sé casto, Paul», pero nunca me respondían sobre el fondo: ¿qué era yo, quién era yo, incluso si no follaba? Eramos varios, numerosos incluso, en el seminario de Yaundé, en el seminario de Roma, en la Cato de París. Y en tantos otros lugares. Y luego estaban los más rotos, diferentes, los de la época de los templarios, los que habían esperado que la castidad en la mortificación y el sacerdocio serían la única vía de salvación. Individuos que se convertían en sacerdotes para salvarse, porque su corazón y su alma estaban destrozados, porque eran jóvenes aterrorizados por su cuerpo, por sus impulsos. —Assoumou mira a lo lejos, a la noche...—. Pobres chiquillos aterrorizados. Yo, al menos, sabía por qué era sacerdote; no contra mí mismo, no para tener una coraza o una especie de cinturón de castidad, sino verdaderamente por Cristo, por su palabra que libera; y por eso me sentía afortunado, por poder apoyarme ahí, en Cristo.

## «DILES QUE CALLEN»

Paul se ha vuelto a sentar. Mira a Jacob.

—Me callé. Aguanté. Durante veinte años fui la roca que necesitábamos, Tomás. —Es la primera vez que le oigo llamar a Giuseppe por su nombre de Papa—. Pero ahora puedo hacerte un ruego, no para mí sino para otros. Te lo suplico: diles que no hablen contra sí mismos. Diles que no digan nada, diles que el silencio y la ignorancia son a veces la única forma de poder mirar la creación de Dios, de poder mirar a nuestros hermanos... —Se levanta, se vuelve hacia Bartolomé—. El pequeño Che sabe que podemos hablar de Dios como pobres, y decir que no sabemos... —Vuelve a dirigirse a su Papa—: Todo esto está desordenado, no he pensado en ello... —Jacob asiente con la cabeza. Paul vuelve a sentarse, continúa—: Tomás, permíteme que les diga: «No sé lo que la sexualidad de mi hermano, o lo que mi sexualidad, nos dice de Dios». Diles que sostengan siempre que nosotros somos uno, que lo que hacemos compromete nuestra palabra, nuestra fe, nuestro cuerpo y nuestra alma. Que somos tabernáculos, templos santos. Y que ha sido Dios quien nos ha hecho así... A todos... A todos... Incluso a los homosexuales.

Nos mira, uno tras otro, ese increíble servidor de la Iglesia: el faro en la noche templaría, el guardián de la Casa Pontificia, el intendente fiel, el cardenal Assoumou, que habló contra sí mismo por amor a su Madre.

—Luego diles que pueden no hablar contra sí mismos. Que pueden confesarse ignorantes, que nuestra Madre puede confesarse incapaz de decirnos lo que somos; pero que Dios ve.

»El resto me importa un rábano, Tomás. Después de que hayas dicho esto, después de que hayas liberado los corazones, no sé si un día encontraremos las palabras para iluminar los espíritus, o si fracasaremos, o si estas palabras solo existen en la boca de Dios. Pero libera a los que vienen, Tomás; líbralos de ese fardo demasiado pesado con el que yo he tenido que cargar.

Calla.

Miramos a Jacob. Miramos a Tomás I.

Está pálido.

Dice:

—Ahora sé. —Dice—: «Todo lo que desatéis en la Tierra será desatado en los cielos».

Se incorpora, coge un trapo de cocina de la mesa, se lo envuelve en la mano.

—No irás a lavar los pies a tu viejo hermano negro, Jacob...

Giuseppe sacude la cabeza, deja caer el trapo.



—Lo siento... Es ridículo...

El coloso se levanta. Tomás también. Es el Papa quien abre los brazos, quien invita a su roca, su amigo, su pilar de la Iglesia a caer en sus brazos. Es él quien da el primer paso en el largo abrazo. Pero es el gigante quien parece aplastarlo; el porte, orgulloso no obstante, del Papa, como sepultado por el oso, atenazado por las enormes manazas negras de su cardenal.

Tomás dice a Paul:

—Tu árbol esperará. Te necesito para decir una cosa, y para que luego podamos callarnos.

Y de nuevo, por última vez, el viejo león atiende a la llamada de su Madre.

## BODAS

Cecilia ha dicho a su padre:

—Me gustaría que mi boda se pareciera a la de Marina... La misa en un jardín, y solo nuestras dos familias...

Él ha respondido:

—Ahora que tengo una casa con un bonito jardín, debería ser posible.

El único lugar donde Cecilia puede escapar a la curiosidad de los «periodistas» de la prensa rosa es este, la «casa del Papa» en Castel Gandolfo, gracias a las setenta hectáreas de auténtica tranquilidad y a los servicios vigilantes del coronel Altobelli...

Y ese sábado 20 de septiembre solo está «la familia»: la de Bolonia, la de Roma y la de Nueva Delhi. No están todos los franceses, solo los íntimos de Cecilia. Jeanne-Marie, Paddy, Morro, vuestro humilde cronista...

Mary ha llegado en avión tres días antes, llevando en su equipaje el sari rojo bordado y las sandalias doradas de la joven casada... Paddy solo viene de Roma, pero sus ornamentos armonizan: oro e irisaciones. Es el indio quien celebra; Enrico Morro sonrió cuando Giuseppe se lo anunció, un poco incómodo: «Hay que dar paso a los jóvenes... Para ti también es un relevo de generaciones. Ahora serás un poco menos padre, ¿no?».

Morro no se equivoca. Desde hace más de diez años, Cecilia ha constituido la preocupación lacerante de su padre, entre crisis y bruscos enojos, enfrentamientos y reconciliaciones... Desde la «desaparición» en el refugio de Cervin, sus relaciones son más serenas, más alegres; pero Cecilia nunca ha podido acostumbrarse a ese «papel» de hija de Papa que no es ningún papel, sino un simple titular para las revistas de la prensa rosa. Giuseppe la confiará ahora a otro, a Alex<sup>[269]</sup>; y ya han anunciado su intención de abandonar Italia para instalarse en un lugar donde interesen menos... «Tal vez en Londres».

Ya que la novia va de rojo, a la moda india, Giuseppe se ha «vestido de Papa»: una chaqueta de lino blanco sobre una camisa de cuello alto, un pantalón de un color crudo un poco más intenso, solo una flor en el ojal y una cruz muy sencilla. El Papa se ha puesto guapo.

Su hija le reserva una sorpresa; en el mejor momento, como siempre ha hecho.

Cecilia me explica: «En el momento en que nos encontramos los dos, detrás de todos los demás, me incorporé sobre la punta de los pies y le dije al oído: “Papá, quería que lo supieras... Somos tres los que subimos al altar”. Se sobresaltó, tardó un largo segundo en comprender. Le dije: “Estoy embarazada de dos meses”. Me miró, frunció el ceño con ternura, divertido porque nunca hago las cosas como se debe. Subimos por el pasillo lentamente y me dejó junto a Alex, depositando un beso en mi mejilla antes de ir a sentarse.

»Más tarde, esa noche, volví a acercarme a él. Había hecho un discurso muy sencillo, como un padre los hace para su hija, para desearle buena suerte y bendecirla por última vez: exactamente lo que había esperado; que nadie se dijera que aquello era la boda de la hija del Papa.

»Me lo llevé a un lado, y le dije simplemente:

»—¿Qué piensas de esto? —Poniéndome una mano en el vientre.

»—En tu opinión, Cecilia, ¿qué crees que puedo pensar de esto? —Me cogió la cara entre las manos y me besó en la frente—. Ver cómo crecen tus hijos será para mí una bendición, como esa de que habla el salmo, Cecilia. Los hijos de mi hija, como los frutos de una viña...

»—¿Y el Papa?

»—¿Cómo?

»—Sí, el Papa, Tomás, ¿qué piensa de esto? Supongo que hubiera debido esperar, o bien celebrar una bendición de matrimonio hace dos años, antes de este sacramento de hoy.

»Parecía sorprendido. Reflexionó sinceramente.

»—Tomás, ¿eh? —Sonrió. Había encontrado el modo de formular lo que quería decirme—. Cecilia... Un amigo me dijo un día que había tenido, en la Iglesia, que hablar contra sí mismo. Esta noche Tomás no querría hablar contra la alegría de tu padre. Le gustaría sencillamente callar, para que yo pueda disfrutar de este día, de esta noche... Y de la certeza de que ahora te llegará a ti el turno de pasar malas noches».

## 5.11.6

# ΘΤΠΙ

**A** finales del mes de septiembre, quince días después de la boda, aparece un texto, una especie de Objeto Teológico No Identificado que no se sabe cómo clasificar en la jerarquía de las normas católicas; y sin duda, esa era la voluntad de sus dos instigadores.

El texto está dividido en dos partes: la primera, breve pero muy densa, recuerda el sentido profundo de la sexualidad y funciona como un faro poderoso que ilumina toda la cuestión; luego siguen una serie de proposiciones breves que constituyen otras tantas balizas, puntos de referencia y criterios de discernimiento.

### I. La sexualidad, una teología de la encarnación

La sexualidad humana alcanza su plena realización en la fidelidad conyugal de los esposos cristianos, hombre y mujer. Cuando los esposos cristianos unidos por los lazos sacramentales del matrimonio se unen el uno al otro, su amor expresa la plena comunión del cuerpo, del corazón y del espíritu. La unión carnal expresa el don que los esposos se hacen el uno al otro, el uno del otro; es uno de los signos por los cuales devienen en el Espíritu Santo los testimonios de la presencia y del amor de Dios.

El primer bien del matrimonio es el amor. En el matrimonio, el amor humano es divinizado por el amor divino. Es bueno que los esposos experimenten en la unión física los beneficios de la ternura y del placer compartidos, pero ni la ternura ni el placer son los primeros bienes del matrimonio. Es bueno que nazcan hijos de la unión de los esposos, pero la sexualidad humana no debe ser confundida con la reproducción y no debe ser instrumentalizada en beneficio de esta.

La sexualidad es por excelencia un motivo de humanización, es decir, un motivo de relación con el otro. Es una de las ocasiones en que se experimentan el respeto y la atención hacia el otro, y también el respeto y la atención que cada uno se debe a sí mismo. La sexualidad humana es un don de Dios que no puede ser menospreciado. Es uno de los motivos del aprendizaje de la unidad del ser, cuerpo y espíritu; la sexualidad humana revela el misterio de la Encarnación. Justamente por nuestros abrazos, unión íntima del cuerpo y el espíritu, comprendemos, tal vez de la forma más cercana, lo que significa el amor encarnado.

Fieles a la Revelación que hemos recibido, llamamos a los hombres y las mujeres a la plenitud del amor en el vínculo conyugal. Pero sabemos que toda vida humana es un camino. Que cada uno examina en conciencia en qué etapa del camino se encuentra. A ningún otro sino a él corresponde, en el respeto y en comunión con su pareja, juzgar sobre su avance y su deseo de progresar aún más.

### II. Puntos de referencia

1. El ejercicio de la sexualidad humana antes de formar un vínculo conyugal es una forma incompleta de sexualidad.

2. Los seres humanos no se reproducen; hacen el amor. Es importante preguntarse de qué modo el ejercicio de la sexualidad tiene realmente como fruto el amor; ahí existe, sin duda, un criterio de valoración.
3. El ejercicio de una paternidad o una maternidad responsables supone un diálogo permanente, franco y sincero entre los esposos, en particular sobre los modos de asumir esta responsabilidad.
4. El hombre no posee a la mujer, la mujer no es poseída por el hombre.
5. La sexualidad homosexual es un hecho comprobado en todas las sociedades humanas. Debemos decir que no sabemos; no sabemos nada sobre su génesis, sus razones, su «naturaleza»; afirmamos que no queremos juzgar los comportamientos ni a las personas. Los puntos siguientes de esta lista permitirán ejercer un discernimiento sobre el ejercicio de toda sexualidad humana, comprendida la homosexual.
6. Mi cuerpo no es una cosa, el cuerpo del otro no es un objeto.
7. El ejercicio de la sexualidad supone el respeto mutuo, la confianza y el consentimiento de cada uno.
8. La sexualidad realmente humana no puede ejercerse en el marco de la coacción, del chantaje o de una relación tasada.
9. El ejercicio de la sexualidad humana está hecho de gestos intercambiados y de intimidad revelada, pero supone primero un intercambio de palabras.
10. Violar la palabra, romper un compromiso, ser infiel, son faltas graves.

5.12.0

# LA MUERTE EN MOSCÚ



## EL PEREGRINO DE LAS RUSIAS

Es la última tierra cristiana que resiste todavía al impulso del Sueño.

La visita pastoral a la Rusia ortodoxa con que Giuseppe soñaba ha tropezado una y otra vez con las reticencias del gran Patriarcado moscovita. El patriarca Alexis sigue prohibiendo a sus sacerdotes, a sus monjes y, por descontado, a sus fieles cualquier intercomuni3n con los cat3licos. Seg3n 3l, la mano tendida de Tom3s no es sino una ofensiva cat3lica para implantarse en la «muy cristiana tierra de todas las Rusias».

Queda excluida tambi3n una visita de Estado, pues la Rep3blica Rusa est3 vinculada demasiado estrechamente al Patriarcado en su exaltaci3n de la pol3tica paneslava.

Pero el consulado de Rusia no puede, en cambio, negar un visado a Giuseppe Lombardi, ciudadano italiano, simple viajero de las l3neas internacionales, ni a su poco numerosa escolta: cuatro hombres del coronel y el propio Altobelli, a quien el Estado ruso ha concedido finalmente permiso para llevar armas...

Leah y Steven tambi3n forman parte del viaje, que para ellos ser3 el 3ltimo. Dentro de unas semanas, la cardenala se llevar3 a su gigante afro-irlando-navajo a una muy larga escapada neoyorquina...

Yo completo la delegaci3n. Por 3ltima vez. Pronto ser3 el que se quede a aguantar la casa. Cuando empiece el a3o, Maurice har3 las maletas y yo me convertir3 en director de gabinete.

Para nosotros es una gira de adi3s.

En la ficha del visado escribimos: «Peregrinaci3n religiosa a las tumbas de los grandes santos de la Rusia ortodoxa». Es una visita pontificia de un tipo nuevo, una peregrinaci3n de Papa peregrino; Tom3s pide simplemente hospitalidad.

Novgorod, Sarov, Zagorsk: durante una semana vamos de una Rusia a otra; la Rusia de los grandes monasterios en que la fe se mantuvo afrontando sucesivamente las intrusiones del poder zarista, las persecuciones y los compromisos de la 3poca sovi3tica, las ambigüedades de la era Putin, las seducciones teocr3ticas y xen3fobas de Protopopoff.

Es tambi3n la Rusia de los iconos, con los que los pintores revelan la faz de Dios en el secreto de los dorados, de los colores, de los gestos y los rostros instituidos para

siempre. «El icono, el arte de las ínfimas variaciones creadoras con la Tradición», medita el Papa pensando en su futuro concilio.

Somos peregrinos discretos, respetuosos, pero las puertas apenas se entreabren. Tomás no ha conseguido lo que esperaba: que la visita del peregrino desencadene algo más grande.

Pronto nos quedarán solo tres días en Moscú.



## UNA NOCHE EN LA ÓPERA

Giuseppe Lombardi tiene intención, esa noche, de concederse la única desviación que se ha permitido en las visitas de Tomás a los mausoleos de los santos. Dice: «No puedo estar aquí y no ir a escuchar cómo suena la nueva Ópera de Moscú». En esta afirmación reconozco al melómano insaciable y al ingeniero que ha trabajado en el GAP.

—Esta noche tenemos entradas para *Boris Godunov*. Leah y Steven hacen la ronda de los clubes del *underground* moscovita. En cuanto a ti, solo tienes que disfrutar de tres horas de obra maestra de la lírica.

Reprimo un bostezo teatral. *Boris Godunov*... Se guardó bien de decírmelo antes de la partida de Roma.

Estamos situados en un palco discreto, instalados por el propio director de la Opera; los hombres de Altobelli no están lejos.

Giuseppe le ha pedido al director que no se haga ninguna publicidad de su presencia allí. Nos encontramos protegidos de las miradas en esos compartimientos donde los patronos de los grandes grupos empresariales vienen a veces a negociar sus contratos con los hombres fuertes de la Duma, con los padrinos de la mafia moscovita.

El director, un hombre cultivado, explica al Papa en francés que se interesó en otro tiempo por los trabajos del GAP... «Pero convendrá conmigo en que el vidrio no hubiera encajado tanto aquí como nuestros dorados... Creo que ya ha podido entrever los tesoros de nuestros monasterios; somos un país de oros y tinieblas».

¿Sabe el director lo que va a ocurrir? ¿Ha proporcionado información a los que se encuentran tras el crimen? Nunca lo sabremos...

Justo después del entreacto, nos avisan: abajo espera un hombre que quiere dirigirse a la «delegación del papa Tomás I». Voy a ver. Un hombre de Altobelli me acompaña a la planta baja. El coronel teme las acciones de las mafias...

## LA EXPLOSIÓN

Las bombas explotan exactamente veintidós minutos después del entreacto. Cuatro artefactos de gran potencia, cuyas deflagraciones coordinadas, en plena escena de la danza polonesa, cizallan literalmente los cuatro palcos principales de la gran sala de la nueva Opera de Moscú; todo el piso se agrieta. Unos diez segundos más tarde, los palcos caen sobre la platea, llevándose consigo a sus ocupantes, grandes hombres y predadores.

El edificio vibra, cruje, vacila durante un largo minuto. Luego toda la estructura interior se derrumba sobre sí misma como un castillo de naipes, en una trampa mortal para los espectadores de esta velada lírica que no han tenido la suerte de encontrarse cerca de las puertas<sup>[270]</sup> y no han tenido el reflejo de lanzarse al exterior.

La fachada de vidrio blindado, construida para resistir los atentados islamistas, no se moverá. El inmenso enrejado con el célebre entrelazado de motivos vegetales dorados con oro fino permanecerá en pie, ocultando a las miradas de la calle moscovita el auténtico campo de ruinas que se extiende tras estos muros orgullosos.

Hacen falta diez minutos para que aparezca el primer comunicado oficial: «Según fuentes del FSB, el papa católico Tomás I asistía a la representación de *Boris Godunov* en la nueva Opera de Moscú, que se ha visto afectada por una explosión de causas todavía por determinar, pero, con toda probabilidad, de origen terrorista».

Menos de una hora después, la noticia es definitiva:

El papa Tomás I figuraba entre los espectadores de la representación. Ni él ni ninguno de los miembros de su escolta se encuentran en este momento entre los supervivientes.

El papa Tomás I asistía a la ópera en uno de los cuatro palcos situados directamente por encima del patio de butacas, que según afirman testigos supervivientes fueron destrozados y destruidos por las explosiones. Esta información, si se confirmara, dejaría pocas esperanzas de encontrar con vida al pontífice y a los que lo acompañaban.

La situación de los explosivos, cerca de los palcos donde se encontraba el pontífice católico, parece indicar que el atentado podría tenerlo a él como objetivo...

El espectáculo de los escombros, tres días más tarde... Los equipos de la policía nos enseñan el lugar donde se encontraba el palco, los pocos restos que quedan. Al caer, la estructura pulverizó las butacas que se encontraban debajo.

Desde el primer día, las autoridades rusas afirman que el atentado lleva la firma del terrorismo caucásico islamista. Ya no hablan de chechenos, desde que oficialmente esta nacionalidad «antieslava» fue «erradicada del territorio de la Gran Rusia». Dicen que pueden reconocerse los métodos, el tipo de explosivo. La policía científica aún no ha procedido a realizar ningún análisis.

Nunca se hará la luz sobre este crimen. Solo se efectuará esta investigación, rápida, contra los «caucásicos». Encerrarán a algunos, los juzgarán ante tribunales militares y los pasarán por las armas.

Pero la forma de actuación, los medios, hacen pensar en una mano muy distinta.

Las mafias más poderosas son las campeonas de la causa de la Gran Rusia, y los hombres que se encuentran tras ellas son los defensores más radicales de la ortodoxia eslava...

Nunca sabremos si el patriarca sabía lo que iba a suceder; si, sintiendo remordimientos, decidió en el último momento salvarnos la vida con su embajada. Después de aquello, también él fue víctima de un atentado con coche bomba. ¿Fue porque nos salvó? ¿O no tenía ninguna relación con nosotros? No hay respuestas para estas preguntas en este mundo ruso de costumbres tan brutales.

## CONDENADO EN AUSENCIA

**E**l hombre que bajo a ver en el entreacto se presenta como secretario del patriarca Alexis. Este propone celebrar «al momento» un encuentro secreto con Tomás I. Subo, informo a Giuseppe. Se levanta...

El coronel decide la escolta: tres vehículos; esta vez el Papa irá con él en el coche de cabeza; yo estaré en el primero de los señuelos.

Rodamos tras el coche del secretario del patriarca, formando un convoy. Ya estamos a varios kilómetros cuando se producen las cuatro explosiones, en el mismo instante. No oímos cómo el teatro se derrumba, ni el ruido desgarrador de nuestro palco al desprenderse del muro y caer sobre el público.

El encuentro dura cuatro horas... Yo estoy en el salón junto al despacho donde se han encerrado. Aguzo el oído y oigo el ruido amortiguado de una discusión: Alexis ha insistido en que estuvieran solos. Se expresan en inglés; he oído lo mal que habla Alexis ese idioma y me atormento pensando en que las incomprendiones serán numerosas, y no solo las lingüísticas.

He dejado el móvil rojo apagado en el asiento del coche; Giuseppe ha dado personalmente la consigna: los hombres de Altobelli y yo vamos a ser registrados; no debemos mostrar ningún signo de que estamos vinculados al Vaticano, por más que ellos lo sepan; hemos ido allí como simples peregrinos, les hablaremos como simples visitantes.

Altobelli ha pasado la consigna a sus muchachos: no debe haber ninguna interferencia del mundo exterior.

Por fin salen. Giuseppe parece cansado; saluda al anciano patriarca:

—Gracias por haberme recibido, Santidad. Le devolveré la invitación, si viene a Roma, o en cualquier otro lugar que elija.

—Ya veremos...

Bajamos por la escalera. Giuseppe me dice en voz baja:

—Ha sido terrible... Casi cuatro horas enumerando todo lo que nos separa, sin poder decirnos nunca lo que nos une. —Sacude la cabeza—. Nos odia, *fratello*. Nos teme.

Soy el primero que entra en el coche. Conecto el móvil, por reflejo; el correo desborda de mensajes. Miro uno, luego dos; miro las noticias. Me vuelvo hacia el Papa:

—Giuseppe, estamos muertos desde hace más de tres horas.

El coronel da orden a sus hombres de no comunicar con nadie. Dice: «Ninguna conversación, ni siquiera con la policía... No sabemos dónde se encuentra el enemigo». Los tres coches viajan a toda velocidad a través de la noche moscovita. El coronel quiere ver al Papa a resguardo en la embajada de Italia.

Reelaboramos la información en sentido inverso, con el desarrollo de las cuatro horas precedentes; a través del móvil, en la radio estatal: la Ópera se ha derrumbado, cuatro palcos han explotado, el Papa se encuentra bajo toneladas de escombros.

Los nuestros tratan de ponerse en contacto a través del móvil para orientar a los rescatadores. Altobelli ha dicho: «Ni una respuesta antes de estar en la embajada». Ha sacado el arma; conduce uno de sus muchachos.

La policía ha bloqueado el barrio, la embajada es inaccesible. Altobelli no lo duda: «Al hotel». Damos media vuelta. Unos instantes más tarde, el coche de cabeza abandona bruscamente el convoy.

Altobelli nos indica la entrada trasera, ante la cual ya está aparcado de través el coche de cabeza. El joven policía que lo conducía vuelve a salir por la puerta de servicio: «Se puede pasar». Subimos por la sencilla escalera a la carrera. Giuseppe tose un poco, luego violentamente; tenemos que detenernos para que recupere el aliento.

Reemprendemos la carrera, rodeados por los cuatro hombres... Altobelli está justo detrás de su Papa; unas manos que no nos dejan nos empujan ligeramente por la espalda para que caminemos al ritmo de los cuatro hombres, que, con los revólveres desenfundados, se hablan por sus auriculares en un murmullo; continuamente uno de ellos se adelanta para «despejar» el trayecto siguiente: el rellano, el piso, el pasillo...

Uno de los hombres entra en la habitación de Giuseppe con el arma en la mano. Otro «limpia» ya la mía.

El coronel dice: «Hay luz bajo la puerta de la señora Nanah y el señor Baltimore».

El policía que se ha quedado observa cómo su coronel le hace una seña, que nosotros desconocemos. Asiente con la cabeza, se acerca sin ruido, pega la oreja a la puerta; indica algo, con el pulgar y el índice juntos. Altobelli inicia una cuenta atrás con los cinco dedos de su mano derecha.

El policía abre de un empujón la puerta de la habitación.

El coronel ha irrumpido dentro con el revólver apuntando a la pareja sentada en la cama, entre ellos y la pantalla de televisión.

## EL FANTASMA DE LA OPERA

**L**eah nos mira fijamente, con la cara desfigurada por horas de lágrimas; con la boca muy abierta y unos ojos como platos:

—Giu... Giuseppe... Pero si dicen que... que tú...

Steven nos mira, y comunica simplemente al fantasma del Papa:

—Estás muerto, Giuseppe, bajo toneladas de hormigón, ahí.

Su mano, apuntando hacia la ventana, indica la dirección de la Opera, de donde asciende una humareda de polvo.

El rostro de Tomás I aparece, por enésima vez, en la cadena de información continua.

Cuando resonó el ruido de la explosión, cuando Leah recibió la llamada en su móvil, los dos salieron corriendo del club de *jazz* ruso.

Se encontraron entonces ante las barreras de la policía, ahora fuera del perímetro de seguridad; Leah gritó, enseñó sus papeles; les dijeron que se marcharan, que regresaran a su hotel, que volvieran al día siguiente para ponerse en contacto con las autoridades competentes.

—Uno de los policías nos dijo: «¡Largaos de Rusia, volved a vuestra casa, sucios negros!» —comenta con calma Steven.

—Esperamos desde hace tres horas. Hemos hablado con Paul y Ambroselli varias veces. Les hemos dicho que no podías haber sobrevivido bajo todo eso, Giu...

Steven me mira:

—Tampoco tú has sobrevivido, Pietro... Pero a todo el mundo le importa un rábano, excepto a mí...

Me alcanza un vaso de *whisky*, casi lleno.

Altobelli entra, dice simplemente:

—Todo en orden. Me he puesto en contacto con el FSB, con mi hombre seguro allí, para que organicen una protección de Estado en torno al hotel. En menos de una hora, podréis llamar. No avisarán a los medios de comunicación antes de que todo el barrio esté bajo control, lo ha jurado. En cuanto podamos, iremos a la embajada de Italia.

Esperamos, mirando en la televisión las extrañas imágenes de la muerte de Tomás, de su rostro; se encadenan las declaraciones.

Cada quince minutos vuelve a la pantalla la entrevista con Ambroselli. Dice que por el momento no hay noticias, que está permitida la esperanza —que no hay que dar las cosas por sentadas—, pero que «hay visos» de que el sucesor de Silvestre podría haber «muerto en un nuevo atentado contra la persona del Papa». El secretario de Estado invita a los cristianos a «velar y rezar por la paz».

El cardenal Poopaddy aparece varias veces. Dice, y su voz tiembla: «Giuseppe Lombardi era mi amigo. Un día en que nuestras iglesias indias habían sufrido un ataque terrorista, le oí dirigirse a nuestros agresores: empleó un lenguaje de justicia, de diálogo. En esta noche de angustia y de espera, quiero retomar sus palabras. Si los autores de este atentado son islamistas chechenos, digo a los chechenos: “Hablemos”; si se trata de deicidas, que una vez más han elegido poner en peligro la paz mundial, les digo: “Hablemos”; si se trata de nacionalistas rusos, o, peor, de una corriente extremista, de una facción disidente entre nuestros hermanos ortodoxos, les digo: “Hablemos”. Nosotros reclamamos justicia, pero no queremos vuestra sangre por la sangre de este hombre...». Su voz se quiebra en un sollozo, la imagen se corta bruscamente.

El rostro de Giuseppe revela una tensión extraordinaria. Está almacenando a toda velocidad los detalles, las palabras, los rostros en la pantalla; todas las consecuencias, todo lo que se pronunciará el día de su fin. «Ahora y en la hora de nuestra muerte...». Es uno de los raros seres humanos que habrá asistido a su muerte, en directo, por televisión.

Vemos los faros giratorios que pasan, las sirenas de los bomberos aullando, las ambulancias que se dirigen hacia el hospital.

Giuseppe tiene lágrimas en los ojos; y en ese momento me habla de Chiara.

Se pone a toser. Tose cada vez más, con más violencia aún que hace un momento, cuando tuvo que detenerse en el segundo rellano de la escalera de servicio.

Todo su cuerpo se sacude en cada ataque como si se ahogara: es una tos asmática, cada vez más sibilante.

Me acuerdo de Roma, de Cecilia, seis años antes, de la primera crisis.

Altobelli entra.

—Ahora ya pueden avisar a Ambroselli —dice. Mira al pontífice desgarrado por



la tos—. ¿Algún problema? —Su voz cambia—: ¿Ha bebido o comido alguna cosa?  
Steven muestra el vaso:  
—El mismo *whisky* que nosotros.

Le digo al coronel con calma, autoritario:

—No es un envenenamiento. No haremos nada, esperaremos a estar en la embajada para ver a un médico... No quiero que lo lleven al hospital, en medio de los heridos, por una simple crisis de asma.

Durante un segundo he tenido la visión de un Papa apenas indispuerto en medio de los cuerpos destrozados a causa de su presencia en la Ópera...

Estoy dispuesto, en adelante, a sostener la casa.

5.13.0

# TESTAMENTO



## EL FINAL DE LA PISTA

No creo que la crisis de asma ni este tercer atentado contra su persona hayan decidido al Papa a convocar el concilio. Él ya tomó la decisión en noviembre, al salir hacia Rusia, y es el fruto de una larga reflexión: mencionamos la necesidad de esta convocatoria en el verano de 2035, en Castel Gandolfo, y discutimos sobre su urgencia durante el verano siguiente...

Pero ante las ruinas de la Ópera de Moscú, comprende que no forzosamente va a tener todo el tiempo con que contaba. Y ya que el pontífice cree que la Iglesia tiene necesidad de este nuevo concilio ecuménico para avanzar más, no quiere retrasarlo...

Decide, pues, anunciar la convocatoria en las Navidades de 2036. No hace cálculos, no busca el mejor momento. Aprovecha sencillamente la primera oportunidad que se presenta: una gran festividad cristiana.

Me dice: «Si hiciera una reforma hoy, si publicara un nuevo texto, estaría santificado por mi “casi martirio”. Podría hacer pasar cualquier cosa, sin duda... Pero no tenemos necesidad de héroes... En Navidad anunciaré que necesitamos todas las voces, en todas las diócesis; que los obispos se hablen, que los laicos más brillantes, los teólogos más seguros y los más audaces dialoguen, para decidir juntos sobre la forma en que entrará nuestra Iglesia en el siglo que se abre a ella...».

Cuando convoca la asamblea de los obispos, ignora que será otro quien la inaugurará y la presidirá. Tiene cincuenta y seis años. Está en la plenitud de la vida... Y aunque en Moscú se «redescubrió» mortal, no sospecha que su muerte está cercana.

En Rusia, el médico de la embajada de Italia concluyó que su tos era debida a una crisis de asma aguda, provocada probablemente por el estrés, como a menudo es el caso entre los adultos en que se declara un asma tardía... Las nuevas manifestaciones constatadas en diciembre, aparentemente alérgicas (las sensaciones de quemaduras en la cabeza, las curiosas pero muy discretas afecciones cutáneas, los dolores abdominales), se explican del mismo modo: exceso de trabajo, estrés postraumático, inquietud. Después de todo, un puñado de días después de ser declarado muerto, se dispone a lanzar un movimiento cuyo alcance desconoce. ¿Qué psique humana resistiría sin trastornos, sin dar muestras de debilidad, una prueba y una apuesta semejantes? ¿Qué cuerpo encajaría todo esto sin inmutarse?

Los exámenes médicos son tranquilizadores. De momento, los médicos no ven relación entre los trastornos que descubren. Todo se achaca a una somatización.

En Navidad, cuando anuncia el concilio, la hipótesis de una dimisión le parecería sencillamente ridícula.

## LA ESPADA Y LA VAINA

**E**l Papa publica, pues, el 25 de diciembre de 2036 la única carta encíclica de su pontificado; una encíclica ecuménica<sup>[271]</sup>. Los obispos del mundo entero han tenido la primicia unos días antes. Los principales responsables de las Iglesias cristianas han recibido igualmente el texto y están invitados al concilio. La primera decisión de los padres conciliares será la de incorporar o no a las otras confesiones cristianas al proceso de discusión y decisión.

La carta de Tomás recoge brevemente lo esencial de las reflexiones que ha mantenido con nosotros, con los otros cristianos, con los expertos, desde hace dieciocho meses. Ha sopesado cada término con JMC y el Che, pero el texto lleva la marca de su autor. Y empieza por una meditación bíblica: la Biblia, la Biblia siempre, lo primero...

Esta meditación remite a un «detalle» del episodio del prendimiento de Cristo en el huerto de los Olivos que mencionan los cuatro Evangelios.

El Evangelio según San Mateo explica que uno de los compañeros de Cristo sacó la espada para defender a su maestro contra los que venían a arrestarlo, golpeó al siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja. Jesús le dijo: «Vuelve la espada a la vaina, porque los que empuñen la espada por la espada perecerán. ¿O piensas que no puedo yo rogar a mi Padre que pondría al punto a mi disposición más de doce legiones de ángeles?».

En su Evangelio, san Juan da los nombres de los dos protagonistas; el siervo se llamaba Maleo y el compañero de Jesús... era el propio Simon Pedro, el jefe de los apóstoles.

Tomás titula su encíclica «Vuelve la espada a la vaina».

En ella medita sobre la cuestión de la defensa de la fe, de la defensa de Dios, y plantea: defender la fe, defender a Dios, ¿es la misión que se confía al sucesor de Pedro? ¿Es esta la misión de la Iglesia?

«En el curso de los siglos, entre cristianos, nos hemos hecho la guerra, con las armas en la mano, y hemos segado vidas en nombre de Dios... En nuestros textos hemos

erigido defensas aceradas, hemos aguzado el filo de nuestros argumentos, de nuestras decisiones».

El gran aliento de la prédica tomasiana se introduce en la encíclica:

Cuántas veces hemos cortado así para defender la justa doctrina, la verdadera fe, para defender a Dios contra los que lo desfiguraban. Nuestro Dios, ¿corre el riesgo de ser más desfigurado por un descreído que el Crucificado abandonado en la Cruz, víctima de la soldadesca brutal, presa de los burlones? ¿Envió Dios, ese día terrible de la muerte de su Hijo, a legiones de ángeles? ¿Fulminó a los que se mofaban de su Hijo atormentado? ¿Redujo a cenizas un fuego celeste a los que lo injuriaban? [...].

Esa es la pregunta que yo plantearía a los padres conciliares:

Nuestra misión, la que Dios nos ha confiado, ¿es la de defenderlo, o la de anunciar a los hombres y a las mujeres una buena nueva: la Salvación, la Gracia, el Perdón, la Misericordia, la Esperanza de felicidad?

¿Tenemos una vocación de constructores de murallas, o es Dios mismo nuestra roca, nuestra fortaleza? ¿Somos constructores de torreones o constructores de amor, guardianes de las leyes y de las reglas o artesanos de la paz? ¿Debemos elevar murallas y cavar fosos, o cubrir los barrancos y desmontar las colinas para que el Señor venga, para que venga y sea acogido en medio de nosotros, para que habite entre nosotros, entre los suyos?

El Papa es claro: el concilio será dogmático, y su objeto es el enorme corpus dogmático del catolicismo; lo que el Che llama «la torre de Babel».

## CHURG Y STRAUSS

**E**l 20 de febrero, el doctor Simonetti vuelve a convocar a su prestigioso paciente a la policlínica Gemelli para tres días de exámenes... Le parece que algunos síntomas concordantes podrían explicarse de otro modo, en lugar de por la somatización del estrés. Solicita: «¿Puedo pedir al hospital Bikur Holim su historial completo, y especialmente todo lo concerniente a las sustancias inhaladas en el momento del atentado?». Giuseppe pide explicaciones. Ante la reticencia de Simonetti («Es mejor verificar, y hablar cuando sepamos algo»), Giuseppe comprende que su vida se encuentra amenazada. Esa noche llama a su padre, y luego a su hermana.

A partir del enunciado de las preguntas que le han planteado en el curso de esa jornada, los dos médicos Lombardi emiten una hipótesis. Una enfermedad de la que Giuseppe ignoraba incluso el nombre: el síndrome de Churg y Strauss, probablemente inducida por las inhalaciones de 2029.<sup>[272]</sup>

Cuando, el 5 de marzo, el doctor Simonetti anuncia que pasará a verlo para comentar los resultados de los exámenes, sabe, por el tono de su voz, que Anna ha acertado...

Giuseppe ahorra a Simonetti el sufrimiento de la noticia y las explicaciones. Antes se ha hecho enviar por su hermana unos centenares de páginas electrónicas. Pregunta en qué estadio de la enfermedad se encuentra, plantea la única cuestión que realmente le atormenta: «Conociendo mis antecedentes y los primeros síntomas, ¿qué probabilidades hay de que muera del primer ataque, cuál es el riesgo de que acabe mi vida como un vegetal?».

El doctor Simonetti no tiene una respuesta estadística que proporcionar para esta pregunta.

## SE CIERRA UNA PUERTA

**L**a noche de la visita de Simonetti, me anuncia su decisión. Abandonará sus funciones dentro de cinco días, bruscamente, sin preparar ninguna transición... «Si muriera mañana, no tendría por qué preocuparme. Confío en el Espíritu Santo para que los hombres que vengan prosigan en la misma senda, o en otra más sabia, si el Espíritu los inspira de diferente modo...».

Es sincero. No duda de que el próximo sucesor de Pedro cerrará ciertas páginas que él ha abierto e iniciará capítulos desatendidos.

Sé que Giuseppe tiene en la cabeza las imágenes de Moscú, los discursos de Ambroselli y de Paddy. Sabe que esta Iglesia está bastante restaurada, desde la Black Decade, para no perder la cabeza por la desaparición de un Papa.

Me dice: «De un día a otro me puedo convertir en un vegetal... No quiero imponer a la institución los aplazamientos y las discusiones sobre mi estado neuronal o cerebral». Y añade, en voz más baja: «Si esto sucediera, no quiero, por mis hijas, por mis nietos, que el mundo entero centre su atención en mi caso, para declarar que estoy definitivamente incapacitado...».

No me da otra explicación, no me pregunta lo que pienso. Ha tomado solo esta decisión que solo le incumbe a él.

—He llamado a Clara y a Cecilia... —dice—. Están al corriente de mi enfermedad y de las consecuencias.

—Debes anunciarlo primero a los franceses —propongo—. Debes reunirlos.

Lo discutimos unos instantes, y añado:

—Debes volver a llamar a Maurice para que pueda garantizar la transición junto al sucesor... Él conoce todos los secretos de la Casa Pontificia, será el mejor profesor posible. No eludirá servir, por última vez, a su Papa.

—Tú también lo sabes todo, *fratello*... Ya no lo necesitas, y serás útil al que venga, durante cinco o diez años, como Maurice lo fue para nosotros, para ti.

Respondo simplemente:

—Donde vayas, iré contigo. Soy tu portafusil, Giuseppe, es lo único que he aprendido a hacer en el curso de estos años...

De la velada que pasamos, todos los franceses, en la casa, el 9 de marzo de 2037, no revelaré más que el nombre de los que estuvieron presentes: Paddy, don Enrico, Paul,



Leah, el Che y JMC; Ambroselli, Dereim, Cervin, Maurice y yo mismo...

No diré nada más. Todo lo que se dijo esa noche concierne también a la sucesión, a los temores y esperanzas de cada uno. Y muchos de los que asistieron a esta larga cena están llamados a desempeñar un papel en el concilio venidero. No quiero arriesgarme a influir en el curso de lo que la Iglesia debe escribir, ahora que ha entrado en el período posterior a Tomás I.

Estamos a unos días del séptimo aniversario de la elección de Tomás I. Hace unas semanas, cuando se tuvo que buscar una fecha para reunir un consistorio ordinario, con objeto de examinar con los cardenales del mundo entero las modalidades de preparación del concilio, Ambroselli propuso la fecha: «Siete años, es bíblico, es un ciclo, una plenitud; el consistorio nos dará ocasión de celebrarlo».

El 11 de marzo, después de la audiencia pública ordinaria del miércoles, el Papa anuncia a sus cardenales que ha decidido dimitir, al encontrarse aquejado de una grave afección que «amenaza con dejarlo, en cualquier momento, incapacitado para continuar en el cargo para el que sus hermanos cardenales lo eligieron». Anuncia que se retira, que renuncia al cargo de obispo de Roma, y que hará todo lo posible para no molestar a aquel de entre sus hermanos que le suceda ni a los que preparen los trabajos para la gran asamblea conciliar que debe reunirse a partir de Pentecostés de 2038.

Al día siguiente, en el curso de la misa aniversario de su elección, en la basílica de San Pedro, anuncia su dimisión:

—Dirijo una petición a cada uno, a la prensa, a los creyentes y a todos los que se sienten ligados a mis palabras, a mis gestos, a mi persona, a todo lo que he tratado de realizar en la unidad con mis hermanos obispos... Les pido que trasladen todo su afecto y su fidelidad a aquel que el cónclave designe como mi sucesor.

»Nadie se lleva consigo al Espíritu que obra en este mundo, al Espíritu que inspira en tiempos propicios y en tiempos difíciles, que nos hace llamar *abba* a nuestro padre celestial. El permanece en medio del pueblo de los bautizados, permanece por la comunión de todos los que han aceptado el cargo de sucesores de los apóstoles...

»Si el Espíritu os ha hecho reconocer a veces en mis palabras la voluntad de Dios para su Iglesia, os hará amar más aún a los que me seguirán. Si no fuera por el Espíritu, yo no hubiera sido más que un maestro, un pequeño maestro... Y os suplico que miréis hacia el único “buen maestro”, olvidando a este que no ha querido ser sino su siervo.

Al final de la celebración, deja sobre el altar el anillo del pescador, el símbolo de su cargo.

Ese jueves, Giuseppe Lombardi abandona el palacio; un pequeño camión bastará, la semana siguiente, para hacer desaparecer de la Casa Pontificia cualquier rastro del que la ha ocupado durante siete años.

## TESTAMENTO

¿Qué queda de él, qué huella dejará? ¿Qué memoria guardará el mundo, y sobre todo nuestra Iglesia, de todo lo que Giuseppe Lombardi fue para él, para ella? No nos corresponde nunca decidir sobre nuestra posteridad; no nos corresponde resolver, por los siglos venideros, lo que querríamos que se supiera de nuestro amigo.

Hoy, más de seis meses después de su muerte, no sabemos todavía lo que quedará de Giuseppe Lombardi. El pontífice que gobierna en la actualidad ya ha encontrado su propio estilo, diferente, sorprendente también; y sabe lo que debe a aquel de quien ha retomado el patronímico, Tomás, a aquel que, durante largos años, fue su «gemelo» italiano.

El concilio que empezará dentro de muy pocas semanas fijará por unas décadas nuevos caminos, y algunos de ellos habrán sido desbrozados, señalados, esperados por Giuseppe Lombardi.

Para escribir estas páginas he hablado con decenas de hombres y mujeres que conocieron, afrontaron, amaron a Giuseppe Lombardi. Conocía a la mayoría de ellos por haberlos tratado en numerosas ocasiones, por haber seguido su trabajo con el sacerdote, el obispo, el Papa al que acompañé durante los últimos catorce años.

Sin ellos, este libro no sería lo que es. Ellos me han explicado a «su» Papa, su amigo, su hijo, su hermano, su jefe, su portavoz, su compañero de camino... Para ellos, él fue Giu, Jacob, Giuseppe, Lombardi, Tomás...

Pero una cosa me impresiona especialmente hoy, cuando acabo este trabajo que me habrá permitido encontrarme una vez más, una última vez, con este hombre; y es que cualesquiera que fueran los lazos que lo unieron con cada una de estas personas, cualesquiera que fueran sus revelaciones, en ocasiones absolutamente nuevas para mí, todos me hablaron de él como de un hombre, un ser humano, de carne y de sangre.

Ninguno de los compañeros de su vida quedó fascinado por Giuseppe Lombardi;

ninguno se sintió aplastado por su carisma, su fe, su potencia de expresión.

Todos evocaron momentos de combate, de enfrentamientos, de decepciones, de ceguera, de cólera, en este hombre; todos recordaron cenas o copas compartidas, momentos de música y de silencio, de risas y de lágrimas, de gestos y de palabras. Todos retuvieron, de esos instantes, un paisaje, un detalle, una ropa, un vino...

Si impresionó a todos estos testigos por un rasgo común, solo podría definirlo con estas palabras imperfectas: Giuseppe Lombardi era un hombre que amaba a la humanidad, comprendida la suya; un creyente cuya fe se encarnaba, se grababa en la vida y las amistades. Un hermano en humanidad.

Hoy, en el momento de trazar las últimas palabras de este libro, recordaré solo cuatro frases que pronunció el día en que se convirtió en Tomás; frases que eran su programa y que son ahora su testamento.

Junto a vosotros, no seré el que sabe sino el que acompaña. No seré el que enseña, sino el que dialoga. Nunca seré un padre, y menos aún un Santo Padre... Pero sí quiero ser, para todos vosotros, un hermano.

Sobre este punto, más que sobre cualquier otro, mantuvo su palabra.

# ΕΠÍΛΟΓΟ



## NUNC DOMITIS

**T**omás ha vuelto a convertirse en Giuseppe.

En Roma todo va muy deprisa, ya que los cardenales, hombres y mujeres, han llegado ya, convocados por el consistorio ordinario. La elección se efectuará antes de quince días.

Giuseppe pasa la jornada del 13 de marzo en el piso; yo vuelvo al palacio para proceder a unos últimos arbitrajes entre archivos privados y archivos vaticanos. Hace una semana que lo sé y que clasifico...

Cuando vuelvo a casa, lo encuentro en la terraza, con las ventanas abiertas al salón, donde suena su muy querida música.

—Creo que estoy cansado, *fratello*... —Me dice—. Hace tanto tiempo que no hacía nada, y ahora me doy cuenta de lo fatigado que me siento.

Todavía no sé qué ha imaginado para los días y las semanas que vienen... ¿Esperar así, sentado en un sillón en una terraza romana?

Me había dicho que se ocuparía de la cena. Veo que ha encargado y hecho subir lo que necesitaba: cocina francesa, si no recuerdo mal. Es difícil para un ex Papa hacer la compra, y durante unos días los periodistas intentarán descubrir su refugio.

Hay algunos invitados, aunque no me lo había anunciado. El Che, Simon, Steven también, desplazado por última vez desde Nueva York. Leah todavía no ha llegado, retenida por su «trabajo de cardenala»; pero pasa luego, tarde. Giuseppe la recibe con una sonrisa:

—Sobre todo no me digas nada, Eminencia. Esta parte de la historia ya no es la mía.

—¿Y qué haces ahora? —pregunta ella.

—Llevo mis paquetes a Bolonia y me voy a casa de Mary.

Mary es una anciana ya... A veces, sus gestos son un poco más lentos, su sonrisa un poco cansada. La primera noche, le dice a Giuseppe:

—¿Sabes que tengo ochenta y tres años? Casi la edad de Alan cuando nos

conociste...

Se ríe, incrédula. Giuseppe responde:

—Yo también me siento cansado, agotado incluso; no soy viejo, pero he vivido mucho.

Habíamos cogido el avión el 18 de marzo, después de pasar por la tumba de Chiara. Los cardenales abrieron el cónclave una semana después, en la festividad de la Anunciación. Necesitaron menos de dos días para decidirse, en la cuarta o la quinta votación...

En el momento en que el recién elegido, de pie frente a sus hermanos, pronuncia la aceptación, estamos en el jardín de Mary, tomando un té. Ha caído la noche y han encendido las lámparas. Las rosas se han cerrado...

Alguien grita desde la casa: «El humo es blanco». Nos levantamos, con indolencia, sin prisas; sabemos que nos queda el tiempo de la sala del Llanto, el tiempo de vestirse, del barullo en el pasillo oscuro hacia la) ventanal intensamente iluminada.

Mary pregunta a Brother Giuseppe:

—Dinos, ¿cómo va todo?

Él explica anécdotas, historias de sastres; no dice nada de la sala del Llanto, de lo que vivió durante unos minutos con Enrico, con Paul. Dice también:

—El momento en que se llega al balcón es realmente formidable.

En ese momento, en la pantalla, corren la cortina y la ventana se abre.

«¡*Habemus papam!*!».

Giuseppe se levanta como un loco, abraza a Mary y la hace girar en el aire.

—¡Es Paddy, es Paddy!

Mary llora y ríe, todo a la vez. Él se ha puesto a toser, pero nadie se fija; toda la familia se abraza... Thomas Poopaddy, el gemelo del gemelo, se convierte en el 269.º Papa católico de la historia con el nombre de Tomás II.

Para cualquier otro que no fuera Paddy, ni siquiera se hubiera planteado la cuestión; pero ahora noto que vacila durante unas horas, en el avión hacia Bolonia. Le hubiera gustado tanto asistir a la misa de entronización de su gemelo sucesor... «Pero no es mi sitio, no puedo estar allí...».

Vemos la ceremonia por televisión. Giuseppe sonrío, feliz de que el destino le haya gastado esta jugarreta. Ahora le toca a él constatar el humor del Espíritu Santo.

La noche del 1 de abril volvemos a Roma para ver al nuevo Papa. Paddy ha «hecho novillos» para venir al piso; Altobelli ha dejado las consignas a sus sucesores, no tendrán que buscar mucho rato... Los papas se siguen y se parecen, a veces.

Es una fiesta de alegría casi adolescente. «Gandhi» bromea con su fantasma, como dice... Somos una veintena, los amigos más íntimos de Paddy, que en su mayoría son los nuestros.

Por primera vez, cosa inimaginable, Kate Finley está en Roma, está en casa de Giuseppe; la vimos en la misa de entronización, vestida con la gran estola púrpura de los cardenales sobre el sari blanco bordeado de una orla azul. Se ha tomado en serio hasta el final su papel de cardenala. Esta noche está en casa con nosotros...

Mary también está aquí, claro, y el primo Joseph, acompañado por Marina. Con Morro y Cyril Dereim, los otros dos «cazadores de vampiros». Con el Che, y Paul, que no consigue quedarse bajo su árbol cuando su Madre Iglesia lo llama. Con algunos otros...

Maurice ha aceptado volver a su puesto durante algunos meses. En el fondo, Mafouz es, antes que nada, fiel a la fidelidad, a condición de que la gente a la que sirve lo valga. El Che se queda con sus obligaciones, y JMC también, «al menos hasta el concilio», les ha dicho su pontífice, que se dispone a nombrar al jesuita peruano teólogo del concilio ecuménico Vaticano III.

Ya le ha pedido a Simon que prosiga su obra en la Academia Pontificia de las Ciencias.

Thomas le dice a Giuseppe:

—Quiero que celebremos aún una vez la misa juntos; después ya sé que abandonarás Roma y que no volverás.

—No te preocupes, tendrás ocasión de decir la misa por mí...

Un instante violento. Giuseppe habla de su misa de entierro. Thomas le da una gran palmada amistosa:

—Realmente eres... —La palabra se le queda en la garganta.

Rompo este clima incómodo al proponer que la misa se diga en nuestra casa, en los dominicos, en los Cuatro Santos Coronados. Está un poco apartado, y los hermanos serán discretos.

El día siguiente, Thomas y Giuseppe celebran esta misa de los dos papas.



Volvemos a Bolonia, ahora de verdad. Somos tres, Giuseppe, nuestro ángel guardián, Altobelli, y yo. Hasta el final, el coronel dormirá, con el arma en la cadera, en la habitación contigua a la de su «cliente»... Un pitbull.

Nos hemos instalado en el gran piso que compró en otro tiempo, cuando pensaba que pasaría la semana en Roma y los fines de semana en Bolonia con sus dos hijas. Durante años ha dormido aquí a veces, solo, sin sacar siquiera las fundas de los muebles.

El piso de cuatro habitaciones despierta. Durante unos meses Giuseppe disfrutará de una vida «normal», apacible, lenta.

Cada mañana decimos laudes juntos, antes del café, siguiendo una costumbre de quince años. Él celebra la misa en los dominicos. La capilla no es grande, y mis hermanos limitan el número de curiosos.

Giuseppe sufre por su notoriedad; no puede ir a tomar un café o un helado de incógnito. Utiliza trucos. Él, que siempre llevaba ropa clara, ha pedido urgentemente a su sastre indio algunos pantalones y chaquetas oscuros. Pero el mundo entero conoce bien su rostro...

Va a pasar dos semanas en Nueva York, visitando la ciudad con Steven y Leah. Yo no lo he acompañado. Me dice que allí nadie mira a nadie, todo el mundo es conocido... Vamos juntos a París, a escuchar un concierto en el GAP; allí no es un desconocido, pero el hombre al que acogen es más bien el *ingegnere* Lombardi, o al menos eso imagina él. El presidente de la República y el primer ministro han acudido al acto.

Todas las noches, antes de ir a acostarnos, decimos juntos el oficio de la noche. Acabamos con el cántico de Simeón, mientras él hace un signo de la cruz, según su costumbre: «Ahora, oh maestro soberano, puedes dejar que tu siervo marche en paz según tu palabra...».

Cada día, una joven médico —delegada conjuntamente por la República Italiana y la Unión Europea— pasa para auscultar a Giuseppe. A pesar de la simpatía que irradia,

su visita nos recuerda cotidianamente que Giuseppe está sentenciado.

Hacia finales de junio, su salud empeora; el pronóstico de los médicos se confirma. Tiene varias pequeñas hemorragias cerebrales, acompañadas de breves períodos de ataxia, totalmente reversibles. Se acerca el fin... Él teme quedar imposibilitado, la lenta degradación; la parálisis parcial, una larga dependencia.

Habla de Chiara, un poco; por primera vez en futuro.

El 3 de julio, en la festividad de Santo Tomás, recibe el sacramento de los enfermos en la estricta intimidad de la capilla de los dominicos.

Al día siguiente, el día de su aniversario, Cecilia y Alex hacen bautizar a su hijo, de casi tres meses. Se llama Pietro, una costumbre familiar... Es evidente que Giuseppe está muy emocionado mientras hace correr el agua por la frente de su nieto. Es un día hermoso, lleno de risas y cantos. Giuseppe, con Pietro igual que con los hijos de Clara, parece descubrir sin haberlo previsto que le gustaría ser abuelo.

Por la noche, para la fiesta de sus cincuenta y siete años, han venido todos los amigos. Sabemos que será la última.

El domingo 12 de julio hace un calor agobiante. Hemos previsto salir durante tres días en busca del frescor del refugio de Simon. Después de la comida, Giuseppe pone el concierto para piano de Ravel, que le gusta particularmente y del que dice que no puede oír el segundo movimiento sin que un sollozo le suba a la garganta.

Reconozco la pieza por haberla oído cien veces, yo que tengo un oído musical de asno. Él escucha, sentado en su sillón, con una taza de café en la mano; me da la espalda. Yo hojeo distraídamente un libro de arte que acaba de recibir.

Oigo el ruido de la taza que se rompe contra el suelo...

Cuando llegan los servicios de urgencia, solo pueden constatar que ha muerto instantáneamente: ruptura de aneurisma. En el fondo, él lo había esperado.

Llamo de inmediato a mi profesor y maestro, Mafouz, para que el Vaticano informe a los medios de comunicación.

Las exequias se celebran el 15 de julio, en la plaza de San Pedro; exactamente treinta y dos años después de su matrimonio con Chiara.

Creo que entre la multitud de amigos y gente anónima, detrás de los jefes de Estado y de gobierno, domina la gravedad mucho más que la tristeza. Sabemos que para Giuseppe es un principio.

Después de la última bendición, un helicóptero blanco espera al féretro. Subo al aparato con Clara y Cecilia. Los demás íntimos siguen en otro aparato. El rotor empieza a girar con un estruendo bélico, un batir terrible, como un generador eólico. Veo cómo la plaza de San Pedro, repleta de gente, se empequeñece bajo nosotros.

El trayecto no es muy largo, nos posamos ante el pequeño cementerio con sus dos cipreses, en el campo emiliano. Nos dirigimos hacia la tumba donde, en otro tiempo, el cardenal Enrico Morro había pensado reposar, el último de un linaje. La tumba donde duerme Chiara desde hace un cuarto de siglo.

Soy yo quien pronuncia la última oración ante el panteón abierto. «Escucha, hermano mío, la voz de la bien amada que te espera; vuestro amor es más fuerte que la muerte, las grandes aguas no lo han apagado, los ríos no lo han sumergido, corred juntos hacia la montaña del Señor, hacia la Ciudad Santa, y que la gracia del Señor Jesús esté con vosotros. Amén».

# NOTA FINAL

«Y si es razonable soñar con el santo del futuro, me atrevería a proponer que sea un santo de la unidad. Mido bien la palabra: un santo, no un filósofo ni un sabio. Esto no quiere decir que sea un iletrado, sino que será inesperado. Este hombre tendrá oído para escuchar lo que el Espíritu dirá a las Iglesias, y una boca y el valor para repetirlo. Como todos los santos, será incondicionalmente fiel a su Madre Iglesia, pero su fidelidad estará enraizada en un amor tal, en una tal intimidad con Dios, que en ellos se borrarán y se abrogarán las oposiciones doctrinales. Como todos los santos, es posible que tenga dificultades con sus cofrades “integristas” o “reformadores”. Pero él no será reconocido por su renombre sino por sus frutos. Y como todos los santos, será, ante todo, un hombre de oración».

VLADIMIR ZIELINSKI  
Para que el mundo crea...  
París, 1989



PIETRO DE PAOLI es el seudónimo de Christine Pedotti (nacida en Les Ardennes, 1960), una intelectual católica francesa.

Ella, junto con Anne Soupa, están en el origen de la creación de la *Conférence catholique des baptisé-es francophones (CCBF)*.

Desde marzo del 2013, Christine es la redactora jefe de la revista *Témoignage chrétien*. En septiembre de 2012, Christine Pedotti reveló en *Ce Dieu que j'aime* (Mediapaul), que ella era Pietro de Paoli, autor de novelas de éxito sobre grandes temas de la actualidad cristiana.

Christine Pedotti es *Chevalier de la Légion d'honneur* desde el 1 de Enero de 2014.

# Notas

[1] Nacido en 1961, Villepreux ingresó en el seminario de su diócesis, la de Langres, en 1984. La falta de estructuras de formación en el departamento de Haute-Marne lo llevó a realizar sus estudios en «la Cato» (la Facultad de Teología de París) y después en Roma. Destinado a la acción pastoral en Saint-Germain-des-Prés, fue ordenado diácono en junio de 1990 y sacerdote en junio de 1991. <<

[2] La frase pertenece al compositor italiano Giacinto Scelsi. <<



[3] De hecho, durante su último año de primaria, dos alumnos de su clase recibieron el bautismo la noche de Pascua, en Saint-Germain-des-Prés. Giuseppe, que cantó en la ceremonia, quedó vivamente impresionado por el ritual y por el fervor de aquellos dos chicos de su misma edad. <<

[4] En consecuencia, es posible saber qué texto de los Evangelios se leyó. Se trata del capítulo noveno del Evangelio de San Marcos, cuyo versículo 37 dice así: «Quien acoge a uno de estos niños en mi nombre me acoge a mí». <<

[5] Especialmente, Philippe Février en su excelente biografía de Silvestre III, *El Papa asesinado*, Plon, París, 2032. Esta obra constituye, en mi opinión, el mejor resumen para comprender la posición de Jean-Baptiste Villepreux en el sínodo europeo de 2008, durante la «Black Decade», y contiene una buena síntesis sobre la guerra larvada entre «franceses» y «mexicanos» durante todo el decenio 2020-2030. <<

[6] En la actualidad, estas fuentes se encuentran en manos de jóvenes investigadores. Se trata de cuadernos utilizados por Lombardi a lo largo de toda su vida, compilaciones de textos manuscritos, bastante difíciles de analizar, puesto que no son anotaciones extensas, sino comentarios sobre las circunstancias exteriores. Estos gruesos blocs están organizados cronológicamente, uno por año. <<

[7] Al margen del Salmo 63, que empieza con estas palabras: «Elohim, tú eres mi Dios: a ti te busco solícito; sedienta de ti está mi alma». Se trata de una de las anotaciones más largas de los cuadernos. <<

[8] Indirectamente surgido del coro infantil del que formaba parte en París en la década de 1990. <<

[9] La compositora francoestadounidense musicó textos de san Agustín a finales de la década de 1980. <<

[10] Jean-Baptiste Villepreux siempre llamó Jacob a Giuseppe. Le dio el nombre por la calle en la que vivía, con el pretexto de que Giuseppe es difícil de pronunciar en francés. <<



[11] Villepreux no era un especialista en los textos bíblicos. Dedicó su tesis a la eclesiología y, especialmente, al lugar y el papel de los seglares y los sacerdotes. <<

[12] Conocemos a Alma por la biografía de Maxime d'Argentré, un sobrino lejano que coincidió en varias ocasiones con Jacob en casa de su tía: *La marquesa de Saint-Germain* (París, 2031) se publicó después del acceso de Tomás al pontificado. Me he basado ampliamente en dicha obra, de la que proceden muchas de las citas que le atribuyo. En cambio, creo que nadie había subrayado la importancia decisiva que tuvo la marquesa de Argentré para el joven Giuseppe Lombardi y, en particular, hasta qué punto le debe la cristiandad que Tomás fuera... cristiano. <<

[13] El ritmo de progresión de la seropositividad del VIH tanto en Occidente como en el Tercer Mundo era tal que el descubrimiento de un tratamiento, dramáticamente urgente, prometía además ser extremadamente lucrativo para el laboratorio y el país que ganaran aquella «carrera de la vacuna». <<

[14] Sacerdote estudiante en la «Cato» hasta el verano de 1992, Jean-Baptiste Villepreux regresó a su diócesis tras concluir su tesis y permaneció en ella dos años, antes de trasladarse a Munich para una estancia de un año (1994-1995). Al regreso de este último viaje, su obispo comprendió que no podía conservar a este intelectual como párroco rural. Villepreux volvió a París y en 1998 se convirtió al fin en profesor de teología a tiempo completo y residió de nuevo en Saint-Germain-des-Prés. <<

[15] Fue en Roma, en 1990, donde seguía con pasión las hazañas futbolísticas de su equipo, eliminado en cuartos de final por Inglaterra. Los leones habían vencido en el partido inaugural a Argentina, anterior campeona del mundo. Unas horas antes del encuentro, Paul se presentó a un examen oral en la universidad gregoriana. Un seminarista argentino exigió examinarse el primero para poder ver el partido. No paraba de repetir: «Soy argentino». En mala hora, porque un gigante negro lo agarró por el cuello y le hizo saber: «Y yo camerunés». Si había un tema sobre el que Paul no admitía bromas, era el fútbol. <<

[16] *Jesucristo, la hormiga que encabeza la hilera. Ensayo de cristología africana*, Desclée, París, 1999. <<

[17] Cuando tenía doce años, sus padres dejaron Duala para regresar a la región del lago Chad, de la que era originario su progenitor, y confiaron su educación a los misioneros palotinos. <<

[18] Tras la aparición en 2034 de *La verdad sobre el supuesto Papa*, de Raimonda Massafra, se dieron por supuestas muchas cosas. Entre otras, la autora afirmaba que Jacob vivió maritalmente con su joven futura esposa durante sus años de vida romana y milanesa. <<



[19] Durante nuestro encuentro, Gianluca Premonti, actualmente uno de los hombres de confianza de Adriano Salverde en la sección italiana de la Confederación General Europea del Trabajo, pudo compartir conmigo numerosos recuerdos de esos dos años, de los que conserva imágenes muy vivas. <<

[20] «Su amistad con Cristo podría ser el objeto de una auténtica teología», me dijo Morro. <<

[21] Unos años antes de esa conferencia, Simon Cervin figuraba entre los principales sabios tentados por una forma de concordancia entre ciencia y fe, y colaboraba en las investigaciones que realizaba el CERN cerca de Ginebra para aislar el famoso bosón de Higgs, partícula elemental que tendría el valor de unificar la comprensión de las fuerzas físicas y nuestra comprensión del universo. ¿No fue el mismo premio Nobel de Física León Lederman quien llamó al bosón de Higgs la «partícula de Dios»? <<

[22] Cervin hace alusión a la trayectoria, considerada milagrosa, de la bala disparada por el terrorista turco Ali Agca contra el papa Juan Pablo II el 13 de mayo de 1981. El viaje al santuario portugués de Fátima realizado por el pontífice polaco al año siguiente convenció a numerosos fieles de que había sobrevivido al atentado gracias a la Virgen María. A continuación, Cervin se refiere a las apariciones de Medjugorje, en Croacia: también en esta ocasión fue la Virgen la que se apareció a principios de la década de 1990, en plena guerra de los Balcanes, mientras la Croacia católica se enfrentaba a la Serbia ortodoxa. La Iglesia, que siempre ha «reconocido» las apariciones de Fátima, se mostró mucho más cauta respecto a la de Medjugorje. No he podido averiguar a qué hecho aludía la frase de Cervin sobre la ola de barro en Colombia. <<

[23] Parfraseando el lema anarquista «Ni Dios ni amo», Simon Cervin hizo grabar en el frontón de su casa y en su escritorio de la Academia Pontificia de las Ciencias esta frase lapidaria y gramaticalmente discutible: «Un Dios, ni amos». <<

[24] Los dos hombres siguieron llamándose así, por sus apellidos, y tuteándose incluso después de acceder a las dignidades de la Iglesia católica por todos conocidas. <<

[25] Para los interesados en el tema, recomiendo el álbum *La vida privada del Papa*, de Lisa Antoni, colección de fotos privadas de Giuseppe Lombardi desde su nacimiento hasta su muerte, Éditions n.º 1, París, 2037. <<

[26] Forman la primera parte del informe elaborado por ambos y publicado con el título *Asuán o la memoria sumergida* (Alternativas, Milán, 2008) que también contiene una propuesta, bastante elaborada, para la creación de una agencia mundial y un tribunal internacional del agua. <<



[27] La denominación Síndrome del Nilo Occidental (SNO y, más tarde, SNOV), que sustituyó la de VNO cuando la epizootia se transformó en epidemia mundial, es una creación mediática que se impuso porque sus siglas eran más fáciles de pronunciar.

<<

[28] El VNO, endémico en la región del alto Nilo, es algo menos frecuente en el Alto Egipto. <<

[29] En esa época, Pietro Lombardi tenía cincuenta y cinco años, su laboratorio marchaba bien y dirigía los trabajos de investigadores más jóvenes sobre la mejora de las triterapias en la lucha contra el sida. Respecto a la insistencia de su nuera, se limitaba a decirme: «Nadie podía resistirse a Chiara». <<

[30] El antiguo ayudante rumano de Lombardi acababa de descubrir una vacuna derivada del cerebro de los ratones que ha permitido tratar con éxito la fiebre de Crimea. <<

[31] La sociedad, filial al 100% del laboratorio israelí Noah Incorporated, estaba registrada en Egipto. Su única actividad consistía en producir en el país vacunas veterinarias para el conjunto de los países del Cuerno de África. Sammy Lebronstein sigue siendo el director general, además de director de producción de la fábrica farmacéutica, que emplea a cincuenta y tres trabajadores egipcios. <<

[32] David Lemans, antiguo condiscípulo de Giuseppe, creó en 2006, en Tel Aviv, su propio —aunque minúsculo— laboratorio, Noah Incorporated. A través de su pequeña empresa, el joven investigador y Lombardi organizaron la financiación israelí, a la que se sumaron ayudas del gobierno egipcio y una contribución humana y financiera de la Escuela Veterinaria francesa de Maisons-Alfort. <<

[33] Porvenir financiero y político... Al crear una filial egipcia al 100% de Noah Incorporated, Giuseppe demostró su visión de futuro: la fabrica no solo sobrevivió a los embargos comerciales de la Black Decade, sino también a la terrible «caza de judíos» que se desencadenó en Egipto tras el atentado del 6 de agosto de 2022. <<

[34] El último capítulo del diario tiene, como muchos otros, un tono desenfadado. No obstante, deja constancia del único síntoma que desarrolla Chiara tras contraer el SNOV. Si se hubiera tratado del SNO, Chiara simplemente habría sido portadora sana de un virus contra el que el cuerpo desarrolla sus propios anticuerpos. Por el contrario, la fiebre alta y los vómitos son la discreta manifestación de un virus mutante. Hoy se sospecha que Chiara Sassetta fue una de las primeras víctimas del SNOV, identificado más de nueve años después de esa crisis. <<



[35] Su madre la esperó durante quince años y su hermana mayor sufrió tres abortos.

<<

[36] El 26 de diciembre de 2004, un temblor de tierra en el océano Índico provocó un gigantesco tsunami, que sumergió las costas de Tailandia, la India, Sri Lanka y especialmente Indonesia. El cataclismo asoló toda la región y causó cerca de trescientos mil muertos, la mitad de ellos en Indonesia, principalmente en la provincia de Banda Aceh, situada en la isla de Sumatra. Se trató de una de las catástrofes naturales más mortíferas de la historia, que desencadenó una de las primeras reacciones de solidaridad realmente mundial. <<

[37] Por deseo al parecer de Giuseppe, el nombre de pila de la niña era una extraña variación del de Chiara, que la familia encontró cuando menos «curiosa». <<

[38] Sarah Goodgrass, *Paternidad simbólica y lazos de sangre*, Londres, 2034. <<

[39] Firmada por varios obispos y teólogos «autorizados», recogía las conclusiones de un coloquio celebrado meses antes en París con un título provocador: «La desaparición del catolicismo en Europa». Nombrado vicerrector del Instituto Católico de París a sus cuarenta y cuatro años, Jean-Baptiste Villepreux organizó dicho simposio, que se celebraba a puerta cerrada. Se sucedieron teólogos, filósofos y sociólogos, que apuntaban diversas causas para el declive de la religión: desencanto del mundo, desaparición de las grandes ideologías, individualismo, materialismo, incompreensión entre la Iglesia y los creyentes, en especial en las cuestiones de moral personal y sexual... El tono era pesimista y resignado a un tiempo. Pero la conclusión, que quedó en manos de Jean-Baptiste Villepreux, sorprendió por su vehemencia y comenzaba con estas palabras ya célebres: «El pueblo tiene hambre». Tres semanas después, cuando el nuevo Papa, Juan XXIV, convocó un sínodo europeo, los medios de comunicación se hicieron eco de las conclusiones del coloquio. <<

[40] Benedicto XVI, para sorpresa general, abdicó el 16 de abril de 2007, el día de su octogésimo cumpleaños. El «servidor ordinario», como se había definido a sí mismo la tarde de su elección, se plegaba a la regla ordinaria que excluye a los cardenales del colegio electoral al cumplir los ochenta años. El mundo entero, desconcertado en un primer momento, elogió la coherencia del pontífice. <<

[41] Elevado a la cátedra de Pedro en mayo de 2007, tras la renuncia de Benedicto XVI, el cardenal escocés Paul Cameron adoptó el nombre de Juan XXIV, en el que la mayoría de los observadores vieron el anuncio de la convocatoria de un concilio ecuménico (pues fue Su Santidad Juan XXIII quien convocó el precedente Concilio Vaticano II). Pero el nuevo pontífice eligió otra opción: dos meses después de su entronización, convocó para el siguiente año sínodos continentales que reunieron a obispos, teólogos y representantes de las comunidades en los cinco continentes. Los comentaristas hablaron de inmediato de un «rechazo de la teocracia» por parte del dominico Cameron, y también de un «retorno a la subsidiariedad». <<

[42] La mayoría de los firmantes recuerdan que durante casi un milenio los sacerdotes estaban habitualmente casados y que en los ritos orientales todavía se sigue ordenando a hombres casados. En consecuencia, el celibato sacerdotal pertenece exclusivamente al orden de la disciplina eclesiástica, y dicha disciplina puede admitir excepciones. La obra concluye que es urgente dar sacerdotes a la población europea, darle buenos sacerdotes, y propone que la reunión de los obispos europeos en sínodos sea la ocasión de examinar esta propuesta: hacer una excepción local y circunstancial a la disciplina del celibato en Europa. <<



[43] Morro y Cameron se conocieron cuando el primero era seminarista en Milán y frecuentaba la biblioteca de los dominicos, en la que el segundo preparaba un estudio sobre san Ambrosio. <<

[44] Esta explicación del vertiginoso ascenso de Morro la recibí del propio interesado. Es de suponer que el Papa también estimó que el sacerdote poseía la indiscutible talla que le permitiría convertirse en uno de los principales personajes de la Iglesia italiana... <<

[45] El lambrusco es un vino rosado ligeramente espumoso. Esta excepción a la norma del vino blanco es un guiño de Morro al color púrpura de la indumentaria tradicional de los cardenales. <<

[46] Heb 9, 11. Se trata de la traducción litúrgica francesa. Las demás traducciones, más fieles al texto original, prefieren «los bienes futuros». <<

[47] El sínodo dictó tres reglas. Los candidatos debían ser llamados por su obispo; tener más de treinta años y llevar casados al menos cinco en el momento de la ordenación diaconal; tener al menos treinta y cinco años, ser diáconos desde al menos cinco y llevar casados diez en el momento de la ordenación presbiteral. Eso significaba que, como muy pronto, los primeros sacerdotes casados serían ordenados en ocho años, sumando los tres de preparación para el diaconado y los cinco de preparación para el presbiterado; es decir, 2016 como muy pronto. También se establecía que una comisión *ad hoc* redactara un informe anual de las experiencias llevadas a cabo en cada país. <<

[48] El papa Paul Cameron, Juan XXIV, anima insistentemente a sus hermanos dominicos para que revivifiquen la vocación primitiva de su orden, la predicación, en particular volviendo a constituir un tercer orden compuesto de hermanos y hermanas laicos, casados o solteros, especialmente preparados para la tarea de la predicación.

<<

[49] «Lo decía juntando las manos y poniendo los ojos en blanco, como una virgen asustada —recuerda Anna—. Al principio a Giu le molestaba un poco, pero luego se convirtió en un juego entre los dos. En venganza, él la llamaba “*la bonne du curé*”, la criada del cura en francés.» <<

[50] Siempre que recordaba la enfermedad y la muerte de Chiara, Giuseppe empleaba esa simple palabra: «el mal». «El mal que sufría», «el mal que la devoraba»... No nombraba el virus, el síndrome, no empleaba ningún término médico. Ese modo de expresar lo que vivió entonces confirma, a mi entender, lo que apunta Pietro: Giuseppe tuvo la sensación de enfrentarse a un enemigo y de ser derrotado. Efectivamente, lo que le ocurrió fue para él «el mal», puro, concentrado... Pero el mal, por mucho que se personifique, se combate mediante la ciencia, nunca, en opinión de Giuseppe, mediante mitos o agua bendita. <<



[51] A despecho de su fama de capital cultural del mundo, París, que tiene dos Óperas, todavía no dispone de la gran sala de conciertos que merece. Pese al fracaso de la candidatura de París para los Juegos Olímpicos de 2012, el Estado, la región y el municipio prosiguieron con la redefinición del esquema del transporte urbano en el interior de la capital. Cerraron la Gare de l'Est, para privilegiar, ampliándolo, el ultramoderno eje ferroviario subterráneo que constituye la vecina Gare du Nord. El proyecto del auditorio se llevó a cabo en el emplazamiento de la primera de dichas estaciones, a dos pasos del nuevo teatro de Récollets, preservando la estructura de hierro forjado y cristal, característica del siglo XIX, sin sacrificar la acústica. El pliego de condiciones presentado a los arquitectos exigía además la conservación de los frescos que representan el embarque de las tropas francesas hacia el frente del Este en 1914. <<

[52] Desde el primer día, entre el obispo y su candidato quedó sobrentendido que la diócesis no mediatizaría la vida de los Lombardi ni los limitaría geográficamente, sino que sería la vida de los Lombardi la que determinara los cambios de diócesis. <<

[53] La Iglesia europea esperaba mucho de la apertura de la ordenación sacerdotal de los hombres casados. Pastores y medios de comunicación sobrevaloraron el impacto, y los frutos se hicieron esperar. En todas partes se percibía una tremenda decepción, proporcional a las esperanzas. Eran muchos los que creían que el sínodo anunciaba una revolución formidable, el inicio de una nueva era... Una vez más, la Iglesia católica lo esperaba todo de sus ministros, pensando que iba a metamorfosearse porque ellos cambiaban. <<

[54] Así fue como formuló su visión del lugar que debía ocupar, en una carta (una «declaración de intenciones») que le había pedido Enrico Morro semanas antes de la ordenación. <<

[55] La principal causa de muerte de los enfermos de SNOV fueron las encefalitis agudas y las meningitis. Acabaron con más del 63% de las víctimas, dos veces más que las espectaculares hemorragias, internas y sobre todo externas, que no obstante pasarán a la historia como la aterradora «firma» del síndrome del Nilo occidental virulento. <<

[56] La hermana mayor de Chiara. <<

[57] Este fue uno de los secretos de este libro... Secreto a voces, porque quienes realmente quisieron averiguarlo sabían dónde se encontraba la tumba de Chiara y Giuseppe. Pero antes de morir, el Papa pidió que nadie publicara el nombre del sitio en el que reposarían sus restos, para evitar que la muchedumbre turbara el orden y la paz del lugar. Y, sorprendentemente, hasta ahora todo el mundo ha respetado su deseo. <<

[58] Giuseppe no pidió ni a sus padres ni a los Sassetta una plaza en sus sepulturas. Nunca explicó el motivo de la elección de esa tumba. Puede que simplemente le hablara del asunto a Morro mientras preparaban el funeral. Puede que Morro fuera el único que tuvo el valor de abordar tan delicado tema con él. <<



[59] Dos años antes, en 2010, La Haya había abandonado el espacio Schengen, tras lo cual el gobierno de derecha nacionalista y extrema derecha tardó apenas otro en adoptar una de las legislaciones sobre inmigración más duras del mundo. <<

[60] Habitualmente, el ingeniero descansa una semana de cada tres. Pero el nuevo había aceptado hacer todos los turnos hasta que la empresa encontrara a alguien. <<

[61] El cardenal Morro supo tener en cuenta el particular itinerario de su protegido, que iba a recibir formación pastoral y espiritual «clásica» en el seminario y formación universitaria e intelectual «a la carta» bajo la tutela del brillante teólogo Philip Wunsch. <<

[62] De diácono casado, ordenado con vistas al sacerdocio, Giuseppe, en razón de su viudez, pasó a ser un candidato «más». Su ordenación ya no estaba sujeta al período de cinco años que debía separarla de la unción diaconal, ni a la edad mínima de treinta y cinco años, como establecían las normas del sacerdocio de los hombres casados. <<

[63] Resumidos en lo que, en su primera homilía, el Papa bautizó como «la apertura al Espíritu». <<

[64] Sus adversarios en el sínodo dijeron que los había nombrado para eso, que habían actuado en misión especial, y que los defensores de la subsidiariedad y de las «diferencias en la colegialidad» predicaban la apertura para a continuación manipular los sínodos. <<

[65] Más que una aculturación, esa «negritud» partía de una constatación: los europeos habían sabido convertir la democracia, los derechos del hombre, el Estado de derecho e incluso la propiedad privada, en canales por los que ha pasado el Espíritu Santo, para asegurar la continuidad de la Iglesia y para que la caridad pueda expresarse. De las estructuras sociales africanas, ¿qué cabía singularizar para ofrecérselo al mundo? ¿De qué tesoro enterrado en África y custodiado por las comunidades tradicionales estaba necesitada la universalidad católica? <<

[66] El arzobispo y cardenal de Chicago fue el primer afroamericano que ocupó la presidencia de la Conferencia Episcopal de Estados Unidos. <<



[67] En tanto combatían el «marxismo difuso» de la América Central jesuita y el marcado tono de «justicia social» que teñía el discurso del clero de la región. <<

[68] Al día siguiente, varios periódicos recogieron el parlamento del cardenal mexicano, ilustrándolo con una foto de la «limusina de Villaverde», un viejo Mercedes beige abollado y mal repintado, que contrastaba con los grandes vehículos metalizados y climatizados de sus «hermanos». <<

[69] Estallaron varios escándalos relacionados con casos de pedofilia y corrupción. Roma abrió diligencias que nunca dieron fruto. Los templarios clamaron contra la difamación. El vehículo de un investigador pontificio atravesó un parapeto en una curva de las colinas mexicanas con consecuencias fatales, pero las autoridades locales declararon que se trataba de un accidente. <<

[70] Propiedad de la familia Rosario, uno de los principales animadores y patrocinadores de Templum Christi. <<

[71] Semanas después, fueron 5462 los que se presentaron en México para «ponerse en manos de María», como había dicho el cardenal. <<

[72] Previsto para el mes de noviembre y aplazado en repetidas ocasiones, se programó definitivamente para el mes de febrero de 2014. <<

[73] Sobre las circunstancias y la sucesión de esas apariciones, puede leerse el excelente libro del periodista estadounidense Clive Sörensonn: *El dossier Campo Santo. Imposturas, mentiras y manipulaciones de Estado*. Constituye un magnífico resumen factual sobre los ocho años de «casos», aunque en sus últimas páginas desarrolla una tesis conspiratoria que los hechos no han confirmado con posterioridad, dado que con toda certeza el origen exclusivo de la impostura fue el lucro. <<

[74] Tal fue el primer nombre con el que se conoció el SNOV, debido a que una de las primeras alertas fue dada por el excelente sistema de vigilancia medicosanitaria estadounidense en relación con una decena de casos de muertes sospechosas en la región de Miami. <<



[75] Philippe Barbarin, hasta entonces primado de Lyon, pasó a dirigir el recién creado dicasterio para la Juventud, mientras que Claudio Ziegler, anterior arzobispo de Buenos Aires y principal oponente al «golpe de mano» de Villaverde, asumió la dirección del dicasterio Justicia y Paz. Ambos fueron depuestos en noviembre de 2015, durante la gran purga llevada a cabo por los templarios en la Curia romana. <<

[76] Hoy sabemos que los trabajos del equipo del profesor Malkovich estaban ampliamente «inspirados» en los del equipo italo-rumano. La batalla por la autoría del descubrimiento se saldó con victoria europea en noviembre de 2016, con la concesión del Nobel a Rustu y Lombardi. <<

[77] No recordaré aquí los detalles de ese día, que, junto al testimonio de Paul Assoumou, figuran en la obra de Anetta Zetti, *Un Papa, padre de familia*, Roma, 2032. <<

[78] A falta de aviones, tres días después de la muerte del Papa la mayoría de los cardenales africanos tomó un barco en Argel para hacer la travesía hasta el puerto de Roma. El Estado italiano autorizó el desembarco en su suelo de tan extraño pasaje: una veintena de purpurados. <<

[79] En la ceremonia de entrega del Nobel a Rustu y Lombardi, el comité sueco no alabó únicamente sus trabajos de investigación, sino también «el coraje y el compromiso personal de dos científicos en la lucha contra tan terrible enfermedad».

<<

[80] Léanse a este respecto los primeros capítulos del excelente *Villaverde o el Papa de los miedosos*, del dominico George Hélie-Marchand, París, 2023. <<

[81] El color blanco de la indumentaria papal es herencia del hábito dominico de Pío V. Fiel a esa tradición, Juan XXIV eligió atenerse a la sencillez de dicho hábito.

<<

[82] La misma elección de ese nombre fue toda una declaración de principios. El anterior Pío, el duodécimo con ese nombre, fue criticado por su silencio respecto a los campos nazis; el canonizado Pío X, un tremendo conservador que hizo firmar el juramento antimodernista, y Pío IX, el pontífice del *Syllabus* y de la denuncia de los «errores modernos». <<



[83] Giuseppe decidió volver a trabajar tres días a la semana, para mantener a su familia. Durante dos años, mientras estudiaba a tiempo completo, sus hijas vivieron en casa de los abuelos y mantenidas por ellos; él se mantenía con el exiguo subsidio que la diócesis concedía a los seminaristas. Tras su ordenación, el despacho Rippeti & Süger aceptó volver a contratarlo a tiempo parcial. <<

[84] San Gregorio tiene el dudoso honor de haber impedido obtener el doctorado en teología a Elena Piscopia, que ya se había convertido en la primera mujer doctora en filosofía. Si bien la Universidad de Padua aceptó la candidatura de la noble veneciana, el obispo impuso su veto. Pero ese año de 2014, Giuseppe todavía lo ignoraba. No lo supo hasta mucho después, de boca de Jeanne-Marie Carrière, que consideraba a Piscopia casi su «santa patrona». <<

[85] La cita completa es esta: «Hoy en día, ciertas enfermedades nos recuerdan que somos mortales. Ciertas enfermedades son como pruebas que Dios nos envía para que nos enmendemos, para que volvamos a su camino». (Declaraciones efectuadas en la audiencia pública al personal de la Sanidad romana, el 18 de febrero de 2015.). <<

[86] Por esa época, había cedido la responsabilidad de organizar la profilaxis del virus, se había encerrado en su laboratorio y trabajaba con Rustu en los tests de diagnóstico precoz. <<

[87] El estatuto de Fidei Donum permite a los sacerdotes diocesanos vivir durante determinado tiempo una experiencia misionera poniéndose, con el permiso de su obispo, a disposición de otra diócesis más «pobre», por lo general del Tercer Mundo.

<<

[88] En aquellos momentos, el Vaticano ya estaba preparando los decretos contra los jesuitas, y circulaba el rumor de una disolución pura y dura de la Compañía. <<

[89] Primo lejano del cardenal Benelli, arzobispo de Florencia y «papable» sin suerte durante las elecciones de Juan Pablo I y Juan Pablo II. <<

[90] «Era típico del sentido del humor del nuncio dejar unos instantes a su invitado en esa incómoda posición, la de quien se pregunta si va a trabajar durante años para un imbécil racista», comenta Thomas Poopaddy. <<



[91] Efectivamente, Alan Poopaddy poseía un antiguo Rolls-Royce, auténtica reliquia requisada en el garaje del virrey tras la declaración de Independencia, que los responsables del Partido del Congreso se fueron pasando de mano en mano a medida que los británicos reclamaban la devolución de ese «botín de guerra». Finalmente, fue a parar al garaje del íntegro Poopaddy, con quien no corría el peligro de que fuera revendido y que ni siquiera lo utilizaba para circular por Nueva Delhi, por miedo a que un chófer arañara la pintura. <<

[92] No por ello dejará de llamar «*father* Thomas» a su propio hijo, como sigue haciéndolo hoy en día. <<

[93] Tras su regreso a Italia, e incluso después de su ascensión al solio, Giuseppe procuró volver todos los años a Delhi para pasar tres o cuatro semanas en el jardín de los Poopaddy, lejos del mundanal ruido y bajo la protección de las hojas del banano y las rosas de Mary. Llamaba a esos viajes «mis regresos a casa», una denominación que me confió su madre, Monica, con mal disimulados celos. <<

[94] Nacido en 1925 en el feudo familiar, Alan Poopaddy dejó la India antes del final de la Segunda Guerra Mundial para terminar sus estudios universitarios en Cambridge, donde se entusiasmó por el movimiento de independencia pacífica encabezado por el mahatma Gandhi y culminado por el Partido del Congreso. En 1949, cuando regresó a su país como abogado, se incorporó de inmediato a la formación de Jawaharlal Nehru y participó como jurista en la redacción de la Constitución de la Unión, promulgada el 26 de enero de 1950. Ya no se alejó del núcleo de la administración Nehru, en la que fue consejero de Interior; más tarde, prosiguió una carrera sin altibajos durante las administraciones de los Gandhi, madre e hijo. Se retiró de las esferas del gobierno y de la vida política india en general, al mismo tiempo que Rajiv Gandhi, tras el fracaso del heredero de la dinastía en las elecciones de 1989. <<

[95] El apodo, inventado por Cecilia, hizo fortuna: en el futuro fueron muchos los que, cándidamente, llamaron a Thomas «*father Paddy*» o «monseñor Paddy». <<

[96] Thomas Poopaddy fue «puesto a disposición» del nuncio por la Conferencia Episcopal India. <<

[97] El obispo de Nueva Delhi, nacido en Ahmadabad sesenta años antes, tenía cáncer de pulmón, cáncer de fumador. Desde hacía tres años, parecía ahogarse poco a poco, pero seguía trabajando (y fumando los espantosos cigarrillos indios de tabaco gris que usaba desde los quince años). Cuando Giuseppe lo visitó, salía de su tercera quimioterapia, de «su última oportunidad»: los médicos estaban convencidos de que su constitución no soportaría el tratamiento. <<

[98] La Compañía de Jesús, los jesuitas, colocó a la cabeza de sus estatutos la obediencia y la sumisión al soberano pontífice. Pío XIII disolvió la orden, cuyo poder en América Latina limitaba su libertad de acción, apelando precisamente a esa obediencia. <<



[99] El día anterior, el cardenal jesuita de Buenos Aires, Felipe Arrau, había anunciado la creación de una «universidad jesuita apartada que favorecerá en todo momento la lucha pacífica, inteligente, abierta»: se «echó al monte» en el Chaco argentino, con unos doscientos estudiantes jesuitas de toda América. En la época, se rumoreaba que otras escuelas y noviciados de la Compañía resistían en la jungla brasileña y en el altiplano de Perú. <<

[100] 1 Pedro 5, 6-11. <<

[101] De hecho, hasta la muerte de Pío XIII, solo volvieron a verse en dos ocasiones: en 2018, tras la liberación de Lombardi, el cardenal recibió oficialmente al rehén liberado (pero ¿podía no hacerlo?), y, más tarde, asistió como invitado a la boda de Joseph y Marina. <<

[102] Lombardi le contó a Paddy el final de esta entrevista con tal cara de póquer que el indio nunca supo si lo había inventado o si lo repetía tal cual. <<

[103] En 2016, varios presidentes de conferencias episcopales nacionales consideraron la posibilidad de prohibir temporalmente la entrada a los lugares de culto a los enfermos y sus familiares, mientras no hubiera una certeza absoluta sobre los vectores de contagio, con el siguiente argumento: «No podemos arriesgarnos a diezmar al pueblo de Dios». <<

[104] Algunos organizaron jornadas de oración ante obras de arte sacro, especialmente en el Louvre y el Prado. <<

[105] La capital de Albania, donde un tiranuelo comunista había osado imponer por decreto la «muerte de Dios». <<

[106] Michel Onfray, *Tratado de ateología*, París, 2005. <<



[107] *Ibid.* <<

[108] Charles Dieuleveux, *Para la muerte de Dios, manifiesto deicida*, Bruselas, 2010.

<<

[109] Esta es una de las traducciones posibles, aunque habitualmente rechazada, de la palabra «yihad». Generalmente traducido por «combate», el yihad describe en primer término el esfuerzo personal, la «guerra» personal que debe librar todo creyente para convertirse en un fiel piadoso y ejemplar. «La denominación “reforma” es una referencia al yihad interior, a la reforma interior propuesta por el Corán», escribieron los fundadores del movimiento. Quienes ven más bien una alusión al *ichtihad*, esa posibilidad abierta por los juristas musulmanes de una «relectura» que concedía a todos los creyentes la posibilidad de reinterpretar los textos sagrados, suponía, a mi modo de ver, una... reinterpretación. <<

[110] El nacimiento del Estado palestino en 2013, con la bendición de la presidenta estadounidense, había hecho creer que la «cuestión palestina» estaba solucionada. Pero esa Palestina «a la baja», auténtico bantustán en las fronteras norte y este de Gaza, aumentado con un trozo del desierto del Sinaí «regalado» por El Cairo a los «hermanos palestinos» (en realidad, comprado a precio de oro por Tel Aviv) no podía satisfacer por mucho tiempo el sueño de un Estado palestino. <<

[111] La OMS no coordinó las medidas de cuarentena y contención de la epidemia, porque los estados no se molestaron en presentarlas ante el Consejo de Seguridad antes de cerrar sus fronteras, decretar embargos y encastillarse en sus planes sanitarios de exclusión. <<

[112] Transcurrido un mes de su mandato, James anunció que pedía a todos los empleados, asalariados, funcionarios y diplomáticos de la ONU que firmaran una «declaración de lealtad» a Estados Unidos; en caso contrario, se les prohibía la entrada a Nueva York y a la sede de la organización. «Ciertos diplomáticos de los estados facinerosos —declaró— son una auténtica quinta columna, infiltrada en nuestra retaguardia, que espera la oportunidad de volver a golpear cobardemente a Nueva York». En abril, tras dos meses de crisis aguda y cuando el secretario general anunció su «incapacidad para garantizar el pago de los salarios», los estados miembros reunidos en asamblea general extraordinaria declararon la «muerte de la ONU» y llamaron a la refundación de un organismo internacional con otra sede. Ese día, los representantes de China y Estados Unidos estaban ausentes. <<

[113] Pío IX, bula *Inefabilis Deus*: Acta Pío IX, párr. 1,1, vol. I, p. 617, citada en la encíclica *Ad Diem Illum* de Pío X. <<

[114] El fenómeno de las bitácoras como instrumento de «contestación global», y en concreto la «Thomas-blog», ha sido analizado en la obra colectiva *Bitácoras: la resistencia electrónica durante la Black Decade*, Barcelona, 2033. <<



[115] En la tradición cristiana, Tomás Dídimo es el apóstol que evangelizó la India. <<

[116] Ese año murieron más de cien mil personas en Europa y casi un millón en todo el mundo, un balance estremecedor, aunque el año siguiente se multiplicaron por dos esas cifras. <<

[117] El BJP, la principal formación confesional hinduista, nacionalista y xenófoba, nació en 1951. Aunque durante bastante tiempo contó con una militancia puramente testimonial, empezó a adquirir peso en la política india a comienzos de la década de 1990. Desde entonces, ha estado en el origen de numerosos conflictos interreligiosos violentos, tanto contra los cristianos como contra los musulmanes. <<

[118] El 11 de septiembre de 2016, un virus consiguió infiltrarse en varias grandes redes informáticas y vomitó torrentes de odio anticristiano y antioccidental en los ordenadores del mundo entero, en nombre del héroe y mártir Osama. En esa época, se ignoraba si Osama bin Laden estaba vivo o muerto. Al día siguiente, una gigantesca campaña de destrucción electrónica paralizó la mayoría de las redes informáticas de embajadas, servicios gubernamentales y administraciones de los «regímenes cruzados» y puso de manifiesto la fragilidad de sus comunicaciones... Las redes del Vaticano, las nunciaturas y las diócesis también fueron víctimas del ataque. <<

[119] En el siglo v, Nestorio, el obispo de Constantinopla, proclamó que la Virgen María era la madre de Jesucristo en tanto que hombre, pero no podía ser llamada madre de Dios. Nestorio separaba así la humanidad y la divinidad del Mesías de los cristianos. Su doctrina, condenada por el Concilio de Éfeso, obtuvo no obstante un notable éxito y se extendió primero por Persia y más tarde por la India y China. En la actualidad solo subsisten dos comunidades nestorianas: además de la malabar, existe una Iglesia Católica Apostólica Asiria de Oriente, que contaba con unos 150 000 fieles en Irak, Irán y el Kurdistán antes de las persecuciones de 2018 y 2019. Su patriarca, el *catholicos* caldeo, fue asesinado en 2018 por los Guardianes de la Revolución de Kutchanes (Irán). La mayor parte de los nestorianos persas se integraron en las Iglesias evangelistas de la Christian Pride Coalition a raíz de los enfrentamientos.<<

[120] Parte de los cristianos de la Iglesia nestoriana se adhirieron a Roma en el siglo XV y, desde finales del XIX, gozan de jerarquía propia y diócesis separadas de los católicos «corrientes». Esos «católicos orientales» practican el rito caldeo y celebran el culto en la lengua siríaca, un idioma emparentado con el arameo que hablaba Jesucristo en la Palestina del siglo I. <<

[121] Esta especificación del femenino contiene sin duda una alusión a la teóloga Jeanne-Marie Carrière, a la que acababa de prohibírsele enseñar en Lyon por decisión de Roma, pese a la protección de su obispo, monseñor Villepreux. <<

[122] El discurso era de Eduardo Francisco Zabaletto, arzobispo de Miami y nuevo presidente de la Conferencia Episcopal de Estados Unidos tras la renuncia de Jeffries-Brown, fuertemente cuestionado. La víspera misma de las elecciones, añadió: «Cristo vino a traer el fuego a la tierra, y todos los que, despreciando la grandeza de su Palabra, elijan la paz civil serán los servidores de la ceniza y la muerte, y no los servidores de ese fuego». <<



[123] «*Under God*» en inglés. <<

[124] En 2014, recibió el premio Nobel de Física por sus trabajos sobre la materia hadrónica, que había llevado a cabo en colaboración con FermiLab. <<

[125] Es decir, primero un «descontentadizo» y luego un «bicho raro». (*N. del T. D.*).

<<

[126] Tras la victoria electoral del pastor James, Simon abandonó Estados Unidos y se refugió en Suiza, donde obtuvo un puesto de investigador en una fundación privada de Baley y no dio que hablar durante varios años. <<

[127] Se trata probablemente de monseñor Morro, que informaba a algunos cardenales de los rumores y secretos vaticanos. <<

[128] Antes de su elección, el pastor James se había burlado en Baltimore de los «católicos, la Iglesia de los latinos, esa Iglesia que lo único que sabe es engendrar miseria y luego prosperar sobre ella»; en Detroit, de «los curas latinos, que condenan el éxito de los hijos de América, odian el dólar y meten en la cabeza de los buenos americanos el miedo a prosperar»; en Denver, de «los curas violadores de niños, a los que haremos condenar y pagar»... Entre su elección y su toma de posesión, James inició una negociación con Roma que, efectivamente, se parecía a un chantaje: «Llévense a sus curas de mi territorio y yo no los atacaré civilmente por cada cura pederasta que haya sido condenado». Ante la negativa de Roma, la administración estadounidense inició los primeros procesos transcurrido un mes de la victoria de James. Fue la ruina de casi todas las diócesis y cerró durante décadas el «grifo de dinero» estadounidense, la principal fuente de ingresos del Vaticano. <<

[129] Que, por esas fechas, ya se había convertido en la bolsa principal para la cotización de las empresas multinacionales del «Grupo de los 25». <<

[130] Como las bolsas europeas, el Grupo de los 25 decidió aplicar la tasa Tobin a los movimientos financieros. Los ingresos se dedicaban íntegramente al reembolso de la deuda y a los «gastos sociales, de educación y de supervivencia humanitaria de las poblaciones más pobres». <<



[131] Enorme barrio de chabolas del sur de Nueva Delhi surgido en apenas unos meses en 2011. Cientos de miles de campesinos, privados ese año de monzón en Tamil Nadu, se lanzaron a un éxodo ininterrumpido hacia la capital (hasta que la intervención del ejército hizo remitir la oleada) y acabaron instalándose en la zona, con la esperanza de recibir allí la ayuda que no llegaba hasta su región. <<

[132] Sobre el itinerario indio de Kate Finley, merece una lectura atenta el libro de Clarisse Fay, *Teresa y sus continuadoras: Finley, Nayrac, Rahvjitz...*, Boston, 2035.

<<

[133] «Pobres siempre tendréis», prefacio del papa Tomás I al informe de la Comisión Justicia y Paz, Roma, 2034. <<

[134] En el libro de Isaías, la profecía sobre el verdadero servidor de Dios proclama, a la inversa, que «no romperá la caña rajada ni extinguirá el pabilo que humea». <<

[135] «¿Cree usted que podría tratarse de un intento de desestabilización por parte de los nestorianos?», le preguntó al obispo de Cochin, cabeza de la diócesis en la que vive la mayoría de los caldeos. A lo que el obispo respondió: «Los nestorianos están demasiado ocupados intentando salvar el pellejo como para socavar la cátedra de Pedro». <<

[136] Las visitas de Nao a Nueva Delhi coinciden con las fechas de las actualizaciones de la bitácora, y Effliik estaba convencido de que dichas actualizaciones se «colgaban» en la Red desde la capital. <<

[137] Anna y Marina no habían revelado a nadie, ni siquiera a sus padres, lo que me contaron respecto al secuestro. Ni siquiera estoy seguro de que hubieran aceptado confiármelo si el nuncio Benelli no hubiera fallecido hace ahora seis años. <<

[138] En el momento de la compra, en 2018, Isis cambiaba las acciones Noah por acciones Isis. La acción Isis se revalorizó un 117% en 2018 y un 123% en 2019. <<



[139] Sobre la desafección religiosa tras el SNOV, puede leerse el excelente análisis de la socióloga inglesa Vicky Virgin, *Psicopatología de la emoción religiosa durante la Black Decade. Del sentimiento al resentimiento*, Oxford, 2026. <<

[140] Paul Assoumou, *El camino de la cruz, un camino de humanidad*, Yaundé, 2016.

<<

[141] En Praga, el frágil calvario de arcilla esmaltada de la iglesia de Santa María Reina de la Paz quedó completamente reducido a polvo. El artista había representado en cada una de las catorce estaciones un cuadro de los sufrimientos del hombre a lo largo de la Historia. <<

[142] La expresión era de Saighi-Morales, que la empleó durante su juicio. <<

[143] El término fue resucitado por los salafíes de la organización al-Qaida a raíz de sus primeras operaciones, a comienzos de siglo. El pastor James lo utilizó para sus propios fines en diversas ocasiones: «Los enemigos de Estados Unidos nos acusan de ser cruzados codiciosos. Pues bien, yo os digo que sí, somos cruzados; sí, hemos tomado la cruz del Eterno y vamos a alzarla en alto para que ilumine al mundo». <<

[144] Yihadíes Internacionales por el Neo Tabligh, denominación con la que operaban los islamistas indios, competidores de los salafíes, en todo el norte de la India, en Cachemira, el Punjab, Uttar Pradesh, Bombay y Nueva Delhi. Hemos optado por la denominación «Yihad Indio por un Neo Tabligh» en lugar de la versión inglesa, traducción del hindi que ha perdido autenticidad. <<

[145] País de mayoría o gobierno musulmanes. <<

[146] El dios Ganesh, probablemente el más popular de la India. <<



[147] *Unidos a los sufrimientos de Nuestro Señor*, Roma, mayo de 2019. <<

[148] Los envió para su aprobación a la Secretaría de Estado, a veces varios días después de su publicación. Los textos fueron refrendados sistemáticamente, porque la India no estaba en «la línea del frente del siglo, el campo de batalla en el que se decidirá el futuro de nuestras comunidades de bautizados», en palabras del secretario de Estado, Utrillo Ganz. <<

[149] Y, seguramente, también el *Libro de los ardidés*, recopilación de textos árabes sobre el arte de la guerra y la estrategia, porque lo cierto es que san Francisco nunca se encontró con Saladino, aunque sí se entrevistó con el sultán de Bagdad. Pero Giuseppe estaba seguro de que su interlocutor se sentiría identificado con el mejor caudillo guerrero de la historia árabe. <<

[150] Fatehpur Sikri ha pasado de ser un importante centro turístico a convertirse en una ciudad fantasma, aunque su mezquita sigue siendo un magnífico santuario al que las mujeres acuden a rezar con la esperanza de concebir. <<

[151] Referencia a las milicias cristianas libanesas, ampliamente implicadas en diferentes matanzas durante la guerra civil de 1975 a 1989, año de su disolución. Dos hermanos maronitas libaneses, Antoine y Emile Nabil, son los fundadores de estas «Nuevas Falanges», que se organizaron tras el Viernes Santo sangriento y atacaron los lugares de culto musulmanes. <<

[152] El gobierno del Partido del Congreso decidió poner a sijs en todos los puestos clave de la guerra contra los extremistas religiosos, porque no pertenecían a ninguna de las comunidades implicadas. Una elección difícil para el partido de la familia Gandhi: eran sijs quienes en 1984 asesinaron a la gran figura de la política india Indira Gandhi, que había ordenado el asalto del Templo de Oro. <<

[153] Dispongo de muy poca información sobre esa parte de las negociaciones efectuadas por los dos gemelos. Sobre este punto, Poopaddy estaba vinculado por el secreto de defensa de su país, del mismo modo que el coronel Raiy y todos los actores oficiales de la «guerra sucia» de los servicios especiales antiterroristas. Dos años después de que se fuera Giuseppe, el emir de Bombay fue asesinado por miembros de su propia facción. Lo único que sé a ciencia cierta sobre las negociaciones es esto: cuando le pregunté a Poopaddy si el emir estaba al corriente de que Giuseppe y él se entrevistaban con el coronel, se echó a reír y contestó: «Evidentemente. Si hubiéramos intentado ocultárselo y se hubiera enterado, habríamos firmado la sentencia de muerte de todos nosotros». <<

[154] El diagnóstico se estableció en septiembre, pues Pío XIII, despreciando «los ruidos del cuerpo», sufrió en silencio durante mucho tiempo. Cuando supo que el pronóstico era fatal, decidió ponerse en manos de la Providencia, y el 7 de octubre, festividad de la Virgen del Rosario, hizo don de sí mismo y ofreció sus sufrimientos en unión de los de Cristo Redentor por la conversión del mundo. <<



[155] Los obispos «resistentes» de Francia, Alemania, Irlanda, Suiza y Camerún obligaron a Roma a retirar parte de su personal, en particular cierto número de «observadores de las Iglesias autóctonas», nombre con el que Roma enviaba a sus «policías y demás informadores». <<

[156] James cayó a causa del «Virgingate», el escándalo de Campo Santo. Cuando la superchería de las apariciones quedó al descubierto, y se averiguó que ocultaba una trama de tráfico de drogas, el dudoso origen de los fondos de la campaña de James quedó expuesto a la luz pública. James negó haber recibido dinero procedente de Campo Santo a través del Templum Christi y de los movimientos *pro life*. La fiscal especial, Myriam Peack, no tuvo la menor dificultad para fundamentar los cargos. Más adelante se supo que recibió información del arzobispo de Chicago, el anciano Salomon Jeffries-Brown. <<

[157] Assoumou utiliza la palabra «católico» en su sentido etimológico original, como sinónimo de universal. <<

[158] Cameron y su apertura al Espíritu lo convencían tan poco como Villaverde y su Reconquista. A decir verdad, los únicos que lo convencían eran Juan Pablo el Grande y su fiel sucesor Benedicto XVI. <<

[159] Silvestre II, el francés Gerbert d'Aurillac, fue el pontífice del año mil. En la lista de los papas, existe un Silvestre III de dudosa legitimidad que reinó tres semanas y un Silvestre IV, claramente clasificado como antipapa. Así pues, Jean-Baptiste podía erigirse sin vacilación en sucesor del gran sabio que fue Aurillac. <<

[160] Con el tiempo, Lombardi alojó en él a algunos visitantes distinguidos que no podían, no querían o no debían dormir en una sede diplomática. <<

[161] La Puerta de Bronce está a mano derecha según se mira hacia la basílica, bajo la columnata de Bernini. Sirve de acceso a las personas que se dirigen a las habitaciones pontificias, la zona del palacio del Vaticano en la que vive y trabaja el Papa con sus más estrechos colaboradores. <<

[162] El Papa francés recibía a sus colaboradores en esa biblioteca. El despacho particular en el que trabajaba era una habitación más pequeña. <<



[163] El tercer piso del palacio (de la vivienda privada) y el cuarto albergan respectivamente los despachos y las habitaciones de la «familia pontificia», es decir, de todos los colaboradores y teólogos, pero también sirvientes, que permiten al Papa trabajar diariamente. En tiempos de Pío XIII, esos dos pisos habían sido transformados en convento de los templarios. El pontífice mexicano vivía rodeado de una decena de jóvenes ataviados con sus uniformes y conocidos como los «mexicanos», del mismo modo que con Juan Pablo el Grande había habido polacos y con Juan XXIV, dominicos. Los que no tenían responsabilidades políticas eran nombrados para dieciocho meses y se encargaban del cuidado de la ropa, la mesa y las habitaciones del Papa, así como de pequeñas tareas de secretaría. La disciplina era férrea: trabajo y oración, obediencia y silencio absolutos. Esos «mexicanos» desaparecieron en las horas inmediatamente posteriores a la muerte del Papa y regresaron a sus destinos latinoamericanos, italianos o estadounidenses. El resto de los colaboradores más próximos al pontífice, que confiaban en la elección de Utrillo Ganz, no hicieron las maletas hasta el advenimiento de Silvestre III. El único que desertó antes de que el Papa exhalara el último aliento fue su secretario particular, oportunamente nombrado obispo de Texcoco, México, tres días antes del deceso. <<

[164] Maurice era secretario particular de Villepreux desde que este llegó a Lyon. Los dos hombres se conocieron en la Cato de París, hacia 2010. Mafouz era de origen libanés, católico de rito romano, pues su familia emigró a Francia huyendo de la guerra del Líbano en 1975. Gracias a su colaboración y su memoria, he podido reconstruir buena parte de las conversaciones entre el Papa francés y su sucesor. <<

[165] «Mafouz no estaba hecho para el trabajo pastoral, y tampoco fue capaz de terminar sus estudios. Su obispo (el de Nimes) no puso ningún inconveniente a que me lo llevara conmigo, porque no sabía qué hacer con él. Yo en cambio necesitaba alguien así. Maurice es todo fidelidad y dedicación, y está muy capacitado para el servicio y la organización. Además, tiene buena memoria para las caras, una libreta de direcciones increíble y, como es simpático hasta decir basta, siempre sabe a quién se le puede pedir un favor, o quién conoce a alguien a quien se le puede pedir». Este retrato del secretario es del propio Villepreux, que se lo describió a Giuseppe en esos términos. <<

[166] Los anteriores papas decían misa a primera hora de la mañana, antes de iniciar su jornada de trabajo. Pero Villepreux «no es hombre de mucho madrugar», siempre prefirió celebrar a mediodía, tanto en Saint-Germain-des-Prés como en Lyon, y en Roma no cambió de costumbre. <<

[167] Tradicionalmente, los papas comían solos. Desde el final del siglo xx invitan a su mesa. Pero la mesa pontificia, famosa por su calidad en tiempos de Juan Pablo II, por la talla intelectual de los comensales en tiempos de Benedicto XVI y por su libertad de tono y su amenidad en tiempos del dominico Juan XXIV, durante el reinado de Villaverde se convirtió en un «castigo». Nadie se peleaba por sentarse a ella: la mayoría de las veces, se comía en silencio, y siempre con extrema frugalidad, respetando escrupulosamente los tiempos de ayuno y abstinencia. <<

[168] Desde 2020, Anna preside en Bolonia el consejo de dirección de la Fundación Lombardi, que administra la fortuna familiar. A diferencia de ella, su marido sigue trabajando para la OMS, lo que le obliga a viajar tres días por semana a Ginebra, cuando no está en gira internacional. <<

[169] El californiano John Lu se dio a conocer al gran público entre 2005 y 2010 con una serie de interpretaciones muy «lucidas» en varias superproducciones hollywoodienses (*Asian Cop*, I a IV), en las que encarnaba a un policía «en lucha contra una misteriosa organización decidida a conseguir el control sobre la juventud mundial haciéndola dependiente y amoral a través de la droga y de los juegos interactivos» (*sic*). El superpolicía hacía gala de una moral intransigente, un físico fuera de serie y una técnica impecable de luchador del bien; no obstante, algunos críticos señalaban que las películas de la serie, escritas y producidas por el propio Lu, contenían elementos de guión que se apartaban de los lugares comunes de la serie B y casi podían emparentarse con la «crítica social». La presencia de Lu en la candidatura de James para las elecciones presidenciales de 2020 permitió al predicador evangelista recuperar al electorado de origen asiático y a los jóvenes, seguidores de *Asian Cop*, además de autorizarlo a presentarse como el abanderado de la virtud y la acción, y no solamente de una reacción inane. Sobre todo, le ofreció la oportunidad de disipar definitivamente las últimas reticencias a su programa dentro de «su» propio Partido Republicano; James imponía un compañero de lista desconocido para los políticos, un hombre tan ajeno como él al *establishment* capitalino; humillaba de una vez por todas a los caciques del Congreso, que sin duda se lo hicieron pagar en el *impeachment*. <<

[170] El secretario de Estado asiste al soberano pontífice en todos los actos de gobierno, unificando y controlando el trabajo de los dicasterios (la Curia), ocupándose de la política exterior, en particular de todas las representaciones en el extranjero, las nunciaturas y los nombramientos de obispos en todo el mundo. Evidentemente, el cardenal Utrillo Ganz, titular del cargo durante el último tramo del pontificado y durante la agonía de Pío XIII, no pudo continuar en el puesto en la primavera de 2022. <<



[171] El Papa es el obispo de Roma, pero el auténtico gobierno de la diócesis de la capital italiana está en manos de un obispo italiano, el obispo vicario. <<

[172] El teólogo de la Casa Pontificia está canónicamente a disposición de la Secretaría de Estado, lo que explica la estrecha vinculación entre el cardenal Ruado y la futura cardenala Jeanne-Marie Carrière. <<

[173] El balance de la explosión fue finalmente de cuarenta y nueve muertos y doce desaparecidos. Un balance «modesto» debido a la hora en que se cometió el atentado, concebido más por sus connotaciones simbólicas que con la idea de una matanza, tal como demostró la investigación. <<

[174] El hijo adoptivo del líder palestino Marwan Barghuti, asesinado en la cárcel por un preso islamista en 2017, comprendió de inmediato la ocasión que le brindaba el atentado. Desde hacía cinco años era el líder del Fatah Clandestino (FC), movimiento de resistencia popular y democrática que, tras sobrevivir al fracaso de la tercera Intifada en 2017, había crecido y se había estructurado militarmente en Cisjordania. Su rechazo del terrorismo parecía condenarlo a la desaparición, hasta la explosión del 5 de agosto... Léase el libro de Vincenzo Minicitta, *Barghuti, o la guerra del débil contra el fuerte*, Turín, 2030. <<

[175] La «Palestina» gazaí no tardó en convertirse en el laboratorio de lo peor que podía surgir del movimiento palestino: islamización de la sociedad, negación de los derechos de la mujer, corrupción generalizada, nepotismo, desaparición del laicismo y de las elecciones democráticas... En 2022, Hamas, el principal movimiento islamista histórico, seguía gobernándola, tras anular las elecciones legislativas de 2020, que vieron el triunfo de nuevos partidos islamistas. <<

[176] Israel había proclamado a Jerusalén «capital eterna e indivisible del Estado judío» en repetidas ocasiones, y de manera especial en 2017, aprovechando la desaparición de la Asamblea General y el Consejo de Seguridad de la antigua ONU. Pero en 2022, solo Estados Unidos, China y un puñado de estados no miembros de la ONNU legitimaban ese «botín de guerra», como lo denominó Mahmud Barghuti en *La Tribune de Genève*, con ocasión de su discurso de 2019. <<

[177] Israel renunció a integrarse en las Nuevas Naciones Unidas durante el invierno de 2017, después de que la Asamblea General decidiera «asumir todas las resoluciones emitidas por la ONU con relación al conflicto palestino-israelí desde 1948». <<

[178] En realidad, es un móvil negro equipado con los sistemas de cifrado más modernos. Al producirse una crisis, se entrega al portador del nuevo «número de coordinación», que se comunica a todos los responsables de primera línea para que puedan estar en permanente contacto con el coordinador. Después de cada crisis, los chips de esos «teléfonos rojos» se archivan en la Secretaría de Estado; su memoria conserva el conjunto de las comunicaciones orales y de los intercambios electrónicos efectuados, a excepción de los grabados en «código cero» por el portador del aparato. Excepcionalmente, pude consultar todos los teléfonos rojos que utilizó Giuseppe Lombardi gracias a una autorización particular de su sucesor, Tomás II. <<



[179] Líder político y religioso de la colonia Baruch Goldstein, uno de los asentamientos más radicales, y fundador del movimiento ortodoxo de extrema derecha «La Tierra ahora para acelerar la venida del Mesías». Fue la única «víctima importante» del atentado. Algunos de sus partidarios siguen convencidos incluso hoy en día de que la explosión se organizó en ese lugar y a esa hora para asesinarlo a él.

<<

[180] Tras las guerras de las piedras de 1987 y 2000 en Cisjordania y Gaza, y la de 2007 solo en Cisjordania, consecuencia del asesinato de Marwan Barghuti... <<

[181] Por su parte, el Consejo Superior de la Revolución Islámica (que gobernaba de hecho la federación iranoiraquí) anunció que poseía armas capaces «de hacer desaparecer bajo el fuego a los impíos judíos» y asolar Israel, concretamente, los depósitos de armas que fueron desmantelados tras la crisis de los misiles de 2029. También por entonces Tel Aviv aceptó por primera vez difundir imágenes de sus silos, con centenares de misiles apuntando directamente hacia Irak, Irán, la península arábiga... y Turquía, para indignación de la Unión Europea, que retiró a sus embajadores. Por el contrario, el presidente estadounidense, John Lu, reafirmó su apoyo al Estado hebreo alegando que la amenaza de destrucción masiva israelí «solo es una réplica al arsenal shíí»... <<

[182] Sobre la mecánica de la crisis internacional, conviene leer *Del muro del Templo a la mesa de negociaciones. La crisis final de Israel*, del segundo de a bordo del Mossad, Sammy Benhyamin. También es muy recomendable *La memoria de las piedras*, la autobiografía de Mahmud Barghuti, Plon, París, 2004. Sobre la represión israelí, léase en especial *La cuarta Intifada. Investigación sobre una represión*, Human Rights Watch, dirigida por Minecitta y Pershing, 2025. <<

[183] China, Estados Unidos, México, Chile y Suráfrica reconocieron la nueva capital israelí. <<

[184] Se han barajado muchas hipótesis sobre el motivo de la elección de esa fecha. ¿Se equivocó Barghuti sobre la fecha de la Asunción, creyendo que el domingo que precedía a esa fiesta estaba ya colocado bajo su patronazgo? La realidad es mucho más sencilla, y el líder palestino la revela en su autobiografía: a sus hombres solo les quedaban municiones para cinco horas. <<

[185] Sobre la sinceridad y la realidad de esa orden, puede consultarse *Barghuti, o la guerra del débil contra el fuerte*, *op. cit.* <<

[186] Interrogado sobre sus gustos, y en particular sobre su elegancia, dijo, por ejemplo: «Chiara habita la parte femenina que hay en mí, con ella y por ella respiro la primera bocanada de aire primaveral, saboreo por adelantado el gusto crujiente de una ensalada, siento el deseo de tener flores en casa, y por descontado, elijo el color de un vestido o la elegancia de unos zapatos». <<



[187] En la Iglesia católica se da el nombre de «hermano» a los religiosos, y en particular a los que todavía no han sido ordenados. Giuseppe siempre me llamó así, a pesar de mis comentarios... Sin duda influía en esta actitud su atracción por los apodos, que le hacía distinguir con un «toque especial» a todos los que formaban parte de su «familia». Y sin duda contaba también el placer que encontraba en decirme que yo era su «hermanito». <<

[188] *El silencio de Dios. El hombre religioso durante los genocidios*, de David Webster, un discípulo de Hans Jonas. Excelente síntesis de las contribuciones de los grandes pensadores del siglo xx y de principios del xxi sobre esta cuestión. Nueva York, 2015. <<

[189] Oí a Giuseppe jurar contra «este amigo de los mexicanos que no ha soportado ser marginado por un recién llegado a las órdenes de un Papa que le da náuseas...». Y añadió: «Un día habrá que hacer limpieza...». <<

[190] Literalmente «guerra de la peregrinación», pues si bien la «coalición de Medina» instrumentalizó cínicamente a las multitudes árabes a través de la llamada al *hach*, en otoño de 2022, hay que decir, por otro lado, que, para la mayor parte de los árabes, esta «guerra» adoptó sobre todo un carácter religioso, la dimensión de una penitencia a la que Alá los llamaba. <<

[191] En varios momentos de tensión, los oficiales de enlace israelíes utilizaron el término «jefe de Gobierno» en lugar de Papa... ¿Una forma de recordar que no reconocían ninguna legitimidad religiosa al Estado del Vaticano? <<

[192] Para ser más precisos, cuatro días a partir de la hora de la entrada de la delegación; expiró, pues, el viernes 20 de agosto a las 9.30 de la mañana. <<

[193] En unas horas, después de la llamada del rey de Arabia Saudí, decenas de miles de peregrinos marcharon, desde Mauritania y desde Pakistán, y también desde todo el mundo árabe, en larguísimos cortejos; los gobiernos musulmanes no sabían qué hacer en las fronteras: dejarlos pasar y arriesgarse a soportar la cólera israeloamericana, cerrar la puerta e inflamar la situación en las calles... Algunas decenas de aviones chárter despegaron igualmente hacia los aeropuertos de Ammán, Beirut, Damasco, Sharm al-Shaij... Israel anunció que abatiría a cualquier avión que penetrara en su espacio aéreo y que bombardearía cualquier aeropuerto que acogiera a los aviones. Jordania y Egipto se negaron a acoger a los aparatos de los «peregrinos»; así, dos aviones trazaron círculos durante horas pidiendo una autorización para aterrizar que nunca llegaron a obtener. Uno de los aparatos, llegado de Túnez, se precipitó al mar, y el otro se estrelló en el desierto jordano. Los restantes aviones aterrizaron en el sur de Turquía, en una base militar de la OTAN, donde los «peregrinos» fueron inmediatamente confinados. <<

[194] El Tribunal Internacional de Justicia, creado de nuevo por la ONNU, se había declarado competente para ocuparse incluso de los crímenes cometidos por los estados no miembros. <<



[195] La numeración de las resoluciones es sucesiva entre la ONU y la ONNU; solo la letra N que las encabeza indica que es un acto de la nueva organización. <<

[196] Que se convirtió luego en primer presidente del Estado palestino de Cisjordania, antes de caer asesinado, en 2034, bajo las balas de un gazaí. <<

[197] Los que se han interesado de cerca en esta historia recuerdan que, ocho años más tarde, cuando el *rais* volvió como jefe de Estado para su primera visita a Francia, dijo en la recepción en el Quai d'Orsay: «Debo la vida a Francia». Y dio las gracias al cónsul y a «todos los que permitieron que determinada noche de agosto sobreviviera a las balas israelíes, entre los cuales, y en primera fila, nunca olvidaré a Jacob [...]». Nadie ha dicho nunca, hasta hoy, quién era ese «Jacob». <<

[198] Giuseppe le había pedido al cónsul que aplazara treinta y seis horas la revelación del asilo de Barghuti, para evitar que los militares israelíes lo relacionaran con la visita nocturna. <<

[199] Regularmente, desde 2013, Tel Aviv enviaba al exilio a Gaza a los «elementos incontrolados» de los Territorios. Los militantes de Fatah y de los otros movimientos laicos, así como sus familias, eran asesinados también regularmente desde el momento de su entrada en el minúsculo territorio de Hamas. <<

[200] Desilusionados por el fracaso de la guerra del *hach* y sometidos a una presión muy fuerte por parte de Washington. <<

[201] Steven era «liberal», en el sentido estadounidense del término —a la izquierda del Partido Demócrata, con una gran sensibilidad por las cuestiones de la lucha contra la discriminación y la pobreza, y una sólida reflexión sobre el desarrollo sostenible y el derecho internacional—, y compartirá todas estas convicciones con su mujer... <<

[202] En esta época Leah era subdirectora encargada de cuestiones farmacéuticas (principalmente de la cuestión de las patentes y los genéricos) de la OMS. <<



[203] En un homenaje a Nelson Mándela y Leopold Sedar Senghor. Steven bromeaba: «Para el tercero, Leah quería Martin Luther, y yo, Malcolm, era imposible ponerse de acuerdo; de modo que lo dejamos correr...». <<

[204] Su idea de partida era otorgar a los Santos Lugares (cristianos al principio) el mismo estatuto que a las embajadas de la ONNU, con presencia de guardias en el lugar, de cascos azules; la idea a la larga implicaba reclutar a estos cascos azules en los regimientos israelíes y palestinos para acabar constituyendo una «policía mixta», pero no hemos llegado a este punto. La apuesta era, sobre todo, la de una «ejemplaridad de la paz». <<

[205] *Jerusalén, trece años hacia la paz*, Ginebra, 2005. <<

[206] Aún más eficaz porque Estados Unidos, China y Suráfrica acababan de reintegrarse sin inconvenientes en la ONNU. <<

[207] Detenido en noviembre de 2022 en Gran Bretaña, muy pronto fue identificado como el autor del robo de explosivos en la empresa de derribos de al-Boustan, material que fue utilizado en el atentado. Elmwood no tardó en reivindicar la paternidad de la explosión; pero, durante mucho tiempo, la opinión pública se negó a creer que un solo hombre hubiera podido provocar la «caída del Muro». Juzgado en ausencia en Tel Aviv, fue transferido después a Israel, donde cumple una condena de cadena perpetua. <<

[208] Desde las cruzadas, los franciscanos tienen la responsabilidad de la custodia de Tierra Santa, y por tanto el poder de decisión sobre todos los santuarios católicos. <<

[209] Desde hacía mucho tiempo, se había hecho burla de los dominicos llamándolos *Domini canis*, los «perros del Señor». <<

[210] Léase al respecto: «Los franceses. ¿Un nuevo gobierno en el Vaticano?», de la politóloga Sophie de Lacluze, en la revista *Politiques, Pouvoirs, Managements*, n. °122, septiembre de 2026. En este número figura igualmente una entrevista muy larga con Cyril Dereim, que explica en particular la «estrategia de gobierno» de la Casa Pontificia y la estructura de los lazos con la Curia. <<



[211] Se negó a prestar el «juramento de obediencia a la Tradición», una especie de nuevo juramento antimodernista que Pío XIII quiso imponer a todos los enseñantes y teólogos en 2016. <<

[212] He encontrado el rastro de tres «investigaciones pontificias», entre 2016 y 2021, sobre las libertades que la Facultad de Teología de Lyon se tomaba al dejar enseñar a una no firmante del «juramento de obediencia...». <<

[213] Sobrenombre que se daba en Roma al general de la Compañía de Jesús: los jesuitas hacen juramento de obediencia únicamente al Papa, y por consiguiente, su superior en Roma no está sometido sino a la autoridad del «Papa blanco». <<

[214] Nacido en 1992, tenía veintidós años cuando Pío XIII llegó al poder, veintitrés cuando el Papa disolvió la Compañía, treinta en 2022 cuando llegó a Roma en el equipo del jesuita de Buenos Aires, el cardenal-arzobispo Felipe Arrau. <<

[215] En el sentido financiero del término, Giuseppe Lombardi no tenía nada de pobre. Desde 2021, los Lombardi estaban entre las quinientas primeras fortunas de Italia, y aunque solo tuviera el usufructo a través de la fundación que dirigía Anna, bastaría para hacer de él uno de los partidos más deseados de Italia. <<

[216] A propósito de su propia condición, Bartolomé escribió en una nota que Tomás utilizó en su texto «Pobres siempre tendréis»: «1) No confundamos la pobreza con la miseria. Se puede reflexionar sobre la pobreza, pero la miseria solo se puede rechazar y combatir. 2) Los pobres se encuentran en el corazón del misterio evangélico, hay que comprender lo que eso significa realmente. 3) Los pobres no son la mala conciencia de los ricos, ellos revelan a cada uno su pobreza. 4) Por la pobreza se tiene acceso a Dios. Dios colma de bienes a los hambrientos, y despide a los ricos con las manos vacías». <<

[217] Lo explicó precisando que debía prevalecer la regla de la subsidiariedad, pero que el obispo de Roma tenía que asumir también el ministerio de la comunión universal. <<

[218] Entre el larguísimo pontificado de Juan Pablo el Grande, sin duda brillante pero enormemente centralizado y autoritario, y la toma del poder de los mexicanos, en muchos lugares hubo un silencio a partir de 1985. Un excelente análisis de esta situación se encuentra en la obra de Peter Rockmount, *Juan Pablo II en el Vaticano. Nacimiento de una autocracia mediática*, Filadelfia, 2012. <<



[219] Sacerdote francés originario de Lyon, Fidei Donum en Perú, asesinado en 2016.

<<

[220] Vicario general de Yaundé, muerto en el atentado del que Paul Assoumou salió milagrosamente ileso. <<

[221] Sobre este tema, léase el brillante ensayo de Mijaíl Delaborde, *Medios de comunicación y eclesiología de Juan Pablo el Grande a Tomás I*, Friburgo, 2037. <<

[222] Solo ha tenido ocasión de celebrar dos encuentros con su pueblo: en las diócesis alemanas, adonde acudió personalmente para instalar a los sustitutos de los obispos nombrados por los templarios y convencer a las comunidades para que restituyeran el dinero, y en su propio país... «Yo soy el Papa de los franceses, y en cuanto al resto, un honrado transportador de fondos», dijo con amargura a la vuelta de su visita apostólica a la Europa Occidental. <<

[223] En Lisboa, con ocasión del sínodo europeo, parafrasea una vieja consigna: «No os preguntéis lo que la Iglesia puede hacer por vosotros, preguntaos qué podéis hacer vosotros para que la Buena Nueva que habéis recibido sea escuchada». <<

[224] «El mayordomo sagaz». (Luc 16, 1-8): «<sup>1</sup>Decía también Jesús a sus discípulos: Érase un hombre rico que tenía un mayordomo, del cual por la voz común vino a entender que le había disipado sus bienes. <sup>2</sup>Llamole, pues, y le dijo: ¿Qué es esto que oigo de ti? Dame cuenta de tu administración, porque no quiero que en adelante cuides de mi hacienda. <sup>3</sup>Entonces el mayordomo dijo entre sí: ¿Qué haré, pues mi amo me quita la administración de sus bienes? Yo no valgo para cavar, y mendigar me avergonzaría. <sup>4</sup>Ya sé lo que he de hacer para que, cuando me despidan de mi mayordomía, halle personas que me reciban en sus casas. <sup>5</sup>Llamando, así, a los deudores de su amo uno por uno, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? Respondió: <sup>6</sup>Cien barriles de aceite. Díjole: Toma tu recibo, siéntate, y haz al instante otro de cincuenta. <sup>7</sup>Dijo después a otro: ¿Y tú cuánto debes? Respondió: Cien medidas de trigo. Díjole: Toma tu nota y escribe otra de ochenta. <sup>8</sup>Y el amo alabó a este mayordomo fiel por haber sabido actuar sagazmente, porque los hijos de este siglo son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz». <<

[225] Se trata de una lección del difunto cardenal arzobispo de París Jean-Marie Lustiger, hombre de influencia y confianza de Juan Pablo II en el episcopado francés.

<<

[226] Sobre este día, remito de nuevo al lector a la excelente obra de monseñor Nasrallah: *Jerusalén, trece años hacia la paz...*, *op. cit.* <<



[227] Leah Nanah acababa de ser nombrada directora general de la Unnesco; tenía cuarenta y dos años. <<

[228] Son los primeros desde las Curie en entrar como un linaje familiar, padre e hijo, en los anales del Nobel... Y han recibido dos premios en especialidades diferentes, lo que no fue el caso de Marie y su hija. <<

[229] Estuvieron en Washington para asistir al acto de juramento de Matthew T. Goodridge, porque, como dijo Steven, «*John Lu was a good guy*, pero, de todos modos, uno se siente mejor con un presidente que ha leído varios libros en su vida; me refiero a libros sin ilustraciones, claro...». El candidato demócrata había hecho campaña sobre el tema «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», y se había comprometido a adoptar una enmienda que excluyera toda referencia a Dios en todos los textos federales y que prohibiera a los representantes del Estado toda referencia religiosa en sus declaraciones públicas. Esta nueva prohibición fue recibida con escepticismo por los viejos europeos y especialmente por la Santa Sede, que no podían evitar pensar que, una vez más, los estadounidenses se habían extralimitado. <<

[230] J.-M. Carrière, *Antropología social de la clerecía francesa de 1948 a nuestros días. De los chicos del coro a los hijos de buena familia*, PUF, París, 2005. <<

[231] En latín, aproximadamente, «Los hombres, hoy» o «Los hombres de hoy». <<

[232] Los detalles de las reformas, y un análisis de estas punto por punto, pueden encontrarse en la obra del teólogo Raymond Manuel, *Las grandes reformas de Silvestre III*, París, 2029. <<

[233] Cuando la estableció, Silvestre sabía que esta cuestión era uno de los núcleos fundamentales de comprensión, o mejor, de incomprensión, entre la Iglesia y el mundo contemporáneo, y por consiguiente, uno de los retos de la reconciliación que deseaba. <<

[234] «Que como esta agua se mezcla al vino por el sacramento de la Alianza, podamos estar unidos a la divinidad de Aquel que tomó nuestra humanidad.» <<



[235] El sacramento de la alianza nupcial es indisoluble, es el signo del amor «hasta el extremo». Como tal, es un sacramento que se recibe solo una vez en la vida. Los esposos viudos pueden contraer una nueva unión, que podrá ser bendecida, pero el esposo que ha sobrevivido sigue siendo el «guardián» de la alianza primera. <<

[236] Principalmente los divorciados casados de nuevo, los esposos de personas divorciadas, y también los religiosos que han abandonado el sacerdocio para casarse y sus compañeras. <<

[237] En lo sucesivo, estas celebraciones tendrán lugar el domingo de Misericordia, segundo domingo de Pascua. <<

[238] Este gesto se discutió mucho en el entorno del Papa, pero Silvestre no se dejó convencer: «El gesto debe ser simbólicamente costoso —sostuvo—. La gente debe percibir la necesidad de reconocerse en falta, pecadora, para, con el mismo convencimiento, poder descubrirse salvada, levantada de nuevo». Por eso, estas nuevas instancias recibirán el nombre de tribunales de resipiscencia y no de comités de reconciliación, como algunos deseaban (también sobre este tema se produjeron enconados debates algunos martes). Se encontrará un excelente análisis de la noción de falta y culpabilidad en el brillante ensayo del psicoanalista Nathan Jussa, *Por nuestra culpa*, Dubrovnik, 2032. <<

[239] Lucas 15, 7. <<

[240] Esta mística supone que Dios llama misteriosamente, y en una experiencia espiritual particular y extraordinaria, a aquellos a quienes «destina» al sacerdocio. <<

[241] El clero canónico vive bajo la regla de los canónigos de san Agustín. <<

[242] ISF, Iglesia Sin Fronteras, envía a las parroquias que lo solicitan, principalmente en Europa, una especie de «comandos» de doce personas, voluntarios que ofrecen su tiempo de vacaciones y que acuden a revivificar las parroquias estimulando o resucitando las energías locales. Su fundador, el francés Olivier Beaumel, conoció a Silvestre III en Saint-Germain-des-Prés. <<



[243] Los Hijos e Hijas de Santa Marta son una asociación de laicos formados en la liturgia que intervienen a petición de los obispos en las parroquias, para ayudar a las comunidades y a los pastores a dar sentido, belleza y dignidad a las celebraciones litúrgicas. <<

[244] Los cardenales son los consejeros del Papa, es decir, del obispo de Roma; por eso se los pone simbólicamente al cargo de una parroquia romana. <<

[245] Luca es un amigo de la familia, un alumno de Anna y Pietro. Conoció a Clara en la Facultad de Bolonia, donde ella cursaba los estudios de medicina, fiel a la tradición familiar de los «razonables» del clan. <<

[246] En junio de 2027, la Unesco se convirtió en propietaria del 20% de la relación del patrimonio mundial, y propuso la financiación íntegra de la reconstrucción de la explanada, la Cúpula y al-Aqsa, si Jordania y el Fatah Clandestino reconocían la propiedad de la Unesco sobre el enclave: de este paso nació el reconocimiento *de facto* de la soberanía del Fatah Clandestino sobre Jerusalén Oriental, en tanto que representante de la «entidad palestina».

En marzo de 2029, Israel traspasó sus «Santos Lugares», que a partir de entonces se encontraron bajo los auspicios de la ONNU. En estas dos ocasiones, Lombardi se encontraba en Jerusalén, como «consultor» y «consejero». <<

[247] Miembro de una de las castas elevadas de la India. <<

[248] Aunque tampoco demasiado privado, ya que se trata de un «paseo» apreciado por todos los franceses de Roma, empezando por los embajadores: el «nuestro» ante la Santa Sede y el embajador ante la República Italiana. <<

[249] Más de diez prelados «renunciaron» a desplazarse por «motivos de salud». <<

[250] Como el nombre indica, no había ninguna mujer entre los limpiadores.  
«*Realpolitik* —dijo Tomás—. La eficacia antes que la paridad...». <<



[251] Una decena de años antes se había descubierto en las montañas pirenaicas, cerca de Andorra, una necrópolis del siglo X después de Cristo. Allí se identificaron entre las tumbas, todas cristianas, sepulturas «normales» y otras de una población residual, los cagots, de la que se encontraron rastros: en algunos textos medievales los cagots son descritos como seres humanos de pequeña talla (1,40 metros), «deformes, feos y peludos». Estos individuos fueron discriminados, por ejemplo, en el Bearn, donde se les abrían puertas laterales y bajas en las iglesias.

El equipo japonés del profesor Katsuzo emprendió un extenso estudio estadístico de los restos humanos encontrados, buscando ADN en la pulpa de los molares, que asoció con estudios antropométricos. Los resultados de su estudio constituyeron una revolución. Katsuzo constató que los «grandes, todos *Sapiens sapiens*, presentan un ADN conforme a las poblaciones locales actuales», y que el ADN de los cagots presentaba variaciones tan fuertes que le hacía plantear la hipótesis de que hubieran surgido de los últimos neandertales, con mayor razón aún porque presentaban signos de raquitismo ligados al déficit de vitamina D, hipótesis recogida hoy para explicar su desaparición de quince mil a veinte mil años antes de nuestra era.

Katsuzo descubrió también una población poco numerosa, genéticamente mixta. De ahí concluyó que la interfecundidad entre los dos grupos era escasa, y más escasa aún la generación N + 2, y enunció la hipótesis de que se trataba de dos especies humanas. No se trataría de una interfecundidad sino de una hibridación (como entre el león y el tigre; el tigrón es raro y habitualmente estéril).

Equipos de investigadores israelíes que trabajan en fósiles (mucho más viejos: cuarenta y cinco mil años), en torno a la cohabitación *Sapiens/Neandertal* en las grutas del Golán, encuentran ahí la explicación de los cuerpos antropométricamente «mixtos», que les hacen pensar que entre las dos poblaciones humanas existieron lazos históricos, geográficos, culturales y... sexuales. <<

[252] Alusión al famoso: «¡Y sin embargo, gira!», de Galileo. <<

[253] Para su reflexión sobre las palabras o los relatos producidos por las instituciones, léase *Mostrar júbilo, o los tormentos de la palabra religiosa*, Les Empêcheurs de Penser en Rond, París, 2002. <<

[254] Léase al respecto el excelente *Negociaciones secretas en el Vaticano. Los acuerdos de Jerusalén*, de Karl Enderling, que se basa especialmente en una muy larga entrevista con Maurice Mafouz, y también con los dos jefes de Estado israelí y palestino. <<

[255] Según la tradición cristiana, en este lugar, unos días antes de la Pasión, Jesús lloró contemplando la ciudad de Jerusalén. Se dice que casi en el mismo sitio, un poco más abajo siguiendo la pendiente del huerto de los Olivos, Jesús, perseguido por los jefes del pueblo, acudió después de la Última Cena a rezar con sus discípulos. Estos se durmieron... Entonces Cristo, solo, lloró, sudó sangre y suplicó a Dios que le librara de esa muerte antes de dar su vida. <<

[256] El coronel Altobelli tuvo que reorganizar la protección de proximidad y pidió un control absoluto de la información: oficialmente su ilustre protegido dormía en Abu Gosh. <<

[257] Más tarde, los servicios de seguridad realizaron su investigación con total discreción, e identificaron las relaciones, lecturas y contactos políticos de Gimondi. El detenido era uno de esos jóvenes que se movían en torno a los «deicidas» europeos. No cabía duda de que Gimondi se incluía en la línea de Oliver Elmwood, el hombre que hizo explotar el monte del Templo y la mezquita al-Aqsa. Pero parece que se distinguía sobre todo por poseer... la competencia de un zángano. <<

[258] No es la primera vez que se produce este gesto que puede parecer extravagante; en 1975, el papa Pablo VI tuvo la misma actitud en la capilla Sixtina ante el metropolitano Melitón de Calcedonia. <<



[259] Paul conservó siempre el piso que ocupaba en la época de Justicia y Paz. Cuando fue nombrado secretario de Estado, no se trasladó al Vaticano. <<

[260] En francés. En la Biblia, José, hijo de Jacob, es acogido por el faraón porque sabe interpretar los sueños. <<

[261] Pensamientos que afirman que no puede decirse nada. <<

[262] He decidido reproducir aquí extractos del libro, en lugar de tratar de reproducir palabra por palabra el discurso, muy próximo, que nos dirigió esa noche, al no disponer de ninguna nota para guiarme. <<

[263] Arzobispo de Nueva Delhi desde 2029, Thomas Poopaddy tardó en recibir el capelo cardenalicio: no hubo consistorio durante la «purga», y los primeros nombramientos de Tomás fueron los de las reinas, en Pentecostés de 2031. Paddy fue nombrado cardenal en la Navidad de 2031... «¡Después de Kate! Lo que hay que ver...». <<

[264] *Iesus Christos Theo Uios Soler*: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador. <<

[265] La pieza que hizo ensayar en secreto era el *Antifonario sobre el nombre de Jesús*, de Giacinto Scelsi. <<

[266] Autor del muy controvertido *¿Quiénes serán los primeros cristianos?*, Munich, 2033. <<



[267] «Intrínsecamente desordenado» fue el término elegido hace más de cuarenta y cinco años por los autores del *Catecismo de la Iglesia católica*, y desde entonces ha sido el término de referencia. Este calificativo siempre ha sido comentado en la Iglesia como el «más misericordioso» para las personas... <<

[268] Durante los meses que precedieron a las grandes reformas de Silvestre, los salones del martes a menudo pusieron sobre la mesa lo que Paul llamaba, con su irreverencia habitual, las «historias de culos». El Papa y sus amigos hicieron una lista de los temas enojosos, de aquellos sobre los que no había nada que decir y de aquellos sobre los que valía la pena hacer algún comentario. Finalmente Silvestre dio por cerradas estas conversaciones en octubre de 2025 decidiendo no publicar nada sobre este tema. <<

[269] Alex Sensi es dibujante de historietas ilustradas, un poco bohemio, y existe el riesgo de que tenga que vivir un tiempo a costa de su joven mujer, diplomada en ciencias de la ecología y en técnicas de desarrollo sostenible, mientras espera que llegue el éxito... <<

[270] Finalmente se contabilizaron ciento noventa y cinco muertos y alrededor de doscientos treinta heridos, la mayoría muy graves. <<

[271] *Oekoumene*: literalmente, en griego, «para toda la tierra habitada». <<

[272] Los medios de comunicación informaron ampliamente sobre el SCS, un mal muy singular, que se diferencia de otras enfermedades vasculares: sus consecuencias más graves son el infarto de miocardio, a veces mortal, el desarrollo de determinadas afecciones neuronales y el riesgo de hemorragia cerebral. <<